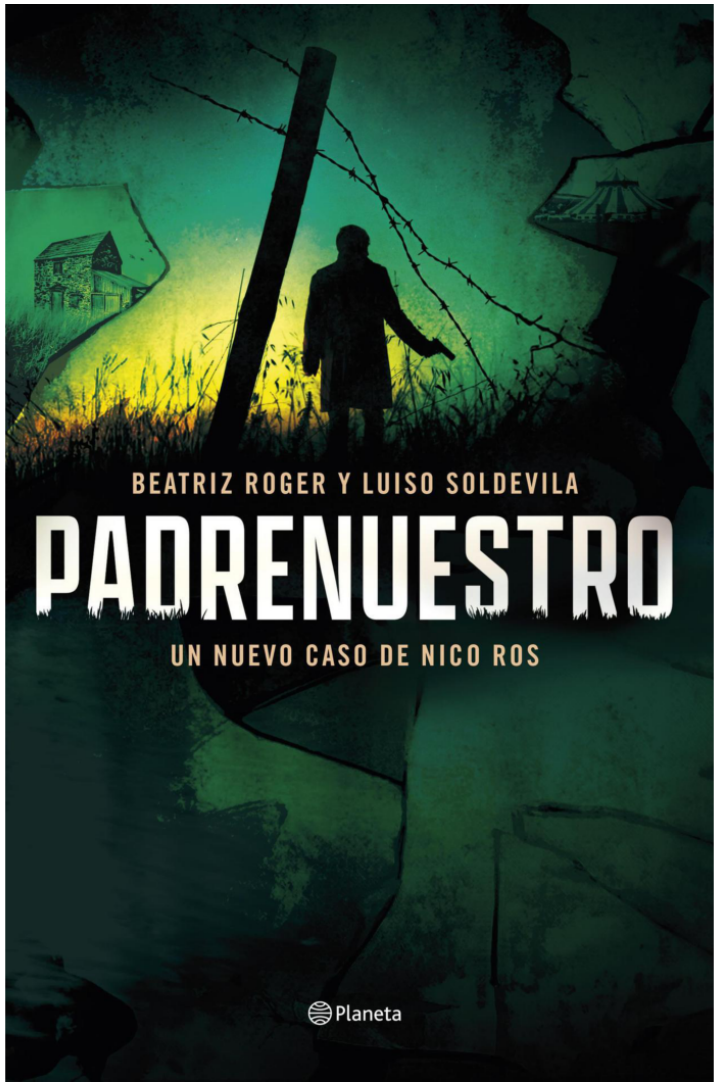
BEATRIZ ROGER Y LUISO SOLDEVILA
PADRENUESTRO
UN NUEVO CASO DE NICO ROS
Planeta

Cuando el inspector Pàmies, a cargo de la investigación de un macabro crimen en un granero, desaparece sin dejar rastro, el detective Nico Ros, todavía convaleciente de las heridas causadas por el desenlace de *Marismas*, se suma a la búsqueda sin tregua que emprenden las fuerzas del orden para dar con ese difícil pero muy querido miembro del equipo. Además, hay otra caza en marcha: la del asesino que está sembrando el terror y la muerte en la comarca del Empordà.

Una granja lúgubre, una ermita recóndita, silencios sospechosos, alianzas desconocidas, un circo que esconde más de lo que enseña, mensajes esotéricos, secretos enterrados… A esto y más se enfrentarán Nico y sus compañeros, mientras Pàmies sigue en paradero desconocido y el miedo se cierne sobre los habitantes de Llafranc y otros pueblos de la comarca ampurdanesa, inundándolos de oscuridad.

PADRENUESTRO

Un nuevo caso de Nico Ros

Beatriz Roger y Luiso Soldevila

Planeta

Beatriz Roger Torres, 2024
Luiso Soldevila Roger, 2024
de las ilustraciones, archivo de los autores
Editorial Planeta, S. A., 2024

Para mis hermanos, guardianes de mi infancia y de mi memoria. Testigos de mi presente. Mi tierra firme.
Qué suerte la mía ser una de vosotros. De nosotros

BEA

Para Elena y Clàudia, las mujeres de mi vida

LUISO

Tenía el oscuro presentimiento de que aún no había concluido todo y de que pronto cometería de nuevo algún crimen espantoso, que borraría con su magnitud el recuerdo del anterior.

Frankenstein o el moderno Prometeo,
MARY SHELLEY

¿Lloras? ¿Tienes miedo de mí? Sin embargo, en el fondo, no soy malo. ¡Ayúdame y verás! Solo me ha faltado ser amado para ser bueno.

El fantasma de la Ópera,
GASTON LEROUX

Las heridas mortales tienen de particular que se ocultan pero no se cierran: siempre dolorosas, permanecen vivas y abiertas en el corazón.

El conde de Montecristo,
ALEJANDRO DUMAS

Prólogo

Fitor, iglesia de Santa Coloma, 15 de noviembre, 22.30

Los limpiaparabrisas se deslizan veloces sobre el cristal, escupiendo trazos de lluvia. Los faros del coche anticipan el camino. Apenas hay luna y la noche es oscura, casi negra, como sus pensamientos desde que recibió el maldito sobre. Al principio quiso pensar que se trataba de una simple coincidencia, una broma de algún gamberro del pueblo, pero cuando empezaron a llamarlo uno tras otro, tan asustados, supo que algo no iba bien. Recuerda ahora su primer pensamiento de entonces: todo se paga. Siempre se paga. Habían intentado enterrar su pecado en lo más recóndito de sus conciencias. Algunos habían practicado incluso el bien, como si eso pudiera borrar el mal sembrado; habían jugado con el tiempo y la memoria hasta llegar a creer que aquello no había pasado. Pero sí. Había pasado. Lo habían hecho. Ellos.

Por eso han quedado hoy, rompiendo su juramento después de años. Después de cortar sus lazos, de prometer que no volverían a verse todos juntos jamás. Pero no ha sido suficiente. Alguien ha decidido desenterrar el pasado y ni siquiera saben para qué. ¿Qué busca? ¿Qué quiere? ¿Quién es? Y ¿por qué ahora? ¿Y si es uno de ellos para jugar o conseguir dinero? No hubo testigos de aquello. Está seguro de eso. Mueve la cabeza de un lado a otro, como si ese gesto pudiera espantar sus dudas o darle respuesta. Pisa el acelerador y las ruedas traseras patinan sobre la tierra mojada mientras suben la cuesta.

Pasados unos minutos puede ver el sencillo campanario alzándose frente a él. Está llegando. Aparca en el llano, junto a la ermita románica. Qué sitio tan bonito para un encuentro tan feo. Baja del vehículo cubierto con su poncho impermeable, maldice la humedad y la lluvia, coge una bolsa de plástico del maletero y corre hacia la iglesia. El viento sopla con fuerza, murmurando misterios a su paso, como si transportase malos augurios. Un escalofrío recorre su espalda, tensa la línea de sus hombros y no se siente a salvo hasta que cruza el umbral y pisa suelo santo.

La iglesia es fría y pequeña, unas velas en el suelo son suficientes para iluminarla. Los hombres están de pie y han formado un círculo frente al altar. Sus sombras se extienden sobre las paredes. Cada uno sujeta una carta. Están algo chamuscadas por los bordes y decoradas con extraños

dibujos.

—Dios, Dios, Dios... —Uno de ellos ya ha perdido los nervios—. ¿Me creéis ahora? ¡Alguien lo sabe!

—¡Pero es imposible! ¿Después de tanto tiempo?

—Pues entonces está claro, alguno de nosotros se ha ido de la lengua —insiste histérico—, y no he sido yo. —Su índice acusador los señala uno a uno.

—¿Quieres callarte? —ordena el recién llegado adoptando actitud de mando—. Nadie ha dicho nada. ¿A quién podría interesarle? Todos saldríamos perdiendo, y pensar lo contrario es una estupidez. —Saca de las bolsas unos móviles de prepago y los reparte—. A partir de ahora, si necesitamos contactar, usaremos estos teléfonos. He grabado en las agendas el número que corresponde a cada uno. Pero si, como espero, lo ocurrido ha sido una broma de mal gusto..., no volveremos a vernos. —Ahora se dirige a uno en concreto y gesticula de forma exagerada—: ¿Tú también lo has entendido?

Este asiente golpeándose el pecho y los demás lo imitan, más por miedo que por consenso.

Uno de ellos se santigua y otro, con un deje extranjero, explica de forma ruda que se marcha unos días de vacaciones. El que se ha erigido en jefe sin permiso, pero sin protestas, le exige que se lleve el teléfono de todos modos.

—Bien —acepta de mala gana—. Pero de momento pondré tierra de por medio. En mi país creemos en los fantasmas. Siempre vuelven para exigir justicia.

—¿Justicia? —El otro se ríe sarcástico—. No fastidies. Si fuera por eso, alguno ya habría acabado contigo hace mucho tiempo.

El aludido no replica, pero mira atentamente su carta.

—Envidio a Paco —suelta el manojo de nervios.

—¿Por qué? Está muerto.

—Por eso mismo. No tendrá que vivir la pesadilla que se avecina.

—No seas estúpido.

—¿Estúpido? ¿Eso crees? Nadie nos ha pedido dinero. Ni ninguna otra cosa. Así que las cartas son una amenaza, no un chantaje. Tú deberías saberlo.

El pequeño grupo de seis hombres se dispersa. No se despiden. En realidad, no son amigos. Ya no. Algunos ni siquiera se aprecian. Cinco salen a la noche y a la lluvia como fantasmas y el sexto apaga las velas, se santigua de nuevo y cierra el viejo portón sin conseguir sentirse a salvo, ni siquiera en la casa de Dios.

El viento

1

Esclanyà, 22 de diciembre, 7.45

—¡Hostia puta! —Son las primeras palabras que suelta el inspector Antonio Pàmies al entrar en el granero y contemplar la escena que tiene delante—. ¿Qué tenemos aquí?

A diferencia de otros que han pasado por ahí antes que él, el tufo a podrido y a muerte no lo aturde y sus ojos no revelan ni un atisbo de asco o angustia al detenerse junto al cadáver tan desnudo como el día que llegó al mundo. Solo sorpresa. Y ganas. Muchas ganas. Sin miramientos y sin saludos, entrecierra los ojos, arruga el ceño y aprieta los dientes con fuerza. Se siente como un perro de presa al que se le promete una buena cacería. Y el premio final. Se toma apenas un minuto para grabar en su retina la escena: un hombre desnudo, sentado en una vieja silla. Muerto. En lugar de su cabeza, tiene cosida al cuello, con hilo de nailon y puntadas eficaces, la de una cabra que les saca la lengua. Una flecha le atraviesa el tórax, muy cerca del corazón. El cuerpo muestra los inevitables signos del paso del tiempo. Desde luego, no era un hombre joven. En el suelo, a la izquierda, la cabra decapitada descansa para siempre. A los pies de la víctima, se está secando el resto de una orina delatora del miedo con el que, sin duda, se despidió del mundo.

Pàmies se acerca tanto al cadáver que a punto está de pisar al doctor Casals, que lo estudia en cuclillas:

—Esos modales, Tono —le reprende el forense procurando no perder el equilibrio.

—Vale, vale, doctorcito. Olvidaba que eras un remilgado y un antiguo.

—Las víctimas merecen respeto. Respeto. —Casals repite la última palabra haciendo honor a un rasgo muy suyo que Pàmies ya no tiene en cuenta y decide no responder a eso.

Cada uno entiende ese respeto de una forma y, para Pàmies, la suya es no dar tregua a los malvados. Le parece mucho más eficaz dar caza a un asesino que cuidar el lenguaje ante alguien que ya no puede oír. Ni respirar. Se inclina para observar más de cerca el extraño cadáver, en parte hombre, en parte cabra. La escena del crimen está iluminada por focos de luz tan blanca y resplandeciente que lo obligan a parpadear varias veces. El olor es nauseabundo. Una mezcla de sangre, miedo y estiércol. En el exterior todavía es de noche. Pero amanecerá. Siempre lo hace.

El comisario Héctor Narváez saluda a la jueza de instrucción y le hace señas al inspector para que se acerque.

—Buenos días, Tono. Gracias por venir. —Su mirada perspicaz se detiene en las bolsas de los párpados inferiores del inspector y en su barba de varios días—. Ya ves a qué nos enfrentamos.

—¿Al mismísimo diablo? Desde luego, se han ensañado con el tipo. —Pàmies pretende encender un cigarrillo y Héctor se lo impide con una simple mirada—. Y con la cabra. No veo la cabeza de la víctima.

—Porque no está aquí. Se la han llevado.

—Joder con el asesino rarito.

—O asesinos. En plural. Quién sabe.

—¿Quién es el fiambre?

—Oriol Mateu. Dueño de esta granja con su hermano Andreu. —Héctor señala al hombre que solloza en una esquina, consolado por el subinspector Quiroga y su infinita paciencia—. Lo ha reconocido por un lunar. Casi le da un infarto.

—¿Uri el Sordo? —Pàmies parece desconcertado.

—¿Lo conocías?

—Esto es un pueblo, Héctor.

—Claro. Pero yo también vivo en él y no lo había visto nunca.

—Porque tú eres un puritano que no hace más que trabajar y estar en familia, comisario. No sabes divertirte —responde con sorna—; en cambio yo tengo vida social.

—Comprendo. Su hermano nos ha dicho que Oriol frecuentaba el bar a diario. Será por eso. —Pàmies lo mira con una indiferencia que no siente y Héctor suaviza el tono—. Vas a hacerte cargo de esto, pero bajo mi supervisión, ¿queda claro? Y tengo algunas condiciones.

—Pareces mi madre, *collons*. ¿Qué pasa con tu niño bonito? —Pàmies señala un rincón del establo—. ¿Lo tienes castigado?

—No fastidies, que no estoy para bromas. Se ha perdido una niña en la Gola del Ter. Pondré a Quiroga al mando de la búsqueda. Por eso he pensado en ti.

—Menudo honor, aunque sea por descarte. —Hace una reverencia burlesca y ridícula que exaspera más a Héctor. Después, algo más serio, pregunta—: ¿Por qué yo? No sueles confiar en mí.

—Y no lo hago. Pero eres un gran policía cuando quieres —contesta Héctor despacio—, eres el único que no ha sentido náuseas al ver el cadáver, aunque no estoy seguro de que eso sea bueno. Además, nada de lo que encuentres podrá perturbar tu alma más de lo que ya lo está. Necesito tu experiencia porque no creo que esto acabe aquí. Los tipos que se empeñan en escenificar sus crímenes suelen estar emperrados en contar una historia. Y a ti se te da bien desentrañarlas si... —se asegura de que nadie los oye— no estás bebido.

Pàmies no se molesta en contradecirlo o defenderse. Las cosas son como son. No será él quien niegue esa verdad absoluta. Podría decirle a

su amigo que él es un buen policía incluso bebido. Probablemente, más que sobrio. Pero sería poco acertado y quiere el caso. Lo quiere más que cualquier otra cosa. Porque, en realidad, no tiene nada más. Mete las manos en los bolsillos de su gabán beis que pide a gritos un paseo por la tintorería y pregunta:

—Entonces, ¿el caso es mío?

—Siempre y cuando me prometas que no vas a beber. Al menos, hasta que esto acabe.

—Claro. Empezaré ahora mismo. Estoy fresco como una lechuga.

—Embustero. —Héctor se aleja de él unos centímetros y añade—: Apestas a alcohol. Y vete a saber a qué más. Cuando acabes aquí, te das una buena ducha, te cambias de ropa, te afeitas, desayunas algo sólido y...

—¡Eh, eh, eh! Para el carro, ¿acaso quieres matarme? No es bueno desorientar al cuerpo, ¿sabes?

—¿Puedo contar contigo? —Héctor clava sus ojos azules en los de su amigo, vidriosos, delatores de excesos y faltos de sueño.

—Puedes hacerlo.

Y Héctor sabe que dice la verdad. Pàmies utilizará sus propios métodos. Será políticamente incorrecto. Cabreará a cuantos pueda, incluido a él mismo, y no respetará nada ni a nadie. Pero sea quien sea el demente que ha sembrado caos y muerte en el granero, ya puede prepararse.

—Bien. Pues te dejo al mando. Cuenta con los hombres que necesites. Y, por supuesto, mantenme informado al minuto. —Héctor echa un último vistazo al pálido cuerpo de la víctima, a la histriónica cabeza de cabra cosida a su cuello y a la lengua rígida y desvergonzada. El granero parece haberse convertido en un enorme ataúd. Siempre será ya un lugar triste. Violento. Porque el horror se pega a las cosas, a las paredes de los sitios. Y a las personas—. ¡Quiroga! —Marcos se acerca evitando mirar a Pàmies. Las antipatías suelen ser mutuas—. Vaya a la Gola del Ter y ocúpese del caso. Con la luz diurna será más fácil dar con ella. Si hoy no aparece... deberemos pensar en otras posibilidades más graves. Yo regreso a la comisaría. —Marcos asiente y se dispone a marcharse. Si está decepcionado por no poder participar en la investigación del crimen más alucinante perpetrado desde que empezó su carrera, su expresión no da muestra de ello—. Nico está en Llafranc. Tal vez le llame para que nos eche una mano.

Marcos asiente y sonríe pensando en su amigo. Desde luego, le gustará contar con su ayuda. Se despiden de Andreu Mateu advirtiéndole que no dé un solo detalle de cómo ha muerto su hermano.

—Cuanto menos sepa la gente, señor Mateu, más posibilidades tenemos de encontrar a quien ha hecho esto —le comenta Héctor con voz afable.

Después le pide a Casals que, cuando Pàmies lo haya interrogado, le

den un sedante y lo acompañen a su casa. Héctor se despide y sale del granero con las primeras luces de la mañana. El gallo tiene la desfachatez de volver a cantar y, como si le importara muy poco el cuerpo sin cabeza de su dueño, le da alegremente la bienvenida al nuevo día.

* * *

El forense jefe Casals levanta la vista para responder a las preguntas de Pàmies, que salen de su boca a toda prisa, como disparos de metralleta. Ya han enviado a casa a Andreu Mateu, y el inspector, decepcionado por sus temblorosas e inútiles respuestas, trata de dar con alguna información útil.

—Aparta esos pies de mi escenario, Tono.

—Ni siquiera están rozando la línea —asegura Pàmies señalando con su índice tembloroso los centímetros que los separan—. No pareces contento, doctorcito. ¿Es porque Héctor me ha dado el caso? ¿Crees que no soy capaz?

—Eres demasiado capaz. Demasiado. Eso es lo que me preocupa.

—Chorradas. ¿Lo mató la flecha? —Esta vez dirige el índice al tórax del cadáver—. Entonces, ¿por qué decapitarlo? ¿O fue al revés, le arrancó la cabeza primero y después disparó la flecha? Pero si fue así, ¿para qué lo hizo? ¿Qué sentido tenía la flecha si ya estaba muerto? ¿Y por qué Uri no gritó, no peleó? Claro que, en ese caso, su hermano habría oído algo. Tal vez haya droga en su organismo. Sería una explicación. O le asestó un mamporrazo que ni siquiera vio venir.

—Escucha, Tono. —El forense se incorpora y sus pequeños ojos lo miran a través del grueso cristal de sus gafas—. La mayoría de esas preguntas deberás responderlas tú. Los cuerpos saldrán en breve hacia el depósito y haré la autopsia. Ya conoces mi máxima...

—Lo sé, lo sé. —Pàmies pone los ojos en blanco mientras observa con curiosidad cómo un par de hombres retiran con cuidado a la cabra decapitada—. No hablas hasta que has terminado de cortarlos en pedacitos. Pero así no me ayudas, hombre.

—Quedamos mañana. A las nueve en el Anatómico.

—¿Mañana? Falta un siglo para eso.

—No me obligues a ir rápido. Eso no favorece a nadie —recuerda Casals—, a nadie.

—A mí sí.

—Pero a la víctima, no —asegura el forense en su habitual tono suave— y, en realidad, a ti tampoco. Además, así te doy tiempo para asearte.

—Pareces mi madre —farfulla Pàmies, un poco harto de tanto consejo inútil.

—¿Pero tu madre no era Héctor? —Casals sonríe ante la sorpresa de Pàmies y le da una palmadita cariñosa en la espalda.

La jueza ha ordenado el levantamiento del cadáver y el forense ordena a sus hombres que hagan los preparativos y cierra su maletín. Después mira a la víctima en silencio y Pàmies adivina en sus ojos respeto y tristeza. Sabe lo que está pensando. Que nadie merece una muerte así. Él, en cambio, no va a descartar esa idea hasta que conozca a Uri hasta la médula. Compartir copas de tanto en cuanto no convierte a nadie en íntimo. De hecho, ni siquiera sabía que vivía en esa granja, todo el mundo tiene secretos y nadie es inocente del todo. Incluso alguien tan bien pensado como Casals debería comprender esa máxima. Concentrado en la calva del pequeño forense, le ve ponerse su peculiar sombrero y el impoluto y anticuado loden y sonríe al pensar que es una réplica humana del profesor Tornasol.

—Una cosa más, Casals. ¿Ese Nico es el que estuvo metido en ese lío? ¿El novio de Marina Orozco?

—Lo era —responde parco el forense.

—Entiendo —zanja Pàmies, seguro de que el discreto Casals no añadirá nada más—. Estoy algo desconectado del mundanal ruido, pero recuerdo aquello.

—Todos lo hacemos. Todos. Hasta mañana, Tono.

—Adiós, doctor... —A punto está de convertir de nuevo el título en el diminutivo que tanto le divierte y le va que ni pintado al forense, pero se obliga a parar. Queda poca gente en el mundo que aún lo quiera: Héctor es uno de ellos y Casals el otro. Y, aunque su cariño le molesta en ocasiones, son su única ancla a tierra.

Casals y sus hombres abandonan el escenario llevándose a los muertos: el hombre y la cabra. En su lugar, quedan dos figuras dibujadas en el suelo con tiza blanca, delatando las dos muertes violentas. Pàmies pasea a uno y otro lado con un pitillo apagado colgando de sus labios. Una pregunta rebota en su cabeza una y otra vez: ¿por qué a Uri? ¿Por qué él? Era un tipo inofensivo. Algo hosco, lo normal siendo sordo, pero no molestaba a nadie. Se despide del granero con una última batida visual y sale. Dos rezagados de la Científica se empeñan en encontrar huellas de neumáticos o pisadas, pero quien haya causado este horror se ha preocupado de remover la tierra. Con infinita paciencia, enfundados en sus monos, los hombres clavan en el barro marcas amarillas numeradas. El cielo recién amanecido muestra nubes grises y bajas y la hierba de la granja está cubierta del rocío mañanero. La humedad lo impregna todo y la siente colarse en sus huesos. Pero él no suele perder el tiempo con esos detalles. A su modo de ver, todos los días son iguales. Una sucesión de horas interminables, interrumpidas por negras noches de insomnio y vuelta a empezar. Un agónico día de la marmota, eterno y sin cambios. Enciende el cigarrillo, aspira el humo con todas sus fuerzas y, a salvo de los ojos de los hombres de los monos, saca una petaca de plata del bolsillo de su gabán y echa un trago acompañado de una tos seca y carraspera. Después otro:

—Por ti, Uri. —Un cerdo lo mira desde el cercado y Pàmies ve su propia imagen reflejada en sus ojos—. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Quieres contarme algo? —Guarda la petaca y, mientras camina hacia su coche, se estremece de frío y acaricia con los dedos una y otra vez el nombre escrito con letra inglesa desgastada en la pulsera de oro que luce su muñeca derecha: «Amelia».

Llafranc, 21.30

Entra como una tromba en el bar del hotel Llafranc y se acerca a la chimenea. Extiende los brazos con las palmas boca abajo y observa el fuego chispeante, demasiado alegre para su gusto. Espera unos minutos para entrar en calor, antes de quitarse el abrigo.

—*Lo de sempre, Tono?*[1]

—*Que sigui doble.*[2] —Pàmies sonríe pensando en las advertencias matinales, en la ingenuidad de las mismas y en sus falsas promesas. Al oír el tintineo del hielo en la copa, toma asiento en su taburete habitual frente a la barra y, bajo la tenue luz, bebe el primer sorbo. Eso está mejor. Distraído, deja que su mirada vague por el bar del hotel: un par de jubilados juegan al dominó, una pareja cena en una esquina y de tanto en cuanto se besuquea y, al fondo, junto al luminoso árbol de Navidad, una chica rubia demasiado arreglada para el lugar escribe frenética en el ordenador.

—*Avui sembles content*[3] —se alegra Carles, el dueño del hotel.

Pàmies se abstiene de confirmarlo y menos aún de explicar el porqué. Podrían pensar que se alegra de un crimen. Y tampoco es eso. O sí. Qué más da. Tampoco cree que Carles necesite una respuesta.

—*S'acosta un temporal de llevant* —asegura este—, *el puc olorar.*[4]

Él también lo huele. Como todos los lugareños. El viento se está levantando despacio. Con disimulo. Va a tomarse su tiempo, pero se hará con todo cuando desate su furia. El frío húmedo que reina en la noche no es más que un anticipo del temporal que se avecina. Igual que el crimen del granero. Pàmies saborea la primera copa mirando a través de los cristales. Al otro lado del paseo, el mar negro como la noche rompe suavemente en la orilla de la playa, y la estrella de Belén que cuelga en una farola del puerto parece querer tocarle las narices recordándole que se acerca la maldita Navidad.

Llafranc es un pueblo fantasma en estas fechas. Callado y solitario. Como él. Por eso le gusta venir aquí: abandonar su casa demasiado grande de Palafrugell, salir a la noche con su tartana, recorrer el tramo de autovía, sentarse a la barra de este hotel casi vacío, beber y charlar de cosas banales con Carles y algunos vecinos. Jamás pondría un pie aquí en verano. Por Reyes, los de la ciudad vendrán a ver el espectáculo cargados de críos y Carles se vestirá de Rey Mago y repartirá chocolate caliente en la plaza. Y él se mantendrá lejos del patético espectáculo.

Pero ahora este es su territorio.

Los viejos que juegan al dominó ríen y Pàmies se dice que quizás el final de la vida sea alegre: hacer lo que a uno le da la gana. Reírse de todo. No dar cuentas a nadie. Entonces recuerda que, de hecho, él ya hace eso y, divertido, pide una segunda copa para celebrarlo y la apura de un sorbo.

Y es entonces cuando se da cuenta de que la chica del fondo no le quita el ojo de encima. Sus miradas se cruzan. Él levanta la copa a modo de brindis, ella se levanta del sillón, abandona el ordenador y se acerca despacio. De forma fugaz, Pàmies reconoce que está muy buena. Una de esas mujeronas que pondría a cualquiera: rubia, buenos pechos, gafas sofisticadas con montura de concha, pintalabios rojo sangre, pelo rubio y camisa blanca estratégicamente abierta hasta donde debe. Es sexi. «Lástima que no estés para estos trotes, viejo —piensa para sí—, te hubiera alegrado la noche».

—¿Me invitas a una, forastero?

—¿Forastero? —Pàmies casi se ahoga de la risa al dar un sorbo del tercer cubata por culpa de la palabreja—. ¿En serio?

—No se me dan bien estas cosas. —La chica está demasiado cerca y su envolvente perfume le marea un poco—. No sé cómo entrarte.

—La pregunta no es cómo —responde Pàmies muy muy despacio—, sino por qué. ¿Qué te interesa de mí? Mírame —se señala a sí mismo—, tengo tripa, el pelo me ralea, apenas me arreglo y fumo y bebo mucho. ¡Ah!, casi me olvido, también soy bastante pobre y demasiado mayor para ti. Las mujeres no se acercan a mí a no ser que... ya me entiendes.

Cualquier otra le hubiera abofeteado en ese mismo instante. Pero ella no lo hace y, en ese momento, Pàmies lo adivina y decide jugar un rato.

—¿Puedo sentarme? —La rubia lo hace sin esperar respuesta—. Me llamo Ainhoa. Estoy en el sector inmobiliario y mi empresa me ha enviado a ver algunos apartamentos y hoteles para el verano. —Demasiadas explicaciones—. Me siento un poco sola, la verdad. Y tú, ¿a qué te dedicas? —La chica se acerca todavía más.

Una ráfaga de aire frío llega hasta ellos cuando se abre la puerta y entra un hombre muy alto de treinta y pocos. Se sienta solo, a la mesa más cercana a la chimenea. Carles debe conocerlo porque corre a atenderlo. El muy nenaza pide un cacao caliente. A Pàmies le apetece tocarle las narices. La rubia ya le está cansando.

—No hay que fiarse de las mujeres ni de los abstemios —exclama asegurándose de que él lo oiga.

Pero el hombre de pelo castaño claro y ojos grises lo mira con cierta indiferencia, levanta el tazón humeante hacia él y brinda al aire.

Carles mira a Pàmies y le pide calma con un gesto. La tal Ainhoa sigue parloteando. El recién llegado habla unos minutos por teléfono, apura su cacao, se acerca a la barra y deja unas monedas mirando la placa de Pàmies con curiosidad, luego a él y sale a la noche. Lástima. Hoy no

habrá bronca.

—¿Quién era ese pijillo de ciudad, Carles?

—Nico Ros.

—Vaya, vaya. —Pàmies sonríe con la curiosidad saciada, devuelve su atención a la joven y, con toda su mala leche, suelta—: Cállate ya, embustera. Es suficiente.

—Pero ¿qué pasa? ¿He dicho algo malo? —responde ella con la expresión más inocente.

—Escúchame bien, *paparazzi* de mierda. —Pàmies se asegura de que nadie se está fijando en ellos y la sujeta por el brazo. Aprieta fuerte. El rostro de la joven dibuja una mueca de dolor, pero no se queja—. No sé cómo te has enterado del crimen de esta madrugada, pero lo has hecho. Y apuesto que, a tu diario, sea el que sea, le ha faltado tiempo para enviarte a cotillear. Aves carroñeras, eso es lo que sois. Cuando he entrado, tú ya sabías quién era yo. Has venido preparada. Pero, por si no lo tenías del todo claro, te acabas de asegurar. —Dirige la mirada hacia su propia placa, que descansa en la barra al lado del paquete de cigarrillos y de su móvil prehistórico, y la golpea con el índice—. ¿Me equivoco? No, claro que no. Pero antes bajo al infierno que soltar una palabra. Tus tetas no son tan espectaculares y yo no me vendo por tan poco.

—Es usted un capullo y un borracho, inspector Pàmies. —La voz rezuma rabia.

—Oh, desde luego que sí, como coño te llames en realidad. Pero no soy un corrupto.

—¡Suélteme!

—Ten cuidado con lo que escribes. —Pàmies la retiene un poco más —. La pluma puede matar tanto como el puñal más afilado. —La suelta de golpe y se levanta tambaleándose un poco, pero bastante orgulloso de sí mismo. Recoge sus cosas y, copa en mano, se acerca a los jugadores de dominó.

—*Què, nois?*[5] ¿Hace una partida?

La rubia se frota el brazo, se abrocha un botón de la camisa, pide su llave, coge su ordenador y sube las escaleras a toda prisa con él a cuestas. Sus mejillas están teñidas de un color tan rojo como el de su pintalabios. Temblando de rabia, entra en su habitación dando un portazo, se deja caer en la cama y coge el móvil para enviar un wasap:

«El pez no ha picado. Pero alguno lo hará».

2

Palafrugell, 23 de diciembre, 9.30

Pàmies lleva más de diez minutos esperando a que lo reciba Casals. Ha llegado con retraso y es posible que el forense, puntilloso como es, haya decidido hacerle esperar un rato. Igual que ha hecho el empleado que lo ha recibido, un tipo con bata y cuello cisne, al que ya había visto en la granja, que ni siquiera ha levantado la vista del ordenador y no le ha dado ningún tipo de explicación más allá de decirle que esperase hasta que lo avisara. Con la cabeza recostada sobre la pared de impolutos azulejos blancos y sentado en una silla rígida de plástico azul, trata de distraer su mente para no pensar en el olor a desinfectante que invade el Anatómico. No lo soporta. Demasiados recuerdos. Demasiado duros. Demasiado recientes a pesar de los años que han pasado. Porque duelen como el primer día.

Se ha despertado de puro milagro, con la luz que atravesaba las ventanas, porque anoche olvidó correr las cortinas. La rutina de aseo que le había sugerido Héctor ha tenido que ser breve, igual que el desayuno: café y una pastilla efervescente. Nada de zumo ni cursiladas. A pesar de la ducha matinal, viste la misma ropa que ayer y la barba sigue sin afeitar. No ha tenido tiempo de pensar en el vestuario ni de pasarse la cuchilla y solo espera que el doctor de los muertos no caiga en esos detalles sin importancia.

—¡Oiga, amigo! ¿Sabe si tardará mucho?

Pero el tipo, ni caso. Harto de esperar y de ese olor nauseabundo que pretende camuflar lo imposible, recorre el pasillo hasta el vestíbulo y sale a la calle. Sigue haciendo frío y el cielo está más encapotado que ayer. El temporal se acerca. Enciende un cigarrillo apoyado contra una columna y aspira profundo para apurarlo, no vaya a ser que Casals lo llame justo ahora que ha salido.

—Buenos días, Tono.

—¡Joder, doctor! Qué forma tan sigilosa de llegar. ¿Quieres que me dé un infarto?

—No sería culpa mía. —Casals observa el pitillo y después su aspecto y le reprende con la mirada. El muy zorro se ha dado cuenta del vestuario repetido. Nada escapa a los ojos diminutos del forense, por más que parezcan cegatos detrás de esos cristales demasiado gruesos. Nada en absoluto—. Siento el retraso, Tono. Héctor me necesitaba.

—¿La niña? —pregunta Pàmies sin querer saber en realidad.

—Sí. Sigue desaparecida. ¿Entramos?

Pàmies lanza el cigarrillo a cualquier lugar y lo sigue en silencio. Casals saluda al tipo de los auriculares, que no lo oye. Se acerca y, con su voz amable, le pide que no los lleve en horas de trabajo. Después siguen su camino hacia el despacho.

—No es precisamente simpático.

—Mira quién habla. —Casals, sin embargo, le sonríe afectuoso—. No, desde luego no es muy locuaz. Desde luego que no. Pero es un auxiliar hábil y tiene disponibilidad total. Eso debe bastarme. Esta es una morgue de pueblo, Tono. No hay que ser ambicioso. —Abre la puerta de su oficina y lo invita a entrar.

Pàmies toma asiento al otro lado de la mesa clásica de despacho, como todo lo que decora la austera habitación. El único toque personal que el forense se ha permitido es una fotografía en la que sonríe en una playa sembrada de palmeras, cubierto con un sombrero de algodón de enorme visera, con una mujer a su lado y gente joven alrededor. Pàmies sabe que el doctorcito tiene quien lo quiera. Y se alegra por ello. Casals carraspea y trata de girar la foto con inútil disimulo.

—Tono, yo...

—Que yo no sea alguien feliz no significa que no me alegre de que otros lo sean. Especialmente tú, Bartolomé. —Casals se ruboriza, tal vez por la emotiva confesión o por la mención de su nombre, que aborrece, y Pàmies continúa como si las palabras anteriores no hubieran sido mencionadas—: Bien, basta de perder el tiempo. ¿Qué tienes para mí?

El forense se recuesta un poco en el respaldo del sillón giratorio y empieza a hablar: la víctima tenía sesenta años y un estado de salud relativamente bueno. Colesterol alto y peso algo por encima de lo deseable. Había bebido alcohol, pero no lo suficiente para considerar que estuviera ebrio. Ni rastro de otras drogas. Unas marcas en las muñecas y en los tobillos indican que había permanecido un rato atado antes de morir y que había peleado por liberarse. Era muy posible que lo amordazaran para que no gritase, pero puesto que la cabeza ha desaparecido del escenario, eso no se puede concretar.

Casals responde: «Sí, claro, pero imposible saberlo», a la pregunta de Pàmies acerca de si podían haberle golpeado para aturdirlo y atarlo.

El crimen tuvo lugar entre las doce y las dos de la madrugada, el resto del cuerpo no presenta rastros de golpes, y la flecha, encajada de forma certera en el corazón, fue la causante de la muerte. La decapitación se hizo *post mortem.*

—Sabía lo que hacía —asegura Casals—. Tiene conocimientos de medicina, de eso no hay duda. Las puntadas de nailon con las que unió la cabeza de cabra al cuello son hábiles. No es fácil hacer... eso. Al animal, lo mató a golpes —continúa, asegurando que no ha encontrado huellas en el cuerpo, ni en el astil de la flecha ni en ningún lado.

—¿Una flecha no te parece una extraña forma de matar a alguien?

—¿Y cuál no lo es? ¿Cuál? Además, te toca a ti pensar en eso —asegura Casals—. Sin embargo...

—¿Qué? —Pàmies casi salta de la silla. Conoce esos *sin embargo* y estaba deseando oír alguno.

—El grupo sanguíneo de la víctima era B positivo. Pero la flecha tiene también restos del 0 negativo. Alguien bañó la punta en otra sangre antes de dispararla contra Mateu.

—Joder, joder.

—Esa boca, Tono.

—¡Es que es importante! —exclama—. Ahí está el quid. Es la flecha. La maldita flecha. Otra pista que nos indica que esto es solo el principio, ¿comprendes?

—No, francamente. —Casals limpia sus gafas con una gamuza. La excitación de Pàmies le ha puesto en guardia. Nada bueno se avecina. A su manera, él también ha desarrollado el olfato a lo largo de los años.

—Podría ser que hubiera una víctima anterior y que el tipo haya traído la flecha de otro escenario. Y nos haya dejado la sangre como rastro.

—Entiendo.

—Del mismo modo —sigue Pàmies rumiando en voz alta— que habrá una posterior. Por eso se llevó la cabeza. Para usarla en su momento.

—¿Estás seguro? Es tan...

—¿Diabólico?

—Iba a decir cruel. Pero sí. Eso también. Eso también.

Se quedan unos minutos en silencio. Cada uno lo necesita, pero por diferentes motivos: el forense teme que el mal se cierna sobre todos ellos y el policía está deseando empezar su búsqueda sin tregua.

—¿Sabes de dónde podría haber salido esa flecha?

—Ni idea. —Casals se recorre a sí mismo con la mirada, evidenciando con ese gesto que es difícil que alguien como él sepa de esas cosas.

—Ya me enteraré yo —asegura Pàmies entre dientes—. Por cierto, necesitaré una copia del informe. ¿Puedes imprimirla? Odio los ordenadores. —Se levanta y se frota las manos—. ¿Me enseñas el cuerpo?

—¿Estás seguro de que quieres... entrar ahí?

—¡Soy un inspector, maldita sea! —La respuesta de Pàmies es mordaz y casi ha gritado—. Estoy un poco harto de que intentéis cuidar de mí.

—Y, sin embargo —susurra el forense poniéndose también en pie—, alguien tiene que hacerlo.

3

Palafrugell, 24 de diciembre, 5.30

Pàmies abre los ojos sobresaltado por culpa de la tormenta. Para una puñetera noche que consigue dormir varias horas seguidas, el levante ha decidido despertar con furia y ya, de paso, despertarlo a él.

Sus manos actuaron ágiles durante los breves instantes en los que Casals se había disculpado y ausentado del despacho, reclamado por una llamada a su móvil, que había preferido atender fuera. Ya estaban a punto de despedirse, pero la fortuna se había apiadado de él y esos cinco minutos fueron suficientes. En el botiquín había narcóticos para dormir a un toro. Sabía que el buen doctor los tenía allí para atender a los familiares. Nadie sale de la morgue igual que entra, todo el mundo necesita ayuda para enfrentarse a los muertos y también para seguir caminando entre los vivos.

—¿Qué haces, Tono? No necesitas robarme. Puedes pedirme tranquilizantes si te hacen falta. —Sigiloso como era, Casals había regresado sin hacer ruido.

No había sabido qué responder. La vergüenza se había apoderado de él. Casals solía conseguir eso, seguramente sin pretenderlo.

—Necesito dormir. —Una respuesta pobre pero sincera.

—Te daré un blíster.

—No será suficiente.

—Pues tendrá que serlo. Si necesitas más, ven a pedírmelas. Y no las mezcles con... ya sabes. —El forense no había obviado la palabra por no ser capaz de ser claro, sino para evitar ofenderle—. Es peligroso. Muy peligroso.

—¿Y qué no lo es? —El viejo tunante había vuelto. No pensaba amilanarse demasiado rato.

Las benditas píldoras habían surtido efecto. Por supuesto, las había regado con whisky para asegurarse un sueño largo, contundente y libre de las pesadillas que lo azotaban las pocas noches que conseguía dormir. Cuando estuvo a punto de perder el mundo de vista, se había lanzado tal cual sobre la cama y perdido el sentido. Había sido maravilloso. El despertar, no tanto.

A las cinco y media de la mañana se abriga con su vieja bata de franela, se calza las zapatillas, orina, se lava la cara y los dientes y se dirige a la cocina para coger unas galletas y preparar una cafetera de las largas. Porque la madrugada promete. Mientras espera que el café suba,

mira caer la lluvia recia al otro lado de los cristales y engulle una pastilla para la resaca. En el salón, el viento y el agua en tromba golpean con fuerza las ventanas y se intentan colar bajo ellas. Los árboles y las plantas del jardín se tambalean tratando de no ser abatidos y algo metálico chirría incansable. Coloca la aguja del viejo tocadiscos en el surco y los acordes de *Vesti la giubba* inundan la estancia. Sube el volumen y cierra los ojos unos segundos. Después enciende un cigarrillo, lo deja descansar en el cenicero donde siguen las colillas del día anterior y se sirve una taza de café. Se quema la punta de la lengua, pero ha valido la pena porque ya está más despejado. Las manos le tiemblan y las observa con curiosidad.

A diferencia de lo que creen los demás, Pàmies es consciente de su alcoholismo y de su incapacidad para controlar la bebida. Sabe que una vez que empieza, no puede parar. No se trata, en su caso, de negar una adicción, sino de su desinterés absoluto por ponerle solución. La vida le produce un hastío inmenso. Y en una parte mucho más insondable de su ser, un dolor absoluto. Beber alcohol hasta perder la conciencia le sumerge en esa bruma necesaria, ese vacío total donde deja de pensar. Y de sentir. Por eso le conviene seguir haciéndolo. Para sobrevivir. Aunque no tiene idea de por qué se empeña en hacerlo. Tal vez sea por si, de pronto, aparece un caso interesante. Como el que tiene entre manos. Sabe que es un desastre. Un suicida. Pero la muerte no lo asusta. Es una vieja amiga, con la que camina de la mano desde hace mucho tiempo. Ella lo mece, lo tienta, lo invita, pero su cuerpo es más duro de lo que aparenta y se resiste. De momento. Podría pegarse un tiro con su arma reglamentaria, pero eso sería cobarde. Un descanso demasiado fácil. Y sabe que no lo merece.

Siente terribles pinchazos en el pecho y dificultad para respirar, se recuesta y se concentra en la música. Aunque otros podrían confundir los síntomas con los de un infarto, él sabe que se trata de un ataque de pánico. No es el primero que sufre. Y no será el último.

Los mandos policiales, especialmente Héctor, ya intentaron que no abandonase sus visitas a los siquiatras y sicólogos del cuerpo cuando los ataques se volvieron frecuentes. O las borracheras. Su amigo lo hacía por su bien, porque todavía no había tirado la toalla respecto al futuro de Pàmies. Pero los demás, mucho menos pacientes y mucho más hartos, solo pretendían sacarlo de la circulación. Si el cuartel de los *mossos* de Palafrugell no dependiese de Héctor, haría tiempo que le habrían presentado una jubilación forzosa u obligado a la renuncia. Con toda la intención del mundo, Pàmies conseguía agotar a los especialistas en trastornos mentales con sus silencios, sus respuestas monosilábicas y sus burlas. Después de un par de visitas desaparecía para no regresar. No pensaba contarle su vida a nadie. Lo único que le resultaba terapéutico era beber hasta caer en coma. Alcanzar ese vacío placentero y tranquilo y perderse en él tanto rato como fuese posible.

Para callar el galope de su corazón desbocado, engulle otra de las pastillas de Casals y cierra los ojos hasta que su ritmo cardiaco se tranquiliza. Coge de la mesa el informe de la autopsia y lo relee. Una y otra vez. Como estuvo haciendo anoche hasta que el sueño se apoderó de él. Las preguntas que le rondan son demasiadas y las respuestas demasiado escasas, pero él, que no tiene método para casi nada, lo tiene para esto: sabe ordenar una investigación. Con un bolígrafo anota, en una columna vertical y uno por uno, los hechos importantes. En otra, las preguntas que también lo son. Satisfecho, observa su pequeña obra, mordisquea una galleta y le habla a la soledad del oscuro salón:

—Encontraré de dónde ha salido esa flecha. Porque es lo que el asesino quiere de mí. Y no pienso decepcionarlo.

El viento de levante arremete con más fuerza, la lluvia silba y Pàmies piensa con tristeza en cómo quedará el jardín después de esto. Con un gesto inconsciente, anuda más la bata contra su cuerpo. Como si eso pudiera ayudar en algo.

* * *

El cementerio es pequeño. Y bonito. Y triste, como lo son todos. Las tumbas están empapadas y la hierba que las rodea también. Pàmies lleva un viejo paraguas por si acaso, pero no cree que vuelva a llover. A las cinco de la tarde las nubes se han agotado y el viento ya ha hecho todo el daño que podía. Algunos ramos de flores han volado de las lápidas y están esparcidos por doquier. Ataviado con su gabán beis y con paso cansado, se acerca a la que él visita. Muy sencilla. Sobria. De piedra blanca, con dos nombres escritos en la lápida y unas fechas. Como si definiendo un espacio de tiempo más o menos largo se pudiera decir algo de la vida de alguien. Menuda ridiculez.

Pronto anochecerá. Pero él podría llegar hasta aquí y marcharse con los ojos vendados. Siempre elige el ocaso. Porque odiaría cruzarse con alguien. Tener que saludar. O evitar a quien sea. Este rato es suyo. Y de ellas.

Pàmies ya estaba muy lejos de creer en algo sobrenatural antes de que ellas murieran y, por supuesto, tampoco lo hace ahora. Si están enterradas aquí, es porque la familia de su mujer era un peso pesado en el pueblo y él estaba en un estado tan lamentable los días previos al entierro que no pudo opinar ni quejarse al respecto. Y lo odiaban, claro. Así que hicieron lo que les vino en gana. No soporta que ellas estén aquí. Arrancaría la lápida, la tierra, destrozaría los ataúdes, las sacaría y se las llevaría al aire libre, a algún lugar bonito en el que pudieran respirar.

De esos familiares altaneros y ricos, apenas queda ninguno. La mayoría crían malvas muy cerca de sus chicas. Solo queda él como guardián de los recuerdos y de la casa que esa familia tanto había

adorado, donde prácticamente se ha enterrado en vida, para ser solidario con ellas.

—Tono.

—¡Héctor! Qué... ¿sorpresa? —El tono no es de bienvenida.

—No me coges el teléfono y supuse que estarías aquí. —Héctor mira los dos ramos de flores silvestres que lleva en la mano—. Traigo flores para mi ahijada. Hoy es Nochebuena. Un día para estar en familia.

—Sí. —Pàmies evita mirar los preciosos ramos.

—Toma. —Héctor le da con cuidado uno de pequeñas flores amarillas —, para ellas.

—No van a enterarse —asegura cogiéndolo, sin embargo.

—Pero nosotros sí. Y son bonitas.

—He oído lo de esa otra niña, la que llevaba meses desaparecida —carraspea Pàmies con la vista clavada en la tumba—, María Miró. Una lástima. Lo siento por sus padres. Y también por ti. —Sabe que Héctor es quien ha notificado el horror a la familia. No hubiera dejado que un agente pasase por eso—. ¿Noticias de la pequeña Bashira?

—Ninguna. El temporal lo ha complicado todo. ¿Y tú? ¿Algún avance? —Pàmies le resume su encuentro con Casals remarcando el asunto de los grupos sanguíneos, pero sin mencionar la importancia que, en su opinión, tiene la flecha. Quiere encontrar él solo el lugar de donde proviene. Trabajar sin compañía, y Héctor podría endosarle ayuda forzosa.

Este lo escucha en un silencio aparentemente tranquilo, pero Pàmies lo conoce demasiado bien y adivina en los ojos profundos de su amigo y compañero de toda la vida la negra sombra de la preocupación. Le asegura que está investigando y que pronto podrá decirle más.

—Me dejaré caer por el bar que frecuentaba Uri el Sordo. Tantearé a sus colegas. Tal vez alguno sepa algo. Tal vez el tipo tuviera secretos.

—Recuerda tu promesa.

—Lo hago, Héctor, lo hago.

—Ojalá.

Héctor le sonríe algo triste. La soledad y la dejadez de su amigo le producen una desazón absoluta. Se pregunta por los caprichosos vaivenes de la vida y por cómo se ceban en algunos. Tono y su mente brillante parecían destinados a grandes cosas y Héctor estaba convencido de que llegaría lejos pero, a veces, uno es su peor enemigo y los talentos no pueden crecer en el caos.

—Avísame con cualquier novedad.

Héctor lee los nombres de la lápida: «Manuela Montalbán y Amelia Pàmies». Y recuerda la sonrisa de Manuela y cuánto le gustaba vestir de blanco, la música clásica y cuidar del jardín.

Pàmies posa con cierto reparo el ramo que acaba de darle Héctor y este se alegra de que lo tengan. Está a punto de alejarse, pero recapacita.

—Esta noche cenamos en La Marina, Tono. Unos pocos. Familia e

íntimos. Ven. Por favor.

—Sabes que no iré.

—Sí. Lo suponía.

Anochece. Todo está limpio y fresco, como suele suceder después de las tormentas. Fuera de estos muros, la gente se prepara para una noche hermosa y tierna. Cantarán villancicos y le darán la bienvenida a un niño mágico. Si su fe no fuera tan firme, tan natural y tan desde siempre, Héctor se preguntaría si esa idea infantil no pretende distraerlos de la cruel broma de la existencia. Pero su sangre Heredia tira de él y le permite intuir ese otro mundo que hay más allá de los ojos. Tener esperanza. Por eso no sucumbe a la desesperación. A la rabia por la niña asesinada hoy en la Gola del Ter. A la angustia por la que todavía no han encontrado. A la ausencia de Manuela y Amelia. A la de Marina. Siente que ninguna de ellas descansa en las profundidades del pequeño cementerio. No están aquí. Las flores son un consuelo para los vivos, no para los muertos. Ellas hace ya mucho que vuelan muy alto. Y muy libres.

—Feliz Navidad, Tono.

Héctor echa los hombros hacia atrás y se aleja con el ramo que le queda en búsqueda de Marina.

4

Palafrugell, 25 de diciembre, 8.30

Miren se despierta muy temprano con la boca pastosa y un fuerte dolor de cabeza por los excesos de la noche anterior. Todavía no ha amanecido. Sobresaltada, no reconoce en la penumbra nada de lo que la rodea. Localiza a tientas una mesilla de noche, palpa buscando el móvil y da con él. Con la linterna enfoca a su alrededor. Mierda. Ya se acuerda. Un ronquido suave a su lado la hace encogerse hasta quedarse inmóvil. No quiere que se despierte. Las mañanas siguientes siempre son lo peor. Los recuerdos de anoche acuden a borbotones a su cabeza. Y también el motivo que la trajo hasta aquí.

Sale de la cama muy despacio y, prácticamente a gatas, busca en la oscuridad su ropa interior. Con las braguitas puestas se siente un poco menos vulnerable. Su anfitrión se da la vuelta en la cama y Miren aguanta la respiración y tantea la pared hasta llegar al cuarto de baño. Cinco minutos después, vestida por completo salvo por los zapatos que lleva en la mano, regresa al dormitorio sigilosa y se acerca al escritorio que su ingenuo amante navideño le señaló anoche. Abre un cajón rezando por que no chirríe y él no se despierte. Ahí está. Bendice la modernidad de los teléfonos móviles y el hecho de que lleven esa linternita mágica incorporada. Coge lo que andaba buscando, lo guarda en el bolso, deja lo demás como estaba y, antes de salir de la habitación, mira al durmiente. Siente el rubor recorrerla por completo mientras recuerda la intimidad compartida. Marcos ha sido un buen amante. Atento y cariñoso. No hay muchos hombres así. Al menos, ella no los encuentra. Mueve la melena rubia para apartar cualquier principio de culpa y después cierra la puerta sin hacer ruido.

Recorre el pasillo de puntillas y está a punto de salir de la casa cuando una voz la sorprende:

—Menuda nochecita me habéis dado. Y menuda envidia.

—¡Joder! —Miren se apoya en la pared para recuperarse del susto—. Casi me da un infarto. ¿Quién eres tú? Pensaba que estábamos solos.

La chica es algo más joven que ella. Tiene cara de niña gamberra. El pelo rojizo y revuelto, la tez pálida y unos ojos muy azules. Sostiene un cuenco repleto de leche y cereales y viste un pijama de un estilo que ya no lleva nadie.

—Pues ya ves que no. Soy la prima del durmiente. Me llamo Cas. Cas Quiroga. Aunque eso debería preguntártelo yo —sonríe divertida.

Miren la observa con los zapatos todavía en la mano y el aliento entrecortado.

—Soy Ainhoa. —Le tiende la mano, pero Cas le estampa un par de besos en las mejillas.

—Pues feliz Navidad, Ainhoa. ¿Quieres desayunar algo? Ya sabes, va bien para la resaca. ¿O mejor una aspirina? —Cas sonríe dando a entender que su aspecto la delata—. ¿No esperas a que se levante? Está feo marcharse a hurtadillas.

—Lo sé. Pero no puedo entretenerme. Tengo trabajo —balbucea. Van a pillarla. Lo sabe.

—Pero si hoy es festivo. —Esos ojos azules escrutándola.

—No para mí. Me espera una videollamada y ya llego tarde. —Miren se calza, se pone el abrigo y busca en su bolso las llaves del coche tratando de evitar la mirada de la tal Cas y procurando que el *pendrive* que le acaba de robar a Marcos no cobre vida propia y salte del bolso.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este?

¿Es que no va a dejarla en paz?

—Yo podría preguntar lo mismo. —Ainhoa trata de sonreír, llaves en mano.

—En mi caso, huir de una familia anticuada y gilipollas —confiesa Cas con sorna y sin tapujos—, y trabajar para un detective privado, muy guapo pero algo borde a veces.

—Lo mío no es tan divertido. Trabajo para una inmobiliaria. Buscamos casas para la temporada de primavera y verano. —Joder. Detective. La boca de Miren se seca más todavía. Las piernas le tiemblan sobre los elegantes zapatos negros que acaba de calzarse, tan poco adecuados en este momento. Será mejor abreviar y sacársela de encima.

—¿Volveréis a veros? —Cas señala el fondo del pasillo, donde Marcos duerme ajeno a la conversación.

—Me gustaría, pero no creo que esté mucho tiempo por aquí... —Le desea feliz Navidad y sale de allí a toda prisa, pisando torpe la gravilla y maldiciendo los tacones de aguja.

Cas la sigue hasta la calle señalando un par de macetas rotas y un pequeño árbol inclinado y maltrecho.

—Culpa del temporal. Tendremos que recoger este desastre.

Miren entra en el coche sin prestar atención a sus palabras y sale despacio marcha atrás. Observa por el retrovisor la fachada de la casa de cal blanca y tejas rojas y a Cas apoyada en el marco de la puerta sin soltar el tazón. La casita va haciéndose más pequeña mientras un nudo atenaza su garganta. Recuerda de nuevo la noche anterior. Al joven entrando en el bar del hotel Llafranc en busca de alguna copa y de compañía. Recuerda su mirada intensa y su sonrisa tímida. Alguien lo llamó por su rango: sargento Quiroga, y le preguntó por el caso del granero. Por más que los *mossos* habían pedido discreción, ya era sabido por todos que un hombre había aparecido asesinado. Si en los pueblos

cualquier noticia banal se extiende como la pólvora, esta lo había hecho todavía más rápido. Las voces dadas al cotilleo andaban algo despistadas y hablaban de unos cerdos degollados. Nadie sabía todavía quién era la víctima ni el lugar exacto del crimen. Pero eso no era necesariamente mejor. El miedo empezaba a escampar. Sin embargo, el sargento permaneció impasible, sin soltar prenda y los clientes se cansaron de insistir. Miren pensó que la fortuna le sonreía y, al sentir la mirada del joven sobre ella, supo que era pan comido. Siempre le había resultado fácil intuir cuándo un hombre necesitaba sexo. Y, al contrario que el cabrón de Pàmies, este era atractivo y no se resistiría a sus encantos. Y era Nochebuena, tal como se empeñaba en recordar la voz de Raphael escapando de un altavoz. Y todo el mundo necesitaba cariño una noche como esa.

Miren había usado sus mejores armas: esta vez no fue demasiado descarada ni agresiva, pues el tal Marcos parecía un tipo sensible. Prudente. Había que atacar con otras estrategias. Quizás la candidez. La naturalidad. La simpatía. Y había funcionado. Después de besos, toqueteos y jadeos entrecortados en un rincón oscuro, Miren le propuso subir a su habitación. Él barrió con su mirada el local.

—Aquí no. Todos me conocen. ¿Tienes coche?

Y fueron a su pequeña pero agradable casa, en una barriada de campo a la que se accedía por la carretera interior que lleva de Llafranc a Palafrugell. En el dormitorio, entre beso y beso, ella, simulando estar más borracha de lo que estaba, le preguntó por esa muerte terrible de la que hablaban los clientes del hotel. Entonces él la abrazó, porque Miren se había estremecido, y después señaló el escritorio y musitó algo parecido a que dejasen el tema, que bastante horror ocultaba el lápiz de memoria que guardaba en un cajón. Que la jueza había decretado secreto de sumario y que no quería seguir pensando en el trabajo.

Después de eso se fueron a la cama. Se buscaron sin pudor. Marcos susurró a su oído palabras tiernas y todo fue mejor de lo esperado. Mucho mejor. De hecho, Miren se sonroja al recordarlo, fue perfecto.

—No seas estúpida —se riñe mientras recorre el escaso tramo de carretera hasta el hotel, imaginando la expresión de Marcos al darse cuenta de todo—. Nunca volverás a verlo. Y, aunque quisieras, no podrías. Porque te odiará. —Palpa su bolso en un acto reflejo y suspira —. Tal vez en otra vida, Miren.

* * *

En la radio suena un villancico. Pàmies cambia el dial interrumpiendo el afeitado y las noticias le recuerdan la trágica muerte de una niña en la Gola del Ter y el todavía desconocido paradero de otra. De un manotazo, lanza el viejo aparato contra el suelo, que enmudece después de un breve quejido.

—Mundo de mierda —masculla. El espejo le devuelve un rostro algo más aseado y con los párpados inferiores menos hinchados. Las pastillas del buen doctor están haciendo milagros con su sueño, pero empiezan a escasear. Esta vez cambia las galletas por un plátano demasiado maduro y bebe a toda velocidad dos tazas de café y enciende un pitillo. Rellena su petaca y, mientras se pone el viejo gabán, observa el dejado aspecto de la mesita del salón: la botella vacía, la cafetera y el cenicero repleto de colillas. Suspira. Algún día tendrá que poner orden. La mujer que acude a limpiar una vez a la semana no vendrá hasta pasadas las fiestas y, como no le gustará encontrar la casa en este estado, se lo hará saber una y otra vez renegando por los pasillos. De arreglar el jardín se ocupará él en cuanto vuelva. Ese es su coto privado.

En el buzón de voz unas palabras cariñosas de Héctor lo animan a comer con ellos. «Es Navidad —dice la voz—. Nadie, ni siquiera tú, debe estar solo». Cada año lo mismo. Pero él no tiene intención de ir a ningún sitio salvo a la nave de tiro al arco en Begur. En busca de un asesino.

Mientras conduce su viejo coche, las luces navideñas que cuelgan de los postes parecen saludarlo. Nadie se ha molestado en apagarlas. Renegando, echa pestes de los concejales y de la obviedad de que no pagan esos gastos inútiles de sus bolsillos. A Pàmies le encanta quejarse de todo. A solas. Oír una voz que le hace compañía. Aunque sea la suya.

Un neumático pisa una copa abandonada por algún exceso de la noche anterior sin consecuencias; las ruedas siguen recorriendo las callejuelas del pueblo buscando la salida. El paso del temporal se adivina por todas partes. No hay ni un alma.

Llega a un silencioso y vacío Begur y lo atraviesa en dirección al descampado que busca. Sin querer, recuerda cuánto le gustaba a Amelia que la trajesen a la feria de los indianos a principios de septiembre. La niña aplaudía entusiasmada ante la explosión de gente y de color, y Manuela y él bebían horchata viéndola disfrutar. La última vez su mujer estaba preciosa, con su vestido largo de lino blanco y las uñas de los pies pintadas de un alegre rojo. Las calles estrechas rebosaban de gente y en las terrazas no cabía un alfiler. Ese día fueron muy felices y él estaba lleno de buenos propósitos.

Deja atrás una rotonda que indica con claridad los destinos a los que llevan las carreteras nacientes y continúa ascendiendo por una cuesta irregular. Begur y su castillo medieval se convierten en pequeñas manchas en el retrovisor. Gira a la izquierda, se adentra en un camino y después de unos metros detiene el coche en una arboleda. Aquí estará a salvo de los curiosos. En cuanto sale, un escalofrío recorre sus viejos huesos. Mira el cielo, que después del temporal de levante está limpio. Y claro. Demasiado, concluyen sus ojos y su olfato, acostumbrados a predecir el tiempo.

—*S'acosta tramuntana.*[1] —Como si ahora alguien necesitara el despliegue de otro viento iracundo. Se ajusta el cuello del gabán y

observa la nave que ocupa el negocio que busca, unos metros más allá, en lo alto de un pequeño promontorio. Escondida entre la bruma matinal, parece llamarlo.

Ávido de descubrir el misterio que está seguro guardan esas paredes metálicas, enciende un cigarrillo y echa a andar, convencido de que este lugar lo acercará al descerebrado que ha matado a Uri el Sordo y a una pobre cabra.

Apaga el cigarrillo aplastándolo con la suela de su bota, se inclina un poco para recuperar el aliento y observa que la nave es vieja y está en mal estado. La humedad ha causado estragos en ella igual que en sus viejos huesos, se dice. Los muros muestran rincones oxidados y le hace falta una buena puesta a punto. Un letrero escrito en catalán indica que está cerrado y sitúa la fecha de apertura en el próximo mes de abril. Pàmies no es aficionado a este deporte, y de hecho a ningún otro, pero algunos conocidos suyos, *mossos* entre ellos, sí lo son. Suelen acudir aquí a retarse, apostar por los resultados y beber cerveza. Una excusa como otra cualquiera para no regresar a casa demasiado pronto.

El portón principal es grande, acorde a las dimensiones de la nave y está cerrado con un enorme candado. Pero en un lateral, una apertura más pequeña promete ser más fácil de abrir. Lo intentará por ahí. Cuando está a punto de regresar al coche a por una ganzúa, una ráfaga de suave brisa roza la pared y la puerta se mueve.

—¡Está abierta! —exclama al aire.

A cualquier otra persona eso le aliviaría. Pero no a él. Porque sabe exactamente lo que significa: que alguien ha estado aquí desde que el negocio cerró por vacaciones. Y que no es un descuido del dueño, porque ninguno que se precie lo dejaría a merced de cualquiera. Por lo tanto, es probable, casi seguro, que se trate de una peligrosa invitación.

Intenta enviarle su localización a Héctor, pero no hay cobertura. Debería descender unos metros hasta tenerla e informar de su paradero, pero no lo hace. Porque Pàmies nunca hace lo que su sentido común le pide. Tal vez sea mejor así, porque la bronca por aventurarse él solo sería de campeonato. Apoya la palma de su mano sobre la superficie fría de la puerta y la empuja despacio. La hoja se desliza chirriando y la luz se cuela aventurera en el misterioso hangar. Respirando hondo y con determinación, carga su arma y, sosteniéndola con pulso increíblemente firme, se adentra en lo desconocido.

Hace frío. Miles de ácaros campan a sus anchas delatando la falta de ventilación. Un olor nauseabundo golpea sus fosas nasales proveniente del fondo de la nave y empieza a temer lo peor. En el suelo de cemento irregular, hay paja y algunos charcos. La lluvia se ha colado por un montón de sitios desde el techo. Unos ventanucos estratégicamente situados en lo alto permiten que entren tímidos haces de luz, pero no son suficientes. Pàmies encuentra un interruptor y prueba por si acaso; como esperaba, las lámparas industriales que cuelgan de las alturas,

permanecen dormidas y la penumbra sigue dominando el hangar.

Unas enormes estanterías metálicas flanquean el espacio creando un estrecho pasillo. Están cubiertas por viejas lonas que parecen pretender protegerlo todo de la humedad, pero algunas han resbalado, y cajas, material y otros utensilios han escapado del resguardo quedando a la vista. Las estanterías ascienden altaneras como si quisieran huir de ahí y Pàmies se detiene al principio del pasillo para ver el camino que se supone debe recorrer. Se le antoja eterno. Siente su pulso acelerarse y un presentimiento muy negro se apodera de él.

Entonces lo oye. Y lo oye de nuevo. ¿Es un gemido? ¿O se trata de su imaginación y de su corazón bombeando alocado? Se sobresalta al oír unos golpes contra el suelo. La nave retumba. Pàmies acelera el paso apartando las lonas, que se mueven cual fantasmas.

—¿Quién anda ahí? —exclama sin esperar respuesta, para no sentirse tan solo—. ¿Hola? —Gotas de sudor frío perlan su piel. Maldita sea. No es el mejor momento para necesitar una copa. Aunque tal vez solo se trate de miedo.

Alguien resopla. Sin parar. Es una especie de agónico jadeo. Corre por el pasillo, deja atrás las malditas estanterías y llega al centro de la nave, que se abre invitándolo a pasar. Gracias a la poca luz que parece descender milagrosamente de los cielos, distingue una inmensa lona negra que cuelga desde el techo hasta el suelo. Hay movimiento dentro de ella. Y entonces vuelve a oírlo y al fin reconoce el sonido: es la queja lastimera de un caballo. Lo que oye es un relincho. Pero ¿qué...? Pàmies se abalanza sobre la lona y tira con fuerza de ella hasta que la libera de los anclajes que la sujetaban al techo. La lona cae cuan grande es, semejante a un monstruo negro, volando revoltosa hasta quedar esparcida por el suelo, obligándolo a retirarse para no ser engullido. Ve al caballo. No con claridad, pero su negrura resalta, y Pàmies se acerca deseoso de socorrerlo.

—Hijos de puta —farfulla—; *tranquil, maco.* [2]

La pobre bestia intenta liberar sus patas del plástico negro que las enreda y de las recias cadenas que las retienen. Su margen de movimiento es reducido y está agotado. Pero hay algo sobre su lomo. Parece como si las coces pretendieran liberarse también de esa pesada carga, que no puede distinguir porque también está cubierta por un plástico negro. El hedor es insoportable. Pàmies ahoga las arcadas que pugnan por salir en forma de vómito y se acerca más al caballo, que golpea con los cascos el suelo y relincha más fuerte. Más asustado.

—Sooo, sooo, cálmate. Vengo a ayudarte. —El eco de sus palabras resuena en todas partes. Intenta esquivar las patas traseras, que golpean deseando encontrar una víctima y liberarse de la trampa. Al fin consigue sacar el plástico de encima del animal sin recibir una coz involuntaria. Y se enfrenta al segundo peor espectáculo de su vida: sobre el lomo del famélico caballo, hay un tronco humano.

Esta vez el varón desnudo tiene cabeza, pero le faltan las piernas, cercenadas a medio muslo. Antes de poder reaccionar a la estampa, el aterrorizado caballo se lanza contra él a la desesperada. Pàmies rueda por el suelo para esquivar el ataque y su pistola se desplaza alejándose de él. Saca con rapidez la pequeña linterna que siempre lleva en el bolsillo interior del gabán y, con manos ávidas, enfoca por doquier en busca de su arma. El caballo trata de repetir la embestida, pero ahora él está fuera de su alcance, y enfadado, levanta las patas delanteras en señal de queja. El cuerpo muerto y podrido se tambalea, pero no cae. Pàmies adivina en él las mismas firmes puntadas del granero de Esclanyà.

—Tranquilo, precioso. No debes tenerme miedo. —Se levanta sin dejar de buscar su arma. Al fin sus ojos dan con ella, pero antes de recogerla, se acerca por un lado hasta rozar el lomo del animal. Sus dedos notan las costillas.

Lo han mantenido alimentado, pero solo lo justo para que no muriese y estropease la diabólica obra. El hilo de nailon se hunde en su carne y Pàmies puede adivinar el dolor. Sin abandonar el tono manso, continúa acariciándolo hasta que se acostumbra a su tacto, se calma y resopla, rendido. Está agotado. Sus enormes ojos oscuros miran a Pàmies sin comprender. Él ve su reflejo en los iris del caballo. De la espalda humana, cuelga una bolsa repleta de flechas. El suelo está bañado de sangre seca y también del sudor y las heces del animal. Una sinfonía de moscas azul marino danzan alrededor de ellos y otros insectos hacen pasto de la víctima y disfrutan del festín.

—Ya estás a salvo.

El normalmente osado inspector siente un miedo cerval que recorre su cuerpo. ¿Qué tipo de mal ha urdido esta dantesca puesta en escena? Desea liberarlo con todas sus fuerzas, pero antes debe avisar a Héctor. Lo contrario sería un error imperdonable.

Un pensamiento, una sensación incómoda, tratan de abrirse paso en su mente y advertirle. Su pistola. Maldita sea. La pistola. Rápido, se agacha para recuperarla. Una risa se impone por encima del resoplar del caballo. Es demasiado tarde. Oye un zumbido acercarse velozmente y siente un tremendo impacto en la pantorrilla. Cae al suelo gimiendo de dolor y la linterna rueda lejos. Le han disparado una flecha. La risa, todavía oculta, se burla satisfecha de su puntería. El animal se asusta de nuevo, patalea y relincha. Pàmies se aleja como puede para no ser coceado. Aunque tal vez fuera la mejor opción porque sabe, siente de forma absoluta, que no le espera nada bueno.

Decide recuperar la valentía que normalmente lo habita, desvía su mirada de la flecha y de la herida que sangra a borbotones y la fija en el hombre que se acerca, oculto tras una máscara negra. Desde el suelo, a Pàmies se le antoja un gigante y se siente muy pequeño.

—Así que eres tú, inspector Antonio Pàmies. Menuda sorpresa. —Los

ojos del demonio se achinan en las finas ranuras de la malla que cubre su rostro y Pàmies sabe que está sonriendo.

El desconocido le propina una patada en el rostro. La puntera de la bota hace crujir su mandíbula. El caballo se queja como si se la hubieran dado a él. Aullando de dolor, Pàmies se maldice por no haber notificado su paradero. Siente el sabor de la sangre dulce en la boca y una muela le baila en la lengua. Sabe que va a perder el sentido y se sorprende por el deseo urgente que se apodera de todo su ser: que Héctor lo encuentre. Que Héctor lo encuentre, joder. No teme morir. De hecho, casi lo desea. Lleva tiempo tentando a la parca, jugando con ella al escondite. Pero así no. No está dispuesto a hacerlo a manos de este hijo de puta.

Antes de cerrar los ojos, ve su rostro reflejado en los del caballo, que lo contempla con tristeza. O eso le parece a él.

* * *

Su esposa discute en la cocina con la asistenta, esa extranjera que prepara deliciosos manjares pero que parece empeñada en no hablarles en su idioma, aunque él sabe que lo domina. Están trajinando con el capón relleno para la comida navideña de la familia, el pequeño clan que él ha creado y que espera que pronto aumente.

El levante que ha sacudido con violencia la comarca ha amainado y el día ha amanecido limpio y brillante. Bajo el alegre abeto del salón, paquetes de vivos colores esperan a ser abiertos. Este se supone un día alegre y suele serlo. Pero esta vez no para él, que ya no ha podido librarse del miedo, de la desconfianza, de la inquietud.

Primero, esas malditas cartas empeñadas en devolverles al pasado y después ellos, a cual más cobarde, han tomado posesión de su mente. Pero lo peor, como una premonición de lo que está por llegar, han sido las llamadas y mensajes de Uri el Sordo pidiéndole una ayuda que él no le ha prestado. Y enterarse, poco después, de su brutal asesinato. Hace tres días que Uri perdió la vida y él la paz. Para siempre, probablemente. Se ha sorprendido a sí mismo caminando por la calle y mirando a todo el mundo como posibles sospechosos y saltando del sofá cuando sonaba el teléfono. Su mujer no ha dejado de decirle que le nota nervioso, que ya no tiene edad para el estrés, que descanse. Que tiene muy merecidas unas vacaciones. Si ella supiera. Si alguien supiera.

El móvil prepago está en su bolsillo. Dormido. De momento. Porque él, que debería haberles llamado para contarles lo ocurrido, no lo ha hecho. Porque sabe que, en cuanto se enteren, perderán el control y meterán la pata. Oh, sí. Seguro que alguno lo hará.

Su bolsillo suena, anticipando el principio del fin. Su corazón se paraliza y piensa en dejarlo sonar, en no contestar, en no saber. No quiere saber.

—¿Diga?

—¿Hola? —Es el quejica gritando al otro lado de la línea. Le manda calmarse, se levanta y se va a su habitación, donde nadie pueda oírlo—. Uri el Sordo ha muerto —gime el otro como un niño—, ¿me oyes? Lo encontraron muerto hace tres días. Y tú lo sabías.

—Así es. —No reconoce su voz. No es él quien habla. Porque no puede.

—¿Por qué no nos llamaste? ¿Para qué nos diste los malditos teléfonos?

—Porque el sumario es secreto. Hay una investigación en curso, por el amor de Dios. ¿Cómo te has enterado? —Le cuesta respirar.

—Llevo alzacuellos. Todo el mundo confía en mí. —Su interlocutor baja la voz y añade—: Andreu me llamó para que oficiara una ceremonia íntima por su hermano. Me negué. Le dije que lo sentía pero que no le correspondía a mi parroquia. Soy un ser humano cruel y merezco la ira de Dios. Todos la merecemos. —Él pone los ojos en blanco. Si estuviera ahí mismo, lo abofetearía—. ¿Le han asesinado, verdad?

—Pudo ser un desgraciado accidente en el granero —miente—. No podré deciros nada más hasta pasadas las fiestas.

—No te creo. Debió de morir de una forma terrible. Lo noté en la voz de Andreu. Temblaba cuando hablé con él —sigue el otro—, balbuceaba y no fue capaz de contarme nada..., ni yo de preguntarle. Las personas merecen un respeto. Los vivos y los muertos.

—Demasiado tarde para eso, ¿no te parece? Pero si prefieres engañarte y creer que por eso eres una buena persona..., allá tú. En realidad, no lo hiciste porque estabas muerto de miedo. —Tiene ganas de herirlo. De hacerle sentir tan mal como se siente él—. Si vas a quedarte más tranquilo, llamaré a los demás. Pero no creo que ponernos histéricos sirva de nada.

—¿Y si se ha suicidado? —insiste su interlocutor, ávido de respuestas.

—¿Arrepentirse, después de tantos años? —No va a contradecirlo. Es mejor que crea esa fantasía.

—No por arrepentimiento, sino por miedo. Porque vamos a morir todos. Y creo que él lo sabía. Me escribió un mensaje esa noche, ¿sabes?

—¿Qué decía? —Maldito sea. Al final conseguirá que el miedo que arde en sus entrañas se desboque y lo posea todo.

—«Ayúdame».

—¿Y lo hiciste?

—No —confiesa—, y estoy seguro de que tú tampoco. Porque no creo que pensase en mí como primera opción para protegerse de sí mismo o de lo que fuera. Pensé que era una paranoia. Era tan... raro.

También él había recibido el SMS con esa palabra. Y antes de eso, algunas llamadas a las que no había respondido. Pero no va a decírselo. El otro sigue balbuceando al otro lado de la línea. No quiere seguir escuchándolo. Tiene razón. Lo traicionaron. Omisión del deber de

socorro. Conoce bien ese principio. Es un delito. Alguien ha salido de caza, las presas son ellos y, de momento, se ha cobrado la primera.

—Esta noche. A las doce. En la ermita. Nos contarás todo lo que sabes —amenaza el hombre de Dios.

—¡Es Navidad!

—No faltes.

Cuelga la llamada con rabia y aprieta el teléfono hasta que sus nudillos se tornan blancos y la mano le duele.

—Cariño. —Su mujer está en el marco de la puerta—. ¿Con quién hablabas?

—Trabajo. —Guarda el móvil y parpadea aturdido un par de veces, pero logra sobreponerse.

—¿Lo ves? —Su esposa lo coge del brazo—. Ni siquiera respetan el día de Navidad. Tenemos que irnos de vacaciones. Que aprendan a espabilar sin ti —asegura orgullosa y decidida.

Salen de la habitación. Su pulso se acelera más todavía. La vena de su sien se inflama y late con fuerza. Sabe a ciencia cierta que su secreto saldrá a la luz por cualquier grieta, en el momento que menos se lo espere. Y que su vida ha cambiado para siempre. Y para mal, a no ser que pueda impedirlo. Y desde luego, va a intentarlo. Los muertos están bien donde están y no tienen derecho a impedirle vivir como le gusta. Ni Uri el Sordo ni ningún otro.

Las menguas

5

Palafrugell, 2 de enero, 9.30

El comisario Héctor Narváez lleva un buen rato ensimismado. Tamborilea sobre la mesa de forma inconsciente. Frente a él, el subinspector Marcos Quiroga espera paciente, mirando a través de la ventana del despacho de la comisaría. El Año Nuevo les ha sorprendido con un día fresco, tranquilo y soleado, después de unas fiestas dominadas por lluvias torrenciales y un viento furioso. Y lo de fiestas es un decir, porque hasta el desenlace de la desaparición de la pequeña Bashira, apenas habían podido disfrutarlas. Héctor, siempre atento a las necesidades de sus hombres, los había obligado a tomarse algunos días de descanso después de eso, pero Marcos, conocedor de la gravedad del crimen de Esclanyà y del desconocido paradero del inspector Pàmies, apenas se había tomado un par por obligación y había regresado al trabajo con más ganas de nunca.

—¿Usted qué cree, Quiroga? —Héctor obvia el rango, como suele hacer cuando están a solas y lanza su pregunta al aire, sin querer darle importancia.

—Llámelo, comisario. Nico se enterará igualmente si no lo hace. Y su ayuda siempre es eficaz —responde Marcos con calma, volviéndose hacia él.

—Está convaleciente. Ya sé que tiene el alta, pero ambos lo conocemos. Por más que le pidamos que no se exceda, desconoce lo que es eso. Si le pasa algo, mi sobrina me matará.

—Y si no lo llama, le matará Nico a usted. —Marcos no suele ser tan atrevido. Se sonroja al darse cuenta.

—Bien. Vamos allá. —Héctor carraspea y se decide. Busca el nombre de Nico en los contactos de su móvil y pulsa el auricular verde. Después de los saludos de rigor y de interesarse por su salud, va al grano—: Nico, te necesito. El inspector Pàmies ha desaparecido.

—Algo me comentó Marcos en el hospital. —No parece sorprendido —. Pero pensé..., ya sabes.

—Claro. Lo mismo que yo. Que andaba tirado en alguna cuneta borracho, pero está claro que no es así. Alguien lo habría encontrado ya, ¿verdad?

—¿Habéis ido a su casa?

—Por supuesto. Envié a algunos hombres, porque si iba yo y lo pillaba durmiendo la mona..., en fin, pero ni rastro. No tengo noticias suyas. Se

negó como cada año a celebrar la Navidad con nosotros y dejé pasar unos días porque esta suele ser una época dura para él. Le puse al mando del caso de la granja. —Hay un deje de culpa en su voz—. Sabía que lo estaba investigando y estaba tranquilo porque Tono suele hacer esas cosas. No responder al móvil, quiero decir. Ir por libre. Pero he estado llamándolo sin parar. Incluso le he amenazado con retirarle del caso.

—¿Y?

—Ni así me ha llamado, Nico. Cualquier otra amenaza le habría resbalado, pero esa no.

—Suenas muy preocupado. —Nico empieza a inquietarse al otro lado de la línea. Apenas conoce a Pàmies y, lo poco que sabe de él, no le inspira simpatía. Pero eso no importa. Nico, por Héctor, hace lo que sea. Siempre—. Tendrás que ponerme al día sobre el caso de la granja. No sé nada de nada.

—Como debe ser, porque los amenacé a todos con hacerles cosas muy feas si te iban al hospital con el cuento. Sé que te encanta escaparte de ahí —masculla Héctor recordando lo sucedido muy pocos días atrás—. Y antes de eso, te necesitaba concentrado en la búsqueda de Bashira, sin nada más en la cabeza. Pero ahora... hay que investigar ese asesinato y encontrar a Pàmies.

—Entonces, ¿te ayudo?

—Depende de cómo te encuentres. Lo digo en serio. No quiero tonterías.

—Estoy mejor —Nico se toma unos segundos antes de continuar—, aunque debo tomármelo con calma.

—Ojalá lo hagas. Y no podré pagarte. Digamos que... tu colaboración sería extraoficial. Otra vez.

—Cuento con ello. Y puedo permitírmelo. Trabajé mucho en Barcelona en otoño.

—Y también cobraste mucho, supongo.

—Pues depende de los clientes —responde Nico, divertido—, si me caen tan mal como los malos, les aprieto más.

—Estela anda por ahí, ¿verdad? —Héctor conoce la respuesta. Nico nunca hablaría de tomarse una investigación con tranquilidad de no tenerla a su lado.

—¿Otro brujo en la familia? Sí. Está conmigo. Vigilándome como a un niño.

—Dile que se ponga. De ti no me fío, tunante.

El comisario Narváez y su sobrina charlan un rato. Él detecta su tono de voz lleno de preocupación, pero también su firmeza y decisión cuando le asegura que Nico puede echar una mano. Sin pasarse, claro. Héctor se despide de ella de forma cariñosa y promete pasar a verlos en breve. Cuando Nico coge el teléfono de nuevo, añade:

—Ya la has oído: si te pasas, te mando para casa. Muerto no me

servirás de nada. Y a Estela y a vuestro hijo, menos todavía. —Es su forma de recordarle lo prioritario. Se siente culpable por pedirle que se sume al trabajo policial. Pero necesita la mirada perspicaz de Nico. De hecho, necesita toda la ayuda del mundo—. Te esperamos en la comisaría. Iremos a casa de Pàmies y después al granero de Esclanyà.

Tras colgar, Héctor se pasa la mano por su espesa mata de pelo y mira a su subinspector con los ojos entrecerrados:

—Viene hacia aquí.

—Me alegra saber que se ha decidido.

—Usted no ha pensado ni por un momento que se negaría.

—No, señor —acepta Marcos sonrojándose—, ni usted tampoco.

Héctor sonríe ante el segundo comentario atrevido del prudente Quiroga. Después se pregunta por enésima vez dónde puñetas está Pàmies y el corazón se le encoge dentro del pecho. Ese maldito pálpito que no le abandona y que le repite internamente una y otra vez que Pàmies corre un grave peligro. Su viejo amigo. Su mejor amigo.

Llaman a la puerta y entra un cabo con café y los periódicos de la mañana.

—Gracias, cabo, puede retirarse.

—Señor comisario... —El joven balbucea agobiado sin decidirse.

—¿Qué pasa, hombre? Está usted pálido como una sábana.

—Debe usted leer el *Crónica.* Ahora. Es importante.

Marcos se acerca a la mesa invadido por la curiosidad y Héctor se pone las gafas y baja la cabeza para leer el reportaje que señala el dedo del cabo. Sus manos tiemblan de rabia mientras lo hace y, cuando lo cierra de un manotazo iracundo, gesto muy poco habitual en él, vierte el café sobre la página que semejante trastorno le ha causado. Marcos se dispone a secarlo con una servilleta y entonces sus ojos se detienen en el título del reportaje, y en la foto y el nombre de quien lo firma: Miren Marlaska. Su cuerpo se tensa como un alambre: es la chica con la que se acostó en Nochebuena. La que le dijo que se llamaba Ainhoa. La que olía tan bien y le había susurrado palabras sexis y cariñosas. A la que sigue recordando cada día. La que, por lo visto, lo engañó como a un pardillo y robó el *pendrive* con las fotos de la escena del crimen que guardaba en un cajón de su escritorio y andaba buscando sin entender dónde había ido a parar.

Siente que todo su mundo se desmorona. Este es el fin de su carrera. De todos sus sueños. Y, peor todavía, de la confianza del hombre al que admira y aprecia como a un padre. Como a uno que merezca semejante título. El que sigue sentado en la silla retorciéndose las manos para no hacer ninguna tontería, renegando por lo bajini, preguntándose cómo ha sido posible semejante filtración.

—Comisario..., comisario...

—¿Perdón? ¡Ah! Diga, Quiroga.

—Es culpa mía.

—¿Qué quiere decir?

—El reportaje..., la periodista..., yo...

Héctor se levanta muy despacio y cierra la puerta.

—Hable, subinspector. —Mal asunto. El rango ha vuelto. Y el tono ha cambiado.

Llafranc, 9.45

Nico y Estela despiden el coche en el que los padres de Nico y su hermana Blanca regresan a Barcelona, después de pasar varios días con ellos para asegurarse de su restablecimiento y ayudando a Estela con los turnos del hospital. Consciente de lo cerca que ha estado de un fatal desenlace, Nico se ha dejado mimar y ha valorado tenerlos cerca. Desde que le dieron el alta y durante los primeros días de su convalecencia, fueron la mejor compañía en sus largos y lentos paseos por la playa. Despidieron el año todos juntos en La Marina, que había abierto sus puertas solo para la familia y, finalmente, su madre les había llenado la nevera de táperes de comida, y ahora se han despedido de él evitando, en la línea respetuosa que los caracteriza, cualquier comentario sobre los peligros de su profesión. Pero no ha hecho falta. Su madre lucía ojeras bajo la finísima capa de maquillaje y las líneas de expresión de su padre se han acusado un poco más. Los disgustos dejan cicatrices. Y cada una tiene su forma.

—El trabajo nos reclama, Nico. Intentaremos volver para Reyes. Nos vemos en nada.

Él sabe que se alejan para devolverles su espacio, aunque fuese brevemente. El coche abandona el puerto y Nico lo sigue con la mirada por el paseo marítimo hasta que desaparece detrás de una curva. Vuelven a estar solos.

—Pobres —murmura Estela con una cámara de fotos en la mano y con Simón cargado en la mochila portabebés—, lo deben de haber pasado fatal.

—Tú también —añade Nico en voz baja.

—Sí. Han sido unos días horribles. Pero todos te conocemos. —Estela sube las escaleras hasta el espigón.

El sol luce radiante, pero el aire es frío e invernal. Llevan gruesas prendas de abrigo y de sus bocas escapan nubes de humo blanco. Cuando llegue el mediodía, tal vez la temperatura se temple un poco. Pero todavía es muy temprano.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú no serías tú si no te volcases en cada investigación, poniéndote en peligro si crees que debes hacerlo —responde, tajante. Pero entonces se acerca a él, le tiende la mano que le queda libre y con cuidado de no chafar al pequeño Simón, se pone de puntillas y le besa en los labios.

—No pares. —Nico recoge el pelo largo de su mujer en una coleta y la acerca a él de nuevo, envolviéndolos a los dos con su abrigo confortable —. Quiero más.

Estela se ríe y le susurra al oído que tendrá que esperar. Que la cicatriz no permite según qué ejercicios.

—Pero otros sí —asegura divertido.

Ambos se ríen y Simón hace pucheros en la mochila. Estela lo aprieta con suavidad contra su pecho y el bebé se calla y se vuelve a quedar medio dormido.

—Deja que lo lleve yo.

—No. Todavía no debes cargar peso, Nico. —Estela se mantiene firme. Las olas rompen suaves en las rocas, y el mar, especialmente tranquilo, se balancea. La playa está vacía y también las calles de Llafranc, como si en el mundo no existiera nadie más que ellos—. Verás como se llena de gente en Reyes. Pero me encanta esta época. Se acercan las menguas de enero y sus días increíbles. —Estela dispara la cámara aquí y allá.

Por su expresión, Nico sabe cuánto disfruta. Entonces lo enfoca a él y le hace varias fotos.

—¡Basta! Soy un pésimo modelo.

—No seas presumido, detective Ros.

Él se hace con la cámara y le pide que sonría. Que camine. La sigue disparando sin parar hasta que Estela la recupera.

—¡Esto es nuevo! ¿Quién es aquí la fotógrafa?

—Es que estás tan guapa...

—Llevas días haciéndome la pelota, Nico —sonríe divertida—. ¿Es para que te perdone? Ya lo he hecho.

—Lo sé. —El móvil de Nico suena en su bolsillo—. Nico Ros al habla. ¡Hola, Héctor!

Estela intuye qué sucede por el tono de Nico. Este se aleja un poco para hablar con Héctor. Cuando Nico cuelga, es ella quien rompe el silencio:

—Entonces, ¿quieres quedarte unos días más?

—Héctor me pide ayuda. Es por ese tal Pàmies. No aparece.

—Sé quién es. No conocí a su hija Amelia, pero iba al parvulario con Jan y Marina. Dicen que era una niña muy rubia. Y muy guapa. Yo estaba a punto de nacer.

—¿Era?

—Murió.

—Joder. —Nico recuerda la imagen del rostro abotargado de Pàmies, su mirada turbia y su talante hosco, y piensa en lo poco que sabemos de la vida de nadie.

—Sí. Una tragedia. —Estela suspira y pone los brazos en jarras, esperando que le diga qué ha decidido.

—Ha quedado claro que no voy a cobrar por esta investigación, pero me gustaría quedarme —confiesa Nico mientras recuerda la enorme

suma de billetes que Jamal le hizo llegar después de la búsqueda de Bashira y que aún no han tocado ni por supuesto mencionado a Héctor pero que, sumada a encargos anteriores, le permitiría aceptar un trabajo por el que no recibirá un euro—. Quiero ayudar a Héctor. Pero depende de ti. ¿Has de volver a Barcelona? ¿Te esperan tus alumnos?

—¿Así? —Estela señala sus pechos y pone los ojos en blanco. Podría quejarse. Decirle a Nico que debe respetar la convalecencia para que la herida de su espalda, que casi le cuesta la vida, acabe de sanar. Pedirle que descanse un tiempo más. Pero no lo hará. Ella no es así—. No. Volveré al trabajo en cuanto termine mi baja maternal y le dé biberón. Ya falta poco. Además, en la universidad siguen de vacaciones. De momento, me contento con hacer fotos por aquí. Podemos quedarnos unos días, Nico. Tengo algunas ideas.

—Cuéntamelas —exclama interesado. Su mujer es una fotógrafa increíble.

—Esta noche. Te lo prometo. Ahora...

—¿Qué?

—Vete a ver a Héctor de una vez. Lo estás deseando. Y seguro que él también.

—¿Qué harás tú?

—Tal vez llame a Fátima. Tengo ganas de verla y no hay mucha gente por aquí un martes de enero.

Él la besa otra vez. También a Simón en la cabeza. Se aleja de allí y, cuando está a punto de subir al coche, se vuelve para mirarlos. La brisa suave mece el cabello de Estela, que le dice adiós sonriente y sigue caminando por el solitario espigón con su hijo a cuestas. Nico siente, como siempre que se aleja de ellos, una punzada de melancolía. Uno nunca sabe qué va a deparar una investigación y todavía no se han repuesto de la última.

Ahora que Nico ya no puede verla, Estela deja que las lágrimas corran libres por sus mejillas y se maldice por sentir tanto miedo.

Palafrugell, 11.10

Los tres hombres caminan abrigados y en silencio. Héctor dirige la marcha hacia la casa del inspector Pàmies. Marcos lleva las manos en los bolsillos y se muerde el labio inferior con los dientes superiores; lo tiene ya de color blanco. Y Nico rabia por preguntar qué puñetas pasa, pero no lo hace. El saludo con el que ambos policías lo han recibido ha distado mucho del esperado y ambos han sido parcos en sus palabras de bienvenida. Héctor le ha dicho que no se quitase el abrigo y, después de ponerse el suyo, les ha pedido a ambos que lo siguieran. Pero a Marcos no lo ha mirado a la cara.

Después de recorrer cuatro manzanas alejándose del bullicio del núcleo urbano, llegan a una calle solitaria, flanqueada por plataneros

centenarios. Algunos muros altos protegen las casas más bonitas del pueblo de las miradas de los curiosos.

—Es aquí. —Héctor se detiene en seco frente a una gran verja de hierro con la pintura desconchada. Saca un llavero de su bolsillo e introduce en la cerradura una llave antigua y algo oxidada. Cuando la puerta se abre chirriando, aparece ante ellos un precioso patio interior con una fuente central sin agua, un porche abovedado y un jardín que, aunque sin duda conoció mejores tiempos, llama la atención por la variedad de su flora. La casa es preciosa, de estilo italiano, con paredes color caldera y contraventanas verde oscuro, y promete una felicidad que Nico intuye irreal. Basta ver a Pàmies una sola vez para confirmarlo.

—¡Joder! ¿Pàmies vive en esta casa?

—Sí. Deberíais haberla visto en otra época. Ahora está algo abandonada, pero podría ser peor. Resulta que a Tono le gusta cuidar de las plantas.

—Nunca lo hubiera dicho —confiesa Nico recordando de nuevo el aspecto dejado del desaparecido.

—Es por su mujer, Manuela. Pasaba horas cuidando el jardín. Tono intenta mantener eso... a su manera.

—¿Dónde está ella? —Nico decide saciar su curiosidad y conocer algo mejor al díscolo Pàmies—. ¿Por qué no dio la alerta al ver que no volvía?

—Porque lleva muchos años muerta. —Héctor mira al suelo al responder y después alza la vista hacia la planta superior de la casa solariega. Sus ojos se tiñen de nostalgia.

—Lo siento. ¿La conocías? Estela me contó que la hija de Pàmies también murió. ¿Qué les pasó?

Marcos alisa, de forma innecesaria, su uniforme perfectamente planchado.

—Ellas..., ellas. —Héctor se vuelve. Su semblante está sombrío—. Hoy no, Nico. No quiero hablar de eso. Solo te diré que Manuela Montalbán y su hija Amelia fallecieron hace veintitrés años. Pàmies lo perdió todo, así —abre sus manos en el aire como indicando algo que se evapora—, de un plumazo.

—Vaya. Lo siento.

—Tono y yo nos criamos juntos —continúa el comisario—. De hecho, lo hicimos todo juntos: la carrera en la Universidad de Barcelona, compartir un piso diminuto de estudiantes, las oposiciones para *mossos*, incluso fuimos profesores en la misma facultad años después..., y juntos conocimos a Manuela. Él se volvió loco por ella en un abrir y cerrar de ojos. Yo fui su padrino de bodas.

—No tenía ni idea. —Nico se repite lo poco que sabemos de las personas. Incluso él mismo de alguien tan cercano como Héctor.

—¿Cómo ibas a saberlo? Desapareciste de aquí diez años, y eso es mucho tiempo. —Rápidamente su tono se suaviza y añade—: Perdona.

Eso ha estado feo. Además, hablo de la prehistoria y no tiene nada que ver contigo.

—Pero tú fuiste profesor mío en Criminología y él no. —Nico respira hondo recordando esos diez años. Esa huida sin final. Pero ya pasó.

—Lo expulsaron. Sus problemas con la bebida empezaron a resultar evidentes y no quedó otro remedio. Sin embargo, cuando eras estudiante, leíste su libro sobre perfiles criminales. Era obligatorio en mis clases.

—Lo recuerdo. *Los múltiples.* Una obra magistral —reconoce Nico mirando a Marcos de soslayo y preguntándole con los ojos.

—Bien. Basta de cháchara. Entremos.

Una llave más pequeña que la anterior abre la puerta de la casa y los tres hombres se sumergen en las entrañas del caserón esperando encontrar algo que los lleve al encuentro del inspector. Al entrar en el salón, los reciben unas largas y pesadas cortinas de terciopelo que cuelgan a cada lado de los ventanales y las contraventanas a medio abrir, por donde se cuelan rayos de sol que bailan traviesos, evidenciando el polvo del ambiente. En la mesa del centro reposa un cenicero rebosante de colillas, una cafetera Oroley y una botella de whisky escocés vacía con un vaso al lado.

—Maldito seas, Tono —farfulla Héctor.

Nico reconoce en sus palabras la angustia que la rabia intenta camuflar.

—Parece que hace días que no pasa por aquí —supone mientras observa el salón con detalle.

—Costaría distinguir eso tratándose de Tono —asegura Héctor—, aunque supongo que tienes razón. Hace mucho me dio una copia de las llaves. «Por si decido morirme y tienes que entrar», me dijo el muy bruto. Envié a mis hombres el día 28. No estaba en casa y, como imaginaba, tampoco está ahora, pero quiero echar un vistazo.

—No veo ningún ordenador ni *tablet* por aquí. ¿Miramos en su habitación? —propone el detective.

—No te molestes. —Héctor lo detiene—. Odia la tecnología. No tiene ni lo uno ni lo otro. Y el móvil..., bueno, suele llevarlo encima porque está amenazado por mí si no lo hace.

—¿Qué es esto? —Marcos habla por primera vez y señala un sobre de color marrón y varios folios que escapan en parte de su interior.

Héctor casi se abalanza sobre ellos, los sostiene con manos temblorosas y lee rápido.

—Es el informe de Casals sobre el caso de Esclanyà. Y estas anotaciones son de Tono, reconozco su letra. Sentaos. —Tiende algunos folios y fotografías a cada uno y ordena—: Leed rápido. A ver qué encontramos.

—¿Crees que su desaparición puede estar relacionada con el caso? —Nico barre con sus ojos el detallado informe. Al ver las fotografías, los

abre como platos y siente las náuseas nacer en su estómago y pugnar por salir—. Joder, Marcos. Ahora entiendo por qué aquel día no eras capaz de desayunar —dice recordando la mañana que se reunieron para organizar la búsqueda de Bashira—, vosotros estuvisteis en la escena de crimen.

Marcos se ruboriza de tal modo que Nico teme que le estalle la cabeza.

—Así es —interviene Héctor—. Respondiendo a tu pregunta, Nico, no creo que la desaparición de Tono sea voluntaria. Tras no encontrarlo en casa, envié patrullas a buscarlo, sin éxito: no está en ningún hospital, ni en casa de la única hermana que tiene, con la que por cierto ni siquiera se trata, y —duda un segundo pero continúa—: tampoco en algún burdel de la zona. Aunque parezca mentira, esa era mi última esperanza. Tono suele desaparecer de tanto en cuanto, perderse por ahí, pero jamás hubiera soltado este caso. Es como un perro de presa, ¿entiendes?, vive por y para el trabajo. No le interesa nada más y no se ha desvanecido por arte de magia.

El timbre de su móvil lo interrumpe.

—Comisario Narváez. Diga. —Dos minutos de conversación los mantienen en vilo hasta que cuelga y explica—: El comisario jefe me reclama. Desmontad esta casa hasta aseguraros de que no queda nada por mirar.

Se pone el abrigo del uniforme y detiene la mirada en un marco de plata que hay sobre la repisa de la chimenea. Es lo único que reluce en el salón. La fotografía en blanco y negro, algo envejecida, muestra a una hermosa mujer y una niña, ambas muy rubias, que sonríen al captor del instante. Héctor sale con los hombros caídos sin decir adiós. Nico se sienta en el sofá, estira sus largas piernas e invita a Marcos a hacer lo mismo:

—De aquí no nos movemos hasta que me cuentes qué coño pasa.

Flaçà, 12.30

Cas Quiroga salta al andén y mira a su alrededor esperando ver la cara conocida que debería haber venido a recogerla. Pero no está. Cansada del viaje, carga decidida el petate al hombro y camina de aquí para allá, decidiendo si esperar o no, cruzándose con gente que viene y va en la estación de tren. No debería haber aceptado el ofrecimiento. Probablemente Estela le dijo que la recogería por amabilidad. Por lástima. A Cas no le gusta ser una carga para nadie. Pero estaba cansada, algo decepcionada también, y pensó que era una buena opción.

—¡Cas! ¡Cas, aquí! —La alegre voz de Estela llega seguida de su persona. Corre hacia ella con Simón en brazos, vestida con un vaquero ajustado, un grueso tres cuartos de color caqui del que asoma un jersey de rayas marineras y unas deportivas blancas. Lleva una gorra de lana

beis de la que escapa su larga melena, y Cas piensa que parece una niña y que está guapísima, mientras que ella necesita una buena ducha.

—Hola, Estela. Gracias por venir. Es que no he encontrado a Marcos y... no sé. Tuve un impulso. Podría haber cogido un taxi, pero... te llamé.

Estela la besa en las mejillas.

—Pero ¿qué dices? Estoy encantada de verte, y de llevarte a casa también. ¿Qué tal el vuelo? ¿Y el tren? —Se detiene, mira a Cas y añade más seria—: Nico sigue vivo gracias a ti. De hecho, podrías pedirme la luna y te la traería. Me alegra mucho verte.

En el parking de la estación, se dirigen al coche de Estela y mientras esta trajina con el cinturón de la sillita para bebés, le pide que deje el escaso equipaje en el maletero y se acomode en el asiento del copiloto. Poco después circulan por las afueras de la pequeña localidad de Flaçà en dirección a Llafranc.

—Cuéntame cómo te ha ido en casa —se interesa Estela amablemente —, no debe haber sido fácil.

—Esto...

—Perdona. He sido indiscreta. Es que Nico me contó que tenías comité disciplinario. Siento que estés pasando por algo así.

Cas suspira y mira por la ventanilla. Estela tiene veinticuatro años. Muy pocos para entender algunas cosas de la vida pero, por otro lado, sus ojos profundos y su talante prudente le hacen pensar que podría confiar en ella. El bebé hace gorgoritos en su cómodo asiento, ajeno al mundo de los abusos de poder y de otro tipo también. Y ella se alegra. La infancia es una buena época. Algo aburrida a su modo de ver, pero tranquila.

—Pues mal. Una mierda, vaya. Un jodido desastre. —Resopla y toca el botón de bajada de la ventanilla—. ¿Te importa? Es que... me ahogo un poco.

—Nadie puede ahogarse solo un poco. —Estela la mira algo inquieta.

El pequeño se queja. Cas se gira y le hace una carantoña torpe para calmarlo. Como supone que toca, le dice a Estela lo precioso que está el niño.

—Gracias, Cas. Ahora cuéntamelo. Te irá bien desahogarte.

Cas sabe que lo dice en serio y, sorprendida, sube la ventanilla para que no cojan una pulmonía y se encuentra explicándole a Estela el desastre de su estancia en Cádiz mientras reconoce para sus adentros que Nico tiene una mujer cojonuda. Las palabras salen a borbotones de su boca, cada vez más urgentes. No había sido consciente hasta ahora de lo mucho que necesitaba hablar con otra mujer de todo lo sucedido. De principio a fin. Relata, sin apartar su vista del paisaje ampurdanés, lo que pasó con su superior. Ese acoso constante, esas manos regordetas y sudorosas que ella encontraba por todas partes. Esas amenazas veladas al principio. Descaradas después.

—Y no es que yo tuviera miedo, ¿sabes? Soñaba con darle a ese cerdo una patada en los huevos a todas horas. Pero no iba a sucumbir. La Policía sigue siendo un mundo de hombres, en algunos sitios más que en otros, tú ya me entiendes. Decidí aguantarme, tener la boca cerrada y seguir escaqueándome. No creí que fuera a mayores. Mi padre es un peso pesado ahí, mis hermanos también. Y mi tío. Y mis primos. Vamos, que los Quiroga somos una saga de policías de largo recorrido. Una institución. Menos el padre de Marcos, claro, un tipo violento y desagradable. El muy hijo de puta se pasó la vida dándoles mala vida a su mujer y a sus hijos, pero en fin, esa es otra historia. ¿Me sigues? —Estela afirma con la cabeza y Cas continúa como una metralleta—: La cuestión es que un día al cerdo se le fue la olla. Estábamos solos en el cuartel y lo hizo. Cerró la puerta de su despacho y me acorraló. Supongo que había interpretado mal las señales, mi silencio, y creyó que yo iba a consentir. Pero no. Yo no pensaba consentir, Estela, lo que quería era resistir, que no es lo mismo. No ir con el cuento a mi papi, no montar un pollo como una damita débil y quejica. Nada de eso. Era la primera mujer Quiroga en el cuerpo. Un orgullo. Al menos, para mí. Pero ya me ves, con el tío tumbándome encima de la mesa y bajándose los pantalones. Casi vomito, te lo juro. Pataleé tanto como pude, pero me tiró del pelo y me dio un puñetazo. —Cas señala su nariz, un punto del tabique que está levemente torcido—. Pensé que me desmayaba. Entonces, con los brazos estirados hacia atrás y el tío sobándome las tetas, pillé algo duro y lo descargué en su cabezota con todas mis fuerzas. Era una maldita grapadora. Casi se desangra, el muy cerdo. Y no veas cómo gritaba. Parecían aullidos. Alguien nos oyó entonces. Una secretaria, creo. Y entró. Él se subió a tiempo los pantalones y yo me levanté para defenderme. Vaya mierda. Nos encontró así. Yo llevaba la grapadora en la mano y él lloriqueaba como un niño pequeño gritando que le había atacado en un arranque de ira. La muy estúpida declaró a su favor. Creo que por hacerle la pelota o porque no me tenía simpatía, ¿sabes? A muchas mujeres no les caigo bien. Soy demasiado directa. Y algo bruta también. No me gustan las cursiladas ni los comportamientos retorcidos. A mí, las cosas de frente. En el cuartel algunas decían que yo era bollera. Pero no. Me encantan los tíos. Salvo los cerdos, claro. No tendría problema con eso, te lo juro, pero no es mi caso. Y bueno..., he tenido que volver para enfrentarme a todo eso. Ya era hora.

—¿Y qué tal?

—Pues lo han degradado, ¿sabes? El sindicato ha hecho un buen trabajo tirando del hilo y resulta que sus sucias manos no habían tocado sin permiso solo mis tetas. Aunque a mí me obligan a asistir a terapia para el control de la ira. Imagínate. Un tipo casi me viola y la que debe ir a terapia soy yo.

—Entonces, ¿está solucionado?, ¿recuperas tu empleo?

Cas responde con un desenfado que suena triste:

—Podría. Desde luego que podría. Pero creo que no quiero. Creo que aquello ya no me gusta. Mi padre me mira diferente. Está decepcionado, lo noto en sus ojos. Nuestro nombre jamás había estado en entredicho. Y ya ves, su niñita lo ha ensuciado.

—¿Y tu madre?

—Ella no sabe qué hacer. No quería que yo fuera policía. Quería que estudiase en Inglaterra, su país, y me convirtiera en una discreta damita británica. Buf. Antes me corto las venas. —Cas suelta un par de lágrimas silenciosas y Estela hace ver que no se da cuenta.

—¿Vas a quedarte con nosotros?

—Al menos de momento. Marcos me necesita. Está muy solo. Y tu marido..., bueno, Nico, desde luego, me necesita también. Alguien tiene que vigilarlo.

—Me gusta que seas tú. —Estela la mira y hay franqueza en sus ojos —. Creo que estará en buenas manos. Pero Cas..., ¿una grapadora? ¿En serio? ¿No había algo menos ridículo?

Las mujeres estallan en una carcajada y cualquier atisbo de tensión o tristeza se evapora. Todavía sonrientes, se quedan un rato calladas y en el interior del vehículo solo se oye el ronroneo de Simón. Los neumáticos se deslizan seguros por el asfalto y los kilómetros que las separan de Llafranc son cada vez más escasos.

—¿Te dejo en tu casa?

—Sí, por favor. —Cas sube la calefacción, se frota las manos y sopla su aliento caliente sobre ellas. Estela ve que las manchas de vitíligo que le salpican las manos y las muñecas han aumentado. Es lo que tiene el dolor, que siempre encuentra un camino—. Ahora tengo frío. Eso sí que lo tiene el sur, un clima de lujo todo el año.

Estela tuerce a la derecha adentrándose en el camino de gravilla que lleva a casa de Marcos. Cas se despide diciéndole dos tonterías al niño y dándole las gracias a Estela.

—De nada. En serio. Un placer.

—Espera, que saco el petate.

—Escucha, Cas, ven a cenar esta noche a casa. Con Marcos. Prepararé un buen pescado y charlaremos. Creo que nos conviene divertirnos a todos.

Cas la mira. Duda. Pero entonces se decide:

—Ahí estaremos. Debes de ser buena cocinera.

—Me viene de casta. —Estela sonríe y, tras un breve atisbo de duda, añade—: Esas lágrimas, Cas..., no te avergüences. Yo también he llorado hoy. Nico ha vuelto al trabajo y tengo miedo.

—Yo no dejaré que le pase nada. —Cas descarga su equipaje, se despide de ella como lo haría un soldado y se dirige hacia el interior de la casa que, en adelante, será también la suya.

Esclanyà, 17.15

Nico y Marcos interrogan a Andreu Mateu, que ha hecho patente su incomodidad por la falta de resultados del trabajo policial. El granjero es un tipo parco en palabras y no demasiado simpático. Nico pasa eso por alto porque alguien se ha cargado a su hermano hace diez días. Los hombres, ambos solteros y sesentones, vivían sin más compañía que la mutua y la de sus animales.

—¿Imagina usted algún motivo por el que alguien querría..., ya me entiende, hacer lo que le hizo a Oriol?

—He respondido a esa pregunta miles de veces, señor... *mosso.*

—Detective Ros —corrige Nico con rapidez—. Le comprendo. Pero estaba usted demasiado afectado en los primeros interrogatorios, como es normal. El subinspector Quiroga ha pensado que volver a hablar con usted sería bueno, por si, con los días, ha recordado algo.

—Hubiera llamado al cuartel —farfulla Andreu—. Mire, detective, mi hermano era un tipo pacífico. Demasiado, diría yo. Estaba sordo como una tapia y le interesaban pocas cosas. Era bastante vago, la verdad, incluso para tener enemigos. Yo andaba espoleándolo todo el día, como hago con los animales, para que me ayudase con la granja. Este negocio apenas da para vivir. Pero él siempre decía que bastante trabajo tenía con la casa.

—¿Salía a menudo de la granja?

—A veces se escapaba al bar para ver a algún conocido, tomar un par de cervezas y charlar, en la escasa medida en que podía. Creo que a algunos les encantaba tomarle el pelo.

—¿Usted no lo acompañaba?

—No me gustan la gente ni los bares. Con esta casa, las bestias y el trabajo que me dan tengo más que suficiente. Me acuesto baldado al anochecer y me levanto con el canto del gallo..., de hecho, debería volver al trabajo.

—Entiendo. De modo que —sigue Nico sin hacer caso de esa observación— también es posible que su hermano llegara a la granja poco antes del ataque y no le diera tiempo a entrar en casa, o que por algún motivo desconocido, su hermano fuese al granero a esas horas, sorprendiera a alguien y...

—Olvidé decirte que la cama estaba hecha —dice Marcos, algo azorado.

—Bien, pues entonces es la opción A..., pero hacerle eso sin tener en cuenta quién era, no tiene sentido —añade sin creer ni por un momento en semejante posibilidad.

Esa cruel muerte buscaba causar un dolor indescriptible. Sonaba a ritual, a furia. Sí, por supuesto, la víctima podía haber sido aleatoria, una elección al azar de una mente perturbada, un pobre sordo que ni siquiera lo oiría llegar. Pero cometer un asesinato sangriento, esa macabra puesta en escena y toda la horrible parafernalia no casaban con

una víctima elegida al azar. Además, ¿qué hacía el granjero despierto a semejantes horas y en el granero? Era sordo, ningún ruido podía haberlo alertado, menos todavía si no había despertado a Andreu, con un oído fino, que no abrió los ojos hasta que los animales se quejaron de madrugada. ¿Por qué no se había enterado de nada? Nadie es desnudado y atado a una silla sin pedir socorro.

—Señor Mateu, ¿no recuerda nada extraño esa noche?

—Uri llegó más tarde de lo habitual. Él se ocupaba de la casa, así que lo dejé todo tal cual para que, cuando volviera, recogiera los restos de la cena. Yo tenía un terrible dolor de cabeza y me fui a dormir temprano sin tener en cuenta que no estaba aún en casa. Después... los alaridos de los cerdos, las cabras... me despertaron. Pensé que habían entrado jabalíes en el cercado.

—¿Tenía móvil su hermano?

—¡Qué va! ¿Para qué? No lo hubiese oído.

Nico no responde. Podría decirle que los móviles también pueden leerse. Y que vibran. Le piden que los acompañe hasta el granero, pero el hombre se niega llevándose la mano a la cara.

—Ni hablar. No pienso volver ahora. Bastante lo hago a mi pesar. Desde entonces, entro solo para lo necesario y contengo la respiración. No puedo olvidar... ese olor. —Los labios le tiemblan y las manos también. De algún modo, Nico reconoce en sus ademanes más miedo que tristeza y le parece lógico. Es demasiado pronto para que Andreu sea consciente de la ausencia definitiva de su hermano y sigue bajo el *shock* de esa madrugada—. ¿Para qué se llevó ese monstruo su cabeza?

—Será usted el primero en recibir una explicación cuando la tengamos, señor Mateu —asegura Marcos—, estamos haciendo todo lo posible para dar con el autor del crimen. Debe usted confiar.

—No me queda otra, subinspector. —Andreu lo mira a los ojos y después deja que los suyos recorran su pequeña propiedad—. Tantos años de esfuerzo, ¿para qué? Soy el último de una saga de campesinos pobres. Oriol y yo no estábamos demasiado apegados, pero era mi hermano y vivíamos juntos. Ahora está muerto y enterrado y estoy solo.

Comprensivos, lo dejan en la casa y atraviesan el huerto por un camino de barro seco.

—Pudieron haberle drogado —medita Nico.

—¿A Oriol? —Marcos pronuncia la primera palabra en un buen rato. Él ya había interrogado en su momento al hermano y sigue de un humor gris—. No, Nico. Tenía restos de alcohol en sangre, pero nada más.

—Me refiero a Andreu. Lo digo porque es raro que no oyese nada. Si había ruido en el granero, lo lógico sería que se hubiera despertado. —Nico observa con curiosidad a su alrededor para no perderse detalle de la granja—. Hay que saber más de la víctima, Marcos. Preguntaremos en el bar al que solía ir.

Los animales conviven felices en el cercado, ajenos a la investigación.

Ni siquiera saben que uno de sus dueños ha muerto. O tal vez sí. Nico aparta el cordón policial, empuja la puerta del granero y les recibe un terrible olor a muerte.

A pesar de lo avanzado de la mañana, está en penumbra. Andreu no ha mentido al asegurar que apenas entra ahí desde el asesinato. Un par de telarañas cuelgan de las vigas de madera, las balas de paja están desordenadas y algunas moscas azules danzan a sus anchas alrededor de una enorme mancha de color granate que hace las veces de alfombra. Las marcas de tiza continúan ahí, recordando al hombre y a la cabra. El olor es nauseabundo porque nadie se ha molestado en ventilar.

—¡Qué asco! —Nico se cubre la boca con la bufanda y Marcos lo imita usando un pañuelo limpio y blanco.

—Pues tendrías que haber estado esa madrugada —asegura Marcos.

—Venga, ponme al día. Con detalle. Explícame exactamente qué viste.

—¡No fastidies! Está todo en el informe de Pàmies. Ya lo has leído.

—Ya está bien, tío. Ven aquí. —Nico lo agarra de la solapa del abrigo y tira de él hacia fuera.

A la intemperie, libera su boca y respira hondo. Huele a excrementos de animales, pero mejor eso que la podredumbre y la falta de ventilación del granero. Marcos se enfrenta a él.

—¿Qué coño haces?

—Pero si tú apenas dices tacos, Marcos.

—Pues hoy sí. Ahora digo jodidos tacos. Tantas jodidas veces como me dé la puta gana.

—Respira hondo.

—Ya lo hago.

—Más, Marcos. Llénate de aire. Sé cómo te sientes. Atrapado en una mierda de bucle que tira de ti hacia algún lugar muy oscuro.

—¿Cómo estarías tú? Ya te lo he explicado, Nico. Para una vez que me enrollo con una tía desconocida, resulta ser periodista. Me tomó el pelo, joder. Me dijo que era comercial de una agencia de viajes del norte. Que estaba mirando hoteles y apartamentos para el verano. No se me ocurrió idea más brillante que llevarla a mi casa. Pensé en quedarnos en su habitación del hotel, pero todos me conocían y no quería que nadie me viera subir con ella. La gente de los pueblos es cotilla, ya lo sabes. —El rostro de Marcos está demudado. Las palabras huyen de su boca temblorosas y sus ojos brillan con lágrimas de rabia contenidas—. Y tampoco debería haber sacado de la comisaría el *pendrive* con el informe de este maldito caso. Pero quería echarle un vistazo con calma. El comisario acababa de elegir al descerebrado de Pàmies para investigarlo y decidí profundizar cuando acabásemos en La Gola del Ter. Por si el tipo volvía a perder los papeles. Ya ves tú quién los ha perdido ahora.

—¿Qué te ha dicho Narváez?

—Nada. Se quedó en *shock* al leer el reportaje y más cuando le dije que era por mi causa. Menuda estúpida, cuestionando la labor policial y

el hecho de que el comisario eligiese a Pàmies para llevar el caso. Que si son íntimos amigos, que si nadie en sus cabales elegiría a un borracho para una investigación como esta... Ha llamado al muerto Hombre Cabra, imagínate. En fin. Que él apenas me habla.

—Eso es porque está pensando. No quiere precipitarse. No quiere decir nada que te duela y prefiere hablar desde la calma. Tú lo conoces como nadie, Marcos.

—Por eso mismo. Él... lo pasa todo. Pero no una deslealtad.

—Tú no has sido desleal, tío. —Nico golpea con la punta de su zapato unas piedrecitas diminutas en el barro. Está pensando. Buscando las palabras. ¿Qué le diría Estela? A ella se le daban bien estas cosas—. Has cometido un error. Eso es todo. Y debes superarlo, ¿entiendes? Pretender no equivocarte nunca es pretencioso. Deja de lamerte las heridas y de compadecerte. No te pega nada. Mírame a mí, apuñalado por una chica que no medía más de metro cuarenta.

Marcos lo mira a los ojos. Su expresión se suaviza. Vuelve a respirar hondo un par de veces y encaja las palabras de su amigo.

—Supongo que tienes razón. Pero ya lo has oído, el comisario jefe quería verlo. Chaparrón al canto.

—No será la primera vez. Sabes que Nil Capo es un gilipollas, como su hijito. No necesita que alguien se equivoque para echarle la bronca a Héctor. No lo soporta.

—Está bien, Nico. Aceptaré las consecuencias de mi acto. Imagino que no soy el primero al que toman el pelo.

—Y tampoco el último —asegura Nico sonriendo.

—Tal vez me degraden, ¿sabes? Saqué las oposiciones con buena nota y estaba contento al comunicarme el ascenso a subinspector, pero ahora...

—Sácatelo de la cabeza. Héctor no sería Héctor si hiciera eso.

—Me ha citado en su despacho dentro de un rato. A las ocho.

El móvil de Nico suena. La voz alegre de Estela rompe la conversación y Nico se alegra de ello. Charlan brevemente y él le dice que la quiere antes de colgar.

—¡Buenas noticias! —exclama—. Esta noche Cas y tú cenáis en casa.

—¡Joder, Cas! Me había olvidado de que llegaba hoy.

—Bien. Pues ya está aquí. Y me alegra, porque no te dejará seguir con esta actitud de perro apaleado. Sabes que no le gustaría. ¿Contamos contigo? —Sin dejarle responder, añade—: Lubina al horno. Te aseguro que no puedes perdértela. Así nos contarás si estás despedido. —Pero su tono y su mirada aseguran todo lo contrario. Golpea cariñoso el hombro de Marcos y, regresando al asunto que los ha llevado allí, añade—: Ahora describe con detalle todo lo que viste la madrugada del 22 de diciembre. Y... deja ya de decir palabrotas o te lavaré la boca con aguarrás. Alguno de nosotros tiene que mantener las formas y, desde luego, no voy a ser yo.

Marcos se concentra en recordar el escenario de una muerte sangrienta, extraña y cruel.

* * *

El bar Fermín huele a una mezcla de sudor, humedad, fritos y tabaco. Un cliente parece fascinado con la máquina tragaperras, otros juegan al billar y algunos lanzan dardos a una diana que cuelga de la pared. Todos beben. Nico y Marcos han tenido que satisfacer un mínimo la curiosidad de los más morbosos respecto a la horrible muerte de Oriol. Algunos semblantes y voces muestran tristeza, angustia, miedo. Otros solo morbo. El reportaje del *Crónica* ha levantado la veda y, muy pronto, los bulos, las exageraciones y las mentiras respecto al asesinato se esparcirán a su aire. El mal está hecho. Y Nico tiene claro que la culpa no es de Marcos.

Están junto a la única ventana un poco abierta, preguntando a algunos habituales acerca de las costumbres de Uri el Sordo, de la relación con su hermano Andreu y de su vida en general. Pero llevan aquí más de una hora, han invitado ya a varias cervezas para soltar las lenguas y, hasta el momento, ninguna respuesta ha resultado útil. Era un buen tío, algo torpe, sordo como una tapia y un poco lapa, pero inofensivo. Esa es la opinión general.

—¿Cómo se entendían con él? —pregunta Marcos muy serio—. ¿Alguien aquí habla el lenguaje de signos?

—Subinspector Quiroga —uno de los hombres, bastante ebrio, estalla en una carcajada—, Uri no oía, pero hablaba perfectamente, aunque solía hacerlo demasiado alto. Además, para beber y charlar de tías no hacen falta más que un par de signos. —Con las manos, dibuja unos pechos y un culo en el aire—. Lenguaje universal, ¿entienden?

Poco a poco, van haciéndose una idea de que la víctima era un tipo bastante anodino, cuya máxima particularidad era su sordera, pero un hombre, al fin y al cabo.

—¿No pueden decirnos nada más? El último día que lo vieron, ¿pasó algo?, ¿estaba de mal humor o inquieto? —pregunta Nico, que no se rinde.

—Es difícil saberlo. Uri era cambiante. Tan pronto estaba solo en una esquina bebiendo cerveza como dispuesto a la juerga.

—¿Y eso? ¿De qué dependía?

—¿Acaso tiene que depender de algo? —El tipo lo mira con curiosidad y bebe a morro de la botella—. Mire, era soltero. Sin hijos. Poco atractivo. Sordo. Un granjero, ¿entiende? Pocas expectativas, así que venir a beber era seguramente uno de los pocos placeres de su vida. —Apura la botella, eructa y añade—: Igual que para muchos.

—Pero llevaba unos días más raro de lo normal y esa noche pasó mucho mucho rato con su móvil. Escribía —asegura el otro—. Algunos

le tomamos el pelo preguntándole si había ligado..., ya saben. Una de esas citas a ciegas.

—¿Tenía móvil? —Nico y el subinspector Quiroga se pisan al hacer la pregunta.

El tipo los mira con los ojos muy abiertos.

—Pues hasta ese día no le había visto con ninguno, pero todo el mundo tiene, ¿no?

—Claro. Pero siendo sordo...

—Se lo he dicho, hombre, tecleaba. Después se marchó. Parecía tener prisa.

—Fijo que veía porno. —Se ríe el otro—. No hace falta oír para eso. Mientras se tengan ojos...

Ellos se miran. Así que la víctima tenía secretos.

—¿Qué hora era? ¿Sabe adónde iba?

—Pues a la granja, digo yo. Era tarde. Algunos nos marchábamos a casa y Fermín nos estaba cobrando las últimas cañas. Nos deseamos que nos tocase la lotería y nos largamos. Pero no le tocó a ninguno. Y nadie volvió a ver a Uri el Sordo.

Agradecen la ayuda y se disponen a salir cuando otro parroquiano los interrumpe por última vez:

—Perdonen, agentes, pero... Tono Pàmies ya nos hizo todas esas preguntas hace unos días. Cuando solo sabíamos que alguien había muerto en extrañas circunstancias, un accidente en una granja o algo así, pero no teníamos ni idea de quién se trataba. Parecía que se ocupaba él del caso. ¿Ya ha metido la pata? Ese horrible reportaje, esas fotos..., pobre Uri. Que jodida forma de morir. ¿Quién querría hacerle algo así? Era un pobre desgraciado.

—¿Bebió Tono más de la cuenta y se fue de la lengua? ¿Le han quitado el caso? —se anima el otro—. Como hace días que no viene por aquí...

—Para nada. —Marcos templa la voz para no delatar su sorpresa—. El inspector Pàmies sabe muy bien lo que hace. Nosotros trabajamos a sus órdenes.

—Pues díganle que no olvide a los amigos —pide el tipo con ojillos vidriosos—. La última vez vino a interesarse por Uri, igual que ustedes. Eso sí, fue menos formal. Pilló una buena.

La oscuridad es completa y el frío aprieta. Algunas farolas alumbran la plaza y los plataneros envueltos en la capa de niebla convirtiéndolos casi en fantasmas. Nico respira hondo, contento de haber salido del bar y de esas vidas grises, y pone palabras a lo que ambos están pensando:

—Le ocultaba a su hermano que tenía teléfono, Marcos.

—Sí. Pero eso no significa gran cosa. Todos tenemos derecho a cierta intimidad.

—Cierto. ¿No fue condición de Héctor que Pàmies dejase de beber?

—Supongo que estaba obligado a pedírselo, pero no creo que confiase

en ello. Algunas cosas son como son. Tengo que irme, Nico. El comisario me espera.

—Todo irá bien. —Su amigo no contesta y Nico desiste de usar más palabras. No son necesarias. Marcos aceptará lo que sea. El castigo que Héctor decida imponerle. Porque se siente culpable—. Escucha, pase lo que pase, ¿me has entendido?, lo que sea, te esperamos a cenar en casa con Cas. No faltes.

Marcos asiente y se aleja en dirección al cuartel de los *mossos.* Nico le ve caminar hasta perderse en la oscuridad y, deseándole suerte en silencio y con muchas preguntas en la cabeza, se monta en el coche y conduce rápido hacia su casa, donde le esperan Estela y Simón.

Llafranc, 21.15

Estela señala el periódico sobre la mesa y mira a Nico.

—Pobre Marcos. Comprendo cómo debe sentirse.

—Esa mujer lo sabe todo. —Nico golpea la portada del *Crónica* con el índice—. La vi una noche en el bar del hotel con Pàmies, seguro que intentando sonsacarle. Se debió de quedar con las ganas y fue a por Marcos. Está claro que le robó el *pendrive* mientras él dormía. Hay que ser muy hija de put...

—Sí —ella lo interrumpe—, pero ese no es el tema y el mal ya está hecho. La cuestión no es cómo va a enfocar esto el tío Héctor, sino cómo va a llevarlo Marcos.

—¿Qué quieres decir?

—Conozco a mi tío. Y tú también, Nico. Todo el mundo merece otra oportunidad y no será Marcos quien escape de esa máxima. —Se levanta y coloca al pequeño Simón en los brazos de Nico. El bebé se ha quedado dormido totalmente satisfecho después de su última toma. Nico huele a su hijo y sonríe—. Pero lo importante es si él va a ser capaz de encajar un error y tirar adelante. A pesar de lo que ha pasado y de esa chica.

—A ti nunca te ha costado perdonar, Estela.

Ella se está abrochando el sujetador y después los botones de la camisa que le ha robado, como siempre hace desde que empezó la lactancia.

—Lo contrario es una tontería. Si no somos capaces de perdonar a alguien, es mejor apartarnos de su camino. —Recupera a Simón y besa a Nico—. Pero perdonarse a uno mismo es más difícil todavía. Marcos tendrá que aprender. Voy a acostarlo y a cambiarme. ¿Preparas la mesa y le echas un vistazo al pescado? —Señala el horno y desaparece escaleras arriba.

Nico obedece y diez minutos después Estela regresa vestida con un vaquero holgado y un jersey color caldera que resalta su tez morena.

—La pequeña bestia tragona duerme.

—Qué guapa estás.

La mesa está perfecta, la lubina huele a gloria y Nico está aliñando la ensalada variada para acompañar el pescado. No deja de darle vueltas a que la periodista ya estuviese instalada en el hotel Llafranc tan poco tiempo después del crimen de Esclanyà. Por supuesto, la información al detalle la obtuvo del cajón de Marcos, pero alguien se había ido de la lengua antes de eso.

Estela enciende un par de velas aromáticas y abre unos centímetros la corredera del salón que da a la calle para ventilar. El mar está a muy pocos metros y su olor llega a modo de saludo. El fuego crepita en la chimenea y el abeto navideño muestra sus adornos sencillos y delicados, recordándoles que las fiestas todavía no han terminado, aunque algunos ya no vayan a ser testigos de ellas. Nico se consuela pensando que, al menos, Bashira sí lo será.

—¿Te he dicho ya que estás muy guapa?

—¿Y eso? —Estela se divierte—. ¿Quieres sexo? ¿Por eso te estás portando hoy tan bien?

—Yo siempre quiero sexo contigo. —Nico levanta los hombros reconociendo sin pudor esa verdad—. Ven aquí. —La coge por la cintura y la estrecha contra sí.

Estela reconoce sus ganas, mira la hora en el reloj y le susurra al oído que tendrá que esperar.

—Pero no mucho rato —promete, bajito.

Se pierden en un beso largo. Y otro. Y otro, hasta que una risita nerviosa los interrumpe.

—¿Todavía no estáis hartos de sobaros? No os vengáis arriba, que han llegado los invitados.

—¡Cas! —Nico no puede evitar sonreír al verla—. Pensaba que te quedarías en tu tierra para siempre.

—¡Más quisieras! —Le guiña un ojo y se abrazan de forma leve pero sincera.

La mirada de Cas se posa en una bonita fotografía del salón. En ella, una chica muy joven, muy morena y muy parecida a Estela sonríe a quien sea que capturó ese instante. Marina, se dice Cas. La omnipresente Marina. Y se le encoge el corazón.

—Bienvenidos. —Estela aparta la cortina y tira de la corredera hasta abrirla casi del todo para dejar paso a Marcos, que no se ha atrevido a escabullirse dentro. Lleva una botella de vino en las manos y permanece en silencio.

—¿Y bien? —Nico y Estela esperan que les cuente.

Marcos hace las cosas a su manera. Despacio. Bien hechas. Entra en la casa y sonríe tímido, como es.

—Tu tío es un buen hombre, Estela. Hemos tenido una de esas charlas. La reprimenda se ha debido más a que yo me llevara el informe a casa que a que esa... chica lo robara. —Suelta de un tirón las últimas palabras. Los rostros se relajan y Estela lo abraza, feliz—. Esta metedura

de pata no tendrá consecuencias. Al menos, oficiales. Otra cosa es...

—Basta, Marcos. —Estela le quita el abrigo y los acompaña hasta la mesa—. Esto solo demuestra que eres humano. Bienvenido al club.

—Por lo tanto —Cas le roba a su primo la botella de las manos—, brindaremos por tu ascenso, que ya es hora.

Cinco minutos después saborean la ensalada y la lubina que Estela ha cocinado, todos disfrutan del vino añejo excepto Nico, que toma su habitual Cola Cero. Brindan entre risas por Marcos y hablan de sus cosas: de la vida, de la paternidad, de los días de Cas en el sur, de las fotografías de Estela que adornan las paredes de la coqueta casa junto al mar y de los Reyes que se avecinan. Ninguno de ellos menciona el crimen del granero ni la desaparición de Pàmies. Todos han aprendido de Héctor. De su recuerdo constante de que la vida debe ser agarrada por los cuernos, también en lo bueno. Y que algunos ratos son paréntesis sagrados y este es uno de ellos. Más tarde toman tarta de manzana y café en la pequeña mesa que tienen fuera, al abrigo de una estufa que Nico compró al instalarse en su nuevo hogar. Porque les encanta el aire libre.

—Por el nuevo y flamante subinspector Quiroga. Y por nosotros. —Cas levanta su copa y apura el último sorbo. Los ojos le brillan y su tono es menos áspero del habitual—. Qué bueno es estar de nuevo en casa.

Nico sonríe en silencio. Hace unos días no se conocían. Sin embargo, ahora le cuesta imaginar una vida sin Cas. Su salvadora. La rebelde Cas. Coge a Estela con suavidad por el cuello y le acaricia la larga melena. Escucha el murmullo del mar, mira la luna en cuarto creciente que adorna la noche y se siente completo.

6

Begur, 3 de enero, 10.30

Hace un frío del carajo. Nico lleva las manos protegidas por unos guantes de piel, pero aun así las tiene heladas. La cicatriz del costado le molesta, pero no va a comentarlo. Marcos, que ha recuperado su habitual talante animoso, le ha asegurado que Héctor tenía sus dudas respecto a dejarle unirse a ellos para el asalto, pero no le quedaba otra porque había sido Nico precisamente quien, de madrugada, despierto a horas indecentes por el llanto de Simón, había vuelto a ojear el informe detallado de la escena del crimen que habían encontrado en casa de Pàmies y había caído en algo que el día anterior, concentrado en las notas en las que el inspector resumía los interrogatorios a Andreu Mateu y a los colegas del bar Fermín, le había pasado desapercibido.

Pàmies había dibujado varias flechas en los folios sin escribir nada respecto a ellas. Flechas. De diferentes tamaños. Nico lo imaginaba haciendo esos extraños dibujos una y otra vez, de forma inconsciente, en las escasas páginas del informe. Y lo había entendido. La maldita flecha. La que el hombre decapitado lucía en su tórax con la sangre de otro. Esa era la clave.

A las siete, sin poder esperar más, había llamado a Marcos:

—Pàmies buscaba el origen de la flecha. Estoy convencido. Hay que encontrar de dónde salió. Es obvio que el asesino no la disparó porque sí.

—Algunos colegas practican tiro al arco. —Marcos bostezaba al otro lado de la línea—. ¿Puedo preguntar por qué no lo hemos pensado antes?

—Porque solemos hacer más hincapié en las personas que en las cosas —había dicho Nico resaltando una obviedad—: es nuestro trabajo. Pero quizás el doctor Casals pueda ayudarnos con eso.

—Me ocupo.

—Bien.

Nico había recogido los restos de la cena del día anterior mientras Estela alimentaba al pequeño y después, inquieto a la espera de noticias, se había puesto el mono de neopreno y había cruzado a nado la bahía de un Llafranc que apenas despertaba. Había tenido que hacerlo despacio y a braza, pero era mejor que nada. Todavía no podía hacer algunos gestos y la herida aún le escocía, empeñándose en recordarle ese pasado demasiado cercano, cuando el levante y la tramontana casi arrasaron

con la comarca ampurdanesa y una pobre loca casi arrasa con él. La posterior ducha con agua caliente y el café muy corto habían precedido a la llamada de Marcos pasadas las nueve de la mañana.

—Pensaba que te habías olvidado de mí.

—Es que el mundo no funciona hasta las nueve, Nico. El doctor Casals está recién llegado de unas cortas vacaciones con su familia. Ha anticipado su regreso alarmado por Héctor. No tenía ni idea de la desaparición de Pàmies. Me ha confirmado que antes de irse estuvo reunido con él y le puso al tanto de los resultados de la autopsia de Oriol Mateu. Dice que Pàmies mostró especial interés en la flecha, no solo por ser portadora de dos tipos de sangre o la causante de la muerte, sino que estaba decidido a saber de dónde había salido. Después de esa reunión el doctor tuvo que centrarse en la autopsia de María Miró y no volvió a saber de Pàmies.

—¿Y bien? —Nico no se había molestado en disimular el ansia de su voz.

—Hay dos centros de tiro al arco en las inmediaciones. Uno muy cerca de aquí, pero sin posibilidades de ser el que buscamos porque está abierto y, por la foto que me acaban de enviar, no se trata de las mismas flechas, y el segundo, que está en una vieja nave industrial en Begur. Lo lleva un rumano al que no hemos localizado y está cerrado por vacaciones desde noviembre. Tiene que ser ese.

—¿Vamos?

—El comisario está organizando un escuadrón de asalto. Me espera allí. Dice que mejor te lo tomes con calma...

—No digas chorradas. Te recojo en diez minutos.

Había besado a Estela y a Simón, y con una tostada de pan moreno entre los dientes, salió de casa a toda prisa. Un pálpito le decía que ese lugar escondía respuestas respecto a Pàmies. Y probablemente también respecto a cosas peores.

* * *

—Ponte esto tú también, Nico. —Héctor se ha acercado a ellos y le tiende un chaleco antibalas.

Nico obedece en silencio porque sabe que más le vale no rechistar. Siente la adrenalina recorriendo su cuerpo y la impaciencia que lo devora.

—¿Entramos?

—Calma. Se están preparando para romper la puerta principal. Esa pequeña de ahí también se resiste. —Le señala una lateral, en una de las paredes de la nave—. Debe de haber un cerrojo o cadenas al otro lado. —Héctor mira a Nico con los ojos entrecerrados y añade—: Recuerda que, pase lo que pase, tú no debes disparar. Bastante me costará explicar qué ando yo haciendo aquí como para justificar tu presencia.

Nico asiente. Conoce la historia: algunos mandos superiores, especialmente Nil Capo, le recriminan a Héctor su presencia constante en las escenas de los delitos, su afán de seguir participando en el trabajo de campo y su reticencia a las labores de despacho. Todo queda en críticas y rumores porque él llega a todo; sin embargo, un desliz podría tener graves consecuencias.

Nico se ajusta el chaleco y observa un pequeño promontorio con la nave del tiro al arco en el centro. El pueblo de Begur queda a un kilómetro como mucho y, al igual que ellos, ha quedado engullido por la neblina matinal. Los firmes muros del castillo medieval se alzan por encima de la capa de nubes bajas y parecen atisbar los movimientos de los hombres de la colina. El escuadrón de asalto del Grupo Especial de Intervención se coloca en posición. La voz de Héctor rompe como un cuchillo el helado aire de la mañana:

—¡Adelante!

Con la perfección de una orquesta, dos hileras de hombres balancean un enorme cilindro de acero para romper el blindaje de la puerta de hierro. Tras varias embestidas, cede con un quejido.

—¡Vamos! ¡Adentro! —ruge el comisario.

En tropel, sin dejar nada a la improvisación y según las indicaciones acordadas, entra el comando, protegido con chalecos, cascos y escudos. Lo siguen a cierta distancia el comisario Héctor, Marcos, Nico y el desagradable sargento Jordi Capo, que apenas ha dirigido la palabra a Nico, seguramente en venganza por el encontronazo que tuvieron en la Gola del Ter durante la búsqueda de Bashira. Un par de cabos quedan guardando la puerta y vigilando los alrededores.

El interior de la nave los recibe en silencio y a oscuras. La prudencia se impone. Los hombres avanzan despacio.

—Aquí no hay nadie, señor. —El jefe del comando del GEI da vueltas sobre sí mismo imitado por sus hombres.

A Nico le cuesta distinguir, en la casi oscuridad, el color azul marino de sus monos, pero oye las pisadas de sus botas tácticas de media caña. Después de esas palabras y durante unos segundos, el silencio es absoluto. Todos contienen la respiración y todos son conscientes de las vaharadas de podredumbre que llegan de algún sitio. Nico agradece haber desayunado poco y se dice que puede aguantarlo. Debe hacerlo. Héctor ordena en un susurro que alguien deje la puerta abierta para que entre la luz del día y, quién sabe, tal vez también para aligerarles de ese olor nauseabundo. Encienden las linternas y, sigilosos, a sabiendas de que nada bueno les espera más allá, recorren un estrecho pasillo flanqueado por estanterías cubiertas con lonas antihumedad. Siguen adentrándose hacia la zona más profunda de la nave obedeciendo los gestos de seguir o parar del jefe del comando especial.

Héctor pega un megáfono a su boca:

—¡A quienquiera que se encuentre aquí y pueda oírme! —exclama—.

Somos los Mossos d'Esquadra y esta es una operación policial. Si hay alguien armado y no se entrega ahora mismo, será abatido.

No hay respuesta. Siguen adelante y entonces se detienen de golpe, sorprendidos por un extraño quejido.

—¿Qué es eso? —susurra Héctor.

—Un caballo —adivina Nico sabiendo lo ridículas que suenan sus palabras.

Un triste y tímido gemido llega de nuevo hasta ellos, seguido de un débil relincho. En efecto. Por increíble que parezca, hay un caballo más allá. Nico oye su propia respiración entrecortada y también la de los demás.

—Sigamos. Todos alerta. Despacio.

Llegan al final del pasillo y, mientras el olor los castiga como una bofetada, se enfrentan sin remedio a la estampa que una mente muy enferma o muy malvada ha preparado para ellos. Un caballo famélico de color negro azabache está en el suelo, en las últimas. Ni siquiera se vuelve para mirarlos. Sobre su lomo, hay algo extraño: parece un cuerpo cosido a él. Un cuerpo sin piernas. Nico se pregunta si es Pàmies. Todos se lo preguntan, supone. No quiere enfrentarse a la mirada de Héctor, pero puede adivinarla. Si fuera de esas personas que rezan, lo haría ahora mismo. Pediría que su amigo no sufriera otra pérdida. Y que el caballo dejase de sufrir. Solo eso. Hay sangre y excrementos por todas partes y la terrible imagen queda de pronto iluminada por un rayo de sol que cae desde algún hueco en las alturas, presentando la escena como si de un versículo del Apocalipsis se tratara. Uno de los cabos pide perdón a trompicones y se esconde en un rincón para echar hasta la primera papilla. Nico se cubre la boca y parte de la nariz con la bufanda, empuña con fuerza su arma y, sin que nadie pueda impedirlo, corre hasta el animal y se deja caer a su lado.

—¿Qué hace ese imbécil? —oye la voz chillona de Jordi Capo a su espalda.

Sabe que se ha saltado el perímetro y la gravedad de su acto. Pero no le importa. Con los guantes todavía puestos e intentando no tocar nada más, desliza sus manos con suavidad por el hocico del caballo moribundo. El animal lo mira. Gruesas cadenas apresan sus patas.

—Eres un caballo precioso —susurra Nico—, un caballo bueno. —Los ojos del animal lo buscan. O eso le parece. Nico quiere, necesita, que vea una cara amable. Puede imaginar el calvario que le han infligido y también lo que sería capaz de hacerle al hijo de puta que lo ha hecho. Va a encontrarlo. Vaya si lo hará. Ahora no tiene tiempo de pensar en el cuerpo podrido, cosido al lomo del animal. Porque está muerto. Pero el caballo respira. Todavía respira—. Tranquilo, tranquilo.

El caballo le enseña los dientes, una ola de espuma blanca rezuma de su boca y sus ojos lacrimosos y agotados lo miran suplicando piedad. Nico piensa en su arma. Debería dispararle. Ahora mismo. Acabar con el

suplicio. Va a hacerlo. Pero el caballo de bonito color azabache gime por última vez, cierra los ojos y se apaga para siempre.

—Buen viaje, amigo mío. Descansa en paz. —No sabe por qué pronuncia esas palabras. Pero qué más da. Nadie debería morir solo. Nadie. Marina. Marina. Pobre Marina. Mientras ese nombre le ocupa por completo, su mano sigue acariciando al animal y su voz susurrándole sílabas cariñosas. Por si acaso aún puede oírlo.

—Ha muerto, Nico. —Marcos tira de él con suavidad para apartarlo de ahí y le deja hacer, inundado por una tristeza absoluta.

—El detective Ros no ha respetado el perímetro —farfulla el sargento Jordi Capo.

Nico da un paso hacia él. Sería un momento perfecto para darle una bofetada. Desahogarse.

—No lo hagas. Contrólate. —El susurro de Marcos lo detiene a tiempo.

—El detective Ros ha intentado auxiliar a una víctima. —La tajante voz de Héctor no da lugar a réplica—. El auxilio va por delante del protocolo, sargento. Y usted lo sabe.

Apoyado contra una pared cercana, Nico ve sucederse las escenas ante sí como si fuera un espectador frente a una pantalla de cine: el comando termina de asegurar la nave y el jefe del operativo se despide del comisario con un apretón de manos. Oye a Héctor como de lejos, reclamando la presencia de los jóvenes agentes que todavía guardan el perímetro exterior y pedirles cuando entran que avisen de inmediato al doctor Casals, a la Científica y a la jueza de instrucción. Les observa desviar la mirada de la zona central cuando llegan corriendo para recibir órdenes y alegrarse de volver a salir. Marcos ofrece mascarillas, guantes y fundas de plástico para los zapatos, y Nico se lo pone todo de forma automática y, algo desorientado, da vueltas alrededor de la escena, igual que los demás. Una plaga de moscas carroñeras danza feliz y un agente intenta espantarlas moviendo sus manos con guantes azules.

—No te esfuerces —se oye decir Nico—. Se están dando un festín. No te harán ni caso, asco de moscas. Qué trabajo más feo el suyo.

Sus ojos recorren el resto del espacio y se detienen en una pared: varias dianas de colores cuelgan de ella y a su lado hay una enorme nevera de acero inoxidable y un mueble bar repleto de vasos de todo tipo y botellas de licor. Este debía de ser un lugar bucólico. Antes de esto. En otra vida.

—Nico, ¿estás bien? —Héctor le llama la atención.

—Claro. —Se acerca a los cuerpos sin vida y esta vez observa los despojos humanos cosidos al lomo del caballo. El semblante de quien fuera se despidió del mundo con una mueca de terror. La cabeza está algo inclinada. La boca abierta. Los ojos a punto de saltar de sus cuencas y el torso ha quedado reducido a la mínima expresión, muestra inequívoca de que ha pasado un tiempo desde su último aliento. La

amputación de las piernas ha favorecido el pasto de los insectos y la descomposición. La víctima está desnuda. Despojada de todo. Incluso de su dignidad. Como la del granero. Y también es un varón. Uno más. Otro hombre torturado y asesinado a manos de un sádico que les lleva una ventaja evidente.

—No puede ser el inspector Pàmies —dice rápido Nico para que Héctor lo oiga—, el cadáver lleva bastante tiempo aquí.

—Lo sé.

Puede adivinar el alivio en su respuesta. Puede ver sus ojos azules relajarse, sus puños abrirse y puede sentir cómo se calma su miedo. Solo un poco.

—¿Y las piernas? —pregunta entonces, barriendo con la mirada la escena—. No las veo.

—Supongo que se las ha llevado. —Marcos señala con la linterna una caja cilíndrica de piel que se balancea en la maltrecha espalda del cadáver—. Las flechas de la aljaba me parecen idénticas a la que mató a Oriol Mateu. —Desvía la luz hacia las puntadas que unen el torso al lomo del caballo y añade—: Y han vuelto a usar nailon para coser.

Todos comprenden qué significan sus palabras: hay un asesino suelto. Ya ha asesinado a dos personas. Y, si nadie da rápido con él, volverá a matar.

* * *

Una hora más tarde el doctor Casals sale de la nave sorteando el cordón policial, enfundado en un mono blanco que le queda demasiado grande. Despacio y moviendo la cabeza de lado a lado en un gesto típico suyo, se acerca al pequeño montículo de barro y piedras donde Nico y los demás se han instalado al llegar la Científica y donde esperan impacientes y ateridos. Héctor había enviado al sargento Capo con uno de los agentes a indagar en los alrededores y a un cabo a por unas mantas y unos termos con algo caliente. Llevan rato sin pronunciar palabra, bebiendo despacio en vasos de plástico.

—¡Por fin! ¿Qué puedes decirme? —Héctor se levanta de un salto y parece muy alto al lado del pequeño doctor. Su rostro delata cansancio y Nico supone que ellos no tienen mejor aspecto.

—Me llevo los cuerpos al Anatómico. Del hombre no puedo añadir nada que no sepas ya. En cuanto pueda, te diré más. —El forense señala a su ayudante y a otros hombres que, a varios metros de distancia, introducen en la furgoneta de la morgue dos grandes bolsas negras.

—No me dejes así, Casals. Necesito saber. —Héctor no se molesta en disimular su impaciencia.

—Ojalá pudiera..., pero puedo decirte que hemos encontrado pienso, algunas palanganas y garrafas de agua. Aun así, el caballo estaba totalmente desnutrido.

—O sea, que el tipo ha ido y venido. Se siente seguro y se mueve a sus anchas —se sorprende Marcos.

—¿Por qué no? —A Nico no le parece tan extraño—. Debía de hacerlo al oscurecer. Con la nave cerrada por vacaciones, aquí no debía de acercarse ni un alma. Es el lugar perfecto. —Los últimos segundos de agonía del caballo regresan a su memoria como un latigazo y se le seca la boca.

—Las piernas de la víctima —el forense carraspea para hacerse oír— fueron amputadas por alguien que sabía lo que hacía. Alguien capaz de cauterizar las heridas y de coser de forma eficaz, aunque poco delicada.

—Igual que con Oriol Mateu.

—En efecto —suspira Casals. Añade que la víctima estaba viva cuando fue sometida a esa tortura, que murió desangrada y que, por la acusada descomposición del cuerpo, este asesinato fue previo al del granero. La frente del doctor se perla de gotas de sudor pese al frío reinante mientras detalla sus primeras conclusiones.

Nico enmudece y mira a Marcos y a Héctor. Ellos también pueden intuir el horror que se aproxima.

—¿Qué pasa, doctor? —Héctor reconoce algo en su expresión. Tantos años de colaboración dejan huella—. ¿Qué me ocultas?

Casals se acerca a él con la cabeza gacha:

—Hemos encontrado algo dentro de la aljaba.

—¿De qué se trata? Suéltalo de una vez —apremia Héctor.

—Es la petaca de Tono. La de piel marrón. La de toda la vida.

—Comprendo. —Una gota resbala por la frente del comisario. Pero no es de sudor. Es de puro miedo.

—He recogido muestras de sangre. Trabajaré día y noche.

—Sé que lo harás. —Héctor se sienta mirándose las manos.

Nico sabe cómo se siente. El vacío. El no saber. Esa zona absolutamente oscura. Y es en ese preciso momento, cuando toma conciencia de cuánto aprecian ambos hombres al inspector Pàmies. Y se pregunta por los lazos invisibles del cariño, que unen a las personas con tanta fuerza como lo harían las cadenas. La mala fama del inspector no impide que dos seres del calado de Héctor y Casals sean sus amigos. Y entonces piensa en él mismo. En todas las personas que lo quieren porque sí. En su relación con Jamal. En su amistad con Marcos. En las lealtades que la vida teje. En los vínculos que no siempre tienen una explicación lógica. Porque no la necesitan.

—Señor comisario. —Uno de los cabos corre hacia ellos sin aliento. Va a saludarlo según el protocolo, pero Héctor le hace un gesto impaciente para que hable—. Me envía el sargento Capo. Hemos encontrado el coche del inspector Pàmies en aquella arboleda. —Señala un conjunto de árboles frondosos en un llano—. Está vacío. No hay rastro de él.

Casals pone su delgada y huesuda mano sobre el hombro de Héctor y le da unos torpes golpecitos que pretenden transmitir un ánimo que él

mismo ha perdido. Nico se envuelve en la manta de cuadros y mira al cielo. Una nube grande, fea y gris se posa sobre ellos sin previo aviso, tiñendo la mañana despejada de un color tan negro como los días que se avecinan.

7

El Cau, 4 de enero, 8.00

Marcos camina rápido, a pesar de que el terreno es escarpado, porque quiere ser puntual. Se muere de ganas de verlo. El sonido de un wasap entrante lo ha despertado. Era muy breve: «A las ocho. En El Cau». Emocionado ante la idea de verlo después de meses, se ha duchado y vestido a toda velocidad, ha escrito una breve nota a Cas para que no se preocupe por él, llenado una mochila con algunas cosas y conducido hasta el faro de San Sebastián, uno de los lugares más bonitos de Llafranc. Ha dejado el coche en el aparcamiento y empezado la ruta, bordeando el acantilado, hacia su destino a orillas del mar: una cala pequeña, solitaria y preciosa.

El trayecto le lleva veinte minutos a paso ligero. Acompañado de las primeras luces del amanecer, recorre un campo repleto de flores silvestres, un camino pedregoso entre árboles y finalmente, en el último tramo del descenso hacia la cala, una escalera de piedras irregulares. Pone el pie en la pequeña playa de piedras redondas y blancas y contempla su indiscutible belleza. Siempre ha sido su preferida. Y también la de él. De niños solían escaparse del violento humor de su padre y refugiarse en El Cau. Se bañaban en el agua verde, de color único en la zona, provocado por las mismas rocas suaves del fondo. Se tumbaban al sol, bebían cola y durante un rato olvidaban la realidad de sus vidas. De su mal llamado hogar. Recorre con la vista la coqueta casita de pescadores de piedra marrón con la puerta y las ventanas de color verde, cerradas a cal y canto junto al embarcadero. Hace frío. Pero a quién le importa.

—¡Marcos! —Un hombre aparece por detrás de la caseta y lo abraza con fuerza.

Marcos se vuelve, sonríe, hace lo mismo y se toma su tiempo, porque no quiere despegarse. Lo añora durante sus largas ausencias y, estos últimos días, ha deseado verlo más que nunca. Nadie puede entenderlo como él.

—¡Vaya sorpresa, Mateo! ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo has conseguido venir? Pensaba que tú...

Su hermano, algunos años mayor que él, lo coge por el pescuezo y lo observa con calma sin responder todavía a ninguna de sus preguntas. Si alguien desconociera su vínculo familiar, lo deduciría enseguida porque el parecido es obvio. Ambos son de estatura mediana, delgados, de

semblante severo y mandíbula firme. Sus ojos castaños no son demasiado grandes, pero unas espesas cejas negras los enmarcan dándoles viveza. Sin embargo, mientras todo en Marcos es pulcritud y timidez, su hermano Mateo rebosa descaro, y sus ropas, un pitillo negro, una camiseta desgastada con el nombre de un grupo de rock añejo y una cazadora vaquera con el interior forrado de borreguillo, denotan informalidad y cierto pasotismo. Y mientras Marcos conserva todavía esa mirada ingenua, la de quien aún espera cosas buenas, la de Mateo es prematuramente vieja.

Se sientan sobre unas piedras planas y miran el mar.

—Esta es la cala más bonita del mundo. —Mateo enciende un pitillo y Marcos saca de la mochila un termo con café, agua y unos bocadillos.

—He traído algunas cosas para desayunar.

—¡Pareces mamá! —sonríe el mayor.

—Debes alimentarte fatal. Come.

Mateo aplasta la colilla, engulle los bocadillos y después bebe el café todavía caliente. Marcos lo mira en silencio, satisfecho.

—¿Cómo está?

Sabe que Mateo se refiere a su madre. Y también sabe que no le gusta que ahora viva en una residencia. Y a él tampoco. Llevarla allí fue una de las decisiones más difíciles que ha tomado en su vida, pero no hubo más remedio. Le explica que está contenta, que se ha acostumbrado y que ya tiene amigas. Que echa de menos el huerto y cuidar de ellos, pero que le tocaba descansar y estar bien atendida.

—Se lo ha ganado —termina.

—Sí. Lo ha hecho.

—Siempre pregunta por ti.

—Claro. —Una sombra se apodera de los ojos de Mateo.

Su hermano observa el pendiente que luce su lóbulo y el par de *piercings* que atraviesan la carne más arriba. Pero, sobre todo, se fija en su cara enjuta, en que parece mayor que la última vez que lo vio y también más triste.

—¿Hasta cuándo seguirás infiltrado? Es peligroso.

—¿Quién sabe? —Mateo levanta los hombros y obvia opinar sobre lo segundo—. Estoy con un tema gordo. Llevará un tiempo más.

—¿Por qué has venido? ¿Quién te ha dado permiso? ¿Ha sido el comisario?

—Por supuesto. Es un breve paréntesis. Después debo regresar.

El bueno de Narváez. Marcos puede imaginarle maquinando cómo librar a su hermano durante unas horas de su misión encubierta. Para que pudieran verse. Aunque fuera un rato. Héctor ha sido como un padre para ambos. Más que un padre. Cuando eran dos jovencitos imberbes y con mala leche, consecuencia de una existencia llena de violencia y miedo, los libró de una buena y los ayudó a enderezar el camino. No era casualidad que ambos perteneciesen a los Mossos

d'Esquadra y trabajasen a sus órdenes. Casi nunca nada lo es.

—¿Qué te ha contado?

—Algo acerca de una mujer perversa. —Mateo sonríe quitándole hierro—. Pero he venido a que me lo cuentes tú. Y para saber que estás bien. Y para decirte que, si quieres, me la cargo. Me da igual que sea una tía.

—Y con buenas tetas —añade Marcos sonrojándose hasta el último rincón de su cabeza.

—No esperaba menos de ti, hermanito. Los Quiroga no pringamos por menos.

Se pierden en unas risas y Marcos se siente mejor que en muchos días. Despacio, mientras ambos contemplan el mar tranquilo y lanzan piedrecitas al agua a ver si rebotan, le explica todo. Absolutamente todo. Mateo bebe más café y lo escucha en silencio.

—Me alegra que la prima Cas esté contigo —asegura prescindiendo de hablar más de la estúpida periodista— y que tengas algún amigo, aunque sea un pijo de ciudad —añade refiriéndose a Nico.

—El comisario lo aprecia.

—Pues por algo será. —Mateo no disimula su preocupación—. Ten cuidado en este caso, Marcos.

—¿Lo dices por la desaparición de Pàmies? ¿Tú lo has tratado?

—Lo suficiente para saber que lleva fantasmas pegados al cuerpo. —Mateo muerde un mondadientes y mira al horizonte—. Lo que me has explicado... no es normal. No me gusta.

Marcos le contestaría que menos le gusta a él que esté infiltrado. Que lleve esa vida oscura y solitaria. Siempre haciéndose pasar por alguien que no es. En la sombra. Pudiendo ser descubierto en cualquier momento. Pero lo conoce. Sabe que solo el peligro y la clandestinidad acallan sus recuerdos. Todo lo que pasó. Lo que Mateo tuvo que hacer. Por eso no dice nada. Su hermano se marchará antes de que pueda incluso darse cuenta. ¿Para qué estropearlo? Querría parar el tiempo. El puto tiempo que corre cuando no debería y se detiene cuando uno quisiera que volara.

A pesar de que la temperatura matinal no llega a los diez grados y la del mar la supera en muy poco, Mateo se desnuda mostrando su delgadez, sus músculos pura fibra y los múltiples tatuajes que recorren su piel. Con cuidado de no tropezar con las rocas, reta a su hermano menor a un chapuzón. Por no ser menos y en recuerdo de los viejos tiempos, Marcos lo imita, se zambullen en el agua de color verde, cristalina y helada y sus gritos viajan por el aire de la mañana de enero y se pierden en el cielo.

Lugar desconocido, 12.30

Arde de fiebre. Su captor le está administrando antibiótico pero, aun así,

cada vez que le quita la venda para curarle la herida, puede ver que el muñón que queda de su dedo no tiene buen aspecto. Lo hizo muy rápido. Y él no se resistió. El monstruo vestido de negro entró, él vio el brillo de las hojas del instrumento quirúrgico, oyó su despreciable risita y, cuando le cogió la mano con la suya enfundada en un guante de látex blanco, supo lo que iba a hacer. Entonces cerró los ojos y apretó los dientes. Y ese hombre le cortó el pulgar a la brava. Sin advertencias ni miramientos, pronunciando las primeras palabras desde su captura que Pàmies oía de lejos, a punto de sucumbir a la pérdida de conciencia a causa del horrible dolor:

—Alguien va a recibir este pedazo tuyo, inspector.

Y después de una rápida y eficaz cura, se marchó dejándolo allí solo, con un dedo menos.

De eso debe hacer un día. O varios. Quién sabe. Drogado como está y hasta las trancas de medicamentos, apenas siente nada, salvo dolor en el dedo que le falta. Le duele su ausencia. La herida de la flecha, sin embargo, se debe estar curando porque ya no siente ese espantoso tormento en la pantorrilla.

Al principio contaba las horas. Intentaba calcular los tiempos, no perder la noción de la duración de su encierro ni del paso de los días y las noches, porque el hijo de puta le había quitado el móvil, el reloj, el cinturón y la cartera. Y el tabaco, joder. Pero había desistido. Se sentía demasiado aturdido para seguir controlando nada.

Después de perder el sentido en la nave de tiro al arco, se había despertado en una habitación demasiado pequeña para él, alicatada con baldosas blancas, atado y amordazado y con una venda en la pantorrilla, no sabe cuánto tiempo más tarde. A solas. Ni siquiera se había enterado de la extracción de la flecha de su carne. Mejor así.

A pesar de que lo último que recordaba de su paso por el mundo era un frío bastante antipático, aquí el calor era asfixiante. Después de lo que a Pàmies le pareció una eternidad, el hombre de la máscara había regresado para ver cómo estaba. Sin decir palabra, le plantó un cuenco con un potaje con mal aspecto y un gran vaso rebosante de agua. Liberado de su mordaza, él decidió sobrevivir y comió y bebió hasta acabárselo todo. El tipo le miraba desde las alturas, y sus ojillos odiosos, como en la nave, seguían sonrientes. Si sobrevivía, cosa que era poco posible, a este demente y a su sádico plan, fuera cual fuera este, le borraría esa sonrisa para siempre de la cara. Pero, de momento, no iba a darle el gusto de dirigirle la palabra, suplicar ni mostrarle desesperación. Porque él es un inspector, cojones.

Desde entonces debía haber pasado mucho tiempo. O tal vez no. A veces le indicaba por gestos que necesitaba ir al lavabo y su captor lo liberaba de la cinta americana que mantenía atrapadas sus muñecas y se quedaba esperando al otro lado de la puerta a que Pàmies terminase en el retrete contiguo a la habitación. Pero lo observaba. Pàmies no sentía

vergüenza. No podía permitirse ese lujo. Regresaba a su rincón cojeando y cerraba los ojos y se iba muy lejos de allí. Pensaba en sus chicas. Las recordaba con tal perfección que ni un solo detalle escapaba a su memoria. Casi podía olerlas. Oír sus risas. Resultaba reconfortante. Le gustaba.

Y entonces había empezado a temblar y había reconocido el síndrome de abstinencia. Su cuerpo se quejaba sin tregua de la falta de alcohol en sangre y el lamento era cada vez más acuciante. Pàmies temió que se lo dejara sufrir a pelo. Nunca había estado bajo los efectos de un *delirium tremens* porque nunca había dejado de beber. Pero había oído hablar de él.

—Eres un hombre débil, como todos los borrachos —había dicho la voz cuando volvió a entrar después de muchas horas ausente, obligándolo a engullir varias pastillas.

Entonces todo se había tornado más confuso, como si una niebla benéfica se hubiera apropiado del lugar y Pàmies flotara en ella. Pero al menos ya no temblaba y su cuerpo no parecía poseído por el demonio.

Mientras Pàmies dormita en el camastro, feliz en su limbo y sin ningunas ganas de regresar al mundo, la puerta se abre de golpe, despertándolo.

—Te traigo a un amigo, inspector. Por si quieres despedirte de él.

Pàmies le ve sacar una cabeza de una pequeña nevera. Algo podrida y congelada, pero no lo suficiente para no reconocer la cara de Uri el sordo. La rabia y la pena que se apoderan de él no son suficientes para sacarlo del sopor que lo invade, pero sí para reconocer el terror con el que Uri se largó de la vida. Terror absoluto que parece reclamarle que haga algo de una puñetera vez. Que lo vengue, que se enfrente. Que intente escapar. Que mate a su asesino. Pero él no tiene fuerzas para nada, y menos aún para pelear. Consigue ahogar las arcadas para no delatar su impresión ni su asco y, para su sorpresa, cuando el hijo de puta se marcha riendo y lo deja a solas otra vez, rompe a llorar como solo lloran los niños. Por el desgraciado de Uri. Por su muerte horrible. Por su vida llena de silencio. Por las cañas que habían tomado juntos, sin necesidad de hablar. Ni de oír. Y llora también por el cuerpo sin piernas, por el caballo maltratado. Por sus chicas. Y por él. Por su dedo ausente y su triste vida de color gris.

Barcelona, 21.00

Santos Vila admira, a través del enorme ventanal de su despacho, la noche barcelonesa y se pregunta como acostumbra a hacer, acerca de las vidas que esconden los pisos del edificio de enfrente o tantos otros. Abajo, en las calles todavía vivas, el alumbrado navideño espera a los Reyes Magos. Su despacho está iluminado por un par de lámparas de luz tenue y un puro a medio fumar descansa en un cenicero de cristal.

Miren Marlaska sabe que esa es la forma en la que su jefe piensa y espera paciente a que hable.

Santos se vuelve hacia ella con la mirada vivaracha y juvenil que lo caracteriza. Es un cincuentón con una barriga que delata ciertos excesos o, al menos, cierto desorden. El tono de su tez mantiene un perpetuo bronceado todo el año y su ropa es elegante, sin estridencias ni pretensiones. Salvo esos tirantes de colores que cada día sorprenden a Miren y al resto de la redacción. A veces los lleva de rayas, otras floreados y, en sus días más apagados, simplemente lisos. Suelen ser el reflejo del pie con el que se ha levantado. Y hoy se debe haber despertado de buen humor porque los tirantes son de un feliz color calabaza. Buena señal. El día ha ido rodado. Santos la ha felicitado por su reportaje y Miren se ha sentido la reina del lugar. La chica vasca se ha lucido. Bien por ella.

—Volverás a Llafranc.

—¿Qué dices, Santos? ¿Para qué? No queda nada por hacer allí.

—Te equivocas. —El veterano periodista coge el puro apagado y lo chupa con deleite. Vuelve a dejarlo en el borde del cenicero, sirve un par de whiskies muy cortos y le ofrece uno a ella—. Este crimen forma parte de un puzle. De un rompecabezas, ¿entiendes? Debemos estar preparados porque, antes de lo que nadie imagina, pasará algo más. Quizás incluso peor.

—¿Peor? —Miren pone los ojos en blanco. Ojalá no hubiese cogido ella el teléfono ese día. Ojalá ese fantasma y su voz lenta no le hubiesen advertido de lo que iba a suceder en un granero. Ojalá al asesino desconocido no se le hubiera ocurrido llamar al *Crónica.* Y ojalá ella no sintiera el miedo que siente—. ¿Peor? —repite intentando regresar a la voz de su jefe—. ¿Qué te hace pensar eso? Yo creo que algunos chalados se fumaron cosas peligrosas y se corrieron una fiesta fúnebre. El jaleo despertó al tal Oriol, y le tocó pringar. Montaron ese espectáculo porque estaban fuera de sí. Y punto. —Miren se inclina hacia él sentada al otro lado de la mesa y aunque el canalillo de sus pechos desborda su blusa, Santos no presta atención y ella se abrocha azorada un botón, recordando que a su jefe solo le interesa su mujer y que sus instintos están tan concentrados en su pasión periodística que no necesita distracciones.

—Era sordo —le recuerda Santos.

—Vale, vale. Tal vez se levantó para ir al cuarto de baño y vio algo por la ventana. —Por Dios, que no la obligue a volver.

—Tú eres demasiado joven, Miren —suspira Santos—, y yo he visto demasiadas cosas. Te aseguro que el crimen del Hombre Cabra tiene un sentido, aunque de momento solo para quien lo ha cometido. Haz la maleta y regresa a ese hotel. Camélate otra vez al tal Quiroga. Despliega tus encantos —deja que sus ojos aterricen en el escote de la chica, ahora protegido, y sonríe— allá donde resulten eficaces.

Miren hace un mohín con los labios pintados de rojo y mueve la melena rubia en un gesto coqueto. No es que pretenda ligar con su jefe. Es que utiliza tanto su físico para conseguir lo que quiere que ya no sabe actuar de otra forma.

—A estas alturas todo el mundo habrá leído mi reportaje. Marcos Quiroga no volverá a hablarme en su vida —asegura recogiéndose el pelo con una pinza.

—Eso no es asunto mío, querida. Mi trabajo será protegerte y defender el derecho a la libertad de prensa cuando algún mando policial cabreado te acuse de haber robado un informe bajo secreto de sumario. Además, no me vengas con esas. Tú trabajarías gratis y, en cambio, habría que pagarte para que te cogieras días libres.

—Es duro que me conozcas tan bien. —Miren se ríe por primera vez en todo el día.

—Disfruta de tus vacaciones pagadas en la costa. —Santos Vila deja descansar sus pulgares en los tirantes y se gira de nuevo hacia la ventana. A pensar en esas otras vidas. Tantas vidas.

Miren sabe que la conversación ha llegado a su fin y que debe regresar a ese pueblo de casitas blancas en el que no será bienvenida. Se levanta con desgana de la silla y coge su bolso dispuesta a marcharse.

Entonces oyen sonar a lo lejos el interfono de la redacción.

Unos nudillos golpean la puerta tímidamente.

—Adelante —farfulla Santos, extrañado por la hora y con ganas de marcharse a casa—. ¿Quién llama? Es muy tarde.

—Perdone, señor Vila, era un mensajero. —Un becario imberbe entra con una gran caja cuadrada en las manos—. Este paquete es para la señorita Marlaska. Pesa lo suyo.

—Gracias, Pepe. —Miren lo coge extrañada—. No esperaba nada. ¿Puedo?

—Claro. Márchate ya a casa, Pepe.

El becario los deja solos y Miren descarga el envío sobre la mesa. Santos cierra su ordenador y se pone el abrigo mientras las uñas de la chica pelean con la cinta americana que protege de forma excesiva la caja de cartón con su nombre.

—Toma. —Santos, impaciente, saca unas tijeras del cajón y se las tiende—. Irás más rápido.

Miren forcejea con ellas y consigue abrirla.

—Es una nevera. —Mira a su jefe y este a ella. En la redacción de un periódico pueden pasar cosas muy raras, pero nadie recibe cajas con neveras de esas para pícnic dentro.

—Ábrela —ordena Santos, alerta. Esto no le gusta.

Y ella obedece. Un tufo pestilente invade el aire que respiran y ambos se tapan nariz y boca de forma instintiva. Al hacerlo, Miren golpea la nevera sin querer y esta cae al suelo. Algo sale de su interior y rueda hasta una esquina del despacho.

—¿Qué coñ...? —Santos corre hacia el objeto con el rostro desencajado. Miren grita y vomita allí mismo, sobre la preciosa alfombra persa—. Voy a decirle a Pepe que no se marche. Nos espera una noche larga.

En la esquina, la cabeza de un hombre con la boca abierta parece sonreírles.

8

Barcelona, 5 de enero, 1.00

Mientras la ciudad duerme, seis personas intentan mantenerse despiertas a base de lingotazos de café y cola.

Todo había pasado muy rápido. A las nueve y pico de la noche anterior, Héctor recibió una llamada del *mosso* de guardia del cuartel. Un tal Santos Vila, director del *Crónica*, necesitaba hablar con él de inmediato. El asunto era grave y urgente.

Héctor se disculpó con su mujer y sus hijos y se levantó de la mesa. Su ausencia del comedor duró más de lo esperado. Con el semblante grave, se vistió de uniforme y se despidió de su familia. Todos le desearon buena suerte y que tuviera cuidado. Jamás preguntaban. Jamás hacían reproches. Sus chicos se acercaban demasiado rápido a la treintena y comprendían el trabajo de su padre. Pero ninguno había seguido sus pasos. Marisa, su mujer, no conocía la palabra *queja.* Era uno de esos seres humanos tranquilos y afables, que solo deseaba que su marido regresase a casa después de cada misión y que, con cada palabra y gesto, le recordaba que lo quería.

Cuando Héctor salió a la calle, Marcos ya le esperaba al volante del coche oficial, con la luz azul encendida, pero en silencio.

—Buenas noches, Quiroga. —La forma habitual que tenía de dirigirse a él había regresado, y eso lo tranquilizaba.

—Buenas noches, comisario.

—¿Lleva usted una foto de Oriol Mateu en el móvil?

—Sí, señor. Le pedí una a su hermano el día de autos.

—Bien. Primero recogeremos al doctor Casals. Después a Nico. Temo que quedan muchas horas de trabajo por delante.

Entre una cosa y otra, el silencioso viaje hasta la oficina del *Crónica* en el Ensanche barcelonés les llevó casi dos horas. Héctor les informó de lo poco que sabía: que la periodista Miren Marlaska había recibido un paquete a su atención. Que su jefe, un tal Santos Vila, estaba con ella cuando lo abrió. Que dentro había una cabeza humana. Ninguno preguntó por qué lo habían llamado a él. Era obvio. Esa chusma sabía que el comisario Héctor Narváez estaba al mando de la investigación y con ese gesto hacían lo correcto mientras, sin duda, pensaban cómo sacar tajada.

Marcos condujo rápido y Nico sufría por el pobre doctor Casals, que odiaba la velocidad y realizó todo el trayecto con la mano aferrada a la

agarradera del coche, como si ese pequeño gesto pudiera salvarlo de algo. Marcos solía ser un conductor prudente, pero una cabeza les esperaba, y eso bien valía una carrera.

Un chaval muy joven y muy pálido les abrió la puerta con el abrigo puesto. La voz le temblaba y las manos también. Narváez encabezaba el pequeño pelotón y era probable que su aspecto imponente, con el uniforme oficial, la gorra de plato y los galones, le hubieran asustado más todavía. Con su voz profunda, preguntó por Santos Vila. Medio minuto después atravesaban la redacción vacía y entraban en el despacho del redactor jefe. Un ventanal lo presidía y las luces de la noche bailaban al otro lado del cristal. Todo reflejaba buen gusto y austeridad. Todo, salvo los chillones tirantes del hombre que intentaba mantener la compostura. Una chica rubia, vestida con unos vaqueros muy ajustados y una blusa de seda, estaba sentada en un sillón orejero, sujetando un pañuelo con las manos, que mantenía pegado a la nariz. Estaba muy pálida y despeinada.

—Ella es...

—Sabemos quién es, señor Vila. —Héctor se desembarazó de su abrigo y los demás lo imitaron.

Sin más preámbulos, el doctor Casals se dirigió al rincón que el redactor jefe señalaba con su índice, seguido de todos los demás. Marcos ni siquiera había mirado a la chica.

—Es Oriol Mateu. —Marcos sostenía su móvil.

En la pantalla, un hombre de aspecto bonachón, con poco pelo, semblante redondo y dientes separados. Y ahora tenían allí su cabeza, poseída por una mueca que reflejaba el miedo ante la muerte inesperada, cruel y solitaria que, sin duda, le esperaba. Tenía la boca abierta y los ojos demasiado redondos. Pobre Uri el Sordo, que ni siquiera debió de oír cómo el fin se cernía sobre él.

Casals se puso una mascarilla y guantes, ofreciéndoles a los demás linimento mentolado para la zona subnasal.

—No es algo agradable de ver. Ni de oler. El estómago podría jugarles una mala pasada.

—Demasiado tarde para mí —susurró Miren desde el sillón.

—No sé si me he equivocado, pero he ventilado un buen rato. El olor era..., era... —Santos buscaba la palabra sin éxito.

—Insoportable. —Héctor terminó la frase por él.

—Por favor, señores, si me permiten. —Casals había usado como siempre su extrema educación para pedirles que lo dejaran a solas en el rincón.

Mientras él trajinaba con la cabeza sin cuerpo, los demás se sentaron alrededor de la mesa de trabajo.

—Por favor, comisario. Venga aquí.

Héctor se agachó a su lado. Nico y Marcos lo oyeron cuchichear muy bajito y después desembarazarse de la gorra y pasarse la mano por la

cabeza una y otra vez. Eso no indicaba nada bueno. Solo lo hacía cuando estaba cansado. O muy preocupado.

—¿Eres hijo de Luis Ros?

A Nico la pregunta lo pilló desprevenido. Qué tontería. Interesarse por un parentesco en medio de semejante tinglado. Pero había respondido con un «sí» escueto al redactor jefe del *Crónica*.

—Nos llevaremos la cabeza al Anatómico de Palafrugell. Nosotros haremos nuestro trabajo y ustedes no dirán ni escribirán nada —ordenó Héctor al regresar al pequeño grupo, subrayando la última palabra—, nada en absoluto acerca de este... episodio.

Santos se levantó y estiró sus tirantes de color naranja varias veces antes de contestar:

—Ni hablar, comisario Narváez. Ustedes harán su trabajo, pero no dude que nosotros también el nuestro. —El redactor jefe le dio la espalda, abrió la ventana y expulsó el humo de su puro a la noche.

Ahora la conversación lleva un rato encallada. Los semblantes de todos delatan cansancio y hartazgo.

—Es la una de la madrugada, señor Vila. —Héctor clava sus ojos azules en él. Lo está estudiando. Tal vez retando—. Y a nosotros nos espera un largo viaje todavía. Como le he dicho, apenas nos conocemos, pero le aseguro que soy capaz de descargar todo el peso de la ley sobre usted y este... sitio —deja que su mirada recorra el despacho— si no son capaces de acatar el secreto de sumario y guardar el respeto que esta investigación requiere. La señorita Marlaska y este periódico ya han hecho bastante daño con su reportaje. Hay un cadáver —continúa, sin mencionar por supuesto el reciente hallazgo— y una investigación en curso. Y ambos merecen su silencio.

Los demás contienen el aliento. Nico ha visto algunas veces a Héctor en ese estado. Inflexible. Decidido. Duro. Y sabe que los periodistas no se saldrán con la suya. Pero sabe también que ellos tampoco. Porque el redactor jefe, en lugar de amilanarse, está disfrutando. El tira y afloja dura un rato.

—Está bien. —Santos le ofrece a Héctor un whisky pero este lo rechaza. Él se sirve uno muy corto—. Le propongo un pacto, Narváez.

—Comisario, para usted.

—Como guste. Yo enviaré de nuevo a mi chica a Llafranc. Es nuestro trabajo. Ustedes pueden colaborar y mantenerla informada, digamos con cierta... anticipación respecto al resto de la prensa, pero si se niegan, no nos quedará más remedio que escribir acerca de este suceso. Ya sabe, la cabeza. Miren podría convertirse en alguien molesto: visitar al hermano de la víctima, a los amigos..., husmear un poco. Ya me entiende.

Héctor se levanta y vuelve a ponerse la gorra y el abrigo. Echa los hombros para atrás y señala al periodista.

—Allá usted con su conciencia, señor Vila. No debería jugar con los muertos. Trae mala suerte. —Les hace un gesto a los suyos indicando

que se marchan, pero antes de salir concentra su mirada azul en la apagada Miren y afirma—: Usted fue a Llafranc inmediatamente después del crimen del granero, señorita Marlaska. Más le valdría ser sincera y decirnos por qué.

—Yo... —Miren mira a Santos esperando su aprobación y continúa cuando este asiente—: Cogí una llamada en la sección de Sucesos. Fue muy raro. Una voz de hombre me dijo que, si quería un buen reportaje, fuese a la zona. Que alguien iba a morir muy pronto.

—¿Alguna característica especial?

—Me pareció una voz normal. Demasiado grave, quizás. Podía estar tapando el teléfono con un pañuelo. El señor Vila sintió curiosidad y me envió allí.

Antes de abandonar el edificio, interrogan al becario. El chico responde a sus preguntas tartamudeando. También está agotado. Y asustado. La caja la había entregado un hombre vestido de negro. Un motorista que ni siquiera se había quitado el casco y no, ahora que lo pensaba, no había firmado ningún albarán de entrega, porque no se lo había pedido. Lamenta el despiste. No lleva demasiado tiempo en el *Crónica* y ha olvidado ese detalle. Frustrados y sin perder el tiempo con despedidas, salen como un cortejo fúnebre. Y con una cabeza en una nevera.

* * *

Nico conduce fijando sus ojos cansados en el asfalto. Pierden la ciudad de vista y se adentran en la AP-7 de regreso a la Costa Brava, envueltos en la oscuridad.

—¿Qué ocurre, Héctor? ¿Doctor? ¿Qué es lo que no nos habéis contado? —No le han pasado desapercibidas las miradas que han intercambiado todo el tiempo. Ni los rictus de angustia. Ni la contención de sus voces. Ni la tensión de sus cuerpos—. Héctor, eres un pésimo actor, ¿sabes? Y usted también, doctor.

—Casals ha encontrado algo dentro de la boca de Oriol Mateu —responde Héctor, sentado a su lado y con la mirada fija en la carretera —. Un dedo. Cortado de cuajo. Es el pulgar de Tono Pàmies.

—¿Cómo sabéis que es suyo? —No es momento para lamentaciones ni para palabras de consuelo.

—Lleva su anillo de casado —responde con la vista al frente.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como que lo compré yo mismo. Las alianzas fueron mi regalo. Mandé grabar sus iniciales y la fecha de la boda. Como esas cosas no se me dan bien, equivoqué sus tallas y les iban grandes. Manuela y él no podían parar de reírse en la iglesia y finalmente se las pusieron en los pulgares. Ella llevó la suya a arreglar, pero Tono, muy en su línea..., nunca la sacó de ahí.

—Que Dios lo proteja —susurra el doctor.

—Por si anda despistado, mejor removamos cielo y tierra. —Nico es incapaz de morderse la lengua. Se enfada a menudo con ese ser en el que no cree. Se obliga a no ir más allá y fija su atención en la carretera y en las luces de los faros, que avanzan rompiendo la negra noche.

Llafranc, 4.30

Estela deja reposar su cabeza en el vientre de Nico. Respira de forma agitada y él le acaricia la espalda.

—No deberías haberme esperado despierta.

—Pero seguro que lo agradeces —responde ella y Nico puede adivinar que está sonriendo.

—Oh, desde luego.

—Yo también, Nico. Tenía ganas. —Acaricia su cicatriz—. ¿Te duele?

—No lo suficiente. Ven aquí, mujer salvaje. —La atrae hacia sí y la besa.

El olor y el tacto de la piel de su mujer logran que olvide todo lo que necesita olvidar. Estela es casa. Bienestar. Amor. Sexo. Su otro yo. Han hecho el amor de forma salvaje. Casi violenta. Nico ha devorado cada centímetro de su cuerpo y ella se ha dejado hacer. Después, cargada de pasión, le ha devuelto las caricias y los gestos hasta fundirse el uno en el otro. El viaje nocturno a Barcelona y los muertos han quedado, durante un rato, fuera de su mente, invadida por el deseo.

Estela le pide en susurros que le cuente qué ha pasado. No suele hacerlo, la maldad y sus abismos quedan muy lejos de su naturaleza, pero sabe cuándo Nico necesita soltar las cosas.

—Es horrible —musita—, pobre caballo. Pobres hombres. Y pobre Pàmies. ¿Crees que está muerto?

—No. La petaca y el dedo son un mensaje. Otra vez. No sé qué intenciones tiene ese pirado, pero creo que matarlo no entra en sus planes. Al menos por ahora. Aunque tal vez sería mejor que lo hiciese.

—Morir nunca es mejor. —Estela lo besa de nuevo y estrecha su cuerpo contra el de él. Simón llora en su habitación y ella hace ademán de levantarse—. No puede tener hambre. Hace solo un par de horas que ha comido.

—Voy yo. —Nico enciende la luz de la mesilla y se pone el pantalón del pijama. Tiene ganas de besar a su hijo, de cogerlo en brazos y mecerlo un rato—. Tú descansa.

—Gracias. —Estela se da la vuelta en la cama y, cuando Nico apaga la luz y se dispone a salir, añade medio dormida—: Esos cuerpos de los que hablas, Nico, ese ritual..., ya sabes: el hombre con la cabeza de cabra y el centauro con el arco...

—¿Cómo dices? —Se detiene en la oscuridad del dormitorio.

—Son Sagitario y Capricornio, ¿entiendes? Los signos del zodiaco.

Nico sale temblando de la habitación para atender a su hijo.

* * *

Cas Quiroga entra en el bar del hotel Llafranc como un vendaval. A su paso, una ráfaga de aire se levanta y mueve los manteles que esperan el turno de comida. Está cabreada. Nico no la deja ir a la reunión y le ha pedido que organice los informes y lo introduzca todo en el ordenador. Ella no ha venido para hacer estas chorradas.

—No puedes ir a una reunión con Narváez y Casals, mujer —se ha justificado Nico, decidido y parco como siempre.

—¿Y tú sí?

—Yo soy yo —le ha respondido, tan chulo y tan campante, con esa bonita sonrisa suya, retirando un mechón de su frente.

Pero esta es la ocasión perfecta para desahogarse. El bar del hotel está prácticamente vacío, la chimenea calienta lo suyo y Cas lanza la parka estilo militar sobre una silla de piel sintética y barre el local con la mirada. Maldita sea. No está aquí. Cambia de registro, enseña sus dientes usando su mejor sonrisa y se acerca a la barra a pedir un café. Le pregunta al jovencísimo camarero acerca de los clientes del hotel.

—Hay cuatro, creo. Estamos en temporada baja —contesta sirviéndole el café y concentrándose después en la limpieza de la barra—. Tendrá que preguntar en recepción. —Señala un pequeño escritorio al fondo a la izquierda y devolviendo su atención a su tarea, añade—: Pero esta mañana temprano ha llegado la señorita Marlaska. Otra vez. —El chico se sonroja y Cas se pregunta por milésima vez en su vida por qué algunos hombres son tan simples y los pechos grandes, tan importantes.

Se camela entonces a la chica de recepción, que delata el número de habitación de un modo poco profesional, porque ella podría ser, por ejemplo, una asesina en serie, y sube las escaleras a toda prisa. La estúpida periodista abre la puerta al segundo.

—Pero... ¿qué haces tú aquí? —Miren Marlaska la recibe vestida con una camisa gruesa y larga, sin pantalón y calzada con las típicas zapatillas de hotel. Sobre la cama hay una maleta abierta y un neceser.

—Vengo de visita. Soy Cas, la prima del subinspector Marcos Quiroga. Sé que la ética te falla, pero supongo que la memoria no.

—¿Qué quieres de mí? Solo hacía mi trabajo. —Miren no se molesta en negar su culpa y se acerca a la ventana.

—Por supuesto. —Cas se toma su tiempo estudiándola de arriba abajo y añade—: Y yo te deseé feliz Navidad. Te invité a desayunar. Fui educada. Y seguro que mi primo también. Y tú eres una hija de puta sin escrúpulos.

—¿Qué vas a hacer? —Miren no se molesta en defenderse del insulto.

—Nada. —Cas se libera de la gorra de lana verde oscuro y su cabello rojizo cae en cascada sobre sus hombros—. Salvo advertirte. Se la

jugaste a Marcos. Lo metiste en un buen lío. Tú no lo conoces, pero con la de tarados que hay por el mundo, fuiste a joder a uno de los buenos.

—Yo...

—¡Ni se te ocurra! —exclama Cas tapándose los oídos, rechazando cualquier tipo de disculpa—. Ya me voy. Solo quería decirte lo que él no te dirá nunca. Y espero, por tu bien, que no necesites la ayuda de la gente de por aquí. Porque nadie movería un dedo por ti.

Cas abandona la pequeña habitación, recupera su parka y sale del hotel tan rápido como ha entrado. Otra ráfaga de aire delata su paso por allí.

Miren se refugia en el cuarto de baño. Se lava la cara varias veces y se pasa la mano mojada por la nuca. El agua corre hasta que sale tan caliente que el vaho empaña el espejo. Ella se agarra al lavabo con fuerza y trata de retener unas lágrimas que pretenden escapar de su garganta. No tiene miedo de esa loca. No es eso. Es que acumula el que sintió ayer en la redacción del *Crónica.* Y el asco. Y la vergüenza al ver a Marcos Quiroga otra vez. El recuerdo de la noche tierna que compartieron no deja de perseguirla. Y tampoco su traición. «Es mi trabajo, es mi trabajo», se repite. Él ni siquiera la había mirado.

Se seca las lágrimas, cierra el grifo, se desnuda y se mete en la ducha. Ahí da rienda suelta a su llanto y deja que sus lágrimas se pierdan en el agua. Lágrimas de rabia. De vergüenza por no haberse defendido. Ni recordado que la labor de los investigadores no es más importante que la suya. Que ella no es un monstruo, sino una profesional. Se toma su tiempo. El necesario. Ni un minuto más. Después, vestida con una camisa ajustada, con los labios pintados de carmín rojo y la melena rubia reluciente, el espejo le devuelve la imagen de la periodista dispuesta a todo. Sale de la habitación con un abrigo de paño beis colgando del brazo y un bolso grande con un iPad último modelo dentro.

—Que te jodan, Cas Quiroga. Tendréis que acostumbraros a verme por aquí. Porque no pienso abandonar —le dice a nadie.

Palafrugell, 11.30

—¡Maldita sea, Casals! ¡Con esta información no vamos a ninguna parte! —El comisario jefe Nil Capo ha dejado escapar una gota de saliva mezclada con sus gritos.

Poco dado a aparecer en la comisaría de Palafrugell, ni a permanecer demasiado tiempo cerca de Héctor y sus hombres, esta vez ha considerado que el caso bien vale su presencia constante y, dejando de lado los compromisos sociales que tanto le motivan, aparece de forma más inesperada: para controlarlos. El forense se retira dos pasos y levanta la barbilla en dirección a él. Los separa la enorme camilla en la que descansa el cuerpo inerte del caballo después de la necropsia. Casals

se mete las manos enguantadas en los bolsillos de la bata y habla muy despacio. Al contrario que el de Capo, su tono es extremadamente suave:

—No debería levantar la voz en este lugar, comisario. A los cuerpos que aquí descansan no les gustan los gritos. Y a mí tampoco.

—Y a mí no me gusta su tono. Ándese con ojo, doctor.

Marcos mira a Héctor de soslayo. El aire podría cortarse con un cuchillo. El rostro enjuto de Nil Capo arde como el fuego y vuelve a abrir la boca, pero viendo que la mirada del forense se mantiene firme, la cierra y mueve el índice amenazante hacia ellos:

—¡Necesitamos respuestas! Esto parece una plaga. Dos hombres muertos, un caballo, un inspector desaparecido... —Ahora increpa directamente a Héctor—: ¿Cómo se te ocurrió elegir a Pàmies? Es un alcohólico, un desastre, un...

—La elección de mis hombres es asunto mío, señor. —Héctor da un paso hacia su superior—. Con todos sus problemas a cuestas, el inspector Pàmies sigue siendo el más veterano y experimentado. Esté donde esté ahora, tenga por seguro que no se rendirá fácilmente. Hasta el momento, no andaba desencaminado en su investigación.

—¡Pero lo han cogido!

—¿Cree que lo he olvidado?

—¿Cómo es posible que esa periodista lo supiera todo? ¿Quién se fue de la lengua? El pueblo está lleno de...

—¿Además del propio asesino? Cualquiera —asegura Héctor sin remordimientos y pensando en el pulgar de Pàmies, del cual no ha informado ni va a hacerlo—, y no necesariamente de mi comisaría. Pero la filtración no es mi prioridad en este momento.

—¡Debería! —Capo vuelve a levantar la voz más de la cuenta—. ¡Ahora tenemos a la prensa pisándonos los talones! ¡Les han enviado la cabeza, por Dios! ¡En cualquier momento escribirán otro reportaje!

—Sin duda lo harán —asume Héctor.

—Nunca has sabido controlar a tus hombres, Narváez. Te estaré vigilando.

En el momento en que Nil Capo y toda su ira se disponen a salir de la morgue, la puerta batiente se abre y Nico lo golpea sin querer al entrar. El comisario jefe se retira quejándose y tapándose la nariz. Sus ojos, demasiado juntos para resultar agradables, parecen uno solo.

—Mil perdones, comisario Capo. —Nico barre la fría estancia con su mirada y rápidamente se hace una idea de la situación.

—¿Qué hace usted aquí? Un detective no debería...

—Oh, no, comisario. Se está usted equivocando. Estoy aquí en condición de familiar. Hay una urgencia en casa del comisario Narváez y me han mandado que venga a avisarle. —Se vuelve hacia Héctor y añade—: Deberías mirar el móvil más a menudo.

—Apenas hay cobertura —responde este sacándolo del bolsillo—. Marisa me va a matar. Tengo varias llamadas suyas.

—¿Algo grave? —Capo carraspea temiendo algo serio y procurando cambiar sus formas antes de que sea tarde. Es tan alto como Nico, su pelo claro ralea peligrosamente y se esfuerza por peinarlo de modo que parezca lo contrario. La nariz aguileña no ayuda a que su rostro resulte simpático. Y desde luego, su carácter tampoco.

—Grave grave, no —asegura Nico mordiéndose el labio.

—Bien. —Capo arregla con un gesto nervioso la chaqueta de su uniforme, que se ha ido descomponiendo según su furia aumentaba—. Me marcho. Espero que no sea nada. Manténgame informado de cada paso que den.

—Lo haré, señor.

—Y no olvide esto, Narváez: si tienen que rodar cabezas, la mía no será una de ellas.

Nadie se despide de él. Cuando calculan que se ha alejado lo suficiente por el pasillo, Nico rompe a reír y Héctor le da una colleja.

—Serás desgraciado. No tengo ninguna llamada. Me has dado un susto de muerte.

—No me jodas. Te he salvado de seguir aguantando a ese capullo.

El doctor Casals deja escapar una risita nerviosa. Marcos se pasa la mano por la frente y suspira.

—¿Qué van a hacer con él? —Nico se ha acercado al caballo. Una sábana blanca cubre su cuerpo y tiene los ojos cerrados. Agradece en silencio la delicadeza del forense. El tacto. El respeto.

—Incinerarlo, señor Ros. Recuerde que ya no sufre. Ya no.

Nico asiente en silencio. Mejor acabar convertido en cenizas que seguir en esta habitación demasiado limpia. Y demasiado fría.

—¡Venga! Vámonos todos de aquí. Seguiremos trabajando mientras comemos algo. —Héctor se pone el gabán azul marino.

—Son casi las doce. Es tarde para desayunar..., muy tarde.

—¡No seas aguafiestas, Casals! Nunca es tarde para un buen desayuno. Necesito salir de aquí y vosotros también. Es una orden.

El forense apaga la luz y salen en tropel. Una noche artificial y un silencio total caen sobre la morgue. Los muertos se quedan solos, en la triste estancia de color blanco.

* * *

—¿Cómo se te ha ocurrido, Nico? El maldito horóscopo.

—Ha sido Estela —reconoce sin problema—. Creo que nosotros hubiéramos tardado mucho en caer en eso, aunque ahora parece muy lógico.

—Benditas mujeres. —Héctor levanta un vaso con agua fresca en honor a ellas y muerde una tostada untada con tomate y adornada con una loncha de lomo ibérico.

Poco a poco, el desagradable recuerdo de Nil Capo queda relegado a

algún lugar desde el que no molesta. El dueño del restaurante enciende estufas en la terraza para compensar el frío. Los cuatro comen un rato en silencio.

—Bien. Ahora que soy un hombre nuevo, pecador y satisfecho —suspira Héctor limpiándose con la servilleta y observando los platos vacíos, delatores del calórico desayuno—, puedo pensar mejor. Eso del zodiaco no son buenas noticias. ¿Cuántos signos hay? Creo que muchos...

—¿Y tú eres sobrino de una bruja? —bromea Nico—. Ya te vale.

—Son doce, señor. —Marcos consulta Internet en su móvil—. Sagitario acabó el 21 de diciembre y Capricornio lo hará el 19 de enero. Entonces empezará Acuario.

—No podemos asegurar que el asesino quiera cerrar el círculo —aventura Nico—, y más nos vale que no sea su intención. ¿Está usando el zodiaco por pura diversión o tiene un plan definido? Me refiero a un motivo. Al principio pensé que podía tratarse de unos tarados que hubiesen consumido alucinógenos con ansias de ser amigos de Satán. Pero esto... empieza a parecer un patrón. Es alguien que desea notoriedad, de lo contrario no habría enviado la cabeza al periódico. Si es un narcisista, mejor para nosotros, porque suelen meter la pata. Ahora lo que necesitamos saber es quién es la víctima del centro del tiro al arco y qué relación tiene con Uri el Sordo, si la tiene. Como en la nave no encontramos rastros de un crimen anterior, debemos suponer que Sagitario fue el primero en morir. Y está claro que Sagitario le va que ni pintado al cadáver del centro del tiro al arco.

—¿Por qué?

—Porque el centauro suele representarse con un arco y flechas. Por eso se le conoce también como el Arquero. Me lo ha dicho Estela, claro.

—Pero ¿y Capricornio? ¿Le cortó la cabeza a Uri el sordo para representarlo? ¿Le tocó a él porque era granjero? —Héctor se acaricia el mentón—. Todo esto no tiene ningún sentido para mí.

—Si está pirado, con que lo tenga para él, es suficiente.

—Ambas víctimas rondaban los sesenta. —Casals habla bajito como suele hacer y solo después de asegurarse de que Nico ha terminado. En su plato, el único resto del desayuno tardío es la piel de una manzana—. Pero tal vez sea un detalle sin importancia.

—Al contrario —asegura Héctor—, es la única coincidencia además del sexo.

El doctor añade que la base de datos no ha identificado las huellas del hombre sin piernas, como suele suceder cuando alguien no está fichado, y Marcos, que el dueño del negocio es un rumano afincado en la zona desde hace muchos años.

—Se llama Miha Radu. Contacté con su mujer y asegura que está fuera del país por vacaciones. Lo hemos llamado al móvil varias veces, sin éxito. Ella dice que no ha hablado con él desde que se marchó. Me

pareció raro.

—¿Podría tratarse de la víctima? ¿Estamos seguros de que salió del país?

—Su mujer podría ir al Anatómico, a ver si lo identifica —titubea el doctor—. Aunque hacerla pasar por eso sería terrible. Terrible.

—Pero igual es necesario. Debemos saber si se trata de Radu y, si no es él, averiguar por qué el asesino escogió su negocio como escenario. Semejante planificación no casa con dejar cosas al azar. —Héctor le pide a Marcos que se ocupe—. El tema es más que grave, señores. Si se produce otro asesinato, estaremos hablando de un asesino en serie. O de varios, porque las puestas en escena son complejas y se requiere organización y fuerza para cometer semejantes crímenes. Si el pánico se desata entre la población, las cosas van a complicarse más todavía.

—Lo harán, Héctor. Habrá más muertes. —Nico levanta los hombros —. Esto no termina aquí.

—¡Nico! —Cas se planta frente a él, con los brazos en jarras y cara de mala leche. Lleva una parka verde caqui demasiado grande para ella, porque es de Marcos, y su gorra de lana. Sus ojos echan chispas—. ¡Que sea la última vez que me dejas sola!

Héctor no puede evitar sonreír. Acerca una silla y la invita a sentarse:

—No se exalte, señorita Quiroga, y sea bienvenida. No es usted la primera persona, ni será la última, a la que plante nuestro querido detective, ¿verdad, Nico?

—¿Cómo me has encontrado? —La sorpresa de Nico aumenta cuando mira a Marcos—. ¡Ya te vale!

—Es familia, Nico.

—Claro. Casi lo olvido.

—Pues no lo hagas. Que no he vuelto para ser tu secretaria. —Cas se sienta y se quita la gorra. Su humor cambia al ver que el comisario no rechaza su presencia. Come una rebanada de pan con tomate y un trozo de butifarra blanca y sonríe—. Los catalanes sois raritos, pero también sabéis comer bien. —Entrecierra los ojos y, ávida de acción, añade—: ¿En qué puedo ayudar?

En pocos segundos la ponen al día y Cas manifiesta su sorpresa al oír la conclusión de Estela:

—¡Pero claro, por supuesto! El Hombre Cabra y el Centauro.

—¿Ahora vamos a llamarlos así? —farfulla Nico advirtiéndole con los ojos.

Cas lo pilla, mira a su primo y después a los demás:

—Que se fastidie la tipa esa. Ella nos robó algo, es justo que hagamos lo mismo.

El timbre del teléfono móvil de Héctor interrumpe la conversación. Responde a la llamada y asiente varias veces. Su rostro va adquiriendo una seriedad preocupante.

—Ha desaparecido un farmacéutico del pueblo, Tomás Juliá. Lo

conozco de vista. De hecho, falta de casa desde hace días, pero nadie se preocupó porque había salido a cazar, suele hacerlo varias veces al año. Tengo que volver a la comisaría. La mujer y los hijos están allí.

—Yo invito, Héctor. —El doctor Casals le hace un gesto para que se vaya tranquilo.

Marcos se despide y sale detrás del comisario.

—¿Será la tercera víctima? —susurra Cas.

—Espero que no, señorita Quiroga. Espero que no, aunque suelo coincidir con la familia Juliá en misa, y Tomás ronda los sesenta también. Ojalá no tenga nada que ver —responde Casals, y en su tono, Nico y Cas adivinan más deseo que esperanza.

—¿Nos enfrentamos a una mente muy perturbada o a una muy inteligente, doctor?

—Ambas cosas no son incompatibles, señorita Quiroga. La brillantez mental no implica cordura.

—Hace mucho frío —dice Cas estremeciéndose y acercándose a la estufa.

Y Nico sabe a qué se refiere.

* * *

La señora Juliá no deja de abanicarse a pesar de que en el despacho no hace precisamente calor. No ha querido desembarazarse de su abrigo de pieles que sus uñas con perfecta manicura acarician una y otra vez. Héctor ha estado diez minutos con ellos y después ha delegado en Marcos la denuncia y se ha marchado a atender otros asuntos. Un joven de treinta y pocos, de pie detrás de ella, la protege sujetándole los hombros con suavidad mientras una chica sentada a su lado le aprieta la mano con fuerza. Los hijos del desaparecido parecen temer que a su madre pueda darle un síncope.

—¿Está usted bien, señora Juliá? ¿Necesita algo?

—¿Cómo voy a estar bien, subinspector? Mi marido ha desaparecido. Vaya usted a saber cuándo.

—¿Por qué han decidido poner hoy la denuncia?

El hijo toma la palabra:

—Mi padre salió a cazar y aseguró que estaría de vuelta para la cabalgata de Reyes, ¿entiende? Le encanta ir a verla con sus nietos. Es dentro de unas horas, pero no ha regresado ni coge el móvil, salta el buzón de voz.

—Puede ser que no tenga cobertura. Y que llegue más tarde —sugiere Marcos con lógica.

—Usted no conoce a mi marido, subinspector. —La señora Juliá mueve el abanico a tal velocidad que el aire llega hasta Marcos—. Es un hombre de costumbres. Siempre regresa con tiempo suficiente: se da un buen baño, limpia su escopeta, deja las piezas cazadas en la despensa...,

en fin. Que ya estaría aquí.

—Entiendo. —Marcos toma notas—. ¿Cuándo se marchó?

—Hace cinco días. Son los que suele estar fuera.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron por teléfono?

—Los hombres necesitan su espacio —asegura la señora Juliá—, y nosotras también.

Si a Marcos le sorprende esa declaración, su rostro no da muestra alguna de ello.

—¿Quién se ocupaba de la farmacia mientras él estaba ausente?

—Nosotros. —La hija habla por primera vez. No se parece a su madre pero también viste un chaquetón de piel, falda y unos pendientes de perlas idénticos. Esa ropa la hace parecer mayor—. Somos farmacéuticos los dos. Mi padre se presenta a la alcaldía y cada vez delega más en nosotros.

Marcos pregunta varias cosas más mientras se hace una idea del tipo de persona que es, o era, Tomás Juliá. Un hombre religioso. Clásico. Serio. Con ambiciones políticas, por lo visto. Probablemente, de una de las familias más acomodadas del pueblo, en la que todos parecen muy seguros de ellos mismos y acostumbrados a mandar. Si su desaparición tiene algo que ver con los asesinatos, la única característica que compartiría con Uri el Sordo y la víctima de Begur sería el sexo. Y la edad. De nuevo. Anota varias cosas más en su libreta y, después de asegurarles que harán todo lo posible para encontrarlo, les pide permiso para acompañarlos a casa con un par de hombres en busca de alguna pista.

—Podríamos mirar su ordenador —propone. Legalmente, tratándose de un adulto y habiendo pasado tan poco tiempo desde su supuesta desaparición, no tiene ninguna fuerza—. Por si hubiera recibido alguna amenaza, o cambiado sus planes...

—¿Amenaza? ¿En serio? Es farmacéutico, por Dios —responde la mujer.

—Pero quiere ser alcalde, mamá —recuerda el hijo—, y la gente es envidiosa. —Después de pensarlo unos segundos, consiente que revisen el ordenador—. Lo que haga falta. Mi padre tiene que volver a casa.

Marcos se levanta y sale al pasillo. A su pesar, sabe que lo mejor será desplazarse al domicilio con el sargento Jordi Capo, su inferior inmediato. No se soportan, pero más le vale contar con él y evitar problemas con su padre, el comisario jefe. Un *mosso* le dice que está ahí fuera, hablando con una chica. Marcos se acerca a la ventana y lo ve detrás de un árbol con una rubia. Ella mueve la melena y se pone de perfil. Marcos contiene el aliento y cierra los puños. Es Miren Marlaska.

—Vaya a buscar al sargento Capo y dígale que se prepare, por favor. Salimos en diez minutos.

Entra de nuevo en el despacho y se enfrenta otra vez a las miradas de los desconcertados familiares. Se pregunta si quieren al desaparecido

tanto como se esfuerzan en demostrar. Por desgracia, su profesión le ha enseñado muchas veces lo contrario. Tal vez sería mejor que no lo quisieran demasiado, se dice con pesar. Porque intuye que jamás volverán a verlo con vida.

* * *

Está oscureciendo. Jenica Radu mira a través de la ventana y después les sirve un café. Sus manos tiemblan mientras lo hace y Cas le coge la cafetera y llena las tazas ella misma. La vivienda es sencilla. Pobre, en realidad. Jenica viste una falda tupida de flores y una chaqueta de lana gruesa. Es amable. Pero está asustada.

—Señora Radu, ¿por qué no denunció usted la desaparición de su marido?

—Yo... —Jenica se frota las manos, nerviosa—, no lo sé. Miha suele ausentarse. Me dijo que cerraba el negocio por vacaciones y que tenía asuntos en Rumanía. —Cas y Nico contienen la respiración, pero no dicen nada—. Que estaría fuera una temporada y que le esperase aquí. Viaja varias veces al año.

—Usted es rumana también, ¿verdad? ¿No lo acompaña? —Jenica no responde y mira al suelo—. ¿Cuándo se marchó?

—El 20 de noviembre, me parece. Ya informé de eso al subinspector que llamó.

—¿En noviembre? —Cas no disimula su sorpresa.

—¿Desde entonces no se ha molestado usted en advertir de su ausencia a la Policía?

—¿Por qué iba a hacerlo? Ya es mayorcito. Acaba de cumplir los sesenta y tres. —Ajena al cruce de miradas de sus visitantes, suaviza el tono y añade—: A veces ha estado más tiempo fuera. No me preocupé por él.

—Comprendo. —Nico la observa. La estudia.

Es una mujer todavía joven, tal vez treinta años menor que su marido, pero su pelo rubio está apagado y sus raíces necesitan un repaso. Su rostro está inundado de arrugas prematuras, unos surcos oscuros adornan sus párpados inferiores y sus hombros están inclinados hacia delante, como si la vida le pesara mucho.

Pero Cas ha comprendido.

—Señora Radu, creo que usted no está asustada por nuestra visita. Ni siquiera por que a su marido pueda haberle pasado algo, ¿verdad? —Jenica la mira con terror y se sienta muy despacio.

—¿Qué haces, Cas? —Nico está incómodo.

—He conocido a muchas mujeres maltratadas, Nico, —Cas se vuelve de nuevo hacia Jenica—, y usted es una de ellas, Jenica, si me permite llamarla así. No avisó a la Policía porque él le hubiera dado una paliza si se hubiese atrevido a hacerlo, ¿me equivoco?

La taza de café resbala de las manos de Jenica y se hace añicos contra el suelo. Ella se queda helada mirando los pedazos, como si hubiese cometido un error muy grave.

—Tranquila —Cas coloca sus manos sobre las de ella—, no debe tenernos miedo. Hemos venido a ayudarla.

Un niño pequeño aparece en el pequeño salón. Su madre tiende los brazos hacia él y se abrazan. Hablan en rumano unos minutos. Les dejan su tiempo. Cas y Nico arreglan el estropicio y tiran los pedazos en el cubo de basura de la cocina. Cas abre la nevera. Está casi vacía. Después los armarios. Lo mismo.

—La ha dejado sin dinero, Nico. Esta mujer apenas puede ir a la compra.

Cuando regresan al salón, Jenica ha recuperado cierta compostura.

—¿Creen que le ha pasado algo?

—Es posible —titubea Cas—, pero no podemos confirmarlo todavía. Para eso hemos venido, señora. Necesitamos una foto de su marido...

—A no ser —la interrumpe Nico— que se vea usted capaz de hacer una identificación en el depósito de cadáveres.

—Lo haré. —Jenica se levanta y alisa su falda de flores. Su rostro muestra determinación. Algo ha cambiado en ella. Les pide cinco minutos para arreglarse y preparar al niño y los deja solos en el salón.

—¿Te has fijado? —susurra Nico—. De repente, parecía...

—Esperanzada —añade Cas—. Esta pobre mujer está deseando que el cadáver sea el hijo de puta de su marido.

Cuando Jenica descuelga los abrigos de un perchero rústico en el vestíbulo del piso, una escopeta de caza colgada de unos clavos en la pared queda al descubierto.

—¿Miha es cazador?

—Sí —asiente ella—. A Miha le gusta matar.

—¿Sabe cuál es su grupo sanguíneo?

—0 negativo.

Se ponen en marcha hacia el Anatómico. Nico conduce y mira por el retrovisor al niño asustado, que no se suelta del abrigo de su madre, y maldice a todos los cobardes que abusan y pegan a sus mujeres. O a sus hijos. O a quien sea. La voz de Cas, inusualmente cariñosa y suave, los distrae con palabras amables mientras se dirigen a identificar, tal vez, el cadáver de un marido cruel. Y Nico también desea que sea él.

Lugar desconocido, 18.15

Sigue en un trance casi permanente, tirado en un colchón de rayas, a medio camino entre el mundo de los sueños y el real. O tal vez sea el mundo de los muertos el que lo acecha. El asesino de la cara cubierta entra de vez en cuando para asegurarse de que sigue vivo. Lo obliga a tragar varias píldoras, deja comida mala y fría, libera un rato sus manos

de las ataduras y le observa comer. Después lo acompaña al diminuto aseo, vuelve a atarlo y se marcha llevándose la bandeja.

—Qué aspecto tan lamentable tienes, inspector.

A Pàmies le es difícil calcular la edad de esa voz.

—Déjame en paz.

—¿Prefieres morir?

Pàmies se promete que, si algún día consigue librarse de las malditas ataduras, le partirá de un puñetazo esos dientecillos que tanto le gusta mostrar a través de la malla negra.

—La verdad es que no me importa. ¿No era eso lo que querías? ¿Matarme? Hazlo de una vez.

—¿No tienes a nadie que te quiera, inspector? ¿Nadie te espera? —El hombre se ríe—. Te mataré cuando ya no me interese retenerte, veremos si entonces no suplicas por tu vida. No era a ti a quien esperaba, ¿sabes?

Esas palabras todavía retumban en sus oídos. No era a ti a quien esperaba. No era a ti. ¿A quién, entonces?

El *delirium tremens* ha pasado, pero no el ansia de beber, ese deseo que ocupa todo su ser y que es peor que cualquier otro dolor. La vieja costumbre de desconectarse de la vida. De dejar de estar presente. Ese alivio. Dios, cómo lo añora. El muñón cicatriza. La herida de la flecha también. Sus sienes laten a toda prisa, a punto de estallar, y el sopor es tal que no es capaz de saber cuánto lleva aquí. Muchas veces en su vida, demasiadas, el tiempo ha jugado a ser eterno con él. A transcurrir de esa forma tan dolorosamente lenta. Como ahora. «Nadie te espera —le ha dicho—. No tienes a nadie que te quiera». Cierra los ojos. El mundo onírico lo reclama en forma de terribles imágenes dignas de *El jardín de las delicias* de El Bosco, que tienden sus brazos hacia él para llevárselo al infierno. Porque es un pecador.

—¡Antonio! ¡Antonio, despierta de una vez! —oye una voz lejos. Muy lejos. Que se calle. Que lo deje dormir. No quiere regresar—. ¡Despierta, maldita sea!

Abre los ojos. El colchón es incómodo y le duele la espalda. Le duele todo el cuerpo. Tiene que ir al baño. Y beber agua. Necesita beber agua. El ambiente en la habitación está cargado de manera insoportable. Ahoga una arcada.

—¡Antonio, joder!

Se incorpora, bebe agua de una botella de plástico que coge como puede y se siente algo mejor. ¿Quién lo llama? Se frota los ojos y, gracias a la tenue luz que cuelga del techo, lo ve. Ojalá no hubiese despertado: es un hombre, algo mayor que él. Está estirado en una vieja camilla de hospital que casi ocupa la estancia entera. Solo viste ropa interior y forcejea con unas correas de cuero.

—¿No me reconoces? Soy Tomás Juliá. —El hombre está aterrado.

—Joder. El farmacéutico —susurra Pàmies sin dar crédito. Seguro que sigue soñando—. ¿Cuál es tu pecado?

—¿Qué dices?

—Pregunto qué pecado cometiste, Tomás. Los que llegamos aquí somos pecadores —balbucea Pàmies.

Y entonces, muy despacio, entre los químicos que invaden su cuerpo, su memoria va abriéndose paso y recuerda algo del pasado. De un pasado muy remoto.

Llafranc, 19.00

La noche ha caído sobre Llafranc. En el puerto, la estrella de Belén brilla en la farola más alta y los gritos de alegría y nervios de los niños inundan el aire gélido. Abuelos, padres e hijos corren de aquí para allá intentando colocarse en los mejores sitios para ver llegar a las barcas con los pajes y los Reyes Magos.

La de Llafranc es una cabalgata mágica. Única. Diferente. Nico lleva en brazos a Simón y recuerda su infancia, todas las veces que él y su hermana esperaban impacientes la llegada de las barcas, cuando sus Majestades desembarcaban y recorrían el puerto lanzando caramelos, y su batalla frenética por coger todos los posibles. Su padre solía cargarlos en hombros, un rato a cada uno, para que no se perdiesen nada, y su madre se agachaba con ellos a recolectar chucherías y guardarlas en una bolsa. Ese día todo, absolutamente todo, estaba permitido. Después, los mágicos personajes —gente del pueblo disfrazada, en realidad— caminaban hasta la plaza seguidos por todos y, en sus tronos reales, escuchaban los deseos de los niños y los pajes repartían chocolate caliente y churros.

—¿Te acuerdas, Nico? —le pregunta su madre con la mirada teñida de nostalgia.

—Sí, mamá. Claro que me acuerdo.

Estela lo mira y le guiña un ojo.

—Es que Nico está empeñado en creer que Simón se acordará de algo, ¿sabes, Berta?

—Por supuesto que lo hará —dice su suegra sonriendo.

—Y si no, lo haremos nosotros —asegura Estela. Después dispara fotos a toda la familia y el *flash* de la cámara destella en la noche—. ¡Venga! Ahora una de los cuatro abuelos con Simón.

El mar está tranquilo. Las barcas de pescadores se acercan y suena la música. La llegada es anunciada por los altavoces y, después de amarrar, los marineros del puerto ayudan a desembarcar a los Reyes con sus pesados ropajes y empieza la noche mágica.

—¿Dónde están Cas y Marcos? —se interesa Estela, que nunca olvida a nadie.

—Cenarán con nosotros en La Marina —asegura Nico—, pero ahora Cas está haciendo de Reina Maga, ¿sabes? Ayudando a gente que la necesita.

Ante el desconcierto de Estela, Nico le dice que después se lo explicará. Piensa en Cas. En cómo se ha llevado a cenar a una pizzería a Jenica y a su hijo. Con su insistencia ante la negativa de esa mujer asustada y con sus palabras y gestos delicados, tan lejanos de su brusquedad habitual, ha conseguido romper la barrera con la que madre e hijo se habían protegido del mundo. En los ojos del niño, que brillaban al oír la palabra *pizza.* Y también en cómo lo hacían los de Jenica al salir de la morgue y asegurar, sin que le temblara la voz, que se trataba de Miha, su marido. El doctor Casals estaba, como solía en esas ocasiones, preparado para atenderla si sufría un desmayo o una crisis de ansiedad. Pero ella ha cogido a su hijo de la mano y simplemente ha dicho:

—No se preocupen por nosotros. Vamos a estar bien.

Y, sin duda, iban a estar mejor.

Unos pajes lanzan caramelos al aire y todos, grandes y pequeños, corren a por ellos. Nico regresa al presente. Ve a Fátima con sus hijos y supone que debe ser duro vivir un momento como este sin Jamal. Se lo imagina muy solo, en el viejo caserón que utiliza como escondite. Una niña se acerca corriendo a él y le sonríe contenta:

—¡Señor Ros! Mi madre me ha dejado venir a ver a vuestros Reyes Magos. Tomaremos chocolate caliente y me acostaré tarde.

—¡Hola, Bashira!, me alegra verte —le responde Nico observándola. La niña tiene buen aspecto y parece feliz.

La madre de la pequeña le sonríe con timidez, intercambian unas palabras y ambas se alejan. Nico mira las estrellas que brillan en la noche limpia. Estruja a su hijo, que se queja en la mochila portabebés y le dice al oído que lo quiere.

* * *

Héctor apura su copa de cava, se pasa satisfecho la mano por la barriga y sonríe a su mujer.

—¡Qué bueno estaba todo! Soy incapaz de comer nada más.

—Embustero. —Marisa le sonríe y se levanta para llevar los platos a la cocina.

—¡Ni hablar, siéntate! Vosotros ya habéis trabajado bastante por hoy —insiste Héctor a su mujer—. ¡Venga! Gente perezosa, un viaje cada uno a la cocina y listos. Todavía tenemos que comer el *tortell*,[1] a ver quién es el afortunado este año.

Durante un rato todo el mundo viene y va. En La Marina no cabría ni un alfiler. Los semblantes sonríen, charlan y disfrutan de la compañía y del paréntesis al que se obligan algunos para apurar este buen rato de la vida y poder seguir adentrándose en la negrura de los crímenes cuando el sol vuelva a salir. Nadie pregunta, como si existiera un acuerdo tácito entre los que se ocupan de resolverlos y quienes los acompañan. La cena con verduras del huerto a la brasa y caldereta de pescado estaba

sublime. Todos se han quejado de la cantidad al ver las fuentes de barro llegar a las mesas, pero apenas ha sobrado comida. Reparten el roscón de Reyes y se ríen cuando Jan, el hermano de Estela, muestra el haba que ha aparecido en su porción y que, según la costumbre catalana, obliga a pagar el *tortell*.

—¡Más quisierais, mala gente! —se queja divertido—. Lo lleváis claro.

Todos siguen dando cuenta del tradicional roscón hasta que Estela enseña vencedora la figurita con forma de Rey Mago que le ha tocado a ella, señal de buena suerte para el año que empieza. Entre vítores y brindis, le coloca la corona real a su bebé sobre la cabeza y lo cubre de besos.

Mucho rato después se dicen adiós unos a otros con los rostros sonrojados por el calor del local y también por el cava que corre por sus venas. Nico acompaña a sus padres hasta el coche y regresa en busca de su mujer.

—Gracias —Nico se despide de sus suegros—, ha sido una cena increíble. Estela, ¿nos vamos?

—Espera, Nico. —Héctor mira a los pocos que quedan en el restaurante y le pregunta a su hermana si le molesta que se queden un rato más algunos de ellos—. Yo cerraré, si no te importa, Mercedes. Tenemos trabajo.

—Estás en tu casa.

—Bien —acepta Nico—. Acompaño a Estela y vuelvo enseguida.

Cinco minutos después está de regreso. Héctor, Cas y Marcos le esperan sentados alrededor de una mesa, con el bonito mantel cubriéndola todavía. Han apagado las luces, salvo la de una lámpara que ilumina ese rincón de forma tenue. Cas desmenuza un trozo sobrante de roscón y come las miguitas. Nico se sirve un agua con gas y una rodaja de limón.

—¿Qué pasa, Héctor? Qué raro en ti proponer trabajar en una noche como esta.

—Mejor hoy, que mañana es festivo. —Parece resignado a asumir las horas extras que se avecinan—. Los últimos acontecimientos me obligan a saltarme una de mis normas. Qué se le va a hacer.

Cas los mira con los ojos brillantes. No será ella quien se queje del momento ni de la hora. Que el comisario le haya pedido que se quede le parece, sencillamente, sublime.

—Dispare, comisario. No le haga ningún caso a esta nenaza.

Héctor casi se atraganta ante esas palabras espontáneas, Marcos pone los ojos en blanco y Nico se limita a sentarse y prestar atención.

—Ya sabéis que el dispositivo de búsqueda de Tomás Juliá sigue activado. Mis hombres batieron la zona de Les Gavarres, donde suele ir a cazar. Allí hay un refugio que los cazadores usan para descansar y dormir. Está claro que estuvo ahí, queda algún resto de comida, su mochila, su móvil, su abrigo y también su escopeta y munición. La

puerta estaba abierta y el interior desordenado. Es posible que alguien lo sacara de allí a la fuerza y eso nos obliga a pensar que no se ha largado por iniciativa propia. Por otro lado —añade—, Quiroga no encontró nada de interés en su ordenador. El hombre es justamente lo que parece. Ahí solo tiene la contabilidad de la farmacia, fotos de familia y algunos correos de trabajo. —Se detiene para recuperar el aliento—. Yo volví a casa de Tono, recordando su costumbre de jamás tirar nada —aclara dejando una abultada cartera de piel marrón sobre la mesa—. Aquí están los casos más importantes de su carrera. Creo que lo mejor será repartirlos y que los estudiemos a fondo. Sé que lo más probable es que el asesino lo sorprendiera en la nave del tiro al arco y, después de herirlo, decidiera llevárselo con no sé qué propósito, pero también existe la posibilidad de que le quisiera precisamente a él. Tono se ha ganado enemigos a lo largo de su labor profesional y también fuera de ella. Si no iba a por él, ¿por qué no matarlo y dejar su cuerpo allí? Esconder a alguien es incómodo, requiere cierta infraestructura. —Deja que su mente vuele al caso que los mantuvo en vilo el mes pasado y al increíble lugar en el que encontraron a las víctimas—. Este es un pueblo normal, joder. Aquí no pasan cosas tan..., tan... raras. —Nico lo escucha levantando las cejas, porque la realidad les dice lo contrario, pero se abstiene de recordarlo. Héctor suspira—: La gente se odia como en todas partes, pero no se matan por eso. Además, estas muertes son demasiado sofisticadas.

—¿Cuántos años tiene Pàmies? —pregunta Nico de sopetón—. ¿Los tuyos? Aún te faltan un par para los sesenta.

—Tono también se acerca peligrosamente a esa edad —susurra Héctor—. Es unos meses mayor que yo.

—Y conocía al Hombre Cabra..., perdón, a Oriol Mateu —corrige Marcos.

Nico sonríe para sus adentros al oírle usar de forma espontánea el apodo otorgado por Miren en su reportaje. Bien por él.

—Por eso mismo —acepta Héctor—, escarbemos en sus casos. En todos ellos.

—Buena idea, comisario. —Cas le tiende las manos y Héctor le da una pila de papeles agrupados en viejas carpetas—. Haré lo que pueda.

—Gracias, señorita Quiroga.

Los otros hacen lo mismo y Héctor se queda con la cartera y parte del trabajo. Guardan silencio unos minutos. La Marina está en penumbra y parece que hace un siglo de la alegría de la cena. Oyen el mar mecerse en la orilla. Es casi la una de la madrugada y los últimos transeúntes fiesteros han abandonado las calles.

—Creo que esos hombres hicieron algo —asegura Nico con los ojos brillantes por la excitación o quizás solo por el sueño—. Y lo están pagando. Porque esto es una venganza en toda regla, pero no podremos saber de qué se trata ni cuántas muertes nos esperan hasta que

descubramos qué los une.

—Estás empeñado en eso, pero no parece que existan vínculos entre ellos, excepto que viven en el mismo pueblo y son varones de una edad parecida, como hemos recalcado mil veces —dice Marcos—. Obviamente, podían conocerse de vista, pero mientras el farmacéutico tiene prestigio y todos le definen como un tipo seguro de sí mismo, algo engreído, ambicioso y respetado, Miha y Oriol, por feo que sea decirlo, eran todo lo contrario: gente sencilla, con pocos medios. Otra educación, distintos ambientes. No coincidieron en la escuela y tampoco en otros sitios, que sepamos. Preguntamos a ambas mujeres acerca de la afición a la caza de sus maridos, por si se conocían de eso. Ambas dijeron no tener ni idea.

—Ellas... —Nico se mueve inquieto— saben muy poco de sus maridos.

—Cada matrimonio es un mundo —recuerda Héctor—, aunque Marisa lo sabe todo de mí, y si no lo sabe, lo adivina. O se lo inventa. —Ríen nerviosos. El cansancio se está apoderando de ellos y también una sensación de frustración absoluta—. Investigad a fondo —insiste—. Hablad otra vez con los familiares. Buscad enemigos de las víctimas. Y secretos. Todo el mundo los tiene.

—Deberíamos establecer una línea temporal, señor —propone Cas—, ya sabe: los días de las desapariciones, qué hicieron en los previos, fechas de las muertes..., poner orden en el caos. Las víctimas no habían nacido durante esos signos, así que el criterio del asesino, me refiero al orden elegido, debe de ser otro. Si a usted le parece bien, Marcos y yo tenemos sitio en casa. Puedo dedicar una habitación a eso. Imagino que ya lo están haciendo sus hombres en el cuartel, pero...

—Adelante, Casilda. Es una buena idea.

Por supuesto que lo es. Anotaciones lejos de los ojos de Nil Capo y de su vástago. La piel de Cas se torna púrpura ante la mención de su nombre completo, pero no va a decirle al comisario que no se deja llamar así, ahora que este parece tenerla en cuenta. Héctor se levanta. Es hora de volver a casa. Apagan la luz y cogen el material.

—Acuario se acerca —susurra Cas en la oscuridad.

Sus palabras quedan ahogadas por el trajín de Nico cerrando la verja y el quejido del candado al cerrarse.

—Buenas noches. Feliz día de Reyes —se despiden y echan a andar hacia las sombras.

Nico los ve alejarse y, siguiendo el murmullo del mar, salta el pequeño escalón que lo separa de la playa y, con cuidado de no ensuciar los papeles de Pàmies, se quita zapatos y calcetines, sortea las barcas que duermen boca abajo y se acerca a la orilla. Se sienta dejando que el agua helada bañe sus pies y mira la noche estrellada. La suave luz de la luna se refleja en el agua tranquila, y el haz luminoso del faro de San Sebastián barre la bahía de forma rítmica, creando un juego de color plata sobre ese rincón del Mediterráneo. Su pedazo de mar.

Se pregunta acerca del mal. De las personas que lo siembran y de la oscuridad que los habita. De las vidas atravesadas para siempre. De los agujeros que deja el dolor. Entonces mira hacia su casa y ve la luz que Estela ha dejado encendida para él. Se pone en pie, sacude la arena de sus pies y camina hacia su hogar.

9

Palafrugell, 9 de enero, 9.00

Marcos suspira y, armándose de valor, entra en el cuartel de los Mossos d'Esquadra. Un cabo está descolgando las últimas luces del abeto navideño, dando por zanjada la Navidad. El *Crónica* descansa burlón sobre el mostrador, abierto por la página del nuevo reportaje que compromete al cuerpo. Apurado, el cabo deja su tarea, lo cierra y lo deja boca abajo. Marcos lo saluda, lo recoge y sube rápido las escaleras para no arrepentirse de lo que está a punto de hacer.

Jordi Capo no está en su sitio. Pregunta y le dicen que está en los vestuarios. Baja al sótano y entra. Una nube de vapor le azota el rostro. Alguien acaba de salir de la ducha. Jordi está limpiando el espejo con el dorso de la mano, con una toalla blanca anudada alrededor de la cintura. No hay nadie más.

—Coño, Quiroga, ¿pensando en hacer un poco de ejercicio? Te convendría, la verdad.

—Subinspector Quiroga para ti, sargento.

Jordi se vuelve hacia él con los ojos y las mejillas encendidas. Con los brazos en jarras y los pectorales a la vista, parece un boxeador a punto de saltar al *ring*. Esos modos antipáticos y prepotentes lo convierten en un buen hijo de su padre.

—¿Qué quieres? —pregunta mirando el periódico que Marcos lleva en la mano—. ¿Se trata de trabajo?

—No..., o quizás sí. —Marcos busca las palabras adecuadas. Su relación es un constante tira y afloja y está seguro de que puede salir perdiendo—. ¿Has leído el reportaje del *Crónica* de hoy? Lo firma Miren Marlaska. Habla del rumano muerto y de la desaparición de Antonio Pàmies.

—¿Y? ¿Qué me dices del envío de la cabeza de Uri el Sordo a su atención? ¿También eso se lo dije yo? No me jodas.

—Te vi hablando con ella. No deberías. No es de fiar.

—¿Cómo sabes que era ella? —Al menos, no va a negarlo.

—Por la foto del periódico —miente Marcos.

—No soy estúpido.

—Nadie dice que lo seas. Pero ella tampoco. ¿Vino a verte para sonsacarte? ¿Qué te preguntó? ¿Qué le dijiste?

—Nada. —Jordi evita mirarlo mientras se viste. Pero las manos le tiemblan de rabia.

—Mejor así. No querría tener que informar al comisario —dice Marcos despacio.

—No me amenaces, Quiroga.

—No lo hago. Te estoy advirtiendo. Por el bien de todos. No quiero volver a verla por aquí ni enterarme de que la ves en cualquier otro lado, ¿está claro?

Jordi no contesta. Y Marcos no necesita que lo haga. A su pesar, se pregunta si Miren también se ha acostado con él. Gira sobre sus talones y sale del vestuario sintiéndose un capullo y un hipócrita.

* * *

—Dime, Nico.

—Voy hacia tu casa, Marcos. He quedado con Cas. Quiere enseñarme algo.

—Oh, sí. —Marcos sonríe pensando en la que ha liado su prima en una pequeña habitación de la casa. Ha comprado una pizarra, ha colgado un corcho en la pared y lo ha llenado de pósits de colores, decidida a poner luz en el siniestro caso que los lleva de cabeza.

—¿Vienes?

—Lo intento. —Cuelgan y Marcos se dirige al despacho de Héctor.

Este le indica que pase con la mano, levanta la cabeza del ordenador, se quita las gafas y se frota los ojos. Parece muy cansado. Marcos añora su aspecto fresco y vivaracho.

—El doctor Casals me ha enviado el análisis del... dedo del inspector Pàmies —carraspea el comisario—. Le están administrando naltrexona, diazepam y no sé cuántas cosas más.

Marcos se acerca a la pantalla del ordenador y lee el informe en diagonal.

—Varias son para el síndrome de abstinencia del alcohol, señor. —Ante la mirada de sorpresa de Héctor, levanta los hombros—: Es por mi padre. Por la época en que lo dejó.

—Comprendo. Así que el sujeto sabe de esas cosas.

—Tal vez solo se ha informado en Internet. Ahí encuentras incluso lo que no quieres.

Héctor se levanta y con dos zancadas se planta delante de la ventana. Al otro lado del cristal, el frío continúa y el sol brilla de un suave color blanco.

—Dentro de poco cambiará el tiempo —murmura—. Llegará el calor y disfrutaremos de unos días despejados y bonitos, con temperaturas suaves. Las menguas de enero, ¿sabe, Quiroga? Una de mis épocas favoritas del año. Cuando un breve verano se cuela sin permiso en el invierno y se apodera de todo.

—Lo encontraremos, señor. No se preocupe —responde Marcos, que sabe leer entre líneas, conoce como pocos a su comisario y sabe cuándo

sus reflexiones esconden otras emociones.

—Es que si yo no me preocupo por él, nadie más lo hará.

Marcos le pide permiso para ir a su casa a seguir con la investigación. Héctor asiente sin dejar de mirar por la ventana.

—Gracias por lo del otro día, señor —añade antes de salir—. Me refiero a Mateo. Disfrutamos mucho.

—La familia y los cariños son importantes. Al menos, la familia que merece tal título. —Héctor apunta la última frase recordando las especiales circunstancias de su pupilo. Lástima que no se pase examen para traer hijos al mundo. Se vuelve hacia él y le sonríe—. No me tenga en cuenta mi humor gris de estos días, Quiroga. Estoy preocupado por mi amigo. A algunas personas las llevamos pegadas a nosotros. Nos guste o no.

Marcos sale de allí taciturno. Le arrancaría esa angustia de cuajo si pudiera, pero sabe que cada uno acarrea con la suya. Sufrir es siempre un acto solitario.

Todavía le queda algo que hacer antes de reunirse con Nico y Cas. Tiene que hacerlo. Debe hacerlo. Al menos, eso es lo que se repite una y otra vez.

Aparca el coche oficial en el paseo marítimo de Llafranc y respira el aire marino. La playa está vacía, salvo por un pescador que, sentado en una pequeña silla de nailon, espera paciente a que algún pez despistado y hambriento muerda el cebo. Sonriente, para calmar el pulso acelerado que siente en las muñecas, imagina a Nico nadando de un lado a otro, una y otra vez. Todos conocen esa afición que practica a diario. Él no es tan buen nadador y prefiere ir al gimnasio o salir a correr. Cada uno con lo suyo. El aire helado le hace meter las manos en los bolsillos. Por suerte, el abrigo del uniforme es grueso.

Mira la puerta de cristal del hotel Llafranc mientras trata de decidir si entra. Cuando al fin da el primer paso, Miren sale enfundada en su abrigo de ciudad. Alguien debería decirle a esta chica que la elegancia que no combate el frío es una estupidez. Antes muerta que sencilla. Ella lo ve y detiene sus pasos. Está a punto de dar la vuelta y entrar en el hotel para huir del encuentro, pero mientras Marcos permanece inmóvil, Miren levanta la mandíbula y, con paso aparentemente firme, se dirige hacia él.

—Volvemos a vernos, subinspector Quiroga —saluda.

—Eso parece.

—¿Quieres algo de mí? —Trata de parecer tranquila, pero Marcos adivina cierto rubor en su mirada y vacilación en su voz.

—Depende de qué signifique eso —responde él sin moverse—. Vengo para advertirte que no vuelvas a poner un pie en el cuartel. No molestes a mis hombres. Sé que puedo parecer un tipo demasiado tranquilo, pero yo de ti no me fiaría de las apariencias. Los dos sabemos que es peligroso.

Ella abre la boca y vuelve a cerrarla. Marcos inclina la cabeza en señal de fingido respeto, con una sonrisa de medio lado.

—¿Estás celoso? —Miren recupera el habla—. ¿Temes que me acueste con un policía que no seas tú?

—Puedes acostarte con todo el cuartel, Ainhoa. Perdón, Miren. —Al fin se está divirtiendo un poco. Lo necesitaba—. Siempre y cuando no les preguntes acerca de los crímenes. —Abre la portezuela trasera del coche y lanza el abrigo al interior.

Ella trata de interceptarle el paso. Están muy cerca el uno del otro. Marcos se fija en el color rojo de sus labios.

—Que te jodan, Marcos Quiroga —suelta, llena de rabia.

—Alguien lo hará —responde muy bajito antes de entrar en el coche —, pero no serás tú.

Arranca el motor y se larga. Por el retrovisor, la ve muy quieta, inmóvil, haciéndose cada vez más pequeña en la distancia. Aprieta las manos sobre el volante y, cuando abandona el paseo, acelera, como si la velocidad pudiera llevarlo muy lejos del desasosiego que lo invade. Y de los labios de Miren.

10

Fitor, iglesia de Santa Coloma, 11 de enero, 1.10

También esta vez llega el último. Le gusta que tengan que esperarle unos minutos. Es su forma de recordarles quién manda, por si pretenden olvidarlo. No ha tenido más remedio que consentir en reunirse de nuevo, pero no piensa ponérselo fácil. Cobardes.

Oye ulular a un búho y se le eriza el vello. Maldita sea. No quiere sentir el miedo que siente. La ermita es preciosa, con sus dos naves simétricas, el majestuoso campanario y su piedra románica. La luna la ilumina en la noche limpia, y al bañarla con su suave luz, la pequeña iglesia ofrece un aspecto plácido, tranquilo. Justo lo contrario del encuentro que le espera.

—Llegas tarde —dice el cura—, siempre igual.

—Cállate. —Se acerca a él sin molestarse en saludar al tercero—. Os di unos malditos teléfonos para algo. Estos encuentros son peligrosos.

—¿Peligrosos? —habla el tercero, demasiado rápido. Está muy nervioso—. ¡Está acabando con nosotros! Uno a uno. De Tomás no se sabe nada todavía. Cualquier día aparecerá muerto. Como Uri. Como Miha, que nunca llegó a marcharse a Rumanía. Lo que escribe esa chica en su reportaje..., seguro que es su cabeza.

—Es posible —se encoge de hombros—, por eso mismo no debemos salir de noche. Durante el día estamos seguros si permanecemos rodeados de gente. —El sacerdote está santiguándose sin parar, rezando por lo bajini, en un murmullo insoportable. Harto, se acerca a él y le cruza la cara de un bofetón—. ¡Basta! —grita furioso—. Basta de estupideces. Os quedaréis en vuestras casas. Muy tranquilos y muy quietos. Y dejaréis que yo me ocupe de este asunto. Como siempre he hecho. ¿Estamos?

Lo miran sin decir palabra. El abofeteado se frota la mejilla sin dar crédito a lo que ha pasado, pero sin rebelarse.

—Si tengo noticias, os avisaré —asegura blandiendo su teléfono de prepago.

—Nunca lo has hecho. Ni siquiera querías reunirte aquí después de lo de Uri. Tuve que insistir y amenazarte —insiste el cura, con la mejilla encendida—. Tu obligación es informarnos.

—¿Para qué? Si sabéis lo mismo que yo.

—Tú deberías...

—Dejadme hacer las cosas a mi manera. Daré con el hijo de puta que

está haciendo esto. Os lo prometo.

—Pues procura hacerlo mientras sigamos vivos. —El tercer hombre parece mantener la cabeza más fría y los nervios más templados que el que viste sotana. Es parco en palabras, algo grueso y tiene la cara redonda.

—No me amenaces. Tú tampoco nos llamaste cuando mataron a Uri. Joder, no nos dijiste nada. Y ni siquiera pareces triste. Eres de hielo.

—Todos merecemos morir —balbucea el cura sin dejar de moverse.

—Habla por ti —advierte el del buen temple—. Yo me largo de aquí. Cierra con llave —le aconseja al cura antes de desaparecer.

El otro lo imita y el sacerdote se queda solo en su pequeña iglesia, andando de aquí para allá, sorteando las velas encendidas y dispuestas en el suelo, que rompen tímidamente la oscuridad. Se santigua varias veces y cae de rodillas frente al altar. Sus sollozos llenan la hermosa nave románica mientras él clama al cielo. Le pide al Creador que lo salve, que lo ayude, que perdone sus pecados. Ese pecado. El que provocó todo lo demás, incluida su anodina vida eclesiástica y su papel de hombre de Dios que nunca mereció. Pero el Creador debe de estar enfadado con él, porque no le habla. Ni lo escucha. Siente el pánico en cada célula de su cuerpo y el aire apenas entra en sus pulmones. Y ya no soporta sentir más miedo.

—Está bien. De acuerdo —susurra largo rato después, como si saliera de un trance.

Sabe lo que debe hacer. Se levanta y, muy despacio, esconde algo entre dos páginas de su biblia. Se quita el alzacuellos, saca el rosario del bolsillo de la sotana y lo deja todo sobre el mantel blanco del altar. No puede llevarlos consigo allá donde va. Ahora sus gestos son tranquilos y firmes, porque ha encontrado la paz en una decisión. Antes de cometer pecado mortal, se santigua por última vez.

* * *

El día había despertado radiante. Casi cálido. Nico había nadado largo rato al amanecer y después flotado sin prisa, dejando que el sol naciente bañara su rostro. Empezaban las famosas menguas de enero, tan bonitas como breves, cuando el nivel del mar bajaba y el agua se comportaba como un lago en calma y apenas se movía. Llafranc despertaba despacio. La luz del faro se había despedido hasta la noche y también las farolas del paseo marítimo. De regreso a la orilla, se había despojado a medias del traje de neopreno dejándolo colgar de su cintura. Mientras se secaba el pelo con una toalla, la llamada de Marcos había interrumpido esa sensación que para él era única.

—Un cadáver en la ermita de Fitor. ¿Nos vemos allí?

—Voy.

Hacía mucho tiempo que no iba a Fitor. Antes le encantaba ese lugar

plácido, perdido entre Les Gavarres, un pequeño macizo montañoso de la cordillera litoral del Empordà, a no demasiados aunque pedregosos kilómetros de Llafranc. Nunca había vuelto a pensar en él, quizás para no agitar los recuerdos y los fantasmas del pasado que dormitan en algún rincón de su memoria, a veces no tan profundo como desearía.

Aparca junto a los vehículos oficiales y, después de dudarlo un segundo, decide no ponerse el abrigo. Será mejor aprovechar el paréntesis que el clima les ha regalado hoy. El invierno volverá en algún momento. Siempre lo hace. Respira hondo, como suele hacer cuando está cerca del mar o en el monte, y se dirige hacia la ermita. El inevitable grupo de personas enfundadas en monos blancos le hacen una señal de alto, pero Marcos aparece justo a tiempo:

—He oído tu coche. Ven. Por aquí.

—Gracias. ¿Se trata de otra muerte sádica? Todavía es Capricornio.

—Suicidio. El párroco. El padre Molina.

—¿Y qué hago yo aquí? —Nico lo mira con curiosidad. Sabe que todos los suicidios son investigados por los cuerpos policiales, y la autopsia es obligatoria. Por si acaso. Pero ¿por qué lo han avisado a él?

—Ahora lo verás.

Marcos le advierte de la dureza de la imagen que espera en las dos pequeñas naves del interior, aunque a Nico se le antoja más bien triste. La luz que se filtra a través de las tracerías ilumina la escena sin compasión: un hombre delgado, con barba gris y calvo, cuelga de una gruesa cuerda que, a su vez, pende de una viga robusta. Hay una escalera de madera abandonada en el suelo y, junto a ella, un alzacuellos solitario. El muerto viste una sotana negra que se balancea levemente con un ritmo pendular, mientras los pies parecen desear alcanzar el suelo, sin éxito. La cuerda cruje en la viga. Una y otra vez. Los ojos están inyectados en sangre. El rostro hinchado. La boca abierta y la lengua y los labios morados. La cabeza inclinada a un lado y el cuello roto. En el suelo también hay un par de bolsas con el logotipo de un supermercado de la zona y algunos artículos de limpieza desparramados que han llegado a los pies del difunto. Algo tan banal como la compra junto a algo tan definitivo como la muerte. Nico lo observa todo con una desazón que lleva días creciendo en su interior. Qué extraño y violento invierno. Cuánta muerte oscura y solitaria. Aparta la vista del hombre con sotana y la posa unos segundos sobre la cruz de madera que hay detrás del altar y en el Cristo sin vida clavado en ella. El estilo románico con toques lombardos convierte la nave en una joya de la arquitectura y piensa que este es un sitio demasiado hermoso para morir. O tal vez no. Tal vez al cura le reconfortase hacerlo entre tanta belleza. Suspira y sus ojos se cruzan con las gafas del doctor Casals, que despliega sus labios en una triste sonrisa.

—Buenos días, señor Ros. Buenos días.

—No para él. —Nico señala al cura muerto y, arrepintiéndose casi de

inmediato, le devuelve el amable saludo—: Buenos días para usted, doctor. ¿Esto es lo que parece? —Si es así, sigue sin entender por qué le han mandado llamar.

Casals inclina la cabeza sobre su finísimo cuello y Nico entiende lo que quiere decirle. Necesita algo más de tiempo para conocer la causa de la muerte. Todo apunta a un suicidio, por supuesto, pero el forense jamás deja que lo aparente le distraiga de un trabajo bien hecho.

—¿Lo conocía usted?

—Así es. Suelo ir a misa a Sant Martí, en Palafrugell, y era habitual ver al padre Molina ayudando al párroco. Esta ermita... está poco solicitada. Supongo que tenía tiempo libre.

—Comprendo. Y lo lamento mucho, doctor. Parece usted afectado.

—Es que... —Casals medita mucho sus palabras—, bajo el prisma católico, la vida es sagrada en cualquiera de sus formas. Y un suicidio es un pecado muy grave. El padre Molina era un hombre de Iglesia. Sabía las consecuencias que semejante acto tendría para su alma. Las sabía.

—¿Usted cree que ha ido derechito al infierno? —Nico no está bromeando. Quiere saber la opinión de este hombre concienzudo y sabio que tanto respeto le merece.

—No es eso, joven amigo. Mi concepto de Dios es mucho más amplio que cualquier norma humana, de otro modo no podría dedicarme a mi profesión. En misa encuentro un ritual que me reconforta pero, en mi opinión, Dios está en todas partes y con todos. Y no juzga.

—¿Entonces? —Nico siente crecer en su interior su aprecio por el pequeño forense.

—Se trata de lo que él creía. Era un sacerdote. Debía de pensar que, después de su acto final, le esperaban las tinieblas eternas. Y por lo tanto, debía de tener un buen motivo para elegirlas, ¿no le parece?

—Tal vez por eso se quitó el alzacuellos antes de colgarse —susurra Nico—. ¿Qué edad le calcula?

—Por desgracia, alrededor de la que usted está sospechando. Por eso le he pedido al subinspector Quiroga que lo llamara. Tengo un...pálpito. Y no suelo.

—Ven, Nico. —Marcos interrumpe la conversación—. Aquí tienen que marcar el perímetro y el comisario está interrogando al ama de llaves en la vicaría. —Señala a una pareja de la Científica dispuesta a desplegar la cinta amarilla alrededor del escenario y lo arrastra hasta una habitación anexa a la diminuta nave.

—*No ho puc entendre, no puc.*[1] —Una mujer mayor, con el pelo blanco recogido en un moño tan pulido como ella y vestida con una bata azul marino con flores blancas, retuerce un pañuelo entre las manos. Su expresión descompuesta, sus ojos llorosos y la voz balbuceante lo dicen todo—. *Déu meu. Pobre pare Molina.*[2] —Los sollozos impiden que se entienda el resto.

—Está en *shock* —susurra Marcos para no interrumpir las preguntas

de Héctor a la mujer—. Lo ha encontrado ella. Se le cayeron las bolsas de la compra del susto. Viene cada día a prepararle el desayuno al padre y a limpiar la ermita y la vicaría.

—Entonces, Paquita, ¿usted no cree que el padre tuviera motivos para... quitarse la vida?

—Es..., era —corrige hipando— un hombre solitario. Buena persona, muy tranquilo y servicial. Pero no se prodigaba mucho que digamos. Le gustaba cuidar del huerto que hay en el jardín posterior. Él mismo cultivaba su fruta y verdura y leía mucho. Esta parroquia es pequeña, comisario. Viene poca gente. Quizás... se sintió demasiado solo y yo no supe verlo.

—Usted no tiene ninguna culpa, Paquita. Las personas podemos esconder muy bien nuestras intenciones. ¿Notó algo raro estos últimos días? —Héctor pregunta rápido, antes de que la mujer sucumba otra vez al llanto—. ¿Algo fuera de lo normal? El más mínimo detalle...

Paquita sigue retorciendo el pañuelo y llevándoselo a los ojos de tanto en cuanto. Héctor le ofrece uno suyo, con sus iniciales bordadas, porque el otro está empapado. Paquita lo acepta y descarga su pena en él. Después frunce el ceño y se concentra. Abre la boca para decir algo pero la vuelve a cerrar de inmediato. Marcos sirve agua en un vaso que hay sobre un aparador y se lo ofrece. Paquita bebe y suspira.

—No debe usted temer traicionarle. Para nosotros es importante comprender si le ocurría algo. Toda ayuda es poca. —La voz y maneras de Héctor son tiernas. Ella se relaja.

—Estos últimos meses estaba preocupado. En una ocasión, sin querer ser indiscreta, le oí discutir con alguien por teléfono. Andaba por el huerto, nervioso, gritando. Al verme, me hizo gestos para que me fuera.

—¿Sabe dónde está su móvil? Por el momento no lo hemos encontrado. La gente suele llevarlo encima o dejarlo a la vista.

—Era uno de esos antiguos, ya nadie los usa. Lo sé porque más tarde lo vi sobre su escritorio. Fue algo muy raro en él, no solo porque era pacífico y no le gustaban los gritos, sino porque hasta entonces no tenía móvil. Decía que si alguien quería encontrarlo, no tenía más que llamar al teléfono de la parroquia. Creí que se había modernizado un poco y no pensé más en ello y, aunque soy yo quien limpia, no volví a verlo.

Héctor mira a Marcos y a Nico y continúa preguntando a Paquita acerca de los últimos días del cura en la tierra.

—Estos últimos tiempos elegía para la misa lecturas del Antiguo Testamento y sus homilías hablaban del pecado y la culpa. Algún feligrés se quejó por eso, y no es que fuera sobrado de asistentes. Este lugar está dejado de la mano de Dios. El padre rezaba a todas horas, andaba con el rosario de aquí para allá. A veces ni siquiera me oía al despedirme. Pero jamás pensé que...

—¿A qué se refiere cuando dice *últimos tiempos*?

—Tal vez un par de meses, comisario.

—Pero si era un hombre de fe —indaga Héctor—, debía rezar a menudo. ¿Qué había de extraño en ello?

—Creo —Paquita acerca su cabeza a la de Héctor y añade con voz apenas perceptible—, que ahora rezaba con miedo.

La palabra retumba en la cabeza de Nico. Miedo. Miedo. Miedo.

Despiden al ama de llaves, la dejan acompañada de una agente que la llevará a casa y regresan a la nave principal. Marcos se acerca al altar, donde un par de hombres se mueven sigilosos, como si estuvieran cometiendo sacrilegio al curiosear en un lugar sagrado. Cas está apoyada en una columna. Su melena casi pelirroja brilla bajo la luz natural que se cuela del techo y, por su aspecto, pudiera parecer una aparición milagrosa. Nico sonríe ante esa idea, pensando en el carácter de pequeño diablillo de Cas.

—Acabo de llegar, pero el doctor me ha puesto al día. Pobre hombre. —Cas se santigua bajando la cabeza en señal de respeto—. Debía de estar muy triste.

—O muy asustado —contesta Nico.

—¿Qué quieres decir? —Héctor levanta las cejas con interés.

—Según Casals, y Paquita o cualquier documento podrán confirmarlo, el padre Molina tenía sesenta años o por ahí —aclara Nico—. Es posible que tuviera relación con las otras víctimas y supiera lo que le esperaba. Si tenía terror a que le pasase lo mismo... podría haber elegido el suicidio. Paquita ha dicho lo mucho que había cambiado.

—¿Un cura metido en este lío? No te aceleres y no supongas tanto...

—Tú mismo. Pero así funciono yo, comparo hechos, y me cuesta creer que en tan poco tiempo mueran tres vecinos del pueblo en circunstancias horribles, del mismo sexo y edad. Y sí, sé que esto es diferente, pero solo en la forma.

—No sé... —Héctor resopla—. ¿Y si estaba enfermo, o deprimido?

—Pero ella ha dicho que rezaba con miedo. —Nico no entiende su reticencia a aceptar lo que para él empieza a ser una verdad absoluta—. Y tú siempre dices que no hay casualidades. Creo que el padre Molina ha escapado así de su asesino, por la vía rápida. Si sabes que van a matarte sin remedio, no me parece descabellado hacerlo a tu manera.

Héctor se pasa la mano por el pelo y lo deja alborotado. Sus ojos azules barren la escena en busca de algo que los acerque a la verdad. O que indique que Nico está equivocado y que esta muerte es justo lo que parece.

—Supongamos que estás en lo cierto y que el hombre estuviera aterrorizado. Antes de semejante decisión, podría haber pedido ayuda. Para eso estamos nosotros. Para proteger a las personas.

—Depende de lo que hubiera hecho. No todo el mundo quiere a la Policía, o yo no tendría trabajo.

—Señores... y señorita, vengan, por favor. Por favor. —La voz del doctor los interrumpe y se dirigen hacia él en manada, ávidos de alguna

conclusión—. Miren esto.

El cadáver reposa ahora en el suelo, sobre una sábana. Su ayudante sujeta la sotana con delicadeza, manteniéndola algo alzada mientras Casals señala el muslo del fallecido, que ha quedado al descubierto. Un cilicio apretado al máximo muerde la piel y la carne del que en vida fuera cura. La herida es profunda y hay restos de sangre seca. Acerca sus gafas a la fea lesión y después se retira suspirando:

—El dolor debía ser insoportable.

—Dios mío. —Cas se estremece—. ¿Por qué haría algo así?

—Porque era un pecador —Nico los mira con sus ojos grises entrecerrados— y porque, en su opinión, merecía ser castigado. Temo que el cura cometió, en algún momento, un mal irreparable. Por eso no pidió ayuda. Y por lo mismo ha elegido este camino sin retorno.

Marcos regresa al grupo. Sus manos enguantadas sostienen una biblia.

—Estaba sobre el altar.

—Menudo hallazgo, todos los curas tienen una.

—No seas tonta, Cas. —Marcos señala algo que sobresale entre sus páginas. Parece un punto de lectura. La abre con cuidado por ahí y todos contienen el aliento ante la inesperada visión de un extraño naipe. Él los mira entre sorprendido e incrédulo—. ¿Alguien sabe qué tipo de carta es esta? No entiendo de estas cosas.

Inclinan las cabezas sobre el hallazgo hasta casi parecer una sola. Nico enciende la linterna del móvil.

—¡Es preciosa! —Cas no disimula su admiración.

—Y muy rara. —Nico tiene el presentimiento de que ese hallazgo va a complicarlo todo.

La carta está quemada por las puntas y tiene los bordes manchados del tono marrón que el fuego deja como rastro, pero el dibujo central se mantiene intacto: un toro de aspecto enfurecido, enormes cuernos y ojos oscuros los mira de frente, desafiante. Tras él, el manto del cielo nocturno, de un profundo azul marino salpicado de estrellas doradas y otros astros. En una esquina, un hombre vestido de sacerdote tiene la mano levantada. Bajo la figura del animal, unas letras sofisticadas anuncian un nombre: «Tauro».

—¿Qué demonios significa esto? ¿Es una broma? ¡Mierd...! —exclama Héctor.

—¡Comisario, por favor! —lo reprende Casals—. Mantengamos el decoro. Estamos en un lugar sagrado.

—No era el siguiente, pero le faltaba poco —susurra Cas, tan bajito que, de no estar pegados los unos a los otros, no habrían podido oírla.

—El padre Molina solo se ha adelantado. —Nico golpea por instinto el suelo con la punta de su zapato. El ruido retumba en la nave—. Le esperaba una muerte espantosa. Y lo sabía. Claro que lo sabía. Y las otras víctimas, también. —Antes de apagar la linterna, hace una foto y el *flash* les asusta—. Me pregunto cuántos recibieron una carta como

esta.

El doctor la coge con sumo cuidado y se la entrega a su ayudante para que la guarde. Está a punto de hacer lo mismo con la biblia, pero Héctor lo detiene:

—Un segundo, doctor. La carta estaba marcando esta página por algo. Mirad, hay un versículo subrayado. Que lo lea cualquiera que conserve buena visión, que no es mi caso.

Marcos inclina la cabeza sobre la biblia y declama despacio el breve párrafo:

> Si alguno peca y hace cualquiera de las cosas que el Señor ha mandado que no se hagan, aunque no se dé cuenta, será culpable y llevará su castigo.

—Dios bendito, pero ¿qué hicieron estos hombres? —Héctor los mira como si ellos pudieran darle la respuesta.

Cas se santigua de nuevo. Un pájaro desorientado golpea el cristal de un ventanuco sobresaltándolos a todos. Las zarpas invisibles del mal parecen cernirse sobre ellos, tratando de arrastrarlos al abismo de las tinieblas. Igual que al alma del padre Molina.

* * *

Los coches levantan polvo tras su marcha y Nico se queda solo. Quiere tomarse unos minutos antes de regresar para echar un vistazo por los alrededores. El equipo de la Científica ya lo ha hecho y son eficaces, lo sabe bien pero él es de los que prefiere ver las cosas con sus propios ojos. Imaginar al padre Molina. Hacerse una idea de su vida en la pequeña y solitaria iglesia. Ponerse en su piel. Intentar adivinar sus secretos porque por supuesto que los tenía. ¿Quién no? Nadie se salva de tener algo que callar.

Camina despacio rodeando las naves, pisando la hierba fresca del exterior, levantando de tanto en cuanto el rostro hacia el sol invernal.

Se ha puesto nostálgico. Él y sus amigos solían hacer excursiones en moto hasta la ermita de Fitor. Daban gas a fondo en los caminos de tierra que llevaban hasta ella, y de vez en cuando algún vecino que paseaba tranquilo les gritaba que dejaran de hacer el burro. Pero eran unos críos. Durante las vacaciones de verano se comían la vida. Velocidad. Era su lema. No parar nunca. No dejar de hacer cosas. De ir a sitios. De ligar, de beber cervezas y refrescos de cola, de tirarse al mar y bañarse hasta el anochecer y de correr sobre dos ruedas hasta llegar a la pequeña iglesia y merendar entre risas. De ser felices. Marina mentía a sus padres y se montaba de paquete con él, a escondidas. Nico solía esperarla con un casco para ella en la esquina de una callejuela de Llafranc, desde donde el matrimonio Orozco no podía verlos. Ella le sonreía al verlo. Él también. Se montaba en la moto y se apretaba contra

su espalda.

—No corras, Nico —susurraba.

Pero él sabía que, en realidad, quería decirle: «¡Vuela, Nico, vuela!».

Antes de eso, cuando su único vehículo posible eran las bicicletas, se escapaban de la mirada del resto de la pandilla y pedaleaban como si les fuera la vida en ello. Llegaban a la ermita sudorosos y sonrientes y se tumbaban a la sombra de los árboles. A ella le brillaba el pelo. Se besaban como se besa uno a los trece o catorce años. Después se quedaban allí estirados, muy quietos y en silencio, cogidos de la mano. Marina le decía que la gente aseguraba que Fitor estaba habitado por fantasmas. Por espíritus. En un siglo ya lejano, unos bandoleros habían quemado al rector porque no tenía dinero que darles. El hombre había muerto defendiendo su iglesia, y su cuerpo reposaba bajo la losa del zaguán de la ermita. Muchos aseguraban que su voz escapaba de la tumba clamando justicia, y ellos trataban de oír sus lamentos. Nico no creía en esas cosas, pero le hacía caso y hacía ver que escuchaba, para que estuviera contenta. Fueron tiempos felices. Absoluta y totalmente felices. Aunque ellos no se daban cuenta. Esas cosas no se piensan a según qué edad. Como no podían pensar tampoco que alguien odiaría a aquella chica vital y alegre de tal manera que desearía apagar su sonrisa para siempre.

Llega de nuevo a la entrada de la ermita y observa la cinta amarilla que cruza la puerta como un aspa. Qué pena. Otro lugar manchado por el odio. Por el dolor. Se pregunta si esta imagen y la del padre Molina colgando con el semblante poseído por el rictus de la muerte se harán hueco en su memoria y enturbiarán sus recuerdos adolescentes. Y entonces piensa en lo que le diría Estela: que uno elige qué hacer con los recuerdos. Porque son nuestros. Somos sus dueños.

Una brisa suave se acerca despacio, le envuelve y pronuncia su nombre en un susurro: «Nico, Nicoooooo...».

Mira a su alrededor. No hay nadie. Está absolutamente solo frente a la ermita perdida en la nada. Contempla la torre de dos pisos y el campanario y siente el azote del tiempo. Incluso los templarios vivieron entre sus paredes. Hace siglos que no queda uno solo de ellos y algún día todos ellos también habrán desaparecido, como el cura. Pero la pequeña y orgullosa iglesia continuará aquí, alzándose en medio del prado, protegida por el macizo montañoso y el difícil acceso hasta ella. Lo sacude un escalofrío al oír de nuevo ese susurro que parece una voz: «Nicooo...».

Se vuelve hacia la iglesia y de reojo intuye una sombra que se mueve veloz, de un lado a otro. De arriba abajo. Una luminaria en movimiento que se escapa. Oye una risa alegre.

—¿Marina?

Con el corazón latiendo desbocado, corre en pos de la luz hasta la parte trasera, donde esta se mezcla con las hojas revoltosas del sauce

llorón bajo el que se tendían, y desaparece de su vista. No hay nadie.

—¡Joder! —Nico alza los brazos al cielo con las palmas extendidas y grita con todas sus fuerzas—. ¡Joderrrrrr! —Lo hace tan fuerte y tan alto que unos pájaros emprenden el vuelo huyendo de él. Después cierra los puños con fuerza y mueve la cabeza intentando negar unas lágrimas de impotencia que han escapado mejillas abajo—. ¿Qué te pasa, tío? —se riñe—. ¿Qué tonterías son estas?

«Tal vez sea por este caso», piensa. Por estas muertes. Tan macabras. Tan feas. Y por el terror que debieron de sentir las víctimas. Su soledad. Los gritos de auxilio que nadie oyó, salvo la nada. La ayuda que nunca llegaría. Y la certeza de que iban a morir solos, a manos de un sádico que no conoce la piedad. Ni la compasión. Como le ocurrió a Marina. Y piensa también en el cura, tan desesperado que había preferido el infierno a la vida. Y en la carta quemada por los bordes y en ese versículo del Levítico, tan corto y tan definitivo:

> Si alguno peca y hace cualquiera de las cosas que el Señor ha mandado que no se hagan, aunque no se dé cuenta, será culpable y llevará su castigo.

Su castigo. Porque de eso se trata. De un castigo. Y el padre Molina quería que lo supieran. Saca el móvil del bolsillo de su pantalón y busca su última llamada.

—¡Nico! Qué alegría. ¿Todo bien? Te has ido tan rápido... —Estela contesta enseguida.

—Tenía ganas de oírte. ¿Qué hacéis? Voy para casa.

—Voy a dejar a Simón con mi padre un rato. Mi madre y yo vamos a ver a la tía Sol. Siempre nos dice que está bien sola, pero nuestra visita le alegrará.

—¿A la Gola? —Volver allí, tan pronto—. Te acompaño.

—¿En serio?

—Claro. Yo también tengo ganas de verla. Todavía no le he agradecido su ayuda —dice recordando a la vieja gitana que no perdió su rastro y que con ayuda de Cas le salvó la vida.

—Pensaba que te daba miedo —Estela se ríe al otro lado de la línea—, ya sabes, la Bruja de las Marismas.

—Y me da, me da —confiesa Nico mientras se le escapa una sonrisa —, pero voy contigo.

La Gola del Ter, 12.50

En la emisora de radio suena *Space Oddity* de Bowie mientras Nico conduce. Es su músico favorito. Tamborilea en el volante con un ánimo muy distinto al que lo invadía hace un rato en Fitor. Estela ha bajado la ventanilla y la brisa y el sol bañan su rostro.

—¡Qué maravilla de día, Nico! Qué ganas tenía de un poco de calor.

El coche se desvía a la izquierda y avanza por la pista de tierra bordeada por los campos de arroz. Una familia de cigüeñas come distraída sumergiendo sus picos en la tierra. Jamás se hubieran visto en esta época años atrás, pero los inviernos cada vez más suaves y su adaptación al medio provocan esta curiosidad. Más adelante la arboleda centenaria, digna de admirar, flanquea el último tramo del camino.

—¿Aparcarás en el hostal?

—Ni hablar. ¡Qué yuyu! Buscaremos otro sitio. ¿Dónde tiene tu tía la caravana?

Estela le da un par de indicaciones y poco después llegan muy cerca de su destino.

—Deja el coche aquí. Iremos a pie.

Caminan unos metros entre árboles y matorrales. Los pájaros cantan celebrando el paréntesis estival. A su izquierda queda el río, que hoy baja tranquilo hasta el Mediterráneo, y Nico oye su alegre murmullo sin poder evitar recordar a las dos personas que vieron allí la luz por última vez.

—Hiciste lo que pudiste, Nico —le recuerda Estela, que tiene el poder de entrar en su mente con una facilidad pasmosa y también la habilidad de no insistir. Le coge de la mano con suavidad y tira de él—. Ven. Es por aquí.

Toman un camino tan angosto que los obliga a ir uno detrás del otro. Ella encabeza el diminuto pelotón. De no ser por sus propios pasos, la calma sería absoluta.

—Hoy en Fitor me ha parecido oír a Marina. Ha sido raro. Me llamaba. Y se reía. O tal vez yo estaba alterado, no sé.

—¿Por qué raro, Nico? Ella siempre está. Nos quiere. —Estela no se detiene y su voz suena tan alegre y natural que, si en él quedaba algún residuo de tristeza, se evapora de golpe—. ¡Mira! El carromato.

Y ahí está. Rebosante de alegres colores, un poco destartalado, como su dueña, pero con el mismo estrafalario encanto. Se detiene para admirarlo, observa el humo blanco y aromático que escapa de la chimenea, las escalerillas pintadas de un alegre turquesa y las cortinas de un blanco impecable. A un lado, anclado en el césped, hay un tendedero con la colada secándose al sol.

—¡Me gusta! Pero me admira que alguien pueda vivir así —reconoce.

—Pero si tú eres un solitario.

—Ya no. —Nico la atrae hacia él y la besa. Estela deja que su cabeza descanse sobre el pecho de su marido y lo rodea con sus brazos por la cintura—. Podría quedarme siglos así —le susurra Nico al oído.

Ella no responde, pero aprieta más su cuerpo contra el de él.

—Vamos —dice poco después—, si a Simón le da un ataque de hambre, mis padres no sabrán qué hacer.

La puerta del carromato se abre por sorpresa y la alegre voz de la

Bruja de las Marismas se apodera del paisaje:

—Pero ¿pensáis entrar de una vez? —Abraza a su sobrina nieta y después mira a Nico con profunda atención.

Él es demasiado alto para el carromato y se ve obligado a mantener el cuello y la cabeza gachas. Le dan reparo esos ojos tan profundos como la noche indagando en su ser. Porque es lo que la gitana está haciendo exactamente.

—No me tengas miedo, chico. ¿Qué os pasa a algunos hombres? Tan valientes para algunas cosas y tan apocados para otras.

Nico se sonroja. Así es exactamente como se siente. Pero le gusta el interior de la caravana y, mal que le pese, también le gusta la bruja. Le hace sentir como un crío, pero a salvo.

—Me alegro de verla, doña Sol. —Le devuelve la sonrisa—. Debería haber venido antes, para agradecerle lo que hizo por mí.

—Y a mí me alegra que sigas vivo, muchacho. —Señala con el índice encima de su cabeza, probablemente más allá del techo de la caravana y de los ramilletes de hierbas silvestres que cuelgan de él—. Dale las gracias a quien vela por ti.

—Nico cree haber oído a Marina hoy, tía.

—¿Cree? ¿Solo lo cree? —La anciana ríe ahora a mandíbula batiente—. Esas cosas se sienten. Ella cuida de vosotros. De todos nosotros. Y en ocasiones, se hace oír.

—Alguien me llamaba —reconoce, escéptico y agobiado por el rumbo que está tomando la conversación—. Luego me ha parecido ver una luz.

—Debía de ser una luz preciosa. —Doña Sol sonríe—. Marina es luminosa. Y está en paz.

Nico siente su corazón encogerse en un puño. Ella está en paz, se repite, en paz. Y su mente vuela dos años atrás, a aquellos días. A un disparo. A Jamal. Y a un demonio que no lo parecía. De algún modo, logra que su atención regrese al carromato. Estela le da a su tía los paquetes con comida que lleva en una cesta y una bolsa con algunas medicinas de primeros auxilios.

—Dice mamá que por si acaso. Que no las tires. Que te conoce. —Le guiña un ojo—. Pensaba acompañarme, pero cuando Nico se ha ofrecido, creo que ha aprovechado para disfrutar de Simón.

—Como debe ser. —La falda larga de color rojo que viste la gitana cruje y los collares y pulseras que la adornan tintinean. Todo en ella es alegre. Incluso su vejez.

Charlan un rato. Sol les cuenta cosas de la naturaleza, de sus días y noches en las marismas, y Nico reconoce en ella a una mujer tierna, fuerte y en armonía con la vida. Alejada de la mayoría de las personas por voluntad propia, feliz por estar cerca de las aves, del mar, del río, de los árboles y de sus plantas milagrosas. Y una parte del bienestar que emana la vieja Sol se le pega y se relaja del todo. Ella busca algo en su diminuta cocina y después se lo entrega envuelto en un trapo blanco.

—Aplícate esto en la herida cada noche, hasta que lo acabes. Te escuece todavía, ¿verdad? Así mejorarás más rápido. Pero estás bien. —Después les explica que dentro de poco se trasladará, como cada año, a un recinto a las afueras de Palafrugell para pasar una temporada con la compañía Vargas—. Los del circo, ya sabéis. Suelen llegar en primavera, pero les han anulado varias funciones y se instalarán en febrero.

—¿Harán funciones tan pronto? —Estela está encantada—. Me gusta esa gente, con sus disfraces de colores, sus casetas y la carpa roja y blanca. Estoy deseando ir.

—No verás nada de eso hasta que lleguen las fiestas de primavera y con ellas, los de fuera —dice refiriéndose a turistas y veraneantes—. Pero si se lo pido, quizás te dejen ir a algún ensayo.

—Pensaba que la gente no era lo suyo, doña Sol, que prefería estar sola. —Nico siente curiosidad.

—Y así es, pero ellos son como yo y a veces una tiene que obligarse a la compañía. —La gitana levanta los hombros y él entiende lo que quiere decir.

—¿Necesitarás ayuda, tía? Para trasladar el carromato.

—Los muchachos de Tshilana se ocuparán de eso, cariño.

—¿Tshilana? —Nico no sabe cómo pronunciarlo—. ¡Qué nombre más raro!

—Tshilana Vargas, la matriarca, mi amiga y casi tan vieja como yo. —Doña Sol vuelve a reír y él ve que todavía le falta el primer molar. Y que le importa muy poco.

Y de nuevo, admira esa forma de vivir. Con tan poco. Con todo, en realidad.

* * *

—¡Mierda!, creo que se me ha caído el móvil del bolsillo, Estela —dice Nico cuando casi están llegando al coche.

—Te acompaño.

—No. —Le tiende las llaves—. Espérame dentro. Vuelvo enseguida.

En pocas zancadas llega de nuevo al carromato. Doña Sol abre la puerta y le muestra su teléfono móvil.

—Gracias. Se me debe de haber...

—No me mientas, chico. Te he visto dejarlo. ¿Qué quieres contarme que mi sobrina no debe oír? No debes subestimarla.

—Nunca lo hago —asegura con firmeza—. Es solo que... algunas cosas están mejor fuera de casa.

De forma atropellada, Nico le explica los asesinatos. Los rituales, el suicidio del cura, el versículo y la carta quemada. Todo. Toquetea el móvil y le muestra la imagen del toro. Doña Sol no puede disimular una expresión de espanto. Se tapa la boca con la mano para evitar decir las palabras que han llegado a su lengua en tropel, y después la extiende

boca abajo sobre la foto, sin rozar el móvil. Se pone de lado y cierra los ojos, de modo que Nico puede ver su perfil de largas pestañas, la nariz y mandíbula todavía firmes y los surcos naturales causados por el tiempo. Años de sabiduría ancestral. Sol mueve los labios a toda prisa, la brisa mece su larga cabellera blanca y le habla con una voz grave, gutural, muy distinta a la suya:

—No me gusta esta carta. No es buena. El toro está furioso, en posición de ataque. —Baja la palma hasta posarla en la pantalla—. El Hierofante habla de traiciones probadas.

—¿Hierofante?

—Es el Sumo Sacerdote. Un símbolo.

—¿Qué debo buscar?

—Fuego. La carta habla de fuego. ¿Es que no lo ves, chico? —Recorre, deslizando la uña en la pantalla del teléfono, los bordes quemados de la carta—. No dejes que lo sutil te impida ver lo obvio. —Le sonríe afable. Su voz vuelve a ser la de siempre—: Temo que no es lo que querías oír.

—Tampoco es que esperase grandes noticias. —Nico no puede disimular su decepción.

—No logro ver nada más. Y estas cosas no deben forzarse. Si pudiera tocar la carta original...

—Podemos intentarlo. —Nico imagina al bueno del doctor Casals frente a la imponente gitana y sonríe sin querer.

—Ahora regresa con tu mujer.

—Gracias, Sol.

—Al fin me tuteas. ¿Eso quiere decir que te doy menos miedo? —Le sonríe y, sin esperar respuesta, mueve las manos invitándolo a marcharse.

Nico recorre unos metros pero, por puro instinto, se detiene y se vuelve para mirarla. Tiene la desagradable sensación de que la gitana se calla algo. Ella está plantada con los brazos en jarras y pregunta:

—Tú no vas de uniforme, ¿verdad, chico?

—No. Soy detective privado. Y desobediente por naturaleza. No encajaría en el cuerpo.

—Me alegra oírlo. Eso es bueno. —La gitana no dice nada más. La puerta del carromato se cierra tras ella.

Nico se queda inmóvil. Sus últimas palabras le provocan un incómodo estado de alerta. Porque doña Sol jamás habla en vano. Ni siquiera cuando parece que divaga. Precisamente es entonces cuando sus palabras cobran una importancia extrema, por más incomprensibles que suenen a oídos de quienes no ven lo que ella ve. Ni saben lo que ella sabe.

Palafrugell, 21.00

El reino del doctor Casals está desierto. Salvo por él y por los muertos

que le hacen compañía.

—Gracias por esperarnos, doctor. Y por no hacer preguntas.

—Adelante. Adelante.

—¿Estamos solos, como le he pedido? —susurra Nico.

—A estas horas...

Doña Sol entra en el Anatómico, lo interrumpe y responde por él:

—Nosotros y algunas decenas de almas, chico. —Sonríe a Casals, que abre mucho los ojos detrás de los gruesos cristales de sus gafas—. No se asuste, doctor. Soy buena gente.

—No lo dudo, señora Heredia. Y créame si le digo que, pese a mi apariencia, no me asusto fácilmente.

Nico se da cuenta de que acaba de establecerse un vínculo entre los dos desconocidos, que se observan primero y después se sonríen con simpatía. Y él que pensaba que el forense poco menos iba a desmayarse al ver a la bruja. Estela le diría ahora que la perspicacia que le sobra en las investigaciones le falta en las relaciones humanas. Y es que siempre le han parecido las más complicadas.

—Por aquí, por favor.

La bata del forense y las estrafalarias ropas de doña Sol vuelan bajo las tenues luces de emergencia. Por lo demás, el Anatómico está a oscuras. Recorren un largo pasillo y llegan al despacho.

—¿Tiene la carta? —Nico está impaciente.

—Por supuesto. —Casals enciende una lamparilla, la saca con cuidado de una bolsa de plástico para pruebas y se la ofrece a doña Sol—. Puede tocarla. Ya está procesada, aunque con poco éxito, porque solo hemos encontrado las huellas del padre Molina. Deberíamos averiguar a qué baraja pertenece. Lamento decir que es... preciosa.

—No se lamente, doctor. —Ella la sujeta y estudia con la misma admiración—. Siempre es bueno reconocer la belleza. Los objetos no son malos en sí mismos, todo depende del uso que hagamos de ellos. —Entrecierra los ojos de ese modo que a Nico ya le resulta tan familiar y desliza los dedos acariciando la carta con delicadeza—. Es muy antigua. Una Smith-Waite auténtica, nada de esas baratijas que se venden por ahí. —Viendo sus caras de desconcierto, les resume las diferentes cartas del tarot y su origen—. Este naipe es británico, como indica su nombre.

Sin previo aviso, sus labios empiezan a canturrear algo inteligible, y mientras Nico permanece tranquilo y a la espera, el doctor abre mucho los ojos y la observa sorprendido. Nico le hace un gesto para que se relaje y él se disculpa con otro y trata de observar con la normalidad del que está de vuelta de todo. La Bruja de las Marismas susurra su cántico y dice algo que al fin pueden entender:

—El fuego destruye cuanto encuentra a su paso. —Se mueve de un lado a otro en un tranquilo balanceo—. Es el gran destructor. El que no deja rastro. El que cubre la verdad con su manto... Bien —dice por fin doña Sol, sorprendiéndoles al abandonar su trance—. El Sumo Sacerdote

está disgustado porque alguien rompió los códigos éticos, las normas que deben ser respetadas y el orden debido. Y trató de ocultarlo.

—¿Puedes concretar? —A Nico estas palabras ambiguas no le sirven de nada.

—¿Todavía no lo entiendes, chico? —Lo mira pero no lo ve—. El acto oculto merece un castigo. Alguien quiere sacarlo a la luz para que se conozca, devolver el orden, aunque sea sembrando violencia y caos. Se trata de justicia.

—¿Justicia?

—Cada uno la entiende a su manera.

—¿Y el horóscopo? ¿Y el tarot?

—Une las piezas, chico. —Doña Sol chasquea la lengua, impaciente—. Busca el vínculo y encontrarás a los pecadores —dice sufriendo un pequeño vahído que la obliga a agarrarse al borde de la mesa.

—Señora Heredia, ¿se encuentra bien? —El doctor, preocupado por su palidez extrema, acerca solícito una silla.

La gitana se sienta en ella, agotada. Tiembla y su mirada vuelve a perderse. La carta cae de sus manos.

—Agua, por favor.

Nico le sirve un vaso mientras Casals se apresura a tomarle el pulso. Doña Sol tarda unos segundos en recuperar el habla y el ritmo normal de su respiración. Bebe un poco, se desembaraza de la mano del forense y se estremece.

—Siento el mal. Aquí mismo. Muy presente. Y tengo frío. Mucho frío.

—Es este lugar —dice Casals, muy bajito, para no empeorar la situación—. Tiene que estar frío por fuerza, y lo que pasa aquí se nos pega a la piel. Hace muchos años, muchos, fue un hospital siquiátrico. A veces me parece oír los lamentos de esos pobres enfermos recluidos en el sótano.

—No son los muertos los que me asustan. Y tampoco los locos. —La gitana se levanta de golpe, se acerca al doctor y, antes de que este pueda reaccionar, estampa en su frente el signo de la cruz—. Bendito sea usted, buen hombre. Que sus Ángeles de la Guarda lo acompañen y protejan. —Se vuelve hacia Nico y ordena—: Es hora de volver a mi bosque, chico. No quiero seguir aquí.

Después de una breve despedida que suena más bien a disculpa, Nico sigue a la de nuevo vigorosa gitana por los pasillos y deja al doctor Casals a solas, invadido por un oscuro presentimiento cuyo significado no acierta a desvelar.

* * *

—¿No te parece raro?

Estela lo ha escuchado en silencio. Están sentados en la pequeña terraza de su casa: tan solo dos cómodas butacas de mimbre, una mesa

plegable y una estufa y una vela encendidas. Ella, envuelta en una manta, bebe despacio una infusión y reposa los pies desnudos sobre los muslos de Nico, que los acaricia casi sin darse cuenta.

—Todo lo que dice la tía Sol es raro, Nico. Pero siempre acertado.

—Lo sé muy bien, pero ¿preguntarme si llevo uniforme?

—No sé por qué lo ha hecho, pero me tranquiliza que vayas de calle.

—Ha bendecido al doctor Casals. El pobre casi se muere del susto.

—Cuidad de él.

—¿Por qué lo dices?

—Tú hazlo. —Estela se estremece—. Está refrescando. —La noche está preciosa, poblada de estrellas. El murmullo del mar los acompaña como melodía de fondo—. Pronto se acabarán las menguas y nos tendremos que volver a abrigar.

Nico le pregunta sobre su día y Estela le explica que ha visto en el mercado a Fátima y a sus hijos. Después ha estado haciendo fotos y Simón ha tomado su primer biberón.

—Pero... no lo sabía. Siento habérmelo perdido. —Y lo dice en serio.

—Creo que casi cuatro meses de lactancia son suficientes. Lo haré poco a poco, pero cada vez tengo menos leche. Y está bien así.

—¿Estás contenta o te da pena?

—Un poco de cada. —Estela le hace cosquillas en la barriga con los dedos de los pies—. Se termina mi baja y debo ir a Barcelona, ponerme al día en la universidad y echar también un vistazo por casa.

—Iré contigo. —Nico es incapaz de disimular su desconcierto—. Soy un idiota. Tan pendiente de este caso que ni siquiera me he dado cuenta del paso de los días.

—No quiero que dejes la investigación, Nico. De hecho, he hablado con el rector. Estamos arreglando las cosas para concentrar mis clases presenciales dos días a la semana. Los otros los haré *online* desde aquí. Parece que los alumnos prefieren un régimen mixto, y en este momento me va genial. Además, ya te dije que tengo ideas. Creo que Llafranc me inspira más que la ciudad. Estoy preparando una serie de fotografías sobre el mar. Una galería de Palafrugell me ofrece un espacio para dentro de unos meses. Me hace ilusión y así podremos estar juntos esta... temporada —acaba, sin mencionar los crímenes.

—Estela. —Nico siente una punzada de culpabilidad. Y cierta tristeza también, aunque no sabe por qué—. Yo... estoy muy orgulloso de ti.

—Lo sé. Deja de pensar que me dejas abandonada cada vez que trabajas. Estoy disfrutando de nuestro hijo. Marco mi ritmo. Y estoy satisfecha. —Nico la cree. No es una mujer a quien le guste que le digan qué hacer, ni cómo ni cuándo, y tampoco se somete a los estereotipos—. Esta vez me llevaré a Simón conmigo —continúa ella—, pero con los biberones, algún día podré dejarlo con mis padres y así no tendrá tanto ajetreo.

—Pero puede quedarse conmigo.

—Sé que podría, Nico. Y cuando llegue el momento, lo hará. Pero ahora te debes al caso y sería una faena quedarte con él. No eres peor padre por eso, ¿sabes?

—¿Cuándo os iréis?

—Mañana por la tarde. Por pocos días. No tendrás tiempo de añorarnos.

—Pero ya lo hago.

11

Palafrugell, 12 de enero, 10.00

—¡Pues vaya! He hecho una obra de arte y no ha servido de nada. —Cas se siente tan frustrada como cualquiera de ellos.

Está de espaldas a todos, contemplando el mural que roza la perfección e incluye todos los datos y fotografías del caso. Las caras de las dos víctimas, más la de Tomás Juliá, el farmacéutico desaparecido, y la del padre Molina los observan desde el corcho que ha colgado en la pared. Bajo ellas, en rotulador rojo, además de lo que sabían que habían hechos las últimas horas en las que fueron vistos, ha escrito las fechas de sus cumpleaños y las del hallazgo de sus cadáveres. No coinciden. No nacieron durante el signo del zodiaco en el que habían muerto, así que el dato resulta bastante inútil y de nuevo la única característica compartida, además de vivir en la misma zona y el sexo, es la edad. A la izquierda, apartado por completo de ese grupo de hombres, un Tono Pàmies muy joven y en blanco y negro adorna también el mural. En un gesto de respeto o quizás de esperanza, Cas ha optado por mantenerlo al margen de la muerte, al menos mientras puedan. Bajo el estático inspector, un enorme interrogante rojo espera respuesta sobre su destino.

—Sirve para poner orden, que no es poco. —Héctor se ha unido a ellos hace unos minutos y, en un abrir y cerrar de ojos, con la rapidez de los acostumbrados a captar los detalles, ha grabado el cuadro en su memoria—. Haga los honores, Casilda.

Ella se sonroja, y Nico y Marcos sonríen con disimulo. A ver hasta cuándo va a aguantar Cas sin decirle al comisario que no se le ocurra volver a llamarla así.

—Veamos: tenemos a Sagitario y Capricornio muertos. Supuestamente, Juliá debe morir durante Acuario, salvo que se haya ido a por tabaco simulando un ataque en el refugio de caza, o que demos antes con él. El padre Molina tenía la carta de Tauro, lo que nos obliga a pensar que, por un lado, el asesino debe de estar frustrado porque su suicidio ha torcido sus planes y, por otro, que dos personas, hombres en principio, recibieron la misma amenaza en forma de Piscis y Aries. Seguimos desconociendo el alcance del plan, hasta dónde tiene intención de llegar el sujeto y a cuántos más envió esas cartas, si es que sucedió como suponemos. De los porqués ni hablemos, es obvio que andamos bastante lejos. Los desconocidos estarán muertos de miedo y,

como ya comentó Nico, que no pidan protección indica que ocultan algo grave, un delito o un acto vergonzoso. Además —Cas se detiene para recuperar el aliento—, está el misterio del móvil. —Continúa recordando que una de las víctimas parecía no tenerlo pero lo tenía y que la Científica no había encontrado en el del farmacéutico nada de interés, más allá de temas personales y familiares corrientes—. En cuanto a su ordenador, los correos solo dejaban claro el interés político de Tomás Juliá, que tenía pensado optar a la alcaldía el año próximo.

Héctor se muestra satisfecho con el resumen, acepta la taza de café que Marcos le ofrece y añade que el doctor Casals confirma la muerte por suicidio, que en la carta del tarot solo se habían encontrado huellas del propio cura y que en la biblia sí se habían hallado otras pero resultaron ser de Paquita.

—La pobre pensó que sospechábamos de ella. Tuve que explicarle una y mil veces que se las tomábamos para asegurarnos que no eran de algún extraño.

—¡Ojalá! —exclama Nico—. Pero ese tío no comete errores de principiante.

—Por desgracia —se lamenta Marcos.

—Tío, tíos, tía o tías. Ambos sexos y en plural.

—Ya, ya, Cas. Vamos, que puede ser cualquiera. —Nico está sentado en el brazo del sofá y balancea las piernas—. Sospecho que ese versículo fue la forma que encontró el padre Molina de decirnos que habían hecho algo malo, pero sin delatar a nadie. Ya podría haber sido más explícito. Supongo que, en la medida de lo posible, intentó no manchar su nombre ni su memoria. Bastante egoísta por su parte, porque podría haber puesto luz en el caso. En fin, ser un hombre de la Iglesia no le convierte en uno necesariamente bueno.

—Como por desgracia, sabemos todos —reconoce Héctor—. Sin embargo, no le arrebatemos todavía el beneficio de la duda. —Les agradece su trabajo, les recuerda que puede parecer vano pero que nunca lo es y se prepara para marcharse.

—¿Ya?

—Vuelvo al cuartel. El comisario Capo anda por ahí a todas horas y no lleva bien no encontrarme detrás de mi mesa. No puedo culparlo —reconoce—, la gente está empezando a ponerse histérica. El miedo se escampa con mucha facilidad y un pueblo asustado no es un buen amigo.

—Deberíamos pedir ayuda, señor —propone Marcos.

—Deberíamos, pero Capo se niega. Creo que teme perder protagonismo y mando, y asegura que contamos con los suficientes hombres y debemos apañarnos. En parte tiene razón. Los de perfiles criminales ya están colaborando y no sé de qué nos servirían más agentes por aquí, dando palos de ciego. No estamos persiguiendo a nadie ni desbordados de trabajo. Lo que estamos es en ascuas, y sembrar

la zona de efectivos podría dar tanta sensación de seguridad como lo contrario —concluye, sin que su tono consiga ocultar la preocupación que lo invade.

Marcos se dispone a acompañarlo hasta la puerta, pero entonces Héctor se vuelve como si de repente hubiese recordado algo y les dice que, según el informe del forense, el padre Molina gozaba de perfecta salud y no había restos en su organismo de medicación para la depresión u otro trastorno.

—Así que tal vez sea cierto que su decisión de morir se deba a alguna circunstancia extraña. Esta tarde el párroco de Palafrugell oficiará en la ermita de Fitor una misa por su alma...

—¿En serio? Creí que no sería posible —interrumpe Cas sorprendida —: un suicidio y además de uno de los suyos...

—Cierto. Pero Mossèn Pau era buen amigo suyo, su mentor de hecho, y se niega a no despedirlo. Será algo discreto, ventaja de que la ermita esté alejada de todo. Al fin y al cabo, era su hogar. —Les dice que vayan y se mezclen entre los asistentes con suma discreción y antes de salir por la puerta, intenta poner cara de enfado y agita la gorra que lleva en la mano en dirección a Nico—. Y a ti ya te vale, sacar a mi pobre tía de su carromato en plena noche y llevarla al Anatómico.

—Lo siento, Héctor, pero toda ayuda es poca. —Nico intenta no mirar a Cas, que está poniendo los ojos en blanco al saber que ha visitado a la Bruja de las Marismas sin decírselo.

—Traidor —susurra asegurándose de que Héctor ya no puede oírla.

Marcos se queda un rato apoyado en el quicio, aspirando el sol del mediodía. Piensa en el descreído Nico andando por las marismas en busca de la bruja y se le escapa una sonrisa.

—Hagamos algo divertido, por favor —le sorprende Cas llegando por detrás—. Estoy harta de tanta muerte.

—¿Ahora? ¿Como qué?

—Lo que sea, Marcos. No seas muermo.

—Un baño en la playa. —Nico atraviesa el umbral y sale al jardín—. Al menos, eso es lo que voy a hacer yo con mi mujer, antes de que se vaya. Hay que aprovechar el buen tiempo. Pero supongo que no os atreveréis, porque sois un par de cobardes y os asusta el agua fría.

—Ahora verás. —Cas lo fulmina con la mirada, entra en la casa y poco después sale cargada con una bolsa de playa de la que sobresale una toalla—. Vamos, Marcos. Te he cogido un traje de baño. Este idiota tiene que enterarse de quiénes somos los Quiroga. —Sus ojos ríen cuando los empuja para que se pongan en marcha.

Fitor, iglesia de Santa Coloma, 17.35

A esta hora ya se pone el sol en Fitor. El cielo está precioso, mezclando a su antojo morados, naranjas y azules. La estampa de la pequeña iglesia,

con sus dos naves redondeadas e idénticas y el campanario bastante alto para el tamaño de la ermita, rodeada de árboles y protegida por las montañas, merecería sin duda una postal. Pero es la muerte lo que los ha llevado hasta ahí. La muerte voluntaria de un hombre asustado.

Entran con pasos sigilosos cuando ya ha empezado el servicio y se dirigen a la pequeña nave de la izquierda, en la que apenas caben dos bancos.

Mossèn Pau, el párroco de Sant Martí de Palafrugell, un hombre mayor y enjuto, dirige sus palabras a los pocos fieles que lo acompañan. El padre Molina no tenía familia.

En una de las últimas filas, Paquita hipa sin poder evitarlo. La pobre ha elegido un lugar tan discreto como ella misma para despedirse. Tantos años al servicio del padre, demostrándole aprecio y confianza, no han sido suficientes para que este compartiera su angustia con ella. Nico le diría que no se atormentase. Que a veces uno no quiere consuelo. Ni ayuda. Ni tampoco cambiar de opinión.

Una de las mujeres que ocupa el primer banco se vuelve para mirarla con indignación. Hay formas más discretas de llorar y sonarse, parece decirle. Marcos le da un codazo a Nico:

—Es la señora Juliá.

—No jodas. —Sin duda, una respuesta poco adecuada al lugar, pero lógica.

—Debe de estar sudando la gota gorda bajo esas pieles. Ya son ganas.

—Chsss, Cas. Van a oírte.

—Mejor.

A su lado hay otra mujer, cubierta con un abrigo similar y, aunque ambas visten de riguroso negro en señal de respeto, sus cuchicheos delatan lo contrario. En el otro extremo, el doctor Casals y su mujer escuchan con atención la breve despedida.

Mossèn Pau habla de la duda, la confusión y la pérdida de confianza que puede sufrir, en algún momento de la vida, un hijo de Dios. Cualquier hijo de Dios, incluso un sacerdote. Recuerda a los fieles la labor del fallecido y pide que no le tengan en cuenta la forma elegida para su muerte pues, si acaso estaba lo suficientemente cuerdo para saber lo que hacía, en su bondad infinita tampoco lo hará el Todopoderoso. En ningún momento menciona la palabra *suicidio*. No hay ataúd. Ni exequias católicas. Ni ningún rito que pueda comprometer la decisión eclesiástica de salvaguardar la vida a toda costa, también la propia, incluso por encima de la voluntad de quienes la viven.

—Al menos —murmura Cas—, este sacerdote ha hecho algo. Aunque lleve un buen rato juzgando el acto de su amigo.

—Chsss, Cas. Discreción, ¿recuerdas? —le pide Marcos.

—Que sí, pesado. —Cas se concentra en susurrar una oración, obviando el sermón de Mossèn Pau.

—¿Rezas por él? —Nico la mira con curiosidad. La chica es una caja

de sorpresas.

—No. Por todos nosotros.

—¿Y eso?

—Nunca sobra una plegaria. Y este es un bonito lugar.

—¿Eres muy religiosa? —le pregunta Nico; al fin y al cabo, no hace tanto que se conocen.

—A mi manera, Nico. Soy andaluza. Los rituales reconfortan y rezar nunca está de más.

—Entonces, ¿no deberías hacerlo por el padre Molina?

—Es posible —responde con total sinceridad—, pero antes debo saber qué hizo, por si merece el infierno y no mis rezos.

La misa se da por terminada. Ha sido breve. Extraña. Con un motivo tan oculto como el lugar donde se encuentran. Los escasos asistentes abandonan la ermita en silencio y con prisa. Los asesinatos no ayudan a que la gente se sienta segura, el miedo se está esparciendo tan rápido como lo hace siempre y todos prefieren estar en casa cuando llegue la noche.

—Subinspector Quiroga.

—Señora Juliá, qué encuentro tan inesperado.

—Eso mismo pienso yo. ¿Conocía usted al padre?

—Así es —miente Marcos, sintiendo en su rostro un delator color púrpura—, he acompañado a menudo a mi madre a misa.

—¿Quién es su madre? Tal vez la conocemos. En un pueblo, ya se sabe...

—No lo creo, señora. —Siente que sus miradas se posan en él, hasta el punto de hacerle sentir muy incómodo.

—¿Y sus amigos? —preguntan sin dejar de estudiarlo—. ¿Compañeros de trabajo?

—Oh, no. Son familia. Estábamos cerca y se han prestado a acompañarme. Mi madre está impedida y hubiera querido presentar sus respetos. Yo lo hago en su lugar.

—Entonces, ¿no está usted trabajando?

—En absol...

—Buenas tardes, señoras y compañía. —El bendito doctor Casals acude al rescate—. Qué día tan triste. Todos añoraremos al padre Molina. Era un buen hombre.

—Algo débil de carácter, por lo visto, pero sí. —La mujer que acompaña a la señora Juliá es, si cabe, más engreída que esta.

«Esas cosas se notan más en los pueblos», piensa Nico. Por las distintas clases sociales y la necesidad de algunos de evidenciar esa diferencia. Suelen ser complejos que, cuanto más tratan de ocultarse, más se delatan.

—¿Noticias de mi marido, subinspector?

—No, señora. De ser así, usted sería la primera en saberlo. Pero se hace todo lo posible.

—Como debe ser. Ya conoce usted a la señora Capo. Somos muy buenas amigas. —Mira a la otra, que asiente con complicidad—. Eso debería importar.

—¡Por supuesto que importa, querida! Nil está removiendo cielo y tierra.

—Todo el mundo importa —se apresura a asegurar Casals, consciente de los semblantes encendidos de Cas y Marcos y de los puños apretados de Nico—. Como bien dice usted, señora Capo, su marido y sus hombres, incluido el subinspector Quiroga, están desmantelando la comarca buscando a Tomás. Pronto tendremos noticias.

—Buenas, espero —responde la aludida—. Nil y yo apreciamos mucho a Tomás.

—Todos deseamos que sea así. —El doctor inclina la cabeza a modo de despedida y regresa a buscar a su esposa, que se ha quedado hablando con la pobre Paquita.

Marcos alega prisa y salen los tres de la ermita.

—Joder. La mujer de Capo, nada menos.

—Menudas cretinas. Les pega ser amigas —dice Cas mientras se retiran hacia la parte trasera, lejos de las miradas de las víboras—. Qué casualidad.

—No tanta, Cas. —Marcos y sus reflexiones siempre sensatas—: La gente rica se junta. Es lo normal. ¿Cuántas mujeres como esas debe de haber en Palafrugell? ¿Veinte? ¿Treinta? Lo lógico es que se conozcan y que intimen. Así son las cosas —concluye, sin ápice de resentimiento.

—Lo que no es normal es que sean tan estúpidas. —Cas les hubiera dado un par de bofetadas a cada una.

—No, Cas. Lo que no es normal es que la señora Juliá parezca enfadada pero no triste, y que no supiéramos de esa amistad. —Nico mete las manos en los bolsillos—. Le preguntaremos a Héctor sobre esto y mañana iré a visitar a Mossèn Pau. Yo diría que conocía bien al padre Molina.

Del huerto les llega un agradable aroma. Se pregunta quién cuidará de este bonito lugar ahora que el cura ha muerto. La luna resplandece en lo alto reinando en calma sobre la noche incipiente. Otro hombre ha desaparecido de la faz de la tierra de un plumazo, pero la naturaleza y su hermosura permanecen inmutables. A Nico eso le parece terrible. Y también precioso.

12

Palafrugell, 13 de enero, 10.00

La casa parroquial huele a humedad, a pesar de que fuera de sus paredes la temperatura sigue siendo suave y el día radiante. Hay un par de ventanas pequeñas en el despacho, pero están cerradas y apenas entra luz. Nico está tentado de levantarse y abrirlas para ventilar, pero sigue moviéndose incómodo en la silla demasiado pequeña que le ha ofrecido Mossèn Pau. El párroco está sentado en una de madera oscura, a juego con la mesa y con el escritorio pegado a la pared. El despacho es tan sobrio como parece el hombre que lo mira con las manos entrelazadas:

—*Quin final més trist, pobret.*[1] —Es un anciano, pero su mirada se mantiene curiosa y su cerebro lúcido—. Espero que no venga a cotillear acerca del padre Molina. Dice que busca información, joven, pero no comprendo su interés por él.

Nico observa unos segundos al sacerdote. No sabe si puede confiar en él, pero algo tiene que hacer.

—Soy detective privado, *mossèn.*[2] No cotilleo. Investigo.

—Sé quién es usted, señor Ros. Recuerdo muy bien a Marina Orozco. Yo la bauticé y le di su primera comunión.

—Necesito su ayuda. —Nico se revuelve el pelo para disimular su sorpresa. Imagina a Marina de niña, vestida de blanco. Traga saliva y continúa con voz temblorosa, sin responder al comentario—: Colaboro con las fuerzas del orden, pero si supieran que he venido a molestarle, no les haría ninguna gracia. ¿Puedo hablar con usted estando seguro de que no repetirá ninguna palabra?

—¿Desea confesarse?

—Lo cierto es que no. Pero me gustaría que su discreción fuera la misma que si se tratara de eso.

—Adelante, pues. No traicionaré su confianza.

Nico le pregunta si está al tanto de los asesinatos.

—Soy un sacerdote, señor Ros, no un marciano. —Se santigua y lo invita a continuar.

El detective le explica que existe una conexión entre los hombres fallecidos, el padre Molina incluido. No excluye el dato de la edad pero sí otros muchos, por supuesto. Mossèn Pau atiende con interés y no lo interrumpe ni una sola vez. Obviamente, está acostumbrado a escuchar. Nico le habla del versículo elegido por el cura, pero no de la carta.

—He pensado que usted podría saber si estas personas han tenido

algún trato, si alguien las odiaba tanto como para matarlas y por qué el padre Molina estaba tan asustado.

—¿Sabe usted, señor Ros, que yo fui párroco de Fitor?

—¿En serio?

—Durante muchos años. Cuando me trasladaron a Palafrugell, yo mismo propuse al padre Molina como mi sustituto. ¿Quién mejor que él? Conocía la pequeña iglesia como pocos. Me honró el cambio, pero también me costó: me gustaba la ermita, su quietud. Pocos feligreses, pero fieles. Gente del campo, buena y sencilla. Todo era más fácil en esa época, aunque tal vez soy demasiado viejo y la nostalgia me confunde. —De repente, su voz se torna grave—: Pero también pasaban cosas.

—¿Cómo dice?

—Siempre han pasado cosas.

Nico se revuelve en la silla. Al fin va a saber de qué se trata. De qué se conocían. Va a entender el vínculo.

—He oído muchas de ellas a lo largo de los años, señor Ros. Malos pensamientos y malas acciones.

—Por favor, dígame si las víctimas se conocían y de qué. Sabemos que no iban juntos al colegio. Pertenecían a mundos diferentes. Pero tiene que haber algo...

Y entonces Mossèn Pau dice algo que suena a definitivo:

—¿Ha oído usted hablar del sigilo sacramental? Se refiere a la confesión. Según el derecho canónico, las palabras del penitente, fueren del tipo que fueren, deben permanecer silenciadas. De hecho, usted acaba de usar eso como argumento de confianza.

—Pero... ¿qué?

—Que no puedo ni debo ayudarle, señor Ros. Aunque lo lamento desde lo más profundo de mi corazón, lo más profundo de mi alma me lo impide.

—Pero está muriendo gente.

—El padre Molina era un buen hombre. Un hombre de fe. En toda su vida cometió un solo error. Y yo diría que lo ha pagado con creces.

—¿Con su muerte?

—En absoluto. Ahora ya descansa en paz. Lo pagó la mayor parte de su vida.

Mossèn Pau se levanta muy despacio e inclina la cabeza a modo de despedida. Nico sabe que, diga lo que diga, haga lo que haga, los labios de ese hombre están sellados por una fuerza que va mucho más allá de su comprensión. Aprieta los dientes para no decir lo que no quiere decir y abandona el húmedo despacho mientras el sacerdote lo sigue con la mirada.

* * *

—¿Papá?

—¡Nico! Qué alegría.

—Escucha, papá, como abogado debes conocer bien el tema del secreto de confesión.

—Claro —Nico oye suspirar a su padre al otro lado de la línea—, es complicado de entender, y espero que no sea demasiado importante para el caso que estáis intentando resolver.

—¿Es inapelable? ¿Incluso ante la Justicia?

—De forma absoluta —confirma Luis Ros—. El relato de un fiel a un sacerdote durante la confesión es tan sagrado como el de un abogado con su cliente.

—Mierda. —Nico le explica brevemente de qué se trata. Su padre escucha en silencio hasta que acaba—. ¿Qué puedo hacer?

—Tendrás que encontrar ese vínculo del que hablas de otra manera. El sacerdote no hablará.

—Con la Iglesia hemos topado.

—Así es, Nico. No es una pared. Es un muro indestructible.

—Gracias, papá. ¿Nos vemos pronto?

—¡Claro! En nada estamos ahí.

—Besos a mamá.

—Está encantada. Hoy viene a comer Estela con el pequeño.

Antes de colgar se dicen que se quieren. Nunca lo olvidan. Porque saben que es importante.

13

Palafrugell, 14 de enero, 4.00

—¡Cas! —Marcos entra en pijama en la habitación en la que tienen montado el dispositivo de la investigación—. ¿Qué haces despierta a estas horas?

—¿Y tú? —Su prima lo mira desde el suelo, donde está sentada, rodeada de un sinfín de papeles repartidos en montones y una pequeña lámpara encendida a su lado.

—No puedo dormir —reconoce Marcos— y estoy harto de dar vueltas en la cama.

—Pues igual que yo. Anda, échame una mano.

—¿Son los casos de Pàmies? —Mira el despliegue que ha organizado su prima y después el mural que preside la habitación. Sometidas a las sombras de la noche y encerradas en fotografías, las víctimas parecen dormir.

—Claro. Llevo días con esto. También he cogido tu parte. Tú no tienes tiempo para esto. —Cas blande unos papeles. Sus suaves manchas de vitíligo permanecen en su piel, pero la calma está regresando a su espíritu y de momento no van a más—. Nico ha acabado con los suyos y nada le ha parecido relacionado con el caso y... en fin, que pese a ser un desastre según todos, ese Pàmies ha resuelto un montón de casos a lo largo de los años. Creo que es un buen policía.

—Nadie se estropea en un solo día. —Marcos levanta los hombros y sale a preparar café.

Una hora y media más tarde se restriegan los ojos y están dispuestos a rendirse y dejar lo que queda para otro día. Ni siquiera la cafeína está consiguiendo mantenerlos en vela.

—Venga, vamos a dormir, aunque sea un par de horas.

—¡Espera, espera, Marcos! —Cas señala con la punta del bolígrafo un documento. Están sentados en el suelo con la espalda apoyada en la falda de un sofá. Marcos suspira y se inclina sobre el papel—. Lee esto.

—¿Caridad Reyes? —El rostro de Marcos se demuda. Siente su boca secarse. Su garganta. Todo su ser.

—Es tu madre, Marcos.

—Joder, Cas, hasta ahí llego. ¿Qué pone aquí? Enciende otra luz, anda, que no veo ni torta.

El texto es breve. Pero claro.

18 de mayo de 1991
Cuartel de los Mossos d'Esquadra de Palafrugell

La señora doña Caridad Reyes García, vecina de Palafrugell, nacida en la provincia de Cádiz y con DNI 37120313S, se presenta a las ocho de la mañana para denunciar a su marido, don Francisco Quiroga Valverde, vecino del mismo municipio.

Los hechos denunciados son...

Marcos sigue leyendo a toda velocidad. Se para para tomar aire y Cas le arranca el folio de la mano y continúa. Cuando termina, deja la denuncia en el suelo y mira a los ojos de su primo.

—Pensaba que era una cuestión de malos tratos, Marcos. Ya sabes... —Él asiente. A ambos les resulta innecesario completar la frase—. Pero ¿esto?, no lo entiendo. Está diciendo que tu padre había cometido un delito. Que llegó a casa con sangre en la ropa. Que le había hecho daño a alguien, que estaba segura de eso. Y que debían investigarlo de inmediato.

—También dice que estaba muerta de miedo. Que pidió que la denuncia fuera anónima —añade Marcos con voz queda—, no recuerdo nada de ese día. Imagínate. Yo tenía..., ¿cuántos?, cuatro años. Debía de estar durmiendo. Pobre mujer. Jamás se atrevió a denunciar a mi padre por lo que le hacía, ¿sabes? Por eso no entiendo de dónde sacó el valor para...

—Quizás pensó que era una oportunidad para sacárselo de encima. Para protegeros. En aquella época, si denunciar por malos tratos a un hombre ya era complicado, imagínate a un policía. Pero si tu padre...

—No lo llames así.

—Vale. Pues si él había cometido un delito, eso era diferente.

La denuncia está firmada por el aún entonces jovencísimo cabo Antonio Pàmies, que esa noche estaba de guardia. La denunciante había pedido que no revelasen su nombre. Pàmies había escrito que la denunciante se trataba, sin duda, de una mujer maltratada y que debían extremarse las precauciones. Por último, había añadido que el denunciado era un hombre de la Ley. Uno de los suyos. Y había escrito su nombre. En mayúsculas. Un sello oficial con enormes letras rojas se había estampado sobre la denuncia dos días después: caso archivado.

—Es una copia —observa Marcos—. Me pregunto por qué se la llevó.

—Puede ser que no se fiara de que prosperase. —Cas se encoge de hombros, las lealtades entre los agentes son conocidas por ambos—. Mira, también hay..., hay unas fotos.

Después de un primer vistazo, aparta la mirada. Las intenta cubrir con disimulo, pero es demasiado tarde y nunca ha sabido mentir.

—No me intentes proteger. Siempre es mejor saber. —Marcos las observa despacio. Una a una.

Una joven Caridad Reyes lo mira desde el pasado. Viste un horrible

camisón de hospital. Con recato, en cada foto descubre una pequeña parte de su cuerpo y este muestra moretones, cortes, golpes, dolor en mayúsculas. A Marcos le tiemblan las manos.

—Pobre mamá —dice.

—Vamos a echarnos un rato, primo.

—¿Cómo voy a dormir?

—Pues te hago compañía. A primera hora iremos a visitar a tu madre.

—Tengo que ir al trabajo.

—No nos llevará tanto tiempo. Si no aclaramos esto, ya me dirás cómo te vas a concentrar. Anda, al menos, siéntate en el sofá —le ordena y se levanta.

—¿Dónde vas?

—A preparar más café. Y un buen desayuno. Nada de cruasanes ni cursiladas. Tocino y pan con tomate —propone simulando ánimo.

Deja solo a Marcos, se apoya en la pared, pelea con unas lágrimas que no quieren hacerle caso y maldice a su tío y a todos los cobardes que abusan de su fuerza y del miedo que provocan.

14

Palafrugell, 15 de enero, 9.00

La directora del geriátrico les ha pedido que esperen.

—Su madre aún no está lista, señor Quiroga. Ha venido usted muy pronto. —Es una buena mujer. Eficaz. Pero algo estirada.

—Es importante.

—Bien. Si son tan amables de esperar en la salita, una enfermera la ayudará a asearse y le llevaremos el desayuno a la habitación para que puedan hablar tranquilos.

—Muchas gracias.

Se aleja de ellos no sin antes mirar sus rostros ojerosos y la barbilla de Marcos sin afeitar con aire de reprobación. Quince minutos más tarde regresa caminando sobre sus tacones.

—Procuren no alterarla. Está delicada.

—¿Algo grave? No me han dicho nada —se inquieta Marcos.

—El problema de su madre no es solo físico, señor Quiroga. Tiene demasiados huesos y músculos destrozados, pero su corazón es el que más ha sufrido.

Como si alguien tuviera que recordárselo. La siguen por los pasillos relucientes hasta llegar frente a la puerta del nuevo hogar de Caridad Reyes. Fuera de casa. Sin sus hijos.

—Mamá.

—¡Hijo! —Caridad parece rejuvenecer varios años y sus labios se abren en una enorme sonrisa.

Cas se mantiene apartada mientras se abrazan y hablan unos minutos. Deja el correo atrasado para su tía encima de una mesilla y después ella le pide que se acerque y la besa contenta.

—Marcos me dijo que estabas aquí. Me alegro muchísimo. Qué guapa estás, criatura. Deja que te vea bien.

—¿Cómo estás tú, tía?

—Vieja. —Pero sonríe.

La habitación está limpia y a través de los cristales puede verse un bonito patio interior. El aspecto de su tía es bueno: le han lavado el pelo. Huele bien. La bata de franela de color rosa está limpia, la cama perfectamente hecha y el dormitorio ha sido ventilado. En la mesilla de noche hay una foto en la que está con sus hijos. Y un crucifijo. Porque Caridad nunca ha perdido la fe.

Cas acaba su ronda visual con mirada de policía hasta quedarse

tranquila. Su tía está en un buen sitio.

—¿Estás contenta aquí?

—Me he acostumbrado. Las otras mujeres son bastante mayores que yo, pero nadie lo diría. Nos hemos hecho amigas. Y todos me tratan bien. —Sus ojos marrones buscan los de su hijo. Sabe lo que está pensando—. La casa se me caía encima, Marcos. Me cansaba y tú tienes que trabajar. Me gusta estar aquí. Fue una buena idea.

Una enfermera llama a la puerta y entra con una bandeja. La coloca sobre una mesa auxiliar que acerca a Caridad.

—Su desayuno, señora Reyes.

—Gracias, Isabel.

Vuelven a estar solos. Charlan y le cuentan alguna anécdota. Tonterías. Cosas que la distraigan y, por supuesto, nada que la preocupe. Es una mujer pequeña, delgada y de pelo castaño como sus hijos, con los mismos ojos francos y la misma sonrisa fugaz. Tiene hundido uno de los pómulos y el tabique nasal desviado, como si su rostro hubiera necesitado mantener la huella de aquellos días. Da sorbitos a un café con demasiada leche y seguro que poca cafeína, y muerde trocitos de una galleta integral.

—Aquí se come muy bien —asegura saboreándola despacio.

Cas admira su amabilidad. Su agradecimiento. Su tono amable, que aún conserva el acento de su tierra. Viéndola tan pequeñita, se obliga a recordar que su aspecto frágil no debe confundirla, porque ella sola crio a dos hijos bravos y se enfrentó a un monstruo. Cada día. Cada día. Hasta que por fin llegó el último.

—Y vosotros ¿ya coméis bien? —pregunta Caridad alzando una ceja.

—Bueno, tu hijo es espabilado —reconoce Cas—. Le enseñaste bien. Pero desde que estoy yo, come mucho mejor, no lo voy a negar.

Y Caridad se queda más tranquila.

—Mamá... —Ha llegado el momento. Marcos la coge de las manos y le dice que necesita preguntarle algo. Que no conteste si es demasiado para ella. Que no se preocupe. Cas hace ademán de retirarse, pero él le pide que se quede y se siente.

Caridad baja la mirada, temiendo una conversación que abra las puertas del infierno que guarda dentro, pero le dice que adelante y se prepara apretando los dientes y tensando la mandíbula. Marcos suaviza el tono de su voz y lo primero que le dice es que Mateo está bien y, desde luego, él también. Que no se trata de nada de eso. Su madre respira algo más tranquila, pero solo un poco. Y entonces él le cuenta lo que vieron anoche, lo que leyeron. La denuncia de la mañana del 18 de mayo de 1991 en el cuartel de los *mossos*. La ropa sucia de su padre. Las manchas de sangre. El sobreseimiento. Como si no hubiera pasado nada. Como si ella no hubiera ido nunca allí.

Cuando termina, Caridad le suelta las manos, se recuesta sobre el respaldo, cierra los ojos y respira muy despacio. Tarda un rato en

contestar. Marcos y Cas esperan pacientes.

—Tengo sesenta y tres años, pero aparento noventa —suspira—. Tú viniste al mundo cuando Mateo ya tenía ocho y no pensé que volvería a ser madre. Pero ocurrió. Y llenaste mi vida de alegría, mi niño.

—¿Por qué me dices esto?

—Porque quiero que sepas que muchas cosas me han hecho feliz. A pesar de todo. Y todos los años en los que estuvimos solos los tres, pues... no podrían haber sido mejores. Ahora estoy bien aquí. ¿Me crees?

—Quiero creerlo.

—Bien. Porque debes hacerlo.

Y entonces les explica lo que ocurrió aquel día. Cómo su marido había llegado de madrugada, tan borracho que se daba golpes contra las paredes y los muebles. Que ella se había despertado, lo cual no era extraño porque sus noches eran un constante duermevela. Siempre alerta. Por si acaso. Pero él no entraba en la habitación y ya había pasado mucho rato. Se levantó con cuidado de que no la oyese o de no despertarlo si se había quedado dormido en cualquier sillón. Pero tampoco estaba en el salón. Fue a la cocina. Ni rastro. Después al lavadero. Y ahí estaba. Tirado en el suelo. Casi en coma, como tantas veces. Roncando como un animal, con las piernas estiradas y los brazos en cruz. Pero esa vez tenía la camisa a jirones y manchada de sangre y cenizas. Había peleado con alguien porque tenía heridas en las manos y en la frente y olía de una forma...

—¿Cómo te atreviste, mamá? No entiendo...

—Claro que no lo entiendes, hijo. Eras tan pequeño. Pero de algún modo supe que no iba a despertarse en mucho rato. Le pedí a tu hermano que cuidara de ti y escaparais si lo hacía y no me encontraba en la casa. No toleraba no verme cuando llegaba. Fui corriendo al cuartel. Nunca he sabido conducir. Creí que no llegaba. Pero lo hice.

—Qué valiente fuiste, tía.

—No creas, hija, no creas. Estaba muerta de miedo, pero me atendió un chico joven y amable, se presentó como cabo que opositaba ya para sargento. Estaba a cargo del cuartel, me explicó, los demás habían tenido que salir con urgencia. Algo en mi aspecto le preocupó, me ofreció agua, esperó sin prisa a que yo recuperase el aliento y habló conmigo: me dijo que estaba recién casado, parecía feliz y supe que charlaba para tranquilizarme. Pero yo tenía prisa y, en cuanto recuperé el habla, le conté todo. La sangre en la camisa, en los pantalones, en sus manos..., y ese olor extraño. Él escribía todo lo que le decía. Le pedí que lo hiciera muy rápido porque quería marcharme. Y que la denuncia debía ser anónima. Fue muy comprensivo. Dijo que así lo comunicaría y que me quedase tranquila. Entonces me preguntó si él me hacía daño. Le dije que no. Claro que le dije que no. Cuando ya me iba, me dijo que podía llamar al cuartel y preguntar por él si me hacía falta. Que se

llamaba Antonio, pero los amigos lo llamaban Tono. No recuerdo su apellido.

—Pàmies —susurra Marcos.

—¡Eso es! Antonio Pàmies. —Caridad parece agotada, pero Marcos necesita que haga un esfuerzo más.

—Mamá, ¿qué pasó? ¿Fueron a detener a papá? No recuerdo nada.

—Nadie fue a buscarlo, hijo. Nunca. Pero él... se enteró de todos modos.

—¡¿Qué dices?! Maldito cabrón... —Marcos se golpea el muslo con el puño. Podría matar a Pàmies si lo tuviese delante. El muy traidor.

—Tranquilo, Marcos. —Cas interviene antes de que Caridad se asuste más todavía y se cierre en banda, porque, conforme recuerda, el temblor de su voz va en aumento, la compostura se aleja de ella y sus ojos empiezan a vagar por la habitación—. A lo mejor...

—No fue ese joven —interrumpe Caridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo prometió y porque no tenía por qué hacerlo. Tu padre tenía amigos en el cuerpo, Marcos. Amigos importantes.

—¿De quién hablas?

—De nadie. —Caridad se lleva el dedo a los labios.

—Pero, mamá...

—Tía, ¿por qué fuiste ese día a denunciar? Antes ya te habían pasado cosas...

—A mí sí. Pero a mis hijos no. Esa mañana le dio a Mateo una paliza porque intentó defenderme. Casi lo mata. Fue la primera vez, pero supe que no sería la última.

—¿También nos pegaba? —Marcos siente revolverse sus entrañas, que tiran de él pretendiendo llevarlo a ese pasado de miedo constante y palabras quedas.

—Al enterarse de que había ido al cuartel, perdió los estribos y acabé en el hospital. Cuando volví a casa, las palizas cesaron durante un largo tiempo, al menos las físicas. Nunca entendí por qué. Él no era de esos hombres que cambian. Pero mucho tiempo después se cansó de ser manso, volvió a ser él y lo intentó de nuevo. A ti no te levantó jamás la mano, Marcos.

—¿Por qué?

—Porque Mateo lo habría matado. Y él lo sabía. —Retuerce las manos nerviosa y se acerca mucho a su hijo—. Era yo quien debía protegeros, Marcos. No tu hermano. Era demasiado joven para cargar con eso. —Entonces Caridad mira hacia la ventana y, con la ilusión de una niña, como si hubiera aprendido a protegerse del horror de los recuerdos y la cruda conversación no hubiera tenido lugar, le pide a Cas alegremente —: Ábrela, cariño, hazme el favor. Hace una mañana preciosa y me gusta el aroma que entra desde el patio. Me recuerda a mi niñez.

Cas obedece y se quedan en silencio, porque digan lo que digan, ella

no va a responder. No es que su mente se halle confusa y desordenada, y tampoco padece demencia alguna, es que ha elegido escapar a ese otro mundo en el que suele cobijarse cuando no puede soportar los recuerdos. Y ambos van a respetarla.

Marcos la besa en la coronilla y, cuando salen de la habitación, Caridad sigue mirando al jardín y tararea alegre unas estrofas de *María de la O*, de Marifé de Triana. Cas se dice que su tía tiene una voz muy bonita. Quizás eso fue lo único que no quebró el hijoputa de su marido.

Llafranc, 14.30

—Le he contado todo a Héctor. —Nico cuelga el teléfono y se sienta junto a ellos.

—¿Y bien?

—Viene hacia aquí.

Están sentados en la terraza de La Marina. Manuel ha pescado unos rapes y los está cocinando para ellos.

—No es molestia, qué tontería. Si os digo la verdad, tantas vacaciones me aburren.

Nico ha intentado ocuparse de poner la mesa, pero su suegra le ha dado un cachete en la mano.

—Quita, quita, que molestas más que otra cosa. Vosotros a trabajar en lo vuestro, que falta nos hacéis a todos. —Y ha vestido, con su rapidez habitual, dos mesas con un par de manteles de cuadros blancos y azules que han trasladado a Nico de inmediato al verano.

Un coche de los *mossos* se detiene delante de ellos y un Héctor circunspecto se apea saludando con la mano:

—Buenas a todos. Hola, Manuel, Mercedes... —Planta un beso en la mejilla de su hermana, y el matrimonio Orozco deja sobre las mesas las bebidas, la fuente con los rapes y una ensalada verde que Héctor mira con cara de pocos amigos.

—Ni que tu colesterol fuera culpa mía. —Mercedes lo mira seria—. Si necesitáis algo más...

Todos agradecen la comida y ellos se retiran para no molestar.

—No me andaré con rodeos, Quiroga, salvo que usted prefiera tener esta conversación en privado.

—No tengo secretos, señor, excepto los que usted pueda ahora desvelar.

—Bien. Vamos allá entonces.

Y lo suelta todo. Sin que su memoria haya perdido un ápice de lucidez, describe con todo detalle lo que Pàmies le contó muchos años atrás, cuando eran dos pardillos todavía en su primer cargo en los Mossos d'Esquadra, llenos de ilusión y dispuestos a convertir el mundo en un lugar mejor. Aclara que él no estaba esa madrugada. El cuerpo fue movilizado con el de bomberos porque se había declarado un grave

incendio. A Tono le tocó quedarse de guardia, pero al día siguiente le explicó muy alterado la visita de Caridad Reyes, mujer de Francisco Quiroga.

«La maltrata, Héctor —le había asegurado lleno de rabia—. El muy cabrón sabe que no va a pasarle nada, que ella no lo denunciará. Y tienen dos críos. No sé si también les pega a ellos. Hay que vigilar a ese cerdo».

Entonces había relatado la otra parte de la historia. Lo que ella había balbuceado, lo que el miedo le había permitido decir: que su marido estaba borracho, tirado en el suelo del lavadero, con la camisa y las manos ensangrentadas.

—Su madre estaba convencida de que él había hecho algo grave esa noche. Que tal vez, si lo denunciaba por eso y averiguábamos de qué se trataba, nos lo llevaríamos, la libraríamos de las palizas y podría protegeros. Pero era lógico que presentase ese estado lamentable si había estado ayudando a apagar el incendio, pertenecía al cuerpo. Aquello fue un caos absoluto y, aunque yo no lo vi allí, fue requerida la presencia de todo el cuerpo policial además del de bomberos, y supongo que él estaba.

—De ahí el olor a quemado —acepta Marcos—. Pero estaba manchado de sangre.

—Lo sé, Quiroga. Pero hubo heridos múltiples. Si ayudó a algunos, es normal que se ensuciara.

—El caso es que alguien archivó la denuncia, señor. Mi padre se enteró de todos modos y casi la mata.

Héctor clava sus ojos nobles en los de Marcos. Deja la gorra sobre una silla y remueve su pelo tupido. Todos conocen ese gesto tan suyo, que dedica a los momentos trascendentes. El rape sigue en la fuente, enfriándose.

—A nivel oficial, no pudimos hacer nada. Tono lo intentó de todas las maneras. Se lo suplicó a nuestros superiores, incluso se enfrentó al comisario de entonces y casi le abren un expediente. Pero no hubo manera. Alguien consiguió que la denuncia se archivase y delató a Caridad. Nos enteramos de que la habían ingresado en el hospital de Palamós con lesiones graves y fuimos a verla por cuenta propia. Tono llevó su cámara y le preguntó si podía hacerle fotos. Al principio ella se negó. Pero él es muy convincente y en aquella época lo era más todavía. Le aseguró, con razón, que era la única manera de tener pruebas. —Marcos y Cas cruzan sus miradas. Todo cobra sentido. La imagen de Caridad con sus heridas y su triste camisón se abre paso en sus mentes —. Los médicos ya habían intentado que ella denunciara a su agresor, pero seguía negándose.

—Pero ¿por qué? Habría recibido ayuda.

—No esté tan seguro. Temía que él consiguiera hacerla pasar por loca, que engañase a todos, qué sé yo, que dijera que se había caído por las

escaleras, que mentía y... la separasen de sus hijos. De usted y de su hermano. No estamos hablando de la prehistoria, desde luego, pero las cosas entonces eran algo diferentes. Francisco tenía amigos en el cuerpo. Amigos importantes. Nunca comprendí qué le hacía tan interesante, pero supongo que se congració con algunos saliendo de copas por ahí..., había mucho machito en la comisaría y, al contrario que Tono y yo, él sabía hacerles la rosca, favores, en fin...

—Después del hospital, no pegó a mi madre durante años. Nunca lo entendí. —Marcos no es tonto. Sabe que eso no pasó porque sí.

Héctor mira la ensalada, el rape y las bebidas, que esperan pacientes a que llegue su turno. No sabe si decir lo que el joven quiere oír. Pero se decide:

—Él era un par o tres años mayor y es obvio que era un hombre fuerte, pero nosotros éramos dos. Tono no estaba dispuesto a dejarlo pasar, y claro, me apunté a su causa. Él siempre ha conseguido eso de mí: convertirme en alguien más valiente de lo que soy. Y más imprudente. En fin, una noche, lo acorralamos cuando salía del bar. Íbamos camuflados —sonríe nostálgico y algo azorado recordando aquel acto infantil, imprudente y temerario—. Pero su estado era tal que no había peligro. No tuvo tiempo de reaccionar, Tono le apuntó con el arma y lo presionó contra la pared. Había revelado las fotos y le enseñó un par. Apenas nos alumbraba la luz de una farola, pero vimos cómo su rostro se demudaba. Le dijo que si volvía a poneros a alguno la mano encima, esas fotos se publicarían en los periódicos para que las viese todo el mundo, y añadió que lo mataría sin piedad ni remordimiento. Que lo vigilábamos a todas horas y que éramos muchos. —Su mirada se pierde en el mar, como si el gran manto azul encerrara su memoria—. Éramos dos pardillos, pero la amenaza surgió efecto. Por un tiempo. Durante años, incluso. Hasta que...

—Un día cualquiera, mucho después, volvió a la carga —recuerda Marcos—. Ya dicen que la cabra siempre tira al monte, pero yo ya no era ningún crío. Habíamos bajado la guardia y un día encontramos a mi madre sin sentido en la cocina. Cuando la movimos, se despertó y gritó de dolor. Yo llamé a la ambulancia. Y Mateo... salió a buscarlo. Desde la casa, oíamos el ruido del tractor. Solía cogerlo cuando estaba bebido, destrozaba el huerto y los campos..., no sé si eso le divertía o no sabía lo que hacía.

—¿Qué pasó después? —Nico es incapaz de seguir callado.

Ha querido interrumpir a Marcos varias veces, decirle que el alcoholismo es una enfermedad y que nadie lo supera sin un tratamiento. Pero se calla, porque sabe también que, si bien el alcohol es el causante de grandes males, algunas personas llevan el odio dentro. Siente una tristeza infinita por la historia de su amigo y su familia, y también admiración, porque el dolor y la rabia no han pervertido a Marcos hasta el punto de convertirlo en otro monstruo. Todo lo

contrario. Y sí. Por supuesto: crece en su interior una culpabilidad infinita por su vida cómoda, los medios de sus padres y, sobre todo, por el amor incondicional de los suyos.

—Se cayó del tractor hacia delante —Héctor sigue mirando al horizonte— y las ruedas de esa bestia en movimiento lo arrollaron. Murió en el acto. Yo fui el encargado del caso y fui para allá cuando Mateo llamó al cuartel.

—¿Con Pàmies?

—No, Nico. Tono estaba entonces en su propio infierno, y en esa época bastante tenía con sobrevivir. Igual que ahora.

—El comisario nos ayudó. —Marcos está tenso, conteniendo los nervios, la pena. La ira. Pero sabe bien cómo hacerlo—. Fue nuestro salvavidas.

—Bueno, bueno, el mérito no es mío. —A Héctor no se le da bien recibir halagos—. No suelo tener a mis órdenes a nadie que no lo merezca.

—Llevo años aborreciendo al inspector Pàmies —confiesa Marcos, avergonzado—: su talante, su forma de hacer, sus... borracheras. No puedo con eso.

—Y está usted sobrado de motivos. Pero las personas tenemos luces y sombras.

—No veo sombras en usted, comisario.

—Solo soy un hombre, Quiroga. No me ponga en los altares, porque podría decepcionarle. —Héctor carraspea y abandona la conversación sobre sí mismo—. Tono es el hombre más valiente que conozco. Y el más bruto también. De joven ya bebía demasiado, pero no era agresivo ni torpe, al contrario. Sorprendentemente, el alcohol no parecía hacer mella en él. Pero, con el tiempo, siempre lo hace y su caso no fue una excepción. Su problema empezó a resultar obvio para todos, pero sus resultados eran buenos y resolvía los casos. Entonces... murieron su mujer y su hija y se perdió en el abismo.

—Pero no es una mala persona —musita Cas.

—No. No lo es, Casilda. Y es mi mejor amigo.

Han comido despacio. En silencio, hasta digerir la larga explicación de Héctor y lo que significa. Algunas cosas ya no pueden olvidarse cuando se escuchan. Mercedes les lleva café y Cas es la primera en hablar:

—Señor, ¿quién protegía a mi tío en la comisaría y por qué?

—El comisario Capo.

—¿Nil Capo? Pero debía ser muy joven...

—Me refiero a Jordi Capo senior, el abuelo. Ahora es un anciano decrépito, pero era de armas tomar. Entre Francisco y Nil había un rollo raro. Yo no diría que eran amigos pero, desde luego, tenían una relación que yo no podía, ni puedo, comprender. Siempre he pensado que Nil le pidió a su padre que intercediera por Francisco y parase la denuncia. Pero ¿cómo demostrarlo? Era imposible.

—¡Ya hicieron ustedes mucho! —Cas gesticula para reafirmar sus palabras—. Tienen mi agradecimiento infinito, si sirve de algo. Pero mi tío... fue un cobarde y la vergüenza de la familia. —Aprieta los dientes y su voz rezuma rabia—. Espero que ardas en el infierno, maldito Paco Quiroga.

Unas gaviotas intrépidas se acercan peligrosamente a la fuente en la que solo quedan espinas. Graznan desafiantes y Manuel sale con un trapo a espantarlas:

—¡Largo de aquí, bestias carroñeras! ¡Ni la espina os vais a comer!

A lo lejos, en el horizonte, una enorme nube gris avanza sobre el mar.

—Vuelve el invierno —anuncia Héctor—. Se ha acabado la tregua.

Todos miran hacia allí. La masa gris se acerca audaz, como presagio de lo que está por venir.

* * *

—¿Nico? ¿Pasa algo? Es tardísimo.

—Tranquilo, Héctor. Lo sé. Pero no podía dormir.

—¿Ya los echas de menos?

—Sí, la verdad. Deseando que vuelvan. Pero no es eso.

—Más te vale. Porque a estas horas...

—Cuando fui con tu tía Sol a la morgue... sucedió algo muy extraño. Pensé que no era importante, pero no dejo de darle vueltas. Se lo conté a Estela y me pareció preocupada.

—¡Nico! Son las dos de la madrugada. Marisa se va a despertar y verás tú. Suéltalo de una vez.

—Lo bendijo, Héctor. Doña Sol pidió a sus Ángeles de la Guarda que cuidasen de él.

—¿De quién?

—De Casals.

Un largo silencio al otro lado de la línea.

—Esto no me gusta nada.

—A mí tampoco. Tu tía suele dar en el clavo.

—Ahora cualquiera duerme.

—Lo siento.

—Le pondré vigilancia sin que lo sepa. No hables de esto con nadie.

—¡Otra cosa, Héctor, no cuelgues! ¿Sabías que Nil Capo y Tomás Juliá son amigos?

—¿Por qué lo dices?

—Sus mujeres estaban juntas en la misa por el padre Molina. Dejaron clara la relación que los une a los cuatro.

—Yo no sé nada de la vida de los Capo fuera de la comisaría, lo que me faltaba. Su vida social se me escapa, y además no me interesa, pero si es así, debería habérnoslo comentado. Ahora entiendo por qué está de tan mal humor. Mañana pienso enterarme. Y ahora, a dormir.

Nico cuelga el teléfono y se queda recostado sobre el cabezal. Que Héctor conozca la amenaza lo tranquiliza, pero no del todo. ¿Cómo van a ayudar a Casals si no tienen ni idea del peligro que lo acecha? El don de doña Sol es complicado y se pregunta cómo debe sentirse al cargar con él. Intuir cosas, pero a medias. Poder advertir, pero no siempre salvar. Rememora la conversación en La Marina y piensa en qué hubiera sido de los Quiroga si el padre hubiera recibido ayuda para tratar su adicción a la bebida. Si hubiera sido capaz de pedirla. Y de aceptarla. Y en cómo cambiaría también la vida de tantas otras familias si medios y políticos dejaran de poner falsas etiquetas a las terribles conductas provocadas por el abuso del consumo: ¿Respeto? ¿Salud mental? Para respetar, uno debe estar en sus cabales. Y para poder pensar y sentir con lucidez, también. Y las drogas, y el alcohol lo es, desde luego, no ayudan. Pero esa es una verdad incómoda.

Espanta con un gesto de la mano sus reflexiones inútiles, que además le ponen de mal humor y mira los vídeos que Estela le ha mandado de Simón. Sonríe en la oscuridad. Los echa de menos. La casa está menos viva sin ellos. Y él también. Se acuesta y el aroma de Estela le llega desde su almohada.

15

Lugar desconocido, 18 de enero, 23.15

—Debes prepararte.

Pàmies oye la voz a lo lejos pero, en realidad, el hombre de la máscara negra está a su lado, mirándolo desde arriba.

—Abre los ojos. Ya has dormido suficiente. Tu síndrome de abstinencia está superado y no morirás por la amputación del dedo. —Él aprieta los párpados y hace como que no le oye—. ¡Que me mires! —No contaba con eso. No contaba con la punta de esa bota contra sus dientes. Con eso no—. ¿Me has entendido ahora, desgraciado? ¿O quieres más?

Pàmies se incorpora. Siente la sangre caliente agolpada en la boca y un diente que le baila sobre la lengua. Y un dolor insoportable. Tal vez peor incluso que cuando le rebanó el dedo. Tal vez incluso peor que cuando le disparó la flecha. O peor que cuando le propinó la primera patada en la nave, con la misma consecuencia. No está seguro. Ya no está seguro de nada, salvo de que su cuerpo está menguando conforme el maldito fantasma lo maltrata. Se ha convertido en un desecho humano, asustadizo y maloliente.

—¿Qué quieres? —Podría insultarlo. Gritar. Pero eso le causaría una satisfacción extrema, no le cabe duda. Por eso mantiene en su interior las palabras que gritaría, ahoga el dolor en algún lugar y escupe el diente sin más. Alza la mirada y lo mira, tal como ha pedido—. ¿Dónde está Tomás? —pregunta.

—Durmiendo. Me cansan sus gritos. Su cobardía. Le he dado algo para que se callara.

Pàmies piensa en el pobre farmacéutico y en los que, sin duda, serán sus últimos días. Sus horribles últimos días. Algunas veces se lo encuentra en su pequeña habitación cuando despierta. En la camilla. Atado con correas por todas partes. Con su ropa interior cada vez más amarilla, su delgadez extrema, sus ojos a punto de saltar de las cuencas por culpa del miedo y sus súplicas: «Ayúdame, Pàmies, ayúdame». Pero ¿cómo? ¿Acaso no ve que comparten situación? Un policía no es un superhéroe, joder. Tomás suda miedo. Grita miedo. Habla miedo. Duerme miedo. Y Pàmies bastante tiene con cargar con el suyo.

No les deja estar juntos demasiado rato, y él, muy a su pesar, suspira cada vez que se lo lleva. Podría soportar más torturas. Muchas más. Pero no la desesperación de su compañero de encierro. Eso no.

—¿Qué quieres? —repite con voz cansada.

—Ya te lo he dicho. Que te prepares. Mañana mataré a Tomás Juliá. Puedes estar presente y acompañarlo hasta el final. Consolarlo, incluso. Verlo morir. O puedes negarte y seguir aquí escondido y oír sus gritos. En ese caso, morirá solo. Tú decides.

Y sale de la habitación cerrando despacio tras de sí. Pàmies se apoya contra la pared y se dispone a respirar de forma rítmica para no sucumbir al ataque de pánico que nace en su pecho. Un, dos, tres, un, dos, tres..., las palabras del monstruo enmascarado repiquetean en su mente una y otra vez: «Mañana lo mataré. Puedes elegir. O morirá solo. Solo. Solo».

Con las manos atadas, no puede tocar la pulsera de su hija. Ojalá pudiera. Pero puede mirarla. Leer su nombre. Pensar en ella. Sus ojos repasan las letras, tan bonitas. Se concentra en el recuerdo de Amelia. En cómo le echaba los brazos al cuello y susurraba «papá» con su dulce voz. Cierra los párpados de nuevo, toca con la punta de la lengua el hueco que ha dejado su diente ausente, siente el sabor de la sangre cálida en la encía y se escapa a ese mundo virtual, imaginario, donde puede verlas. Ese limbo donde los desesperados pueden soñar despiertos y vivir encuentros increíbles.

16

Llafranc, 19 de enero, 8.10

Miren está estirada en la cama con los ojos abiertos, mirando al techo. En la mesilla hay una taza de café vacía y un plato con migas, restos de un desayuno frugal. La luz diurna se cuela a través de las cortinas a medio correr. Ha cambiado el tiempo. Se ha estropeado. No suele darle importancia a detalles tontos como este, pero, al menos, los días bonitos hacían más soportable su estancia en este pueblo demasiado pequeño para alguien como ella. Su investigación está resultando desastrosa. Inútil, diría. Desde que llegó no hace otra cosa que seguir a Marcos, a Cas, incluso se ha atrevido a hacerlo con ese tipo atractivo, altivo y demasiado seguro de sí mismo, el detective Nico Ros. Ha observado también a su mujer, la morenaza de enormes ojos que va siempre cargada con un bebé y una cámara de fotos. Los ha seguido a todas partes con su coche de alquiler, pequeño y de un discreto color gris perla metalizado. Al menos, lo ha intentado. Son un clan. Esta es su conclusión. Como una familia. Puede ver la confianza que los une, el cariño. Ella no ha tejido precisamente lealtades en la redacción del *Crónica.* Para hacer amigos, hay que ser generoso y ella no tiene tiempo para serlo. El comisario Narváez parece un hombre afable. De esa gente noble tan escasa. Y por Dios, ¡cómo le gusta comer! Marcos es un policía devoto. Metódico. Demasiado serio, quizás. Pero le ve sonreír cuando está con Nico y Cas, como si ellos sacaran a la luz su mejor parte. Su prima..., bueno, la prima es todo lo contrario. Espontánea y demasiado directa, como ha comprobado en persona. Y pierde los nervios con demasiada facilidad, como también ha comprobado a su pesar. Pero debe reconocer que sus ojos azules, su pelo naranja y sus gestos rápidos rezuman pasión. Pasión por todo. Y Miren echa de menos sentirla.

Se despereza, decide dejar de gandulear, se recuesta sobre el cabezal de la cama y coge su iPad último modelo. Abre una carpeta y relee una y otra vez lo que ella misma ha escrito:

> Oriol Mateu. Granjero. Sesenta años. Hombre Cabra. Esclanyà. Sordo. Soltero. Un hermano mayor: Andreu. Costumbres rutinarias. Nada de interés.
>
> Miha Radu. Rumano. Sesenta y tres años. Centauro. Dueño negocio tiro al arco en Begur. Casado con Jenica. Un hijo. Mala fama en general. Nada concreto.

Padre Molina. Sesenta y un años. Suicidio. Ermita de Fitor. ¿Tiene relación con el caso?

Antonio Pàmies. Inspector. Cincuenta y ocho años. Desaparecido en diciembre en la nave de Begur. Alcohólico. Autor de *Múltiples*, libro de estudio sobre perfiles criminales. Mujer e hija fallecidas.

Tomás Juliá. Sesenta y un años. Desaparecido la víspera de Reyes. Farmacéutico. Candidato a la alcaldía.

Vaya mierda. Qué investigación tan patética. Ha mezclado esos nombres en Internet sin resultados. De Juliá y el sacerdote le había hablado el sargento Capo. Estaba convencida de que podía sonsacarle cuanto quisiera, porque era precisamente el tipo de hombre que se le daba bien: inseguro, necesitado de halagos, indiscreto, con afán de protagonismo e imprudente. A estos los engatusa a la primera: una sonrisa tímida, una caída de ojos, un botón que se desabrocha oportunamente, recogerse el pelo detrás de la oreja, erguir la espalda y sacar pecho. Esto último es infalible. O eso pensaba, porque creía tener a Jordi Capo comiendo de su manita. Él sabía que era periodista y, aun así, o tal vez precisamente por eso, su enorme ego le había empezado a hablar de la investigación, saltándose la confidencialidad y la ética más obvia.

—Podría citar tu nombre en algún reportaje —le insinuó Miren.

—¿En serio? —Él abrió mucho los ojos e hinchó los pectorales satisfecho mientras Miren había sonreído para sí misma, pensando que los lucía con tanto orgullo como ella los suyos.

Había comparado esa reacción con la del sagaz inspector Pàmies, que la pilló a la primera y la mandó a tomar viento. Y también con la del cabal Marcos Quiroga, al que engañó de la forma más fea posible pero al que, sin duda y por lo poco que iba sabiendo de él, no podría volver a engatusar. Algunas personas muestran su carácter de primeras y otras se dejan conocer en el largo recorrido. A estas alturas, a Miren no le queda duda de que Marcos es de los segundos.

Para evitar seguir pensando en él, vuelve a centrarse en el supuesto nuevo confidente y en tratar de comprender por qué se ha cerrado en banda. El pez había picado. Estaba tan segura de eso cuando le filtró los primeros datos de la investigación que le había faltado tiempo para llamar a Santos Vila y decirle que el asunto era pan comido. Tenía que ir despacio, claro. Pero entonces había sucedido algo y el sargento Capo había dejado de responder a sus mensajes y llamadas. El muy imbécil.

Vuelve a probar y salta el buzón de voz. Le deja un audio con voz melosa y escucha uno en el que Santos le reclama resultados urgentes:

—Miren, la información que nos pasas es muy pobre. No da para otro reportaje. No podemos sacar uno hablando de un suicida y de un farmacéutico desaparecido, que igual quería perder de vista a su mujer o se ha largado con una mulata, yo qué sé. —Santos y sus suposiciones—. Indaga en sus aspiraciones a alcalde. Qué proponía, tendencia política,

etcétera. Espabila de una vez, que no estás de vacaciones.

En la foto de perfil, su jefe mira al frente y con sus pulgares tira de unos tirantes de color violeta. Miren se pregunta de qué tono los habrá escogido hoy. Por el mosqueo que delata su voz, juraría que los lleva negros.

Un timbre alegre le avisa de un mensaje de WhatsApp. Es de Jordi Capo, que ha aceptado su propuesta de cenar juntos. Bien. Al fin buenas noticias.

Satisfecha, segura otra vez de sus encantos, dispuesta a utilizarlos de nuevo y con el ánimo recuperado, lanza el iPad sobre el edredón, se acerca a la ventana y se escurre hasta el pequeño balcón desde donde puede controlarlo todo: el mar, la playa, las idas y venidas de los pocos vecinos que habitan Llafranc en invierno. El cielo parece una acuarela de grises. Las nubes son densas y no queda un ápice del celeste de los últimos días. El agua del mar se mueve dibujando olas cortas y rebeldes, y trazos de espuma blanca saltan revoltosos. Alguien nada en la bahía. Despacio. Pero incansable. Es Nico Ros. Le ha visto muchas veces llevar a cabo ese ritual, que cumple sin tener en cuenta la temperatura, el color del cielo ni el estado del mar. Miren se pregunta qué siente. Paz, quizás. Calma. Silencio.

Observa sus gestos, su cuerpo fibrado, su elegancia innata, su pelo mojado rebelde, y adivina sus ojos grises, que todo lo miran con curiosidad. Hace días que no ve a su mujer ni a su hijo. Convertida en una espía al estilo de James Stewart en *La ventana indiscreta*, suele observar, protegida de sus miradas, los vaivenes del detective y su mujer. La forma que tienen de caminar juntos por la playa. De jugar con el bebé. De sentarse a contemplar el mar. Y la forma de besarse. Esa forma de besarse. A Miren nunca la han besado así. De hecho, nadie la ha querido así.

Palafrugell, 11.00

Caridad mira con disgusto el aspecto sombrío del patio interior de la residencia.

—Hace frío —le ha dicho la enfermera mientras la ayudaba a asearse —. Si quiere usted salir al jardín, tendrá que abrigarse.

Con lo contenta que estaba ella con esa primavera intrépida que había disfrazado el invierno durante unos días.

—No ha mirado usted el correo que trajo su hijo, señora Reyes —había añadido la enfermera sorprendida, mirando los pocos sobres que Cas había dejado sobre la mesilla durante su visita.

—Nadie me escribe. Debe de ser propaganda.

—¿Quiere que tire esas cartas? ¿Por qué no les echa antes un vistazo?

—Lo haré.

Efectivamente. Propaganda: un *flyer* publicitando coches de segunda

mano, una oferta para un microcrédito, un pintor local ofreciendo sus servicios y una carta del Ayuntamiento anunciando los próximos acontecimientos y eventos municipales. Caridad desmenuza despacio las inútiles misivas. Le duelen las manos. Los dedos. Una vez Paco descargó la plancha ardiente sobre ellos. Todavía puede sentir ese dolor en la médula. En cada terminación nerviosa. Sus manos, que tan bonitas habían sido, sus largos dedos, son ahora una gran cicatriz que se empeña en recordarle esos días. Sacude la cabeza. Eso ya no importa. Marcos está bien. Mateo está bien. Cas ha venido. El pasado ha quedado atrás y ahí piensa dejarlo.

Un sobre blanco sin nombre ni dirección sigue en la mesilla. Con un gesto cansino, segura de que se trata de más publicidad, Caridad se sienta en el borde de la cama y lo abre a su ritmo. El sobre cae al suelo, revoltoso, y su mirada se posa, desconcertada, en la imagen: sobre un fondo estrellado azul marino, repleto de astros preciosos, un carnero de aspecto poderoso flota en el firmamento nocturno. En el borde superior izquierdo, un hombre de aspecto imponente, vestido con ricos ropajes, sostiene un orbe con una mano y un objeto extraño con la otra. Unas letras elegantes titulan la carta con un nombre corto: «Aries». Caridad acerca sus ojos cansados a la imagen. Da la vuelta a la insólita carta, por si la publicidad está en el reverso. Pero no hay nada ahí. Sus dedos, que apenas tienen tacto, recorren sorprendidos los márgenes irregulares. Alguien los ha quemado. La acerca a su nariz. El olfato es uno de los pocos sentidos que mantiene intactos. Huele la carta. Otra vez. Y otra. Un recuerdo se abre paso en su memoria. Muy despacio primero. Muy claro después. Ese olor. ¿Cómo olvidarlo? Así olía Paco aquella madrugada. Exactamente así.

Lugar desconocido, 23.30

—Es la hora.

Pàmies mira a su captor. Le estaba esperando. No había dudado ni por un momento de que vendría para exigir una respuesta.

—¿Por qué quieres matarlo? ¿Por qué los matas?

El hombre ríe. Su risa es estúpida, aniñada, incluso ridícula. Igual que sus dientes, pequeños y afilados.

—¿Todavía no lo sabes?

—¿Y yo? ¿Soy una pieza de tu juego?

—Un error. Ya te lo dije. Pero puedes resultarme útil en cualquier momento y me divierte tenerte encerrado.

—No he hecho nada.

—Por eso mismo. Porque nadie hizo nada, debo hacerlo yo.

Pàmies se levanta muy despacio. Sus piernas apenas responden tras tantos días sin hacer apenas uso de ellas. Su vida sedentaria parece una maratón respecto a esta inactividad eterna. Hace un esfuerzo y consigue

mantenerse en pie. Pequeños azulejos blancos los rodean por todas partes. Su secuestrador blande un manojo de llaves e inclina la cabeza.

—¿Y bien? ¿Me acompañas?

—¿Sabes lo que me pides?

—Por supuesto. Que seas testigo del único momento culminante de nuestras vidas, además del inconsciente y lamentable hecho de nacer. Morir. Te estoy pidiendo que seas testigo del morir de alguien. En tiempo real. Vivir esa frontera. Pero quizás te falte valentía para eso.

—Tú no me conoces. —Pàmies acompaña sus palabras del máximo desprecio que es capaz de transmitir—. Llévame con él.

A empujones, lo conduce hasta otra habitación, tan diminuta como esta. Es la primera vez que Pàmies sale al pasillo. Le parece interminable. Su olfato y su mirada de detective barren cuanto se presenta a su paso: cientos de pequeños azulejos blancos pueblan el corredor, los mismos que cubren las paredes del cuarto en el que vive su secuestro. Las puertas son también blancas, la pintura está desconchada. Y hay varias a cada lado y supone que tras las otras hay también cuartos de baños de tamaño ínfimo. Tiene que tratarse de unos vestuarios viejos, de un internado o algo parecido. El lugar está en desuso, de eso está seguro. Él conoce Palafrugell como la palma de su mano y, que sepa, no hay ningún sitio parecido, por lo que es posible que cuando él lo dejó inconsciente en la nave, lo trasladara a otro pueblo. Su captor tiene obligaciones fuera, porque, aunque no dispone de reloj ni móvil, ha aprendido de alguna manera a medir el ritmo del tiempo y suele aparecer después de ciertos intervalos. Largos intervalos. Es obvio que tiene un trabajo estable y con horario poco flexible, pues sus visitas cuadran con una jornada laboral corriente, que cumple a rajatabla. Algunos días su presencia es más constante y Pàmies supone que es fin de semana. Por lo tanto es, en cierto modo, un ser vulgar que se mueve entre los comunes mortales y al que alguien echaría de menos si no se presentase a sus obligaciones. Cuando los haya matado a todos y lo capturen, sus vecinas saldrán por la tele diciendo que era un tipo agradable, que nunca olvidaba saludar. Hay que joderse.

—¡Date prisa!

—No puedo ir más rápido. —Sus piernas están atadas por los tobillos y andar no le resulta precisamente fácil.

Pero llegan a su destino. Una habitación gemela a la suya. Maloliente. Cargada de aire que no parece aire y de humanidad, cerrada con llave hasta que el enmascarado la abre. Tomás está en la camilla, medio dormido. Pero Pàmies se da cuenta de que solo lo simula, porque ve cómo aprieta los párpados con fuerza. Como si eso pudiera impedir lo que está a punto de pasar.

—¡Despierta! —El hombre se inclina hacia él y lo zarandea.

Entonces Tomás abre los ojos y, al verlos a ambos, empieza a gimotear.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Qué pasa? ¿Qué vas a hacerme?

La cabeza enmascarada se inclina todavía más hasta pegarse a la del farmacéutico. Lo contempla sin emoción, como a una simple pieza en un matadero. Con su mano enguantada de látex acaricia su mejilla para calmarlo, tranquilizarlo, como si no le deseará ningún mal. Cuando Tomás logra recuperar su respiración rítmica, le susurra al oído:

—¿Recuerdas a Lorelai?

La respiración de Tomás se desboca otra vez y Pàmies teme que vaya a sufrir un infarto. El nombre no le dice nada, pero obviamente al otro sí.

—Dime —insiste la voz—, ¿la recuerdas?

Pero Tomás ha quedado poseído por el miedo y no puede hablar.

El fantasma obliga a Pàmies a sentarse en una silla, sale al pasillo y regresa con un carrito lleno de utensilios. Tomás lloriquea, y Tono, que ya no soporta oír sus lamentos, teme los que se avecinan.

—Ayúdame, Tono, te lo suplico. Sálvame. Por favor. Por favor.

Pàmies se aclara la garganta. Tiene que decirle algo. Consolarlo. Pero ¿cómo?

—Estaré contigo, Tomás. No me moveré de aquí. Te lo juro.

—¿Por qué dices esto? —está gritando—. ¡No digas esto! ¡No lo digas! ¡No quiero morir!

Entonces Pàmies, que no ha suplicado ni una sola vez durante esta eternidad, ni pedido un cigarrillo o una copa, lo hace por primera vez aunando las pocas fuerzas que le quedan, porque suplicar no está en su naturaleza:

—Suéltame una mano, por favor. Deja que le dé la mano.

El hombre de la máscara se vuelve hacia él. Los dientecillos amarillos sonríen.

—Pero si resulta que eres humano, inspector.

Y deja que ambos hombres estén más cerca el uno del otro y que Pàmies sujete la mano temblorosa del futuro cadáver.

—Tengo mujer, hijos y nietos. Me necesitan.

El fantasma lo obliga a abrir la boca e introduce en ella un abrebocas para separarle las mandíbulas. A partir de entonces, los gritos de Tomás solo parecen ruidos y se retuerce para liberarse de las correas y del incómodo aparato bucal. El verdugo vuelve a salir y regresa con un enorme dispensador de agua portátil y una larga cánula transparente. Para evitar más movimientos que impidan su obra, abofetea dos veces a Tomás, introduce la cánula provocándole arcadas y la conecta al grifo del dispensador. Cuando lo gira, el agua comienza alegremente su trayecto hacia la garganta y otros órganos.

—¿Qué haces? —Pàmies no da crédito.

—Darle de beber.

—Dirás ahogarlo.

—Supongo que sí.

—Es cruel.

—Por supuesto, inspector. De eso se trata. —Acerca su boca a la oreja de Tomás y, mientras este pone los ojos en blanco, susurra—: Pero no creo que sea peor que abrasarse.

Pàmies no sabe qué hacer. Podría cerrar los ojos, dejar de ser testigo del horror que acaba de empezar. Pero eso sería ruin. No sabe si el farmacéutico merece la muerte que le está llegando, puede incluso intuir de qué lo acusa, porque su memoria nunca flaquea, pero marcharse de este mundo ahogado en agua y miedo no debería ser una opción para nadie. O para casi nadie.

—¿Voy a morir, Antonio? —balbucea Tomás exhalando agua.

En su opinión, la verdad está sobrevalorada y las mentiras injustamente defenestradas. Él las usa sin problema y con bastante satisfacción, además. Podría mentir ahora. Negar la muerte inminente. Alegar algo estúpido que Tomás querría creer. Pero comprende que se hallan en un momento de una trascendencia absoluta. Un momento demasiado solemne para una mentira ridícula. Y demasiado solemne también para la cruda verdad.

—¿Eres creyente, Tomás? Yo no lo soy. Pero todavía recuerdo algo del colegio, de los curas. ¿Quieres que recemos? Aprieta mi mano si quieres rezar conmigo.

Y Tomás la aprieta. Muchas veces. Y lo mira moviendo un poco la cabeza hacia abajo.

—Bien. —Pàmies se aclara la garganta—. Vamos.

El padrenuestro llena la lúgubre habitación. Pàmies lo desgrana con su voz ronca, deteniéndose de tanto en cuanto para recordarlo. Tomás mueve la mandíbula intentando rezarlo. El verdugo sonríe. El agua sigue entrando a borbotones, empapando la camiseta, la sábana que protege la camilla, el suelo y los zapatos de Pàmies. Tomás empieza a toser. No puede parar. El riego está colapsando sus pulmones, su sistema. Es el fin.

Pàmies siente el apretón en su mano debilitarse. Pero no cesa en el rezo.

—... ruega por nosotros, pecadores...

Tomás vuelve a toser. Su rostro es la máscara del terror. El fantasma está disfrutando.

—... ahora y en la hora de nuestra muerte...

Unas lágrimas escapan de los ojos del moribundo y se confunden con el agua, que todo lo salpica. De su garganta sale un último ruido. Agónico. Definitivo. El corazón y los pulmones se han puesto de acuerdo para apagarse.

—Amén.

El farmacéutico ha muerto.

17

Palamós, 20 de enero, 6.45

Un grupo de pescadores habla bajo la luz de una farola. El que está en el centro gesticula acaparando la atención de los demás. Parece muy nervioso. De su boca salen nubes de aliento blanco. Hace frío. Agentes uniformados toman nota a toda prisa de sus declaraciones. Las barcas esperan solitarias y pacientes en el muelle el momento de salir al mar, pero nadie parece estar interesado en ellas. Y tampoco en la pesca.

Marcos frena en seco y saltan del coche. Varios *mossos* montan guardia alrededor de la lonja de Palamós y de otras zonas del puerto y desalojan a los curiosos que se han acercado alertados por las luces de las sirenas. Alguien les indica que el comisario está dentro y les abre la puerta metálica para permitirles el paso.

—Ya estamos aquí, señor comisario.

—Buenos días a los tres, por decir algo.

Los ojos de Héctor carecen de su brillo habitual, sus párpados inferiores están algo hinchados y sombreados de color gris, y no viste el uniforme. No ha habido tiempo para eso. Nico supone que su aspecto no es mejor. Marcos y Cas, haciendo uso de una costumbre que empieza a ser demasiado habitual, han asaltado su casa de madrugada y con palabras tan urgentes como escasas le han hecho vestirse a toda prisa.

—Acuario. En el puerto de Palamós. En la *Llotja.*

—¿El farmacéutico?

—Supongo —había dicho Marcos—. Y espero. Porque la otra opción es Pàmies.

—Vamos.

Apenas ha tenido tiempo de lavarse los dientes y la cara. El trayecto de quince minutos ha sido una alocada carrera sobre el asfalto, pero Nico no se ha quejado. Él habría conducido todavía más rápido. Cas ha permanecido agarrada al asidero sin decir ni mu.

—¿Es...?

—Juliá. Seguidme. —Héctor señala el fondo de la lonja.

A uno y otro lado, los puestos vacíos a la espera de recibir el pescado de la tarde conforman un pasillo que recorren en silencio. Los focos plantados por la Científica los deslumbran impidiéndoles centrarse en el escenario, una zona de la lonja desangelada y dispuesta para el almacenamiento, hasta que sus ojos se acostumbran al contraste entre la casi oscuridad y la luz excesiva. Y entonces lo ven. Solo, desangelado, el

cadáver de Tomás Juliá se presenta ante ellos. Avanzan despacio para ser testigos de su desesperación final.

Como las dos primeras víctimas, Tomás está desnudo, tumbado en el suelo, con los brazos estirados a los lados. La cabeza está sumergida en un dispensador transparente de agua colocado boca abajo, que descansa sobre sus clavículas. Tiene cosidas a los muslos unas piernas ajenas, teñidas de color morado por culpa de la putrefacción, con gruesas puntadas de hilo de nailon. La caja torácica está rajada y abierta de arriba abajo y sus entrañas rebosan agua. Dentro de ese horrible agujero generado a la fuerza, algunos goldfish nadan desesperados. Otros han cesado en su lucha por la supervivencia y han muerto. El olor a podrido es nauseabundo, y que el escenario de tamaño descubrimiento sea la lonja del pescado tampoco ayuda.

—Magnífica y terrible representación de Acuario —susurra Nico.

Pero lo peor es el semblante de Tomás Juliá. La mueca de terror. La boca abierta, la mandíbula ladeada, testigos mudos de lo que debieron ser gritos. Desesperación.

—¿Por qué tanto odio? —Héctor hace la pregunta al aire.

—Hay quien no necesita motivos y hay quien se los inventa. Nada puede justificar esta carnicería. —Nico no puede apartar la mirada del cuerpo destrozado, mutilado, derrotado—. Es raro que tenga los ojos cerrados. ¿El asesino, haciendo algo caritativo después de semejante crueldad?

—Buena observación, señor Ros. —El doctor Casals está enfundado en su mono talla extrapequeña—. No creo que muriese así. Se los cerraron después.

—¿Quién?

—A este hombre no lo mataron aquí. Este es solo el escenario. Tal vez había alguien más con él. —Casals suspira exhalando la tristeza que le posee y todos saben a quién se refiere—. Murió llorando. Creo que esos puntitos blancos en sus pestañas son restos de sal seca. Lágrimas, supongo, porque lo ahogaron con agua dulce. En fin, cuando saquemos la cabeza de ese horrible recipiente, podré asegurarlo, pero temo que no me equivoco.

—Y tampoco sería muy arriesgado decir que esas piernas son de Miha Radu —señala Nico—. Está claro que quiere que sepamos que los está matando por el mismo motivo. Con los miembros que traslada de un escenario a otro, los vincula, nos está mostrando un mapa.

—Tenemos cinco minutos antes de que llegue el comisario jefe: ni uno más —advierte Héctor, y señala a Cas y a Nico—: A vosotros dos no debe encontraros aquí. Así que aprovechad...

Cas ahoga una arcada, sale corriendo a una esquina para no corromper el escenario y se inclina para vomitar apoyándose en una columna.

—Yo me ocupo. —Nico sale disparado tras ella—. Me la llevo fuera.

Salen del edificio y, como sombras en la oscura madrugada, llegan al borde del muelle. Nico la obliga a sentarse sobre un enorme noray y se pone en cuclillas a su lado. La fría brisa marina los envuelve y permanecen unos segundos empapándose de ella. Bajo el pantalán, el mar susurra su eterna canción.

—Ese olor...

—Ya. Miembros podridos y pescado. Mala combinación.

—Soy idiota. Menudo ridículo.

—Te encanta ser dura contigo misma, Cas. —Nico suspira intentando recuperarse a su vez de la impresión—. Marcos no pudo probar bocado durante horas después de ver al Hombre Cabra, ¿lo sabías? —Le ofrece un pañuelo de papel y ella se seca los ojos y la boca.

—El comisario no volverá a contar conmigo.

—Héctor le dijo esa mañana a tu primo que más le valdría dedicarse a otra cosa si semejante barbarie no le afectaba. Además, Cas, él no es tu jefe. Soy yo.

—Eres tonto. —Pero en su rostro sofocado se dibuja una sonrisa.

—No te pases.

Las sirenas de un coche oficial se acercan veloces. El comisario Capo lanza algunas instrucciones al aire nada más llegar, dejando claro quién ostenta el mando, y entra en la lonja. Su hijo Jordi sigue sus pasos y el chófer se esconde en una esquina y enciende un pitillo.

—¿Estás mejor? —Cas le asegura que sí, aunque su rostro refleja lo contrario—. Ven conmigo. Aprovechemos este rato.

Tira de ella y se acerca a un barco con cabina, en el que ha visto refugiarse al pequeño grupo de pescadores. Está fuera del agua, sostenido sobre raíles de madera para su reparación. Se llama Anita. Casi todos los barcos de pesca tienen nombre de mujer, aunque ninguna mujer vaya en ellos. Una escalerilla los invita a abordarlo. Nico sube dos peldaños.

—¡Ah del barco! ¿Podemos entrar?

—Buenos... días. —El rostro enjuto y curtido de un evidente lobo de mar asoma por estribor—. ¿Quiénes son ustedes? Ya hemos prestado declaración.

—Lo sé. Pero ¿les importa si yo les hago unas preguntas? —Silencio absoluto—. Me lo pide el comisario Narváez. Soy el yerno de Manuel Orozco.

Seguro de que ambos nombres han surtido efecto, Nico salta de una zancada el último tramo y se planta en cubierta, con Cas detrás aferrándose a cuanto encuentra a su paso, tensa por el crujir de los maderos.

—¡El bueno de Manuel! Adelante, pasen.

Los rostros se relajan. Visten ropa informal, abrigos impermeables y calzan botas de agua. Los hay de todas las edades. El veterano lobo de mar observa a Cas y le ofrece un termo.

—El Anita no va a caerse, señorita. Varó de forma involuntaria y hay que repararlo, pero está bien asentado. Es coñac. Calentito. Le sentará bien, he tenido que obligar a mi sobrino a dar un buen trago, pero ya está mejor, ¿verdad? —Rodea con el brazo a un chico muy joven, de aspecto demudado, y Cas lo acepta, se lo lleva a la boca con manos temblorosas y bebe un sorbo. Su rostro recupera su color habitual y el desconocido asiente satisfecho—. *Això està millor.*[1] —Le ofrece a Nico y este lo rechaza poniendo su mano entre el termo y él:

—El coñac no es lo mío. Pero mataría por un café.

Otro de los hombres levanta la tapa de una cesta de mimbre y saca un segundo termo.

—Aquí tenemos para todos los gustos —asegura sirviéndolo en un pequeño vaso de plástico—. Nuestras jornadas en el mar son largas.

—*Moltes gràcies.*[2] —Nico lo bebe de un sorbo y cuando le rellena el vaso, lo acepta encantado—. Sin mi café matinal, no soy persona. —Se ha roto el hielo.

—¿Qué quieren saber?

—¿Quién lo encontró? ¿Ustedes? —pregunta Nico atento.

Entre todos resumen el horrible hallazgo. La mayoría habla en catalán y Cas agudiza el oído para perderse lo menos posible: ellos suelen llegar un rato antes de la salida de los barcos al mar, sobre las seis menos veinte, igual que hoy. Charlan un rato y toman café o un carajillo antes de embarcar. Tienen la llave de la lonja, y Jaume, uno de ellos, estaba algo indispuesto y necesitaba ir al servicio, que está al fondo del edificio. Alguien había forzado la cerradura. Los avisó a gritos, y seguros de que algunos chavales se habían colado para correrse una juerga, fueron en tropel hacia allí. Pero él ya había entrado, dispuesto a echarles una buena bronca.

—Le oímos gritar, pero esta vez de miedo. Corrimos más todavía. Jaume estaba en el suelo, de rodillas, más allá de los puestos de pescado. Gritaba tapándose la cara. Y entonces nosotros lo vimos también. —Nico y Cas asienten sin interrumpir—. Esto… es obra del diablo, ¿verdad?

—El diablo no exist…

—Somos pescadores, señorita, no imbéciles. Pero créame si le digo que el hombre que está cometiendo estos asesinatos es un demonio. La mayoría no están en el más allá, ¿sabe?, sino entre nosotros.

—Es más seguro salir al mar que quedarse en tierra —añade otro—, y nunca pensé que diría esto.

—¿Han tocado algo? —pregunta Cas, ya con un poco más de color en la cara.

—¡Por supuesto que no! Nos largamos tan rápido como pudimos y dimos la alerta.

—¿Quién de ustedes es Jaume? —continúa Nico.

—Ninguno. Una ambulancia ha venido a por él hace un rato. Estaba

desquiciado. Han tenido que sedarlo.

—¿Vieron a alguien? ¿Algún coche marchándose? ¿Algún..., no sé, olor especial?

—¿Más especial todavía? —El pescador mueve la cabeza y Nico comprende que siguen bajo el impacto de la escena y también del tufo nauseabundo del que han sido testigos y que quiere pegarse a sus ropas y a su piel.

—¿Por qué lo ha dejado así? ¿Qué significa? Las piernas, los peces y ese, ese... —pregunta el chico.

—Dispensador de agua —aclara Cas.

—Exacto. ¿Por qué?

—No le des vueltas —aconseja Nico—. Algunas mentes están perturbadas y necesitan creer que el horror que siembran significa algo, pero no es así. No dejes que lo que has visto hoy te acompañe demasiado tiempo, ¿vale? Cuando podáis marcharos, tómate el día libre, y si tienes novia, llévala al cine. Y bésala. Y luego vete a casa y cena con tus padres y ponte a ver en la tele tu serie preferida. Y olvida esto tan rápido como puedas.

Cas escucha en silencio. El chico asiente y su tío le da una colleja cariñosa. Les piden que no se muevan hasta que algún agente se lo indique y les dan las gracias por su paciencia.

—Lamento que tengan que esperar aquí tanto rato, con este frío húmedo —se despide.

—Estamos vivos —dice el veterano—, qué más da el frío.

* * *

Agazapados en el asiento trasero del coche con el que han llegado, observan el devenir de la investigación.

—¿Están puestas las llaves? Voy a poner la calefacción. —Cas se abalanza sobre el asiento delantero, mueve la llave en el contacto, sube la temperatura y regresa a su escondite justo a tiempo.

El comisario Capo sale de la lonja acompañado de Héctor y se detienen a pocos pasos de ellos. Hablan. Capo le señala repetidas veces con el índice y Héctor no aparta su mirada. Pasados unos segundos que parecen horas, Capo le grita a su chófer que se marchan, el coche arranca, hace ráfagas a los curiosos que siguen al otro lado de la valla para que se aparten a su paso y desaparece en un abrir y cerrar de ojos. Ven a Héctor mirar la noche ensimismado y, cuando Cas va a salir, Nico la retiene:

—Dale un momento. Él también los necesita, aunque no los pida.

Al cabo de un rato se acercan sigilosos.

—¿Estás bien, Héctor?

—Nadie lo está hoy, ¿verdad?

—¿Qué dice el Gran Hombre?

—¿Qué va a decir? La verdad. Que esto es un desastre y que mañana la prensa y la población se nos echarán encima. Tomás Juliá quería ser el próximo alcalde, su cara empezaba a ser conocida en los periódicos y canales de televisión locales. —Nico sabe a qué se refiere: los teléfonos del cuartel empezarán a sonar con llamadas fantasiosas delatando a vecinos, inventando testimonios, los periodistas acamparán en la entrada de la comisaría y nadie les dará tregua—. Estamos buscando a un asesino en serie. Es muy fuerte. —Yergue la espalda y recupera su habitual postura decidida—. Le daremos algo de tiempo a Casals para la autopsia y nos reuniremos. No creo que Quiroga tarde mucho, pronto podréis volver a casa. Descansad unas horas.

—¿Le has preguntado a Capo sobre su amistad con Juliá?

—Eso estaba haciendo ahora. Ha sido parco y claro: naturalmente que se conocían. Y mucho. Ha añadido que él no tenía por qué informar de eso. Y que conoce a todo el mundo y todo el mundo lo conoce a él.

—Me cae como el culo —suelta Cas ante la mirada atónita de Héctor—, pero hoy ha perdido a un amigo. Debe de estar triste.

—No lo sé. —Héctor se pasa pensativo la mano por la barbilla—. Ni siquiera estoy seguro de eso.

Se despide de ellos y se aleja en dirección al Anita. Oyen a los pescadores darle la bienvenida. Es un hombre apreciado en la comarca. No podría ser de otra manera.

Luces rojas, naranjas y violetas se abren paso muy despacio en el horizonte anunciando el nuevo día. Marcos sale al fin de la lonja y se ponen en marcha. Al abandonar el puerto, Cas se fija en una melena rubia que ondea al ritmo de la brisa. Una chica vestida de ciudad entre los curiosos.

Cuando llegan a Llafranc, son las ocho y diez de la mañana y el amanecer luce en todo su esplendor, pero es una imagen mucho más fea la que se empeña en mantenerse en sus retinas. Nico recuerda las palabras que le ha dicho al jovencísimo pescador y se obliga a contemplar el espectáculo. Porque uno debe aplicarse los consejos que da. Los colores del nuevo día actúan como un bálsamo en él. Saldrá a nadar. El agua siempre limpia la porquería que arrastramos.

—¿La habéis visto? —Cas no espera a que respondan—. Estaba entre el público, detrás de la valla del puerto.

—¿Quién?

—Miren Marlaska.

Lugar desconocido, 7.30

Pàmies deja caer su cuerpo sobre el colchón. El fantasma cierra la puerta desde el otro lado y oye sus pasos alejarse. Solo ha entrado para asegurarse de que todo andaba bien. Ha estado mucho rato ausente y Pàmies sabe que ha usado esas horas para la puesta en escena. Habrá

dejado el cadáver en algún sitio donde pueda ser descubierto y tal vez ya lo hayan encontrado. Intenta olvidar el rictus de Tomás al morir y se esfuerza por serenarse. Jamás le mostrará su debilidad. Ni la pena que lo invade. Ni la angustia. Ni el asco. Ni el miedo que ha pasado. Jamás. A partir de hoy se superará. Se recompondrá. Trocito a trocito. Pedazo a pedazo. El hijo de la gran puta no tendrá ni idea de los cambios silenciosos. Ni de su fortaleza recuperándose poco a poco. Ni de su firme intención de matarlo y de largarse de ahí sin mirar atrás.

Hoy el asesino ha cometido el primer error. Ha bajado la guardia. Eso le ha servido para recordar una máxima básica de su profesión: que los criminales siempre lo hacen. Porque se confían. Se vienen arriba. Les puede el orgullo. Cuando le ha pedido un cigarrillo, lo ha mirado con esos ojillos pequeños y oblicuos y ha ido a buscar uno del paquete que Pàmies llevaba encima cuando lo capturó. Le ha dado lumbre y, mientras amputaba las piernas de Tomás canturreando, las tiraba a un cubo viejo y feo y cosía unas malolientes y podridas en su lugar, él ha fumado el pitillo, sintiéndose mareado por tantos días sin nicotina en su sangre, pero reconfortado al inhalar a su vieja amiga.

«Si no te mato yo, eso lo hará», le ha dicho el asesino.

Pero Pàmies ha dado otra calada y echado el humo en su dirección como toda respuesta.

Su captor le ha arrancado las entrañas al pobre Tomás y después ha salido de la habitación un par de segundos. Solo un par. Pero suficientes para que él metiese, ahogando las arcadas que peleaban con su voluntad en su interior, la colilla en algún lugar muy recóndito del cuerpo sin vida del farmacéutico. Probablemente la encontraría. Y le propinaría otra patada. Y seguramente le haría saltar otro diente, o una muela. Pero qué más daba, si igualmente estaba condenado a un final terrible. Al menos, si el bueno de Casals da con la colilla, sabrían que seguía vivo. Eso es suficiente, de momento. Tendrían esperanza. No dejarían de buscarlo. Muy rápido, se ha limpiado la sangre de la mano con la sábana sobre la que Tomás ha muerto y ha aprovechado para cerrarle los ojos.

«¿Cómo te atreves?», ha mascullado el cabronazo.

«Si quieres, se los vuelvo a abrir. Para que te siga mirando fijamente. ¿Sabes? Creo que aún puede verte».

El otro ha resoplado divertido ante la idea, se los ha dejado cerrados y afortunadamente, no se ha percatado de la treta de Pàmies.

Y tampoco ha encontrado la colilla más tarde porque, de otro modo, le habría castigado y no lo ha hecho. Pàmies se apunta un tanto. Es una victoria pírrica, pero una victoria, al fin y al cabo.

Se da la vuelta en el colchón y da rienda suelta al llanto que inunda todo su cuerpo y que se ha negado a soltar mientras el monstruo pudiera ser testigo de él. Deja que las lágrimas sigan su curso sin prisa, sin ningún esfuerzo por evitarlas. Están resultando sanadoras. Necesarias. Se pregunta de dónde sale ese llanto inacabable que lo acosa estos días y

supone que llevaba tanto tiempo agazapado, negado, que le ha bastado una grieta para salir a la luz. Nadie, ni siquiera él, puede esconder eternamente la tristeza. Deja a las lágrimas salir a su aire, correr por su barba, por su cuello, por su camisa sucia. Le pide perdón a Tomás por no haber sido capaz de hacer nada más por él, se pregunta por Lorelai, intenta recordar dónde ha oído ese nombre antes y, al mismo tiempo, pelea por olvidar la tortura, el pánico en los ojos del ya muerto, su ahogo, la presión desesperada de su mano y su último aliento.

—No sé qué hicisteis, Tomás. Ni siquiera sé si merecéis mi angustia. Pero te juro que mataré a tu verdugo. Te lo juro.

Una extraña calma lo invade y siente un enorme agradecimiento por haber podido acompañarlo en su camino a la muerte, lo que no pudo hacer con su mujer y su hija, y poco a poco, el sueño llega como un bálsamo, prometiéndole una tregua compasiva. Se lo lleva dulcemente, él no opone resistencia y se queda dormido.

Llafranc, 12.45

Nico oye ruidos en la planta baja. Alguien trajina en la cocina. Salta de la cama y se pone una camiseta.

Baja las escaleras a toda prisa y entonces ve a su hijo en el balancín, sonríe medio dormido pero feliz y corre hacia él.

—¡Simón! Ven con papá. —Hunde la nariz en el cuello del pequeño, que se queja un poco mientras él aspira su olor y lo llena de besos.

—¿Alguno para mí? —Estela sale sonriente de la cocina con un biberón en la mano.

Nico la mira sin dar crédito.

—No me dijiste nada.

—Quería darte una sorpresa.

Se besan largo rato procurando no aplastar al niño y Nico suspira. Han vuelto.

—No vuelvas a dejarme.

—Exagerado. —Estela se ríe, contenta de estar de vuelta.

—¿Quieres darle tú el biberón? —Vuelve a besarlo en la boca y le acaricia la mejilla—. Sé lo que ha pasado Nico, y también que ves cosas horribles por tu trabajo, pero... me alegra estar aquí.

Él mira el reloj sorprendido. Ha dormido mucho más de lo que pretendía. Después de atravesar a braza varias veces la bahía, ha aclarado y tendido el mono de neopreno y caído agotado sobre la cama con la intención de permitirse un breve descanso, pero su cuerpo y sus nervios han dicho «hasta aquí» y le han obligado a un sueño largo y reparador. Se ha hecho tarde y debería marcharse. Ir al cuartel. O a casa de Marcos. Hacer algo. Pero, en lugar de eso, se sienta con Simón en brazos y Estela lo hace en el reposabrazos.

—No hay prisa, Nico. Todo lo demás puede esperar.

Y Nico le da el primer biberón a su hijo. Despacio. Con calma. Su casa vuelve a ser un hogar rebosante de vida y, durante un rato, olvida el horror y la ira que se han desatado más allá de su pequeño mundo, el único que necesita.

Palafrugell, 16.00

—Ya ni siquiera puedo decir que murió ahogado. —El doctor Casals tiene todavía la cabeza inclinada sobre el cadáver y ha dejado de quejarse porque han llegado demasiado pronto—. Le falló el corazón antes de eso.

—¿Un infarto? —Marcos tiene el labio superior y el arco de Cupido repleto de linimento de menta. No es para menos.

—Murió de miedo. —Nico imagina esos últimos segundos. La vida marchándose de esa forma horrible—. No hay más que verle la cara.

Cas se mantiene a una distancia prudencial, menos de la que le gustaría, porque se está obligando a superar su rechazo a semejante visión. No es la muerte lo que la angustia. La muerte es natural. Necesaria. Es esta muerte en concreto. Cruel. Ausente de compasión. Es el sufrimiento que padeció la víctima durante su encierro. Su pánico. Y el calvario que tuvo que vivir para finalmente morir. Han visto al doctor adentrar sus guantes en las entrañas de Tomás, sacar peces naranjas, drenar el agua y la sangre estancada en la cavidad. Han oído caer las gotas en los cubos que han puesto bajo la mesa de autopsias. Y han visto también al ayudante del forense enhebrar la aguja que cerrará para siempre ese feo agujero. El muerto se irá al más allá, vacío de muchos de sus órganos, pero lleno de cicatrices. De todo tipo, incluidas las que no pueden verse con los ojos. Los labios de Cas se mueven sin que apenas se dé cuenta de ello y Nico sabe que está rezando, porque la empieza a conocer. Los demás parecen estar de acuerdo con ese murmullo de fondo que también les empieza a resultar familiar, porque nadie se queja.

—Las piernas eran de Miha Radu, claro. —Casals se quita los guantes, se pasa el dorso de la mano por la frente y le pide a su ayudante que eche un último vistazo a la víctima antes de coser. Él mismo repasará las suturas más tarde—. Estuvieron congeladas hasta que las necesitó para... su puesta en escena. El nailon utilizado es resistente, buen poliéster, es el que usamos aquí y también la mayoría de los barcos de pesca de la zona. Puede comprarse en muchos sitios, tiendas especializadas o de deportes. El trabajo que hace no es perfecto, está claro, pero como ya sabemos, el sujeto sabe cómo cercenar y coser.

—Entonces, ¿es un médico?

—No necesariamente. Podría ser veterinario o alguien acostumbrado a cortar miembros. Carniceros, por ejemplo. Su trazo es el de un diestro hábil con los cuchillos, dispone de instrumental y está claro que los

miembros de nuestras víctimas no son los primeros que amputa.

—¿Y los peces? —Héctor mira el cubo al que han ido a parar.

—Pueden encontrarse en cualquier tienda de animales.

—Pero ahí hay al menos una treintena. Eso deja rastro. Enviaré a alguien a indagar. —Mira a Marcos, que asiente y toma nota.

—Deja que yo me ocupe, Héctor. Bastante trabajo tenéis vosotros, y me encantará colaborar con algo que no sea un cuerpo sin vida.

Héctor recuerda la inestimable ayuda del forense en el caso de Bashira y asiente aprobando la idea. Casals pasa a hablarles de los restos de diazepam en la víctima. Sin embargo, añade, la cantidad es mínima y no pudo impedir que fuera consciente de todo. Tomás ha muerto alrededor de las doce de la noche del 19 de enero por una parada cardiaca, mientras alguien lo obligaba a tragar litros de agua que encharcaron sus pulmones. El tórax se lo han rajado *post mortem*. Las marcas en los tobillos y muñecas delatan que había permanecido atado con correas durante tiempo y su nutrición era suficiente, pero pobre. Su miedo, absoluto. Su tristeza, también. Por eso, tal como había anticipado, tenía en las pestañas restos de la sal que siempre acompaña al llanto.

—Y la higiene —concluye—, deplorable. Era un hombre pulido, elegante. Debió de sufrir al morir desnudo y sucio.

—No sé si debía importarle mucho en ese momento, doctor.

—Al contrario, señorita Quiroga. La dignidad es lo único que queda cuando se ha perdido todo lo demás.

Cas lo mira con curiosidad renovada, decidiendo de forma definitiva que el doctor es uno de sus favoritos. Un buen hombre, de poco ruido y muchos gestos. Como debe ser. Ajeno a esas reflexiones, Casals añade que ha sido imposible encontrar huellas dactilares en la piel de la víctima.

—Ya es una labor harto difícil, pero imaginen buscarlas en un cuerpo mojado.

—Apuesto a que ese tipo jamás se quita los guantes —murmura ella —, y de poco nos servirían si no está fichado.

—No creas, Cas. —Nico aparta la mirada de los ojos de desespero de Tomás—. Con un buen motivo, Héctor podría solicitar una búsqueda en los ficheros del Estado. El problema es que todavía no tenemos sospechoso.

—Doctor... —el ayudante de Casals se atreve a interrumpir después de varios amagos—: debería ver esto.

—¿Qué ocurre? —Casals se acerca y observa de forma minuciosa el agujero sin órganos. Sus ojos se detienen en el punto que su ayudante señala, coge unas pinzas, trabaja con ellas unos segundos y les muestra a todos lo que sujetan: una colilla ensangrentada—. Buen trabajo, Tasio.

El rostro del ayudante se sonroja mientras mira incrédulo su propio hallazgo. Los demás se acercan sin disimular su curiosidad.

—Es la marca preferida de Tono. —Casals acerca sus lentes al

cigarrillo—. Sigue vivo. Y quiere que lo sepamos.

* * *

Nico recorre con pasos rápidos una callejuela de Palafrugell. Se ha separado de ellos con una excusa al salir del Anatómico, asegurándoles que se verían a primera hora del día siguiente, y Héctor se ha negado, cosa rara en él, a continuar el encuentro en su restaurante habitual y merendar algunos de los manjares que Marisa le tiene prohibidos. El hallazgo del cadáver de Tomás Juliá ha conseguido que el secretismo con el que intentaban llevar la investigación se evapore, y al miedo de los habitantes de la zona, sus cuchicheos, los saludos breves y turbios y sus claras miradas de decepción cuando pasan junto a ellos, se suma que varios equipos móviles de programas indiscretos y de informativos han llegado al pueblo. Y lo han hecho para quedarse, de eso están seguros.

—Solo faltaría que nos vieran juntos y comiendo en un restaurante..., uf.

Los demás lo han visto alejarse, con el peso del mundo sobre sus hombros y las preguntas sobre el estado de Pàmies en el corazón.

Está anocheciendo y apenas hay gente en el callejón. Un hombre pasa junto a Nico con la cabeza gacha y una madre que camina con dos hijos de la mano cambia de acera al verle acercarse. Querría decirle que es de los buenos, que no debe temerlo. Pero debe. Por supuesto que sí. Hay que desconfiar de todos y cada uno. Porque el rostro del mal es el de un desconocido y, como todo el mundo sabe pero todo el mundo olvida, las apariencias engañan.

Golpea con la aldaba la puerta de la casa parroquial. Nadie responde al otro lado. Deja pasar un par de minutos y repite la llamada.

—¿Quién anda ahí?

—Soy Nicolás Ros, *mossèn.* Estuve aquí el otro día.

La puerta se mueve y Mossèn Pau asoma la cabeza.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Ros? Creí que en nuestro encuentro lo había dejado todo claro.

—Claro fue. Pero útil, no. ¿Conocía usted a Tomás Juliá?

—Cómo no. —El *mossèn* se santigua—. Era uno de mis feligreses. Su farmacia está al lado de la iglesia. Nos cruzábamos constantemente y mañana oficiaré su funeral.

—Habla en pasado. Así que sabe que lo han matado.

—¿Y quién no? Esta pesadilla se ha convertido en el único tema de conversación en el pueblo. Muchos ya no asisten a misa de siete porque está oscuro y prefieren quedarse en casa. A salvo. Es lógico...

—¿Puedo pasar? Hace frío.

—Preferiría que no. —Mossèn Pau abre la puerta un poco más, pero solo lo suficiente para que Nico deje de parecer un intruso acechándolo —. Me resultará más violento negarle otra vez lo que pide si le tengo

sentado delante de mí.

—Por favor. Necesito ayuda. Todos la necesitamos.

—Si es usted tan buen detective como dicen, señor Ros, debe de tener buena memoria.

—La tengo.

—En ese caso, recuerde nuestra pequeña charla del otro día. Le dije cuanto podía. No era mucho, pero no era poco —recalca sus últimas palabras, inclina la cabeza y se despide de él—: Vaya usted con Dios, señor Ros.

Y Nico se encuentra solo de nuevo frente a una puerta cerrada, con la noche y las sombras cayendo sobre él.

* * *

Al entrar, le sorprende el silencio que reina en su casa. No es lo habitual. Estela y Simón suelen estar en casa al anochecer, siempre hay velas en el salón y alguna luz encendida en la coqueta cocina americana. Pero todo está tan silencioso como cuando su mujer y su hijo se marcharon a Barcelona.

—¡¿Hola?!

—Nico. —Estela lo llama desde el piso de arriba.

—¿Qué pasa?

—Nada. Sube.

Lanza el abrigo sobre un sofá y obedece a toda prisa. Su mujer está apoyada en el marco de la puerta de su dormitorio totalmente desnuda.

—Simón está con mis padres. Y tengo frío. Y te he echado de menos.

Nico siente su corazón latir en el pecho y la sangre agolparse en su cabeza.

—Yo…

—Chssss. —Estela se acerca a él, le manda callar posando el índice en los labios de Nico, se enrosca en su cuerpo como lo haría una hiedra y le susurra al oído—: Hazme el amor, detective Ros.

18

Palafrugell, 25 de enero, 10.00

El salón de actos está abarrotado. No cabe un alfiler. Se ha habilitado el comedor del Centro Fraternal del pueblo para la rueda de prensa. Muchos vecinos esperan en la plaza principal a que salgan los periodistas, algunos de ellos deseosos de tener un micrófono delante y poder contar sus impresiones. Con suerte, saldrán en algún informativo.

Nico y Cas están de pie, al fondo, escondidos entre la prensa menos reconocida, que ha tenido que contentarse con el sitio asignado, lejos de los protagonistas. Marcos ocupa una butaca al lado de sus compañeros, en las filas delanteras. Las cámaras de las cadenas más importantes del país están cerca de la mesa principal, y frente a ella, los periodistas de más prestigio esperan, sentados y micrófonos en mano, la aparición de los comisarios al frente de la investigación. Un Nil Capo exageradamente erguido entra en la sala seguido de Héctor, impecable con su uniforme de camisa celeste, corbata azul marino y galones. Capo se sienta sin reparos en la butaca central. Héctor se libra de la gorra de plato y Nico sonríe en la semioscuridad en la que se han refugiado, porque sabe cuánto odia los actos públicos y el protocolo, y también que, un gesto tan simple como quitarse la gorra, le hace sentir más libre y cómodo.

—¿Cómo murió Tomás Juliá? ¿Tiene que ver su asesinato con sus planes para ser alcalde? ¿Dónde está el inspector Pàmies? ¿Ha muerto? ¿Qué relación tienen las víctimas? ¿Las elige al azar? ¿Por qué no han informado de ello? ¿Acaso la población no merece ser advertida del riesgo? ¿Hay alguna pista, sospechas de quién puede ser el asesino? ¿Son varios? ¿Cuántos más van a morir? ¿Y qué piensan hacer para darles caza?

Las preguntas se desarrollan en orden y Capo asume el mando respondiendo con calma y evasivas pero, conforme se vuelven más comprometidas, su rostro se acalora, bebe dos vasos de agua y Héctor le ve apretar las manos bajo la mesa hasta que sus nudillos pierden el color.

—¿Quiere que siga yo, señor? —susurra.

Por toda respuesta, una mirada fulminante.

—No ha contestado usted a mi pregunta, comisario Capo. —Un periodista reconocido de la televisión pública catalana, insiste, sin darse por satisfecho con la respuesta anterior.

—¿Puede repetirla?

—¿Qué les hizo a las víctimas? ¿Se trata de un asesino en serie? Porque ya van tres personas.

—Son varias preguntas.

—Pero usted no ha contestado a ninguna.

Las manos de Capo tiemblan. La vena de su sien parece a punto de estallar y su rostro está adquiriendo un peligroso tono rojizo.

—Buenos días, Salvador. —Héctor se acerca al micrófono—. Y buenos días a todos. Gracias por estar aquí. —Se aclara la garganta. A su lado, la respiración agitada de Capo le hace pensar que algo no anda bien. Es probable que esté siendo víctima de un ataque de ansiedad—. Las preguntas son libres, pero sabes que las respuestas no lo son. Nuestra obligación es mantener la investigación en secreto, por el bien de todos y por la resolución del caso. Se lo debemos a las víctimas y a sus familiares. —Un murmullo recorre la sala pero Héctor no se deja impresionar—. La población no está en riesgo. El perfil de las víctimas es muy concreto, como todos sabéis, y trabajamos contrarreloj para comprender los motivos que llevan al asesino a su elección. No vamos a desvelar nada que pueda perjudicar la investigación.

Una mujer rubia se levanta en una de las filas intermedias. Lleva gafas de concha, los labios pintados de carmín rojo y viste de negro, con prendas que se pegan a su cuerpo. Su corta melena rubia se balancea mientras habla, sabedora de que acapara toda la atención:

—Buenos días, comisario Narváez —saluda obviando a Nil Capo.

—Señorita Marlaska...

—Su asesino mata imitando los signos del zodiaco. —Un silencio sepulcral primero y un sonoro murmullo después recorren la sala—. Ha matado en Sagitario, en Capricornio y ahora en Acuario. —Las voces aumentan su intensidad y se oyen comentarios, palabras de sorpresa, quejas. Marcos se sonroja y mira a Jordi Capo, que, sentado a su lado, mantiene la vista al frente—. ¿Debemos suponer que quiere cerrar el círculo? ¿Por qué se lleva cabezas y piernas al siguiente escenario? ¿Elige a sus víctimas al azar? ¿Es alguien que odia a los hombres maduros? ¿Es una obsesión? ¿Quién será el siguiente?

Nil Capo se afloja la corbata. No puede respirar. Abre la boca para que el aire entre en sus pulmones, pero no lo consigue. Cae al suelo. Alguien grita que llamen a una ambulancia. La gente se levanta para socorrerlo. O para cotillear, quién sabe. Marcos salta de su asiento y monta en milésimas de segundo un cordón policial dando órdenes a sus hombres para que actúen rápido e impidan el paso. Héctor se agacha junto a Capo, le afloja la corbata y los botones de la camisa y presiona con fuerza el pecho del comisario a un ritmo concreto y rápido, mientras pide a gritos un desfibrilador y un médico.

Una voz suave, quizás la única que no ha perdido la calma, le pone la mano sobre el hombro:

—Tranquilo, Héctor. Déjame a mí.

—¡Casals! ¿Qué haces aquí?

—Venía a darte mi apoyo.

—Bendito seas. —Héctor se hace a un lado para no estorbar y se ocupa de recuperar su propia respiración.

Minutos después la sala ha sido desalojada. A Capo se lo han llevado en ambulancia acompañado de su hijo, porque en su delirio lo reclamaba sin cesar. Los periodistas han salido tras ellos, sin dar tregua. Casals y Héctor siguen sentados en el suelo, aturdidos y sudorosos, recuperándose del susto y del esfuerzo.

—¿Agua? —Marcos les ofrece dos botellines y se deja caer a su lado.

Nico y Cas se acercan ahora que los *mossos* han roto el cordón de seguridad y se han marchado. Se sientan con ellos, apoyándose en la pared.

—¿Qué ha pasado aquí? —pregunta Nico al aire, todavía sorprendido por la concatenación y rapidez de los hechos—. ¿Capo va a recuperarse?

—Eso creo —contesta Casals, pálido y sudoroso, con un aspecto alborotado muy lejano al habitual.

—Hoy es un gran día, Bartolomé. —Héctor le da golpecitos cariñosos en el brazo—. Has salvado una vida. Muy bien hecho, para ser el doctor de los muertos.

Bartolomé Casals sonríe detrás de los gruesos cristales de sus gafas y sus ojos brillan. Mueve la cabeza sobre su cuello fino, de esa forma que a Nico tanto le recuerda a un tentetieso. Es cierto. Lo ha hecho.

19

Lugar desconocido, 27 de enero, 6.15

Oye su voz, pero no puede verlo porque no ha entrado en la celda. La odia. La odia con toda su alma. Esa vocecilla chillona, demasiado rápida, poco firme, desagradable. Estos días no la ha añorado en absoluto. Sabe por qué lo ha dejado abandonado, sin comida ni bebida, obligado a hacerse sus necesidades encima, amordazado y con la lengua seca y los labios agrietados. Porque sabe lo de la colilla. Lo sabe. La encontró, tal como temía, y esta vez, en lugar de castigarlo causándole dolor físico, cortando algún pedazo de su cuerpo o propinándole una patada que le hiciera saltar algún otro de sus maltrechos dientes, lo ha castigado con indiferencia, con su ausencia y sin lo necesario para sobrevivir.

Al principio el hambre, la sed y el asco que su propio cuerpo le provocaba le resultaron insoportables. Había vomitado bilis y las arcadas le habían acompañado durante horas. Pero después, no sabía muy bien cuándo, al debilitarse su cuerpo, se había apaciguado su mente. «Te acostumbrarás, Tono, tranquilo, te acostumbrarás. Dejarás de sufrir», se repetía. El ser humano se acostumbra a todo. Se adapta. Sobrevive. Él lo sabía bien. Solo tenía que esperar a que su mente dijese basta, su cuerpo la siguiera y pudiera al fin abandonarse.

Incluso el deseo de acabar con el hombre que lo mantiene encerrado ha desaparecido. Se ha prometido mantenerse firme. Combatir. Ni eso quería ya. Quería dormirse. Dejar de sentir. Morir, quizás. Morir al fin.

—¿Sigues vivo, Antonio Pàmies? ¿Has tenido suficiente? ¿Vas a portarte bien? Vi la colilla, ¿sabes? Estuve a punto de sacarla de esas tripas, pero me pareció divertido dejarla, ya ves. Así tendrán esperanza. Pensarán que quizás algún día logres escapar..., pero no. Nunca saldrás de aquí, salvo con los pies por delante.

«Son provocaciones. No contestes, Tono, no contestes. Que se joda».

Y no contesta. Toca la pulsera de Amelia y regresa a su reino del sopor y del no existir en vida. Tal vez, con suerte, el hijo de la grandísima puta se canse esta vez y deje llegar a la muerte, sin obligarlo a abandonar el bienestar que lo envuelve.

Pero no. No.

El maldito entra a por él envuelto esta vez en un traje de plástico, de esos que llevan los médicos y la gente que trabaja en los hospitales. Quizás lo ha robado en algún sitio. Lleva agua y comida, se marcha con

el cubo lleno de orina y excrementos y regresa al poco vaporizando algún producto asqueroso que lo empeora todo.

—Das asco. Debes lavarte.

Pero Tono no va a abrir los ojos.

—Bebe.

Pero no tiene intención de beber.

—Come.

Tampoco piensa hacerlo.

—Levántate, viejo inmundo.

¿Levántate? Pero si no puede sentir los pies. Ni las piernas. Ni ningún músculo, hueso o parte de su cuerpo.

Y entonces el monstruo le coge por las axilas y, con toda su fuerza, tira de él y lo arrastra al cuarto de baño. Lo desnuda lanzando su ropa bien lejos y abre el grifo de la ducha. El agua cae fría, muy fría, pero ni eso le importa. Podría morir de una pulmonía galopante. No es un mal final.

Las manos enguantadas le enjabonan por todas partes, con una esponja cruel que rasca y le irrita la piel. Mejor. También podría pillar una infección y que todo terminase.

Su captor reniega, le insulta. Y él se da cuenta de que su silencio y su abandono le desesperan. Que es la ira lo que le pone, lo motiva, le hace sentirse importante. Pues va a joderse bien jodido. Y, mientras, a pesar de su cuerpo famélico y su falta de fuerzas consigue pensar todo esto, lo ve. En un descuido que tan solo dura un segundo, Pàmies ve la parte interior de su muñeca y un poco del antebrazo. Y ahí están: las quemaduras. Grandes. Feas. Definitivas. Y ese olor. Ese olor tan difícil de olvidar.

Y entonces ya está seguro de que sus sospechas son ciertas y ata algunos cabos. Pocos. Pero algunos. Y decide que, a lo mejor, vale la pena sobrevivir un poco más.

Por fin limpio y aseado, vestido con un mono tremendamente feo pero confortable, recién bebido y comido, sonríe en la penumbra pensando que al fin, sabe algo que el maldito cabrón no sabe.

—¿Creías que no iba a encontrar la colilla? ¿Por quién me tomas? Me divirtió dejarla ahí, que tus amigos pudieran encontrarla y te supiesen vivo. Así, cuando te mate, te deje en cualquier sitio inmundo y te encuentren, su estúpida esperanza se hará añicos de cuajo. Aunque, si cometes otro error..., si vuelves a intentar... —intenta amenazar la voz.

Pero entonces observa los ojos de Pàmies y se da cuenta de que nada, absolutamente nada de lo que pueda decir o hacer, va a asustar al inspector. Es una victoria. Sí, señor. Es una victoria en toda regla. De alguien que no tiene nada que perder.

El demonio sale dando un portazo, y mientras Pàmies le oye dar la vuelta a la llave y asegurar los cerrojos, sonríe en la soledad de su celda.

La lluvia

20

Palafrugell, 5 de febrero, 4.00

Doña Sol camina descalza sobre la hierba. A cada uno de sus pasos, la tierra húmeda se cuela traviesa entre los dedos de su anciano pie, moreno y gitano. La luz del sol brilla sobre las plantas que han crecido, aventureras, gracias a las lluvias primaverales que las han alimentado. Estira los brazos como si quisiera abarcar el esplendor que la rodea, los baja un poco y sus dedos se mueven para acariciar las flores que han brotado.

Siente el vínculo que la une a la madre tierra y a todas las criaturas que la pueblan, y también se renueva la energía que la mantiene viva. Vital. Ella es parte del todo. Todos lo somos. Pero la vieja gitana lo sabe. Lo siente. Y su corazón lo agradece. Y rebosa dicha. Qué mundo tan hermoso se nos ha regalado.

Durante su paseo, doña Sol siente los rayos mañaneros penetrar en su piel desnuda y se compadece de las personas desconectadas, que andan con prisa, viven con prisa, aman con prisa. ¡Qué maravilloso descubrimiento harían si tan solo se detuvieran un segundo y mirasen a su alrededor! La tierra ofrece recompensas infinitas a cambio de cariñosos mimos.

Se detiene en el centro del amplio espacio que ocupa el campamento circense, una enorme explanada de tierra rojiza, sembrada de camiones, furgonetas, casetas de feria, modernas caravanas, la enorme y bonita carpa, y por supuesto, su viejo y algo destartalado carromato, y con las manos en forma de pinza, con los pulgares juntándose y separándose de los otros dedos, recorre su cuerpo y su aura limpiándolos de viejas energías, de cualquier rastro de suciedad que la cubra. Después mueve los brazos con un vigor inusual en alguien de su avanzada edad y se divierte dibujando círculos en el aire, cada vez más grandes, completando el ritual. Así está mejor. Resplandeciente en cuerpo y alma, retoma su paseo hasta el precioso manzano, algunos pasos más allá, al final del bonito paisaje. Se cobijará del calor creciente a la sombra de sus ramas y, tal vez, coma una manzana.

Una suave brisa mece las hojas y un fruto que alguien olvidó arrancar durante la última cosecha se desprende y cae en sus manos. Se sienta para disfrutar el manjar. No hay prisa. Nunca la hay. La prisa es el invento más grande y más estúpido de los tiempos modernos. La prisa, que ha convertido el tiempo en una maldición, cuando el tiempo no es

otra cosa que un regalo. Recuerda el famoso dicho, seguido por muy pocos: «Una manzana al día mantiene al doctor en la lejanía», y da el primer mordisco. El fruto explota en su boca llenándola de un juguillo dulce y fresco.

Y, justo entonces, mientras saborea la fruta con los ojos entornados, oye el graznido. Una vez. Otra vez. Demasiadas veces. Abre los ojos dispuesta a recibir el mensaje. No puede ser bueno, lo sabe bien. Los cuervos jamás traen buenas nuevas. Alas negras, palabras negras.

—¿Qué quieres, pájaro? ¿Qué andas buscando?

El cuervo se ha posado en una rama del manzano. Ella puede ver su vientre y su garra agarrándose con firmeza. Otro pájaro oscuro desciende de los cielos y se posa junto a su compañero. Doña Sol yergue la espalda y se pone en guardia. Pero todavía no va a levantarse, no. No debe temerlos.

Con calma, dándoles a entender a los pájaros de mal agüero que no está pendiente de ellos, muerde otro bocado y entonces lo nota. Algo viscoso se ha colado en su lengua. Es un gusano. Escupe y se pone en pie.

—¡Basta! ¡No admito bromas de mal gusto! Estoy preparada para conocer el mensaje.

La oruga se arrastra por la hierba, dejándola seca a su paso, y la manzana que sostiene se ha tornado gris y huele a podrido. La lanza tan lejos como puede, se limpia las manos en su delantal floreado y extiende los brazos en actitud de aceptación. Los cuervos levantan el vuelo para dar caza a la lombriz y al fruto podrido.

—Aquí estoy —susurra a la nada.

Decenas de cuervos se columpian en las ramas y clavan sus ojos en ella. Los graznidos son ensordecedores. Parecen llantos.

Doña Sol protege sus oídos con las palmas de las manos pero de nada sirve. El ruido ensordecedor sigue acosándola.

—Criaturas nacidas de la oscuridad, liberadas por el mal y mensajeras del demonio. ¡¿Qué queréis?!

Un estruendo suena a sus pies. La hierba se abre en una grieta y tiene que separar las piernas para no caer al inmenso vacío que ha aparecido bajo ella. La tierra se está abriendo. ¿Por qué? ¿Para qué? El agujero infinito se traga la manzana y la lombriz. Salta y se aleja corriendo lo que sus piernas y su edad le permiten. A su espalda, el manzano es engullido hacia algún lugar muy profundo. Las aves graznan asustadas.

—¿Tan oscuro es el mal que se avecina que incluso vosotros lo teméis, cuervos?

De la grieta surge una figura etérea. La más temida. Levita sobre la hierba tornándola más seca todavía, muerta. Se acerca a doña Sol. La gitana llama moviendo los labios a sus ángeles, a sus santos, a sus seres amados del más allá.

—Marina, niña querida, ayúdame. —Respira hondo y se encara—:

¿Qué buscas aquí, Señora? ¿Quieres llevarme?

—No. —La muerte, suspendida en el aire, se oculta bajo una enorme capucha.

—¿Entonces?

—Calla y atiende, vieja descarada.

Los dedos hechos de huesos descarnados aparecen de debajo de las mangas y retiran despacio la capucha descubriendo la calavera que tiene por cabeza y las cuencas de los ojos vacías. Se acerca a ella cada vez más, pero doña Sol no se mueve. ¿Por qué hacerlo? Sería una carrera inútil. Absurda. Cuando huele su aliento fétido, cierra los ojos y se dispone a aceptar lo que sea. Todos tenemos un destino. Ella no es perfecta, faltaría más, pero ha procurado mantener su alma limpia y su corazón alegre. No hay nada que temer. La muerte la rodea, la envuelve y se siente desaparecer.

* * *

Se despierta sudorosa, agitada. Asustada. La valiente gitana, abatida por un sueño. «Vergüenza debería darte», se dice meneando la cabeza. Pero no hay tiempo que perder. Ha sido una advertencia. Y muy seria. Se incorpora y con rapidez, procurando calmar su respiración desacompasada, sale de su vieja caravana a la oscuridad con cuidado de no perder pie en los peldaños de la escalerilla y se moja varias veces la cara con el agua fresca que hay en un cubo metálico. Esto está mejor.

—Tranquila, tranquila.

No es primavera, por supuesto, sino invierno. No hay manzanos alegres y hace frío. Demasiado frío. Demasiada humedad. Las temperaturas no pueden haber descendido tanto. Sus huesos se quejan y su larga melena, enredada por la agitación de la pesadilla, se encrespa en una maraña pesada. El suelo está helado. ¿Dónde han ido a parar la hierba fresca y el olor de las flores?

—Vamos, Soledad Heredia. Haz honor a tu raza y a tu don. Interpreta. Interpreta tu sueño. Puedes hacerlo. —Su voz desprende vaho en la noche, entra en el carromato, se recoge la melena, se abriga con un chal beis y deja la puerta abierta para que el interior se ventile. Coge su vieja baraja del tarot y se sienta mirando al norte en su butaca mullida y confortable. Le tiemblan las manos. No puede hacerlo todavía. Cierra los ojos, rememora el sueño e intenta calmarse, hablándose con cariño:

»Has visto la primavera, vieja tonta. Significa esperanza. Recuérdalo. Siempre hay esperanza. Vamos allá.

Las manos expertas han recuperado su pulso firme. Mezcla las cartas con prisa, recordando la que el curioso forense le dejó tocar y el mal fario que sintió entonces. Es vieja, pero no tonta. Las cartas tienen que ver con las muertes. Con todas ellas. No están ahí porque sí, ni para despistar, al contrario. El ser atormentando que está sesgando vidas

quiere que sepan que es importante. Definitivo. Corta la baraja rogando para que los malos espíritus no regresen al inframundo sin haberle transmitido el mensaje que tienen para ella, y finalmente, coloca seis cartas boca abajo sobre el tapete hecho de retales de colores. Enciende una vela, murmura una plegaria y se dispone a hacer sus preguntas. Deben ser cinco. Ni una más. Ni una menos.

—¿Quién ha venido a visitarme cuando viajaba en mi forma astral?

Gira la primera carta y la Muerte, como esperaba, se presenta ante ella.

Presenta un esqueleto con armadura sobre la grupa de un caballo blanco con ojos inyectados en sangre. Porta un estandarte negro. Un Obispo intenta detenerla, sin éxito y, a sus pies, yace un hombre sin vida, y una mujer y una niña parecen destinadas a correr la misma suerte. Pero no quiere precipitarse con sus conclusiones y cavila sobre el posible significado. Las cartas siempre responden, pero la interpretación es la clave. Sabe que la muerte es sinónimo de dolor. Pero que cumple un rol natural e importante. Sin ella, la vida no tendría su valor inherente.

—Si no venís a por mí, ¿de quién se trata? —sigue preguntando decidida—. ¿Acaso anunciáis algún mal o deseáis prevenirme de un asesino?

La Templanza es la siguiente carta. De acuerdo. Todavía no es su momento. Pero sí el de alguien. Un ángel coronado de oro juega con dos cálices comunicantes, sin derramar una sola gota del líquido que traslada. Buen augurio. Esta carta la anima a tomar decisiones, a ser valiente. Que así sea.

El Colgado aparece boca abajo, con manos y pies atados, estos últimos señalando el Reino de Dios, algo irrespetuoso y contra natura. Doña Sol se muerde los labios rumiando en esta tirada nocturna e incierta el significado de la carta, una de las más confusas del tarot, que suele implicar cambios, pequeñas muertes no necesariamente físicas, o tal vez sí. Obliga a rendición, serenidad y calma. Y ella siempre obedece a las cartas.

—Quizás se trata de otro tipo de muerte. Y creo que me estáis pidiendo paciencia, que espere, que no haga nada. Pero no quiero ser una mera testigo de lo que está por venir —declara vehemente—. Cuando me visitáis en sueños, siempre es por y para algo.

El Juicio. La cosa se está poniendo fea para quien sea la severa advertencia. Esta carta es también complicada, difícil de leer, se presta a múltiples interpretaciones. Y ella está demasiado cansada. Y asustada.

—Dejad de jugar conmigo y decidme a quién debo advertir.

La carta del Juicio muestra un ángel de cabello dorado y surgen chispas mientras se deleita tocando hacia el cielo con su trompeta. «¡Despierta, humanidad, ya es hora!», parece gritar. Todos miran hacia él y más allá, para ver el rostro oculto del Salvador. Pero el ángel quiere

cambios. Los exige. Son urgentes. No habrá salvación sin cambios. Y las vidas de quienes no estén dispuestos a acometerlos peligran gravemente.

Cuando se dispone a descubrir la penúltima carta de las dos que quedan, ambas se confunden en un gesto fortuito, caen al suelo y aterrizan en la pequeña alfombra mostrando, indolentes, sus caras. Para bien o para mal, los espíritus quieren despejar sus dudas. Jamás le había ocurrido nada parecido. La Torre se alza majestuosa, pero un rayo la ha atacado y es pasto de las llamas, que amenazan con destruirla. Quienes han buscado refugio en su interior saltan para no morir abrasados. Aunque van a hacerlo de todos modos, al estrellarse contra el suelo, han elegido. La Torre siempre implica conflicto, vivencias dolorosas que cambian a la gente para siempre. Algunas veces esas vivencias pulen el alma, y el sacrificio no es en vano. Pero eso depende de cada uno y de su capacidad para enfrentarse a los hechos desde el miedo, y ser devorado por las llamas, o desde el valor, lanzándose al vacío.

Mientras tanto, el Diablo, la carta injustamente temida por todos, la mira sonriente, recordándole que puede ser una buena aliada. Mitad cabra, mitad hombre, con las piernas y rodillas cubiertas de pelo, alas de murciélago y las pezuñas retorcidas, la reta travieso, mientras Adán y Eva esperan amordazados, iluminados por la luz de una antorcha. Porque incluso en el mal hay luz.

—No olvides que este señor es un tramposo, Soledad —se dice a sí misma para tranquilizarse—. Pero quizás pueda ayudarte a escapar, ¿verdad, demonio? —Se lleva las manos al pecho y canturrea para calmarse.

Está agotada, pero no hay tregua esta noche. Debe encontrar el camino, dar con el mal que acecha.

¿La han escogido los espíritus para hablarle del asesino, el alma negra que está sembrando la pequeña comarca de terror y sangre? ¿Por qué a ella? Doña Sol se estremece. Si los seres invisibles se han tomado la molestia de aparecer, es porque existe la opción de derrotarlo. Y ella no es quien para negarse. Se le otorgó un don y debe usarlo, no cuestionarlo. Le queda una última pregunta. Preguntaría muchas cosas, pero conoce las normas. Deben respetarse. Es la ley. Las fuerzas mágicas le han regalado una sexta carta y consideran que es suficiente. Ella debe hacer lo mismo. Por lo tanto, solo una.

—No deseo preguntar nada más. En su lugar, solicito ayuda. Luz, ven a mí, por favor. Ven a mí.

Una fuerte corriente de aire se cuela por alguna ranura del viejo carromato, cierra la puerta de golpe y apaga la vela que se consumía sobre la mesa. Los espíritus han cruzado al otro lado. Vuelve a estar sola. Oye un aleteo y un graznido. Después, un golpe seguido de un silencio sepulcral. Una mancha de sangre se desliza por el cristal de la ventana cuarteada.

Se ajusta con decisión el chal y sale. El cielo está encapotado y apenas

puede ver las estrellas ni la luna. Da la vuelta a la caravana y sus pies se topan, sobre la húmeda hierba, con el cuervo que ha chocado contra su ventana y que agoniza durante sus últimos latidos de vida. Tiene el cuello partido. Va a morir aquí. Aquí. Es una respuesta. El pájaro la mira y ella ve su rostro reflejado en sus ojos. Lo acompaña, acariciándolo, hasta que los cierra y abandona el mundo.

Otro mal augurio.

Regresa con el peso de la larga noche sobre sus hombros al carromato. Su hogar. Su querido hogar. Una nube se aparta y la luna se muestra durante un segundo en todo su esplendor. Alza la vista hacia ella y se deja bañar por su luz. El silencio reina en el campamento circense. O lo hacía hasta ahora, porque unos susurros nerviosos, urgentes, cuchichean muy cerca de ella, lejos de las otras caravanas, junto a la carpa. Venciendo el agotamiento que siente, deja que sus pies den unos pasos en esa dirección y se oculta tras un árbol. La luna recién aparecida le permite distinguir un pequeño grupo que está descargando de un coche, procurando no hacer ruido, una caja que parece muy pesada. Pero no lo ha oído llegar. Entonces recuerda que existen los coches eléctricos, más de uno la ha asustado en las marismas llegando como fantasmas y exigiéndole con sus bocinas que se apartase de su camino. Algunos de los hombres llevan linterna y enfocan los haces hacia el suelo, para que la luz no les traicione. Sea lo que sea lo que están haciendo, si aprovechan la oscuridad y se ocultan de los demás, no puede ser bueno. Debería darse media vuelta. Debería hacerlo ya, se dice recordando un consejo que le dio su madre cuando ella era aún muy joven:

«Sol, niña, todo lo que pasa más allá de la una de la madrugada no puede ser bueno. Ándate con ojo y desconfía de las sombras de la noche, sobre todo si son humanas. Si hubiera algo que ver a esas horas, no serían oscuras».

Los consejos de las madres no se escuchan cuando se dan, pero de forma inconsciente quedan grabados en la memoria de todos los hijos, cual manto protector. Sonríe sin querer pensando en ella y se enfada con sus pies, que no quieren moverse. Un hombre alto, moreno, vestido de riguroso negro, baja del asiento del conductor del silencioso todoterreno. Sus gestos son decididos, elegantes. Su perfil duro, la nariz aguileña y la frente sobria. Se acerca a Kavi, uno de los rebeldes del circo, y le entrega un maletín. Kavi saca un fajo enorme de dinero y lo cuenta. El corazón de doña Sol se encoge. Lo conoce desde hace tiempo y siempre ha sido agradable con ella, pero sabe que es alguien conflictivo. ¿Qué están tramando? Arruga los párpados y ajusta la vista. El hombre alto pone los brazos en jarras y mira a su alrededor con desconfianza.

—¡Vamos, rápido! Alguien podría despertarse.

Y doña Sol reconoce sus ojos oscuros, tan negros como la noche que los envuelve. Es Jamal Daher.

21

Llafranc, 7 de febrero, 6.00

Simón gime en un amago de llanto. Nico lo oye y mira a Estela, que sigue dormida. Sale de la cama y en solo dos pasos entra en la habitación contigua. El dormitorio del bebé está prácticamente pegado al de ellos y la puerta siempre permanece abierta.

—Hola, pequeñajo. ¿Qué pasa, tienes hambre? Ven, vamos a dejar que mamá descanse.

Lo coge en brazos, enciende una lamparita que hay sobre el cambiador, le cambia el pañal sucio y, en silencio, desciende a la planta baja procurando que los peldaños no crujan. Su hijo respira suave junto a su cuello, seguramente calmado por el olor de su padre y los cuidados. Con él en brazos, Nico prepara un biberón.

—Ven aquí, tragón. —Mientras el niño succiona la tetina con ganas, desliza el índice por su mejilla y le dice palabras cariñosas.

Ya tiene cuatro meses y medio y está precioso. Todo el mundo dice que se parece a él, porque es muy rubio y tiene los ojos claros, pero Nico, aunque se siente halagado, reconoce en su hijo mucho de su madre: las cejas claras pero marcadas, los labios carnosos y la sonrisa, que cada vez muestra más a menudo. Cuando termina el biberón, lo besa una y otra vez, recoge la cocina y al verlo bostezar, lo lleva de nuevo a su cuna.

—Vamos, Simón, ¿dónde está ese eructo que necesito?

El pequeño no se lo hace repetir. Abre la boca, expulsa el aire acumulado en sus pequeños pulmones y cierra los ojos. Nico se asegura de que su postura en la cuna sea confortable y sale de la habitación. Ya no podrá volverse a dormir, pero no importa. Es madrugador y su descanso ha sido reparador. Además, tiene algo que hacer. Algo que le ronda desde que visitó por segunda vez la casa parroquial. Algo que el *mossèn* dijo en su primera visita: «Pasaban cosas. Siempre han pasado cosas».

Con sigilo, coge unas prendas del armario, se encierra en el cuarto de baño, se ducha y se viste. Intenta cruzar su habitación a oscuras, como un fantasma.

—Nico...

—Buenos días, cariño. Simón ya ha tomado el biberón y duerme. Tú sigue descansando.

—¿Vas a nadar?

—Voy a Fitor. Debo volver allí.
—¿Ahora?
—No hay mejor momento. No quiero testigos.
—Ten cuidado.
—Siempre.
—Dame un beso.
Nico se acerca a la cama y la besa. Toca su piel morena y sus brazos calientes por el sueño.
—Duérmete. Volveré para desayunar.
—Podrías llamar a Cas.
—Es demasiado pronto.
—Por favor.
Nico comprende. Estela no es miedosa. Nunca le dirá qué hacer, ni cómo hacerlo. Pero ahora está tan asustada como todos los demás. Hay una sombra matando en la oscuridad y puede hacerlo en el momento más inesperado, a quien menos lo imagine.
«Salgo hacia Fitor».
Envía el mensaje a Cas, seguro de que estará dormida.
Baja al salón, su mirada se encuentra de forma involuntaria con el *Crónica*, que guarda entre sus páginas el último reportaje de Miren Marlaska, y mientras se pregunta cómo sabe la periodista tantas cosas, abre despacio la puerta de la casa. El cielo amenaza lluvia. El mar está azul oscuro. Salvo por dos farolas que iluminan el paseo marítimo, Llafranc es, a estas horas, un pueblo fantasma. Su móvil emite un breve silbido:
«Recógeme. Voy contigo».
Nico coge una prenda impermeable y corre al puerto a por su coche, decidido a comprender las palabras de Mossèn Pau y los secretos que encierra la ermita.

* * *

—Sabes que esto que vamos a hacer es ilegal, ¿verdad?
Nico sostiene la banda policial que precinta la entrada a la ermita y mira a Cas antes de traspasarla. La lluvia ha estallado decidida en cuanto han bajado del coche y sus rostros están escondidos bajo capuchas impermeables. El viento sopla componiendo una melodía nocturna a la que se suman los sonidos del bosque y el agua torrencial que cae del cielo.
—Si nos pillan, adiós al buen rollito con Héctor y compañía.
—¿Crees que trabajo contigo para ser una niña buena? Anda, tira.
Nico sonríe en la oscuridad. Buena chica.
—Está abierto —comprueba Cas, sorprendida.
—¿Y por qué no? Se supone que la puñetera cintita amarilla es suficiente para disuadir a cualquiera.

—Menos a nosotros.

Empujan la puerta procurando que el precinto se mantenga intacto. La lluvia ha empapado sus zapatos, las suelas se han llenado de barro y las huellas ensucian el suelo de la iglesia conforme avanzan.

—¡Hay una tumba! —exclama Cas señalando al suelo y saltando para no volver a pisarla.

—Lleva ahí desde 1817 —explica Nico enfocando con la linterna la losa y las palabras que lleva cinceladas, incluida la fecha—. Unos bandoleros asesinaron al párroco de entonces. Después lo enterraron aquí como homenaje, porque defendió la ermita con su vida. Tranquila, no va a despertarse. Creo que se llevaron sus restos a algún otro lugar. —Cas pone los ojos en blanco y Nico vuelve a concentrarse en lo que les ocupa—. Dejemos los zapatos y los impermeables en la entrada. Lo estamos poniendo todo perdido.

—¿Qué buscamos? —Cas se quita la capucha y el gabán caqui estilo militar que le robó a Marcos el primer día que llegó y hace muecas mientras tira con fuerza de sus botas militares Doctor Martens.

—Lo que sea, cualquier cosa. El *mossèn* no fue claro que digamos. Pero creo que el padre Molina se confesó con él y le dijo algo sobre este sitio. Enciende tu linterna, Cas, esto está muy oscuro.

Impacientes, palpan paredes, bancos, huecos y recovecos. Nada. Entran en la sacristía, hojean un par de biblias viejas, sacan las velas de unos candelabros para asegurarse de que no hay nada escondido ahí y meten las manos en los bolsillos de un par de sotanas que cuelgan, todavía impecables, en el armario, como si el sacerdote pudiera aparecer en cualquier momento, vestirse con alguna de ellas y dar misa como solía. Pero están vacíos. Nico toquetea incluso unas estolas, por si ocultaran algo en el forro.

—¿Me estoy volviendo paranoico?

Cas lo mira y levanta los hombros.

—Somos detectives privados, ¿no? Más nos vale serlo.

En la vicaría, pequeño hogar del sacerdote, toman fotos de las cosas para dejarlas exactamente igual y después lo registran todo. Los cajones del padre Molina encierran borradores de homilías, un pequeño botiquín, un álbum de fotos con dos espacios manchados de restos de pegamento que delatan ausencias, algunos lápices, bolígrafos, unas gafas de lectura y un cargador viejo.

Cas sujeta la linterna en alto y barre con la mirada los álbumes: en una de las fotografías, un padre Molina niño sonríe en brazos de su madre, cuando todavía desconocía que un día vestiría hábito y el triste final que le esperaba. Suspira y lo deja en su sitio.

—Faltan un par de fotos, por lo demás, nada útil.

—Sigue. —Nico abre la nevera. Un olor desagradable invade la estancia, culpa de un par de filetes podridos dentro de su envoltorio y unas verduras enmohecidas. La cierra de golpe—. ¡Joder! —exclama,

como resumen de su búsqueda decepcionante.

—Ya. —Cas abre un último cajón—. Aquí hay unas llaves, Nico.

—Déjame ver. —Las escudriña con atención—. Esta debe ser la de la puerta principal. Es tan vieja como ella. Probemos.

Regresan donde han empezado, abren la puerta de la ermita y, en efecto, la llave grande encaja en la cerradura.

—¿Y esta tan pequeña? Si la tenía en el mismo llavero, debe de ser importante.

Dan vueltas sobre sí mismos con Cas sosteniéndola alzada, como si eso pudiera dirigirlos al sitio correcto, a una cerradura desconocida. Pero nada de cuanto los rodea requiere una llave. Ni siquiera hay más puertas. Ni una sola, salvo la que comunica con la vicaría, que tiene un sencillo picaporte.

—Deberíamos irnos, Nico. —Cas tiembla porque la lluvia ha empapado su ropa—. Está a punto de amanecer y podría venir alguien.

—¿Quién? Este es ahora un sitio prohibido.

—Qué pena. Esta ermita es preciosa y me pregunto si la gente querrá volver aquí en el futuro.

—Hay que dejarlo todo como estaba —dice Nico, sin responder que este sitio nunca volverá a ser el mismo. Es bueno que Cas mantenga la inocencia que a él le falta.

Se concentran siguiendo la pauta de las fotos que han tomado. Después comprueban no haber cometido errores y se miran satisfechos.

—Vamos.

La linterna de Nico da una última batida iluminando algunos recovecos, mientras deshacen los pasos que los separan de la salida.

—¡Mierda! Me llevaba el llavero sin querer. Voy a dejarl...

—Mira, Cas.

Ella sigue el movimiento del haz de luz blanca con el que Nico enfoca el retablo con el Cristo en la cruz, y el altar, que luce con orgullo su origen románico.

—Pero si tú no rezas.

—No digas chorradas. —Se acerca nervioso al altar mientras Cas lo sigue sin entender nada—. Dame las llaves, rápido. Y sujeta mi linterna.

—¿Qué pasa?

Nico no contesta. Sus dedos se concentran en encajar la más pequeña en la cerradura del sagrario, una caja rectangular decorada con nácar y una cruz de plata en la parte superior. La puertecita cede al fin, la abre despacio, mete la mano y desplaza los dedos por la pequeña cavidad. Con una exclamación y gesto de triunfo, le enseña a Cas lo que ha encontrado.

—¡Un móvil!

—Y una foto.

—Joder. —Cas silba—. ¡Menudo escondite! ¡En el sagrario! Sacrilegio total.

Nico pone ambas cosas sobre el altar y casi se lanzan sobre ellas. El teléfono es uno de esos obsoletos, desechables, que casi nadie usa ya. Está sin batería. Dicen «Mierda» al unísono y se concentran en la foto en blanco y negro, que muestra en su cara posterior restos de pegamento y cartulina. En ella salen seis chicos muy jóvenes, entre la niñez y la adolescencia, captados en esa época de la vida en la que los rostros infantiles se desdibujan y afean para ir dando paso al semblante de quien uno será. Posan uno al lado del otro, serios, erguidos y mirando al frente. Y todos visten de monaguillos.

El índice de Cas recorre los rostros. Se acerca para ver mejor a uno de ellos.

—Nico.

—¿Reconoces a alguno?

—A él. —Clava la uña con decisión sobre una cara angulosa y con acné incipiente—. Es mi tío Paco.

Todavía no se han recuperado de la impresión cuando oyen el motor de un coche. Nico esconde la foto y el móvil y le tapa la boca a Cas, que ha lanzado una exclamación.

Apagan las linternas y se quedan inmóviles. Se trate de quien se trate, habrá visto su coche y, o bien es alguien de la Policía y se les va a caer el pelo, o bien es todo lo contrario y entonces están en peligro. Se calzan y se ponen los abrigos a toda prisa y Nico mete la mano en un bolsillo interior del impermeable, saca su arma, coloca el cañón hacia abajo y quita el seguro.

La obliga a ponerse detrás de él, se acercan a la puerta sigilosos y se asoman un poco. Un coche oscuro está parado muy cerca del de Nico. Las gotas de lluvia brillan al atravesar los haces de luz de los faros. De repente, el conductor, al que no pueden ver, los apaga y la ermita y sus alrededores quedan sumidos en una oscuridad casi absoluta. La lluvia sigue cayendo, recia, como una cortina contundente y, sin embargo, silenciosa. Nico piensa rápido: si fuera un *mosso*, conduciría un coche oficial y ya habría entrado a ver quién se ha atrevido a saltarse el precinto. Tampoco puede tratarse de un curioso ni de un antiguo feligrés, nadie vendría a estas horas para algo que pudiera hacer a la luz del día.

El conductor pone el motor en marcha y hace amago de arrancar. Nico retiene a Cas estirando el brazo delante de ella. Entonces el vehículo arranca, gira ciento ochenta grados derrapando y enfila el camino dispuesto a largarse.

—¡Corre, Cas, corre!

Salen disparados hacia el coche de Nico, sin importarles la lluvia y salpicando barro a su paso. Nico le lanza el arma a Cas, arranca y lo sigue, decidido a no perderlo. Ella coge la pistola al vuelo, la guarda en la guantera y se pone el cinturón conteniendo la respiración. Están a muy pocos metros del otro coche, casi lo han alcanzado.

—¡Memoriza la matrícula!

—Pero ¿qué dices? ¡Si no veo nada!

Cierto. La visibilidad es nula, pero Nico es un buen conductor y, aunque los caminos de Fitor son estrechos, llenos de baches y curvas y la distancia hasta la carretera larga, él podría recorrerlos con los ojos cerrados. Cas lo supone, por cómo gira el volante de un lado a otro sin reducir, a pesar de la velocidad cegadora del limpiaparabrisas y del cristal empañado. Ojalá no venga un coche de cara, reza para sus adentros. Ojalá. Toca el botón antivaho y se agarra al salpicadero. El morro del coche de Nico se aproxima de forma peligrosa al otro.

—¡Vamos a chocar, no te acerques tanto! —suplica.

—¡Estamos llegando a la carretera! —grita Nico, como si ese dato le sirviera a ella de algo—. ¡Sujétate bien!

El otro coche se salta el stop antes de la carretera comarcal, tuerce a la derecha y recorre peligrosamente inclinado una rotonda. Nico acelera al final del camino de tierra, dispuesto a imitarlo.

—¡Frena, Nico, frena! —Cas grita tan fuerte como puede. Las ha visto. De refilón, ha visto unas luces altas acercarse a ellos desde la izquierda.

Nico obedece justo a tiempo, cuando el morro del coche ya asoma a la carretera. El camión pasa por delante medio segundo después, lanzando bocinazos, chorros de agua y ráfagas, a una velocidad tremenda.

—Qué susto, joder.

—¡Mierda!, ¡lo hemos perdido!

—Pero estamos vivos —balbucea Cas sintiendo que se le escapa el corazón.

Los dedos de Nico se aferran al volante. Está cabreado. Y aliviado también. Durante una milésima de segundo se ha visto muerto. Muerto. Punto final. Piensa en Estela. En Simón. En la propia Cas. Pone el freno, apaga el motor, se recuesta sobre el respaldo y cierra los ojos. Cas mira sus manos, que tiemblan a su aire y no se quieren tranquilizar.

A las siete y cincuenta y dos minutos, el alba lo inunda todo. Amanece.

* * *

—Todavía no puedo creerlo. —Cas acerca a sus labios la tercera taza de café, pero Nico se la quita de las manos.

—Ya basta, estás como una moto.

—Es por el susto, te lo juro. Mira que eres bruto. Todavía estoy temblando.

—La cafeína tampoco ayuda, ¿sabes?

Estela sonríe. Es cierto, Cas habla rápido y gesticula más de lo normal, pero no es para menos. Ella, simplemente, agradece en silencio que estén vivos. Pero no lo dice.

—Come algo, Cas. —Le ofrece una bandeja con lonchas de pavo,

queso fresco y un bol de fruta—. Te sentará bien.

Cas no se lo hace repetir y se lanza a comer. Estela aviva el fuego de la chimenea y el salón decorado con tonos suaves y tostados se llena de calidez.

—Os dejo, tengo que dar una clase *on line*.

Oyen el ronroneo de un motor y después, a través de la cortina de red de pescador, ven a Héctor sacudir el paraguas y dejarlo apoyado bajo el voladizo.

—Ven aquí, cariño. —Se acerca a su sobrina—. Dale un abrazo a tu tío, que lo necesita.

—Tú siempre los necesitas, tío. —Estela sonríe, porque Héctor siempre le dice lo mismo.

—Lo sé, pero hoy más. —La estrecha entre sus brazos y ella deja que la abrace sin prisa. Héctor se separa un poco y la observa—. Mira que estás guapa, niña. Menuda suerte tiene el pieza este. —Señala a Nico, que asiente seguro de eso. Estela le sirve un café y desaparece escaleras arriba—. Venga, enseñadme esa foto y luego nos pondremos con el móvil.

Nico la deja encima de la mesa. Héctor la mira sin decir palabra.

—¿Comisario? ¿Qué opina? ¿Son ellos? —Cas rezuma cafeína, tiene la piel sonrojada y habla a borbotones. O tal vez solo son nervios.

—¡Claro que sí! —Nico los señala uno a uno—. ¿No me has dicho que este era tu tío Paco?

—No lo conocí —aclara Cas—, pero en mi casa hay una foto de todos los hermanos de mi padre. Son como clones. Y sin duda es él.

—Y estos —sigue Nico, recorriendo la foto— son los hermanos Mateu, Tomás Juliá y supongo que el padre Molina. —Se detiene cayendo en algo que hasta ahora no había pensado—. Tendremos que decírselo a Marcos. Mejor de eso te ocupas tú, Héctor.

Pero los ojos del comisario se han detenido sobre un semblante joven, pálido, todavía imberbe, con la barbilla afilada y los ojos demasiado juntos.

—Y este —anuncia temblándole la voz— es el comisario Nil Capo.

Cas abre la boca y se olvida de volver a cerrarla.

* * *

La conversación durante el trayecto a la granja Andreu es escueta. Héctor aumenta la velocidad del limpiaparabrisas y reduce la marcha cuando encuentra masas de agua estancada en la carretera.

—Nil Capo sigue en Intensivos. No podemos hablar con él.

—¿Sabes si por mucho tiempo?

—Ni idea. Los médicos no se mojan, aunque no temen por su vida.

—¿Crees que...?

—No creo nada, Nico. Estoy en ascuas. Pero te aseguro que Andreu

Mateu va a cantar.

—Que Capo no comentara que los conocía a todos no es bueno.

—Desde luego. Menudo embustero.

—Miha Radu no salía en la foto.

—No creo que llegase al país tan joven. Le he encargado eso a Quiroga. Quiero tenerlo distraído hasta que nos aclaremos. Distraído y vigilado.

—¿Piensas en serio que Marcos está en peligro?

—Ojalá lo supiera, Nico. Su padre está muerto. Y no sabemos hasta dónde llega la ira del asesino.

—Pero no ha recibido ninguna carta.

—Eso me tranquiliza un poco.

—Necesitamos un cargador para el móvil. Había uno en un cajón de la vicaría, pero no le dimos importancia. Puedo volver a por él si quieres.

—No más excursiones por hoy, Nico. Fitor está lejos y ya he pedido que busquen uno. Parece mentira, ¿verdad? Tanta tecnología y luego te quedas en ascuas por falta de un cargador demasiado viejo. —Héctor tuerce los labios en una sonrisa irónica—. Por cierto, dice la voz del pueblo que Tomás Juliá tenía muchas ínfulas. Si llegaba a alcalde, pensaba poner en marcha la construcción de nuevas urbanizaciones.

—¿Crees que su pretensión pudo generarle alguna antipatía seria?

—De los verdes, seguro. Pero no creo que ellos lo matasen, ¿verdad? Ya conoces la corrupción que une a políticos y al sector inmobiliario. Hay que tenerlo en cuenta.

De los casi cinco kilómetros que separan Llafranc de la pequeña barriada de Esclanyà, los dos últimos transcurren en silencio. Sigue lloviendo y no parece que vaya a cesar pronto, porque las nubes densas y grises se han comido el cielo. Al salir del coche, ninguno de ellos se pone el impermeable.

Se parecen en este aspecto. Ambos desean sentir la lluvia en la cara, que los limpie de la porquería que los ronda. De la muerte. Del mal. Aspira el olor a tierra húmeda y echa un vistazo de soslayo al granero. Los animales pastan tranquilos bajo la lluvia, eligiendo también mojarse y evitando refugiarse dentro del infierno en el que uno de sus dueños inició su cruel viaje al otro mundo. Héctor llama a la puerta.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —Andreu Mateu los recibe con una servilleta anudada al cuello y un tenedor en la mano.

—¿Podemos pasar?

—Estoy comiendo —dice moviendo el tenedor.

—Se lo he preguntado por cortesía, señor Mateu. No me lo ponga difícil. Salvo que quiera usted cerrar la casa y acompañarnos a la comisaría, déjenos entrar ahora mismo.

Amedrentado por la amenaza, el hombre se hace a un lado y les cede el paso.

—Acompáñenme a la cocina.

El aspecto de la estancia es desolador y, según delata el montón de cacharros que se acumula en la pila del fregadero, nadie ha limpiado en varios días. El mantel está sucio y huele a cerrado.

—Mi hermano se ocupaba de las tareas de la casa —dice Andreu a modo de explicación.

—Debe echarlo de menos.

—Ustedes, los de ciudad —farfulla mirando a Nico—, todo lo reducen al cariño. Lo que echo de menos son sus manos cuidando de la casa.

Héctor se acerca a la ventana, le pregunta a Andreu con la mirada y abre el ventanuco para que entre el aire fresco. La lluvia moja el alféizar y algunas gotas rebeldes entran en la cocina.

—Siéntese, señor Mateu.

Este obedece a regañadientes. La mitad triste de una salchicha sigue en el plato a la espera de que acabe con ella. Héctor aparta la panera y algunos utensilios, y sin más, planta la foto de los monaguillos delante del ahora único dueño de la granja. Los ojos de Andreu parecen a punto de saltar de sus cuencas.

—¿Qué quiere saber? —Ni sorpresa ni disimulo. Probablemente esperaba este momento.

—Que deje de tomarnos el pelo. —Héctor no está precisamente contento—. Usted conoce al comisario Capo y conocía al padre Molina y a Tomás Juliá. Pero no lo dijo cuando le preguntamos.

—¿No estará hablando en serio? ¡Fíjese en la foto! ¡Éramos unos críos! —exclama—. No he vuelto a verlos desde entonces. Y mi hermano tampoco, se lo aseguro. ¿Cree que esa gente de postín se relaciona con alguien como yo?

—Yo no creo nada, señor Mateu. Yo busco a un asesino que ha matado, entre otros, a su propio hermano. Y saber que se conocían nos habría facilitado las cosas.

—¿En serio? Ya me dirá usted cómo. No me achaque a mí el desastre de su investigación. A esa edad éramos algo gamberros y nuestra madre pensó que nos haría bien ayudar al cura de Fitor, que conociéramos la Biblia y nos centrásemos. Allí nos encontramos con otros chicos en las mismas circunstancias, eso es todo. Ayudamos a Mossèn Pau algunos años y, al menos yo, no volví por allí.

—¿Y Oriol?

—Tampoco. No teníamos tiempo ni ganas. Nunca hemos sido gente religiosa y la granja requería todo nuestro tiempo. Nuestro padre acababa de morir y mi madre tuvo que priorizar la supervivencia a los modales.

—¿No mantuvieron amistad con el padre Molina?

—Ni hablar. Ya me parecía un plasta entonces. Un santurrón. Lógico que acabase siendo cura.

—¿Y no le extrañó que se suicidase poco después de la muerte de Oriol?

—¿Extrañarme? —Andreu retuerce la servilleta sin darse cuenta—. ¿Por qué? Muchos nos sentimos desgraciados y algunos deciden acabar con todo. No es tan raro, ¿verdad?

—Dígame —Nico ha permanecido callado junto a la ventana—, en aquella época ¿ocurrió algo extraño? O, mejor dicho, ¿hicieron ustedes algo?

—¿Como qué? —Andreu se vuelve enfadado hacia él.

—Daño a alguien, por ejemplo. Hablo de causar dolor. Tanto que muchos años después alguien haya considerado que deben pagarlo. Los asesinatos han sido crueles. Brutales. Algún motivo debe de haber.

—Qué tontería. —Andreu intenta parecer despreocupado—. No éramos malos. Solo estúpidos.

Nico se acerca despacio a la mesa. Y después mucho a él. Tanto que puede oler el estiércol que el granjero lleva pegado a la piel. Andreu echa la silla para atrás evitando los ojos grises de su interlocutor.

—¿Ha recibido alguna carta, señor Mateu? ¿Y su hermano?

—Como no se refiera usted a facturas..., que son lo único que llega a esta granja... —Pero su rostro se torna lívido y le tiembla la voz.

En ese mismo instante Nico y Héctor saben que está mintiendo, porque ni siquiera ha preguntado a qué se refiere ni de qué tipo de carta habla.

—¿Recuerda usted a Paco Quiroga?

—Claro. Es este. —Le señala en la foto—. Era un chico andaluz. Lo enviaron aquí a pasar una temporada con unos tíos, a ver si lejos de casa y haciendo de monaguillo mejoraba el carácter y hacía amigos.

—¿Y los hizo?

—Yo qué sé... Cuando uno es pequeño, se lleva bien con todo el mundo. Después las cosas cambian.

—¿En qué sentido?

—En todos, señor Ros. En todos.

—¿Volvió a verlo?

—No. Pero sé que murió hace mucho. Y también sé que poca gente lo echa de menos desde entonces. Que nunca volviera a verlo no significa que no oyese hablar de él, o de los otros. Yo salgo poco, pero esto es un pueblo. Cotillear es el deporte popular. Vendo género en el mercado y ahí te enteras de todo y de todos. —Mira a Héctor y añade—: Además, Paco era uno de los suyos, comisario. Usted debía conocerlo mucho mejor que yo.

Nico saca el teléfono de prepago de su bolsillo y lo deja encima de la mesa. Andreu aparta la mirada, pero su expresión ha vuelto a delatarlo. Se deshace del ridículo babero con manos temblorosas. No dice nada.

—Usted tiene uno igual. Desechable, no rastreable. Un móvil fantasma. —Andreu sigue sin contestar—. Apuesto a que todos los de la foto tenían uno y que los han estado usando para comunicarse entre ustedes, lejos de los oídos de los demás. De momento, no los hemos

encontrado, pero lo haremos, y pronto podremos ver qué oculta este. Si las cosas son como creemos, usted está amenazado de muerte y lo sabe. Y también sabe cuándo le toca morir y bajo qué signo del zodiaco, porque también le llegó una carta que solo ustedes podían comprender.

Las manos de Andreu Mateu pierden el control. La servilleta cae al suelo y él se recuesta sobre el respaldo. Nico continúa, evitando que tenga tiempo para pensar:

—Su hermano fue sorprendido esa noche sin tiempo a defenderse, pero a usted podemos protegerle. Mantenerle a salvo. De lo contrario, temo que sufra una muerte tan sádica como la de Oriol. —Deja sobre la mesa una de sus tarjetas de visita—. Guarde esto, al menos. Podría necesitar ayuda.

—¿Cree que le llamaría a usted? —Se ríe sin ganas—. ¿Soy sospechoso de algo? Porque tengo trabajo y...

—Está usted obstruyendo una investigación. —Héctor está perdiendo la paciencia.

—¿Van a detenerme?

—Le convendría que lo hiciéramos. No debería quedarse a solas.

—Márchense de mi casa. Ahora.

Héctor se levanta y se cruza de brazos delante de él. Está harto de este tipo. De su antipatía y sus respuestas esquivas.

—Se viene con nosotros.

—No pienso decir nada.

—Lo supongo. Pero al menos, mientras esté respondiendo a nuestras preguntas en la comisaría, nadie le matará.

—¿Tan terrible fue lo que hicieron que prefiere usted morir? —pregunta Nico, incrédulo.

—¿Sabe usted, señor Ros? Los pecados hay que pagarlos. Antes o después. De eso no se escapa nadie. Y, como le he dicho, algunos tenemos poco interés en esto a lo que llaman vida. —Andreu Mateu se levanta despacio, coge un viejo chaquetón y sale con ellos a la lluvia.

22

Palamós, 8 de febrero, 13.45

Elvira Salas está sentada muy erguida en una incómoda silla del pasillo de cuidados intensivos. Cuando ve acercarse a Héctor, inclina la cabeza y lo mira con curiosidad, pero no hace ademán de salir a su encuentro.

—Buenos días, señora Capo.

—Comisario. —Inclina la cabeza un poco más.

Héctor observa sus ojos bonitos y duros, las cejas negras, anchas, el maquillaje perfecto y su ropa impecable. Todo demasiado excesivo para él, pero sin duda adecuado para ella.

—Vengo a interesarme por su marido.

—Lo suponía.

—¿Cómo está? —pregunta pensando que es una mujer muy antipática.

—Pues está. Vivo, quiero decir. —Señala la ventana que hay justo detrás de ella. Las cortinillas están corridas al otro lado y es imposible ver el interior.

—¿Qué dicen los médicos?

—Que hay que esperar.

—Entiendo. —Héctor se quita el abrigo y se sienta en una silla junto a ella.

—Está usted empapado. —Se queja separándose unos centímetros.

—Llueve a cántaros.

—¿De veras? Hace horas que no salgo de aquí. ¿Ha venido usted a hacerme compañía?

—Oh, no. El trabajo me lo impide. —A Héctor no le ha pasado inadvertido el timbre socarrón de la pregunta, pero hace años que lidia con gente como ella. Soberbia. Engreída. Descontenta, en resumen. Pero semejantes caracteres y comportamientos jamás le han afectado. Le producen cierta lástima quienes los ostentan, porque deben soportarse a sí mismos. Su naturaleza sencilla y serena y el hecho de sentirse satisfecho con su vida lo ayudan a olvidar sus desplantes en menos que canta un gallo. Peor para ellos. En su opinión, algunas formas de ser deben de resultar agotadoras—. Necesito preguntarle algo, puesto que su marido no puede ayudarme.

Durante los siguientes minutos la interroga acerca del móvil desechable y de la carta. Si el comisario Capo estaba más preocupado o alterado de lo normal.

—El día del infarto pareció explotar en él una ansiedad contenida largo tiempo. ¿Es posible que ocultase algún secreto?

—Todos tenemos secretos, comisario Narváez. De lo contrario, la vida sería demasiado aburrida. —Elvira alisa su bonita falda de cuero marrón una y otra vez. Pero ni una sola permite que sus ojos se encuentren con los de Héctor—. Aunque no creo que los de Nil sean demasiado oscuros, la verdad. Lo que usted me cuenta suena a fantasía.

—Las muertes que investigamos son del todo reales —responde Héctor preguntándose si ella lo hace adrede o vive totalmente ajena a las investigaciones de su marido. Nil Capo no sería el primero en dejar el trabajo fuera de casa pero, aun así, la prensa, la televisión, el pueblo entero están llenos de eso. Entonces, ¿qué oculta? Tal vez lo está protegiendo, a riesgo de parecer una estúpida—. ¿Cómo está su amiga, la señora Juliá?

—Viuda, comisario. Está viuda. —A Héctor, estas palabras le parecen un pase de factura en toda regla—. Tuvo que incinerar a Tomás. ¿Lo imagina? Que te amputen las piernas y te cosan las de un extraño. Qué asco. —Podría haber dicho «Qué pena». Pero no.

—Hubiera querido presentarle mis respetos en el funeral, pero me avisaron que se celebraría en la más estricta intimidad.

—El respeto puede mostrárselo encontrando al asesino. —Otra vez esos ojos grandes y duros atravesándolo.

—Señora Capo, cálmese. No soy su enemigo y tampoco su empleado. —El tono de Héctor ha cambiado, dando paso al que usa cuando está templando sus nervios para no alzar la voz y cuando quiere dejar claro quién manda. Elvira lo mira sorprendida. No se esperaba esto. Se ajusta el pañuelo de seda y baja la vista—. Estoy tolerando sus desplantes porque supongo que está usted preocupada por su marido, pero no se confunda, no aguantaré muchos más. La mala educación me molesta como a todos, y que usted se ofenda en lugar de colaborar no solo no me facilita las cosas, sino que me parece francamente fuera de lugar. Así que vamos al grano. Dígame, ¿qué sabe usted de esto? —Le muestra la foto.

La mujer se desencaja en una fea mueca durante un segundo pero, casi de inmediato, recupera su aplomo.

—¡Qué gracia! Nil me contó que fue monaguillo un tiempo. Tomás también, por supuesto. Y mi querido padre Molina, que en paz descansen ambos. A los otros no los conozco. Le gustará ver esta foto cuando despierte. Seguro que le trae buenos recuerdos. Qué feotes están los chicos a esa edad. —Ahora sonríe con candidez. Es la mujer de las mil caras. Pero ninguna de ellas convence a Héctor.

—Mamá, siento llegar tarde. —Jordi Capo mira sorprendido a Héctor mientras besa a su madre, que lanza dos picotazos al aire, sin rozar apenas las mejillas de su hijo.

—Ya era hora. Necesito estar un rato en casa. Nos vemos luego —le

dice y, sin más despedida que esta, se aleja por el pasillo tiesa como un palo.

Un reportero habla de los crímenes de la Costa Brava desde un televisor colgado en la pared de la salita de espera. Está en el paseo de Llafranc, micrófono en mano. Miren Marlaska entra en escena y empieza a responder a las preguntas de su colega mirando a la cámara con aplomo. Héctor se levanta y la apaga. Ya tiene suficiente.

—No me gustan los hospitales —reconoce Jordi mirando a su alrededor con angustia—, ni su olor, ni su limpieza excesiva. Me ponen de los nervios.

—¿Y a quién no? Siéntese, sargento. Y relájese. Ahora no está de servicio y yo he venido a interesarme por el estado de salud de su padre. Su madre me estaba diciendo que no hay novedades.

—Así es, comisario. Le han inducido un coma, a la espera de que recupere sus constantes. La intervención de urgencia le dejó muy débil.

—Lo lamento, pero su padre es fuerte y saldrá de esta. Dígame, ¿sabía usted que conocía a las víctimas?

—Él es..., era —corrige— amigo de Tomás Juliá. Estos últimos tiempos se veían a menudo, porque Tomás buscaba apoyos para su candidatura a la alcaldía y mi padre..., esto... —carraspea algo azorado—, como usted sabe, es un buen relaciones públicas. Se entendían bien, igual que sus mujeres.

—Lo cual es importante y poco habitual. —Héctor sonríe distendido, simulando informalidad—. También conocía al padre Molina, pero usted no lo mencionó. Y él tampoco.

—¡Pero es que conoce a todo el mundo! —Jordi resalta lo que para él es una obviedad.

—A todo el mundo no, sargento. Según su madre, no tenía relación con los hermanos Mateu.

—Claro que no. —Jordi se arrepiente de inmediato de su respuesta y trata de corregirla—. Entiéndame, señor, los ambientes son muy diferentes. Vidas..., ya sabe, distintas.

—Por supuesto. Mundos opuestos. —Héctor saca la fotografía del bolsillo con un gesto rápido y la planta sobre la pernera del pantalón de su hombre—. Sin embargo, como puede ver, eso tampoco es exacto.

El joven Capo la mira sin dar crédito y a Héctor le queda claro que no sabía de su existencia. Jordi mueve la cabeza con pesar y Héctor supone que estará pensando en lo poco que conoce a su padre. Malditos secretos. Malditos sean todos y su habilidad para escapar del pasado y estropear el futuro.

—¿Por qué sale mi padre en esta foto? No lo entiendo. ¿Fue monaguillo? ¿En serio? —susurra con un hilillo de voz—. Reconozco a Oriol, a Tomás y al padre Molina. ¿Este es Andreu Mateu? ¿Quién es el otro?

—En efecto, fueron monaguillos todos juntos. Pero su padre no nos

informó de este pequeño detalle. Raro, ¿verdad? ¿Por qué ocultarlo si era solo una casualidad?

—Comisario...

—Mire, sargento —le enseña el móvil que Nico encontró en el sagrario y que al fin han podido cargar—, este teléfono era del padre Molina. Tiene grabados cinco números sin identificar. Hemos llamado a todos, pero nadie contesta. Lea usted. —Se asegura de que Jordi pueda ver las palabras que llenan la pequeña pantalla—. El 21 de diciembre por la noche el cura recibió un mensaje de auxilio, ¿lo ve? «Ayúdame, ayúdame», pero no contestó. Un par de días después el dueño de otro de los teléfonos organizó un encuentro: «A medianoche, donde siempre», y el padre Molina respondió: «Aquí estaré». A esta primera orden siguieron un par más del que parece el cabecilla, y después fue el propio cura quien pidió reunirse, aunque cada vez contestaban menos números.

—¿Qué intenta decirme? —Jordi suda a mares bajo su uniforme y le cuesta trabajo mantener el ritmo normal de su respiración. Sus trabajados pectorales se hinchan y desinflan sin parar.

—Pues es fácil, sargento. —Le acerca más el móvil—. El padre siempre contestaba «Aquí estaré» o bien «Os espero», así que el punto de encuentro era Santa Coloma de Fitor, siempre a medianoche. El mensaje de socorro tiene que ser de Oriol Mateu, que fue asesinado esa madrugada. Al enterarse de su muerte, el padre ya no intentó comunicarse con él. Y aquí tenemos otro número con el que no intentó comunicarse en ningún momento ni viceversa. Sospecho que era de Miha Radu, la primera víctima. Con dos muertos y el farmacéutico desaparecido, los supervivientes debieron entrar en pánico. El cura, sin embargo, insistía: «Tenemos que vernos, nos están matando». El miedo, la culpa, la soledad o todo a la vez hicieron que se quitara la vida poco después.

—¿Qué culpa?

—La de lo que fuera que hicieron, sargento. El padre Molina nos dejó esta foto y el teléfono para que pudiéramos dar con la verdad que él no se atrevió a contar.

—¿Por qué me lo explica?

—Porque creo que su padre tiene uno de los móviles y también una carta. Y temo que esté amenazado de muerte.

—¿Qué dice? —La voz de Jordi tiembla de rabia—. ¿Cómo se atreve a insinuar algo semejante? ¡Ha dedicado su vida al cumplimiento de la ley! —Los botones de su camisa están a punto de saltar por los aires. Se desabrocha un par y Héctor, después de recordarle el respeto que le debe, le ofrece un vaso de agua que llena en un dispensador.

—Escuche, su padre sale en la foto, está acostumbrado al mando y sabe cómo organizar un grupo —le habla despacio, con calma. Sabe que su acusación no es fácil de encajar. Claro que no. Son padre e hijo—. Además, ocultó información relevante, algo gravísimo siendo quien es.

—Eso no lo convierte en culpable de nada, señor. Quizás intentaba proteger a su amigo Tomás, o alguien que le envidia ha intentado involucrarlo. Él jamás se saltaría sus principios.

—No creo que el padre Molina quisiera irse al otro barrio señalando a inocentes —suspira Héctor, cansado—, y jamás es demasiado tiempo.

—Pero esto...

—Todos tenemos secretos, sargento. Algunos más oscuros que otros, y el pasado no da tregua. Yo fui testigo del miedo que devoró a su padre durante la rueda de prensa hasta que su corazón no lo pudo soportar y cayó fulminado. Ahora necesito su ayuda. Quiero que vaya a su casa y busque el teléfono y la carta. Debe encontrarlos. La vida de su padre depende de ello.

—¿Me pide que lo traicione? Pero, comisario, ¡soy su hijo!

—Le pido que averigüe de cuánto tiempo disponemos antes de que el asesino vaya a por él. Si solicito una orden, perderemos tiempo, echaré por tierra su buen nombre y no me parece justo estando él en coma. —Le da unas palmaditas en el hombro y añade—: Es una orden, sargento. —Se aleja unos pasos y llama al cuartel para que envíen a alguien a montar guardia en el hospital—. Lo protegeremos día y noche. No voy a permitir que le pase nada. —Héctor se sienta de nuevo con el peso de su promesa sobre sus hombros.

Jordi Capo mira a la nada. Después abre la boca un par de veces sin decidirse y finalmente dice:

—Gracias, señor. —Sus labios se unen en una línea prieta y fina y no añade nada más.

—Le haré compañía mientras esperamos, sargento.

Guardan silencio. La lluvia se hace oír sin reparos. Densa. Incansable. Triste. Como el lugar en el que esperan a que un hombre despierte de su letargo.

* * *

—¡Nico!

—¿Te pillo en mal momento?

—Estoy en el parking del hospital de Palamós —responde Héctor gritando. La lluvia le impide oír su propia respuesta—. Vuelvo a casa. Quiero ver a Marisa y a los chicos. Y tomar un plato de sopa caliente. Estoy calado hasta los huesos.

—¿Qué cuentan del enfermo?

—Sin novedad. —Héctor lanza la gabardina al asiento posterior del coche, se sienta en el del copiloto, da un portazo y, mientras se sacude restos de lluvia, le indica a su chófer que se ponga en marcha—: A casa.

—¿Qué dices? Te oigo fatal.

—No era a ti. Hay un buen atasco. Y por lo visto, la gente cree que tocar la bocina como locos ayuda a mejorar la situación.

—¿Le has sonsacado algo a Andreu?

—Negativo. No ha dicho ni una palabra. Ni una sola, ¿puedes creerlo? Y no podía retenerlo más. Si le quiero largando lo que sabe y fuera de peligro, tendré que hacerlo por la vía reglamentaria, y la verdad es que mis argumentos son muy pobres.

—¿Ha vuelto a casa?

—Sí. Quizás le ponga vigilancia, aunque a este paso me quedaré sin hombres. —Le resume brevemente el encuentro en el hospital. Las palabras de Elvira. El desconcierto de su hijo Jordi.

—¿Parecía sincero? Ese tío no me gusta un pelo.

—Y a nadie. Pero lo parecía, sí. He dejado a un hombre de guardia, por si acaso. Otro sigue a Casals como un perro faldero. Suerte que es despistado cuando está fuera de la morgue. No creo que se dé cuenta.

Nico suspira. Lo comprende. Su equipo no es precisamente numeroso y tanta vigilancia, tantos recursos para proteger a personas cuando ni siquiera saben qué peligro corren, si es que lo hacen, tiene su coste. Pero Héctor no es de los que se la juega.

—¿Nos vemos esta tarde? Cas está intentando retener a Marcos en casa, pero no va a poder alargarlo sin darle alguna explicación. Llevan horas con la vista puesta en el famoso mural y él debe estar volviéndose loco.

—Lo supongo. Déjame pensar con calma qué hacer. Hablamos luego.

—Bien. Descansa un rato. Saludos a la familia.

—Esta gente, Nico..., no hay amor en estas familias. No sé lo que percibo, pero no es amor.

—Entiendo. —Nico sabe a qué se refiere. Pudo sentirlo la tarde del funeral del párroco y en las respuestas parcas y secas de Andreu Mateu.

—Cuando yo muera, quiero estar muy gastado, ¿sabes?

—¿Gastado de qué?

—De querer, Nico, de querer y ser querido.

Héctor cuelga el teléfono. Su chófer lo mira por el rabillo del ojo. Él se vuelve hacia la ventanilla, observa la cortina de agua que todo lo envuelve y, cuando cierra los ojos pensando en llegar a casa, otra llamada interrumpe su paz. Es un número desconocido.

—Comisario Narváez al habla.

—Qué imponentes palabras, sobrino.

—¿Tía Sol? Jamás pensé que usarías el móvil que Mercedes casi te obligó a tener.

—Ni yo, ni yo.

—¿Estás bien? ¿Qué pasa?

Porque algo pasa. De otro modo, Sol Heredia no haría uso de uno de los artilugios que más desprecia.

—No quería molestarte, tú siempre andas muy ocupado y ahora, más todavía.

—Nunca molestas, tía. ¿De qué se trata?

—Va a pasar algo en el circo.

—¿Qué quieres decir?

—Sueño cada noche.

—¿Qué sueñas?

—No se trata de qué, sino con qué. Sueño con la muerte. Una y otra vez. Y no se trata de la mía, al menos por ahora.

—Entonces, ¿de quién?

—No lo sé. Pero se acerca.

—Que la muerte está rondando por la comarca lo sabemos todos, tía.

—Está rondando al circo Vargas, sobrino. Puedo sentirla.

—¿Tienes miedo? ¿Quieres volver a las marismas?

—¿Acaso no me conoces? No soy de las que salen huyendo. Y tú tampoco.

—Pero tía...

—La otra noche vi a Jamal Daher junto a otros. Estoy segura de que trapicheaban con droga.

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En el circo, por supuesto. Llevo días viviendo aquí.

—¿Estás segura de que era él?

—No digas tonterías. Claro que estoy segura. —Doña Sol oye suspirar a su sobrino al otro lado de la línea y el corazón se le encoge—. Cuídate, Héctor. Y cuida del doctor de los muertos. Y de tus hombres de uniforme.

—¿Qué quieres dec...?

Ha colgado. Héctor se afloja la corbata y baja un poco la ventanilla. Lo justo para sentir el aire fresco y limpio y para que alguna gota de lluvia revoltosa le moje la cara. La premonición de la vieja gitana lo llena de un desasosiego absoluto. La muerte. El circo. Jamal Daher. El que faltaba. Le envía un audio a Nico citándolo una hora más tarde en casa de Marcos. Ahora sí que necesita llegar a la suya. Sentir, aunque sea por un tiempo breve, el calor de su hogar, ver el rostro afable de su mujer, oír las risas de sus hijos, que siempre andan a la greña el uno con el otro y que se están haciendo demasiado mayores, demasiado rápido. Sin apartar la vista de la calle, le manda al chófer que encienda las luces azules y que se abra paso. Los otros coches se apartan ante la orden en forma de colores, y al poco salen de Palamós y toman la comarcal que lleva a Palafrugell. El conductor desliza el coche con una prudencia que, al Héctor impaciente de hoy, le parece excesiva.

—Acelere, hombre, acelere. Como si no lloviera. —Oyéndose, se dice que él no parece él.

Palafrugell, 16.10

Llevan casi una hora reunidos en la pequeña casa de color blanco de los

Quiroga. Las tazas de café están vacías y sobre la mesa quedan los restos de la infusión de Marcos que todavía desprende olor a canela y unas galletas integrales que Cas ha dejado en un plato y que, por ahora, nadie ha comido. La luz natural se filtra a través de las ventanas. La lluvia está dando una tregua, pero todos saben que no será larga. Héctor le ha explicado a Marcos, con la delicadeza que el tema requería, el hallazgo en el sagrario de la ermita de Fitor. Y después le ha mostrado el teléfono móvil del padre Molina y la fotografía. El dedo de Marcos pasea todavía inconsciente alrededor de la figura de Paco Quiroga creando un círculo invisible unos milímetros por encima de la foto. No ha llegado a tocarla. Está pálido y mantiene el entrecejo fruncido, tratando de pensar, de recordar algo importante al respecto.

—No entiendo qué hacía aquí mi padre a esa edad, porque él vivía en Cádiz. El único vínculo que se me ocurre son unos tíos abuelos que emigraron hace mucho y llegaron a esta tierra en busca de mejor fortuna, pero murieron antes de que yo naciera.

—Algo parecido dijo Andreu Mateu —recuerda Nico—. Insinuó que era un pieza y que lo enviaron aquí una temporada, en plan castigo.

—Podría ser. Mis padres se casaron en Cádiz pero no tardaron en elegir Palafrugell para vivir. Creo que él avergonzaba a su familia y arrastró a mi madre lejos de su casa para hacer con ella lo que le viniera en gana. Yo pensaba que no había estado antes aquí, pero ya veo que sí. Nunca visitaba a su familia en el sur, nosotros no pudimos hacerlo hasta que murió, porque nos lo tenía prohibido. Los padres de Cas —la señala y ella asiente— nos enviaron unos billetes invitándonos a pasar la Navidad allí. Mateo no quiso ir, pero yo acompañé a mi madre.

—¿Por qué no quiso ir?

—Decía que eran unos hipócritas. Que sabían lo que pasaba y solo les había importado que mi padre pusiera tierra de por medio y no los molestase.—Cas se sonroja, algo avergonzada de su sangre—. En fin, a mi madre ya no le quedaba nadie allí y se sentía una extraña, como si ya no perteneciese a ningún lugar. No quiso volver después de esa vez, pero yo mantuve la costumbre y cada año paso unos días con ellos.

—Así nos conocimos —asegura Cas, satisfecha por cómo el destino le había regalado un primo.

—En cualquier caso —continúa Marcos—, me cuesta imaginarlo haciendo de monaguillo. No le pegaba nada. Todo lo contrario, vamos. Solía reírse de la Iglesia y de los curas. Los llamaba maricones disfrazados, puteros..., en fin, de todo. Supongo que debieron obligarlo.

—Tal vez en esa época era alguien distinto. Un chico gamberro, nada más. Antes los padres exageraban a la hora de meter a un hijo en cintura —sugiere Cas.

—Lo dudo. —Marcos se encoge de hombros—. Creo que nació con el mal a cuestas, pero es mi opinión. —Él solo había conocido su aspecto iracundo y violento y su imagen aniñada le repele tanto como la que

guarda en su memoria—. Entonces, comisario, ¿cree usted que tuvo algo que ver y que, si estuviera vivo, habría recibido una de esas cartas?

—Eso me temo, sí. Del mismo modo que sospecho que el comisario Capo está en el ajo. Si el padre Molina no hubiera querido señalarlos a todos, no habría dejado esta pista. Apuesto a que no hay inocentes en la foto.

—Pero seguimos sin saber qué hicieron —recuerda Cas—. El origen del castigo podría ser una ida de olla, una acusación de una mente enferma. Podrían incluso no haber hecho nada malo.

—Eso no te lo crees ni tú. —Nico descarta la posibilidad de inmediato—. Por algo no pidieron protección y se jugaron la vida. Y por ese mismo algo, el cura se ha matado y Capo ha puesto en riesgo su carrera.

Héctor mira el mural lleno de notas adhesivas que pretende tomar forma plasmando los avances de la investigación. Conforme aumentan las muertes y el espacio ocupado, lo hacen también las preguntas.

—En fin, Quiroga, que no sabemos si corre usted peligro, esa es la verdad.

—Pero, comisario, no he recibido ninguna amenaza. Lo que fuera que pasó no tiene nada que ver conmigo. Mi padre está muerto. El asesino debería estar satisfecho.

Nico no comparte la opinión de su amigo, pero no sabe cómo decirlo sin que Héctor lo aparte de la investigación. Marcos no se lo perdonará, pero él no se perdonaría a sí mismo si le pasara algo.

—Sé que me vas a odiar, pero... ¿no podrías tener cuidado durante un tiempo? ¿Estar más en casa e investigar..., no sé, alguna otra cosa?

—Joder, Nico, ya te vale...

Y entonces Héctor recuerda algo que le dijo su tía Sol y ve una salida:

—No voy a apartarle de la calle, pero quiero ser precavido. Y usted también debería. Siempre ha sido un hombre sensato para con los demás. Ha llegado el momento de aplicárselo.

—¿Qué quiere que haga? —Marcos aprieta los puños debajo de la mesa. Maldita sea.

—Mi tía...

—¿La Bruja de las Marismas? —Cas la recuerda con tanto cariño y agradecimiento como Nico.

—La misma —responde, algo azorado por el título que se impone sin remedio—. Me llamó el otro día. Estaba bastante asustada y lo cierto es que no suele. Aseguró haber visto a Jamal Daher en el circo Vargas de madrugada, trapicheando con droga.

—¡No me jodas! —Nico silba. Jamal ya estaba tardando en hacer de las suyas.

—Creo que usted podría investigarlo, Quiroga. No estoy dispuesto a que ese malnacido use el circo para sus sucios negocios.

—Venga, primo —suplica Cas con un hilillo de voz—: es por tu bien.

—Te mantendré informado de todo —asegura Nico poniéndose en su

piel—, te lo juro.

Marcos asiente en silencio. Saben que hará lo que se le mande. Y saben también que su aspecto aparentemente calmado no muestra en absoluto lo que está sintiendo. Rabia. Frustración. Y odio a un padre que, incluso desde la tumba, le sigue causando problemas.

* * *

—¿Mamá?

—¿Nico? Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Me apetecía hablar contigo. ¿Qué haces?

—Si te lo cuento, no vas a creerme. —Oye la risa de su madre. El teléfono sufre alguna interferencia, pero enseguida la oye de nuevo—. Tu hermana me está llevando en moto. No sé cómo me he dejado convencer.

—¿En serio te has atrevido? Si es una kamikaze.

—Lo sé. Vamos al cine. Una peli de chicas.

—¡Qué bien!

—Nico, ¿qué pasa?

—Nada nada. Es solo que... me estoy enterando de algunas cosas de la vida de Marcos. De lo que su padre les hacía. Y ya sabes cómo soy. No sé qué decirle...

Nota que la moto se ha detenido.

—No hace falta que le digas nada ni creo que él lo quiera, Nico. Tú solo... trátale bien. Es lo único que todos necesitamos.

—Lo intento.

—Estoy segura. Escucha, hijo, el próximo fin de semana iremos a Llafranc. Tenemos ganas de veros.

—Y yooo. —Oye la voz de su hermana y Nico no puede evitar sonreír.

—Me alegra saberlo. Podemos organizar una comida. —Nico está ya a punto de despedirse—. Te dejo, mamá. Disfrutad del cine. Solo quería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por querernos como lo haces. Como siempre lo has hecho. Cuando te crías así, crees que es lo normal, pero está claro que no.

—Nos lo habéis puesto muy fácil.

—No siempre —reconoce trasladándose a su pasado más oscuro—. En cualquier caso, gracias a los dos. Dale un beso a la kamikaze y dile que vaya con cuidado.

Cuelga para que ella no note la emoción en su voz. Aunque sabe que ya lo ha hecho. Benditas madres.

Llafranc, 17.20

Caravanas y carromatos de alegres colores, imponentes camiones,

hogueras dispersas por doquier y las risas y voces de los feriantes reciben a Marcos cuando entra en el recinto en el que se ha instalado el circo Vargas.

La carpa roja y blanca se alza imponente a su izquierda y algunas personas entran y salen de ella vestidos con trajes de plumas y maillots. Una chica muy maquillada, con el pelo rubio platino, la tez muy oscura y vestida con una malla ajustada de lentejuelas que no deja nada a la imaginación, pisa un charco, lo maldice, se chupa el dedo índice, limpia con saliva el barro que ha salpicado su traje y se detiene frente a él.

—¿Qué buscas? No nos gustan los maderos.

—No solemos gustarle a nadie, hasta que nos necesitan. —Marcos, que sigue de mal humor, intenta sonreír.

—¿Parezco necesitarte? —replica la chica haciendo ademán de alejarse sin más, pero él no está dispuesto a que lo toreen nada más llegar. A esta gente hay que imponerse de primeras.

—No tan rápido, señorita. ¿Quién manda aquí?

La rubia ladea la cabeza y señala una caravana de color caldera, situada justo en el centro de un círculo compuesto por todas las demás.

—Ahí vive Tshilana Vargas —le dice y se aleja contoneándose mientras su malla ajustada brilla con las primeras luces del atardecer.

Marcos y su uniforme son pasto de miradas y silencios antipáticos a su paso. Algunas cosas son como son, y un circo no es el mejor lugar para un policía. Llama a la puerta del carromato un par de veces, pero nadie abre. Una voz le sorprende a su espalda.

—¿Quién es usted?

—Subinspector Marcos Quiroga, señora. ¿Es usted Tshilana Vargas?

—La misma. ¿Qué quiere?

—Cinco minutos de su tiempo.

—¿Puedo negarme?

—Yo no lo haría, señora.

—¿Señora? Repite eso, joven. ¡Señora, dice! —La mujer ríe a mandíbula batiente.

Rondará los setenta y tantos. Es difícil saberlo. Lleva el cabello rubio ceniza recogido en un peculiar moño alto y los lóbulos de sus orejas cargan con unos enormes pendientes de eslabones dorados. Su tez morena, seca y poblada de grietas, habla de una vida a la intemperie. Viste una camisa vaquera descolorida, una falda holgada de color beis, botas camperas de media caña y lleva en la muñeca un par de pulseras de hilo trenzado. Una quemadura ya curada, seguramente antigua, ocupa su mano izquierda y desaparece bajo la manga. Peligrosamente cerca de uno de sus ojos, hay restos de otra.

—Es usted muy joven y guapo. —Su mirada es de un azul tan pálido que cualquiera podría pensar que no puede ver—. Lástima que haya equivocado la profesión.

—¿Dónde podemos hablar? —Marcos aguanta la presión de esos ojos

intentando atravesarlo—. ¿Quiere hacerlo aquí, a la vista de todos, o buscar un lugar más cómodo, o igual mejor en el cuartel? —propone dispuesto a zanjar rápido el asunto.

—Cuidado, agente, conozco la ley. No tiene usted ningún motivo para llevarme a ningún sitio por la fuerza.

—Lo sé. Pero puedo hacerle pasar un rato incómodo si continúa dándome largas.

—Adelante. —Tshilana abre la puerta—. Que no sea dicho que el clan Vargas no es hospitalario.

En el exterior, dos mujeres, absolutamente ajenas la una a la otra, han estado observándolo. Una de ellas, Sol Heredia, abandona su espionaje a través de la pequeña ventana de su hogar ambulante, se deja caer en su sofá tapizado de flores y se santigua. Un hombre de uniforme en el circo. Sus miedos están tomando forma.

La otra, Miren Marlaska, deja los prismáticos en el asiento del copiloto de su coche, aparcado fuera del recinto ferial, y suspira. ¿Qué coño hace Marcos en el circo? ¿Qué se le escapa?

Un rato más tarde Tshilana se asoma a la puerta y grita pidiendo la presencia de un tal Ándor.

—Es el capataz —le aclara a Marcos—: lo sabe todo.

—¿Y usted no?

—Yo ya estoy vieja.

Un hombre entrado en carnes, apresado en un pantalón elástico blanco, botas negras de mosquetero, chaqueta roja y sombrero de copa, llega corriendo y se encierra con ellos unos minutos. Marcos se sorprende de que pueda respirar embutido en su ridículo traje. Le pregunta por Jamal Daher y cualquier trapicheo, pero su breve interrogatorio resulta un fiasco. El tipo lo niega todo y, tan indignado como Tshilana, pide regresar a sus quehaceres y se marcha. Marcos y la matriarca Vargas, porque ya no le cabe duda de que ella es quien manda, salen también de la caravana. El cielo se está tornando rojo.

—Volverá a llover en breve —asegura Tshilana alzando la vista hacia él—, ya conoce usted el dicho de por aquí, subinspector: *Cel rogent, pluja o vent.* [1]

—¿Es usted de la zona? —La mira sorprendido.

—¿Acaso lo parezco? —Tshilana estalla en otra carcajada, que a él le parece tan falsa como la primera—. No hace falta ser de un sitio para saberlo todo sobre él. —Le guiña un ojo misteriosa y, sin más, regresa al interior de su hogar ambulante dejándolo solo.

Marcos se mete las manos en los bolsillos y observa el ocaso, que avanza sin prisa sobre el terreno. Se acaban los últimos ensayos en la carpa, salen todos y Ándor baja la lona y la ajusta a unos anclajes. Las pequeñas hogueras que dan calor a la familia circense destacan en la casi oscuridad y, de pronto, colgadas de un cable interminable que rodea el recinto, se encienden decenas de bombillas de cálida luz blanca

y saludan alegres a la noche que se acerca.

Regresa a casa a las ocho, rumiando todavía las palabras de la matriarca del clan. Tshilana ha sido tajante durante su breve reunión: se ha quejado de la marginación y falsas acusaciones que, año tras año, sufren ella y su gente por su raza y modo de vida, y lo ha tachado de embustero asegurando que nunca, jamás, nadie en su circo ha estado involucrado en asuntos de drogas. Ha sido entonces cuando ha llamado a Ándor, capataz y maestro de ceremonias, para que reafirmase sus palabras. La vieja ha sido dura con él exigiéndole la verdad, pero eso no significa nada. Al fin y al cabo, esta gente domina el arte del engaño. Viven de ello.

—Nada de drogas, lo juro —le ha asegurado Ándor después de lamentar también el trato a los suyos—. ¿Cómo puedes siquiera pensar eso? —La pregunta no era para él, sino para la mujer, que lo miraba desafiante, sin pestañear. Después ha continuado explicando, esta vez a Marcos, que la temporada ha sido dura, sí, la crisis obvia, porque los temporales los han obligado a cancelar varias funciones navideñas, pero están acostumbrados a los contratiempos, siempre remontan y confían en las fiestas de primavera del pueblo para mejorar sus áridas arcas—. Por eso nunca dejamos de ensayar. —Se ha señalado a sí mismo y a su atuendo—. No voy de esta guisa por gusto, ¿sabe? Cuando abramos, presentaremos a mayores y niños una función magnífica. Nosotros estamos aquí para hacer feliz a la gente, subinspector —esta última palabra la ha dicho muy despacio, deteniéndose en cada sílaba—: no para vender esa mierda.

Y, por supuesto, no tenía ni idea de quién era Jamal Daher. Y, por supuesto también, Marcos no ha creído una palabra.

Deja el abrigo en el colgador y pone leche a hervir. Le duele la cabeza y no tiene hambre, pero algo caliente le sentará bien. Hay una nota escrita de Cas diciéndole que no la espere a cenar, que se lleva al cine a Jenica Radu y a su hijo. Pero ni siquiera la buena voluntad de Cas sirve para arrancarle una sonrisa. Él suele ser un tipo afable, callado, tímido, es cierto, pero de buen talante. Sin embargo, los últimos acontecimientos lo han sumergido en una nube gris que planea a todas horas sobre su cabeza. Su humor se ha vuelto taciturno, apagado. Primero le dan a Pàmies el caso de su vida, después Miren le roba el *pendrive* y publica el maldito reportaje por culpa de su estúpida inocencia. Por si fuera poco, Pàmies desaparece, su madre le cuenta cosas increíbles del pasado, según las cuales el inspector resulta no ser tan mal tipo, su padre sale en una foto misteriosa y el comisario lo aleja del caso. Bingo.

—¿Y ahora qué? —le pregunta a la nada.

Enfadado consigo mismo por no ser capaz de darle todavía la vuelta a la situación, consciente de que se está perdiendo en un bucle infantil y victimista, apaga el fogón justo antes de que la leche escape del cazo, la

vierte en una taza y, viéndola cambiar de color al mezclarse con el cacao en polvo, piensa en su madre, que les esperaba cada día con dos tazas humeantes cuando Mateo y él regresaban del colegio. Si la miraba a los ojos, podía adivinar si ese día también había recibido una paliza. Por eso a veces entraba en casa con la cabeza gacha. Para no verla. Para no saber.

Engulle una pastilla, enciende el televisor y cambia rápido los canales buscando un informativo o, mejor aún, algo aburrido que lo ayude a relajarse. Coge el libro que su prima ha dejado en la mesa y se sorprende al leer el título: *Los múltiples*, el tratado sobre perfiles criminales que le valió la fama a Pàmies antes de su caída en picado. Vaya con su prima, es una caja de sorpresas. Llaman a la puerta.

—¿Cas? —pregunta mientras se levanta con pereza. La verdad es que confiaba en estar un buen rato a solas—. ¿Te has dejado las llaves?

Es una mujer. Pero no es Cas.

—¿Qué haces aquí, Miren? No eres bienvenid...

Pero ella se echa a sus brazos y lo besa con fuerza.

—Lo supongo —jadea—, pero no me importa. —Sus manos recorren ávidas el uniforme de Marcos.

—¡Déjame, que me dejes! —La rabia de Marcos casi consigue zafarse de ella. Asustarla. La empuja contra la pared y le grita—: Pero ¿cómo te atreves?

Ella deja caer su abrigo al suelo y se desabrocha los botones de la blusa. El sujetador de blonda se mueve al ritmo de su respiración agitada.

—No sé cómo me atrevo, Marcos, pero es lo que deseo. Es lo único que quiero.

—¿Estás segura? —Se acerca a ella, la sujeta por la mandíbula y la mira con los ojos llenos de fuego—. Porque no estoy de buen humor, ¿sabes? Olvídate del hombre estúpido y cariñoso de aquella noche. No soy el mismo. Hoy no.

Miren le coge la hebilla del cinturón, tira de él y, con voz ronca, entrecortada, susurra:

—No necesito que seas bueno. No lo necesito.

Se funden en un abrazo de rabia. De ganas. Y de deseo.

23

Llafranc, 11 de febrero, 7.35

Miren ya está en pie y, cubierta con el edredón blanco, atisba por la ventana del balcón. Desde el cielo encapotado, la lluvia vuelve a caer. Hoy de forma lenta, suave, como si tan solo quisiera limpiar el pueblo, por si la última vez hubiera olvidado mojar algún hueco. Este ritmo tranquilo le recuerda al sirimiri habitual de su tierra y, durante un fugaz segundo, se traslada al norte, a la casa y la familia a la que hace demasiado tiempo que no vuelve y a las que, de tanto en cuanto, se sorprende añorando.

Deja que su mirada repose sobre el mar, que, salvo por las gotas que se expanden en círculos cuando aterrizan en su superficie, está en absoluta calma.

Un bonito *llagut*[1] está saliendo del puerto, mezclándose con las luces del amanecer. Deben de ser pescadores. Miren coge sus prismáticos, sabedora de que se ha convertido en una espía del ir y venir de los locales: la pequeña embarcación es blanca, una leve raya azul marino que la atraviesa de proa a popa y muestra orgullosa un nombre escrito a estribor: Mercedes. Sabe perfectamente que es una de las barcas de Manuel Orozco, la que lleva el nombre de su mujer. Ha oído hablar mucho de esta familia en el hotel, sobre todo al camarero joven, que es muy dado a los chismes y ha hecho buenas migas con ella. O con sus pechos, quién sabe, piensa lamentando que a estas alturas del siglo todavía resulten tan útiles, pero sin dudar en seguir usándolos como anzuelo, igual que haría con otra herramienta cualquiera.

«Manuel sale a pescar a menudo. Tiene dos barcas: la Mercedes y la Estela. Tenía otra, ¿sabe, señorita Marlaska? La Marina, como su restaurante. Pero alguien la quemó hace un par de años. Una lástima. Todo el pueblo corrió a ayudar, pero no hubo nada que hacer. La Marina desapareció devorada por las llamas, como si los Orozco no hubieran tenido suficiente. ¿Sabía que su hija se llamaba así?».

«¿No se llama Estela?».

«Me refiero a la mayor».

Y el camarero le contó la triste historia de Marina. Y de Nico. Y de todos ellos. Y el duro corazón de Miren se había estremecido sin poder evitarlo. Sobrevivir a algo así. Morir así. No sabía cuál de las dos cosas era peor.

«Al final —concluyó el chaval mientras secaba una copa y Miren se

preguntaba si siempre era la misma—, a todo cerdo le llega su San Martín».

Ella no estaba segura de eso, pero la idea de una cierta justicia divina le gustaba, excepto si se la tenía que aplicar.

«Pensaba que Nico Ros era solo un chico pijo que prefería el pueblo a la ciudad», le contestó ella, todavía sorprendida por el desenlace y pensando en los juicios que emitimos sin saber.

«Seguro que lo es. —El camarero tenía la copa en alto y se aseguraba de haber acabado con cualquier gota rebelde—. Pero también es mucho más que eso».

Después le había advertido de la antipatía que sus reportajes y ella misma se estaban ganando entre los lugareños:

«Es que aquí todos se conocen. Y se aprecian. Y no les gusta lo que usted escribe, señorita».

Pero Miren ya no lo escuchaba, porque no tenía ganas de justificar la importancia de su trabajo, el derecho de la gente a ser informada, el suyo a elegir la forma de hacerlo sin ser juzgada, y también porque seguía tomando nota de que era mejor no jugar con Nico ahora que sabía con certeza que no era un hombre que se anduviese con tonterías a la hora de ajustar cuentas.

Ajusta el *zoom* y trata de distinguir, en la todavía oscuridad del tardío amanecer invernal, a los hombres que salen en la barca, cubiertos con impermeables de capuchas amarillas, al más puro estilo pescador. Primero reconoce el perfil de Manuel Orozco y la curva redondeada de su tripa en popa. Lleva el timón. Después a Jan, el hermano de Estela, que trajina con unas redes a su lado. Los otros dos ocupantes están sentados en proa, muy cerca el uno del otro, mirando al horizonte. Las capuchas amarillas se juntan hasta parecer una sola y Miren supone que son Estela y Nico, y lo comprueba cuando ella se libera de la capucha y, sin importarle la lluvia, deja que su larguísimo pelo negro se moje mientras extiende los brazos, como si quisiera tocar el amanecer. Sus risas, acompañadas del suave traqueteo del motor, rompen el silencio del alba y llegan hasta su balcón. Y vuelve a sentir esa punzada de envidia que le provoca la pareja.

Recuerda entonces el sexo con Marcos sobre la alfombra áspera del vestíbulo. Porque eso ha sido: sexo puro y duro. Sin miramientos, tal como le había advertido. Él no ha dicho ni una sola palabra mientras lo hacían. Tampoco la ha besado. Ni buscado los distintos rincones de su cuerpo como la otra vez. No. Marcos la ha embestido con la misma rabia que contenían las pocas frases que le dijo al recibirla, y al acabar, se ha levantado a toda prisa para ponerse el bóxer.

—Voy a ducharme. Puedes irte. —Y ha desaparecido por el pasillo, dejándola sola, desnuda y avergonzada, como seguramente pretendía y como sin duda ella merecía.

Deja que un escalofrío agradable recorra su cuerpo y, algo

avergonzada, se confiesa que el comportamiento brusco de Marcos, lejos de enfadarla como debería, ha conseguido que no deje de pensar ni un segundo en él y en sus manos evitando acariciar su cuerpo.

A las ocho, la camarera habitual le lleva el frugal desayuno que toma para mantener la línea. Se ducha y viste, esta vez más acorde con la vida de un pueblo marinero y con el clima, y sale de la habitación y del hotel con pasos sigilosos, dispuesta a empezar su jornada, lejos de todos los ojos indiscretos, salvo de los suyos.

—Bendito Google Maps —exclama para sí cuando llega a la barriada de Esclanyà.

Pocos metros después gira a la izquierda y distingue la granja de los hermanos Mateu amaneciendo a otra jornada. Todo parece en calma. Deja el coche lo más oculto posible a la sombra de un frondoso olivo rodeado de arbustos de brezo, camina bajo la lluvia hacia su destino y traspasa el cercado con sigilo. Un cerdo gruñe al verla, Miren suplica para sus adentros que se calle y el animal lo hace, sumergiendo su morro en el comedero, donde otras bestias domésticas se alimentan con calma sin darle ninguna importancia a la intrusa.

No ve a Andreu Mateu por ningún lado. La casa la invita a acercarse desde sus muros de piedra y sus ventanucos estrechos. La puerta está cerrada, pero hay una pequeña ventana abierta. Miren se acerca más todavía.

—No seas cobarde, tonta —se intenta tranquilizar—. Si te pilla, le dices que vienes a entrevistarlo. Quizás hasta le guste.

Pero no está para nada convencida de ello porque, según los parroquianos del bar al que iba el hermano, Andreu era famoso por ser un borde. Aquel sí fue un rato glorioso. Si esos hombres hubieran tenido realmente algo interesante que decir, con las lenguas sueltas por culpa del alcohol y las miradas puestas en su escote, ella les habría sonsacado cuanto sabían, pero el resultado fue pobre y se marchó de allí decepcionada, con una idea más o menos clara sobre un sordo bonachón, que pasaba sus horas bebiendo con ellos para matar el aburrimiento y que ahora estaba muerto de una forma impensable.

Una ramita cruje bajo sus pies y, asustada por su propio despiste, corre hacia la casa intentando no resbalar en la hierba mojada y se pega a la fachada.

—Tranquila, Miren, tranquila.

Casi a cámara lenta, asoma la cabeza. La ventana da a la cocina, donde Andreu está de espaldas, moviéndose inquieto de un lado a otro. Abre la nevera, saca un cartón de leche, bebe a morro y se pasa el dorso de la mano por los labios. Miren puede ver su perfil cuando deja el cartón sobre la mesa y se sienta con las piernas separadas y los brazos colgando a los lados. Se pregunta a qué se debe esa postura, y entonces él desvía la cabeza en su dirección y ella se tiene que poner en cuclillas tan rápido que está a punto de caerse. Se agarra a la hiedra y procura

calmar su corazón, que late demasiado rápido.

El granjero empieza a hablar con alguien y aguza el oído por si hay otra persona en la casa, pero pronto comprende que está al teléfono.

—Escúchame bien, desgraciado. Dijiste que nos protegerías a todos, *collons*. Y mira el resultado. Mi hermano está muerto y los otros también. Se me acaban los días. Necesito que me llames, ¿me oyes? Yo soy el próximo. No lo olvides. Llámame o lo cuento todo.

Está claro que ha dejado un mensaje. Y también está claro que Andreu forma parte del exclusivo grupo. Y que será el siguiente en morir. Intentando memorizar esas palabras, decide que la información es suficiente y que ha llegado el momento de largarse de ahí, ahora que todavía está a tiempo. Echa a andar inclinada hacia delante, para evitar que la vea si decide asomarse a la ventana, cuando la sorprende el ruido de un motor y regresa a toda velocidad a su escondite. Mierda. Un coche de los *mossos* se acerca por el camino de tierra. Van a verla. Dobla la esquina de la casa y esta vez se pega a la pared lateral intentando fundirse con ella y conteniendo la respiración: ahora sería más difícil explicar su presencia en la granja y no le gustaría tener que enfrentarse al comisario Narváez. Ni a Marcos. Vuelve a asomar la cabeza y ve acercarse a un chico superjoven uniformado.

—¿Otra vez ustedes? —brama Andreu—. ¡Le dije a su comisario que me dejase en paz! ¿Qué busca?

—No busco nada, señor Mateu. Soy el agente Buendía. El comisario Narváez me manda a prestarle mis servicios. Debo montar guardia.

Miren puede imaginar la cara de Andreu mientras le oye insultar y amenazar en catalán al *mosso*, que, bien enseñado, aguanta el chaparrón.

—Lamento que no desee nuestra ayuda. El comisario me aseguró que la rechazaría, pero me ha pedido que le comunique que estaré al otro lado del cercado. Por si acaso.

—Dígale a su comisario que se vaya a la mierda.

—Buenos días, señor Mateu.

El *mosso* regresa cabizbajo al coche hablando por radio, conduce hasta salir de la propiedad y aparca algunos metros más allá del límite, en un lugar desde el que pueden verse con claridad la fachada de la casa y el granero. Miren maldice su suerte al darse cuenta de que no puede regresar al coche por donde tenía pensado. La voz del granjero vuelve a pillarla por sorpresa:

—*Digui.* [2]

Silencio.

—*Ets tu? On pares? Ja a casa?* [3]

Otro silencio.

—*Qui collons ets? Per què tens aquest telèfon?* [4]

Un nuevo silencio. Esta vez más largo.

—*No penso parlar amb tu. Sents? No tornis a trucar si no vols que parli*

amb el Narváez. Vull que em truqui ell. Tu no em serveixes per una merda. [5]

Los ruidos de algo al chocar le hacen pensar a Miren que ha lanzado el móvil contra la pared o cualquier otro sitio. El granjero parece estar de muy mala leche, más le vale que no la pille. Recorre con la mirada la zona trasera de la propiedad y respira más tranquila al ver un pequeño bosque al fondo. Bien. Huirá por ahí y conseguirá llegar al coche por el otro lado. Sueña con llegar al hotel, beber algo tan fuerte que le borre el miedo del cuerpo y pedirle, cuando el alcohol haya hecho su efecto, al joven camarero que parece vivir detrás de la barra, que le traduzca esa retahíla de palabras hoscas al castellano. Le viene a la cabeza la última conversación que mantuvo con Jordi Capo, cuando cenaban a la luz de las velas en un coqueto restaurante, muy lejos de posibles miradas indebidas.

«Andreu Mateu no colabora —le dijo el sargento—. Creo que Narváez sospecha de él».

«¿Es el asesino?». Miren casi se atragantó.

«Pero ¿qué dices? Es una posible víctima».

Su relación iba viento en popa, el chico largaba satisfecho, ella tomaba notas y el trabajo parecía pan comido, pero entonces Nil Capo había sufrido el infarto cuando Miren le apretó las tuercas en público y Jordi había zanjado con un breve mensaje de WhatsApp la relación interesada por ambas partes:

«Mi padre está grave. Debo ocuparme de él y de mi madre. No me hables más».

Ella, por supuesto, no había hecho caso. Pero él había cumplido y no había recibido respuesta a sus mensajes.

Llega al fin al bosque, se apoya en el tronco de un árbol para tranquilizarse y observa su aspecto: su ropa está sucia de barro y hierbajos, tiene mojada incluso la ropa interior y supone que su pelo no ofrece mejor aspecto. Por si eso fuera poco, su trabajo está dejando mucho que desear, Santos empieza a dudar de sus habilidades, el hombre que le gusta la desprecia y el hombre al que ha utilizado, también.

—El karma te está castigando, Miren Marlaska —resopla mientras corre sin parar.

El coche sigue esperándola paciente bajo el olivo y, cuando sus dedos temblorosos dan con la llave en el interior de su bolso, entra rápido, bloquea los seguros y solo entonces se permite respirar con absoluto alivio. Está a salvo, joder. Muerta de frío, temblando, con gotas de agua cayéndole del pelo y sintiendo la humedad en cada uno de sus huesos, pero a salvo.

¿Dónde han ido a parar esos preciosos días de enero? ¿No se supone que la Costa Brava fanfarronea de inviernos cálidos y poco lluviosos? Esta mierda de clima es peor que el de su tierra. Gira la llave en el

contacto para arrancar el motor pero se paraliza al comprobar que se acerca otro coche oficial. ¿Qué coño es esto? ¿Un maldito desfile?

El vehículo recién llegado aparca junto a su gemelo y Jordi Capo se apea.

—¡Puto karma! Ya me vale.

Se escurre en el asiento y asoma los ojos por la ventanilla. No. No la ha visto. Jordi cruza unas palabras con el agente de guardia, este se marcha al poco y él, ajeno a la espía a la sombra del árbol, camina con pasos cortos y rápidos hasta la casa. Antes de que pueda llamar a la puerta, se abre de golpe y Andreu Mateu abre y tira de él a lo bruto.

Miren vuelve a mover la llave en el contacto y se aleja sudando.

* * *

El brazo de Andreu aprieta el cuello de Jordi, que forcejea intentando librarse.

—*Per què has vingut?*[6]

—¡Suélteme!

Jordi está en clara desventaja en cuanto a corpulencia, pero sus entrenos en el gimnasio no han sido vanos y, con una maniobra rápida, lo golpea en el bajo vientre y se lo saca de encima.

—*Fill de puta*[7] —dice Andreu tropezando con la pata de la mesa, quejándose de dolor y cayendo, patoso, en la silla.

—Si se mueve, juro que lo mato —le advierte Jordi mientras le apunta con su arma. Sus ojos sueltan chispas y el granjero mueve las manos pidiéndole calma.

—Está bien, está bien. ¿Qué quieres?

—Que me explique qué significa toda esta mierda —le exige sacando del bolsillo un móvil y una carta que, a cualquiera menos a ellos, se le antojaría preciosa.

—Mírala, tan bonita y engañosa. —Andreu no disimula su desazón—. ¿Eres consciente del mal que anuncia?

—A eso he venido —dice Jordi Capo sentándose frente a él y dejando la pistola en la mesa—, a que me lo explique.

—¿Por qué la tienes tú? Nadie debía conocer su existencia.

—Supongo que porque no hubo más remedio —reconoce—. Cuando mi padre tuvo el infarto, gritaba mi nombre como un desesperado. Me emocioné un poco —le confiesa, necesitado de compartir esa verdad con alguien—. Tonto de mí, debí haber imaginado que no buscaba mi consuelo, porque excepto en el trabajo, él nunca me ha hecho demasiado caso.

—¿Vas a contarme tu vida? No fastidies.

—Pidió que yo lo acompañase en la ambulancia, me hizo acercarme mucho a él y, aunque le costaba hablar, consiguió decirme dónde escondía estas cosas. Me pidió que las guardase, no dijera ni una palabra

a nadie y esperase. Después el paramédico me apartó, le pusieron una vía con sedantes y no dijo nada más.

—¿Esperar? ¿A qué?

—A que saliera del hospital, supongo.

—Pero no has sido capaz de obedecerlo. —Andreu chasquea la lengua—. Menudo confidente estás hecho.

—¿Y si no se despierta? Soy un agente de la ley, joder. Mi padre lleva toda la vida hablándome de la honradez, del ejemplo y de lo que representamos, y mira por dónde, resulta que el que no es de fiar es él. Por eso le he llamado desde el maldito teléfono, señor Mateu. He probado todos los números que tiene grabados y solo usted ha descolgado. No ha sido difícil reconocer su voz.

—¿Está grave?

—Coma inducido.

—Aunque estuviera en plenas facultades, Nil no te contaría nada. —Andreu ríe—. Para ser tu padre, lo conoces muy poco.

—Quiero la verdad. —Jordi recupera la pistola y apunta hacia él. Y tal vez son sus ojos fríos, hartos y tristes, los que le dicen al granjero que no está bromeando.

—¿Estás seguro? Una cosa es querer la verdad y otra soportarla.

—Correré el riesgo.

—Está bien. Tú lo has querido. —Andreu se levanta con cuidado, abandona la cocina y reaparece pocos segundos después—. Estas son nuestras cartas —dice dejándolas en la mesa para que Jordi pueda verlas—. De Oriol y mía. Nuestras sentencias de muerte. —Vuelve a sentarse y esta vez el necesitado de un oyente parece él—. Lo cierto es que siempre supe que no íbamos a librarnos de aquello —habla sin pena, con resignación, como quien acepta algo inevitable—, y confieso que no he vivido, esperando a que llegara el día. Es mejor así.

—No lo entiendo.

—¿Seguro? Mi hermano ha muerto, yo lo haré dentro de poco y tu padre nos seguirá de cerca si la naturaleza no se ocupa antes de él.

—¿Hay más personas en peligro?

—Tú eres el policía.

—¿Qué hicisteis, desgraciado?

—Si te lo cuento, jamás volverás a ver a tu padre con los mismos ojos.

—Tú no tienes ni idea de cómo le ven mis ojos. —Jordi se levanta de golpe, se acerca y le clava la boca del cañón en la mejilla—. Habla o te reviento.

—Está bien, está bien. Pero prométeme que, cuando sepas la verdad, nos delatarás. No soy un maldito chivato, pero seguro que tú sí y estoy muy cansado.

—¡Que hables de una puta vez!

La voz del granjero empieza a desgranar, a su pesar y palabra a palabra, ese oscuro secreto del pasado que parece merecer tantas vidas

humanas. Jordi escucha en silencio y de vez en cuando, ante las partes que hubiera pagado por no saber, se frota la cara con las manos, restregándose la piel con fuerza, tratando de limpiarse de un pecado que no es suyo. Andreu continúa saciando su curiosidad tal como le ha exigido, con el tono cada vez más urgente, seguro, libre al fin de tantos, tantísimos años de obligado silencio.

—¿Satisfecho? Ahora ya sabes quién soy. Y también quién es tu padre.

Pero Jordi, invadido por la desesperación más absoluta, no es capaz de responder. Andreu observa sus labios temblorosos y la mano nerviosa que sostiene la Walther y se aparta con disimulo de la boca de fuego.

—Cuidado con eso. Podrías hacerme daño sin querer.

—Nadie me culparía —musita—, y el mundo no se perdería gran cosa.

Jordi regresa de algún lugar muy profundo y oscuro, mira el arma con la curiosidad de quien acaba de descubrir algo interesante, e imagina cómo sería pegarle un tiro, reventarle los sesos y que su fea boca de dientes faltos de cuidado estallara en mil pedazos y no pudiera repetir jamás las palabras que ha dicho. Pero, en lugar de eso, saca del bolsillo de su chaqueta un tercer objeto y se lo enseña.

—Estaba con el móvil y la carta. —Se mira los dedos sorprendido y añade—: Tiene pegamento en el reverso.

—Tu padre le obligó a Molina a dársela. El imprudente la había pegado en su álbum de recuerdos y temimos que un día perdiera la cabeza y la fuera enseñando por ahí. Ese curita siempre fue un imbécil —asegura Andreu—. Nos causó problemas en vida, y muerto no deja de hacerlo. —Coge la fotografía, una polaroid con años y colores desvaídos, en la que una mujer joven, que parece muy hermosa a pesar de que sus rasgos no pueden distinguirse con claridad, posa de medio perfil y sonríe descocada levantándose un poco la falda floreada. Del lóbulo de su oreja cuelga un pendiente grande, estilo criolla, el pelo moreno le cae en bucles hasta la cintura y está descalza.

—¿Es ella? —pregunta, sin querer saberlo en realidad.

—Por supuesto. —Andreu intenta reírse, pero su garganta expulsa una especie de queja agónica—: Es Lorelai Vargas. La mujer a la que todos quisimos. Hasta que la odiamos. Bienvenido a la verdad.

24

Llafranc, 12 de febrero, 8.10

—¿Nicolás?

Se vuelve hacia la voz y, algo incrédulo, contesta con sorna:

—Caray, pero si es la mismísima Miren Marlaska. ¿Qué te trae por mi playa? —Lo ha pillado justo cuando volvía a casa después de su baño matinal y, por su expresión, es fácil adivinar lo poco que le apetece hablar con ella.

—Tengo que contarte algo. Es importante.

—¿Algo sobre qué? —Nico recoge la toalla y mientras se seca con el traje de neopreno colgándole de la cintura, camina por la orilla sin importarle la llovizna que lo moja lenta, suave, casi cálida—. Allí está mi casa. —Señala algún lugar en el otro extremo de la playa, donde la última curva del paseo marítimo da paso al puerto deportivo—. Tienes de tiempo exactamente los minutos que tarde en llegar.

—No te caigo bien, ¿verdad?

—¿Es coña?

—No importa.

Miren sigue como puede sus pasos rápidos mientras agradece que la playa esté desierta y nadie sea testigo de sus botas hundiéndose en la arena y de su caminar patoso.

—Quería contárselo a Marcos, pero no creo que quiera hablar conmigo —balbucea, ocupada en seguir sus pasos—. Y no quiero ir a su casa, ¿sabes?, su prima me da...

—¿Miedo? —Nico se ríe sin detenerse—. Haces bien en temerla. Cas puede ser peligrosa. —Le alegra que alguien le imponga a esta arribista —. Venga, larga ya, que, si se trata de andar por la playa, prefiero hacerlo solo.

—Es por Jordi Capo. Yo... oí algo.

El pulso de Nico se dispara. ¿Capo? ¿Cómo sabe ella quién es? No es tonto y lleva demasiados años como investigador para que el vínculo le pase desapercibido.

—¿Fuiste a por él cuando viste que de Marcos no ibas a sacar nada más? ¿Es eso?

—Joder, ¿lees la mente?

—No me hace falta. Pectorales grandes, ego grande. Y tú debes de ser buena aduladora.

—Vale, sí. Coqueteé con él y no me fue mal al principio. —Miren está

a punto de tropezar con sus propias piernas y Nico acelera el paso, para que crea que no ha captado su curiosidad. Pero es mentira.

—Ahora entiendo lo de los otros reportajes. Estarás orgullosa de ti misma.

—Puedes seguir siendo tan borde como quieras, Nico...

—Nicolás para ti.

—Seguramente me lo merezco, pero no tengo demasiado orgullo y no voy a irme hasta que te diga lo que tengo que decirte. Jordi dejó de responder a mis llamadas. La primera vez cedió al cabo de poco, pero estos últimos días... me esquiva de forma tajante.

—¿Y vienes a que yo te aconseje cómo recuperar su interés? —Nico ríe—. Soy malísimo para esas cosas. Pregúntale a mi mujer.

—No digas chorradas. Solo era la explicación previa, para que entendieses de qué lo conozco. La cuestión es que lo vi entrar en la granja Mateu. Cuando el granjero abrió la puerta, tiró de él a lo bestia, como si le estuviera esperando o no le sorprendiera verlo. Pero no parecía contento.

—Jordi Capo es un sargento y, como debes saber, puesto que lo tuyo es el espionaje y nos sigues a todas partes, Andreu Mateu necesita vigilancia.

—Pero un coche patrulla ya se ocupaba de eso. Había llegado poco antes conducido por un chico jovencísimo.

—Entiendo. —Pero no, no lo entiende. ¿Qué puñetas hacía Miren en la granja? ¿Hasta dónde había largado el cretino de Capo y por qué había ido hasta allí si la vigilancia ya estaba en marcha? Sigue haciéndose el pasota, deseando que Miren no se canse de su actitud y continúe, porque sospecha que lo peor sería mostrar interés.

—Estaba escondida y oí una conversación telefónica, porque la ventana estaba abierta.

—¿Antes o después de que apareciese Capo?

—Antes. Andreu vociferaba en catalán y hasta que volví al hotel y me lo tradujeron, no estaba muy segura de lo que había dicho. Llevo ya un año en Barcelona, pero el acento de aquí es tan...

—Continúa. —A ver si se cree que ahora se van a poner a opinar sobre el acento ampurdanés.

—Andreu estaba fuera de sí y gritaba al teléfono. Lo que dijo fue —Miren se detiene, saca un papel arrugado del bolsillo de su pantalón y lee—: «¿Eres tú? ¿Ya estás en casa? ¿Quién cojones eres? ¿Por qué tienes este teléfono? No pienso hablar contigo, ¿sabes? Si me vuelves a llamar, hablaré con Narváez. Quiero que me llame él. Tú no me sirves para una mierda». Y eso fue todo. Cuando conseguí llegar al coche, vi aparecer a Jordi.

—¿Por qué me lo cuentas? ¿A qué esperas para publicarlo? —Nico salta el peldaño que separa la playa del paseo, cruza la calle y se acerca a una bonita casa blanca, con las contraventanas azul marino abiertas de

par en par y una coqueta cortina de red de pescador salvaguardando su intimidad.

—No voy a hacerlo. De momento —recalca.

—¿En serio? —Nico la mira por primera vez—. ¿De pronto te has vuelto escrupulosa?

—No me ablando tan fácilmente y ya estoy harta de que todo el mundo cuestione mis métodos. Voy a ser prudente por Marcos, pero cuando llegue el momento, escribiré el reportaje de mi vida. Soy periodista, ¿entiendes? Hago lo que tengo que hacer, tú deberías comprenderlo. —Siguen de pie frente a casa de Nico. Miren tirita bajo su chaqueta y en cambio él, a pesar de estar medio desnudo, parece tan campante—. Tú tienes fama de tener tu propia ética, ¿nunca has jodido a nadie?

—Sí. Lo he hecho. —Los ojos de Nico se llenan de sombras. Su rictus se tensa—. Y estoy seguro de que volveré a hacerlo. Lo que me fastidia de ti no es que metieras la pata, es que fuiste a por el más bueno, ¿entiendes? Marcos es mi amigo, tú te lo pasaste por el forro y ni siquiera te importó que su carrera peligrara. No imaginas lo que ha tenido que luchar para ser el que es.

—Otra vez la cancioncilla. Ya me han dicho eso antes. ¿Crees que a mí me han regalado las cosas?

—Me importa un carajo, la verdad. A mí me importa Marcos. ¿Quién te ha dicho eso antes que yo?

—Su estúpida prima.

Nico se cuelga la toalla del cuello y sonríe divertido pensando en Cas. Puede imaginarla pidiéndole cuentas a la periodista. Puede imaginarla incluso pegándole un puñetazo. O deseándolo.

Un anciano pasa por delante de ellos en dirección al puerto con un paraguas. Mira a Nico de refilón, menea la cabeza y reniega por lo bajini:

—*Aquest jovent està ben boig.* [1]

—Nico —Estela aparta la cortina y se asoma—, vas a pillar una pulmonía. —Mira a Miren sin disimular su interés—. Y ella también.

—Soy Miren Marlaska.

—Lo sé. Pareces helada. ¿Quieres entrar a secarte un poco?

—Qué amable. Debes ser la única del pueblo que no me odia.

—No te conozco lo suficiente, pero ya pareces hacerlo tú por todos.

Miren aprieta los dientes y Nico mira a su mujer. Siempre dice lo justo. Y siempre necesita poco para decirlo. Y no, podría decirle a Miren, no te odia. Porque Estela tiene la suerte de no conocer el odio. Pero no lo hace y, en su lugar, se despide a su manera:

—No necesita secarse en casa, Estela. Su hotel está aquí mismo. Y ya se iba.

—Andreu Mateu es el siguiente. Estás advertido. —Miren se aleja cabizbaja, tal vez porque se ha sentido humillada o tal vez porque

vuelve a estar calada hasta los huesos y está harta de este clima de mierda, de este pueblo de mierda y de esta gente de mierda.

—Has sido bastante borde con ella. —Estela enciende la tetera eléctrica mientras Nico se pelea con el traje de neopreno—. No me gusta cuando haces eso.

—Lo sé. Se lo debía a Marcos.

—¿En serio? Sabe defenderse solito. Yo creo que te encanta hacer de justiciero.

—Es un asco que me conozcas tan bien, ¿sabes? —Sale a tender el mono, regresa en traje de baño y se pone a jugar con los tirantes de su camisón—. Ya sabías que no te casabas con un tío simpático.

—Eres un cuentista. —Estela lo aparta—. Anda, suelta, que estás helado.

—Pensaba que podríamos hacer algo juntos.

—¿Algo? —Oyen a Simón hacer pucheros—. Ese algo tendrá que esperar.

—Voy yo, que ni siquiera te has podido preparar tu té.

—No, Nico. Ya me ocupo, en serio. Ve a la ducha.

Cinco minutos después el agua corre rápida y caliente sobre su cuerpo y el cuarto de baño se inunda de vapor. Se entretiene dejando que el chorro lo ayude a entrar en calor. Se enjabona y cierra los ojos con fuerza para evitar que el gel de baño entre en ellos. A tientas, palpa el grifo para reducir un poco la temperatura, pero se equivoca de lado y el agua sale ardiendo a los pocos segundos. Se quema la piel y lanza un alarido:

—¡Joder!

—¡Nico! ¿Estás bien?

—¡Sí, tranquila!

Y entonces lo recuerda después de días de tenerlo casi olvidado. En el agua que acaba de abrasarlo. En todo lo que arde. Lo que quema. En las palabras de doña Sol y en los bordes quemados de las cartas. En el fuego, que arrasa y mata todo rastro. Y sabe, de algún modo sabe, que debe centrarse en eso antes que en cualquier otra cosa. Se viste a toda prisa con vaqueros y una camisa blanca arremangada, baja descalzo las escaleras, le prepara a Estela el té que no se ha podido tomar, se lo sube y se disculpa a su manera:

—Siento lo de antes. Pero lo siento por ti, no por ella. ¿Te vale?

—Sí —Estela acepta el té—, me vale. Pero, por favor, no vuelvas a tratarla así.

Nico le da un beso de buenos días a Simón, que traga con ansia la leche con cereales del biberón, regresa a la planta baja, prende la chimenea y, mientras la casa se llena de calor, se prepara su café extracorto y denso y sale a beberlo a la calle, apoyado en el quicio de la puerta, mirando la lluvia y las fundas de plástico que cubren las barcas y se hunden poco a poco bajo su peso. Podría pasarse horas contemplando

el espectáculo, pero hay trabajo que hacer. Llama a Héctor y le explica la extraña charla con la periodista, sin olvidar mencionar que Andreu Mateu está condenado a morir pronto.

—Yo no envié a Jordi Capo a la granja. Pero te aseguro que ahora mismo sabré qué diantres hacía allí. Agradezco la información, en serio —dice Héctor antes de colgar.

Nico piensa en los Capo, en lo irónico e hipócrita que resulta que sean precisamente ellos, padre e hijo, quienes oculten secretos y entorpezcan la investigación cuando ambos se han erigido, *motu proprio* y sin permiso ni tregua, en el supuesto ejemplo del buen hacer policial.

Un escalofrío lo hace entrar en casa y mira arder el papel, las piñas y los troncos bajo el poder irremediable del fuego. Se sienta frente al ordenador y sus dedos teclean a toda prisa en el buscador de Internet.

Palafrugell, 12.10

—Adelante, sargento. —Héctor invita a Jordi a sentarse.

El despacho está húmedo y acaba de pedir que suban la temperatura de la calefacción. O quizás es su estado de ánimo, que todo lo percibe gris, denso. Y frío. A su angustia omnipresente por Pàmies, se suman los asesinatos, la investigación frustrante, el miedo por las inconcretas predicciones de su tía y la presión popular. No, no están siendo unos días fáciles. Sobre su mesa, un periódico local exige en su portada la caza del asesino y se queja de lo perjudicial del asunto para los comercios y el turismo. Héctor ha resoplado al leerlo esta mañana. No hay puñetero turismo en febrero, maldita sea. El *Crónica*, sin embargo, permanece silencioso, lo cual no es necesariamente bueno porque, como sabe por experiencia, al igual que después de las tormentas llega la calma, también las tormentas estallan después de la calma aparente. En fin. Mira el rostro asustado de Jordi y decide empezar con algo amable:

—¿Cómo está su padre?

—Sin novedad, comisario. Pero los médicos aseguran no temer por su vida. —La habitual y molesta chulería del joven ha dado paso a un talante más apocado, silencioso, como si la ausencia de su padre, exigiendo respeto a diestro y siniestro, le hiciera sentirse vulnerable. Está jugando con los pies, moviéndolos de un lado a otro, y en cambio, mantiene las manos demasiado quietas y tranquilas sobre los muslos. Pero ni siquiera ha preguntado para qué le ha mandado llamar. Mala señal.

—Le necesito, sargento.

—Estoy a su disposición, señor.

—Es bueno saberlo, porque quiero que me diga, rápido y sin mentiras qué sabe de la relación de su padre con esta investigación. Y, por supuesto, también de la suya.

—Yo... —Jordi no se atreve a evitar su mirada.

—Ni se le ocurra, no pienso tolerarlo. Esta es, por el momento, una reunión informal pero, si no colabora, me veré en la obligación de tomarle declaración, ¿me ha entendido? Conozco sus andanzas con la periodista. Y también sé que le hizo una visita al señor Mateu. No recuerdo habérselo pedido.

—¿Quién...? —Pero agotado de guardar secretos que ni siquiera son suyos y de que su padre no sea lo que él imaginaba, Jordi se rinde en ese mismo momento y, con voz temblorosa, le explica sus citas con Miren y la orden que Nil le dio en la ambulancia.

—Me dijo que si le pasaba algo, lo quemase todo y lo olvidase. Como si fuera tan fácil. —Héctor asiente y Jordi acaba su pequeño discurso—: Entonces supe que mi vida había cambiado para siempre por su culpa y lo odié con toda mi alma —confiesa escupiendo su fea verdad.

Héctor sabe que tiene razón, que nada volverá a ser igual para los Capo, que algunos hechos tienen ese efecto: después de ellos, todo se viene abajo, como los castillos de naipes, las fichas de dominó o una casa frágil azotada por un huracán.

—¿Dónde guardaba esas cosas? —pregunta absteniéndose de responder al comentario personal.

—En un falso cajón con llave, en la mesa de su despacho, en casa. —Ya está. Ya ha delatado a su padre. Es un mierda, un cobarde, un chivato. Lo matará cuando se entere de esto.

—¿Y qué guardaba exactamente?

Jordi rompe a llorar. Las lágrimas caen decididas bañando su rostro, incesantes, rápidas, y aprieta los dientes para conseguir que, al menos, sean silenciosas. Héctor se levanta, cierra la puerta del despacho con pestillo y le concede unos minutos. Pero deben ser los justos, porque el tiempo apremia. Se acerca a la ventana para evitarle más humillación de la necesaria, mira la lluvia caer plácida y, recordando el temporal que azotó la comarca la pasada Navidad, se dice que el cielo sobre sus cabezas está adivinando el ánimo que los invade. O tal vez es él, que se ha empapado de melancolía y este invierno inusualmente gris solo le está apretando el ánimo un poco más. Benditos sean el sol y el cielo azul, que todo lo cambian.

Al oírle suspirar, Jordi se limpia las lágrimas y recupera la compostura.

—¿Qué había en ese cajón? —repite regresando a su sitio.

—Un teléfono de prepago y una carta del tarot. —«Y la foto de una mujer», debería añadir. Pero no lo hace.

Héctor se lleva las manos a la cabeza y contiene su rabia como puede. Le echaría una bronca monumental. Le diría de todo. Debería abrirle un expediente. ¿Qué expediente ni qué ocho cuartos? Debería sacarlo del cuartel a patadas. Jordi Capo merece la expulsión fulminante del cuerpo, niñato prepotente y consentido. Pero ¿qué hubiera hecho él en su lugar? Se trata de un padre. Y un hijo. Uno de los vínculos más

fuertes y sagrados de la existencia humana. Y maldice en su interior a Nil Capo, que ha obligado a su hijo a traicionar su uniforme por no traicionarlo a él.

—¿Por qué fue a ver a Andreu Mateu, sargento?

—Creí que podría contarme algo sobre mi padre, explicarme por qué guardaba esas cosas y decirme si él también había recibido una carta del zodiaco. Se trata de mi padre, comisario. Necesitaba respuestas.

—¿Y las obtuvo?

—No. No quiso decirme nada. —Otra vez las mentiras. Las sienes de Jordi están a punto de explotar.

—No deseo precipitarme ni pienso tomar ninguna decisión respecto a usted ahora mismo. —La voz de Héctor suena tan grave que desdice sus palabras—. Esperaremos a ver cómo evolucionan su padre y la investigación, ¿de acuerdo? Una parte de mí comprende que estaba usted entre la espada y la pared. —Jordi asiente, algo aliviado—. Sin embargo, que informase deliberadamente a la señorita Marlaska tendrá, inevitablemente, consecuencias. De momento, puesto que debo alejarle del caso, sustituirá al cabo de guardia y velará por la seguridad de su padre en el hospital. —Héctor parece dar por terminada la reunión y Jordi está a punto de levantarse de la silla—. Sargento Capo, ¿está usted seguro de que no hay nada más que yo deba saber?

Jordi siente un nudo atenazarle la boca del estómago, la garganta, todo su cuerpo. Tiene calambres en los pies y en las manos. Debe decírselo. Ahora, en este momento, porque después será demasiado tarde. Debe hablarle de que su padre le ordenó que fuera a la ermita, que lo registrara todo, que encontrara el teléfono del cura y cualquier otra cosa que pudiera comprometerlo. De cómo él lo obedeció, como siempre hacía, pero se topó con el coche de Nico, que andaba por ahí con Cas, como ladrones en la noche. Y también debería explicarle que huyó con las manos vacías y consiguió despistarlos por los pelos. Y hablarle de todo lo que Andreu le contó. De lo que hicieron. De todas las mentiras. Y de su padre, del gran hijo de puta, que había vivido disfrazado de ejemplo para todos. Y de Lorelai. Sobre todo, de Lorelai.

—¿Algo más? —insiste Héctor.

—No, señor. Nada más. —No lo ha hecho. No lo ha hecho. No lo ha traicionado del todo. Pero no ha sido por cariño. Ni por admiración. Ni siquiera por el miedo que su padre le ha provocado toda la vida. En realidad, le ha protegido por si, por un bendito milagro, Nil Capo, el gran comisario, se despierta, mueve sus hilos, hace su magia y todo, absolutamente todo, vuelve a ser como antes.

—¿Dónde guarda usted esas pruebas?

—En mi taquilla, señor. Aquí mismo. He intentado venir a explicárselo cada día. Todos y cada uno.

—Lo sé. Como sé que quiso usted hablarme de ello en el hospital. —Al ver la cara de sorpresa de Jordi, aclara—: Conozco la naturaleza

humana, sargento. Las personas no somos tan diferentes unas de otras, ¿sabe? Puedo intuir cuando alguien se debate entre hablar o callar. Son ya muchos años en la profesión. Y en la vida.

—¿Quiere que vaya a buscarlo? —Jordi siente su alma tornándose negra. El demonio se cobrará su factura. Antes o después.

—Por supuesto. Pero antes, dígame: ¿cuál es el signo de la carta?

Jordi responde y Héctor siente un enorme agujero negro abrirse a sus pies.

Llafranc, 14.20

—Joder con la lluvia. —Nico sacude su parka impermeable antes de entrar y deja el casco en el felpudo.

—Pero ¿vienes en moto? —Cas pone los ojos en blanco—. Estás fatal.

—Estela necesitaba el coche. Y no es grave mojarse un poco, ¿sabes? Despeja las ideas. —Saluda a Marcos, se sienta a su lado y mira la olla sobre el fogón de la cocina—. ¿A qué huele? ¿Son lentejas? Tengo un hambre canina.

—Y nosotros, no te fastidia. Fui al mercado pensando en guisar un buen potaje, como hacemos en mi tierra, pero ya ves. El comisario me ha cortado el rollo, dice que viene hacia aquí y debe ser urgente, porque odia saltarse una comida.

Nico sonríe. Cas ya va conociendo al personal. Le ofrecen una cola sin azúcar que acepta gustoso y Marcos le explica su incursión en el circo.

—Tengo que seguir investigando porque se está cociendo algo. Era descarado que querían quitarme de encima. Una de estas noches montaré guardia, a ver si aparece Jamal.

—Mejor de noche te quedas en casa, primo.

—No me mandes, Cas. Que no eres mi madre.

—Hablando de madres, ¿no deberíamos hacer una visita a la tuya?

Marcos siente una punzada de culpabilidad. Cas tiene razón. La ha ido llamando por teléfono, ha mantenido con ella conversaciones cortas, lo justo para saber que está bien pero, por culpa del caso o eso se dice, la tiene algo abandonada. Él nunca ha necesitado que le recuerden que debe visitarla. Le sale de dentro. Es su madre, la quiere y le encanta su compañía.

—Iré a verla muy pronto —asegura.

Pero, por suerte o por desgracia, Nico y Cas lo conocen demasiado bien.

—¿Es por lo de tu padre, Marcos? —pregunta Nico saltándose el pudor que le caracteriza a la hora de entrar en el terreno personal—. ¿Crees que si vas a verla no podrás evitar preguntarle más cosas y se lo harás pasar mal sin querer?

—¿Desde cuándo eres sicólogo? —Marcos intenta parecer desenfadado, pero su carácter franco le impide irse por las ramas—. En

realidad, tienes razón. Estoy enfadado con un padre que lleva años bajo tierra, al que creía tener superado, y me fastidia que mi madre no nos contara antes esas cosas. Cuando fui a verla con Cas, no sé, me pareció que se callaba mucho. Pero no me atrevo a insistir, no quiero ponerla en un apuro. Ella es más feliz cuando no recuerda.

—Comprendo que te agobie —asegura Nico—. Tómatelo con calma. No tienes que decidirlo hoy.

El comisario se retrasa, cosa rara en él.

—Comamos, que nos sentará bien. —Cas apaga el fogón, levanta la tapa de la olla, que deja escapar una nube de vapor caliente y prueba las lentejas—. ¿Ponéis la mesa?

Cogen manteles individuales, vasos, cubiertos y servilletas, y en nada está todo preparado. Cas planta en la mesa tres platos hondos a rebosar de humeante potaje.

—Ojo, que está ardiendo.

—¿No deberíamos esperarlo? Estará al llegar.

—No seas pelota, Marcos —se burlan.

—Esperarme, ¿para qué? —Héctor saluda, deja el abrigo en el perchero, da la vuelta a la llave por dentro y se sienta en la única silla que queda libre—. No deberían dejar la puerta abierta estos días. De hecho, no deberían hacerlo nunca, creía que sabían ese tipo de cosas.

—El asunto debe de ser urgente. —Nico sostiene la cuchara en el aire, dudando si empezar—. Tú siempre respetas la hora de comer.

—Lo es. —Héctor huele el aroma que escapa de los platos—. Dios, ¿son lentejas?

—Únase a nosotros, comisario. Está mal que lo diga yo, pero están de muerte.

—No he tenido tiempo de ir a casa, así que lo agradezco —accede encantado, las prueba y se relame—. ¿De verdad las ha cocinado usted? —Cas levanta la mano orgullosa—. Caramba, Casilda, nunca hubiera imaginado que fuera buena cocinera.

Cas no sabe si recibir sus palabras como un elogio o lo contrario.

Durante la comida, evitan mencionar la investigación y el porqué del interés de Héctor en volver a reunirlos. Él los invita a disfrutar del momento y, como haría un amigo, comenta con curiosidad y hartazgo los muchos y poco habituales días de lluvia y le pregunta a Cas por su aspecto físico:

—Es que es usted tan... británica que me resulta chocante su origen andaluz.

—Porque lo soy a medias, comisario. Soy Quiroga Blake, mi madre es inglesa. La pobre dejó su genética en mí, pero no su estilo ni sus modales. Yo he salido más bien bruta. —Gesticula resaltando lo evidente.

Héctor la escucha divertido y curiosea sobre su elección de quedarse en la Costa Brava teniendo a toda la familia en Cádiz.

—Fue por un suceso desagradable con un superior, señor. No me sentí apoyada y creí que un tiempo lejos de casa me sentaría bien. —Cas se sonroja y él decide no adentrarse más en el asunto. No le hace falta. Sabe escuchar lo que no se dice.

—Lamento que tuviera que marcharse. Pero sepa que es usted bienvenida —sonríe mirando a Nico y a Marcos—. Además, creo que es usted una buena ayuda para este par. —Recogen entre todos y toman el café—. Gracias. —Deja la taza en el platillo, dobla la servilleta y se da palmaditas en la barriga, que se mantiene bastante a raya, pese a su afán por comer—. He disfrutado.

—No entiendo cómo no estás gordo. —Nico lo señala acusador—. ¡Lo que llegas a comer!

—Mira quién habla, el tragón. —Héctor mete la barriga—. Es que Marisa me da alfalfa cada noche y además, está la genética: he salido a los Heredia, delgados por naturaleza. —Disimula un bostezo y da una palmada en la mesa—. En fin, basta de cháchara. A trabajar.

Se trasladan a la habitación de trabajo y los cuatro pares de ojos recorren el colorido mural de arriba abajo y de lado a lado, por si no hubieran caído en algo o las caras de los muertos y de Pàmies pudiesen delatar al culpable de semejante horror. La imagen de Jamal Daher se ha sumado al cuadro. La línea temporal establecida por Cas es perfecta y las anotaciones breves, concisas y meticulosas. Héctor piensa que es tan buena en el detalle como Nico para hacer una radiografía general de cada caso y enlazar los hechos hasta convertirlos en un todo. Y Quiroga, se dice mirándolo de soslayo, intentando reconocer en su rostro un ánimo mejor que el de los últimos días, bueno... Marcos es el tesón. El orden. El que llega a la verdad sin atajos, fiel al método, porque es en él donde encuentra su eficiencia.

—Bien. —Se frota las manos dispuesto a empezar la reunión—. ¿Qué ha averiguado de Miha Radu, Quiroga?

—Además de que no caía simpático en general, algo bastante curioso, señor. —Marcos se aclara la garganta—. Fue visto por primera vez en Palafrugell en los ochenta. Llegó con el circo y, después de volver con ellos varios años, acabó afincándose aquí.

—¿Cómo con el circo? ¿Es una broma?

—No, señor. Venía con ellos cada primavera, hasta que se quedó.

—¿Y solo le parece curioso? —Héctor se acerca al mural y señala la foto de Miha—. A mí me parece una coincidencia alucinante. No habíamos pensado siquiera en el circo y ahora resulta que mi tía se ha instalado allí, Jamal Daher se vio con alguien la otra noche y el rumano asesinado había vivido con ellos.

—¿Dónde los conoció Miha, por qué se unió a ellos y, más importante todavía, cómo consiguió el dinero para su negocio? —pregunta Nico en voz alta mientras se pasea por la habitación haciendo gala de lo poco que le gusta estar demasiado rato sentado.

—Pues ahorrando el sueldo, como todos.

—En los circos no solo se trabaja, Casilda —apunta Héctor—. En los circos se vive. La diferencia es importante.

—A la orden, señor.

Bajo la mirada divertida de Héctor, Cas anota las novedades en el mural y, junto a la foto de Miha, escribe con rotulador rojo las palabras «circo» y «dinero», las encierra en dos enormes interrogantes y se ofrece a preguntarle a Jenica acerca del pasado de su marido, qué sabe respecto a su relación con el grupo de hombres y si estaba al tanto de ella.

—He trabado cierta relación, señor. He ido al cine y a cenar con ella y el chaval. —Junta las manos en gesto de súplica—. ¿Puedo ocuparme? No creo que ese bestia fuera transparente con ella, pero aun así...

—A veces, las personas saben cosas sin saber que las saben. —Héctor acepta la proposición mientras reprende a Nico con la mirada porque, por algún motivo, no deja de mirar el reloj. Entonces anuncia que debe informarles de algo importante, sale de la habitación y regresa con su maletín. Lo abre sobre la mesa y saca unos objetos. Ellos miran sin dar crédito la carta y el móvil anticuado.

—Joder —silba Nico—. ¿Qué coño...?

—Ya lo ves. Pero lo que duele es a quién pertenecen.

—¿Son...?

—Sí. De Nil Capo. Pero vamos por orden, primero cuéntales tú lo de la periodista. —Héctor se siente de pronto muy cansado. No es cansancio físico ni falta de sueño. Es otro tipo, del que acompaña a un caso demasiado largo, a uno en el que cada respuesta lleva a más preguntas, en una especie de espiral eterna. Un caso exactamente como este, sádico, cruel, sin sentido aparente. Tan solo practicar el mal. Infligir dolor. Todo tipo de dolor.

Nico obedece, les explica rápido la visita de Miren y le devuelve la palabra al comisario sin detenerse en las expresiones de asombro de los Quiroga.

—Respecto a mi visita a casa de los Juliá —arranca de nuevo Héctor, esta vez como si tuviera prisa—, ha sido tan decepcionante como la última vez. Según sus hijos, Tomás era un hombre normal, estos últimos tiempos había manifestado ambiciones políticas, su tendencia era la derecha, pensaba cambiar cosas en el pueblo si lograba la alcaldía y le encantaba cazar desde muy joven. Su viuda aportó muy poco, la verdad, y está empeñada en que alguien lo mató por envidia o para que no pudiera presentarse. Que en su día hubiera sido monaguillo les parece una pura anécdota y lo más normal del mundo. —Pone los ojos en blanco mostrando con ese gesto silencioso pero claro lo que piensa de esas contestaciones vagas—. De su carta y su teléfono no hay rastro, pero pudo haberlos tirado él mismo.

Entonces sí. Al fin explica despacio el interrogatorio extraoficial a

Jordi Capo en el cuartel, todo lo que le dijo, señala los objetos aclarando que fue él quien se los dio y les muestra los mensajes del móvil del comisario jefe citando a los demás. Las respuestas de algunos. Los silencios de otros. Palabras de socorro sin respuesta del aterrorizado Uri el Sordo, que ya habían leído en el móvil del padre Molina: «Ayúdame, ayúdame». Y después, las del propio cura exigiendo que se reunieran.

—¡Qué hijo de puta! —Nico golpea la mesa con el puño—. ¿Cómo no caímos en que era el puñetero cabecilla?

—¡Y su hijo Jordi, el que hablaba con la periodista! Malditos cabrones. —Cas también está furiosa—. Menuda familia de policías. ¡Qué vergüenza!

—Yo los vi juntos fuera de la comisaría. Le dije al sargento que vigilase, que Miren no era de fiar. Sabía por experiencia que...

—El sargento Capo era consciente de lo que hacía. —Héctor corta de cuajo la posible comparación—. Se reunió con ella dispuesto a compartir la información de la investigación. —Toquetea la carta y el teléfono—. Me ha asegurado que Andreu Mateu no soltó prenda, pero ya no es alguien en quien se pueda confiar, ¿verdad?

—Si el comisario Capo es Géminis —dice Cas sin dejar de mirar la carta—, aún podemos evitar que lo mate.

—La cuestión es quiénes son Piscis y Aries. Porque sus sentencias se acercan. —Nico se vuelve hacia su amigo.

—¿Por qué me miras así?

—Estoy preocupado por ti —reconoce—. Tal vez sea una idea absurda, pero tu padre estaba involucrado. Quién sabe si el loco ese piensa en alguien cercano a él para vengarse...

—¿Otra vez con eso? ¿Insinúas que me ha adjudicado un signo? —Marcos no puede creerlo—. Eso es mucho suponer.

—Tal vez —contesta Nico despacio—, y espero estar equivocado. Pero seguimos en ascuas respecto a quién es cada cual, y si estamos hablando de un ajuste de cuentas...

—¡Es absurdo! —Marcos se defiende como si le estuviera acusando de algo—. ¿Soy una víctima potencial porque mi padre sale en una estúpida foto? Miha no fue monaguillo y, sin embargo, está muerto.

Héctor desoye el argumento, él es más bien de prevenir que de lamentar, y le pide a Cas que se convierta en su sombra.

—Cuente conmigo.

Por supuesto que lo hará. Al menos, hasta que no se descarte esa posibilidad. Marcos hace otro amago de protesta.

—¡Basta! —Héctor alza la voz abandonando su habitual línea moderada—. Se trata de un demente, de alguien que busca herir a toda costa, y no tenemos ni idea de hasta dónde llega su delirio. Sea sensato, Marcos —le pide, usando de forma muy inusual su nombre de pila, que evita para no hacer diferencias además de las obvias, que ya son muchas, entre este y el resto de sus hombres—. Haga gala de su

supuesto sentido común y, como ya le dije, aplíquese lo que les aconsejaría a otros.

Da el tema por zanjado, Marcos enmudece y un silencio incómodo invade la habitación. Cas aprieta con fuerza su mano, pero él la suelta con brusquedad. El teléfono de Nico suena a todo volumen. Se disculpa y sale a hablar al pasillo. Le esperan en silencio, oyendo la lluvia acariciar el cristal de la ventana. Cuando regresa, su expresión es de triunfo absoluto.

—Era Santos Vila.

—¿El tipo del *Crónica*? ¿El de los tirantes ridículos? —Héctor chasquea la lengua. ¿Quién en su sano juicio se pondría algo semejante?

—Él mismo. Dijo que conocía a mi padre, ¿recuerdas? Hay que aprovechar los contactos. —Se encoge de hombros, asumiendo en silencio su red de conocidos y las ventajas familiares que todos conocen y que a veces, todavía, le hacen sentir cierta vergüenza—. Lo he llamado esta mañana, harto de buscar en Internet sin resultados y recordando que las hemerotecas de los periódicos son un auténtico filón, una memoria inmensa donde todo queda registrado. Tu tía dijo que el fuego era fundamental y por algo las cartas tienen los bordes quemados. Pero incendios, por desgracia, hay bastantes.

—El último —recuerda Héctor— fue el pasado verano. Lo provocaron aposta dos chicos borrachos, prendiendo los arbustos del arcén desde una moto. Cada año tenemos algún susto.

—Estoy hablando de mucho tiempo atrás —concreta Nico—. Santos Vila me acaba de confirmar que en la primavera de 1991 hubo uno muy grave en Palafrugell. Tú mismo lo mencionaste hace nada, al hablar de la extraña madrugada en la que la madre de Marcos denunció a su marido.

—¿El incendio del circo? —recuerda Héctor—. No hacía falta llamar a ese tipo. A mí me enviaron para ayudar a desalojar a la gente, ya os comenté algo. Pasamos mucho miedo, se quemaron carromatos y casetas, hubo bastantes heridos y temimos por sus vidas. Se dedujo que fue provocado, porque el olor a gasolina era evidente, pero no pudo probarse. ¿Qué tiene que ver...?

—Todo, Héctor, todo. Le pedí a Santos que averiguase cualquier cosa relacionada con el tema y ha encontrado esto. —Nico amplía la pantalla de su móvil y les muestra la foto borrosa del perfil de una mujer joven. Apenas pueden distinguirse sus rasgos, pero el largo cabello le cae en bucles hasta la cintura, está descalza y luce una gran criolla dorada en el lóbulo de la oreja.

—¿Quién es? —Marcos mira la fotografía con mucha atención—. Porque esto del fondo —señala una extraña forma detrás de la mujer— parece la carpa del circo Vargas.

—¿Otra vez el circo? —Héctor no da crédito.

—Bingo, Marcos. —Nico levanta la foto triunfante—. Os presento a

Lorelai, la hermana menor de Tshilana. Desapareció la madrugada del 18 de mayo de 1991. Cuando se logró apagar el fuego y regresó la calma al campamento, ella ya no estaba. Jamás se la ha vuelto a ver.

—Otra vez esa maldita fecha —susurra Marcos.

—¿Qué tiene que ver ella con el caso? —se impacienta Héctor.

—He indagado un poco. —Nico sonríe, sin disimular su satisfacción—. Entre otras cosas, ella era quien echaba las cartas.

La imagen borrosa de Lorelai Vargas no deja de mirarlos, exigiendo respuestas.

25

Palafrugell, 13 de febrero, 9.30

—¡Claro que recuerdo aquella noche! —El doctor Casals mueve su cabeza de tentetieso y Nico teme que sus gafas resbalen por el puente de su nariz, donde se balancean peligrosamente. El forense se ha quedado pensativo, rememorando ese hecho del pasado que, como todos los que causan impacto a quienes los viven, después de haber sido relegados al olvido largo tiempo, acuden a la memoria en cuanto se los menciona, frescos y vívidos como el primer día—. Incluso yo tuve que ir al hospital a echar una mano, incluso yo... —continúa Casals—. Recuerdo especialmente el caso de un niño muy pequeño en estado crítico, con gravísimas quemaduras y terribles dolores. No había forma de calmarlo, pobrecillo. Creí que alguna de esas pobres gentes acabarían en mi mesa pero, gracias a Dios, no hubo muertes que lamentar. Éramos muy jóvenes e inexpertos entonces.

—Desapareció una chica del circo, doctor. —Nico le enseña su móvil con el pequeño anuncio del *Crónica* en blanco y negro: la foto algo velada de Lorelai, las palabras «Se busca» bajo ella, la fecha y el ruego de contactar con la publicación si alguien la veía o tenía noticias—. El anuncio salió en el periódico barcelonés y en dos de Girona, que obviamente no guardan los datos de quien lo pagó. Pero nunca llamó nadie.

—Creo que oí hablar de ella, pero con el caos de aquellos días... —Casals suspira—. Lamento no ser de más ayuda. Yo era un treintañero al que, a pesar de su juventud, acababan de nombrar forense jefe, ¿podéis creerlo? Mi mentor acababa de jubilarse y supongo que nadie más quería mi puesto o no esperaban que tuviera que ocuparme de grandes desastres en un pueblo como este. —Tuerce la boca en un mohín de disgusto, consciente de lo irónico del asunto—. Pero lo lógico sería que se hubiera denunciado el hecho, Héctor, tú debes de saber más que yo.

—Eso es precisamente lo raro, que de la chica no recuerdo nada. Es verdad que yo empezaba en el cuerpo y los novatos nos dedicábamos a suplir turnos, hacer guardias y poco más. Pero, si la familia puso la denuncia correspondiente, se la ha tragado la tierra, porque no la hemos encontrado.

—Otro misterio sin resolver.

—Pero mira que eres tozudo, Nico. —Héctor frunce el ceño, algo cansado de su insistencia—. A lo mejor su familia prefirió buscarla por

su cuenta. Los gitanos no suelen fiarse de la Policía y en aquellos tiempos las cosas eran más complicadas. También es posible que ella aprovechase el caos del incendio y se largase.

—¿Sin despedirse?

—Ya he dicho que pertenecer a un circo es algo serio —insiste Héctor buscando las palabras adecuadas para que comprendan a qué se refiere—. Es una gran familia, un clan cerrado, con normas y exigencias. Te debes a los tuyos y no es tan fácil abandonarlo. Si quería huir de un matrimonio concertado o se había enamorado de un payo...

—¿Crees que su propia gente pudo hacerle algo?

—Es posible. Yo soy en parte gitano y no me gusta siquiera pensarlo pero, aunque la mayoría son buena gente, sus costumbres son muy distintas, su ley es exigente y clara, y por más que ni siquiera esté escrita, todos se deben a ella.

El doctor Casals ha permanecido atento al pequeño rifirrafe como quien observa un partido de *ping-pong*. Carraspea para llamar su atención y pregunta con su timbre pausado y tranquilo:

—¿Por qué poner esa foto? Cuesta distinguir sus rasgos. ¡Nadie podría identificarla! ¿No tenían una mejor?

—No lo había pensado —reconoce Héctor—, desde luego, no parece la adecuada para dar con ella.

—¿Y si no querían que nadie la encontrase? ¿Y si el anuncio era una advertencia?

—¿Para quién?

—Yo qué sé —reconoce Nico—, para quien se la llevara. O para ella, si es cierto que escapó.

—Creo que se hizo con una Polaroid, por eso la imagen está desvaída. —El doctor sostiene el móvil de Nico pegado a sus gafas—. El caso es que no me resulta del todo desconocida..., qué tontería —aparta con la mano esa idea absurda—, pero mi mujer y yo llevamos yendo al circo desde que éramos novios, seguimos haciéndolo con nuestros hijos y ahora con nuestros nietos. —Se sonroja un poco, como si semejante frivolidad no fuera con él, y Nico sonríe, porque siempre le sorprende que el doctor tenga vida propia—. Tengo buena memoria visual, así que tal vez retuve esa imagen en alguna función o la vi por ahí. —Devuelve la foto—. Qué lástima, tan guapa y joven. Qué lástima.

—Ni siquiera es seguro que esté muerta —recuerda Héctor—, solo desapareció.

—Lo importante —insiste Nico— es que lo hizo la misma madrugada que la madre de Marcos puso la denuncia contra su marido. Denuncia que, por cierto, también se esfumó. Y si soy insistente —señala a Héctor—, es porque tú me has enseñado que las casualidades no existen.

—*Touché* —admite el aludido—, eso me pasa por ser tan buen maestro. Tenemos que irnos. —Se disculpa mirando la hora—. Gracias, doctor. Estamos en contacto.

—Pero... si te he llamado yo...

—¡Perdona! ¡Qué cabeza la mía! Y ¿para qué era?

—Tranquilo. Todos estamos algo alterados. —Casals sonríe afable—. Se trata de los goldfish. Los que encontramos en el cadáver de Tomás Juliá.

—¿Qué pasa con ellos?

—Ya te dije que haría algunas llamadas por mi cuenta. Tanteé sin éxito varias tiendas de la zona, hasta que...

—¿Qué? —Héctor y Nico casi se abalanzan sobre él.

—Me ha llamado el dueño de una de ellas y me ha pasado al dependiente, que acababa de regresar de vacaciones. El chico asegura que un hombre fue pidiendo un lote de goldfish. Cuando le explicó que eso requería un encargo especial y unos días de espera, el cliente desechó la idea y se marchó.

—¿Cómo era?

—De eso se trata, precisamente. Me ha dicho que no podía describírmelo, que no era capaz.

—¿Cómo que no? ¿Edad, algún rasgo concreto?

—Nada. Asegura que era un tipo de aspecto indefinido. De esos en los que nadie se fija nunca, alguien que podría estar horas a tu lado y ni siquiera mirarías. Un hombre anodino. Vulgar. Alguien invisible.

—¿Y las cámaras de vigilancia?

—Esto es un pueblo, señor Ros. Solo hay cámaras en las sucursales bancarias —Casals sonríe con cierto pesar—, si todavía queda alguna.

—Doctor Casals —Tasio pide permiso para entrar—, tengo lo que me pidió.

—¿Ya han llegado? —El pequeño doctor casi le arranca de las manos la hoja que trae. Lee rápido y mira a Héctor—. Imaginé que alguien le había cerrado los ojos al pobre hombre. No sé..., fue una corazonada. Ya os dije que era muy raro que el sujeto tuviese ese detalle después de someterle a semejante tortura..., me extrañaba. Me extrañaba mucho.

—Pero ¿de qué hablas?

—Encontré unas huellas dactilares en la colilla que encontramos en el cadáver de Tomás Juliá —explica blandiendo el papel—, pero no dábamos con su dueño en la base de datos de los fichados. Entonces... —Nico repiquetea en el suelo con el zapato. La paciencia no es una de sus virtudes—, entonces busqué en la base del cuerpo.

—¿De qué cuerpo?

—Del vuestro, Héctor. De los Mossos d'Esquadra. Todas vuestras huellas están registradas.

—¡Bartolomé! ¡Por Dios, que me va a dar algo...!

—Son de Tono, como suponía. Fue él quien le cerró los ojos. Y quien fumó ese pitillo, por supuesto. —Casals cierra los suyos de forma inconsciente al decirlo, y Nico nota que Héctor hace un esfuerzo por que su rostro no delate lo que está sintiendo—. Al menos, sabemos que

estaba vivo —intenta animar el forense.

—Sí. Pero en manos de un depredador, que probablemente lo obligó a ver cómo torturaba y mataba a un ser humano.

Nico no dice nada. No hace falta, porque sabe que ellos no buscan un consuelo facilón. Tan solo necesitan un rato de silencio. Estar a solas. Le hace un gesto a Tasio para que salga del despacho del forense y él hace lo mismo.

—El doctor está muy alterado estos días. Este asunto del inspector desaparecido le afecta demasiado, en mi opinión —opina Tasio—, y veo que al comisario también.

Nico lo mira de arriba abajo. Nunca le ha gustado este tipo, con sus silencios, sus cuellos cisne, el peloteo a Casals y su mirada tibia. Pero claro, ¿cabe esperar a alguien normal trabajando en una morgue?, se pregunta, consciente del juicio que está emitiendo.

—¿Usted tiene amigos, Tasio? —le pregunta sin esperar la respuesta —. Bueno, si no los tiene, no puede entenderlo.

—Lo..., lo siento. Solo me preocupaba por el doctor. Es muy amable conmigo y le noto inquieto.

—Estos no son los mejores días para nadie.

Tasio asiente. Nico lo deja en el pasillo y va hacia la salida, en busca de aire fresco, de lluvia, de calle, de vida. Y de esperanza.

Diez minutos después, Nico cuelga la llamada con Marcos porque los ve avanzar por el pasillo que él mismo acaba de recorrer. La bata del doctor baila al son de sus pasos ligeros, y de lejos, bien podría ser un fantasma acercándose. A su lado, el paso de Héctor es firme. Decidido.

El forense se disculpa en la puerta por sus prisas, alegando que debe hacer inventario, y los despide con ánimos que no siente.

—Id con cuidado, por favor. —Cuando ya les da la espalda, le oyen murmurar—: A veces, tengo la sensación de que alguien me espía.

—Tan pequeñín y tan listo. —A Héctor se le escapa una sonrisa. Está a punto de decir cualquier tontería para despistarlo, pero Casals no necesita respuesta y se va convirtiendo en un punto diminuto en el largo pasillo.

—¿Tú crees que se ha dado cuenta de que le has puesto protección? —pregunta Nico sonriente mientras Héctor saluda al hombre de uniforme que, apostado con disimulo en la esquina, bajo el voladizo, se pone firme al verlo.

—Ya lo has oído. De momento solo lo intuye. Pero Casals es astuto. Dale tiempo. —Acelera el paso mientras le pregunta con quién hablaba por teléfono.

—Era Marcos. Dice que el terreno no es municipal. Es privado, pero los Vargas disfrutan de él siempre que quieren.

—¿En serio? —Héctor no disimula su sorpresa—. ¿De quién es?

—Está a nombre de una sociedad, pero no tardará en dar con sus miembros.

—Será interesante saberlo. Este tipo de favores nunca se hacen porque sí.

La lluvia en la calle sigue tímida y tozuda. Las aceras grises están mojadas y las calles solitarias, vacías.

—Parece que todo el mundo ha decidido resguardarse —comenta Nico, por decir algo.

—Yo diría no arriesgarse. El maldito hijo de puta ha conseguido asustarnos a todos. Yo incluido.

—Pero el perfil de las víctimas es muy concreto, Héctor.

—Pero el miedo no, Nico. El miedo es irracional e imparable. El miedo arrasa con todo.

Caminan rápido bajando una de las avenidas principales del pueblo, como si la prisa pudiera llevarlos a un final feliz. Algunos vecinos con los que se cruzan los señalan y cuchichean, y Nico supone que, uniforme aparte, todos reconocen al comisario Narváez y que su fama no pasa por el mejor momento. ¡Qué injusta la gente y qué volátiles las opiniones! Héctor se ha ganado durante años de incansable trabajo el respeto de todos, pero han bastado unos crímenes horribles para echarlo por tierra, como si él mismo fuese el autor. Nico sabe que son esas mismas personas las que, tal vez, un día necesiten su ayuda y corran a buscarlo.

—Hipócritas de mierda —farfulla por él, porque sabe que Héctor no va a quejarse.

Al fin llegan a la tienda de mascotas y suena una campanilla anunciando su entrada. El olor es intenso. Fuerte. Héctor mueve la mano delante de su nariz y pone los ojos en blanco. Marihuana. Cómo no reconocerla. Colgadas del techo, unas linestras parpadeantes de neón blanco les muestran el aspecto del local, que deja mucho que desear: hay jaulas con pájaros, peceras con tortugas y peces tristes y enormes bolsas de comida por doquier. Un loro naranja grita «Hola, hola» y, ante la advertencia, un joven con muchos kilos de más y el rostro sembrado de pecas sale agobiado de la trastienda. Al ver el uniforme de Héctor, empieza a sudar.

—Perdonen..., no esperaba que viniese la Policía.

—Si no ha hecho usted nada malo, no tiene por qué asustarse.

—Claro..., claro que no. —Ahora suda más todavía—. ¿En qué puedo ayudarle?

—En primer lugar —Héctor le habla muy serio apuntándole con el índice—, mantenga la puerta del negocio cerrada con llave si abandona el mostrador. Es peligroso.

—Tiene usted razón...

—Comisario Narváez.

—Gracias por el consejo, comisario. —El chico parece a punto de desmayarse. Su camiseta gris con la cara de Bart Simpson muestra una mancha húmeda que delata su creciente nerviosismo—. Es que como estos días no viene nadie... —señala la lluvia a través del escaparate y

sus impermeables empapados—, por el tiempo y todo lo otro, ya saben, la gente no está para comprar mascotas.

—Claro que lo sabemos. —Héctor no disimula su asombro ante el aspecto dejado del tipo—. Tengo entendido que fue a usted a quien un cliente preguntó por un lote de goldfish.

El dependiente lo confirma y les explica sin relajarse y con la voz temblorosa que, tal como ya ha explicado por teléfono, se trataba de un hombre de entre treinta y treinta y tantos años. Tal vez algo mayor. O más joven. Llevaba sudadera oscura con capucha, pero había visto un mechón de pelo. Castaño, creía recordar. Pero no estaba seguro. Ni muy alto ni muy bajo. Ojos normales, como los de todo el mundo. Ni gordo ni delgado. No. Más bien delgado. Boca normal. Nariz normal.

—¿Y la voz?

—También normal.

—Joder —suelta Nico sin querer y el chico se coloca detrás del mostrador, como si el pequeño mueble pudiera protegerlo de ellos.

—Lo siento, es que era alguien muy...

—Muy normal, queda claro. —Nico se inclina por encima del sobre de madera y, para sorpresa del asustadizo dependiente, inspira hondo muy cerca de él—. ¿Qué tal el canuto en la trastienda? ¿O debería decir los canutos? Porque huele que alimenta. Pobres bichos, a este paso los vas a matar.

—No vendo droga ni...

—Cállate, anda.

Héctor permanece en un segundo plano y esta vez le deja hacer. El papel de Nico resulta tan cómodo algunas veces como incómodo otras. Esta es una de las primeras.

—Dime si, cuando entró ese tío, estabas tan colocado como ahora.

—A lo mejor, un poco. Pero por favor, por favor, no le digan nada al jefe. —Se frota las manos intentando que dejen de temblar, y de su flequillo cae una gota de sudor—. Me mata si se entera. No suelo hacerlo cuando hay gente, pero es que me aburro.

—Pues lee, joder, o acabarás con el cerebro como un queso de gruyere. —Nico repite las preguntas una vez más, por si el susto le ha devuelto la memoria al nefasto testigo, pero nada. Más de lo mismo—. Pues vaya, sí que has sido de ayuda.

—Era un hombre..., no sé, neutro. Hay millones como él.

—No creas, chaval. Porque este es un asesino y ya se ha cargado a varios, así que tuviste suerte.

El dependiente abre los ojos como platos, Héctor sale de la tienda y Nico le advierte antes de hacerlo también él:

—Haz caso al comisario y cierra con llave. Y ventila, joder. Y limpia las jaulas, que están hechas un asco. —Le da una de sus tarjetas de visita —. Y llámame si recuerdas algo más. Es importante.

—Oiga..., sí que he recordado algo.

—Será lo primero, porque de momento...

—El olor... —dice aspirando por la nariz—, olía de una forma rara.

—¿Cómo? ¿Bien? ¿Mal? No me digas que normal.

—No me gustó. Olía..., no sé. Pero no era normal.

—A saber lo que significa eso para ti. —Nico lo deja sudando a mares, oye al loro gritar «Adiós, adiós» y se despide dando un portazo.

* * *

Tampoco hay ambiente en el circo. Las gotas de lluvia resbalan por la enorme lona hasta el suelo y las puertas de los carromatos están cerradas. Algunas personas andan de aquí para allá cargando material y charlando bajo paraguas y capuchas, pero apenas les prestan atención. Un grupo prepara la comida bajo una carpa de plástico improvisada. De una enorme olla colocada sobre un hornillo escapa un aromático humo blanco.

Nico cree que buscan el hogar de Tshilana, pero Héctor, que ha cambiado su uniforme por ropa de paisano y va cargado con dos bolsas repletas de comida, señala un carromato, más viejo y destartalado que la mayoría de las caravanas modernas que pueblan el recinto, y que ya le resulta más que familiar.

—Primero, Sol. Después ya veremos.

La vieja gitana sale a su encuentro, los abraza a la vista de cualquier mirada curiosa, les sonríe mostrando con descaro el agujero en el que debería haber una muela y que probablemente seguirá vacío hasta el fin de sus días y les deja pasar al interior.

—Ea, los abrigos ahí colgados, que acabo de fregar el suelo.

—Hola, tía.

—Hola, sobrino. He hecho saber a todos que hoy me visitarían familiares. No creo que sospechen nada. —Mira a Nico y entrecierra los ojos—. La herida ya no te molesta. Bien. Veo que me hiciste caso, chico.

—Siempre. Procuro aprender.

—Toma, tía. Marisa ha preparado comida para un regimiento. —De las bolsas sobresalen unas barras de pan y una botella de vino—. Hay canelones, garbanzos, caldo y muchas más cosas. Puedes compartirla con ellos, así nuestra tapadera será más creíble todavía.

—Mmmm. —Echa un vistazo y parece satisfecha—. ¡Sofrito de tomate! ¡Con lo que me gusta!

—Y a mí, pero Marisa se empeña en matarme a verduras.

—Porque sabe muy bien cómo te las gastas cuando no te ve. —Sol sonríe cariñosa pero casi de inmediato su semblante se pone serio—. No me gusta mentirles, ¿sabes? Son buena gente.

—Tal vez no todos. Tú misma me dijiste que la muerte rondaba al circo.

Se sientan y Nico aspira el olor a hierbas silvestres y a fragancias

exóticas que siempre inunda el pequeño hogar de la Bruja de las Marismas. Reconoce que le gusta, porque significa Sol Heredia. Los olores siempre significan algo. O alguien. Evocan. Transportan, incluso a lugares y personas a los que uno preferiría no volver.

Sin preguntar, doña Sol les sirve una infusión y ellos la beben sin rechistar.

—¿En qué puedo ayudaros?

—Son estas cartas, tía. —Le enseña la de Nil Capo—. Sé que Nico te llevó la otra y necesito que me hables más de ellas, porque...

—Porque me dijiste que eran antiguas y especiales —interrumpe Nico—. He indagado, y tenías razón al decir que no estaban a la venta. Esta baraja ha trascendido algunas generaciones y su origen se pierde a principios del siglo XIX. Se pueden adquirir copias en Internet, claro, pero no esta —habla rápido, casi a latigazos, como si la prisa pudiera acelerar la investigación y revelar respuestas—. Dicen que solo los adivinos expertos las poseen, y sabemos que el clan Vargas es famoso por esa práctica. Si tenemos razón, necesitamos que des con ellas...

—¿Por qué pensáis que están mezclados en esto? ¿Qué tienen que ver con vuestro caso? —La miran sorprendidos. No esperaban que pidiese explicaciones—. Si voy a dedicarme a espiarlos o a cotillear a sus espaldas, necesito algo más. Dadme motivos de más peso que una baraja.

—Mencionaste el fuego. Insististe mucho en su importancia —dice Nico.

—Es bueno saber que me escucháis.

Le hablan entonces de Miha Radu, de su llegada a la comarca con el circo. De la joven y hermosa Lorelai, de la foto de los monaguillos encontrada en el sagrario y también de la amenaza que se cierne todavía sobre algunos hombres, del asesino fantasma y del hecho de que los Vargas disfruten del terreno de forma gratuita.

—Como ves, muchas coincidencias convergen aquí —terminan.

Ella repite el versículo que Nico le mostró en las marismas y que no ha olvidado:

—«Si alguno peca y hace cualquiera de las cosas que el Señor ha mandado que no se hagan, aunque no se dé cuenta, será culpable y llevará su castigo».

—¿Lo recitas de memoria? —Se sorprende su sobrino.

—Antes o después, todo se paga —musita doña Sol santiguándose—. No conocía a Lorelai, pero he oído hablar de ella, siempre de espaldas a Tshilana, que lo tiene prohibido. Por aquel entonces yo aún no había trabado amistad con ellos. Vivía con mi familia en Palafrugell y todavía intentaba ahogar mi don para adaptarme a lo que se esperaba de mí, pero no tuve éxito. —Nico la mira con cierta pena y ella le devuelve la mirada con esos ojos enormes, viejos, gastados, pero risueños—. No me escondía, chico. Encontré mi lugar. No sientas lástima.

—Lo entiendo.

—Lo sé. —La vieja gitana puede reconocer a alguien que también ha encontrado el suyo.

—Tía...

—Vale, vale, que me voy por las ramas. —Doña Sol se concentra arrugando mucho la frente, los ojos, el semblante entero—. Hace unos años conocí a los del circo en un encuentro y me enteré de la historia. Como has dicho, los Vargas han sido y son famosos adivinos, y sé que Lorelai echaba las cartas, leía la buenaventura, el horóscopo y pronosticaba el futuro en una caseta de la feria. También hacía un número en el trapecio, era una acróbata increíble, la estrella, cada año, aquí y en todas partes. Quizás por su ingenio y habilidades, pero sin duda por su hermosura. Llevaba locos a los hombres del circo y a los otros también, y supongo que muchas mujeres la odiaban. —Nico y Héctor no osan interrumpirla y apenas se atreven a respirar para que no pierda el hilo—. Aunque ahora pasen por una situación delicada, los Vargas han sido inteligentes y buenos empresarios durante décadas: la feria y las funciones duran un mes o incluso más en cada pueblo o ciudad, pero es cierto que en Palafrugell siempre alargan la temporada, aunque desconozco el motivo. —Se calla de golpe y levanta las manos —. Lo lamento, no sé más.

—Está bien, tía. Es un avance.

—¿Crees que Lorelai era la dueña de la baraja de la muerte?

—Eso es mucho suponer, Nico.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer si no es suponer? Sol acaba de decirnos que echaba las cartas y era una especie de adivina.

—O lo hacía ver.

—Callaos de una vez, que parecéis dos críos y todavía no me habéis dicho qué queréis de mí. ¿Que hable directamente con Tshilana o que la espíe? Porque no es lo mismo. —Doña Sol coge la carta sin esperar la respuesta—. Géminis..., vaya, vaya. Los enamorados, qué interesante. —La acaricia despacio, una y otra vez. Cierra los ojos y de su boca escapa un sonido gutural, un ronquido ahogado. Pasan unos minutos hasta que deja a Géminis descansando en su regazo y recupera su voz—. Esta carta, como la otra, es una mezcla del zodiaco y el tarot. Además del simbolismo que hace referencia al signo zodiacal, en este caso una pareja de gemelos, esta otra figura —señala de forma clara a qué se refiere— simboliza también algo concreto. —Ellos se acercan algo azorados y doña Sol deja la carta sobre la mesa—. Observad: son los enamorados, una arcano menor que habla de las energías femenina y masculina. El hombre significa lo físico; ella, la intuición. Él mira hacia abajo, a lo terrenal; ella al cielo.

—Entonces, ¿el asesino nos está enviando un mensaje?

—Pensaba que eso ya estaba claro. Os está hablando de sus motivos. De por qué les da caza. Las cartas son parte de un mapa, un resumen de

su historia. Interpretarlas no es fácil y, probablemente, ni siquiera exacto. Pero es la forma que ha encontrado de expresarse, ajustando su verdad a unos símbolos. ¿A quién iba dirigida esta?

—A un comisario jefe —suspira Héctor, que todavía no ha encajado la oscura realidad de su superior inmediato y lo que significará para la institución.

—Pues ahí lo tenéis. Un hombre poderoso, sin duda. Fuerte. Con medios y posibles. Ahora tendréis que encontrar a la mujer.

—¿Qué mujer? Nil Capo está casado.

—Es un símbolo, chico. No tiene por qué ser algo oficial. Ni tiene por qué no serlo.

Alguien grita que la comida está preparada. Doña Sol se levanta.

—¿Oís cómo crujen mis huesos? —se ríe—. ¡Parezco una orquesta! —Devuelve a Héctor la carta y, muy deprisa, hace la señal de la cruz en la frente de ambos. Nico se retira por instinto y la gitana lo agarra de las manos—. No temas, chico. Sé que no crees. Pero eso no importa. Eres buena gente.

—No siempre. —Nico se sonroja. Esta mujer le hace sentirse como un niño.

—Lo que dices confirma lo que he dicho yo.

—¿Estamos en peligro, tía?

—Todos lo estamos, querido, pero algunos más que otros. Ya lo sabes. —Besa a su sobrino prometiéndole que lo llamará si da con algo, pone la mano sobre el corazón de Nico sonriéndole socarrona, hace gestos para que salgan del carromato y los sigue, sin olvidar coger los táperes de Marisa—. ¡Compadres! —anuncia desde lo alto de la escalerilla a cuantos han salido de sus hogares ambulantes para reunirse y comer juntos—. ¡La familia me ha traído manduca de la buena!

—¡Que se sumen! —grita una joven rubia mirando a Nico desde la pequeña carpa de plástico—. ¡Hay para todos!

—¡Más quisieras, Sira! El chico está casado, pero que muy casado.

—¡Entonces, que se larguen de aquí!

Las risas acompañan al comentario de la chica, que levanta la barbilla con desdén. Ellos se alejan en dirección al coche, que no es uno oficial sino una vieja tartana que Héctor guarda en el garaje. Doña Sol se acerca al grupo cargando con la comida prometida. Desde la ventana de su carromato, Tshilana Vargas lo observa todo.

—Tu sombra es alargada, Lorelai. Cuánto cuesta despegarse de ti.

26

Llafranc, 15 de febrero, 14.10

Llaman al timbre. Jenica tarda en abrir y, cuando lo hace, les muestra las manos cubiertas de espuma de jabón.

—Lo siento. Estoy bañando al niño. Me ha dejado perdida.

—¿Podemos pasar?

—Yo... —Jenica mira a Marcos poco convencida—, no os esperaba.

—Es mi primo. Es un buen policía. Y necesitamos tu ayuda.

Jenica cede, abre la puerta, les señala un cubo para los paraguas y les pide que esperen en el salón. Los deja solos y ellos pueden oír las risas del pequeño e imaginarlo jugando divertido en la bañera.

—Seguro que es más feliz con su padre muerto.

—Qué bestia eres, Cas.

—Pero sincera. Tú lo sabes mejor que nadie.

Marcos no piensa llevarle la contraria en eso. Observa la pequeña estancia en la que se encuentran. Todo está limpio. Algunos juguetes del niño se amontonan en un baúl y desde la cocina llega un aroma agradable.

—Ya estoy lista. —Jenica regresa secándose las manos con una toalla y se sienta en un sillón frente a ellos—. A Sorin no le importa la lluvia y quería jugar en el parque. Se ha puesto perdido. —El pequeño aparece descalzo y en ropa interior, con el pelo mojado perfectamente peinado y blandiendo el pijama al aire. Se echa en brazos de Cas, se aleja de Marcos y le dice algo a su madre, que le revuelve el pelo riendo y les traduce—: Dice que es demasiado pronto para ponerse el pijama. Háblales en su idioma, Sorin, como yo. Como en el cole.

—¡No quiero ponerme el pijama todavía, mami! Es muy pronto.

—Pero está oscureciendo, cariño.

—Pero sigue siendo pronto.

Jenica le dice que se ponga un chándal si quiere y el niño desaparece dando saltos.

—Parece contento.

—Poco a poco se atreve a decir lo que quiere. Va perdiendo el miedo.

—¿Entiende que su padre no va a volver? —pregunta Marcos.

—Oh, sí. Lo entiende. Lo siente. Y lo agradece. —Al ver su expresión, la de Jenica se suaviza y su tono suena menos defensivo—. Perdone. Usted no tiene la culpa de mis historias.

—Ni usted tampoco —responde él.

Jenica le sonríe y el clima en la habitación se transforma por completo. Marcos se lanza a preguntarle sobre la relación de su marido con las otras víctimas y con el comisario Capo. Ella lo escucha tranquila y responde que no tiene ni idea de con quién se relacionaba Miha y que, desde luego, no podía tratarse de una relación de amistad, por las evidentes diferencias.

—Además, en ese caso, usted los conocería.

—No esté tan seguro de eso. Puede que fueran clientes del local de tiro al arco...

—Lo hemos investigado. Nadie recuerda haberlos visto allí. Señora Radu...

—Jenica, por favor.

—Jenica, necesitamos que nos diga cómo y cuándo se conocieron usted y su marido. Es importante.

—Fue hace nueve años —recuerda ella sin mirarlos—, en un prostíbulo.

Si su sinceridad les ha impactado, ambos lo disimulan bien.

—¿Dónde? ¿En Rumanía?

—Oh, no. Mucho más cerca que eso. Yo trabajaba en La Luna Azul. Me convertí en la chica favorita de Miha, supongo que por el idioma, las raíces y eso. Me quedé embarazada. Me prometió que sería bueno conmigo y nos casamos. Cuando nació Sorin, parecía contento. Pero al poco ya estaba bebiendo mucho otra vez, y si consumía cocaína, las cosas se ponían peor.

—Comprendo.

—¿Seguro? —La mandíbula de la mujer se tensa.

—Todos hemos pasado lo suficiente para no juzgar. —Cas interviene imaginando que, para Jenica, Marcos es solo un hombre más—. La Policía no es tu enemiga, y yo, menos todavía. Necesitamos tu ayuda. ¿Qué sabes del pasado de Miha? ¿Era gitano?

—A medias. Su padre no lo era, pero no llegó a conocerlo. Su madre sí, pero lo abandonó poco después. Se crio en un orfanato y, en cuanto pudo, se largó de allí. Por alguna casualidad que nunca me contó, en un viaje a España con amigos conoció al clan Vargas y se quedó con ellos.

—¿Y sabes por qué lo hizo?

—Por trabajo, supongo —Jenica levanta los hombros y tuerce las comisuras de los labios hacia abajo—, o porque le gustaba su parte gitana. Le costaba encajar, tenía rabia.

—¿Contra quién?

—Contra el mundo en general.

—Entonces, ¿los Vargas lo contrataron?

—Eso creo. Pero cuando lo conocí, ya no estaba en el circo. Tenía su negocio.

—Debió costarle un buen dinero montar el tinglado: la nave, los empleados...

—No sé qué decirle, agente. Jamás me dio explicaciones, ni me dejó poner un pie allí. Pero se ganaba bien la vida.

Cas mira a su alrededor: una vivienda sencilla, pocos medios, ningún lujo.

—No lo parece —se atreve a decir—: la primera vez que vine, pensé incluso que te había dejado sin dinero ni comida...

—Solía hacerlo, es cierto. Miha tenía sus caprichos y eran caros: mujeres, drogas, juergas..., nosotros dos no entrábamos en el paquete. Siguió yendo a La Luna Azul después de casarse conmigo. Apenas estaba en casa.

—¿Y al niño? ¿Lo quería?

—Se le metió en la cabeza que no era suyo.

—¿Y... lo era?

Jenica deja vagar otra vez la mirada por el pequeño salón.

—Quién sabe. Pero ojalá no.

Se despiden de ella y del niño, que besa a Cas en la mejilla:

—¿Cuándo comeremos pizza?

—Pronto, Sorin. Muy pronto.

Marcos no hace ademán de acercarse a él. Ha comprendido.

—¿Necesita usted algo? ¿Quiere que le pongamos en contacto con Servicios Sociales?

—Ni hablar. Esa gente es entrometida. Trabajo limpiando casas y gano muy poco, pero un abogado me está ayudando con la herencia de Miha. Casilda ha sido muy amable y lo agradezco, pero sé cómo salir adelante.

—Pero...

—Escuche, subinspector, yo solo necesitaba ser salvada de un monstruo. Y alguien me ha hecho el favor.

Cierra la puerta y salen a la calle.

—¿No abres el paraguas?

—Paso. —Marcos pisa un charco y se salpica los pantalones. Las calles rebosan agua y el barro se acumula en los laterales—. Andemos un rato.

—El comisario me va a matar si se entera de que te saco de paseo —sonríe ella.

—No has querido dejarme solo en casa, así que haz de niñera. Además, son las ocho de la tarde.

—Pero está muy oscuro.

—Nadie va a asesinarme, Cas. Y menos ahora, en medio de un pueblo. Os estáis pasando.

Caminan con el alivio de respirar aire puro y sentir el fresco en sus mejillas. Algunas casas llevan la tristeza pegada a sus paredes y ambos han agradecido, sin confesarlo, abandonar ese hogar en el que todavía puede respirarse la tristeza del pasado.

Cas le explica que ha llamado a su madre para preguntar sobre la sorprendente estancia de Paco Quiroga cuando era un chaval en

Palafrugell.

—Lo enviaron aquí a vivir con unos tíos abuelos que no tenían hijos. Dicen que era un desastre, las hacía de todos los colores, y pensaron que sería conveniente alejarlo un tiempo de su pandilla. Al final se quedó años con ellos.

—¿Por qué?

—Porque nadie le pidió que volviera a casa —resume ella—. No regresó a Cádiz hasta mucho después, a por su parte de la herencia y a buscar una buena chica: católica, virgen y andaluza.

—Mi madre. Aunque lo de virgen era innecesario.

—¡Qué antiguo eres, hijo! Con el dinero, compró vuestra casa y en fin..., el resto es tu historia.

—Gracias, Cas. Debió costarte llamar a casa.

—Hablar con mi madre... Es una buena mujer. Algo cursi. Y algo débil. Pero buena —repite. El semblante de su primo se ha ensombrecido como la noche que los envuelve y decide cambiar de tema —. ¿Qué es La Luna Azul, Marcos?

—El prostíbulo que hay en las afueras.

—Qué cerdos son los hombres.

—Algunos, Cas, algunos.

—¿Lo conoces?

Marcos la mira mosqueado:

—¿Tengo pinta de putero?

—¿Quién la tiene?

Su primo hace ademán de pegarle una colleja, Cas la esquiva y lo empuja. Se ríen. Eso siempre ayuda.

—Jamal Daher es el dueño de La Luna Azul —le explica—. Tenemos que hablar con Nico.

—¿Por qué? ¿También es usuario?

—No seas idiota. A ver si te atreves a decirle eso a la cara. —Marcos comprende que está de guasa y se explica—: Nico es el único con el que Jamal hablaría.

—Joder —silba Cas—. Aquí tenéis de todo: asesinos en serie, cadáveres mutilados, desapariciones misteriosas, traficantes y proxenetas. ¡Y yo que pensaba que venía a un pueblo tranquilo!

—Pues te equivocaste. Pero me alegra que estés aquí.

Marcos le rodea los hombros con el brazo y siguen paseando por la calle solitaria, como si no pasara nada. Como si lo que su prima acababa de mencionar estuviera suspendido temporalmente en algún otro lugar, lejos de ellos. Como si estuvieran tranquilos, como si fuera una noche cualquiera, de un invierno cualquiera.

27

Llafranc, 16 de febrero, 9.10

—¿En serio, Nico? ¿Teníamos que venir a este sitio?

—Es el único abierto. En estas fechas... —Señala el paseo marítimo, la soledad que lo acompaña y los locales cerrados.

—Ya.

—¿Es por la chica?

—¿Qué chica?

—No fastidies, Marcos. —Nico levanta la mano y le pide un café al camarero y un par de cruasanes—. ¿Tú qué tomas? ¿Infusión, como siempre? —Marcos está distraído mirando la playa y no contesta. Nico la pide por él—. Miren. Miren Marlaska. Esa chica.

—¿Qué quieres que te diga?

—La verdad.

—¿Por qué?

—Porque soy tu amigo. Se supone que debo interesarme por ti.

—Vino un día a casa por sorpresa. Y... en fin. Ya sabes.

—Te acostaste con ella. Otra vez.

—Podría decirse así.

Callan mientras el camarero sirve el desayuno. Nico lamenta haberse metido en terreno pantanoso. No es su estilo. Ellos se relacionan sin grandes preguntas ni grandes respuestas. Pero le duele verlo abatido.

—Bien por ti, pues.

—Supongo.

—¡Eh! —Da un golpe en la mesa y el platillo del café y la taza se tambalean—. Mírame, Marcos, que parecemos imbéciles. ¿Te gusta Miren? Soy tímido. Ya sabes cuánto me cuesta preguntarte esto.

—El tímido soy yo, Nico. Tú eres el pasota.

—¡Que si te gusta!

—Es posible. Pero eso no importa, porque no pienso perdonarle lo que hizo. No puedo, ¿entiendes? Pensar en ella me hace sentir más pringado todavía.

—¡Buenos días!

Y ahí está ella, vestida con ropa de deporte, el rostro acalorado y el pelo rubio recogido, mojado y desordenado por haber corrido bajo la lluvia. Marcos no dice nada.

—Hola, Miren.

—Hola, Nico, ¿puedo llamarte así? —Se quita los auriculares y pelea

con el volumen para bajarlo—. Hola, Marcos...

No hay respuesta. La chica, tan segura de sí misma, ahora no sabe qué hacer. Se seca la frente con una pequeña toalla y mira alrededor, deseando que alguien la salve de esta situación.

—Bueno, no os molesto más. Hasta otra. —Nico se despide parco pero amable y Marcos sigue sin mirarla. Miren se aleja un par de pasos hacia el interior del hotel pero retrocede enseguida y se planta delante de él —. Llámame algún día, ¿vale? Cuando no estés tan enfadado. Yo... lo..., lo siento. De verdad. Lamento lo que hice. —Y desaparece tan rápido como si nunca hubiera estado allí.

—¿Qué pasa, Nico? ¿Por qué me miras así?

Nico paga la cuenta, se levanta y mete las manos en los bolsillos, como siempre que no sabe qué decir.

—Anda, vamos a casa, que Cas debe estar harta de hacerle mimos a Simón.

Marcos lo sigue. La lluvia también.

—Dime lo que me tengas que decir —insiste mientras recorren el paseo.

—Creo que contra algunas cosas no se puede luchar. Y quizás no debas hacerlo... —empieza Nico, y viendo la expresión de desconcierto de su amigo, añade—: Miren fue una imprudente, te hizo daño, pero tampoco es que haya matado a nadie..., seguro que se ha armado de valor para hablarte..., eso dice mucho de ella.

Siguen hacia casa de Estela y Nico.

—Celestina.

—Obtuso.

Se ríen.

—¿Cómo vas a localizar a Jamal?

—A través de Fátima. Como siempre.

* * *

—Hola, Fátima, ¿cómo estás? —Nico nota el agobio en la voz de Estela. No le gusta utilizar a la gente, y a una amiga menos todavía, pero se ha decidido a ayudarlos porque sabe que es importante—. Escucha..., esta no es una llamada amistosa, ¿lo entiendes? Es por... otra cosa. —Ella y su sinceridad extrema. Mejor así, se dice Nico. Fátima lo pillará a la primera. Estela escucha en silencio y contesta enseguida—. Eso es. En cuanto puedas. Estaremos por aquí.

Cuelga el teléfono y Nico le agradece la llamada.

—No pasa nada.

—¿Y ahora qué? ¿A esperar? —Cas tiene en brazos a Simón, que la mira con curiosidad al reconocer que no son los brazos ni el rostro de su madre.

—No puede ser, Cas. Si Fátima ve a Marcos cuando llegue..., tal vez

no me lleve con Jamal.

—Y si me la encuentro yo —farfulla el aludido—, quizás la detenga.

—¿Así que no voy a conocerla?

—No te pierdes nada.

—¡Nico! —Estela le llama la atención—. No seas así. Fátima es buena persona.

—Y está casada con un delincuente.

—Que te salvó la vida.

—¡Pero que vende droga, Estela! Tenemos un hijo. ¿Te gustaría que algún día Jamal se cruzara en su camino?

—Eres injusto.

Cas flipa. La pareja no suele discutir.

—Qué alivio. Sois humanos, joder.

La miran divertidos y la tensión se relaja.

—Tienes razón, Cas. Parecemos tontos. Me horroriza lo que hace Jamal, ¿sabes? —reconoce Estela—. Y puedo entender a Nico. Pero eran muy amigos de mi hermana y necesito quedarme con eso.

—Perdona. —Nico se acerca a ella—. Esta discusión debería estar superada. No tenemos que estar de acuerdo en todo.

—Lo dicho: humanos. Menos mal. —Cas se pasa la mano por la frente en un gesto dramático que les hace reír otra vez, y Estela le pregunta a Marcos por su madre.

—La llamaré hoy e iré a visitarla muy pronto. La tengo algo abandonada.

—Pues mímala, Marcos. Nuestros mayores no son eternos.

Estela puede decir este tipo de cosas sin ofender, porque lejos de pretender dar una lección, habla desde lo más profundo de su corazón y es mujer de pocos consejos. Marcos asiente, se promete hacerlo y se maldice internamente por lo mucho que le cuesta verla allí, en un geriátrico donde los viejos solo pueden esperar la visita de la muerte cuando ya han sido despojados de sus casas, de sus recuerdos, de su vida entera.

—Fátima tardará un rato todavía. —Estela mira el reloj y decide cambiar el ánimo del grupo—. ¿Damos un paseo por el puerto? Nos sentará bien.

—Pero no deja de llover —se queja Cas— y esta lluvia es muy mentirosa. Te confías creyendo que es poca cosa y al rato te ha calado hasta la médula.

—Pero no hace frío. Y verás qué bonitos los campos cuando llegue la primavera.

Cuando llegue la primavera, se repite Nico en silencio. Parece imposible poder dejar atrás este maldito, largo y criminal invierno.

Abrigan al bebé y salen los cinco en tropel. Saltan evitando los charcos, andan por el puerto, suben las escaleras hasta el rompeolas y miran hacia el océano y hacia las Illes Formigues, que resisten, desde

hace siglos, pequeñas pero imbatibles, los embistes de los oleajes, la furia de los cielos y el ardor del sol cuando aprieta. El mar de fondo está teñido de un azul grisáceo, como las nubes que lo cubren. Las olas, acabado su tranquilo despliegue, rompen suaves y sin demasiado énfasis, contra las enormes rocas que forman el espigón y contienen su poder para salvaguardar el pequeño pueblo.

—¡Qué espectáculo! —Cas inspira hondo, llenándose del olor del agua salada—. No podría vivir lejos de esta inmensidad.

—El Mediterráneo es mucho más salado y cálido que tu mar —le explica Nico—. Normalmente, las olas son más cortas y los colores más cambiantes y vivos, pero hoy hay mar de fondo.

—Tú y el mar. —Marcos sonríe.

—La mar —corrige Estela—. Dicen que quienes la quieren hablan siempre de ella en femenino, como si fuera una mujer. Tal vez debería sentir celos de ella.

Un lujoso cuatro por cuatro de color negro con los cristales tintados se detiene en la entrada del puerto y les hace ráfagas con los faros. A los pocos segundos baja de él una mujer de larga melena negra. Los observa y, después de dudarlo, se acerca un poco con pasos lentos hasta una distancia prudencial.

—¡Nico! —llama a unos metros de las escaleras—. ¿Vamos?

Cas la observa sin disimular su curiosidad. Es alta, de tez morena e indiscutibles rasgos árabes. Viste con elegancia, un pantalón negro ajustado, blusa de seda, gabardina beis y un paraguas estampado con el anagrama de una famosa firma parisina. Nada llamativo, pero todo de calidad. Sin duda, es una de las mujeres más hermosas que ha visto en su vida.

—Allá voy. —Nico se despide y baja las escaleras.

—¡Fátima! ¡Te llamaré! —grita Estela.

La recién llegada le envía un beso y se aleja con Nico hacia el cuatro por cuatro.

—Demasiado sofisticada para mi gusto, pero es una mujer de bandera —reconoce Cas.

—Lo es —asegura Estela.

—¿Cómo debe ser estar casada con un traficante?

—Complicado, supongo.

Marcos no dice nada. Le ha fastidiado ver a Fátima acercarse a ellos sin miedo alguno y no deja de pensar en su madre, en las palabras que Estela le ha dicho al respecto y tampoco consigue sacarse de la cabeza la imagen sofocada de Miren y su valiente forma de pedirle perdón.

* * *

—¿Dónde me llevas?

—Cerca —responde Fátima parca, conduciendo segura. Sus uñas

esmaltadas de un granate sobrio trasladan a Nico a pocos meses atrás, cuando lo llevó con el mismo coche al restaurante tapadera de Jamal.

—¿Vamos donde la otra vez?

Ella sube más todavía el volumen de la música y al son de *Have you ever seen the rain,* de los Creedence, perfecta para el clima que los envuelve y una de las canciones favoritas de Estela, abandonan Llafranc por una carretera de curvas poco transitada. Nico supone que, al llegar al cruce, girarán a la izquierda para dirigirse después hacia el refugio de Jamal. Al menos, el último que él conoce. Fátima gira efectivamente en la dirección supuesta y Nico se relaja sabiendo que le espera un viaje de un cuarto de hora, veinte minutos a lo sumo. Pero entonces y sin previo aviso, ella toma un estrecho camino de tierra a la derecha que conduce a un caserío con viviendas varias, muy distintas entre ellas, pero cada una con su pequeño huerto. El poblado queda en una colina, justo al otro lado de la carretera de casa de Marcos, en la planicie. Nico apenas conoce esta zona.

—¿Es un atajo?

El coche se aleja del caserío y entra en el bosque. Fátima frena despacio y apaga el motor.

—No te asustes.

—Pero ¿qué coñ...? —Una sombra emerge en el asiento trasero, Nico se vuelve por puro instinto y se encuentra con los ojos negros de Jamal —. ¡Cojones! Casi me matas del susto.

—Hola, detective —dice Jamal, que no puede evitar sonreír divertido.

—¿Ibas ahí escondido?

—Obvio.

—Tú y tus apariciones estelares. Eres...

—Salgamos, Nico. Demos un paseo.

Fátima sonríe a su marido por el retrovisor y coge su móvil dándole a entender que va a dedicarse a otras cosas. Nico baja del coche y mira a Jamal, que está frente a él y le dice:

—Acabaremos siendo íntimos.

—No te lo crees ni tú.

—Te veo bien. ¿Ya has gastado mi dinero?

—Querrás decir mi dinero —corrige Nico pensando en la cantidad indecente que Jamal le pagó por cumplir con la misión encomendada el pasado diciembre y que aún no han tocado.

—Qué tiquismiquis eres. ¿Qué tal la herida?

—Curada.

—Hiciste un buen trabajo.

—Casi me matan.

—Pero salvaste a una niña. Y a unos padres, de paso. Y sigues vivito y coleando.

—¿Por eso has accedido a verme?

—Por eso y porque Estela se lo ha pedido a Fátima. Para mí es

suficiente.

—¿Sabes qué necesito de ti?

—Todavía no, Nico. Pero estoy en deuda contigo. Y las deudas se pagan. Tú siempre lo has hecho. —Jamal se pone un impermeable negro. Tan negro como su mirada, como su ropa, sus cejas, pelo y barba de tres días. Su semblante severo de mandíbula firme se alza hacia el cielo gris—. Esta lluvia húmeda e incansable me hace añorar mi país, ¿sabes? A veces me gustaría estar en el desierto, sentado en una duna, observándolo todo sin prisa, dejando el tiempo pasar.

—¡Pero si eras un crío cuando llegaste aquí!

—¿Y eso qué importa? El recuerdo de la tierra de uno se lleva pegado al alma. Es inevitable. Tú te pasaste diez años sin poner un pie en Llafranc, pero tuviste que regresar.

—No fue por nostalgia. Volví por...

—Cree lo que quieras. Volviste porque necesitabas hacerlo. Pero siempre te ha costado aceptar tus debilidades.

—Lo que tú digas. ¿Hablamos en serio?

—Adelante.

* * *

—¿Mamá?

—Marcos, hijo. —Caridad Reyes sostiene el teléfono con manos temblorosas—. ¡Qué bien te oigo!

—Te he llamado tres veces. Estaba preocupado. Al final, he telefoneado a recepción.

—Es que olvido que el móvil se queda sin batería. Una enfermera me ha avisado de que intentabas localizarme y ya está cargado. Soy un desastre.

—No te preocupes. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien. Tengo ganas de verte, pero sé que andas liado.

—Es por un caso bastante complicado. Tal vez hayas oído algo...

—No —exclama al otro lado de la línea, ahogando un grito de súplica —, mis compañeras me hablaron de unas muertes, pero les dije que no quería saber nada. No me gustan los asuntos macabros, hijo, ya lo sabes.

—¿Te molestan porque soy policía?

—Poco. Son discretas. Aquí todos hemos aprendido a no hacer preguntas, ¿sabes? Así el pasado se queda al otro lado de estas paredes, y todos contentos.

Marcos traga saliva. Por supuesto. Si se trata de un mal pasado, mejor olvidarlo, y si se trata de uno bueno, mejor olvidarlo también si uno está en una residencia para ancianos.

—Pero los familiares deben contaros cosas —dice ahuyentando la culpa por haberla encerrado allí—. La gente del pueblo...

—Las personas solo te cuentan las cosas si les dejas.

Y él sabe que le está diciendo que no quiere saber. Su madre nunca quiere saber. No soporta saber. Si quiere que ella bucee en el pasado, tendrá que forzarla y la mera idea de ponerla en ese brete le produce una tristeza infinita. La única información que le interesa a Caridad es si sus hijos están bien, y sus únicas ilusiones, que la visiten de vez en cuando, salir al patio, oler las plantas, ver alguna telenovela en la televisión y escuchar música en la radio que le recuerde a su tierra, esa que prefiere añorar y a la que no piensa volver.

—Entonces, ¿estás tranquila?

—Ahora que oigo tu voz, mucho más. Además, estás con Cas. Es buena. Seguro que cuida de ti.

Así es como piensa su madre. Así la educaron. Los hombres están bien si una buena chica se ocupa de ellos. A pesar de su terrible experiencia, cree que siguen siendo merecedores de mimos y cariño. Al menos, sus hijos.

—Puedo cuidar de mí mismo, ¿sabes?

—Lo sé. Pero me gusta saber que no estás solo.

Marcos la imagina sentada en su butaca, muy cerca de la ventana, mirando cómo moja la lluvia las flores al otro lado de los cristales.

—El domingo iré a verte, que te echo de menos. Podemos salir a dar una vuelta, a comer por ahí..., ¿te apetece?

—Claro, hijo. Me encantará. Además, tengo una cosa para ti. —Caridad suspira profundamente—. No me gusta que llueva tanto, ¿sabes? No puedo salir al patio.

—Pronto parará, mamá. Siempre lo hace.

Cuelga el teléfono, esconde la cara entre las manos y siente una oleada inesperada, ansiosa y voraz que recorre su cuerpo desde lo más recóndito hasta su garganta, hasta su boca y más allá, y estalla en un llanto incontrolable. Los espasmos sacuden su cuerpo y oye sus propios lamentos sin poder creer que son suyos. Se levanta de la silla, grita, lanza al suelo cuanto encuentra a su paso y se deja caer él también, deslizando la espalda por la pared hasta quedar sentado en el suelo.

Cas entra en su habitación con la rapidez de un tornado:

—¡Marcos! ¿Qué te pasa?

Pero ha comprendido. De hecho, esperaba este estallido, que estaba tardando en llegar. Todos necesitamos reventar. Todos tenemos derecho a abandonar el autocontrol y a dar rienda suelta y salida a la pena, a la rabia, a la impotencia. Todos. Incluso Marcos. Cas lo acuna como se haría con un niño, le deja llorar y no dice nada. Porque no es necesario.

28

Palamós, 18 de febrero, 17.20

Jordi Capo observa a su madre, que se acerca a él, y su cuerpo se pone tenso. Ella siempre ha logrado ese efecto, que se bloquee, que no sepa qué decir. Pero últimamente esa sensación se ha convertido en algo mucho peor, más poderoso todavía. Elvira se sienta a su lado y se alisa la falda. Él ve de reojo su perfil, sus largas pestañas y sus ojos que todo lo escrutan. Si su belleza fuera acompañada de un carácter más afable, no habría otra como ella. Pero no. Elvira es seca, antipática, cortante. Al menos, con él. Por eso se independizó, dejando el gran piso familiar y alquilando uno pequeño, para evitar su desaprobadora mirada y su desdén, tal vez provocado porque su hermosura y su elegancia innata, más el porte y el carácter firme y decidido de Nil, no habían engendrado al adonis soñado, sino a él, un tipo bajito, demasiado ancho de hombros y corto de piernas, que solo se parecía a sus padres en la mala leche, aunque en su caso se debía a una inseguridad que trataba de paliar con la altivez de los apocados.

—Hola, mamá.

—La lluvia me ha despeinado y doy una cena esta noche. —Elvira chasquea la lengua disgustada y trata de poner su melena en orden—. ¿Así, mejor?

—¿Una cena? ¿En serio?

—Alguien tiene que tranquilizar a los amigos, ¿no te parece? No dejan de llamar preguntando si tu padre mejora, pero, si él sigue aquí mucho tiempo, todos lo olvidarán. En cambio, si les sirvo una cena fantástica, lo tendrán presente. Así son las cosas. —Señala la ventana y pregunta si el paciente sigue igual.

—Claro, te habría llamado.

—¿Narváez no va a levantarte el castigo?

—Eso parece. Ya no confía en mí. Es lógico.

—Nunca ha confiado en ti —asegura la lengua mordaz de Elvira—. Te aguanta porque no le queda más remedio. Ese comisario nos odia desde siempre.

Jordi suspira abrumado por tanta ira y, haciendo acopio de valor, se decide a preguntar:

—¿Tú sabes algo de papá? Me refiero a... si conoces sus secretos.

—¿Secretos? —Elvira se vuelve hacia él y su mirada le hace apartarse por puro instinto—. ¿Crees que soy una mujer a quien se le puedan

esconder las cosas? —se ríe—. ¿Y tú? ¿Los conoces? ¿Hay algo que quieras contarme?

Está a punto de hacerlo. De desahogarse, de explicarle su horrible conversación con Andreu Mateu, todo lo que le dijo, todo lo que no le contó al comisario. Hablarle del mal sembrado, del tipo de hombre con el que se casó. Y de todo lo que sabe ahora. Pero algo en la mirada fría y dura de Elvira le hace morderse la lengua. Y entonces le embarga una soledad infinita. Absoluta. Sus padres son dos extraños, ahora más que nunca, tan pendientes el uno del otro que no lo necesitan. Con sus amigos puede correrse una juerga, pero no hablarles de un caso. Sus compañeros de profesión no lo aprecian porque se lo ha ganado a pulso, y su novia es una buena chica, pero demasiado pendiente de la ropa, las amigas y la vida social, y no puede revelarle los oscuros hechos, los secretos revelados, al menos si pretende casarse con ella algún día.

—¿Y bien?

—No tengo nada que contar, madre.

—Así me gusta. Que no tengas nada que explicar, ni a mí ni a nadie.

Mientras intenta digerir la frase, su madre se levanta y, con un seco «Bajo a la cafetería», se aleja pisando firme en dirección al ascensor. Desconcertado, rabioso, se acerca a la ventana por la que puede ver la habitación en la que su padre duerme su largo sueño, separa las lamas de la persiana y pega la frente al cristal: ahí está el gran Nil Capo, conectado a una máquina que respira por él, desconectado de sus pecados y cómodamente ajeno a la vida, como si mereciera un descanso.

—Eres un hijo de puta, papá —musita—. Y te odio. Te necesito. Pero te odio.

Y se jura que, por primera vez, hará algo por sí mismo. Algo tan grande que a Narváez no le quede otra que pasar por alto su error y mostrarle su respeto. Algo tan importante que le permita dejar de depender del cabronazo durmiente, librarse de las garras de Elvira, de su dominio y de todas las decisiones que el maldito matrimonio perfecto ha tomado por él desde que nació.

—¿No somos como esperabas, Jordi? —Se da la vuelta ahogando un grito. Ahí está ella de nuevo, atravesándolo otra vez con esos ojos verdes que todo lo intuyen, leyendo sus más recónditos pensamientos—. Te he oído.

—Yo..., yo... lo siento. Solo me desahogaba.

—Sé un hombre y no te disculpes. No es necesario que nos quieras. Incluso puedo comprenderlo. —Elvira sonríe de una forma extraña—. Es curioso lo de los padres y los hijos, siempre tenemos las expectativas muy altas, ¿verdad? Tú esperabas que te adorásemos, y fíjate, yo pensaba que tú serías..., no sé. Más alto, más guapo, incluso... más listo. —Jordi abre la boca y la vuelve a cerrar. Se siente como un niño pequeño al que le traicionan las ganas de llorar—. He vuelto por si querías que te subiera algo.

Pasan unos segundos eternos. De esos que parecen siglos.

—No quiero nada de ti, madre.

Mejor así.

Elvira vuelve a hacer resonar sus tacones en el pasillo, alejándose con la seguridad de quien sabe que acaba de atestar un golpe terrible a alguien que no lo esperaba. Eso siempre le ha producido un placer indescriptible.

Palafrugell, 17.40

—¿Y bien, Nico? —Héctor baja la persiana de la ventana de su despacho y enciende otra luz. Ha oscurecido fuera y la noche prematura de febrero, los nubarrones que planean sobre el pueblo y la llovizna le han dado sensación de un frío que, en realidad, no hace. Así está mejor. Se estremece por culpa de un escalofrío involuntario, se rinde a la humedad que lleva pegada a la piel y se sienta en su sillón—. ¿Qué te contó el narco ese? Ya me fastidia que acudieras a él.

—Seguro que no más que a mí. —Nico arranca a hablar para olvidarse ambos de la rabia que les da necesitar a Jamal—. Negó su presencia en el circo de madrugada, pero era de esperar. Ya sabes que es capaz de disimular muy bien y de mentir sin reparos, pero insistió en que jamás había trapicheado allí.

—Naturalmente. ¿Y qué hay de lo de La Luna Azul?

—En eso se explayó más. Efectivamente, Jenica trabajó allí varios años. De un modo absolutamente libre y voluntario, según le aseguró a Jamal el antiguo dueño del prostíbulo. Parece que Miha era un cliente habitual, consumidor de alcohol y coca por un tubo. Coincidiendo con lo que ella dijo, se conocieron, se convirtió en su favorita, él le prometió cambiar, la sacó de allí y se casaron. Todos estaban seguros de que las buenas intenciones del rumano durarían poco y no se equivocaban, porque no tardó en volver a aparecer por allí.

—Vale. Ahora sabemos que ese tipo era un mal bicho. —Héctor no disimula su decepción. La información no aporta nada nuevo.

—No seas impaciente, que hay más. Jamal me habló también de los crímenes, se burló de lo perdidos que estamos y aseguró saber cosas que podían interesarnos.

—¿Como qué?

—Como que Miha no era el único que iba por su prostíbulo. De hecho, un par de veces al año se reunía con otros hombres, siempre los mismos, en un privado supersecreto. El pequeño grupo lo formaban, además del propio Miha, Tomás Juliá, los hermanos Mateu y el superhéroe Nil Capo.

—¡No me jodas! Los muy…

—¿Cerdos? Al menos, el cura no iba.

—Iba a decir hipócritas. Especialmente, el comisario y el

farmacéutico, tan remilgados y puritanos... ¿Qué hacían allí, además de lo evidente?

—No vayas tan rápido. Cuando Jamal se convirtió en dueño del prostíbulo, ya eran clientes. Durante un tiempo siguieron reuniéndose, tomaban alguna copa y supone que charlaban de sus cosas. Sin embargo, las prostitutas no entraban en el reservado. Algunos de ellos alargaban la velada en las habitaciones de La Luna Azul, pero siempre acabadas sus reuniones y por separado. Me ha asegurado que Nil Capo jamás puso un pie en ninguna. Pero, por el motivo que fuera, dejaron de verse o, al menos, de hacerlo allí.

—Explícate mejor.

—Pues que a Nil Capo no le interesaban las putas, que iba a La Luna Azul solo para encontrarse con los otros. Que esos encuentros eran secretos y el lugar elegido, el mejor, porque, si alguien los veía en el prostíbulo, callaría por la cuenta que le traería. Lo contrario sería delatarse a sí mismo. Nadie confiesa que va de putas, ya sabes.

—¿Por qué necesitaban verse? La gente no deja de asegurar que no tenían relación.

—Supongo que cuando respondamos a esa pregunta —asegura Nico—, tendremos todas las respuestas.

29

Palafrugell, 19 de febrero, 00.20

Nico está desnudo, con el cuerpo de Estela enredado al suyo y su aroma pegado a su piel. Ambos están sucumbiendo al sueño después de quererse rato y rato, de hablar en voz bajita en la oscuridad de su habitación para no despertar a Simón y de calmar su respiración agitada, satisfecha, feliz.

—Te quiero, Estela —dice agotado, cerrando los ojos para abandonarse a la noche.

El teléfono vibra en su mesilla desplazándose peligrosamente. Durante un segundo tiene la tentación de darse la vuelta y que el asunto espere hasta mañana. Pero entonces piensa en Marcos, en el doctor, en cualquiera que pueda estar en peligro y en su propia familia, y con el corazón en un puño lo coge con fuerza, se incorpora y aprieta la tecla verde deseando que ninguno de sus temores se haya cumplido.

—¿Quién es? ¿Qué pasa?

—¡Detective, detective, socorro!

Joder. Joder. Ha reconocido la voz.

—¡Señor Mateu! ¡Cálmese, no le entiendo!

—¡Me persigue, va a matarme!

—¿Quién? —Qué estupidez de pregunta. Se sienta en la cama—. ¿Dónde está?

—¡En la granja! ¡Socorro, socorro!

—¡Vamos para allá! ¿Me oye, Andreu? Salgo ahora mismo.

Casi a tientas, busca su ropa interior y un pantalón mientras llama al móvil de Héctor.

—¿Qué ha pasado? —Lo nota también en su voz. Ese miedo. Ese miedo terrible.

—Corre, Héctor, es Andreu Mateu. Alguien lo persigue en la granja.

—No hagas nada hasta que lleguemos. ¿Me oyes? ¡Ni se te ocurra!

Mientras se odia a sí mismo por estar respirando más tranquilo, por preferir que el asesino esté intentando dar caza al granjero y no a Marcos, coge la pistola de su escondite y se dispone a salir de la habitación.

—¿No llamas a Cas? —Estela lo ha oído todo y le habla en la oscuridad.

—No. Debe quedarse con Marcos. Pero estaré con Héctor.

—Te esperamos aquí.

—Nunca lo olvido.

Abandona su hogar en medio de la noche y corre hasta el coche bajo la lluvia demasiado suave, demasiado parecida a las lágrimas, para emprender un viaje desesperado a la granja de Esclanyà.

* * *

Desoyendo la orden de Héctor, Nico salta del coche al llegar junto al que está de guardia. En la primera madrugada de Piscis, la luna nueva se cobija tras las nubes y la visibilidad es casi nula, pero distingue la puerta del conductor abierta, un brazo que cuelga inerte y las gotas de lluvia mezcladas con sangre resbalando de la mano del agente de guardia. Los animales se mueven y quejan a su manera en el cercado y golpean con las patas la valla de madera para salir. Han olido el mal. Otra vez. Con la capucha del impermeable cubriéndole el rostro, la linterna en una mano y la pistola en la otra, se acerca un poco más: la cabeza del *mosso* descansa de lado sobre el volante y una hemorragia ha teñido de rojo su pelo castaño. Tiene los ojos tan abiertos que cuesta muy poco suponer que todavía no se había recuperado de la sorpresa cuando el asesino lo ha atacado. Varios golpes decididos y brutales en la parte lateral del cráneo han sido suficientes para enviarlo al otro mundo, o a ninguno, pero lejos de este, de sus planes, de sus afectos. Y de su vida. Le toma el pulso para asegurarse de que la muerte que refleja su rostro es real y que ya no puede hacer nada por él, y sin atreverse a tocar nada más para no entorpecer la investigación, lo abandona a su pesar en la oscuridad y se dirige a la granja pisoteando los charcos.

Se oyen sirenas a lo lejos. Encajará la bronca de Héctor por no esperarle, pero es posible que la vida de un hombre dependa de estos segundos de diferencia y quedarse aquí plantado le parece mayor temeridad que desoír la advertencia. Tal vez Andreu Mateu no merezca que se arriesgue por él, pero puede llevarlo hasta el asesino. La puerta de madera que protege de modo simbólico la propiedad lanza un chirrido al abrirse que se suma a los gritos de las bestias. Decidido, Nico se adentra en el mundo de los extraños hermanos Mateu.

La masía está abierta y hay luz. Entra apuntando al frente, a un lado, al otro:

—¡Andreu! —grita—. ¡Andreu! ¿Está usted ahí?

No hay respuesta. Da una batida a la casa, sube saltando de tres en tres los peldaños hasta el piso de arriba y entra en las habitaciones. Una de ellas está a oscuras y huele a cerrado. La cama está hecha, y el cuarto de baño, vacío de los utensilios de aseo. Nico entiende que es la de Uri el Sordo y continúa su búsqueda. Tiene las manos mojadas porque, en su carrera hasta la casa, la lluvia lo ha empapado por completo y el arma amenaza con escaparse. La sujeta con fuerza y sigue llamando a Andreu a grito pelado. De nuevo, sin respuesta. El dormitorio a la izquierda del

pasillo está revuelto. La cama sin hacer, todavía caliente, y las sábanas y el suelo de piedra, manchados de sangre fresca. Hay una silla y una lámpara tiradas en el suelo, leche derramada y un vaso roto. Los cristales crujen al paso de las botas de Nico. Oye un grito. Una voz que conoce clama que lo salven. Se asoma a la ventana y enfoca con la linterna: dos figuras forcejean en el jardín trasero de la granja. Tropieza en las escaleras, se levanta, corre hacia allí y grita al agresor que se detenga. Las sirenas se acercan. Andreu emite sonidos guturales. Nico corre tanto como puede.

—¡Alto, deténgase! ¡Andreu, aguante!

Está a muy pocos metros. Ya llega. Un hombre vestido de negro está sentado sobre Andreu, que se mueve furioso intentando sacárselo de encima. El agresor le tapa la boca con una mano y con la otra blande algo que brilla en la oscuridad.

—¡Suelte el cuchillo! ¡No lo haga, suelte el cuchillo! —grita Nico notando la lluvia que entra en su boca.

Pero no lo suelta. En una maniobra rápida, el hombre de negro rebana el cuello de su víctima, que intenta impedir que la sangre huya de su cuerpo presionando con la mano. Nico se oye gritar de nuevo, pero su voz no le parece su voz. Las sirenas han llegado a la granja y todavía puede oír el agónico desconcierto de los animales que se están quedando sin dueños.

El asesino, escondido tras una ajustada malla negra, se levanta y lo amenaza con el cuchillo ensangrentado. Entonces ve la pistola y lo lanza contra él de forma certera. Demasiado certera. Al esquivarlo, Nico oye su silbido, dispara al aire y la sombra negra, ágil, sin rostro, aprovecha para correr hacia el bosque. Debería perseguirlo, darle caza. Meterle un balazo, acabar con él de una puta vez. Pero entonces nunca encontrarían a Pàmies. Oye gemir a Andreu, que yace en el suelo mojado junto a una escopeta humeante que ha intentado acabar con la sombra sin éxito, y se agacha a su lado para socorrerlo. Varios agentes llegan corriendo.

—¡Id tras él, no dejéis que escape!

Intenta parar la hemorragia apretando con las manos, tratando de frenar la sangre que resbala cuello abajo, mientras sigue exclamando frases que incluso a él le parecen huecas, inconexas. Se oye decir que llamen a una ambulancia. Andreu tira de él para que se acerque más todavía. Tiene el pijama empapado, su aliento huele a sangre y apenas puede hablar.

—Fuimos nosotros, detective. Nosotros lo hicimos.

—¿Qué hicieron, Andreu? ¿Qué cojones hicieron?

—El incendio..., el incendio...

—¿Matasteis a Lorelai?

—¿Matarla? —Andreu emite un extraño sonido porque siente desgarrarse algo en su garganta y pelea por que la pérdida del habla no llegue todavía—. No se puede matar al demonio. —Le agarra la mano

con fuerza y sigue tirando de él—. No me deje morir, detective, no quiero morir.

Ese momento. El momento. Ni siquiera un descreído como Andreu quiere abandonar el mundo.

—Uri sabía que lo seguían esa noche.

—¿Qué dice?

—Solía volver caminando. Me llamó. Era tarde y yo dormía. Dijo que tenía miedo, que alguien lo seguía. Pero pensé que estaba bebido, que era imposible que hubiera oído nada y le colgué. —La sangre escapa irremediablemente a través de los dedos de Nico—. Miré por la ventana para ver cómo llegaba a casa. Una sombra saltó sobre él.

—¿Y qué hizo usted?

—Me encerré en casa. Me tape los oídos para no oír sus gritos —más sangre, mucha más— y lo abandoné a su suerte. Siempre he sido un mal parido.

Por supuesto. Desde luego que lo es. Pero este no es el momento. Andreu abre la boca de nuevo pero ya no consigue articular palabra, solo ruidos extraños y desesperados.

—¡Una ambulancia! —Oye el ruido de un motor y jaleo allá en el bosque. Alguien dispara. Otra vez. Y otra—. ¡Que alguien llame a una puta ambulancia! —Ni siquiera sabe si necesita que Andreu Mateu se salve. No le cae bien. No lo merece, joder—. ¿Dónde está esa ambulancia?

—Tranquilo, Nico. Ya llega. —Héctor se arrodilla a su lado y le habla con una calma que parece un milagro en un momento así—: Sigue presionando, eso es. —Suma su mano a la maniobra desesperada—. Ya llegan. Ya están aquí.

Dos paramédicos con impermeables amarillos se acercan con una camilla. Después de gestos y maniobras eficaces, le piden que retire la mano. Pero Nico no es capaz de hacerlo, la tiene agarrotada y teme que la poca vida que queda en ese cuerpo, antes fuerte y recio, escape para siempre si lo hace.

—Tranquilo —les oye repetir—, lo tenemos controlado.

—Andreu ha disparado la escopeta —balbucea Nico sin dejar de presionar—, que busquen rastro de sangre por si lo ha herido. Rápido, o la lluvia se lo llevará todo.

—Descuida. —Héctor hace una señal a uno de sus hombres para que se ocupe e intenta que Nico suelte el cuello de Andreu—. Puedes hacerlo. Eso es, muy bien.

Y lo hace. Y se estira en la hierba, siente que se le empapa la espalda y mira al cielo. Las gotas caen sobre él, una tras otra, una tras otra. Le mojan la cara, las manos llenas de sangre, los labios. Abre la boca y bebe agua de lluvia. Intenta mirar más allá de las nubes, mucho más allá.

—¿Qué miras, Nico? —Héctor está a su lado—. ¿Qué buscas?

—Las estrellas, joder. Busco las putas estrellas.

—¡Comisario! ¡Aquí, aquí! ¡En el bosque!

—Vamos, Nico. Buscaremos estrellas otro día.

Encontrando ánimo en algún lugar profundo y desconocido, corren hacia el bosque, más allá del terreno de los Mateu, en sentido contrario a los paramédicos que se llevan al granjero malherido. Las copas de los árboles gotean, y las nubes feas, bajas y densas impiden el paso de la poca luz de luna que intenta bañar el bosque. Es fácil identificar a los *mossos* desplegados, por el baile de linternas en la oscuridad, moviéndose entre los árboles. Uno de ellos se acerca:

—Oímos el motor de un coche, señor. Diésel. El ruido parecía más bien el de una furgoneta. Disparamos, pero huyó. Debimos de darle a alguna ventanilla porque hay restos de cristales.

—¿Modelo, matrícula?

—No, señor. —El hombre mira al suelo, avergonzado.

—¿Han encontrado algo?

—Sí... sí. Vengan conmigo, por favor. Están aquí mismo.

—¿Están? —Siguen sus pasos en la noche. La hojarasca mojada ha convertido el suelo en una pista deslizante—. Cuidado, resbala mucho. —Se detiene en seco, ahoga una arcada y señala una gran bolsa azul eléctrico con letras amarillas de Ikea. Está abierta. Es fácil ver las piernas que hay en su interior.

—Supongo —Nico las observa sin tocar nada y se retira para que el tufo que desprenden no se le cuele dentro— que son las del farmacéutico.

—Maldito cabrón, hijo de la gran puta. —El hombre de Héctor lo mira con los ojos muy abiertos. Su comisario insiste siempre en las formas, pero se las acaba de pasar por el forro. Él también gritaría de rabia, si pudiera.

—¿Cómo está Ángel, señor? —Se refiere al agente que montaba guardia en la granja—. ¿Está...?

—Sí —confirma Héctor—. Ángel Buendía ha muerto. —Nico le ve envejecer diez años en un segundo—. Era un gran chico.

—Era el mejor. —El agente se aleja para que no le vean llorar.

Se acercan al coche patrulla. El doctor Casals está en cuclillas y sostiene una lupa con la que estudia las heridas del agente asesinado. Sus labios se mueven a toda prisa. Su barbilla tiembla. Nico descifra alguna de las frases del murmullo continuo. El forense está rezando por el chico. Piensa fugazmente en Cas, que también tiene esa costumbre. Ojalá él pudiera hacerlo. Ojalá. Pero no puede apartar la vista de esos ojos, llenos de sorpresa, ahora tan vacíos.

—¡Qué joven era! —dice sin querer.

Héctor permanece en silencio. Casals guarda la lupa, termina con su retahíla de deseos piadosos y se incorpora.

—Casi un niño.

—Objeto romo —supone Nico señalando las heridas—. Un golpe firme en el frontal y varios descargados con furia en el parietal izquierdo. Supongo que oyó algo y se volvió para mirar. El asesino, del que ya no dudo que es ágil y fuerte, lo golpeó en la frente; el chico perdió el sentido, la cabeza cayó sobre el volante y remató la faena descargando el arma a lo bestia en el lateral. ¿Me equivoco, doctor?

—Por desgracia, acierta usted, señor Ros. No tuvo tiempo de...

—... sufrir —concluye Nico. Triste consuelo. Y pobre. Muy pobre. Entonces recuerda algo importante—. Hay que enviar a alguien a buscar entre la maleza. Me lanzó un cuchillo. Tiene que estar por ahí.

—Me ocuparé de encontrarlo —asegura Casals, todavía aliviado por verlo de una pieza—. Después iré al hospital, a ver si tengo la oportunidad de examinar a Andreu Mateu. Su vida pende de un hilo, pero buscaré restos en sus uñas, en su piel..., en todas partes.

—Es un maldito egoísta —farfulla Héctor—. Todo esto... —Señala el cuerpo sin vida de Ángel Buendía reflejando la impotencia que siente—. Por no dejarse ayudar.

—Y por mentir como un bellaco —añade Nico—. Me ha dicho que su hermano lo llamó esa noche. Ha olvidado que aseguraba que no tenía teléfono móvil. A saber dónde fue a parar.

A un gesto de Héctor, se alejan unos pasos de Casals para dejarle trabajar y asegurarse de que no puede oírles.

—Nico, ¿crees que mi tía se refería a esto cuando habló de un agente de uniforme? —pregunta refiriéndose al agente abatido.

—Tal vez, pero yo no me confiaría —responde Nico pensando en las malditas premoniciones inútiles—: el asesino debe estar cabreado, Héctor. A tu hombre lo ha matado para poder entrar en la granja, una desgracia y una salvajada, pero no formaba parte de su plan. Andreu sí, pero no ha conseguido cargárselo ni montar el espectáculo que debía tener previsto para él. Así que Piscis y su venganza se le han ido a la mierda, y no parece alguien que se conforme dejando las cosas a medias. Tengo un mal presentimiento...

—¿Qué temes?

—Lo mismo que tú.

—¿Crees que va a saltarse su propio protocolo?

—No sé lo que va a hacer, pero sé que va a hacer algo.

—De acuerdo. Reforzaré ahora mismo la vigilancia del comisario Capo. Ahora debo ir a ver a los padres de Buendía. —Héctor no vuelve a señalar el cuerpo del joven sin vida. No hace falta—. Pero después...

—Yo estoy pensando en Marcos.

—Lo sé. Vete ya. Haré que te siga un coche. Adviértelos, pero evita asustarlos si no es necesario.

—¿Y si no se trata de ellos? ¿Y si va a por las madres?

—¿Te refieres a Caridad y a la mujer de Capo? ¿En serio?

—Yo qué sé. Joder, yo qué sé.

—Vale, yo me ocupo. Márchate.

Nico se monta en su coche y aumenta la velocidad del limpiaparabrisas. Siguiendo las instrucciones de Héctor, lo sigue un coche patrulla con la sirena apagada y cuatro hombres en su interior. ¿Advertirlos sin asustarlos? ¿Cómo se hace eso? Marca un nombre en el teléfono móvil, agarra el volante con fuerza, como si ese gesto pudiera ayudarlo a llegar más rápido, y ve sus manos todavía manchadas de sangre.

—¡Vamos, Marcos, vamos, coge el puto teléfono!

El buzón de voz responde en su lugar. Nico acelera. El coche patrulla lo imita. Son las cuatro de la madrugada del 20 de febrero. Y sigue lloviendo.

* * *

Marcos se despierta al oír un motor. Parece un diésel. ¿Qué hace en su jardín en plena madrugada? Mira a través de la ventana: sí. Una camioneta vieja, de esas con el maletero descubierto; se ha detenido a unos metros de la puerta y ha apagado las luces. Pero el motor sigue encendido. Salta de la cama, coge su arma, sale al pasillo y después abre la puerta muy despacio. No consigue ver el interior de la furgoneta. Ni la matrícula. Está demasiado oscuro. Pero solo puede tratarse de una persona.

Abre un poco más mientras llama a Cas, que duerme en su habitación. La oye preguntar qué pasa, qué es ese ruido. Oye su móvil sonando en su habitación. Pero no hay tiempo. Le grita a su prima que se encierre, no salga si él no se lo pide y llame al comisario o a Nico. Se moja los pies descalzos en la gravilla. Sujeta el arma con los brazos estirados, apuntando hacia el coche misterioso.

—¿Quién anda ahí? ¡Estoy armado y la Policía está en camino!

Marcos levanta el pie para dar un paso y una sombra negra sale de detrás de la puerta. Se vuelve rápido, pero la sombra lo golpea con fuerza, cae al suelo y el arma escapa desobediente de sus manos. Alguien lo coge por las axilas y lo arrastra hasta la camioneta. Intenta patalear, revolverse, soltarse, pero nota la sangre y la lluvia que le cubren la cara y un mareo intenso se apodera de él. La sombra lo tiene todo preparado y actúa deprisa. Lo deja en el maletero de la *pickup* y vuelve a descargar sobre su cabeza ese objeto que parece un palo de hierro. Una vez. Dos. Tres veces. Marcos intenta protegerse con las manos, y sus ojos nublados solo distinguen un pasamontañas negro. Dios, este dolor horrible en el cráneo. Oye la voz de Cas llamándolo. Quiere gritarle que no salga de casa, que se esconda, pero la ve correr hacia ellos. La sombra entra en la cabina de la furgoneta y arranca. Cas se cruza en su camino apuntando con la pistola de Marcos para impedirle el paso. Parece un fantasma con su camisón blanco bajo la

lluvia. Pero la sombra, invencible y segura, acelera, y Cas rueda por el suelo intentando que las ruedas no la devoren. Marcos intenta saltar, pero está tan débil que no encuentra la fuerza ni el ímpetu. Su cabeza, que alguien le arranque la cabeza para que cese el dolor, por favor.

—¡Marcos! ¡Marcooossss! —la oye chillar.

Pobrecilla, se dice, qué preocupada parece. Intenta mantener los ojos abiertos y no perderla de vista, porque es probable que jamás la vuelva a ver, pero la sangre se cuela en ellos y le escuecen. Un miedo cerval se apodera de su cuerpo y de su espíritu y se pregunta qué le espera. Entonces todo se vuelve negro. Tan negro como la sombra que se lo lleva lejos de casa.

Llafranc, 2.00

El llanto de Cas parece más bien el alarido desesperado de un animal. Nico y los hombres de Narváez la encuentran empapada, de rodillas y en camisón bajo la lluvia, con las rodillas y codos heridos por su revolcón en la gravilla, sujetando con manos temblorosas la pistola y balbuceando a la noche que se han llevado a Marcos.

—¡Ve a buscarlo, Nico! ¡Corre a buscarlo! ¡Se lo ha llevado en una camioneta oscura!

Por puro instinto y de forma automática, sin poder pensar en lo que ha pasado, Nico vuelve a montar en su coche y recorre las carreteras de los alrededores, caminos campestres y bosques, sin éxito alguno, como temía. Se acerca incluso al circo Vargas y, con las luces apagadas, se detiene y observa el recinto y los carromatos silenciosos por si descubre el mínimo movimiento. Pero el clan parece dormir en paz. Vuelve a casa de Marcos. Otra vez. Pero ahora sabe lo que va a encontrar allí. Desesperación. Desolación. Miedo. Exactamente lo que siente él.

Cuando llega, las luces azules de los vehículos oficiales colorean la noche. Distingue la sombra de Casals, pegada a su inseparable maletín, y a gente de la Científica enfundada en monos impermeables, midiendo las huellas de los neumáticos que la lluvia se está comiendo y también las de unos zapatos que, de igual modo, se empeñan en desaparecer.

—¡Rápido! —El forense intenta hacerse oír en medio del caos—. ¡Cúbranlo todo con plásticos!

—¿Usted aquí, doctor?

—Iba camino del hospital de Palamós cuando me he enterado. Le he pedido ayuda a la patóloga de guardia. Es joven, pero sabe hacer su trabajo. Me llamará si encuentra indicios en el señor Mateu.

—Entiendo. ¿Vivirá? —pregunta sin demasiado interés.

—Demasiado pronto para saberlo. —Casals se sonroja mientras ayuda a extender una lona y busca las palabras adecuadas—. Señor Ros..., yo...

—Lo sé, doctor. Lo sé. —Nico se dirige a uno de los *mossos*—. ¿Hay alguien buscando la furgoneta?

—Sí. Varios vehículos baten la zona. Nosotros nos hemos quedado por orden del comisario. No tardará en llegar.

—¿Qué puede decirme?

—Muy poco. La chica no se ha dejado consolar y apenas podía hablar, pero parece que fue una *pickup* oscura. Un hombre vestido de negro se llevó al subinspector. Todo pasó muy rápido.

Como siempre. Demasiado rápido. Demasiado oscuro. Demasiado horrible para creerlo. Se ha llevado a Marcos. Se lo ha llevado.

—Señor Ros... —Casals le habla suave, en un delicado susurro.

—¿Qué?

—Tiene usted las manos manchadas de sangre.

Nico se las mira aturdido.

—¿Dónde está Cas? —le pregunta al *mosso*.

—Dentro. La hemos dejado con una de nuestras compañeras. Está fuera de sí.

Nico da las gracias, inclina la cabeza hacia Casals y entra en la casa.

Cas se abalanza sobre él. Sigue empapada, pero no quiere cambiarse. Llora. Y llora. Y balbucea y gime como un animal herido.

—¿Lo has encontrado? ¡Dime que lo has encontrado! —grita. Nico le muestra sus manos vacías por respuesta, la sujeta con dulzura y la envuelve en un abrazo silencioso, sintiéndose más torpe de lo normal. Cas gimotea dejándose acariciar la cabeza—. Prométeme que lo encontraremos vivo —suplica.

Él siente humedecerse sus ojos y esconde la mirada. Quiere decirle que sí, pero no puede. Nunca ha sabido mentir. Le pide a la agente que cuide de ella unos minutos más, la deja en el sofá, va a la cocina, enciende un fogón para calentarle algo, se lava las manos y, mientras ve la sangre del granjero desaparecer por el fregadero, hace una llamada.

—¿Nico? —Percibe el horror, el miedo, en la voz de Estela.

—Yo estoy bien, no te asustes. Pero te necesito. —Le cuenta rápido lo ocurrido. A ella le hacen falta pocas explicaciones:

—Llevo a Simón con mis padres y voy para allá.

Regresa con Cas llevando un vaso de leche caliente.

—Bebe —ordena. Ella lo hace sin rechistar y Nico se dirige a la agente —: Ya me quedo yo con ella.

—No ha querido ponerse ropa seca...

—Yo me ocupo —dice, aunque tiene ganas de recordarle que ese es su trabajo, obligarla a cambiarse, velar por ella, pero se calla.

A solas, intenta que Cas le explique absolutamente todo. El arma de Marcos está sobre la mesa.

—No me atreví a disparar, ¿entiendes? Por si le daba a él. La furgoneta era oscura, Marcos iba en la parte de atrás. Pude ver cómo le daba golpes, uno detrás de otro —explica sin dejar de llorar—: no he podido protegerlo, joder, no he podido.

Nico busca palabras de consuelo, porque Cas necesita oír que todo irá

bien, pero las muy esquivas se niegan a acudir al rescate y opta por el silencio. Marcos está jodido. Muy jodido. Peligrosamente jodido. Él también siente enormes ganas de llorar, de gritar a todo y a todos, de dar patadas, de romper algo. De pillar al hijo de puta, matarlo con sus propias manos y salvar a su amigo. Pero, en lugar de eso, le ofrece más leche a Cas y dice simplemente:

—Anda, bébetela toda. Necesitas entrar en calor.

Poco después Estela entra en el salón de casa de los Quiroga.

—¡Nico! —Abraza a su marido.

Él la aprieta contra sí y huele su piel para sentirse un poco vivo. Estela lleva la melena recogida en un moño improvisado, viste unos vaqueros anchos, un jersey grueso y un impermeable enorme de Nico. No se ha entretenido con tonterías. Se sienta junto a Cas, le quita el tazón vacío de las manos agarrotadas y tira de ella con cuidado.

—Ven conmigo. Necesitas que te cure esos rasguños y un baño de agua caliente. Vas a ponerte enferma si no te pones ropa seca.

—¡Me quiero morir! —solloza Cas.

—Lo sé. Lo sé. —Estela la sujeta con suavidad y la guía por el pasillo hasta que desaparecen en una habitación.

Nico se queda mirando la puerta ensimismado y solo reacciona cuando oye a Héctor llamarlo.

Lugar desconocido, 2.00

Pàmies oye ruidos lejanos. Aguza el oído y reconoce las ruedecillas de una camilla, como cuando el monstruo arrastraba la de Tomás Juliá. Se obliga a ponerse en guardia, tensa sus débiles músculos, se moja la cara y los ojos con el agua de la palangana y yergue la espalda. Siente cierto temor, no puede evitarlo. Tal vez ha llegado su hora. Tal vez ese ruido maldito anuncia que, al fin, viene a por él. Que tiene un plan maligno que le atañe. Quizás la tortura. Y la muerte. Y, como tantas otras veces en su repugnante celda, piensa que no entra en sus planes morir ahora. En sus manos. Asesinado por un puto demente que quiere dejar su huella de la peor forma posible. Bien. Si ha llegado la hora, va a presentar batalla. Tiene intención de elegir cómo, cuándo y dónde morir. Y nadie decidirá por él.

Se levanta con un esfuerzo que se le antoja sobrehumano y espera.

La camilla se acerca. Ya llega. El hombre escondido tras la malla negra aparece al otro lado de los barrotes del ventanuco.

—Traigo compañía, inspector —anuncia con esa puta risa.

La cerradura se queja, la puerta se abre y ve un cuerpo estirado. El monstruo entra en la pequeña habitación, frena la camilla y lanza el bulto humano a los pies de Pàmies, de la forma más brusca posible.

—Cuida de él si quieres un amigo. Podría morir.

La puerta se cierra. La llave se deja oír de nuevo. La cerradura vuelve

a quejarse. El hombre de negro desaparece silbando al son de las ruedecillas.

—Algún día te mataré —farfulla Pàmies entre dientes. Se agacha y, con cuidado, le da la vuelta al cuerpo. La cabeza del hombre sangra. Está inconsciente. O muerto. Sin dar crédito a lo que ven sus ojos, le toma el pulso. Todavía vive—. ¡Quiroga! —exclama dándole suaves cachetes en las mejillas—. ¡Quiroga, joder, despierte!

Marcos se queja, abre los ojos y lo mira con terror.

—¿Dónde estoy?

—En el infierno, subinspector. Pero tranquilo. No está solo.

30

Llafranc, 20 de febrero, 9.10

Estela entra en casa intentando no hacer ruido. Nico da vueltas por el salón con el semblante descompuesto.

—¿Ya estás despierto? —Lo besa poniéndose de puntillas—. Simón está bien. Mis padres se lo quedarán toda la mañana. Es mejor así.

—No he pegado ojo y sé que tú tampoco. —Intenta sonreírle. Apenas han descansado dos horas, en un agónico duermevela repleto de pesadillas y malos presagios—. Siento haberte involucrado en esto. Yo...

—¡Nico! Marcos es de la familia. Claro que estoy involucrada.

—No soporto estar quieto, sin hacer nada.

—Tienes que esperar a mi tío. Voy a preparar algo para desayunar. —Ella también parece cansada, piensa Nico. Tiene ojeras y un rictus de preocupación inusuales, que delatan su estado por más que intenta aguantar el tipo—. ¿Cas duerme?

—Eso parece. Creo que el tranquilizante que le dio Casals servía para tumbar a un toro.

—Mejor así. —Estela corta pan, lo mete en la tostadora y bate unos huevos.

El aceite crepita en la sartén. Nico la sigue, vestido con un cuello alto grueso de color crudo, sus habituales pantalones vaqueros y calcetines de lana.

—¿Preparo zumo? —ofrece.

—Claro.

Cocinan en silencio, como si un desayuno pudiera disimular la angustia y la desesperanza y cubrirlas con un manto de normalidad. Ella prepara unas tortillas, él exprime naranjas. Pero entonces Estela apaga el fuego y, con las manos apoyadas en la encimera, baja la cabeza, deja que el pelo le oculte el rostro y solloza en silencio.

—Míranos —susurra—, cocinando, como si no estuviéramos aterrorizados, como si todo fuera normal. Hay un asesino que corta en pedacitos a sus víctimas y tiene a Marcos.

Nico la coge por detrás, la rodea con sus brazos y se esfuerza por respirar con normalidad. En realidad, le falta el aire desde que el teléfono sonó en la oscuridad y se desencadenó el mal, esta vez de forma demasiado próxima.

—Pobre Marcos —musita ella—, pobre Marcos.

Él no consigue decir nada, pero sus brazos no dejan de estrujarla.

—¿Hola? ¿Puedo pasar?

—¡Tío Héctor! —Estela corre a su encuentro secándose las lágrimas—. Claro, estás en tu casa.

—Vengo acompañado —le acaricia la mejilla—, no llores, niña. Tu tío va a ocuparse de esto.

El hombre es de mediana estatura, delgado, atlético. Lleva el pelo corto, tiene ojos castaños y las cejas y la mandíbula marcadas, bien definidas. De no ser por el tatuaje que puebla su cuello, por su rostro algo demacrado, por la cazadora de cuero y el pantalón pitillo de color negro ajustado y por el pendiente que luce en la oreja, podría ser el subinspector Marcos Quiroga. Algo mayor, algo más castigado por la vida. Estela lo mira atónita y retrocede dos pasos. Nico tampoco da crédito. Alguien baja las escaleras.

—¿Eres... Mateo? —Cas está en albornoz, su pelo rojo despeinado parece querer escapar de su cabeza y tiene hinchados los ojos llorosos. El hombre da un paso adelante. Cas vuela escaleras abajo, se abalanza sobre él sin esperar respuesta y se refugia en sus brazos sin que el recién llegado pueda evitarlo—. Soy la prima Cas —dice muy bajito.

A Mateo Quiroga ya le han informado de los acontecimientos que se han llevado lejos a su hermano. Nico adivina en él a un tipo duro, curtido, que no da muestras de la preocupación que sin duda le corroe, pero al que basta observar un segundo para saber que hará todo lo necesario, absolutamente todo, para encontrar a su hermano pequeño.

Rechaza desayunar pero acepta el café. Todos repiten, incluso Estela, que no suele beberlo, porque la noche en vela y los nervios los tienen agotados y hay que mantenerse despiertos como sea. Cas se va a duchar y a cambiar y los demás siguen en el salón.

—Dicen que eres buen amigo suyo —le dice a Nico.

—Lo soy.

—Es bueno saberlo. Ya sé que han acudido agentes de otros pueblos y ciudades, que hay dispositivos batiendo la zona y hombres dejándose la piel y el sueño en el cuartel, pero no va a ser suficiente. ¿Qué estás dispuesto a hacer tú para encontrarlo?

—Todo —responde Nico sin dudar.

Héctor los mira sin disimular su preocupación, y Estela, por el contrario, la ahoga en algún lugar de su interior.

—¿Por dónde empezarías?

—Por el circo Vargas.

—¿Por qué?

—Porque no tenemos nada más —reconoce—, no parece que de la ermita de Fitor podamos sacar ninguna otra cosa, y el nombre de la chica y el de una de las víctimas nos llevan hasta allí.

—Miha Radu. El rumano.

—Exacto. Salía en la misma foto que tu... padre. Y había vivido en el circo. Es lo único que tenemos.

—Supongamos que estéis en lo cierto y se trate de una venganza. ¿Por qué perpetrarla ahora, después de tantos años?

—No hay respuestas. Solo muerte, secuestros y preguntas. —Nico apenas es consciente de lo que acaba de decir.

—Veo que eres sincero. Lo prefiero. —Mateo hace ademán de levantarse—. Pongámonos en marcha. No hay tiempo que...

—¡No! —exclama Héctor, rotundo—. Si aparecemos a plena luz del día en el circo y alguien sabe algo de tu hermano, no dirán palabra y estaremos perjudicándolo. Hay que ir de incógnito. Por la noche.

—Está bien. —Mateo chasquea la lengua sin disimular su decepción —. ¿Qué hay del granjero?

—Grave. Pero vivo.

—¿Puede hablar?

—Imposible de momento. Sufrió un desgarro de las cuerdas vocales. Habrá que esperar un tiempo para saber el resultado de la intervención.

—¿Un tiempo? ¿Cuánto tiempo? Joder, mi hermano podría estar muerto entonces.

—Nadie debe verte, Mateo —insiste Héctor—. Yo me ocuparé de Andreu Mateu.

—Entonces, con todo el respeto..., ¿para qué me ha hecho venir?

—Porque debías saberlo o no me lo hubieras perdonado jamás, y tu hermano tampoco. Y porque necesitamos tu ayuda. Eres uno de mis mejores hombres, pero estás aquí de incógnito y no podemos echar por la borda tu trabajo de estos dos años.

—Al carajo la tapadera —Mateo saca un pitillo de su cazadora de cuero y lo coloca apagado entre sus labios— y al carajo todo. Mi única prioridad es Marcos. —Nico y Estela permanecen mudos—. ¿Está de acuerdo, comisario?

—Lo está —responde Nico por él.

—¡Ya basta! —vocifera Héctor, harto—. Actuarás en la oscuridad. Obedecerás mis órdenes. Y tú —señala a Nico— también.

Cas regresa al salón. Ha oído la conversación. Se acerca a su primo y le habla de la forma directa que suele emplear:

—Ni se te ocurra pasar de mí. Soy buena en mi trabajo, ¿sabes? En mi tierra destacaba por intuir particularidades de los sujetos. Me gusta ir al detalle. Puedo ayudar.

—Como quieras —dice Mateo sin parecer impresionado—. Pero no tienes buen aspecto, así que quizás deberías hacer tu magia en casa. —Se levanta y se dirige a la entrada con el cigarrillo apagado todavía colgando de sus labios—. Iremos al circo de madrugada. Vendré a recogeros. —Sale a la calle sin decir adiós.

Héctor abraza a su sobrina, da unas palmaditas en la espalda de Cas y mira a Nico muy serio.

—Esta vez —señala más allá de la puerta— tendrás que ser tú quien ponga los límites. Sé que no es lo tuyo, pero no tengo otra opción.

Nico asiente. Va comprendiendo. Cuando Héctor se marcha, Estela mira a través del ventanal.

—Tenías razón, Cas —susurra—. Esta lluvia cala hasta la médula.

Palafrugell, 10.50

Mateo Quiroga camina por las callejuelas con la capucha de la sudadera cubriéndole la cabeza y las manos en los bolsillos. Despreocupado de la lluvia, su cazadora de cuero está cubierta de agua, y sus deportivas, más mojadas de lo que esperaba ante el ridículo sirimiri, pero qué más da. De vez en cuando mira a izquierda y derecha, pero las calles están tranquilas, desnudas. Héctor ya le ha comentado que la gente del pueblo sale solo para trabajar y para lo imprescindible, y nunca a solas. Que haya un asesino suelto no ayuda y supone que el clima húmedo y antipático tampoco. Sabe que no debería estar haciendo lo que está haciendo. Héctor ha sido meridianamente claro: quieto en tu casa, hasta la noche. ¿En serio? ¿Quién cojones, con un hermano desaparecido de semejante manera, sería capaz de obedecerlo? Él no, desde luego.

Y necesita ver a su madre. Han sido varias las veces que durante sus largos meses infiltrado ha estado cerca de su casa o de la residencia donde ella vive ahora. Siempre tentado de pasarse las normas por el forro y presentarse por sorpresa para darle una alegría, besarla y descansar, aunque fuera unos segundos, en su abrazo. Pero no lo ha hecho, para no ponerla en peligro. Nunca se sabe quién puede andar al acecho. Pero hoy... hoy tiene que hacerlo. Lo necesita. Verla le urge más que respirar.

Su cabeza, normalmente ágil, está enmarañada, llena de un miedo que no le deja pensar. Un miedo que creía olvidado: ¿qué piensa hacer con Marcos? ¿Por qué se lo ha llevado? ¿Se está vengando por culpa del cabronazo de su padre? ¿Dónde lo esconde? ¿Y el inspector Pàmies? ¿Sigue vivo? Cavila también sobre la causa del ensañamiento del asesino, qué están pagando las víctimas, qué coño hicieron el bastardo de su padre y los demás, y siente el ritmo de su corazón acelerarse tanto que se diría que quiere saltar de su boca. Ha tomado demasiado café. Ha dormido demasiado poco. Hace demasiadas horas que no come. Tal vez la organización criminal, en la que lleva dos años haciéndose pasar por alguien que no es, sospeche que su ausencia no se debe al motivo que esgrimió. Quizás lo estén buscando. Quizás lo maten también a él. Pero nada de esto importa ahora. Lo único que importa es encontrar a Marcos antes de que el jodido demente le haga daño. Un daño con el que no pudo castigar a Paco Quiroga, mal llamado padre de dos hijos. Y mal llamado hombre, porque era, en realidad, una bestia salvaje y un cobarde.

Llega a la pequeña y coqueta plazoleta en la que está el geriátrico, se apoya en el tronco mojado de un platanar y enciende un pitillo mientras

observa el edificio. Qué raro se le hace. Cuando piensa en su madre, todavía la imagina en la cocina de casa, preparando algo rico para comer. Planchando la ropa de sus hijos, frotando las manchas de las camisas de sus uniformes en la pila del lavadero. A veces, recuerda, la descubría incluso sonriendo, canturreando. Nada de eso sucedía cuando su maldito padre estaba aún vivo, pero después las cosas mejoraron y ella fue suavizando, poco a poco, el rictus de terror que se había apoderado de su cara. Esa idea reconfortaba el tormento en el que Mateo vivía y le servía para confirmar que había hecho lo debido. Pero, al mismo tiempo, su conciencia y su memoria presentaban batalla, y cuando Héctor le propuso infiltrarse, no lo dudó. ¿Por qué no? Convertirse en otro. Dejarse ir. Olvidarlo todo. Incluso su nombre.

«Será duro. Muy duro», le advirtió.

«¿Y qué no lo es?».

Porque cada uno conoce un tipo de vida y a Mateo le había tocado una llena de sombras.

Un *mosso* monta guardia en la esquina y, al ver que se acerca, da un paso hacia él. Mateo le muestra la placa, y el agente, al reconocerlo bajo la capucha, saluda impresionado y regresa a su sitio. Lanza el cigarrillo a la calzada, se atusa el pelo para intentar parecer alguien normal, carraspea para aclarar la voz y llama al timbre. La mujer que le abre la puerta lo mira de arriba abajo.

—¿Buenos días?

—Vengo a visitar a Caridad Reyes.

—¿Quién es usted?

—Dígale que ha venido Mateo.

—Pero... —Mira disgustada los zapatos empapados que pretenden pisar su suelo reluciente.

—Pero nada, señora. Soy su hijo. Quiero verla de inmediato.

—¿En serio? —Ella no logra disimular su sorpresa—. No sabía que...

—¿Va a dejarme aquí, bajo la lluvia? Voy con prisa. Usted no me conoce porque vivo lejos. —Adelanta un pie, la mujer se aparta y Mateo entra—. Lléveme con ella. Ahora.

—Está en la sala, con sus amigas.

Caridad oye que la llaman y su rostro busca la voz. Al lado de la directora de la residencia, hay un hombre que la mira. No puede creerlo. No puede. Va a su encuentro con pasos inseguros y sonrisa temblorosa.

—Mamá.

—Mateo, hijo. —Unas lágrimas escapan de sus ojos gastados—. Deja que te abrace. —Su sonrisa se agranda.

—Deja que te abrace yo a ti.

—¡Cuánto tiempo! —No es un pase de factura. Es la pura verdad. Han sido dos largos años.

Las amigas de Caridad observan la escena risueñas, y la directora, más tranquila, abandona la sala.

—Este es mi hijo mayor —les dice, satisfecha—, el que vive en el extranjero. —Mira a Mateo, las señala y le dice sin que ellas puedan oírla—: Tranquilo, no les he dicho que estás en un grupo europeo de élite, pero es que ya no creían que existieras.

—Soy caro de ver, lo reconozco. Pero no por eso te quiero menos. —Si ella supiera. Joder, si ella supiera que Marcos está en peligro de muerte.

—¡Qué alegría tan grande! Ven, vamos a mi habitación, estaremos más tranquilos. —Lo coge de la mano y él se deja guiar.

Un hombre muy anciano sentado en una silla de ruedas los mira fijamente desde una esquina, lanzando insultos. Su madre tiembla un poco y acelera sus pasos.

—Pero ¿qué hace? ¿Quién es este tipo? —Mateo se dispone a encararse con él.

—Nadie, solo un viejo amargado.

—¿Y eso?

—No le gusta estar aquí, porque ya no puede mandar. —Caridad tira de él para que lo deje estar, se cuelga de su brazo y salen de la sala con ella sonriendo, enseñando a su hijo mayor a cualquiera con quien se cruzan.

Mateo se deja llevar mientras observa los gestos lentos de su madre, su aspecto tan pulido como siempre y su figura más menguada de lo que recordaba. Es un capullo. Un cabronazo. No debería haber pasado tanto tiempo lejos de ella. Ni de su hermano. La vida que escogió, sus días en la sombra, los nombres falsos, los tugurios, las mujeres tristes, la mala gente, el alcohol, las drogas, las noches en blanco y todo lo que hace como infiltrado le están desdibujando de tal manera que, a veces, ya no recuerda quién es. Esta vida que no es su vida pesa demasiado. La sombra de su padre lo alejó de casa, pero ya no sabe si es eso lo que le impide volver o el hombre oscuro en el que se está convirtiendo.

—Entra, mira qué bonito es mi cuarto.

—¿Eres feliz aquí?

—Lo soy. Y hoy más todavía. ¿Has visto a Marcos? Me dijo que me sacaría a comer. Iremos los tres juntos.

—Claro, mamá.

Consigue disimular y charlan un rato de tonterías, como solían. Ella no va a preguntar lo que no podría soportar saber: que su hijo mayor todavía se castiga. Que el resentimiento y la rabia que se asentaron en él en la infancia siguen ahí, medrando en su interior, volviéndole loco. Y que lo único que los duerme a ratos es vivir una vida frenética, rodeado de criminales y de gente sucia, por dentro y por fuera.

—¿Ya comes bien? Tanto viajar...

—Como me enseñaste —miente.

—¿Estás enamorado? ¿Alguna chica en tu vida?

—Claro, mamá —miente de nuevo.

Caridad junta las manos contenta y él se odia por engañarla, pero se

alegra de hacerla feliz.

En la mesilla de noche hay una foto de los dos hermanos, del día de la graduación de Marcos. La barbilla lo traiciona, tiembla sin obedecerlo, y aparta la mirada.

—¿Te emocionas, hijo? Yo también. Tanto tiempo sin vernos.

—Ya queda menos para acabar la misión en el extranjero y volveré a casa. —Mateo logra recomponerse, charlan un rato más de banalidades y de cosas que él inventa sobre la marcha, hasta que tiene que despedirse.

—Debo irme a trabajar. Pero vendré muy pronto. Te lo prometo.

La besa en la coronilla y le pide que no salga a decirle adiós. Caridad asiente, se da una palmada en la frente porque casi lo olvida y abre el cajón de la mesilla.

—Dale esto a tu hermano. Debe de ser suyo. Llegó por correo a casa, pero la prima Cas se equivocó y me dio el sobre a mí. Es raro, ¿verdad? Ya no saben qué vender.

Mateo coge el sobre. No hay nombre. Ni dirección. Ni remitente. Nada. Con dedos urgentes, saca lo que hay dentro. Por puro instinto de protección, sus manos lo rechazan y cae al suelo.

—Ten, hijo, que se va a ensuciar.

Un carnero vuela en un firmamento azul marino, sostenido en una cuna de astros y nubes doradas. En el margen derecho, un poderoso emperador contempla satisfecho el cosmos desde su trono. La rabia de Mateo está a punto de estrujar la carta, pero logra contenerla. Su madre interrumpe su miedo señalando los bordes quemados.

—No me gusta cómo huele, ¿sabes? Me recuerda... —Se detiene en seco—. Llévatela de aquí, por favor.

—Claro, mamá. No te preocupes.

Pero Caridad ya no está ahí. Se ha protegido de un recuerdo indeseado moviendo el balancín, cerrando los ojos y tarareando una de esas canciones de amor melancólico que tanto le gustan.

Mateo sale de la habitación con el pulso a mil y se topa con la directora en recepción.

—¿Ya se marcha? Qué visita tan breve.

—Oiga, ¿quién es el hombre de la silla de ruedas? El que parece mayor que todos los demás. Es que me suena y mi madre parece temerlo.

—¿Se refiere al excomisario Capo? He oído que era de armas tomar. Machista, prepotente y muy poderoso en otros tiempos. Pero tuvo una embolia y está en las últimas. Nadie está en lo alto para siempre, ¿no le parece?

—¿Hace mucho que está aquí? —No va a entrar en valoraciones.

—Llegó hace unos meses en este estado lamentable. Es cierto que al principio les daba miedo a las mujeres, por esa forma de mirarlas. Pero se han acostumbrado y ya no le hacen tanto caso.

—¿Recibe visitas?

—Pocas. A veces, de su hijo. Pero ahora..., vino una vez su nuera, Elvira Salas. Pero no creo que vuelva, porque él no dejó de gruñir.

—No deje que ese viejo se acerque a mi madre.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Haga lo que le pido. Es importante.

La despista y se dirige de nuevo al salón. Las amigas de Caridad le sonríen amables, pero él se dirige hacia el excomisario, se sienta en el alféizar a su lado, le muestra la carta y se la acerca a la nariz, para que aspire el olor a chamusquina.

—Huele —masculla suplicando a los cielos una señal—, huele, cabronazo.

El viejo intenta apartar la cabeza y darle un manotazo, pero su mano se balancea inútil, inerte. Enfadado, mira a Mateo y exclama, escupiendo gotas de saliva:

—La puta gitana malparida. *Maleïda sigui!*[1]

Mateo pisa la calle con la carta en la mano y sin siquiera preocuparse de cubrirse la cara, vaga bajo la lluvia como un fantasma sin rumbo.

Palamós, 11.10

—Hace nada, el paciente era yo —recuerda Nico mientras avanzan hacia Cuidados Intensivos.

—Ojalá Quiroga salga tan bien parado —responde Héctor refiriéndose por primera vez a Marcos y a su desaparición desde que Nico lo ha recogido.

Ni siquiera han hablado de ello cuando se han cruzado con dos coches patrullas con las sirenas encendidas, parte del equipo que batía la zona sin tregua.

—¿Vas a pasar a ver al comisario jefe?

—¿Para qué? Me cuesta lamentar su estado, no me apetece ver a su hijo, y a su mujer, menos todavía.

Abren una puerta batiente, y una enfermera, a la que no parece impresionarle el uniforme de Héctor, les intercepta el paso:

—Déjenos pasar, señorita. Soy el comisario Narváez. Nos están esperando.

—Esta área está restringida...

—Que pasen. —La voz de Casals los recibe unos metros más allá. La enfermera se da media vuelta y el doctor les da unas horribles batas verdes y mascarillas—. Poneos esto. Tenemos permiso para estar cinco minutos. Adelante.

—Siempre me sorprende que seas tan bien recibido en todas partes.

—Soy patólogo además de forense, Héctor. Ya lo sabes. Este hospital solicita a menudo mis servicios.

Andreu Mateu se ha convertido en un viejo. Su cuerpo corpulento,

cubierto por una sábana también verde, ocupa toda la cama y un grueso vendaje envuelve su cuello. Abre los ojos, los deja vagar por la habitación de Intensivos, los vuelve a cerrar, los vuelve a abrir.

—Señor Mateu. —Héctor ya está a su lado—. Sé que no puede hablar. Pero tal vez podría escribir...

—Imposible, Héctor. No creo que atine. Está demasiado medicado.

—Entonces, que intente asentir o negar.

—Ten cuidado. Puede tener una crisis fatal. Ya te he dicho que no era el mejor momento...

—Está bien. —Nico está harto—. No cuesta nada intentarlo. No tenemos tiempo, doctor.

—Lo sé.

—Escuche, Andreu. ¿Siguieron ustedes, los monaguillos, viéndose después de esa época, a pesar de que lo han estado negando?

El paciente ni siquiera los mira pero de pronto, muy despacio, cierra dos veces seguidas los ojos.

—Supondré que eso ha sido un sí. —De nuevo, dos parpadeos—. ¿Recibieron todos una carta? —Dos más—. ¿Era una amenaza? —Otros dos. A Nico le parece que la vida ha empezado a tomar la desesperante velocidad de la cámara lenta—. ¿Cometieron ustedes un delito? —Otro sí—. ¿Mataron a alguien? ¿Incendiaron el circo? ¿Y por qué ahora?

Andreu parpadea seguido, desconcertado, y emite un sonido gutural.

—Nico, despacio. Más despacio.

—¿Mataron a alguien? —repite.

Un solo parpadeo. Luego dos.

—¡Mierda! Cualquiera se aclara. ¿Qué fue lo que pasó? —De nuevo el desconcierto—. ¿Todo esto es por el incendio del circo Vargas? —Sí. Sí. Claro que sí. Ha parpadeado dos veces—. ¿Estaban ustedes allí? —Afirmativo—. ¿Asesinaron a Lorelai Vargas?

Los ojos de Andreu Mateu se disparan al oír el nombre. Intenta hablar, pero está mudo. Se desespera en la cama, se agita y da manotazos. Casals lo sujeta por la muñeca para que no se quite la vía y Héctor lo ayuda al verlo en apuros.

—¿Mataron a Lorelai Vargas? —No. No. No—. Pero ¿alguien le hizo daño? —Sí. No. No. Sí—. ¿Conoce a quién le hizo esto?

—No pudo verlo, Nico —le recuerda Héctor—, por la máscara.

Pero Andreu mueve los ojos dos veces. Sí. Sí.

—¿Por qué no pidió ayuda? —Nico se aventura más allá—: ¿Quería matarlo usted a él? ¿Le estaba esperando? ¿Intentó vengar a su hermano disparando la escopeta? —Sí. Sí. Sí—. ¿Conocemos nosotros al asesino? —Un sí rotundo.

Ellos aguantan la respiración. Le pregunta quién es. Quién cojones es, joder. Pero el hombre que ya no puede hablar, entra en crisis. El monitor muestra alarmado el aumento de pulsaciones y del ritmo cardiaco.

—¡Mierda! Así no conseguiremos nada.

—Váyanse, señor Ros —le pide Casals—. Me han hecho un favor dejándome rondar por aquí y estamos poniendo en peligro al paciente.

¿Paciente? Nico gritaría que le importa una mierda lo que le pase a este tipo estúpido, prepotente e imprudente. Que solo quiere encontrar a Marcos. Pero el doctor los empuja fuera de la habitación cuando un tipo con gafas y bata llega seguido de la enfermera que no quería dejarles pasar.

—Pero ¿qué les pasa? —exclama el médico—. ¡Acabamos de operar a este hombre! ¿No se dan cuenta de su estado?

Y dale con la confusión de prioridades.

—Hay gente en peligro —farfulla Nico con desdén—. Personas que merecen más atención que él.

El médico lo mira atónito y Héctor lo reprende con la mirada: él no es quién para decidir eso, le dice sin hablar. El doctor Casals se despide de ellos prometiendo averiguar algo más.

—Cuando sea el momento.

Abandonan la zona de pacientes críticos. El móvil de Héctor vibra advirtiéndole de un mensaje.

—Es de Mateo. Me manda una foto —dice, sorprendido.

Y ahí está. Aries. El carnero casi quemado. Y ese cielo nocturno, tan hermoso, que podría prometer maravillas, pero amenaza desastres.

—«Mi madre tenía la carta —lee—. Se la llevaron con el correo en su última visita, pero era para Marcos».

Héctor se tapa la cara con la mano. Nico se queda inmóvil. No puede moverse. No logra dar un paso. No sabe qué hacer. ¡Marcos estaba amenazado desde el principio!

—¡Qué estúpidos hemos sido! —exclama—. ¡Deberíamos haberlo encerrado en casa, con cien hombres apostados en la puerta!

—Vamos, Nico. Hay que seguir, ¿entiendes? Hay que seguir.

Se marchan envueltos en un halo de desesperanza tan denso que les hace arrastrar los pies en su salida del hospital.

Jordi Capo se cruza con ellos y baja la cabeza para que no lo vean, pero andan distraídos y no le prestan atención. Consciente de que ni siquiera han pasado a visitar a su padre y de que sus rictus tensos y ojeras se deben a la frenética búsqueda de Quiroga, él también acelera el paso en sentido contrario y regresa, con una bebida caliente en un vaso de cartón que arde entre sus manos, a la zona donde está el antes magnífico comisario jefe.

—¿Tú también los has visto? —le pregunta su madre sin mirarlo, pero aceptando la bebida.

—Sí.

—¿Te has fijado en sus caras? Todo por ese subinspector altivo y por el inspector borrachuzo. Me gustaría saber si estaban tan preocupados cuando tu padre estaba en peligro.

—No lo sabían —le recuerda—, nadie se lo dijo.

—Aunque lo hubieran sabido. —Ella hace una mueca despectiva que la afea, y de pronto, Jordi piensa que poco sirve la belleza cuando se es oscuro por dentro—. Narváez nos odia desde siempre, ya te lo dije. Esa gente sencilla envidia a los que son como nosotros. Y más te valdría dejar de ser tan ingenuo.

Podría decirle que le preocupa más ella que Narváez. Que le tiene más miedo. Que su padre sigue estando en peligro y que, ahora saben, con más certeza que nunca, que el asesino no descansará hasta que estén todos muertos. Y que del selecto grupo de hombres elegidos, que merecen de sobra el castigo, solo queda su padre con vida. Frágil, pero vivo. Y Marcos, tal vez, el único que no tiene culpa alguna, por más que siempre lo haya aborrecido. Pero, como suele hacer, se lo calla, no contesta y se mira las manos en silencio. Elvira se queja de la bebida y va a decir algo más, pero una enfermera llega corriendo farfullando algo de un día de locos y abre la puerta de la habitación donde Nil Capo lleva dormido demasiados días. Se oyen pitidos que no indican nada bueno.

—¿Qué pasa? —grita Elvira. La doctora que entra tras la enfermera les pide que les dejen trabajar—. ¡Es mi marido!

La puerta ignora su exigencia y se cierra dejándolos solos otra vez. Sin noticias. Llenos de odio. De celos. Y de miedo. Porque los que se empeñan en negarlo siempre son los que más lo sienten.

Esclanyà, 16.25

—¿Quién cuidará ahora de esto? —pregunta Nico sin dejar de andar hacia la casa y ajustándose unos guantes de látex azul.

—Nadie, supongo.

—¿Y los animales?

Héctor sacude los hombros sin siquiera dirigir la vista al granero. No tiene tiempo de pensar en ellos ahora mismo. Pero sabe que Nico no va a dejarle en paz.

—Que llamen a la Protectora. Que, al menos, venga alguien a darles de comer y a limpiar todo esto hasta que sepamos qué pasa con Andreu, ¿no? Ellos no tienen la culpa de que su dueño sea un capullo.

—Uno de sus dueños —corrige Héctor.

—O los dos. Que Uri fuera sordo no implica que fuera bueno. Algunas personas nos dan más pena que otras, pero eso no significa nada.

Un extremo del precinto se ha soltado del marco de la puerta, totalmente empapado. Héctor rasca con las uñas el otro y manda al pequeño equipo que lo acompaña y a Nico que entren en la vivienda. Él también lo hace, sin siquiera percibir que acaba de resguardarse de la lluvia que ya forma parte del paisaje y de su ánimo. «Mejor así —piensa—, días feos y grises en señal de respeto». Qué injusto sería que los cielos celebrasen la ausencia y el peligro de muerte de Pàmies y

Quiroga.

—Qué importante es una mujer en una casa —suspira al ver el panorama de dejadez y abandono al que Andreu había sometido a su hogar.

—No seas antiguo. —Nico lo mira sorprendido—. Bastaría con un tío limpio y bien educado. A veces, olvido que eres un carcamal.

—Cállate, anda. —Héctor da instrucciones breves y claras a los *mossos* que los acompañan—: Suban a la planta superior, miren en todos los rincones, cajones, armarios, entre los libros y bajo los colchones y las alfombras. No quiero milímetro sin batir.

Hay marcas de tiza de la Científica y pequeños cuadrados amarillos con números por doquier; aunque a estas alturas ya saben que no señalan nada importante, se quedan mirándolos ensimismados. Cada hallazgo de los últimos días y la recomposición de los hechos han desembocado en otro callejón sin salida: la sangre del suelo de la casa pertenecía al propio Andreu, que se había cortado las plantas de los pies al romper un vaso y pisar los cristales cuando oyó entrar al intruso. Después pelearon persiguiéndose hasta la parte trasera de la casa y Andreu disparó su escopeta. Quizás el tiro fue certero, quizás fue una bala de los *mossos* en el bosque, pero sabían que el asesino estaba herido y que la herida había empeorado durante el trayecto a casa de los Quiroga o mientras el asesino arrastraba a Marcos hasta la furgoneta, porque había rastros de sangre en el jardín. Y no era de Marcos.

Durante aquella eterna madrugada, los disparos reventaron una ventanilla de la *pickup* y los pedazos de cristal los habían llevado a un viejo modelo de marca que ya no se fabricaba. Por desgracia, y cómplice del infortunio que los perseguía, la lluvia caprichosa aniquiló las huellas del calzado y las roderas. La patóloga del hospital de Palamós extrajo con pinzas diminutos pedazos de lycra negra de las uñas del granjero, que se había defendido y agarrado a su agresor como una garrapata pero, hasta el momento, la búsqueda en las tiendas de la zona del posible comprador de un mono ajustado deportivo de color negro tampoco daba resultados, de modo que las pistas se balanceaban en un limbo desde el que no aportaban nada sólido, y toda esa información volvía a resultar inútil, frustrante y vacua.

—Tú y yo en la planta baja, Nico. Necesitamos esas cartas. Empecemos por el salón.

—No. —Nico mira la estancia a su izquierda y las motas de polvo que bailan en el ambiente y tira de él—. Andreu siempre estaba en la cocina. Vamos.

Abren cajones, remueven la cubertería, las servilletas, las sartenes, las ollas, las fuentes y las cazuelas que hay en los armarios. Nada.

—Mierda. Joder.

Sacan los platos sucios de la mesa, los dejan en el fregadero y apartan el hule de plástico. Nada. Abren el horno, la lata de café, el bote para el

azúcar. Nada.

—Qué mal se alimenta el tipo.

Héctor cierra de golpe la puerta de la nevera y mira a su alrededor pensando por dónde seguir. Tal vez en la campana extractora. Mete los dedos y tantea el interior sin resultado.

—Solo queda la despensa.

Nico enciende la luz del cuartucho y hace una mueca de asco. Algunas patatas y cebollas se han podrido en una cesta y el tufo es desagradable. En los estantes solo hay un par de botellas de aceite, varias de vino, dos cartones de leche y embutidos colgando de unos cordeles.

—Vayamos al salón —insiste Héctor—, aquí no hay nada.

—¡Espera! Déjame ver. —Nico intenta alcanzar una huevera que asoma de la estantería más alta. Salta con ímpetu pero, a pesar de su altura, no consigue alcanzarla.

—¿Por qué guardarán los huevos ahí? ¿No han de estar en la nevera?

—No siempre —jadea Nico sin dejar de intentarlo—. Mucha gente del campo los deja en un lugar fresco como este después de cogerlos del gallinero, pero... —Da un último salto, sus dedos agarran como garfios la huevera, tira de ella y Héctor se aparta, temeroso de que una docena de huevos estallen contra el suelo y le dejen la ropa perdida— no creo que nadie los dejara a semejante altura si la idea era cocinarlos. Y tampoco creo que contenga huevos.

Cae al suelo, se abre cual cofre del tesoro y saltan varias cosas de su interior.

—¡Aquí están! —Se agachan para observar los objetos y sus cuatro manos se abalanzan sobre ellos.

Y sí. Boca arriba y descaradas, las hermosas y malignas cartas se muestran como si fueran inocentes y no anticipasen un feo presagio: Capricornio y Piscis. También un cargador y dos teléfonos móviles sin batería, de una marca que fue pionera en su día y que, como tantas otras, ha quedado relegada al olvido.

—Mira este móvil —pide Nico—. Está manchado de estiércol.

—Qué extraño. —Héctor lo observa con atención.

—No tanto. Cuando Uri intentó hablar con su hermano esa noche, debía estar nervioso si sospechaba que alguien lo seguía. Por sordo que fuera, pudo ver una sombra o intuir algo malo. La gente que pierde un sentido desarrolla otros.

—¿Y?

—Pues que quizás, cuando el sujeto lo sorprendió, el teléfono cayó al suelo entre los animales y el barro. El asesino no debió verlo y sospecho que Andreu lo recuperó antes de que llegásemos, para que no lo encontráramos nosotros y tuviéramos algo con lo que empezar.

—Con hermanos como estos, quién necesita enemigos. —Héctor centra su atención en las cartas y reflexiona en voz alta mientras las contempla—: Miha era Sagitario; Oriol, Capricornio; Tomás, Acuario;

Andreu, Piscis; Quiroga, Aries; el cura, Tauro, y Nil Capo, Géminis.

—¿No crees que haya más?

—No —responde después de pensarlo unos segundos—, sigo convencido de que lo de Pàmies fue accidental. No entraba en su plan, pero le fue bien llevárselo consigo, porque juega con nosotros y porque, a las malas, siempre se puede negociar con un rehén.

—¿Por eso crees que lo mantiene con vida?

—Por eso, porque no ha aparecido muerto y porque necesito creerlo.

—¿Y el pulgar? ¿Y la cabeza de Oriol?

—Sé que necesitas pensar que tiene un motivo para todo, Nico. Pero lo cierto es que puede estar divirtiéndose a nuestra costa, disfrutar causando dolor, o quería llamar la atención y por eso puso a la periodista sobre la pista. No sería el primero deseoso de aparecer en primera plana. Algunos de estos tipos... solo son unos tarados mentales.

—Temo que a Marcos le espere una muerte terrible.

—No vamos a dejar que pase. No vuelvas a decirlo. —Héctor intenta levantarse y le tiende la mano—. Ayúdame, anda, que este cuerpo ya no es el que era.

Nico tira de él con fuerza, consciente de pronto de que Héctor ya no es tan joven. No es que no lo supiera. Es que algunas cosas se saben, se ven, pero no se piensan. Héctor llama a un agente y le pide que guarde los objetos en una bolsa para pruebas.

—Sean rigurosos con la cadena de custodia —advierte—. Quiero que todo se procese cuanto antes. —Cuando el hombre sale de la estancia, mira a Nico—. Ya lo sé, ya lo sé. No encontraremos ni una puñetera huella del asesino. Pero hay que seguir el protocolo y nunca se sabe. —Suben las escaleras que llevan al piso de arriba—. Tened cuidado esta noche, Nico —le advierte—. Y vigila a Mateo. No hagas que me arrepienta.

—¿Qué pasa con él? No parece un tipo que no sepa defenderse.

—No me refiero a eso. Y lo sabes.

Claro que lo sabe. Lo ha notado en sus ojos. En su aspecto. En su voz. El negativo de Marcos parece poseído por la oscuridad, como si hubiera decidido regalarle a su hermano toda la luz para que, al menos, uno de los dos tuviera una buena vida. Nico aprieta los puños y la mandíbula, y se jura que así será.

31

Llafranc, 21 de febrero, 23.20

Han cenado caldo y verduras en silencio, con Simón y sus sonrisas animando la velada, ajeno al estado catatónico de los mayores. Nico lo ha bañado, puesto el pijama y dado la papilla de la noche, intentando centrarse en lo agradable de un rato con su hijo, en la fortuna de poder disfrutar de él.

—Así estás ocupado —le ha dicho Estela sabiendo perfectamente lo que él necesitaba y sin equivocarse, porque es imposible no perderse en la sonrisa de Simón, en sus manitas y en su olor.

Cuando se ha quedado dormido, han recogido en un denso silencio y su móvil ha vuelto a vibrar anunciando un mensaje: «Quiero ayudar». Era el tercero o cuarto del día. La misma frase desde distintos números. Así mostraba Jamal su intención de participar en la búsqueda de Marcos y así le hacía saber que estaba al tanto de lo ocurrido. Pero él no había contestado a los anteriores y tampoco pensaba hacerlo ahora. Sumar a Jamal a sus preocupaciones sería demasiado. Con intentar controlar a Mateo tiene suficiente.

—¿Crees que está con Pàmies? —pregunta Cas con un pañuelo en la mano, los ojos hinchados y rojos, sentada junto a la chimenea que, loca inconsciente, sigue crepitando alegre.

—Ojalá. Que no estuviera solo sería..., sería bueno.

Ponen la tele para distraerse un rato, pero resulta peor, porque un programa sensacionalista con tertulianos de esos que alzan demasiado la voz, escuchan solo para responder y pretenden saber de todo porque no saben de nada discuten acaloradamente sobre la labor de los *mossos* en la investigación. La foto de una cabra sacando la lengua preside el plató y Nico se pregunta si la humanidad no se estará volviendo gilipollas a un ritmo vertiginoso. La apaga y deja con brusquedad el mando sobre la mesa.

—No pasa nada si no hablamos —dice Estela.

—Debes de estar cansada. Ve a dormir...

—No. Todavía no. Espero con vosotros.

A la una menos cinco de la madrugada llaman a la puerta.

—Soy yo. —Mateo ni siquiera se quita el impermeable. Saluda a Estela con la cabeza y mira a Cas, que sigue hecha un ovillo, arrebujada en una esquina del sofá—. Tú te quedas aquí. En tu estado, poco podrás ayudar. Descansa, porque mañana será otro día duro y tienes que estar

en forma.

—Vale por esta vez. Pero tened cuidado.

Nico no puede creer lo fácil que ha sido convencerla y valora lo mal que debe estar para ceder sin presentar batalla. Pobre Cas. Le da una palmadita en la mejilla y besa a Estela, que se agarra a su jersey sin darse cuenta, como si no quisiera dejarle marchar.

—¿Llevas tu arma? —La delicadeza no es uno de los puntos fuertes de Mateo.

—Claro.

—Pues en marcha. Por cierto, Cas, a mi madre ni una palabra.

—¿Parezco idiota?

Se quedan solas en el confortable y bonito salón, con las llamas de la chimenea y de unas velas por toda compañía.

—¿Has visto? Me dejan atrás. Normal, estoy hecha una mierda. Es que..., es que no puedo soportar que... —Rompe a llorar como tantas veces las últimas horas. Estela se sienta, coloca la cabeza de Cas sobre su regazo y le acaricia el pelo—. No quiero ir a dormir todavía.

—Vale. No hay prisa.

—Cuéntame algo.

—¿Cómo qué?

—Háblame de tu hermana —pide mirando la foto que les sonríe en blanco y negro desde una repisa—. Dime cómo era Marina.

Estela cierra los ojos. Duele. Mucho. Pero ponerle palabras a su vida, en lugar de a su ausencia, también alivia.

—Marina lo llenaba todo... —empieza. Nota las convulsiones que el llanto silencioso provoca en Cas y ve cómo se muerde los nudillos para no hacer ruido.

Desesperación, recuerda Estela, sin dejar de hablar de su hermana ni de acariciar la cabeza de Cas. Así actúa exactamente la desesperación humana. Destrozando a las personas desde muy dentro. Reptando poco a poco. Muy despacio. Hasta matar toda esperanza.

32

Llafranc, 22 de febrero, 1.15

Nico nunca ha creído en los milagros, pero, si llegan sanos y salvos al circo, supondrá que existen. Mateo traza las curvas conduciendo el coche de su hermano Marcos como un animal recién puesto en libertad tras años de cautiverio, sin prestar atención a las señales de tráfico que advierten del límite de velocidad en la serpenteante carretera, ni al asfalto irregular y mojado.

—¿Por qué no vamos por la autovía?

—Porque me gustan las curvas. Adrenalina a tope, ya sabes.

A los pies de Nico, hay un par de latas de cerveza vacías, y por el aliento que desprende, le cuesta poco suponer que Mateo se las acaba de beber. Piensa de forma tonta que a Marcos, tan pulido y responsable, no le gustaría que tratase así su coche y tampoco que se lanzase a su búsqueda bebido. Lo mira de reojo y se pregunta si su aspecto dejado y su indumentaria, pendiente y tatuajes forman parte de su tapadera o de su esencia. Le viene a la cabeza esa frase de Nietzsche acerca de mirar demasiado tiempo al abismo y darle tiempo a devolverte la mirada. La negrura insondable. Eso es Mateo. Y él lo sabe. Uno tiene que haber visitado algunos lugares del alma para reconocerlos en otros.

Cruzan pocas palabras, pero las suficientes para que Nico pueda comprender que los hermanos Quiroga comparten más cosas que el apellido, entre ellas su abrumadora sinceridad.

—Gracias por cuidar de Marcos mientras yo no estaba —suelta Mateo de sopetón, mientras sobreviven a su temeraria conducción y su boca juguetea con un mondadientes, del que Nico empieza a preguntarse si es siempre el mismo o tiene la delicadeza de ir cambiándolo.

—Ha sido él quien ha cuidado de mí. Creo que yo le he traído más problemas que otra cosa.

—Como todos. ¿No se trata de eso? Querer a la gente es un problema en sí mismo. —Se vuelve hacia Nico para estudiarlo.

—Mateo.

—Dime.

—¿Puedes volver a mirar la carretera? Vas a matarnos.

—¿Eres uno de esos tíos cobardes?

—Tú mismo lo has dicho. Querer a alguien es un problema en sí mismo. Me esperan en casa.

—Es guapa tu mujer. Tiene raza.

—¿Tú tienes a alguien?

—¿Me has visto bien? No soy bueno ni para mí mismo, así que imagínate. —Pisa el acelerador a fondo.

Nico piensa en Marcos y siente cómo se le dispara el terror a no volver a verlo con vida.

Aprovechando una leve pendiente, apagan las luces y recorren los últimos metros en punto muerto para que el ronroneo del motor no anuncie su llegada. Están muy cerca del circo, en el aparcamiento de una conocida pizzería que, durante la temporada estival, se convierte en local de copas y discoteca al aire libre hasta horas tardías. Sin embargo, esta solitaria madrugada invernal, ausentes los bailes y risas de la gente joven, parece un local fantasma.

—Iremos andando desde aquí.

Mateo saca del maletero una lata de cerveza y la bebe de golpe. Nico le diría que no es buen momento para eso, pero ya sabe que no serviría de nada. Incrédulo, ve cómo se echa parte de otra por encima y vierte el resto sobre su abrigo.

—¿Qué haces? ¡Joder, qué asco! —Retrocede, sacude los restos de cerveza y empieza a temer que esté chalado de verdad.

—Mi trabajo. Si nos pillan, les haremos creer que estamos borrachos y que nos hemos colado en el circo por el morro. Como dos chavalines.

—¿A la una de la madrugada, una noche de febrero? Estás fatal. Y ni se te ocurra volver a hacer nada parecido.

—¿Eres de la liga antialcohólica?

—Soy de la antigilipollas y, además, alguien tendrá que contrarrestarte.

Para calmarse, Nico se propone ceñirse a que Héctor confía en este tipo y Marcos lo venera. La sangre es la sangre, él puede entender eso y tendrá que ser suficiente por ahora.

Cierran las portezuelas con cuidado y vestidos de riguroso negro y moviéndose despacio, casi a cámara lenta, se disponen a adentrarse en un universo paralelo. Rumbo a su destino, Mateo enciende un pitillo y aspira una enorme bocanada de humo.

—Apágalo, que no hace falta anunciar nuestra visita.

—Sí, señora.

Chupa el filtro y da varias caladas seguidas, lo aplasta con la bota y vuelve a sacar el mondadientes del bolsillo. Bajo una luna en fase gibosa, atraviesan un arco de madera con un alegre cartel que más bien parece una broma: «Bienvenidos al Circo Vargas».

Algunas bombillas despistadas se balancean en un cable que recorre el campamento, alumbrando los camiones que, situados en círculo, cierran el espacio y protegen a las caravanas, los carromatos y las casetas cerradas a cal y canto. Se esconden detrás de la más alejada, pintada de un alegre color turquesa, arrimándose a la pared para quedar a cierto resguardo de la lluvia. Nico observa la flota de camiones, lista para el

traslado a otro lugar cuando llegue el momento, y piensa en las vidas itinerantes, siempre moviéndose de un sitio a otro, sin echar raíces en ninguno.

—La droga la venden en la roja. —Mateo señala la caseta—. Estamos en el lugar perfecto.

—¿Duermen?

Entonces oyen unas risas. Alguien canta y dan palmas allá a lo lejos, y Nico supone que están bajo el entoldado que vio el otro día.

—Ya ves que no. —Mateo registra los alrededores y después lo mira burlón—. Hay gente despierta, como en todas partes un sábado a estas horas. Es un circo, no el planeta Marte. ¿Tienes el móvil en silencio? ¿Llevas linterna?

—¿Qué tipo de preguntas son esas? Soy detective.

—Quiero que me obedezcas en todo momento. Mi rango es superior al tuyo.

—Yo no tengo rango.

—Por eso mismo. —Su voz se torna más grave—: Esta gente es peligrosa, tío. No conocen otra ley que no sea la suya.

—¿Qué gente?

—Los que trafican en el circo, quién va a ser. Es la tapadera perfecta, les resulta muy fácil trasladar droga de un sitio a otro y se llevan un buen pico por ello. Muchos hablan mal de los gitanos pero, en realidad, se les molesta poco.

—¿Los conoces?

—¿A los camellos del circo? Sabes que llevo dos años infiltrado en una organización, ¿verdad? Sé lo que se cuece aquí. Es importante conocer los movimientos de la competencia.

—Querrás decir la competencia ficticia.

—Sí, claro. Con el tiempo, a veces olvidas que eres de los buenos.

—Ya. —¿Olvidarse? ¿Qué le pasa a este tío?—. Temo que estemos dando palos de ciego.

—Bueno, venir ha sido idea tuya. Y también has dicho que no teníamos nada más.

—Y así es. Pero ni tú ni yo creemos que esta gente se haya llevado a Marcos, ni que lo tengan escondido en un carromato o tengan algo que ver.

—Esta gente en general no, pero quizás sí alguno en particular —asegura Mateo—. Si pillamos a alguien trapicheando esta noche, los camellos se verán obligados a cantar. Si los asesinatos tienen que ver con el incendio del circo como decís, por narices tienen que saber algo.

—Pero han muerto personas —le recuerda Nico—. ¿No crees que si hubieran sospechado de alguien lo habrían dicho?

—No me hagas reír. Los rostros pálidos les importamos un cuerno. Mientras no se carguen a uno de los suyos, el tema no va con ellos.

—¿Qué me dices de Lorelai Vargas? Pertenecía al clan.

—Un misterio por resolver. Y para eso estamos aquí.

Mateo levanta con ambas manos la capucha de su sudadera negra y se cubre la cabeza ocultando su rostro.

Una hora más tarde siguen escondidos detrás de la caseta turquesa y oyen todavía cantar a algunos, pero ahora baladas tan suaves que parecen susurrar a la luna, y las voces también son menos. De vez en cuando alguna risa sacude la noche. Durante la espera, Mateo le ha explicado en susurros la presencia de Jordi Capo senior en el mismo geriátrico que su madre. Su brevísimo encuentro y las palabras gruesas del poderoso excomisario acerca de la gitana.

—Reconoció la carta. ¿Entiendes? Y el olor.

Nico lo ha oído en la oscuridad. ¿Qué significa lo que le acaba de contar? ¿Por qué y de qué conoce el viejo policía las cartas? Ha oído hablar a Héctor y a otros del viejo comisario. Un hombre egocéntrico, mandón y ambicioso, rasgos que parecen perpetuarse entre los Capo.

Él le pone a su vez al día de lo que Cas y Marcos encontraron en uno de los expedientes de Pàmies, la denuncia que puso Caridad contra su marido alegando que sin duda había cometido algún delito, las fotos de la paliza que él le propinó, el asalto al que sometieron por sorpresa los entonces jóvenes agentes Pàmies y Narváez a Paco Quiroga. Y esta vez es Mateo quien escucha en silencio. Nico le ve apretar las manos en un nudo y morder el mondadientes hasta romperlo.

—Lo siento —murmura, con las piernas entumecidas, calado hasta los huesos y lamentando ser portador de asuntos tristes—, he pensado que debías saberlo.

—Y debía. Y sabía de qué palo iba el puto bestia. Los niños tienen ojos y oídos, ¿sabes? Aunque mucha gente lo olvida —aclara refiriéndose a su padre y a aquellos tiempos en los que los obligó a vivir en el miedo —, pero no tenía ni idea de que ella había encontrado el valor necesario. —Traga saliva pensando en su madre. En su figura breve, en su aguante incansable—. Narváez siempre cuidó de nosotros y ahora entiendo muchas cosas.

—Según parece, Pàmies tuvo mucho que ver en eso.

—Bien por él. Jamás lo hubiera dicho.

—¿Por qué le enseñaste la carta a Capo?

—Llámalo pálpito. Corazonada. Compañeros veteranos contaban que su hijo Nil no era capaz de dar un paso sin que el superhombre diera el visto bueno. Pensé que podía saber algo.

—Pero dices que tuvo un ictus. Que está gagá. ¿Qué temes a estas alturas? ¿Que le haga daño a tu madre?

—Nunca te fíes de los que parecen inofensivos, Nico. Yo no lo conocía, pero la fama le precede: ese tío siempre ha sido un hijo de la gran puta y la vejez no cambia eso. —Mateo no abandona el control de la entrada mientras sigue reflexionando en voz baja—: ¿Te has dado cuenta de que los malos pueden olerse? Se juntan. Establecen lealtades.

Y suele sonreírles la providencia —acepta, como quien menciona un mal inevitable. Coge un cigarrillo y Nico teme que vaya a encenderlo, pero se limita a jugar con él moviéndolo entre sus dedos—. Por ejemplo, ese anciano decrépito guarda feos secretos y, sin embargo, los dioses se han apiadado de él protegiéndolo con un manto de silencio. Su ictus lo ha convertido en intocable. Y lo mismo pasa con su hijo Nil y lo que fuera que hiciera. Cuidado y mimado en una habitación de hospital, descansa escondido en un cómodo limbo. Asco de mundo.

—Yo no querría estar en su piel —asegura Nico.

—Porque tú no tienes nada que esconder. —Mateo se sume en un silencio profundo y Nico tirita. Al rato, ni siquiera su compañero nocturno disimula su decepción—. Pensé que siendo noche de sábado... aparecería algún cliente, pero creo que hemos pringado. Nosotros no tenemos tratos con estos tipos, pero esto funciona igual en todas partes. Me he informado bien antes de venir.

—¿Cuántos son? Me refiero a si venden solo algunos o todo el circo está al loro.

—Parecen pocos, pero no descartes que lo sepan todos y se hagan los ciegos. Ya sabes: ver, oír y callar. En sitios como este, todo el mundo tiene secretos.

—¿Los conoces?

—Sé sus nombres.

—¿Quién les abastece?

—Eso —Mateo sigue jugando incansable con el puñetero palillo— lo sabes mejor que yo: tu colega, el moro. Este territorio es suyo.

—No lo llames así —se queja Nico pensando en la Bruja de las Marismas.

—¿Moro o colega?

—Ninguna de las dos cosas.

—Como quieras. Me han dicho que lo conoces bien.

—Demasiado bien. Pero de amigos, nada.

—Entonces, ¿qué diantres sois?

Nico mira la luna y las nubes perpetuas. La lluvia le moja los ojos y los cierra un instante. ¿Qué son Jamal y él? ¿Cómo llamarlo?

—Creo que lo nuestro no tiene nombre.

Un coche apaga las luces a unos metros y tres personas salen de su interior. Según se acercan, les oyen murmurar en catalán. Los dos chicos llevan cazadoras caras, y la chica, minifalda de cuadros y unas botas de agua de caña interminable.

—Son chavales —dice Nico, sorprendido.

—Claro, ¿qué esperabas? Juventud, divino tesoro. Vienen a por coca y alguna otra mierda. La noche es joven hasta que de repente, zas, ya es demasiado vieja. Pero ellos aún no lo saben.

¿Es un filósofo o un loco? Cuando encuentren a Marcos, porque lo harán, tomarán un refresco juntos y le preguntará por las rarezas de su

hermano. Seguro que se echarán unas risas.

—Así que la gente sabe del negocio.

—¿Sabes de algún colgado que no sepa dónde comprar?

Nico vuela a otros tiempos. Demasiado lejanos y demasiado cercanos a la vez. ¿Por qué se olvidan algunas cosas y otras se llevan a cuestas toda la vida?

Los jóvenes, ajenos a los espías que los rondan, cuchichean entre risitas quedas. Tiene razón Mateo: divino tesoro. O no, si se tiene la necesidad de ir a comprar droga de madrugada, bajo la lluvia, a un circo todavía cerrado al público. A veces, lo de ser joven está sobrevalorado.

El pequeño grupo llega frente a la caseta roja. Llaman a la puerta con suavidad y, cuando se abre desde dentro, entran uno tras otro. Antes de que Nico pueda darse cuenta, Mateo le ordena que se ponga él también la capucha y lo siga y echa a correr hacia allí.

—¿Qué coño haces? —Pero lo sigue, sorteando los charcos, decidido a adentrarse en el mismísimo infierno con tal de tener noticias de Marcos.

Mateo coloca el pie en el quicio de la puerta justo antes de que se cierre. La abre de golpe, Nico entra tras él y cierra con tanto cuidado como la situación lo permite. La chica de las botas de agua va a gritar, pero un hombre grande, de barba poblada y tez marcada por un acné que se empeñó en dejar rastro, le tapa la boca.

—¡Cállate, van a descubrirnos! —Ella se revuelve y los chavales se abalanzan contra el tipo.

La caseta está en penumbra, pero Nico puede ver unas estanterías repletas de peluches, escopetas de juguetes y patitos de plástico amarillo. Antes de que empiece la pelea, Mateo saca el arma de algún lugar y les advierte en voz baja pero definitiva:

—Todos quietos y callados. Ahora.

Los chicos levantan las manos, la chica lloriquea y el hombre de la cara marcada la suelta y duda qué hacer.

—Ni se te ocurra cagarla —dice apuntándole.

—Hostias —el feriante no da crédito—, tú me suenas, tío. ¿Eres madero?

—¿Y tú eres gilipollas? ¿Tengo pinta de esa mierda?

—Quítate la capucha.

—Los cojones. —Mateo echa fuego por los ojos.

Nico flipa. Definitivamente, está loco. Y es peligroso. La chica empieza a hipar y sus amigos se pegan a la pared. Uno parece a punto de desmayarse.

—Escuchad. —Mateo mueve el cañón hacia ellos—. La fiesta ha terminado. Os largáis a casita y aquí no ha pasado nada, ¿entendido? Y no se os ocurra volver por aquí, que la droga es muy mala. —El mondadientes sigue ahí, testarudo como su dueño.

—Pero... —Ni siquiera se atreven a marcharse.

—Venga, rápido. —Nico abre la pequeña puerta y los apremia—:

Largaos. Y hacedle caso, que ya veis que está como una puta cabra.

Salen corriendo como alma que lleva el diablo hasta convertirse en tres figuras pequeñitas. Luego oyen el ruido de un motor caro alejándose. Nico respira más tranquilo. Tendrá que aclarar las cosas con Mateo más tarde. Este sigue apuntando al tipo grande.

—Así que tú eres Kavi Kapur. El que mueve los hilos por aquí.

—¿Y quién eres tú?

—No soy nadie.

—Pero quieres algo.

—Claro, como todos.

Nico ajusta la puerta.

—Habla, pues. —Kavi parece resignarse.

—Ha desaparecido un policía. Un *mosso* —aclara Mateo—, pero seguro que ya lo sabes.

—No es precisamente un secreto. Y creo que son dos.

—Pues tú dirás.

—Pero ¿a ti qué te pasa? —Kavi lo mira con los ojos a punto de saltar de sus órbitas—. ¡Esto es un circo! ¿Qué voy a saber de unos putos polis?

Mateo se impacienta y se acerca a él muy despacio. Demasiado despacio, hasta rozarle la sien con la pistola.

—Que cantes, capullo. —Nico quiere y no quiere frenarlo al mismo tiempo. Por favor, por favor, que este tipo diga algo de Marcos. Pero Kavi se resiste—. ¿Sabe la jefa que vendes droga?

—¿Qué dices? Me mataría. —Le tiembla la voz y suda a mares—. Es poca cosa, lo juro. Lo suficiente para sacarme un poco de parné, que la temporada de funciones es corta y la vida está muy dura.

—Embustero. —Mateo clava ahora la boca de la pistola en la sien de Kavi y hace ademán de estar dispuesto a apretar el gatillo.

—¿Tú querrías ser pobre toda la vida? —Mira sin disimulo el abrigo de calidad de Nico, sus deportivas y su aspecto.

Entonces todo sucede muy deprisa. La puerta se abre de golpe y entran dos hombres con caras de muy pocos amigos. Son feriantes, está claro. Nico desenfunda, se coloca rápidamente de cara a ellos, y Mateo no deja de apuntar a Kavi.

—¿Quiénes sois? —pregunta uno de ellos, con muchos kilos de más, vestido con un viejo chándal gris—, ¿qué buscáis?

—Al poli desaparecido —balbucea Kavi.

—¿Al viejo?

—Al joven —corrige Mateo—, pero cualquier noticia será bienvenida.

—Pues lo lleváis claro. Esos tíos aparecerán fiambres en cualquier momento —dice riendo el segundo tipo, mayor, delgado, enjuto, cargado con una cadena de eslabones dorados al cuello y con pinta de mala leche—. Eso no tiene nada que ver con nosotros, pero claro, como somos gitanos... —Parece dispuesto a lanzarse sobre ellos y que sea lo

que Dios quiera, y Nico decide que, a pesar de su tamaño insignificante, es el más peligroso de los tres.

—Esto tiene que ver con quien nosotros digamos, y usar tu raza para dar pena es patético —responde sin achantarse—. Yo diría que somos los que tenemos las armas y vosotros los que vais a responder, no al revés. Vuestros trapicheos de mierda nos la traen al pairo —miente—, pero buscamos información sobre una mujer que vivió aquí hace mucho.

—¿Ahora una mujer? A ver si te aclaras, tío.

—Lorelai Vargas.

Los feriantes no logran disimular su impresión ante la mención del nombre: el del chándal da un paso adelante, Nico apunta hacia él para que se detenga, el bajo acusa su posición de alerta, Mateo aprieta todavía más el arma y Kavi suda.

—Ten cuidado, gordinflón, que tengo el dedo muy tonto.

—Vale, vale. Lorelai es la hermana de Tshilana. O lo era.

—¿Qué fue de ella?

—Desapareció. Así. —El peligroso hace un gesto con las manos indicando algo que se esfuma repentinamente—. Pero hace siglos de eso.

—¿Estabas aquí? —Por la edad, podría ser.

—Claro. No he tenido otra casa.

—¿Cómo te llamas?

—Petrus —masculla—: recuerda mi nombre.

—Más te valdría que lo olvidase. —Nico vuelve a tomar nota de que es este, el enclenque, el más duro de todos—. Vamos, háblame del incendio.

—¡Mira qué bien informado está el rubito! Pues que casi nos matan, joder. Y después de hambre, porque costó Dios y ayuda recomponer esto.

—¿Quién lo provocó?

—Vete a saber. —El tipo está inmóvil y mueve sus iris de Nico a Mateo y luego de Mateo a Nico. Kavi sigue sudando.

—Di lo que piensas.

—Pues que había blanquitos moviéndose por aquí demasiado a menudo.

—¿Asuntos de drogas?

—Pero ¿qué dices, *pringao*? Entonces no hacíamos estas cosas. Era un tema de tetas. Como siempre.

—Explícate.

—Que las tetas mueven el mundo, y las de Lorelai eran famosas. —Petrus sonríe burlón—. Y créeme que sabía usarlas.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que era muy puta —dice en un susurro apenas perceptible—. La vieja Tshilana nunca ha podido creerlo, pero esa tía trajo más problemas que otra cosa. Incluso con el bombo a cuestas, follaba como una coneja...

—¿Qué bombo?

Kavi aprovecha un despiste y golpea con el codo a Mateo en la ceja, que se tambalea y está a punto de caer. Le coge el arma y le apunta a la frente. Los otros dos se abalanzan sobre Nico, que ni siquiera tiene tiempo de gritar. Y más le vale no hacerlo, porque advertir al clan sería aún peor.

—¡¿Qué decís ahora, hijos de puta?! ¿Eh, qué decís?

Nico muerde la mano que le tapa la boca y el del chándal le propina un puñetazo en el estómago. Se retuerce de dolor y le da una patada en la espinilla a su atacante. Sorprendido, se da cuenta de que tienen terror a hacer ruido. Tshilana debe de ser de armas tomar. Se debate entre dar la alarma y que la matriarca decida qué hacer con ellos, o seguir con la pelea hasta que alguien salga mal parado. Ninguna de las dos opciones le convence y, además, el cañón sigue en la frente de Mateo. Pinta mal.

Alguien más entra en la caseta.

—Buenas noches a todos.

—Ja... Jamal. —Kavi suda sin soltar el arma.

Mateo no da crédito a la aparición. Nico lo mira alucinado, pero algo más tranquilo.

—Señor Daher, Kavi, que no somos amigos.

Seguro de sí mismo y de su papel, se planta en el centro de la caseta. Los patos de color amarillo observan estáticos la escena.

—Soltadlos —ordena—, ahora.

Obedecen y se quedan mirándolo a la espera de otra orden.

—No son malos chicos —asegura Jamal—. Pero esta noche están siendo desobedientes. —Sonríe en la penumbra y Nico sabe que lo está pasando en grande—. ¿No os dije que nada de excursiones?

—Preguntaban por el policía —dice Petrus—, bueno, por los dos.

—Olvídalo todo —ordena—. Ellos no han estado aquí esta noche. Y yo tampoco.

—¡Un momento! —Petrus no está en absoluto convencido—. Esto nos atañe. Han mencionado a uno de los nuestros.

Jamal se acerca tanto a él que sus respiraciones se cruzan.

—¿Seguro que quieres hacerme esperar? Es tarde. Y tengo sueño. —Señala a Mateo y a Nico y añade—: Y estos dos son cosa mía. A no ser que queráis acabar ahora mismo con nuestro pequeño negocio. Tampoco es que vaya a arruinarme por eso.

—Muy bien —conceden—. Que se larguen. Además, menudo tufo a birra echáis.

Los feriantes retroceden callando su rabia y ellos tres salen de la caseta y avanzan en la noche hasta abandonar el campamento. Nico echa la vista atrás para asegurarse de que no los siguen.

—Joder, Nico, el tipo tiene razón, apestas. ¿Te has dado a la bebida? —Jamal señala su coche—. Seguidme.

—Ni hablar —se niega Mateo—. Síguenos tú. Iremos a mi casa.

—Como quieras, Mateo Lutens. Pero no llames a la poli —accede Jamal mientras se aleja riendo hacia su coche.

El circo va quedando lejos, las últimas voces tardías del clan se confunden con la madrugada y alguien apaga las luces. Nico se lamenta internamente de que haya sido Jamal quien los ha librado de una buena, y al mismo tiempo, lo agradece. Vuelve a mirar al cielo. Un milagro se ha colado entre tanta pesadilla y ellos ni siquiera lo han advertido: ha dejado de llover.

33

Palafrugell, 24 de febrero, 13.15

Hace calor en la cocina y huele a las verduras que acaba de hervir. Elvira hace aspavientos con las manos y se queja, como siempre.

—¿Es que no sabes ventilar?

La mujer del delantal la mira y, con calma, abre la ventana. El olor desaparece rápido y la vuelve a cerrar.

—Hace frío —dice con su acento extranjero.

—¿Frío? —Elvira hace una mueca—. No es eso. Es humedad. Con los años que llevas aquí, ya deberías distinguirlos.

La mujer extranjera corta patatas en trozos pequeños y cuadrados. También ha pelado cebollas y todavía le lloran los ojos. Reniega en su idioma por lo bajini.

—Toma. —Elvira le tiende un trapo mojado—. Límpiate o no dejarás de lloriquear. Y no murmures cosas que no puedo entender.

—¿Qué más preparo?

—Poca cosa. Una ensalada, tal vez. Y macedonia de frutas. Ya sabes que siempre está a régimen. Aunque no le sirve de nada, la verdad.

Ella y su lengua mordaz. No va a contestar. Está cansada de seguirle la corriente, de aguantar su ira perpetua, sus malos modos y su sarcasmo. Se pregunta, mientras lava las hojas de lechuga y deja que se escurran en el colador, si siempre ha sido así y ha sido ella quien no ha querido verlo. La había ayudado, por supuesto. Y cuando alguien te ayuda y no estás acostumbrada, es fácil que pases por alto algunos rasgos en los que, precisamente, deberías fijarte. Pero ya es tarde para eso. En realidad, es tarde para todo.

—Quiero lo mío —dice sin apartar la vista de la cocina.

—Tendrás que tener paciencia.

—Ya la he tenido. Lo necesito.

—¿Me amenazas?

—No, señora. Pero me hace falta.

—Sabes que mi marido está en coma, ¿verdad?

—Sí. Pero pensé que usted...

—Pues no pienses. Y aprende a esperar, Jenica. Como todos.

Bate los huevos, pone a calentar el aceite en la sartén, echa los pedacitos de cebolla y la patata cortada y lo mezcla hasta dejarlos blandos y dorados. Entonces le da forma a una tortilla perfecta.

—¡Cuánto has aprendido! —Elvira sonríe satisfecha—. Se nota que

has tenido una buena maestra.

Tampoco replica esta vez. Recoge la cocina, se lava las manos y se quita el delantal.

—Ya me marcho.

En el umbral se topa con la invitada, que trae una bonita maceta con camelias.

—Buenos días, señora Juliá.

—¿Ya te vas, Jenica?

—Sí, señora.

—¿Cómo está tu hijo?

—Bien. Gracias.

—Me alegra oírlo. Es importante que los niños estén bien. Cuidados. Y a salvo.

Jenica siente su corazón bombear cada vez más rápido. Sabe por qué lo dice. Claro que lo sabe. La muy zorra. Avanza por el pasillo y llama al ascensor. Las dos mujeres la observan sonriendo. Ni siquiera cuando está ya muy lejos de ese piso enorme, lujoso y horrible, consigue olvidar sus caras.

Mira el reloj y corre por la acera porque llega tarde a recoger a Sorin. Intenta desplegar el paraguas sin detenerse y, de pronto, recuerda que ya no llueve. Se cruza con un joven que la ve llorar y se detiene para preguntarle si la puede ayudar. Jenica asegura que no con la cabeza, el amable ofrecimiento la trastorna más todavía y sigue cabizbaja en dirección al colegio de su pequeño.

* * *

Jordi Capo se ha acostumbrado a pegar la frente en el cristal y atisbar la habitación desde el pasillo. Visto desde aquí, su padre ya no le parece alguien tan importante. Y tampoco le da tanto miedo. Después de la crisis, el estado de Nil ha empeorado y los doctores han advertido que no tengan demasiadas esperanzas. Su madre ha escuchado tranquila las explicaciones y les ha dado las gracias por cuidar de él. La perfecta esposa de un comisario jefe, por supuesto. Es fácil darse cuenta de que despierta admiración entre el personal del hospital y los otros familiares que esperan, como ellos, algún desenlace. Aunque ya no es joven, los hombres de cualquier edad todavía la miran sin disimular su deseo y las mujeres admiran su estilo. Ella se deja querer encantada de la vida. No es demasiado próxima, pero tampoco lejana. De vez en cuando se acerca a algún desconsolado y le susurra palabras de ánimo. Pero nunca a él. Jamás a su hijo.

Su padre sigue atado a la máquina que respira por él, y por primera vez, Jordi se pregunta cómo será su vida si muere. ¿Qué decisiones tomaría Narváez? ¿Haría pública la implicación del comisario jefe en la trama del zodiaco? ¿O guardaría silencio para evitarles la vergüenza a la

familia y al cuerpo? ¿Y él? ¿Explicaría al fin la verdad que le relató Andreu Mateu, echando su apellido por tierra? Pero ¿y si vive? ¿Tendrá la valentía de enfrentarse a él y decirle que lo sabe todo? ¿O seguirá compartiendo su mesa, haciendo ver que lo respeta y callando el secreto? Entonces recuerda que, si despierta, si su corazón vuelve a latir fuerte y sobrevive, ambos serán expulsados del cuerpo, su padre quizás con una jubilación anticipada, algo muy decoroso y sutil, pero fuera. En ese caso, ¿qué será de él? No sabe hacer otra cosa que ser policía. Nunca ha cultivado nada más. Nunca le han dejado probar cosas nuevas ni él se ha atrevido y, para ser sincero, nunca ha pensado que algo pudiese salir mal.

—Buenas tardes, sargento.

Abandona la visión a través del cristal al notar una mano sobre su hombro.

—¡Pero..., ah, doctor Casals, es usted!

—Le traigo una bebida caliente. Me marchaba ya, pero me he acordado de que estaba de guardia.

—Gr..., gracias. —Podría decirle que está harto de ellas. Que lleva días bebiéndolas, casi engulléndolas, para distraerse. Que suele escaparse a por alguna cuando lleva demasiado rato con su madre. Que tiene el estómago encharcado de esos líquidos asquerosos. Pero está sorprendido por el inesperado detalle.

—Cuidado. Temo que esté ardiendo. Ya sabe..., las máquinas dispensadoras no son precisamente delicadas con las temperaturas. Ni con el sabor —sonríe.

—¿Viene de visitar a Andreu Mateu?

—Intento comunicarme con él. Con poco éxito, la verdad. Muy poco. Me temo que no está por la labor. —Se sientan y Jordi agradece el calor que escapa del vaso de cartón. Durante unos segundos, mira el humo sin saber qué decir. Él podría aclarar las dudas que el pobre forense lucha por esclarecer. Podría. Pero no va a hacerlo—. Me enteré de la crisis del comisario jefe, pero parece que sigue luchando.

—No se rendirá fácilmente. —Jordi se pregunta cómo debe de ser estar en el interior de alguien como Casals. Ser buena gente, aceptar a todos, sean como sean. Estar en paz con el mundo, creer que todo está bien y no necesitar nada más. Sintiendo una punzada de envidia, hace un esfuerzo por cambiar de actitud—. ¿Se sabe algo de Quiroga?

—No, por desgracia —se lamenta Casals—. Está siendo duro. Muy duro. Sobre todo para su familia, y para el comisario y el señor Ros. Son buenos amigos, ya lo sabe usted.

Sí. Lo sabe. Y esa camaradería y la envidia que le provoca lo siguen carcomiendo. Alguien como Nico debería haberse fijado en alguien como él, no en un tipo sencillo y anodino como Quiroga. Y lo mismo podría decirse del comisario.

—Comprendo —dice, sin embargo.

—Usted también está pasándolo mal. Está más delgado y parece cansado. —Casals no disimula su pesar y Jordi no sabe si ofenderse o agradecerlo—. Lo siento. Son días tristes, pero debemos mantener la esperanza.

Jordi se emociona a su pesar. Hace mucho que nadie se preocupa por él. Su chica suele visitarlo, sí, pero le explica todo lo que pasa fuera de estas paredes y apenas le pregunta cómo lo lleva. Las pocas horas que tiene permiso para descansar y lo sustituye otro agente está tan agotado que se va directo a casa y suele encontrarla dormida. Pero a lo mejor es él, que todo lo ve negro, que no logra vislumbrar un atisbo de luz y que está convencido de que los días buenos han llegado a su fin.

—¿Está usted bien, sargento? Parece preocupado.

—Perdóneme, doctor. No soy buena compañía. Llevo siglos sitiado y me siento un inútil.

—No se fustigue, joven. Todos cometemos errores. Ya vendrán tiempos mejores.

Así que lo sabe. Claro. Todos lo saben. Debe ser el hazmerreír del cuartel.

—Es usted muy amable, pero no lo creo. Tengo un mal presentimiento.

—No diga esas cosas y anímese, hombre...

—¿Lo ve? —Jordi consigue dibujar una mueca que pretende ser una sonrisa—. Otra vez mi humor cenizo. No me haga caso, se lo he dicho. No soy buena compañía.

—Demasiadas horas de hospital, amigo mío. Suelen tener ese efecto. ¿Prefiere que le deje solo?

—No, por favor. Quédese conmigo, si me aguanta. —Vuelve a sonreír levemente y bebe un sorbo—. Está bueno —miente—. Y reconforta. Parece mentira que haya dejado de llover, ¿verdad? Tantos días..., pensé que íbamos a ahogarnos. —Entonces se da cuenta de que es una estupidez dejar que la conversación derive hacia el tiempo. Este hombre se ha tomado la molestia de visitarlo y merece algo mejor—. ¿Sabe qué, doctor Casals? Lamento mucho la desaparición de Quiroga y del inspector Pàmies también por usted. Me he dado cuenta de que no se queja nunca, pero debe de estar muy preocupado.

—Así es. Así es. —El forense mueve su cabecita con pesar—. Dios los proteja.

Le hace compañía unos minutos más y se despide prometiendo volver a visitarlos.

—¿Se marcha usted a casa?

—Oh, no. La jornada es larga y todavía es pronto —contesta Casals sin ápice de queja en su voz—. Estoy haciendo inventario y resulta largo y tedioso, pero es necesario. Debemos dar cuentas de los gastos de material, como manda el reglamento.

—¿No está su ayudante para eso?

—Supongo. Supongo que sí, pero últimamente anda algo despistado. —Se cuelga su famoso loden del brazo y lo mira con ternura—. Pensaba pasar por la capilla. Rezar un padrenuestro, ya sabe. ¿Querría acompañarme?

¿Rezar? Jordi se siente incómodo. ¿Quién escucharía sus plegarias sin castigarlo al mismo tiempo por sus mentiras? Su padre lleva toda la vida yendo a misa, exigiéndole lo mismo a él, que, hasta ahora, nunca se había planteado si deseaba hacerlo o no. También en eso ha actuado por inercia. Ha obedecido. Como los niños pequeños. Y más les vale a ambos que no haya nadie allá arriba.

—Gracias, doctor, pero no debo dejar mi puesto. El comisario Narváez no me lo perdonaría. —De pronto, le inunda la cálida sensación de que alguien se preocupa por él.

—Comprendo. Si le parece bien, rezaré también por...

—¿Mi padre? Sí, hágalo. Yo me siento incapaz —reconoce, sorprendido de haberlo dicho en voz alta.

—No, sargento. —Vuelve a ponerle la mano sobre el hombro, como ha hecho al anunciar su llegada—. No me refería a su padre. Voy a rezar por usted, porque me parece que es quien más lo necesita.

Un rato más tarde, Jordi cuelga el teléfono satisfecho de la breve respuesta que le ha dado su madre desde el otro lado de la línea:

—¡Qué tonterías dices! Claro que no volveré hoy al hospital.

Ha anochecido. Al fin. Después de tantas y tan eternas horas de guardia, conoce al dedillo la rutina nocturna del personal. En este momento habrá una joven y bonita enfermera vestida con un uniforme de pantalón y camisa ajustados detrás del mostrador, pendiente de los monitores por si hay alguna urgencia. El agente que supuestamente debe vigilar que ningún intruso entre en la habitación de Andreu Mateu estará ahí con los codos apoyados en el sobre de formica y la barbilla entre las manos, sonriéndole con cara de carnero degollado y preguntándole tonterías. Otra enfermera y un médico estarán durmiendo en las salas que tienen reservadas para sus cortos descansos entre susto y susto. En los hospitales hay tantos cotilleos como en el mundo exterior, y sabe que mañana lo bajarán a planta porque su vida, al menos en lo que a la herida que le rajó el cuello se refiere, ya no corre peligro. Si el asesino quiere rematar la faena, ya es otro asunto. Y respecto a él, justificar su presencia en otro pasillo, lejos de la habitación de su padre, no le sería nada fácil. Así que tiene que ser esta noche. Ahora.

Jordi se asegura de llevar encima su pequeño bloc de notas y un bolígrafo, y pegado a la pared, pero no demasiado para no delatar una actitud sospechosa si se cruza de forma inesperada con alguien, empieza a recorrer el pasillo con cuidado y gira a la izquierda para enfilar otro. Una habitación, dos, tres..., esta. Esta es la de Andreu Mateu. De la forma más sigilosa posible, suplicándoles mentalmente a sus manos que se calmen y dejen de temblar, mueve el picaporte hacia abajo, entra y

pega la espalda contra la puerta hasta que vuelve a respirar con normalidad. Todo está a oscuras. Los agudos pitidos del monitor que vigila que los ritmos del paciente se mantengan estables parecen indicar que todo va bien. Se acerca a la cama y oye su respirar ronco. Es un tipo grande pero, en su estado, conectado a cables y con el vendaje que recuerda que alguien le rebanó la garganta, da menos miedo que en la granja.

Con un gesto rápido, le tapa la boca. Andreu tarda poco en darse cuenta de que algo pasa, abre los ojos asustado e intenta librarse de la mano.

—Chsss. Soy el sargento Capo. No he venido a hacerle daño. —Podría decirle que no gritase, pero sabe que no puede. Que nunca más podrá. Y no lo siente lo más mínimo—. Solo quiero hacerle unas preguntas.

Los ojos de Andreu se mueven de aquí para allá. Su cuerpo intenta librarse de la presión de la mano en la boca y de la otra, con la que Jordi lo empuja contra el colchón.

—Desconectaré la maldita máquina si no me ayuda. Se lo juro. Nunca sabrán que he sido yo, ¿entiende? Achacarán su muerte al asesino. —Pero Andreu no deja de moverse—. ¡Quieto, quieto, joder! A usted le interesa tanto como a mí dar con quien le hizo esto. ¿No lo entiende? Volverá para matarlo.

Ahora sí. Estas palabras han atravesado los oídos del granjero y llegado hasta su cerebro provocando un clic. Deja de zarandearse y con un leve gesto de cabeza indica que ha comprendido. Va a colaborar. Jordi le enseña el bloc de notas y el bolígrafo, da con el mando que inclina la cama hasta colocarla de forma que le resulte más fácil escribir. Andreu señala una pequeña lámpara en la mesilla de noche, pero a él le parece que eso sería demasiada luz. Ni hablar. Tantea una repisa que hay sobre la cama y, al accionar un diminuto interruptor, se enciende una bombilla de lectura.

—Escriba las respuestas. Tranquilo. Será una visita breve. Solo necesito saber lo que no me contó aquel día. —Andreu mueve el bolígrafo. Está dispuesto—. ¿Lorelai está muerta?

Los dedos regordetes de Andreu agarran el boli con fuerza mientras Jordi sujeta la pequeña libreta:

«Tú ya lo sabes».

—¿Qué dices?

«Que ya lo sabes».

Jordi traga saliva. No debería haber preguntado eso. Estúpido, estúpido, estúpido.

—¿Tuvo un hijo?

«También lo sabes».

—¿Qué fue de él?

«Te lo dije. Se quemó. Enterito».

—Pero me dijiste que después había muerto.

«Te mentí».

—¿Dónde está?

«Muy cerca».

—¿Es el asesino?

«Claro, idiota».

—¿Por qué hace esto?

«Porque puede. Y porque lo merecemos».

—¿Qué aspecto tiene?

«El de un lagarto».

—¿Eso es todo? ¿No hay muertos, entonces? ¿Incendiasteis el circo pero no matasteis a nadie?

«Claro que sí».

Andreu tira adrede el bolígrafo al suelo. No va a seguir. Se acabó. Jordi lo mira amenazador, esto terminará cuando él lo diga, asegura, pero el otro hace una mueca extraña y se da cuenta de que el muy cretino está sonriendo.

—Ya te he dicho que puedo matarte.

El hombre hace un esfuerzo sobrehumano y se incorpora hasta que sus alientos se cruzan. De más abajo de su garganta surge un sonido gutural. Está intentando decirle algo. Jordi se acerca un poco más:

—Hazlo. Mátame —logra gruñir el granjero desde algún lugar de sus entrañas.

—Tal vez lo haga, hijo de puta. Tal vez lo haga.

Jordi recoge a toda prisa los rastros de su visita, devuelve la cama a su posición, apaga la luz y sale lo más rápido que puede. Regresa con pasos urgentes y sigilosos a su sitio y a su eterna silla, y esconde la cabeza entre las manos intentando recuperarse del miedo cerval que le provoca el granjero y de la rabia que le da que todavía consiga que lo tema. Levanta la vista justo a tiempo para ver a la enfermera empezar su ronda y al *mosso* encargado de la vigilancia de Andreu seguirla como un perrito faldero.

Un lagarto. Un lagarto. Claro. Porque se quemó.

34

Lugar desconocido, 26 de febrero, 5.10

—¡Quiroga! ¿Me oye? Contésteme.

Su silencio del último par de días le preocupa. Cuando la sombra se lo llevó de su lado, no dejó de suplicarle que no lo hiciera, que alguien debía vigilar al subinspector y la fea herida de su cabeza. Estaba ido, balbuceaba frases inconexas, sudaba, temblaba y desvariaba.

«¿Tenías que darle tan fuerte? —le gritó Pàmies al tipo del mono negro—. Es posible que muera. —Por toda respuesta, la sombra estudió la herida de Marcos, la desinfectó y lo obligó a tragar algunas píldoras antes de empaparle el pelo en Betadine—. Qué absurdo, puede tener lesiones internas. ¿No ves que no está bien?».

Pero el desconocido le volvió a enseñar su dentadura demasiado pequeña:

«Será culpa tuya si muere». Y se marchó.

Ese ritual se había repetido durante, suponía Pàmies, algunos días. Quiroga iba espabilando poco a poco y él llegó incluso a preguntarse si eso era necesariamente bueno. Pobre chaval. Lo que le esperaba. No lo conocía lo suficiente para saber si era un hombre capaz de resistir al encierro, al dolor y, sobre todo, al terror.

—¡Quiroga! —insiste alzando la voz—. ¡Responda! El hijo de puta no está aquí ahora. —Por suerte, eran muchos y largos los ratos en los que la sombra se ausentaba.

—Déjeme dormir, inspector. Es lo mejor que puede hacerse en un sitio como este. No pensar.

—Al contrario —asegura Pàmies, decidido—, necesito que me cuente más cosas, atar cabos. Haga un esfuerzo, somos de los Mossos d'Esquadra, joder, no dos tíos cobardes y asustados.

—Está bien. Como quiera.

Marcos hace un esfuerzo, logra concentrarse y vuelve a repetir lo que sabía antes de que se lo llevara de su casa. Le habla de los asesinatos de Miha Radu y Tomás Juliá. Del suicidio del cura. De las cartas, de los móviles, de las representaciones del zodiaco en esos cuerpos mutilados. Del desconcierto de todos ellos y de la investigación a ciegas. De la noche en que bajaron a Barcelona para encontrarse con su pulgar, de la petaca que halló el doctor Casals en la aljaba que colgaba de la espalda de Sagitario. De su disgusto al anunciar el hallazgo. De la angustia de Narváez. De los reportajes de la periodista aprovechada y sin escrúpulos,

momento en el que Pàmies no puede dejar de sonreír al recordar su descaro. Y le habla también de Jamal, de sus andanzas en el circo, de Tshilana Vargas, del ridículo maestro de ceremonias, de la gitana desaparecida, del incendio, y de las antipáticas mujeres de Capo y Juliá y sus aires de superioridad. Y sigue. Y sigue. Y Pàmies se esfuerza por encontrarle un sentido a todo, de unir las piezas, de usar la lógica deductiva de la que toda su vida ha hecho gala y que en un pasado mejor le supuso admiración y éxito, pero por más que se devana los sesos, las piezas no encajan. Y recuerda aquel incendio, que a él, por haber estado esa noche de guardia en el cuartel, apenas lo rozó, y se pregunta qué causó tal ira como para que alguien quisiera quemar un circo y, probablemente, a quienes vivían en él.

—Si supiéramos el porqué de ese odio...

—Me recuerda usted a Nico.

—¿Al detective pijo? Vamos, no me joda, Quiroga. A ver si voy a tener que matarle yo.

Marcos ríe de forma triste y le pide que le deje dormir.

—De acuerdo. Basta por hoy. Descanse. Es una orden.

Y desea, en la soledad de su celda, que ambos sobrevivan a la barbarie. Y que, si solo debe hacerlo uno, sea este hombre joven y discreto que apenas ha tenido tiempo de vivir y al que, quizás, le espere, al contrario que a él, un futuro prometedor.

Llafranc, 8.10

Nico nada despacio, sin prisa. Estela y Cas seguían dormidas cuando ha salido de casa y también Simón, que está cambiando sus ritmos y ya se despierta un poco más tarde. Ha entrado en su habitación procurando no hacer ruido y lo ha besado en la frente. Con el reconfortante olor de su hijo pegado a él, se ha vestido con el traje de neopreno, ha cogido una toalla y bajado a la playa. Llafranc dormía, como siempre a estas horas durante el letargo invernal. Solo el camarero joven del hotel Llafranc lo ha saludado mientras abría la verja y colocaba en las mesas los platos para los desayunos.

—*Bon dia.*[1]

—*Bon dia* —ha contestado sabiendo que no lo era. Que no podía serlo.

—*Sembla que la pluja s'ha cansat de nosaltres*[2] —ha añadido el chaval.

Y era cierto. Como si de un milagro se tratara, en el circo Vargas había visto caer las últimas gotas de lluvia, que se retiró de forma decidida o, al menos, eso parece desde entonces. Pero ni siquiera la tregua le ha levantado el ánimo a nadie. El camarero ha abierto la boca con intención de añadir algo, pero se lo ha pensado mejor y Nico ha agradecido su silencio. Ya van demasiado sobrados de mensajes de supuesto ánimo que solo pretenden cotillear.

Llega al final de la bahía, da media vuelta y emprende el nado de regreso. Su cabeza, repleta de piezas sin encaje, de información inútil y de angustia, le parece una bomba a punto de estallar.

Jamal les salvó el pescuezo. El destino jugaba con ambos y, cuando parecía que al fin las deudas estaban saldadas y que podían romper los lazos que los unían y ambos detestaban, aparecían otras nuevas.

«Creo que estoy irremediablemente unido a él», le dijo a Estela.

«Quizás eso no sea tan malo».

«¿Por qué lo dices?».

«Porque estás vivo, Nico. Esos tipos del circo podrían haberte matado. Me alegra que apareciese».

Y tenía razón. Con alguien tan explosivo como Mateo, podría haber pasado lo peor.

Sigue nadando, buscando la calma que siempre encuentra al romper el mar con sus brazos pero, lejos de lo que suele suceder, hoy no puede dejar de pensar y las ideas que llenan su cabeza parecen dispuestas a no darle tregua ni a permitirle un paréntesis.

Jamal conocía a Mateo Lutens, como se hacía llamar en el ultramundo, en su otra vida. La de verdad, quizás, porque parecía haber olvidado quién era. Pero Nico podía entender que eran precisamente su carácter duro y su mala leche las que lo habían ayudado a sobrevivir entre delincuentes y a no regresar a casa durante dos largos años. Últimamente no deja de agradecer las personas luminosas que la vida ha puesto en su camino. De otro modo, él mismo podría haber acabado así.

* * *

A Jamal le costó creer que un tipo con semejante aspecto y maneras fuera hermano de Quiroga.

—¿En serio? ¡Con lo estirado y pulido que es el subinspector! ¿Y siempre andas haciendo ver que eres quien no eres?

—Claro. Aquí y allá.

—¿Por qué?

—No se me da bien ser yo mismo. Ni quedarme en los sitios —reconoció Mateo.

—Pues deberías aprender. —Jamal miró a Nico reconociéndole sin palabras ese valor y después se mofó del mayor de los Quiroga, advirtiendo que esa tapadera ya no le serviría, puesto que él ahora conocía su verdadera identidad—. Sabes que trabajas para los peores, ¿verdad? ¡Mi competencia! —Volvió a mirar a Nico, pero no obtuvo respuesta porque a él todos los narcotraficantes le parecían igual de hijos de puta—. Son peores, Nico, en serio. Tratan con mujeres. Con crías. Yo tengo mis principios. Algún día entenderás la diferencia.

—Entonces —soltó Mateo—, es posible que no te interese delatarme. Porque eso es precisamente lo que intento liquidar, ¿entiendes? La trata

de niñas. La peor aberración. ¿O crees que vivir infiltrado es divertido? No tienes ni idea.

—No creas —intervino Nico entonces—, sabe bastante de eso. Una vida en la sombra.

Jamal se quedó pensativo y, en lugar de justificarse, exigió participar en la búsqueda de Marcos.

—¿Estás loco? Eres un delincuente, joder.

—Por eso mismo. Puedo hacer cosas que vosotros no debéis, y respeto a Quiroga, Nico. Lo sabes.

Claro que lo sabe. Marcos fue definitivo para Jamal dos años antes, cuando al fin dieron con el monstruo que había apagado la luz de Marina para siempre. Y ambos sabían que tenía razón. Cuantos más, mejor. Y el narcotraficante, como él mismo aseguraba, podía ser una ayuda clave en la zona oscura. Jamal añadió entonces:

—Lo haré a mi manera.

Mateo levantó los hombros sin palabras de queja. Estaba de acuerdo. No iba a ser él quien pusiera pegas a saltarse las reglas.

—No se lo digas a Narváez —le advirtió Mateo a Nico—. No lo entendería.

—Sí que lo entendería. Pensaba que lo conocías mejor. Lo que pasa es que le estaríamos comprometiendo y por eso me callaré. —Como Héctor se entere, adiós a su colaboración. Pero, igual que Mateo, él tampoco va a poner trabas, porque se trata de Marcos. De su vida.

* * *

Decide que estos serán los últimos largos por hoy. Quiere desayunar con Estela, con Simón y con Cas, su extraña nueva huésped, a quien Mateo ha obligado a seguir con ellos de malas maneras, aunque Nico ha podido leer entre palabras y adivinar que lo ha hecho por su bien. Para que no sea testigo de su dejadez, de su abandono, de sus malas costumbres. Pero, sobre todo, para que tenga compañía agradable, se sienta arropada y esté cerca de alguien cariñoso como Estela. En realidad, ha tardado poco en darse cuenta de que Mateo no es un hombre malo. Al contrario. Quién sabe qué tipo de persona habría sido si la infancia le hubiese tratado con más cariño. Pero la vida a veces da fuerte demasiadas veces, y algunos golpes duelen tanto que estropean sin remedio.

El mar está en calma. El cielo también. Algunas nubes bajas y alargadas casi le rozan la cabeza y otorgan a la playa un inusual aspecto fantasmal. Piensa en Marcos. En qué le habrá hecho. En si será capaz de ser el mismo de siempre si lo encuentran. Y recuerda también al pobre caballo, al centauro en la nave de tiro al arco, la cabeza de Uri el Sordo, el cadáver sin entrañas del farmacéutico en la lonja, el cuello rajado del granjero y sus propias manos apretando fuerte para que pudiera sobrevivir. Y siente ganas de vomitar. Y suplica, aunque no confía en ser

escuchado, que su amigo esté acompañado, que Pàmies siga vivo y que, al menos, estén juntos. Que no esté solo, por favor, que Marcos no esté solo. Piensa en Marina, muriendo sin un alma cerca que la consolara. En lo asustada que debió de sentirse. En su desesperación inútil. Y vuelve a tener ganas de vomitar. Las arcadas nacen en su estómago y suben urgentes por su garganta. Sale tambaleándose del agua, se arrastra por la orilla y vomita en la arena. Una y otra vez, hasta que solo expulsa bilis, y se queda estirado, rendido, dejando que el mar se lleve la prueba de su angustia.

Desde su balcón del hotel Llafranc, Miren Marlaska, pálida como una sábana, es testigo mudo de la escena.

La niebla

35

Palafrugell, 1 de marzo, 16.30

Desde que la lluvia cesó, el circo Vargas ha estado dominado por una actividad frenética. Se acerca Semana Santa y las fiestas de primavera del pueblo, y todo tiene que estar listo para entonces, cuando abran sus puertas al público. Tshilana reunió a su gente para recordarles la importancia de ofrecer un espectáculo magnífico, repleto de números ensayados hasta la perfección y casetas maravillosas donde mayores y niños hicieran cola para disparar y hacerse con un peluche, conocer la buenaventura o ver al Hombre Lobo. Repasaron las tareas de cada uno: quiénes actuaban, quiénes se ocupaban de la intendencia, los encargados del vestuario, los de la comida y, en fin, qué hacía cada cual. Lejos de asustarse por el esfuerzo requerido, se pusieron manos a la obra, animados porque se habían acabado los tediosos días de lluvia y la inactividad forzosa. Las risas se oían ahora más fuertes, todo el mundo corría de aquí para allá con prisa y los números en la carpa deleitaban a los más pequeños que, después de cumplir con sus tareas, se acercaban para ver los ensayos.

Doña Sol observaba el mundo de colores en el que llevaba viviendo un mes, sin conseguir contagiarse de la alegría y el buen humor generales.

—¿Qué pasa, comadre? No eres la Sol que conozco.

Tshilana se acerca a ella y se sienta también en la escalerilla del carromato.

—No lo sé..., estoy rara. —¿Cómo decirle que los terribles asesinatos pueden tener relación directa con el circo?

—Eso ya lo veo. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Una charla al anochecer en mi casa? Te serviré un brebaje que podría resucitar a un muerto. Y le diré a uno de los chicos que te arreglen ese peldaño —señala en el que ha estado sentada—: cruje tanto que, cualquier día, tropiezas y te partes la crisma.

—Gracias, amiga.

Se siente una traidora antes incluso de traicionarla. Héctor la ha llamado para ponerle al día y saber si había algún avance por su parte. ¿Avances? Ni siquiera sabe cómo abordar el asunto y, sin embargo, comprende que debe hacerlo: la vida de varios hombres depende de averiguar el origen de las cartas misteriosas, y solo ella puede indagar sin despertar sospechas. Ha reconocido la desesperación en la voz de su sobrino. Héctor es un hombre risueño, optimista, lleno de vida. Pero

ahora está sumido en la preocupación más absoluta, y desea ayudarlo.

—Basta ya, vieja loca —murmura para sí—. Harás lo que debes y punto.

Se acerca a un grupo de mujeres que cosen junto a un fuego y se presta a ayudar. Su vista ya no es la que era, pero, si arruga los ojos y se concentra, puede todavía dar puntadas como Dios manda. Además, su pulso se mantiene firme.

—Coses bien, Sol. No todas sabemos hacerlo así.

—Eso es porque soy de la vieja escuela. O vieja a secas: mi madre adoraba coser y yo adoraba estar con ella. Siempre queda algo.

—Ya anochece más tarde —dice la mujer levantando la vista hacia el cielo—, pronto llegarán los días más largos.

—Sí. Al fin se acercan.

Doña Sol recuerda los tristes acontecimientos del invierno y deja que su mente vuele a las marismas, al sonido cantarín del río en primavera y al canto de las aves llegadas desde muy lejos, y siente una punzada de nostalgia. Su casa. Su lugar en el mundo. Tiene ganas de volver allí, de estar sola sin sentirse sola, de pasear sin más compañía que la propia, respirar la sal del mar y ser mecida por algún viento revoltoso. Por algún motivo, aquí está rodeada de gente a todas horas y, sin embargo, la envuelve una soledad abrumadora, tiene pesadillas y sabe, con la misma certeza con la que puede afirmar que el sol no se ha puesto todavía, que algo muy malo, todavía peor, está a punto de pasar.

—¡Sol! —Esa misma noche Tshilana abre la puerta de su caravana y la saluda mostrándole una botella de cristal y un par de vasos para chupitos—. ¡Lo prometido es deuda!

Procurando parecer despreocupada, se acerca sonriendo, y Tshilana la invita a entrar:

—Ponte cómoda. Estás en tu casa.

—Había olvidado lo bonito que es este lugar —reconoce, admirada, dejando que sus ojos paseen a su alrededor—. Mi viejo carromato parece centenario si lo comparo.

—Pero tú nunca haces algo tan banal y, además, te encanta. Además, mis chicos tienen orden de dejarlo nuevo antes de que nos dejes. Verás qué bonito.

La estancia es amplia, una alfombra de pelo arropa el suelo, hay una estufa en una esquina y una larga cortina protege la intimidad del dormitorio de Tshilana. Las paredes están decoradas con miles de fotos y postales de los lugares visitados por el circo a lo largo de los años y también muchas otras de las personas que han vivido en él. Unos pósteres coloridos reflejan a la perfección lo que debía de ser antaño la vida nómada y precaria de un circo.

—Preciosos, ¿verdad? Los autores de los originales eran pintores famosos. Fíjate, ese se llama *Los saltimbanquis.* Y eso somos —Tshilana sonríe triste—: unos parias, para muchos.

—Pero no para nosotras.

—Claro que no —asegura, más animada—, se necesita mucho arte para serlo. Y destreza. Y valor para saltar por los aires y hacerlo con gracia y elegancia. —Le ofrece la bebida, doña Sol da un sorbo, no consigue disimular la tos al tragar el licor y Tshilana no puede evitar reírse—. Respira, mujer. ¿Demasiado fuerte para ti?

—No me retes. —Ríe también y alza el vaso para que le sirva más—. Bebo poco, pero si hay que ponerse, me pongo.

—Así me gusta. Somos dos viejas. ¿Qué tenemos que perder?

—¿Y esa foto? No la había visto. —Señala una entre un par de estampitas.

—Me estoy volviendo nostálgica —confiesa la matriarca—, ¿sabes? Y el otro día la rescaté del baúl de los recuerdos. —Saca la chincheta que la mantiene clavada en la pared y la vuelve para sí, de manera que Sol no puede verla con detalle—. Son mis padres. Mi hermano. Y... mi hermana. Eran todavía unos críos y fueron tiempos felices.

—¿Lorelai? Tengo entendido que no te gusta hablar de ella.

—Contigo sí. —Tshilana se sienta a su lado, en otra mullida butaca de terciopelo azulón—. Es que aborrezco los cotilleos, a la gente le gusta irse de la lengua y aquí cada uno tiene su propia versión. Mis padres sufrieron mucho. Toda la familia sufrió. Por eso prefiero guardarme los recuerdos para mí. Además, no me conviene mostrar debilidad. Estoy mayor y más de uno ansía mi puesto. Puedes imaginar que, siendo mujer, mantener el mando no ha sido fácil.

—Pero lo has hecho bien. Te respetan.

—Porque soy una Vargas y ya no había nadie más —reconoce con cierta pena—, pero puedo sentir el aliento de otros en mi nuca. La urgencia.

Cuánta información inesperada. O ahora o nunca. Traga saliva y se lanza:

—Dicen que desapareció.

—Así fue. Alguien provocó un incendio en el circo y, cuando todo acabó, Lorelai ya no estaba entre nosotros.

—¿Nunca has tenido noticias de ella?

—Sí. Las tuve. —Tshilana se levanta y descuelga varias postales—. Durante un breve espacio de tiempo. Mira.

Las imágenes muestran la plaza Mayor de Madrid, la avenida Liberdade de Lisboa y la torre Eiffel. La letra es picuda. Decidida. De trazo firme.

—Entonces..., supiste de ella.

—Lee —invita Tshilana.

—«No me busques». «Déjame tranquila». «Déjame en paz, maldita». —La mira. Los ojos de la matriarca se han ensombrecido—. ¿Por qué me enseñas esto? ¡No quería volver! Entonces..., no le pasó nada malo —suspira doña Sol.

—Denuncié su desaparición a la Policía. Mis padres no querían hacerlo, mi padre casi se alegró de perderla de vista porque Lorelai no era fácil, mi madre creía que había muerto devorada por el fuego, y mi hermano, que se había fugado con algún tipo. No nos poníamos de acuerdo y, en aquella época, yo pintaba muy poco, me había quedado para vestir santos y, en una familia como la mía, no estar casada ni tener hijos te convertía en una pieza inútil. Pero en fin, no me conformé, salí sin que nadie me viera y puse la denuncia.

—¿Y?

—Me dijeron que si no había pruebas de un delito y la desaparecida era mayor de edad, no podían hacer nada. Entonces, con lo poco que tenía, pagué un anuncio en algunos periódicos por si alguien la había visto. Pero nadie respondió. Salvo la propia Lorelai.

—¿Cuándo recibiste las postales?

—Un par de semanas después, con algunos días de diferencia entre ellas. Nunca he sabido si las escribió ella, si lo hizo por voluntad propia y ni siquiera si sigue viva.

Doña Sol cree que esas reflexiones no son incompatibles entre sí.

—¿Es su letra?

—No estoy segura, pero podría. No se dedicaba precisamente a escribir.

—Te llama maldita. Suena muy fuerte.

—Desde luego. Una gitana maldiciendo a otra gitana. A tu propia hermana. —Tshilana cierra los ojos, como si eso la ayudara a recordar mejor—. Tú no conociste a Lorelai. Siempre se salía con la suya. Siempre.

—¿La querías?

—Más que a mi vida —reconoce—, pero fue una pérdida de tiempo.

—¿Por qué? —Ella jamás ha pensado en el querer como algo que pueda resultar inútil.

—Porque Lorelai no quería a nadie. Nació sin esa capacidad. Queremos creer que todo el mundo tiene corazón, Sol, pero hay quien nace con una piedra en su lugar.

—¿Tuvo hijos? —Ya está. Ya ha soltado la pregunta del millón.

—¿Por qué lo dices? —Tshilana la mira de una forma rara. Inquisitiva.

—Curiosidad. Como tú no has tenido, supongo que te habría hecho ilusión que el clan Vargas creciera.

—El bebé de Lorelai no llegó a nacer —explica, remarcando mucho las palabras para que no haya duda al respecto—, y es probable que fuera mejor así, porque ya te he dicho que mi hermana no sabía querer.

—¿Y el padre?

—Cualquiera. No creo que ella misma lo supiera.

Doña Sol mueve la cabeza en señal de disgusto, apesadumbrada por las confesiones de su amiga y por la melancolía impregnada en sus

palabras.

—Una mujer sin hijos no es menos mujer, Tshilana —dice adivinando el vacío que su amiga intenta ocultar—: yo me siento completa. Y mírate a ti, cuidando de todos y cada uno. El universo no comete errores.

—El universo no, somos nosotros quienes los cometemos. —Tshilana recupera la fotografía y las postales y, después de pensarlo, descarta devolverlas a su sitio en la pared y abre un enorme baúl de color verde carruaje. Remueve algunas cosas, coge una bonita libreta forrada con una tela de flores y deja entre sus páginas a las causantes de su ánimo sombrío—. Así está bien —dice satisfecha—: cerca, pero no demasiado.

Pero doña Sol no puede apartar la mirada de algo que acaba de quedar al descubierto en el interior. Es una funda de baraja preciosa, realizada por una mano artesana y probablemente única. El cielo es de un oscuro azul marino y está poblado de estrellas de todos los tamaños.

—¡Ea! Basta por hoy. —Tshilana lo cierra de golpe, vuelve a sentarse a su lado y llena los vasos por tercera vez—: ¿Hace una última ronda?

—¿De verdad? —Por algún milagro, consigue disimular y hablar con normalidad—. No llegaré a la cena.

—¿Qué más da, vieja? No comer por haber bebido es buen motivo.

—¿Es un dicho popular?

—Es mío. Me lo acabo de inventar. —Ríe, como si la conversación que han mantenido no tuviera excesiva importancia, choca su vaso contra el de doña Sol y añade—: Por nosotras, amiga mía.

—Larga vida —le desea ella por su parte.

—No necesito que sea larga —responde la matriarca—, solo suficiente.

Bebe de un trago, cierra los ojos y recuesta la cabeza en el respaldo de la butaca. Doña Sol mira por el ventanuco. La noche ha caído sobre el campamento. La gente abandona sus labores para un merecido descanso. Alguien grita que la cena estará lista a las ocho. Pero ella no puede olvidar el baúl ni el secreto que encierra.

36

Llafranc, 3 de marzo, 9.00

Estela ha vuelto a Barcelona y Nico lleva a Simón con sus suegros a La Marina. Manuel lo coge en brazos sin disimular su alegría y Mercedes lo invita a comer.

—Tráete a esa chica, ya sabes, tu ayudante —dice con un mohín de disgusto. Es algo anticuada y eso de una mujer jugando a los detectives no lo ve claro—. Dice Estela que lo está pasando mal. Pobre Marcos.

—¿Seguro? No quiero daros trabajo. Se supone que estáis de vacaciones.

—No acepto un no —concluye ella pero, cuando Nico ya sale por la puerta, añade sin poder o sin quererlo evitar—: No es bueno que haya dos mujeres y un solo gallo en una casa.

—¿En serio? —Nico se vuelve hacia ella, incrédulo. ¿Acaba de llamarle gallo?—. ¿En qué quedamos? ¿Te da lástima o crees que es peligrosa?

—Yo no creo nada. Pero los hombres...

—O sea, ¿que es por mí? —La mira fijamente mostrando su decepción —. Pensaba que me conocías mejor. Y que conocías mejor a tu hija.

Mercedes va a replicar, pero el buenazo de Manuel la arrastra con él y despide a Nico con palabras amables:

—Pero tú sí la conoces a ella, hombre. Perro ladrador...

Mientras regresa a su casa, le oye decirle a su mujer que no tiene remedio.

—¿Cas? —grita hacia el piso de arriba intentando sacudirse la amargura de su suegra de encima—. ¿Qué haces?

—¡Mi cama! —Ella devuelve el grito desde arriba—. No voy encima a daros trabajo.

—¡No tardes! ¡Es la hora!

Cinco minutos después baja con su gorro de lana y su abrigo enorme y los ojos claros y brillantes gracias al colirio. Ha aprendido a disimular y el paso de estos pocos días ha calmado su ánimo, pero solo en apariencia. Nico sabe la batalla que se está librando en su interior y el esfuerzo sobrehumano que realiza para parecer entera, mostrar un aspecto fiable y ser útil en la investigación. Exactamente el mismo que él.

—¿Mateu ha podido decir algo?

—No. Y es posible que no pueda volver a hacerlo. Casals va cada día,

bloc en mano, pero todavía no ha logrado que escriba nada.

—No puedo dejar de pensar en esa máscara negra, Nico. No me la puedo sacar de la cabeza. Voy a volverme loca.

Él podría decirle que lleva a cuestas los ojos del asesino, su mirada fría y cruel. Que tampoco puede soportar pensar en qué tipo de daño o tortura piensa infligirle a Marcos. Qué escena estará preparando para escenificar su muerte. Pero en lugar de eso, intenta sonreír, mira la hora en el reloj y la apremia:

—En marcha, Cas. Héctor estará impaciente.

Dejan atrás el calor del hogar llevándose a cuestas el miedo, que se ha pegado a sus ropas, a su piel y a sus almas.

* * *

—¡Vamos, vamos! ¡Todo el mundo adentro, por favor! —Héctor y sus hombres intentan que los feriantes obedezcan y entren en la carpa, pero la mayoría se resiste, se queja e insulta sin tapujos.

Frases como «Siempre lo mismo», «Debería daros vergüenza» y «Esto es acoso» salen de las bocas del numeroso grupo. Un par de agentes cogen a dos hombres por el brazo y los empujan hacia el interior.

—¡No nos obliguen a usar la fuerza! —advierte Héctor—. Nadie es sospechoso de nada, venimos en busca de ayuda.

—¡Bonita manera de pedirla!

La solicitud tampoco es bien recibida. Algunos avanzan a regañadientes cercados por la presión de los *mossos* y se sientan en los bancos destinados al público. Otros, sin embargo, continúan obcecados y quietos con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Señora! —Se acerca un poco a Tshilana, que observa la operación a unos metros. Una brisa ligera mece su falda y algunas hebras de pelo se han escapado de su particular moño alto—. ¿Va a colaborar? Insisto, nadie está acusado de nada. Supongo que está al tanto de los asesinatos y las desapariciones.

—¿Qué tienen que ver con nosotros?

—Es lo que voy a explicarles, si son tan amables de entrar y escuchar.

—¿Y después se irán?

—Por supuesto. A no ser que algo nos haga quedarnos. —Como ella no se mueve, Héctor avanza—. Escuche, esta es su gente. Una palabra suya y todos obedecerán pero, si se niega a ayudarnos, le juro que impediré que el circo abra. Le doy mi palabra.

Tshilana da un paso hacia él. Héctor puede, desde tan cerca, ver y sentir la furia en esos ojos que, por su aspecto nublado, parece que no puedan ver. Analiza sin reparos la cicatriz que casi se comió uno de ellos.

—Debió de doler.

—He conocido dolores peores, pero algunas cicatrices no pueden

verse. —Tshilana lo mira de arriba abajo, sin disimular que también ella lo está examinando—. Usted es el sobrino de la vieja Sol, el comisario Narváez.

—Así es, señora.

—¿Por eso vino el otro día? ¿Para espiarnos?

—Lo cierto es que no tenía motivos entonces —responde, hábil y rápido—: le traje comida a mi tía y pasé un rato con ella. Es cara de ver cuando está en las marismas, y yo... también.

—¿Y qué ha cambiado ahora? ¿Usted también es de los que cree que los gitanos debemos pagar siempre los platos rotos?

—No es mi caso. En parte compartimos raza, señora, y a mucha honra. Pero que yo no sea tan idiota como para juzgar por el color de la piel no significa que lo sea para detenerme por él. No me manipule, que soy mayorcito. —Da un último paso hacia ella—. Entre ahora mismo y sabrá para qué hemos venido. De lo contrario, regresaré con una orden y desmantelaré este lugar.

Tshilana arrastra los pies en dirección a la carpa roja y blanca y los rezagados la siguen resignados.

Cuando todo el personal, incluida doña Sol, está dentro de la carpa con Héctor y sus hombres, Nico y Cas salen de su escondite y Mateo aparece corriendo desde algún lugar.

—Rápido y en silencio —advierte Nico—. Sol dice que la llave está escondida aquí abajo. —Palpa el suelo exterior del carromato de Tshilana hasta que da con ella—. Poneos los guantes.

Mateo mueve las manos burlón, mostrándole que ya lo ha hecho. Entran.

—Cas, haz fotos de todo. Céntrate en la pared, ya sabes, postales, notas, fotografías...

—¡Joder! —Mateo se pelea con la cerradura del baúl—. Está cerrado.

—Con cuidado, o se dará cuenta de que hemos estado aquí.

Baten la acogedora salita con la mirada. Tiene que estar en alguna parte. Cas dispara con el móvil aquí y allá.

—Menudo fallo. La bruja podría haberos dicho que estaba cerrado con candado.

—No lo estaba cuando ella estuvo aquí —asegura Nico, que ya la conoce lo suficiente como para saber que no hubiera olvidado semejante detalle.

—Pues hemos pringado.

—No. Sigue buscando.

Nico abre una alacena y Mateo va hacia el dormitorio. Lo revuelven todo y lo vuelven a dejar exactamente como estaba, con manos hábiles y acostumbradas a los registros. Mateo está a punto de abandonar la habitación cuando ve una foto sobre la mesilla de noche. Es una polaroid, muy parecida a la que se publicó en el periódico. Debió de tomarse justo antes o justo después, y Lorelai vuelve a aparecer

sonriente y descocada, con un mechón de pelo cubriéndole medio rostro, y como en la otra, se levanta un poco la falda con la mano y se inclina para dejar a la vista el principio de sus pechos. Mateo mira el reverso y ve que el cierre del marco está desencajado. Quita la tapa de cuero y encuentra una pequeña llave que, ojalá, sea la que necesitan.

—¿Dónde la has encontrado?

—En el mismo sitio en el que la hubiera guardado yo. Probemos. —La encaja en la cerradura del candado y oyen un clic—. ¡Bingo!

—¡Con cuidado! —insiste Nico—. Hay que dejarlo como estaba.

—Me importa un huevo si la tía esa se entera de que lo hemos revisado todo.

—Tal vez a ti, sí, pero Narváez no tiene orden de registro, y además, no hay causa suficiente para que se la concedan. —Nico se sorprende de él mismo. Desde que Mateo ha entrado en acción, él parece el policía y el otro el detective chulo que se lo pasa todo por el forro. Ser el chico bueno le mosquea bastante.

—¿Qué dijo? ¡Ah, sí! Una libreta de flores. Y la baraja, en su bonita funda azul marino y sembrada de estrellas doradas. Y las postales.

Ahí está todo, tal como dijo doña Sol. Al fin, un poco de buena suerte. Nico abre la libreta, pasa las hojas y Cas dispara la cámara del móvil. Mateo sujeta la foto familiar y ella vuelve a disparar. Repiten la operación con la Lorelai a solas, con las postales y, por último, las cartas. Los ventanucos están cerrados y no se han atrevido a encender ni una sola lámpara. Actúan en la penumbra, alumbrando con sus linternas y teléfonos, siempre hacia abajo. El *flash* ilumina el interior del carromato una y otra vez.

—Falta una —exclama, agobiado.

—¿Qué dices, Nico? —Cas pregunta en susurros—. Faltan varias: Sagitario, Capricornio..., en fin. Hasta Tauro. Ya sabemos eso.

—Que no, que te digo que falta otra. Cáncer. No está. —Rebusca en el interior del baúl por si se ha separado del resto de la baraja. Pero no—. Mierda. Alguien más va a morir.

Sus miradas se cruzan y regresan rápidamente al baúl. Insisten, pero nada. En su lugar, Cas descubre algo extraño:

—¡Mirad! Un pergamino enrollado con un lazo azul. Dejadme ver... —Le pasa el móvil a Nico y deshace el lazo—. Hay algo escrito. No sé..., parece un poema.

—Haced una puñetera foto y larguémonos de aquí cagando leches.

Nico la hace, Cas lo enrosca de nuevo y, cuando Mateo deja caer la tapa, está a punto de pillarle los dedos.

—Eres un bestia.

Su primo se encoge de hombros. Ordenan, esconden la llave en su sitio y escapan corriendo campo a través, como si los delincuentes fueran ellos.

Lugar desconocido, 13.40

Marcos oye el ruido de la pesada puerta al abrirse. Tardará medio minuto en cerrarla del todo y otro medio en recorrer los pasillos hasta sus celdas. Lo tiene calculado. Intenta concentrarse en ese trayecto y contar los segundos, pero su cuerpo se ha puesto tan rígido que alguien podría romperlo con un palo. ¿Y si ha llegado la hora? No podrá soportarlo. No conseguirá mantener la entereza. Lloriqueará como un niño y cuando encuentren su cadáver feo y maltrecho, el ojo perspicaz del doctor Casals encontrará los restos de sus lágrimas y de su miedo, compartirá inevitablemente la información y todos sabrán que no era tan valiente, que murió acojonado y tal vez, incluso, suplicando como un niño asustado.

—No tiene por qué ser la hora, Quiroga. No nos preocupemos todavía.

—Pero si lo fuera, dígales...

—Si lo fuera —Pàmies lo interrumpe tajante—, no podré decirles nada porque yo seré el siguiente. Pero ellos lo saben, subinspector.

—¿Qué saben? —Mira sus manos sudar. Temblar. No consigue controlar su pulso.

—Que usted es valiente. Que siempre lo ha sido.

—No creo que pueda...

—Eso da igual. Nos definen las trayectorias, Quiroga. Nunca un solo acto, ¿comprende? Y la suya es impecable. Repelente incluso, diría yo. —Pàmies se mofa con esa risa que siempre acaba pareciendo una queja —. Pero no pasa nada. Al final, no me ha caído usted tan mal.

—Usted a mí, sí. —Marcos intenta imitarlo, encontrar en algún hueco de su interior ese valor del que Pàmies, al menos en apariencia, hace gala.

—Normal. Siempre he sido un borde.

Pero no lo cree. Porque tiene muy presente el afecto del comisario Narváez y del doctor Casals, y ellos nunca apreciarían a alguien que no lo mereciera. Además...

—Sé lo que hizo por mi madre, inspector. El comisario me lo contó.

Los envuelve un silencio de esos de los que alguien diría que ha pasado un ángel. Pero no. Porque por allí solo pasa el demonio.

—No debería haberlo hecho —farfulla.

—Se vio obligado. Tuvimos que revisar sus casos, ¿entiende? Por si su desaparición estaba relacionada con alguno. Y encontré el dosier. Y las fotos.

—Lamento que tuviera que verlas.

—Yo también. En cualquier caso, gracias por ayudarla.

—Para eso me hice *mosso*, Quiroga. Para proteger a la gente.

—No todos piensan igual.

—Lo que hagan otros es asunto suyo. Yo soy yo.

—Hola, holaaaaaa... —La voz distorsionada los saluda tan alegre como si estuvieran en un parque, luciera el sol y todo fuera normal—.

¿Cómo estáis hoy? ¿Ya sois buenos amigos? —Y esa risa. Esa risa que, por primera vez en toda su vida, ha provocado en Marcos el ardiente deseo de matar a alguien. A él.

La máscara se asoma al ventanuco de su celda. Los guantes negros se agarran con fuerza a los barrotes.

—¿Qué día es hoy, subinspector?

Marcos no encuentra el aire que necesita para respirar. Piensa en Nico, en su forma de recuperarlo despacio, con calma, cuando el recuerdo de Marina lo golpea demasiado fuerte, y trata de imitarlo. Un, dos, tres, un dos, tres...

—¿Meditando? ¡Qué interesante! Su colega Pàmies debería practicar. Le ayudaría a dejar sus feos vicios. —La máscara se pega más al ventanuco y los barrotes le hunden parte de las mejillas. La apertura no es suficiente para ver su sonrisa entera, pero sí para mostrar sus dientes demasiado pequeños, que se mueven y repiten—: ¿Qué día es hoy?

—Uno cualquiera —farfulla Pàmies desde su celda—, otro día largo y tedioso. Nada más.

—¿Está seguro, inspector? ¿No le toca morir a nadie?

—Tal vez a mí —responde—, pero no a Quiroga. Sé contar.

La máscara se ladea muy despacio y Marcos intenta aguantarle la mirada.

—Es cierto —exclama, divertido—. Salvado por hoy. Veremos mañana. —Se aleja, Marcos respira aliviado, pero solo por un segundo —. Tictac, tictac...

Los pasos se marchan al fin y vuelven a oír la puerta al cerrarse. Por el ruido que hace y lo que tarda en poner o quitar los anclajes, debe tratarse de una extremadamente pesada.

—¿Usted no tiene miedo, inspector?

—Un poco. Pero este tío me tiene muy cabreado. Y eso me sirve.

—¿Cómo?

—Use la rabia para sobrevivir, Quiroga. Cabréese. En algún lugar tiene usted que guardar algo de mala leche, hombre. Además..., yo no tengo nada que perder.

Llafranc, 14.10

—Qué absurdo, ¿verdad? Míranos, aquí comiendo tan felices.

Cas suelta la cuchara y la sopa de pescado le salpica la camisa.

—Felices, no —replica Nico de inmediato—, pero más nos vale comer.

Manuel se sienta con ellos y le sirve a Héctor vino con gaseosa.

—Estoy de servicio.

—¡Déjate de chorradas, cuñado! Tú vives de servicio. Anda, bebe un poco y come mucho. Todos necesitáis recuperar fuerzas.

Obedecen en silencio, menos Mateo, que juega con los cubiertos y mira la sopa de pescado sin verla.

—¿Qué pasa? —Héctor lo mira sin disimular su preocupación—. Se han tomado mucho trabajo para preparar todo esto.

—No tengo hambre.

—Ni yo. Pero mírame —lo invita llenando la cuchara.

No parece que esté para bromas. Mateo coge la cuchara y prueba la sopa. Poco a poco, su rostro mejora de aspecto, y en nada, el plato está vacío.

—Así me gusta, hombre. —Mercedes le sirve más y se queda ahí quieta para asegurarse de que se acaba la nueva ración—. Sé cómo te sientes. Crees que no mereces comer, ni dormir, ni reír, ni vivir. —Mateo levanta la vista hacia ella, en la que apenas había reparado. Sus ojos se encuentran con una mujer todavía hermosa, de formas generosas y firmes y de unos increíbles ojos color almendra—. Así vivo yo gran parte del tiempo, ¿sabes? Muerta en vida. ¿Y qué crees que consigo? Amargarme —reconoce llanamente, sorprendiéndolos a todos— y amargar a los demás. Además, Marcos está vivo. Desaparecido, pero vivo. Ojalá mi niña hubiera estado perdida por ahí, con posibilidad de ser encontrada con vida. —Enmudecen sin saber qué decir. Manuel está a punto de acercarse a ella, pero Héctor lo detiene con un gesto discreto —. Así que toma más sopa. Y luego cómete el rape que hemos cocinado. Y luego tómate un café fuerte y sal a buscarlo. Pero hasta que no pase algo irremediable..., no te amargues. Y, si pasa y puedes evitarlo, ni siquiera lo hagas entonces, porque no te gustaría ser alguien como yo.

Se marcha a la cocina y Nico se levanta y la sigue.

—Mercedes...

Su suegra se vuelve hacia él con las mejillas arrasadas por las lágrimas.

—Déjame, Nico, déjame tranquila.

Pero él la abraza muy fuerte y le susurra al oído:

—Yo tampoco la olvido. Pero quiero vivir.

—Yo también quiero, pero, a veces, no puedo.

* * *

Son casi las siete y ha caído la tarde. La luz de la luna baña las paredes blancas de las casas que están en primera línea de mar. Las farolas del paseo se acaban de encender y las últimas almas se han retirado a sus casas porque, en el pequeño pueblo, la gente vive según el ritmo de la luz natural. Desde La Marina oyen las olas suaves romper en la orilla de la playa.

Siguen alrededor de la misma mesa en la que han comido y oyen la voz de Mercedes que, en el piso de arriba, le canta una nana a Simón. Héctor sonríe al escucharla. Manuel sale de la cocina, enciende algunas luces y les pregunta si necesitan algo más, porque va a retirarse también.

—¿Qué sabes de Estela, Nico? —añade mientras les acerca una estufa.

—Está de camino. Todavía tardará un rato en llegar —contesta mirando el reloj.

—Bien. Estáis en vuestra casa. La cafetera está lista, por si necesitáis pilas.

—Gracias por todo.

Se quedan solos otra vez. El móvil de Cas echa humo, pues llevan un buen rato mirando las imágenes de lo encontrado en el baúl.

—¿Conclusiones? —Héctor se pasa repetidas veces la mano por el pelo, como suele hacer cuando está cansado o preocupado.

Nico se levanta y pasea por el comedor para estirar las piernas. En una zona, el techo es más bajo porque sostiene las escaleras que llevan a la vivienda y se ve obligado a inclinar la cabeza hacia delante, pero lo hace casi de forma automática, por la costumbre. Cuando pegó el gran estirón siendo un adolescente, los camareros de La Marina y el propio Manuel solían reírse de él y le preguntaban, socarrones, si pensaba alcanzar las nubes.

—Entre las cartas faltaba también la de Cáncer, lo que quiere decir que alguien más está en peligro de muerte y que, sea quien sea, tampoco nos ha pedido ayuda. La propiedad original de la baraja sigue siendo un misterio y también quién envió las cartas, pero estaban en el carromato de Tshilana y, salvo que alguien las dejase allí o al contrario, se llevase las que faltan, su culpabilidad gana puntos.

—A no ser —lo contradice Mateo— que alguien quiera que lo pensemos.

—¿Para qué?

—Para joderles, por ejemplo. Puede tenerles manía o cuentas pendientes con ellos, con el clan Vargas. Recuerda a los feriantes del otro día, sus trapicheos y chulería. Seguro que más de uno los odia por maleantes.

—Además, no imagino a alguien de su edad capaz de llevar a cabo esta locura, y habría sido muy torpe por su parte abrir el baúl delante de mi tía si estuviera usando esa baraja —asegura Héctor—. Convertirla en sospechosa sería, por otro lado, un buen modo de sacársela de encima. Ándor y Kavi, que por cierto son hermanos, son también sus parientes más próximos. Es fácil suponer que deseen el mando. Llevan años esperando.

—Desde luego, seguro que con la matriarca lejos, podrían vender drogas a sus anchas y ganar mucho más —apunta Nico—. Incluso podrían ser todos culpables; por más que solemos hablar del asesino, seguimos sin la certeza de que sea una sola persona.

—¿Cuál sería el motivo? —Cas arruga los ojos, como si ese gesto la ayudara a pensar mejor—. Son crímenes muy pasionales: hay rabia, ira, deseo de infligir un dolor insoportable.

—¿Qué fue del hermano y de los padres de Tshilana, Héctor?

¿Murieron todos? Porque Tshilana parece la única superviviente.

—Ya sabéis cómo es esa gente, Nico. El secretismo es su biblia y, por más que hemos insistido, han contado lo mínimo.

Les explica que el matrimonio Vargas tuvo a sus hijos menores a una edad avanzada y que Tshilana fue más madre que hermana. Roto por el dolor de la desaparición de Lorelai, el matrimonio delegó en ella las riendas del negocio y vagaron por el circo como almas en pena hasta que la muerte se los llevó. El hijo varón, Wesh Vargas, se marchó poco después que su hermana, dolido por su ausencia y porque no iba a recibir la responsabilidad de cuidar del circo y la familia. Se perdió su pista y nadie tuvo interés en buscarlo.

—¿En serio? ¿Pasaron de él? —A Cas le parece rarísimo—. ¿Por qué los padres Vargas no pensaban seguir la línea del linaje masculino? No es que a mí me guste, pero creo que es lo normal entre gitanos. Si Lorelai había desaparecido...

—Se había marchado, según la bruja —recuerda Mateo—, no olvidemos las postales.

—Cierto. Los matasellos son auténticos y las fechas coinciden —confirma Héctor—, pero ya no sé qué pensar. Respecto a lo otro, Casilda, yo me pregunté lo mismo. Pero ese tipo del que hablasteis, el del genio y la quincalla dorada... —Chasquea los dedos intentando recordar y se palpa los bolsillos de la chaqueta buscando sus notas.

—Petrus —dice Nico.

—Exacto. Bien, pues el tal Petrus retó delante de todos a Tshilana y llamó al tal Wesh bujarrón de mierda. Ándor le exigió respeto, pero ya lo había soltado.

—¿Era gay? —Cas silba—. Vaya. Eso sigue siendo pecado mortal en según qué ambientes, y explica que se largara.

—No tan rápido, Casilda. Petrus es un resentido. Desconozco el motivo, pero creo que diría cualquier cosa con tal de herirla.

—¿Por qué resultaría hiriente que Wesh fuese homosexual, señor?

—Por las costumbres, Casilda. Por las viejas costumbres. No es tan fácil cambiarlas.

—Es raro que Petrus se atreviese a ser tan descarado. —Nico parece desconcertado, y Mateo farfulla algo mientras abre una lata de cerveza ante la mirada reprobadora pero inútil de Héctor—. La otra noche me pareció que respetaban a Tshilana. O al menos, que la temían.

—Esa mujer es inteligente y astuta —asegura Héctor—. Su estrategia ha sido darles permiso para hablar sin reparos, demostrando que no tenía nada que esconder. Y salvo Petrus, que rezuma ira, los demás han sido respetuosos al recordar.

Héctor continúa relatando el interrogatorio en la carpa asegurando que, de los pocos testigos que aún quedan del fatídico incendio, la mayoría opina que lo provocaron unos payos amigos de Lorelai, aunque el único argumento que respalda esa opinión es la antipatía que el grupo

masculino se había ganado a pulso: solían beber, buscar camorra, mirar por encima del hombro y meter las narices en todo. Incluso se burlaban más de Wesh que los machitos del circo, y aquella noche, como tantas otras, también se presentaron para ver la función, como si fueran amos y señores del lugar. ¡Por supuesto que habían sido ellos! Nadie del clan se cargaría el negocio que les daba de comer.

Explicaron que al principio todos creyeron que se trató de un desgraciado despiste: una colilla en un lugar inadecuado, un hornillo sin apagar, un quinqué o una estufa demasiado cerca de algún tejido acrílico..., pero los especialistas confirmaron que alguien había rociado el suelo con gasolina y quedó claro que, de fortuito, nada. Eran las fiestas de primavera del pueblo, todo el mundo andaba feliz y achispado esa noche, la temperatura era agradable, soplaba una brisa suave y el espectáculo había sido magnífico. El mejor. El más grande de todos los tiempos. Lorelai acababa de regresar después de un tiempo alejada del trapecio y, con Wesh, habían volado por los aires como si fueran ángeles, vestidos de brillantes lentejuelas y plumas, acompañados por los aplausos y vítores del público enfebrecido. Los hermanos Vargas habían desplegado su encanto, y su arte se había apoderado de la carpa y del ambiente, y todos habían olvidado las desavenencias. Pero, más tarde, acabada la función y con los últimos rezagados entrando y saliendo de las casetas que aún no habían cerrado, la oyeron amenazar a su familia con largarse. Horas después se desató el fuego y amaneció con gran parte del circo carbonizado y gente hospitalizada por quemaduras, inhalación de monóxido y lesiones provocadas al huir de las llamas.

—Decían —continúa Héctor— que Lorelai no había vuelto a ser la misma desde que se relacionaba con ese grupo. No hace falta demasiada imaginación para ponerles nombre. Sus padres y la propia Tshilana intentaron hacerla entrar en razón, convencerla de que esa amistad no podía llevar a nada bueno, y las familias de los jóvenes también apoyaron la idea. Durante unos años la presión funcionó pero, al hacerse mayores, se reencontraron y solían reunirse en la caseta donde ella echaba las cartas y pronosticaba el futuro. Dicen que era la más grande y bonita de la feria, y también que allí hacía lo que quería.

—¿Como acostarse con alguno de esos tipos? —supone Cas.

—Tal vez con más de uno. Los camellos del otro día la llamaron poco menos que putón verbenero y después hablaron de un bombo —recuerda Nico, con Cas farfullando «machistas retrógrados» por debajo de sus palabras—. Es posible que nuestras víctimas pelearan por su atención, que ella intentara dar caza a alguno quedándose embarazada, o que algún feriante estuviera enamorado de ella y los odiara por entrometerse. Los tres eternos motivos. *Cherchez la femme.* Los celos. Y el dinero, porque, aunque todavía no ha dado señales, seguro que lo hará.

—Cuando esto termine —advierte Héctor, decidido—, nos ocuparemos del asunto de las drogas. Los de Estupefacientes ya están en

ello. Si creen que voy a dejarlo pasar...

Pero todos, incluso él, se han anclado en su primera frase: cuando esto termine. Cuando termine. Porque nadie garantiza que el final, cuando llegue, sea bueno. Consciente de ello, se centra en hablarles de Miha Radu.

—No era un tipo querido en el circo, pero sí necesario. Era fuerte y dominaba el montaje de la carpa, el traslado de carromatos y cualquier tarea que requiriese fuerza y valor. Era capaz de colgarse de un andamio a muchos metros de altura sin miedo alguno. Y también era mala gente, según las voces. Otro que se largó, aunque lo hizo un par de años después del incendio, con el dinero suficiente para su nuevo negocio.

—¿Tráfico de drogas, como ahora?

—Podría ser.

—¿Crees que Tshilana sabe lo que hacen?

—Puede, Nico. Pero algo me dice que aunque esa mujer está muy preocupada, no es por los trapicheos de drogas.

—¿Una corazonada?

—Llámalo instinto gitano, si quieres. —Héctor trata de encontrar las palabras adecuadas para no parecer alguien poco serio—. Sus sombras, que son muchas, me suenan a cicatrices profundas. El pasado, ya sabéis, que siempre se empeña en quedarse.

Venciendo una vez más al desánimo que provoca la desesperanza, lo repasan todo por enésima vez. Las postales con sus frases hirientes, la foto familiar y las de la desaparecida, las anotaciones en la libreta de flores referidas a gastos del circo, recaudación, fechas de funciones y otros varios, y también las cartas del zodiaco ausentes de su baraja y las extrañas frases escritas en el delicado pergamino atado con un lazo azul de raso:

—Escuchad esto. —Cas lee en su móvil: «Niño querido, prometo protegerte de aquí en adelante y hasta el fin de mis días y aún más allá. Le pido al Dios Sol y a la Diosa Luna que te cubran de buenos augurios como mereces. Así sea. Así sea. Así sea».

—¿Qué puñetas significa? —se desespera Héctor—. ¡Qué harto estoy de no entender, maldita...!

—Es una oración gitana.

Todos saltan en sus sillas, porque la voz de Mercedes les llega desde las sombras. Ella se acerca con el pequeño Simón en brazos y mira por encima del hombro de Cas, ávida de curiosidad.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Por la abuela. —Mercedes sonríe—. Me contaba historias de su familia, viejas costumbres. Estas frases se decían en los bautizos, cuando los bebés cumplían los tres meses. El lazo es azul porque era un niño. Oficialmente, los niños tenían padrinos y las niñas madrinas. Era un privilegio y debían demostrar verdadero interés y amor por el recién nacido. Aunque pueden haber cambiado las cosas desde entonces.

Deberíais preguntarle a la tía Sol. —Cas desliza la pantalla y Mercedes alarga el cuello con descaro—. ¿Y esta mujer tan guapísima?

—Apenas se la ve.

—Pero se intuye. Mírala. Me recuerda a esas actrices italianas de antes. Ya no hay mujeres así. —Se acerca más todavía y observa admirada a Lorelai—. Y esta había dado a luz.

—¿Cómo dices?

—Esas venas azuladas en el pecho, la redondez de su figura. —Desliza con suavidad el dedo por las formas de la joven—. Primero he pensado que estaba embarazada, pero no. Estaba amamantando a un bebé.

Se miran. Doña Sol había sido clara respecto a eso: Lorelai había perdido el bebé. Tshilana se lo había dicho. La puerta se abre de golpe y ahogan un grito. Es Estela, que ha regresado de la ciudad.

—Parece que hayáis visto un fantasma. —Lanza su abrigo a una silla, mira a Nico, por si adivina en él alguna noticia esperanzadora, y viendo que no las hay, corre a coger en brazos su hijo.

37

Llafranc, 5 de marzo, 00.50

Cas, al entrar, mira con disgusto a su alrededor. La pequeña casita blanca está muy distinta de como suelen tenerla Marcos y ella. Mateo lo tiene todo desordenado, su ropa campa por doquier, el frigorífico está habitado por demasiadas latas de cerveza, y el fregadero, lleno de cacharros por fregar. Sin que nadie se lo pida, lo lava todo rápido, deja varios vasos y cubiertos en el escurridor, cambia la bolsa de basura y saca de su mochila algo de comida preparada y la deja sobre la encimera.

—Déjalo, Cas. No tienes por qué...

—Lo hago por Marcos —asegura fulminando a Mateo con su mirada encendida—. Quiero que lo encuentre todo limpio cuando vuelva a casa.

Nico baja los ojos. Cuando vuelva a casa. Cuando vuelva. Cansado del tira y afloja que los primos se traen entre manos, decide que le pedirá a Cas que no sea tan dura con Mateo, por más que este se porte como un borde o sea un borde a secas. Cada uno lo lleva como puede. Ya llevan un rato esperando a Jamal, que se retrasa. Mateo saca un par de latas de la nevera y enciende un pitillo. Lleva una camiseta negra sin mangas con las siglas ACDC y su habitual vaquero negro desgastado.

—Ya está aquí —anuncia, y va a abrir.

En efecto. Jamal entra en el salón y se baja la capucha que le cubre el rostro. A modo de saludo, mira a su alrededor y silba:

—Alucinante, ¿no? Yo en casa de unos maderos. Por segunda vez. Vivir para ver.

—Las circunstancias extraordinarias requieren métodos extraordinarios. Cuando todo esto pase, iremos de nuevo a por ti. Supongo que lo tienes claro. —Mateo le ofrece una cerveza—. ¿Y bien? —Apura la suya, deja la lata sobre la mesa con un golpe seco y recupera el mondadientes—. ¿Has hablado con ese tío?

—¿Con Kavi? Claro. ¿O crees que esta es una visita de cortesía?

—Vale, vale. —«Demasiada testosterona junta», piensa Nico—. Gracias por venir, Jamal. —Está a punto de añadir que conoce el riesgo que supone, pero pasa—. ¿Qué te ha dicho?

Jamal cruza las piernas, abre su lata, da un sorbo comedido y arranca a hablar:

—Lo he acojonado con zanjar mis asuntos con él y ha cantado como una soprano. —Sonríe a la nada, satisfecho de sí mismo, y continúa—:

La tal Lorelai tenía una caseta preferente, la más grande y bonita de la feria. Era de color azul turquesa —Mateo y Nico se miran: ellos se habían escondido precisamente allí—, y se hacían largas colas para oírla pronosticar el futuro, leer el zodiaco y echar las cartas del tarot. —Bien. De momento, sus palabras confirman las de Héctor—. La gente era capaz de esperar mucho rato para tener con ella una sesión privada, y además, era una increíble trapecista y hacía un número espectacular con su hermano. —Saca un papel del bolsillo y lee su propia letra—: Wesh Vargas. Su mellizo.

—¡Mellizos! No lo sabíamos. —Cas está sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, y se inclina hacia delante como si ese gesto de interés la ayudase a concentrarse—. Eso es más que hermanos.

—¿Qué importa? ¿Qué aporta este dato? —Mateo está harto de oír siempre lo mismo.

—Ni caso. —Nico hace un aspaviento indicándole a Jamal que pase de sus quejas—. Continúa, por favor.

—Según Kavi, Wesh dejó el circo cuando su hermana desapareció. Se largó, vete a saber dónde. Se descubrió que era marica y todos se burlaban de él.

—Así que el comisario estaba en lo cierto. Una nenaza entre machotes. Se debió liar parda.

—¿Nenaza, marica, en serio? —Cas está indignada—. ¿Vosotros dos en qué siglo vivís?

—En el siglo de encontrar a mi hermano con vida, Cas. No me toques las narices con chorradas.

—¡Basta! —Nico se pone en pie de un salto—. Estamos desquiciados. Es normal. Hace ya catorce días, y el tiempo se nos echa encima. Aunque no lo decimos en voz alta, estamos muertos de miedo. Pero más nos vale tratarnos bien, ¿de acuerdo? Ser bordes no va a ayudarnos. —Otra vez le invade la curiosa sensación de que no le pega nada ser el responsable del grupo. Y le cabrea.

Mateo enciende un pitillo. Jamal permanece en silencio y mira a Nico muy serio. Cas sale de la habitación y regresa poco después, con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes.

—Perdona —se excusa con Jamal—. Puedes continuar.

—Bien. Al principio, ante la sospecha de que el chico era gay —carraspea Jamal mirándola—, la familia no se manifestó abiertamente. De hecho, intentaban que saliese con una chica del circo y él lo hacía sin gran entusiasmo. Pero entonces uno de esos monaguillos, que ya eran hombres adultos, empezó a tirarle los tejos sin cortarse. Eso acabó de enrarecer el ambiente y de mosquearlos a todos.

—¿Quién era?

—Kavi no lo recuerda, lo que a mi parecer significa que no quiere decirlo. Pero sí ha comentado que, de no ser porque sus hermanas lo protegían, algunos gitanos le hubieran dado una buena tunda a Wesh.

—¿Y sus padres?

—Fueron los que lo llevaron peor y procuraban hacer la vista gorda ante las burlas. Eran gente anticuada, se habían ganado el respeto siendo exigentes con su ley, y el poder es goloso y quien lo ostenta no suele ponerlo en jaque. —Nico lo mira sorprendido de que sea precisamente él quien reconozca esa verdad—. Acabaron relegando a su hijo a un carromato en la zona más recóndita del recinto ferial, mostrando así su repulsa y su vergüenza, y esperando que reaccionara.

—Pero no lo hizo. Y bien por él, porque se largó. —Cas está satisfecha esta vez—. Seguro que esperaban que les diese un heredero.

—Supongo. Los mellizos tenían veintiún años en el 91 —sigue Jamal— y, aunque los gitanos suelen casarse pronto, Lorelai y Wesh formaban un dúo inseparable y no parecían estar por la labor del enamoramiento.

—¿Cómo conocieron a los del pueblo? —Nico va al grano—. ¿Fue en la feria?

—No, qué va. —Jamal bebe otro sorbo—. Los mellizos hicieron la primera comunión en la ermita de Fitor, cuando tenían nueve años. Fue el actual párroco de Palafrugell el que ofició la ceremonia, según ha podido averiguar Kavi. En aquella época unos chicos algo gamberros, podéis imaginar quiénes, hacían de monaguillos. Durante el tiempo que duró la catequesis, y a pesar del disgusto de sus familias, se hicieron amigos.

—¡Joder! ¡Haber empezado por ahí! —exclama Nico, atónito. El vínculo original, al fin. Tanto tiempo buscándolo y era cosa de la infancia—. Algo tan inocente como la primera comunión —dice extrañado— tuvo que estropearse mucho para derivar en esta carnicería.

—De nada —sonríe Jamal mostrando su dentadura perfecta y sin disimular la importancia que se da a sí mismo.

—De modo —sigue Nico, sin intención de alimentarle ni un ápice el ego del que a todas luces va sobrado— que Lorelai tenía un mellizo, ambos conocieron a las víctimas en Fitor siendo unos críos, se hicieron amigos y, muchos años más tarde, a pesar de las presiones, volvieron a verse. Ella se queda embarazada, él sale del armario o lo obligan a salir y, después de una increíble función, la chica amenaza con largarse, el circo se incendia de madrugada, Lorelai se las pira y su hermano lo hace poco después.

—Exacto —confirma Jamal—, basta indagar un poco en cualquier familia para descubrir historias de mierda.

Nico podría rebatir esa idea de inmediato, pero para qué.

—Entonces, ¿el destino de Wesh Vargas es otro misterio? —pregunta Cas intrigada.

—El destino, sí. —Jamal se encoge de hombros—. Pero no su desaparición, porque preparó las maletas y lo vieron despedirse de Tshilana y otros. Rechazado por el clan, no tenía motivos para seguir allí. Por supuesto, los admiradores de Lorelai no volvieron a poner un

pie en el circo y sus familias respiraron satisfechas. Ya sabéis —Jamal pone los ojos en blanco y sorna en el tono—, tema de clases. Porque la gente en este pueblo es tan fina que tiene el listón muy alto.

—Pasa de comentarios personales, tío. —Mateo tiene ahora los ojos vidriosos y habla con voz áspera.

Nico se pregunta si esas cervezas son un mero acompañamiento, un bálsamo o una necesidad.

—Te convendría una buena ducha, porque apestas. —Jamal se levanta y se acerca a Mateo con su andar elegante y seguro. Su habitual indumentaria negra y sus rasgos grandes y bien definidos le otorgan el aire peligroso que pretende—. Y darle menos a las birras. Me parece que no te ayudan.

—Moro de...

—¿Mierda? —Jamal aprieta los puños, Mateo sonríe de medio lado y Nico se pone en guardia—. Eres un gilipollas, Mateo Quiroga, pero tu hermano no tiene la culpa. Nada de lo que estoy diciendo es personal, a ti te iba yo a contar mi opinión. Hablo en serio. Antes del incendio, el comisario Jordi Capo le había prohibido a su hijo Nil seguir viendo a Lorelai. La mera idea de saberlo liado con una gitana le repelía. Pero la chica se quedó embarazada y, a pesar de todo, decidió llevarlo adelante.

—¿Qué dices? —Nico no da crédito—. Tshilana aseguró que perdió el bebé.

—Pues mintió. Lorelai Vargas tuvo un hijo.

—¿El padre era Nil Capo?

—Eso dicen. Pero también que la chica no era ninguna santa y había más candidatos.

—¿Por qué has dicho *a pesar de todo*? —se interesa Cas—. ¿Alguien quería que abortara?

—Sus padres la presionaron intentando convencerla. Pensar en emparentar con el comisario Capo y familia les repelía porque eran payos, y además temían que, si conocían la existencia del bebé, lo reclamasen. No iban a tolerar que una familia de policías metiera las narices en sus vidas, sin estar siquiera seguros de que Nil fuera el padre. Así que interrumpir el embarazo les ahorraba problemas, y sabían lo fácil que era practicar un aborto.

—Qué raro, ese nacimiento hubiera solucionado el tema del futuro —apunta Cas—: ya sabéis, un futuro jefe del clan.

—Seguro que les hubiera gustado —confirma Jamal—, pero no a cualquier precio.

—¿Qué has querido decir con eso de que era fácil abortar? —interrumpe Nico—. ¿En la Seguridad Social? Hablamos de hace mucho..., esa decisión debía cumplir unas condiciones...

Jamal ríe a gusto:

—Se nota que vives en un mundo transparente, Nico. No, joder, olvida la ley. Las mujeres, hartas de parir un hijo tras otro, descubrieron que

podían hacerlo a escondidas en el propio circo, sin justificarse y sin siquiera mencionarlo a sus maridos, que por supuesto lo hubieran impedido. Alguien se ocupaba de eso a escondidas. Alguien que no ayudaba solo a abortar a las del circo porque, por una buena cantidad de dinero, podían visitarla también lugareñas en apuros.

—¿Abortos clandestinos? ¿En serio? ¿Quién los practicaba?

Jamal clava sus ojos negros en Nico y desgrana despacio el nombre de la culpable:

—Tshilana Vargas, hermana mayor de los mellizos, actual matriarca del clan y enfermera de formación.

Tardan un rato en recuperar el habla. Un hijo y una paternidad desconocidos. Abortos prohibidos. Prácticas ocultas.

—¿Estás absolutamente seguro de que Lorelai tuvo a su hijo?

—Sí. —La respuesta de Jamal es rotunda—. Empezó a vestir con ropas anchas y dejó el trapecio por un tiempo. Una noche oyeron el llanto de un recién nacido y vieron a Tshilana entrar y salir de la caseta con palanganas de agua y sábanas. Todos sabían que había un nuevo miembro en el circo, pero nadie habló de ello más allá de su territorio, y tampoco dentro de él. Si mantuvieron al bebé escondido, lo dieron en adopción o campaba a sus anchas por el circo, es otro misterio. Kavi no ha logrado averiguar nada al respecto y él era solo un niño en esa época. Los Vargas cambiaron de idea o se conformaron. La cuestión es que obligaron a un pacto de silencio a su gente y todos lo cumplieron.

—¿Qué tiene de malo un bebé? —Cas está aturdida por tanto secreto. Tanto desamor.

—¿Era un varón? —sigue preguntando Nico, mucho más práctico, recordando las palabras *niño querido* del texto para el bautizo.

—En efecto.

—Tu suegra tenía razón, Nico —susurra Cas—. Había dado a luz.

Él se acerca a la ventana, la abre unos centímetros y aspira el aire fresco. Si por él fuera, cualquier reunión se realizaría en el exterior, incluso en pleno invierno. Se piensa mejor así y, además, no le gusta estar demasiado rato encerrado. Mateo sigue sumergido en un denso silencio y no será él quien le pida que participe. Se vuelve hacia Jamal:

—¿Dónde está el hijo de Lorelai?

Pero nadie puede responder a esa pregunta.

El clan Vargas ha invadido sus mentes, ellos han diseccionado sus entrañas, pero lo que saben ahora no los acerca lo suficiente a Marcos. Ni a evitar su muerte inminente. Tan solo es la evidencia de otra historia triste, de más desencuentros humanos. Y de secretos. Demasiados secretos.

Jamal se despide de forma parca, Nico lo acompaña al jardín y ambos evitan mirar las cintas amarillas que todavía revolotean atadas a unos palos, marcando el pequeño perímetro donde el asesino perdió parte de su sangre.

—Estoy aterrorizado —le confiesa casi sin darse cuenta.

—Lo sé. —El árabe duda si ponerle la mano sobre el hombro, pero lo piensa mejor y no lo hace. Algunas cosas están mejor como están—. Debes prepararte para lo peor.

—¿Crees que no podremos salvarlo?

—Creo que vamos a dejarnos la piel y el alma en ello. Y si es necesario, todo lo demás. Pero si eso no fuera suficiente...

—Lo será. —Nico patea la gravilla y añade—: Sigues sin caerme bien, Jamal. No te confundas.

—Claro que no. Tú a mí tampoco. Nos vemos, detective.

Jamal sube a su flamante cuatro por cuatro, donde espera paciente uno de sus hombres, y desaparece como una sombra negra en la madrugada. Nico se queda quieto en la noche, con las manos en los bolsillos, hasta que las luces de posición traseras del coche se esfuman. Regresa a la casa pensando en el arte del árabe al utilizar su parte oscura para encumbrarse a lo más alto, mientras a Mateo parece estar arrastrándolo al infierno. Cas le pide a su primo que descanse y hace un intento de quedarse con él, que la despacha rápido.

—No soy buena compañía. Vete con el niño de ciudad, que su mujer sabe cuidar de la gente.

—Pero...

—Sin peros. Mañana más. El tiempo corre. Y Aries se acerca.

—Come un poco, al menos. Te hace falta.

—Lo que me hace falta es salvar a mi hermano.

Nico siente una garra atenazarle la garganta, imagina cómo se siente el áspero inspector y comprende que necesita estar solo.

—No es culpa tuya, Cas. Alguien le hizo así —dice maniobrando despacio.

—Supongo. Me alegra que Marcos tenga otro carácter. No tan... oscuro.

—Creo que debemos agradecerle a Mateo que se llevara la peor parte.

—Lo sé. Y créeme que lo hago. —Cas dibuja tontamente en el cristal empañado de la ventanilla—. Pero es importante pensar que, a pesar de todo, podemos escoger quiénes somos. Porque podemos, ¿verdad, Nico?

—Debemos intentarlo.

Ya en casa, a las tres de la madrugada, Nico le da las buenas noches a Cas, la ve entrar en la habitación de invitados y distingue sobre la mesilla de noche un pequeño jarrón que Estela ha llenado de flores. Se desnuda pensando en su suerte y se mete en la cama rodeando a su mujer con los brazos.

—Buenas noches, Marcos —susurra antes de dormirse.

38

Palafrugell, 7 de marzo, 11.30

De nuevo frente a la puerta de la casa parroquial, Nico espera que esta vez Mossèn Pau atienda a razones, se centre en la gravedad del asunto y eche una mano.

—¿Otra vez usted, señor Ros?

—Yo también me estoy cansando de venir a suplicar, créame. —Nico se había propuesto ser amable, pero algunas cosas son superiores a él—. No voy a pedirle que rompa los secretos de confesión.

—Si fueran míos, no habría problema.

Otra vez con lo mismo. Da un paso al frente y el párroco le permite pasar dejando escapar un suspiro. Se dirigen al despacho que ya conoce y una mujer de mediana edad sale al paso desde algún sitio y les pregunta si les apetece un café.

—¿Señor Ros? Aproveche usted. A mi edad, tomarlo es casi un pecado.

—Gracias. Muy muy corto. Sin azúcar.

Otra vez esa sala húmeda, el párroco sentado en la silla maciza de madera antigua y él dispuesto a suplicar información.

—¿Conoce usted al inspector Pàmies?

—Tono Pàmies. Por supuesto. Un hombre que ha sufrido lo indecible.

—Y que ha desaparecido. Igual que mi amigo, el subinspector Quiroga.

—He oído hablar de él. Siempre bien. Y conozco a su madre, una buena mujer.

—Que también ha sufrido lo indecible, *mossèn*, y no creo que pudiera soportar la pérdida de su hijo pequeño.

Mossèn Pau cruza las manos y mira a Nico a través de sus gafas. Su rostro es extremadamente delgado, la edad lo ha marcado con su sello indiscutible, y su escaso cabello blanco y fino descansa sobre sus orejas.

—¿Qué necesita hoy de mí?

La mujer entra con una bandeja: galletas, el café muy corto para Nico y otro con aspecto desangelado, sin duda descafeinado y mezclado con algún tipo de leche que ni siquiera debe ser leche, para el cura.

—La última vez sus palabras me llevaron a la ermita de Fitor.

—Veo que se ha ganado el título que ostenta.

—Y yo veo que usted quiere ayudar, aunque a veces no sabe cómo. La investigación nos ha llevado hasta la joven Lorelai Vargas, una chica

gitana que desapareció después del gran incendio del circo, en mayo del 91.

—Lo recuerdo perfectamente. Mi memoria está burlando mi edad y se mantiene intacta, lo que no siempre es bueno. —Da un pequeño sorbo de su sosa bebida y continúa—: Acudí al hospital por si alguien me necesitaba. Fue dramático, esa gente perdió su sustento y tardaron en remontar, pero gracias a Dios, no hubo muertes que lamentar.

—Lo sé. —Nico recuerda las palabras de Casals—. Pero ahora le voy a pedir que se remonte a un pasado más remoto todavía, cuando Lorelai y su hermano Wesh eran dos niños de nueve años y usted los preparó en Fitor para la primera comunión.

—Así fue, en efecto. —Mossèn Pau eleva la mirada y la deja vagar por las manchas de humedad que pueblan el techo—. Algunas personas no estaban de acuerdo con mi decisión de admitir a esos niños en la catequesis, pero les convencí diciendo que marginar a la gente por su etnia no era cristiano y, además, un mal ejemplo para sus hijos, que se estaban preparando para recibir a Jesús.

Nico no puede evitar una expresión de grata sorpresa. Bien por el cura. Poner límites a los mandamases de los pueblos, porque seguro que las quejas provenían de ellos, no era algo que cualquiera se atreviese a hacer.

—Había allí unos chicos que hacían entonces de monaguillos —continúa—. Nil Capo, Tomás Juliá, los hermanos Andreu y Paco Quiroga.

—Y el padre Molina —concluye el párroco—, que era el único que estaba por devoción, porque temo que los demás lo hacían por obligación. En los setenta era todavía habitual, sobre todo en los pueblos, pensar que los curas éramos capaces de meter a los chicos en cintura, aunque no siempre lo conseguíamos, y a mí nunca me ha gustado la mano dura. Soy de la opinión que se asienta en los corazones y los estropea.

Nico lo mira de nuevo sorprendido y no puede evitar sentir cierta simpatía por el anciano, empañada de inmediato por el hecho de que no haya preguntado a qué se debe el interés en esa gente, lo que delata que sabe cuanto él desearía saber, y que merece, sin duda y al mismo tiempo, su antipatía.

—Háblame de entonces, *mossèn*, por favor. Dígame qué recuerda, porque estoy convencido de que fue cuando se fraguó lo que está ocurriendo ahora: los asesinatos, las amenazas y las desapariciones.

Mossèn Pau se estremece y Nico se da cuenta de que él también tiene frío. En este despacho la humedad es dueña y señora, va calando incansable, y se pregunta por qué el anciano no se ocupa de convertirlo en un lugar más confortable.

—Cierta incomodidad le impide a uno relajarse demasiado. —Sonríe ante la sorpresa de Nico al ver que ha adivinado su pensamiento y

aborda el asunto—: Algunos de esos chicos solo pasaban por un mal momento —asegura, regresando a la mirada vaga que parece utilizar para evocar años muy lejanos—. Tomás Juliá y Nil Capo eran, como debe saber, de familias privilegiadas. Niños bien del pueblo que, de no ser por esos días forzosos en la ermita, apenas se hubieran cruzado con los otros.

—Comprendo.

—¿Seguro? —Mossèn Pau se inclina hacia delante—. Usted viene de la gran ciudad, donde todo queda más diluido. Pero en un sitio como este, las diferencias se hacen más evidentes. Y duelen.

—¿Puede concretar?

—En según qué situaciones, los malos pensamientos afloran en los niños por primera vez, al hacerse conscientes de esas diferencias. Ya sabe. La infancia desaparece de cuajo y llega la rabia, igual que lo hace la angustia en cuanto son conscientes de la muerte y la finitud. —Ahora se reclina sobre el respaldo, apoya los codos en los reposabrazos y entrecruza los dedos—. Cuando llegaron los hermanos gitanos, supongo que los encontraron diferentes y exóticos. Todos querían ser sus amigos y pasaron a ser los protagonistas. La niña..., Lorelai, parecía una mujer a pesar de su edad. Ya me comprende.

—Explíquese, por favor.

Claro que lo ha entendido, pero no va a saltarse ni un mínimo detalle. Por si acaso. Porque, a veces, las respuestas más importantes se esconden en los detalles más pequeños. En lo que muchos podrían calificar de *insignificante*, una palabra peligrosa en el mundo de la investigación.

—Debajo de esta vieja sotana todavía hay un hombre, señor Ros, y no nací sacerdote. Sé distinguir a una mujer coqueta de una peligrosa.

—Y Lorelai, ¿de qué tipo era?

—De ambos, pero sobre todo del peligroso.

—¿Y cuál era su peligro?

—Diría, que Dios me perdone —susurra Mossèn Pau—, que Lorelai Vargas poseía un alma oscura.

Ahora es Nico el que se estremece. Le pide que sea más claro todavía. Qué tipo de mal. Qué puñetas podía hacer una niña de nueve años que la convirtiera en alguien a quien temer.

—Debería usted visitar a Paquita. Ella ya cuidaba de la ermita cuando era mi parroquia. Veía lo mismo que yo pero, al ser mujer, prestaba atención a los detalles. A las conversaciones. A todo lo que se gestó durante esos días.

—¿Puede decirme dónde vive?

Nico se despide agradecido, con una dirección anotada en el bolsillo y mil mensajes de Cas preguntándole dónde carajo está. A punto de responder, mira el móvil dudando y lo guarda en un bolsillo interior del abrigo. Una impetuosa y tal vez inexplicable necesidad de estar solo le

impide contestarle.

—Es normal, señor Ros —asegura el *mossèn* mientras lo acompaña a la salida.

—¿El qué?

—Necesitar estar a solas. —Le sonríe afable, leyéndolo otra vez con una facilidad pasmosa—. El alma piensa mejor sin compañía. Y el silencio es el mejor aliado de la inspiración. —Antes de que la gruesa puerta de la casa parroquial se cierre, el cura añade—: Rezaré por usted.

—Hágalo mejor por mi amigo Marcos —pide Nico, incapaz de controlar el movimiento involuntario de su barbilla—. Es quien más lo necesita. Y quien más lo merece.

Vuelve a encontrarse en la calle, en compañía de algunos pocos transeúntes apresurados. Palafrugell se ha convertido en un pueblo engullido por el miedo. De calles y paredes fantasmas. De personas desconfiadas. La mañana es fría y el cielo muy azul. Alza el rostro y cierra los ojos buscando el confort del sol, que brilla en lo alto. Deja que su suave calidez lo bañe unos segundos y después apresura sus pasos en dirección a casa de Paquita.

Fitor, 12.55

—¿Paquita? ¿Está usted ahí? —Nico ha saltado el cordón policial y encontrado la puerta abierta. La nave de la ermita está vacía, impoluta. No queda rastro del suicidio del cura, los bancos de madera relucen y flota en el ambiente un suave aroma a limpieza.

—Buenos días, señor Ros. Mi marido me ha avisado de que venía usted.

—Y a mí de que usted estaba aquí, Paquita. —Nico le muestra la mejor de sus sonrisas para que se relaje.

Ella lo observa con un trapo para limpiar el polvo en una mano y un tubo con vaporizador en la otra.

—Es que me daba pena cómo había quedado todo esto —aclara, como si él necesitara una justificación.

—Da gusto volver a ver este lugar tan bien cuidado —asegura Nico logrando que se ruborice—, pero no debería estar aquí sola.

—El comisario Narváez me dio permiso para limpiar. «Siempre y cuando vaya usted acompañada» —admite, imitando la voz grave de Héctor.

—Pero no lo ha obedecido...

—N... no. —Se sonroja dejando escapar una risita—. Quería estar sola. Limpiar me calma y no creo que nadie me considere peligrosa, ¿verdad? —Lo invita a seguirla y se adentran en la diminuta vivienda donde el cura pasó casi toda su vida. También huele bien y está ordenada: Paquita ha desenchufado la nevera y los alimentos podridos han desaparecido. Sobre una mesa, hay un jarrón con flores blancas—. Son

liliums. O azucenas, como prefiera. Al padre Molina le encantaban. Y a la Virgen también, estoy segura. Yo solía traerlos, adornábamos el altar y las hornacinas y después le preparaba un pequeño ramo como este para alegrar un poco el ambiente de su hogar. —Se ha emocionado y recoge con la punta de su delantal una lágrima incipiente—. Disculpe. Todavía no lo llevo bien.

—Es lo normal. Creo que usted trabaja para esta parroquia desde muy joven y debía tenerle afecto al padre. —Le ofrece una silla, la mujer se lo piensa, se sienta al fin y Nico hace lo mismo—. Paquita, discúlpeme si no me ando con rodeos. Voy escaso de tiempo.

—Por supuesto. Sé que están buscando a dos personas que podrían estar todavía vivas. Pregunte lo que quiera, aunque no sé cómo ni en qué puedo ayudarle.

—¿Confía usted en mí?

—Apenas le conozco, señor Ros. Pero he llamado a Mossèn Pau al saber que usted venía hacia aquí. Y en él sí confío.

—Ha hecho bien. No están los tiempos para fiarse de cualquiera. —Nico se inclina para que sus cabezas estén a la misma altura. Paquita es más bien pequeña y no quiere intimidarla más todavía. Le habla de su conversación con Mossèn Pau. De lo que este opina sobre Lorelai y de su consejo de hablar con ella—. Cree que a las mujeres no se les escapan ciertos detalles que a nosotros sí. Mi mujer me conoce más que yo a mí mismo —dice con voz amable. Paquita se relaja del todo y se muestra ávida por ayudar—. Hábleme de aquella época, por favor.

—No soy una cotilla, señor Ros. Algunas de las cosas que voy a contarle no han salido jamás de mis labios. Esta será la primera vez.

Nico siente su pulso acelerarse al ritmo de las palabras de la mujer y, de pronto, en la pequeña y sombría vicaría, con las palabras de Paquita como compañía, le parece trasladarse mucho mucho tiempo atrás y oír las risas de unos niños vestidos de monaguillos.

* * *

—Dime, Nico.

—¿Dónde estás?

—Acabo de llegar a casa. Pero cuéntame, ¿qué has averiguado?

Nico resume el relato de Paquita. Con la vista fija en la carretera, el volante bien agarrado y pisando el pedal más de lo deseable, vuela hacia casa porque también él tiene ganas de llegar. Porque aunque ni siquiera en su propio hogar consigue arrancar de su cabeza la horrible imagen que imagina de su amigo, al menos allí están Estela y Simón. Y eso es bueno. Muy bueno.

—¿Me has oído? Voy con el manos libres.

—Alto y claro. —Héctor repite lo escuchado como un autómata—: Lorelai jugaba con los hombres desde niña. Con todos, su hermano, el

cura y los demás. Les llenaba la cabeza de ideas raras, mentía, inventaba cuchicheos y consiguió que desconfiaran los unos de los otros. Era tan hermosa ya entonces que la obedecían y seguían como perros falderos. Si alguno intentaba desmarcarse de su influencia, lo amenazaba con sortilegios y maldiciones. ¿Voy bien?

—Buen chico —lo felicita Nico—, así era. A Paquita al principio le parecieron cosas de críos. No quería creer que una niña estuviera habitada por la maldad, pero poco a poco fue convenciéndose y advirtió a Mossèn Pau, quien le dijo que Lorelai merecía una oportunidad, que probablemente tenía otras costumbres y vivencias, y que debían procurar ayudarla en lugar de juzgarla.

—¿Qué hacía esa cría exactamente?

—Decirle a cada uno lo que quería oír. Les susurraba al oído que eran los mejores, cuánto les envidiaban los otros y que algún día, cuando fueran mayores, se casarían. Les hacía ojitos y les daba la mano. Ellos se derretían. Hasta que un día hubo una pelea seria. La catequesis había terminado y se hacía oscuro, pero aún no habían ido a buscar a los chicos. Mossèn Pau ya se había retirado y Paquita estaba recogiendo cuando oyó llantos y gritos. Salió de la ermita y vio a dos chicos peleando y a los demás, especialmente a Lorelai, jaleándolos. Al verla, la niña cambió de actitud y empezó a pedirles que parasen, que dejasen de pegarse, y corrió a refugiarse en las faldas de Paquita.

—¿Quiénes eran?

—Wesh Vargas y Oriol Mateu —responde Nico—, este último le estaba dando una buena tunda y le llamaba *niña.* Pero Wesh se defendió. Agarró unas piedras del suelo y lo golpeó con ellas varias veces.

—Pero ¿qué dices? ¡Qué barbaridad! ¿Y por qué le llamaba *niña*?

—Paquita no lo sabe, pero dice que unos días más tarde vio algo muy raro. Llegó muy pronto al trabajo porque había olvidado su bolso por la mañana y estaba deseando encontrarlo. Los mellizos Vargas ya estaban allí. Mossèn Pau les había dejado entrar a resguardarse del frío, pidiéndoles que se portaran bien porque estaba ocupado preparando sus sermones. Corrían por la ermita cantando bajito y todo estaba oscuro. Ella se acercó para pedirles que se comportasen, que estaban en una iglesia, pero entonces vio su bolso tirado en el suelo, las cosas que guardaba en él desparramadas y a Lorelai con su barra de labios en la mano y los labios pintados de color carmín. La sujetó para recuperarla porque, según me ha dicho, era un regalo de su marido y solo lo usaba en ocasiones especiales. Al verla de cerca, aunque ella se revolvía, pudo darse cuenta de que también se había puesto sombra de ojos y usado su perfume. La llamó por su nombre y entonces casi se murió del susto porque se dio cuenta de que no era la niña, sino su hermano Wesh, que también llevaba el pelo largo. Asegura que Lorelai no dejaba de reírse, corriendo a su alrededor. «Tú también nos has confundido, tú también nos has confundido», gritaba, divertida.

—¿Y el chaval?

—Mudo. No dijo ni mu. Solo la miraba con sus enormes ojos verdes pintarrajeados y le temblaban los labios. Paquita pensó que se iba a poner a llorar y sintió lástima. «No hagas siempre lo que te diga tu hermana», le aconsejó. Lorelai le dio una patada en el tobillo y, mientras ella se quejaba de dolor, cogió a su hermano de la mano y se lo llevó fuera. Desde la nave de la ermita, Paquita la oyó consolarlo: «No llores, pequeña, no llores, tonta, que estás muy guapa». Se le heló la sangre y se decidió a hablar con el párroco, sin delatar con detalle el incidente, pero advirtiéndole por segunda vez de los comportamientos extraños.

—Tan niña y tan bruja. A lo mejor no fue tan horrible que desapareciese —suelta Héctor, cansado de tanta maldad, de tanto corazón oscuro—. ¿Por qué se dejaba el chico manipular así por su hermana?

—Quién sabe, Héctor. Por miedo. O por amor. O por las dos cosas.

—O —añade Héctor— porque era homosexual y, a pesar de tener solo nueve años, lo sabía y su hermana también.

—Todavía hay más —anuncia Nico oyéndole suspirar al otro lado de la línea—. Después de ese incidente pasó algo peor: Oriol Mateu fue al hospital por fiebre alta y hemorragias y supuración en los oídos. No podía oír nada y los médicos aseguraron que tenía los tímpanos reventados. No hubo nada que hacer y le diagnosticaron sordera definitiva.

—Virgen santísima. ¿Wesh lo dejó sordo?

—Eso se supone. Si Oriol se hubiera quejado antes del dolor... Pero ni él ni su hermano quisieron explicarle a su madre qué había pasado y los otros chicos también guardaron silencio. Paquita, que fue la única testigo además de ellos, insistió a Mossèn Pau que no permitiese más tiempo esa relación enfermiza y le contó lo que había visto. Tardó un poco en convencerlo pero, al final, él no tuvo más remedio que claudicar y disolver el grupo de monaguillos. Después de eso, los mellizos hicieron la comunión y tampoco volvieron por allí.

—¿No volvió a verlos?

—Muchos años después, el día que Paquita llegó al trabajo y encontró al padre Molina, ya párroco de Santa Coloma, con dos mujeres que, al verla, salieron a toda prisa. Eran gitanas y una de ellas llevaba a una criatura en brazos, envuelta en una manta. Había pasado mucho tiempo, pero reconoció los ojos de Lorelai Vargas.

—¿Qué dices?

—Sus miradas se cruzaron un segundo y ellas se fueron corriendo. Paquita intentó preguntarle al párroco qué hacían allí y, aunque le respondió que era un asunto privado, ella reconoció los enseres que se usan en los bautizos: la concha, una toallita de hilo y el cirio, que seguía encendido.

—Así que Lorelai le pidió al padre Molina que bautizase a su hijo —

murmura Héctor—. Necesitaremos ese certificado.

—Después del suicidio, enviaron los archivos a la parroquia de Palafrugell. Puedo hacerle otra visita a Mossèn Pau. Me gusta acosarlo —reconoce, malicioso.

—Gracias, Nico, pero esta vez lo haré yo. Estoy cansado de sus silencios y verdades a medias.

Se acerca un ruido de sirenas aullando cada vez más fuerte. Tres coches patrulla se cruzan con el de Nico. Héctor también lo oye y ambos callan unos segundos.

—¿Sabes si hay alguna novedad?

—Ojalá. Pero yo les digo que vayan arriba y abajo. A izquierda y a derecha. A todas horas. Todos los días. Por si acaso. ¿Entiendes? En algún sitio tiene que esconderlos.

—¡Qué extraño! —exclama Nico de repente.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien?

—Sí, tranquilo. Estoy llegando a casa, pero es que... me está envolviendo una niebla tan densa como no la he visto nunca.

—La veo. Acabo de asomarme a la ventana. Casi parece... sólida. ¿De dónde puñetas ha salido?

—Del infierno, supongo.

39

Llafranc, 8 de marzo, 10.15

Estela sale de casa con el cochecito. Simón juega con un sonajero, mirándolo divertido con sus enormes ojos, claros como los de su padre. Lo ha cubierto con una manta suave y una capota impermeable, porque la temperatura ha bajado en picado y el termómetro marcaba dos grados. La masa de niebla que los visitó ayer tarde sigue envolviendo el pueblo y no le deja ver más allá de un par de metros. Camina despacio, añorando, pese a no ser una persona nostálgica, el verano y sus días claros y cálidos. Un tiempo más feliz.

Con la cara pegada al ventanal que separa su casa de la calle y viendo el ambiente desapacible que prometía el exterior, ha estado a punto de mantenerse recluida en casa, pero necesitaba desconectar un rato, salir con su hijo a dar una vuelta, respirar profundo, oler el mar. Nico se ha marchado pronto y Cas estaba pegada al teléfono, haciendo llamadas con tanto interés que ni siquiera la ha oído cuando le ha dicho adiós.

Al pasar por delante de La Marina, ve la verja medio abierta, asoma la cabeza y se encuentra a su padre limpiando detrás de la barra. Que el restaurante siga cerrado al público no le impide a Manuel tenerlo impecable.

—Hola, papá. ¿Preparándolo todo? Ya falta menos para abrir.

—Buenos días, cariño. ¿Cómo estás? —Sale para besarla y le hace carantoñas a su nieto—. Qué tontería de pregunta, ¿verdad? ¡Cómo vas a estar!

—Pues preocupada, como tú. —Estela señala las botellas relucientes —. Porque cuando limpias sobre limpio...

—Es que no he podido salir a pescar por la niebla. Y ese pobre chico..., y Tono. —Manuel se sienta con el trapo todavía en la mano—. A tu madre le está afectando mucho todo esto.

—Papá —Estela se pone en cuclillas y le coge las manos—, no tienes que ser siempre el fuerte, ¿sabes? Tú también puedes estar triste.

—¡Pero si la fuerte es ella!

—No, papá. Mamá es dura, porque necesita resistir. Tú pareces más blando, pero eres sólido como una roca. —A Estela le brillan los ojos y Manuel la mira con amor infinito—. El dolor por lo que le ocurrió a Marina nos acompaña a todas horas, pero tú eras su padre y me admira que...

—No era su padre, niña. —Manuel le acaricia el pelo—. Todavía lo

soy. Cada minuto, cada hora, cada día de mi vida y, después, también. —Estela lo escucha sin soltarle las manos—. Siento a tu hermana siempre conmigo. Por eso puedo vivir.

—Sé a qué te refieres —musita ella—: en ocasiones, puedo oler su perfume.

Manuel asiente, Estela apoya la cabeza en sus rodillas y él le acaricia el pelo. Dejan que pasen los minutos, que el tiempo se deslice sin afectarles. Simón se deja oír desde el cochecito y Estela le propone pasear juntos.

—Un poco de frío nos sentará bien.

Alguien entra y ambos levantan la vista. Estela se incorpora y saluda:

—Hola, Miren.

—Buenos días. Siento la interrupción... —Tiene mala cara, ojeras oscuras y le tiemblan los labios y la barbilla.

—Siéntate junto a la estufa. —Manuel acerca una silla—. Tienes las manos heladas, chiquilla. ¿Cómo se te ocurre salir sin abrigo? Voy a darte algo caliente.

Unas lágrimas silenciosas caen sin avisar por las mejillas de Miren. Estela se sienta a su lado y le coge la mano.

—No pasa nada. Puedes llorar.

Miren da entonces rienda suelta a la pena que lleva reteniendo demasiados días. Simón se queja en el cochecito. Estela lo coge y, al poco, Manuel regresa de la cocina y le ofrece a la recién llegada una bandeja.

—Pan tierno, queso de cabra y un buen caldo que, quizás, no es lo ideal para un desayuno, pero te ayudará a entrar en calor. —Miren la acepta y sostiene el tazón entre sus manos, que pronto recuperan un tono rosado y deja de tiritar. Manuel sonríe satisfecho—. Me parece que no tienes muchos amigos por aquí, pero eres bienvenida a mi casa.

—Es que en el bar del hotel todos hablan de lo mismo. Dicen que Marcos aparecerá muerto en cualquier momento —solloza—, y yo no me porté bien con él.

—Aun así. A mí la gente perfecta me da miedo. —Manuel le ofrece una servilleta de papel para que se enjugue las lágrimas. Simón juega con el sonajero que sostiene su madre y, de pronto, rompe a reír a carcajadas. Los tres lo miran sorprendidos—. ¿Lo ves? A veces las cosas no son tan malas como parecen. Mantén la esperanza.

Estela mira a su padre y luego a su hijo, y siente su corazón desbordarse.

Palafrugell, 18.10

La iglesia de Sant Martí lo recibe en penumbras.

Héctor recorre el pasillo central buscando la figura de Mossèn Pau. Procurando que sus pasos sean silenciosos, porque hay dos mujeres

rezando en un banco, avanza y deja que su mirada recorra el altar principal y los pasillos laterales. Y entonces lo ve: de espaldas en un recoveco, frente a un candelabro de hierro.

—Buenas tardes, *mossèn.*

—¡Comisario! —El párroco se da la vuelta sin poder disimular el susto.

—Perdóneme. Olvido que no son los mejores días para aparecer por sorpresa.

—No se preocupe. —Mossèn Pau sostiene una fina y larga vela encendida—. He superado con creces los sesenta, así que estoy más preocupado que asustado. Me entristece mucho lo que está ocurriendo, ver este pueblo y esta iglesia. —Alza las manos intentando abarcar cuanto los rodea—. Tan vacíos.

—¿Por quién encendía usted velas?

—Por todos. —Prende los pabilos de dos más pequeñas—. ¿Qué otra cosa puedo hacer salvo suplicarle a Dios?

—Contestar a lo que voy a preguntarle, por ejemplo.

El sacerdote sopla más de una vez porque la llama que ha usado para encenderlas se resiste, le pide que lo siga y se sientan en un banco lejos de las feligresas.

—Ya le he respondido al señor Ros —asegura—. Al menos, a todo lo que he podido. Es un joven impetuoso. Me gusta su fuerza.

—También a mí. Aunque usted apenas ha conocido la punta del iceberg.

—¿Perdón?

—Nico ha hecho un esfuerzo importante por comportarse. No es alguien que tolere las medias tintas, ¿sabe?

—¿Debo agradecer su calma a mi sotana?

—En absoluto. —Héctor no puede evitar sonreír—. Debe agradecérsela al cariño que siente por mí. —Contempla las viejas paredes de piedra, una talla de madera de la Virgen sosteniendo al Niño y las pocas lámparas que cuelgan del techo, y se pregunta por qué los hombres se empeñan en oscurecer las casas de Dios—. *Mossèn,* voy a ir al grano.

—Por favor. No necesita preámbulos conmigo.

—Me alegra saberlo, porque al margen del secreto de confesión, que no me queda más remedio que aceptar, creo que usted ha sido bastante opaco. —Le habla primero de la trifulca entre Wesh Vargas y Oriol Mateu, de los extraños acontecimientos que Paquita había presenciado en la ermita y también del bautizo del bebé de Lorelai y del secretismo del padre Molina al respecto. Mossèn Pau tiene el ceño fruncido y no disimula su confusión—. Le dijo a Nico Ros que Lorelai tenía el alma oscura cuando vino desesperado en busca de ayuda. Debería usted habérsela prestado.

—No se me da bien chismorrear, comisario. Preferí pensar que esas

cosas fueron pequeños pecados de infancia. Malentendidos. Paquita les daba mucha importancia y yo, en cambio, muy poca.

—Mal hecho por su parte —responde Héctor, tajante y sin miramientos—. Una sordera no es un mero desliz.

—Lo lamento. —El párroco no deja de mirarse las manos, recorridas por gruesas venas azules—. Es posible que haya confundido lo que debía y no debía decir. El silencio moral al que estoy obligado puede pesar demasiado y las cosas se tornan confusas. Usted es policía y seguro que puede ponerse en mi lugar. Saber que algunas personas no son quienes dicen ser y tener el deber de callar duele.

Héctor lo mira cansado de sus excusas, preguntándose a qué viene eso.

—No le comprendo.

—Pero lo hará, comisario. Lo hará.

«¿Adivinanzas, ahora? Vamos, hombre. Hasta aquí», piensa mientras dice algo muy distinto:

—Creo que tiene usted los libros de Fitor.

—Sígame, por favor.

Abandonan la iglesia con una respetuosa genuflexión que al anciano le cuesta un rato completar, salen por una pequeña puerta lateral y caminan unos metros entre la niebla hasta la casa parroquial. El *mossèn* enciende un par de lámparas en la rectoría y Héctor se estremece de frío.

—Sí, debería hacerme con una estufa —reconoce mientras busca entre los archivos hasta dar con un libro de cubierta granate—. Aquí está cuanto ofició el padre Molina. No es demasiado. Ya sabe, pocos feligreses. Durante los últimos años se podían contar con los dedos de una mano.

—¿Por qué siguió?

—Porque eran pocos, comisario, pero eran algunos. —Al párroco se le escapa un suspiro involuntario que a Héctor le hace pensar que el paso del tiempo, los cambios y la nostalgia alcanzan también a los hombres de Dios—. Adelante, mire cuanto necesite.

Aprovecha que esta vez no pone trabas, se inclina sobre el libro y mueve las páginas leyendo en diagonal, buscando unos años en concreto. Su cabeza trabaja ágil, acostumbrada a encajar las piezas del rompecabezas que son las investigaciones: Lorelai desapareció el 18 de mayo de 1991. La noche anterior, ella y su hermano ofrecieron una representación magnífica, después de haber permanecido meses alejada del trapecio. Se pregunta fútilmente si esa noche regresaba por la puerta grande o si se estaba despidiendo sabiendo que sería la última, pero se obliga a no divagar y regresa al asunto que le ocupa. El bebé debía, por lo tanto, haber nacido a finales de 1990 o a principios de 1991. Cuatro o cinco meses hubieran sido suficientes para que la forma física de su madre fuera perfecta después de dar a luz y pudiera volver a vestir lycra

ajustada y lucirse en el aire. Sus dedos siguen recorriendo las anotaciones y sus labios murmurándolas en voz baja.

—¡Aquí! —señala triunfante—: Rom A. Vargas. Bautizado el 22 de marzo de 1991 en Santa Coloma de Fitor. —Mossèn Pau echa vaho en los cristales de sus gafas, las limpia con la sotana y lee también—: El hijo que tuvo Lorelai, probablemente con alguno de esos hombres, del que ni siquiera se menciona el apellido.

—Lo lamento, comisario. Supongo que no es lo que esperaba.

—Venía a encontrar a un padre, pero parece que la suerte se empeña en darnos la espalda. Sin embargo..., mire quién fue la madrina: Tshilana Vargas. La mismísima Tshilana Vargas —repite—. ¿Sabe, *mossèn*? *Rom* significa gitano en romaní. —Saca una foto con el móvil y añade—: Curioso nombre para un niño. Llamarte así sería como llevar tu raza a cuestas.

—Es posible que lo hicieran para que nadie olvidara su origen —deduce el párroco.

—O para que no pudiera hacerlo él.

Héctor se abrocha los botones de su abrigo azul marino. La noche ha caído sobre el pueblo y su manto negro se cuela por los ventanucos de la rectoría.

—Se hace tarde. —Tiende la mano al párroco—. Debo irme.

—Comisario. —Mossèn Pau duda unos segundos—, reitero que lamento mis silencios. Pero creo que, de algún modo, si es usted un hombre de fe ... —Ambos viven en el mismo pueblo. El párroco sabe que Héctor no asiste a misa.

—Mi fe es tan firme como anárquica —reconoce con cierta satisfacción— y va mucho más allá de las paredes de las iglesias y de las normas que algunos hombres crearon para otros. Y respecto a sus silencios, créame que yo los lamento más todavía porque, de no ser por ellos, Tono Pàmies y el subinspector Quiroga estarían sanos y salvos en sus casas. —En ese mismo momento piensa en Nico, en la rabia que sintió cuando supo que el sacerdote no iba a abrir la boca.

—No está siendo usted justo, comisario.

—Probablemente no. —Se pone la gorra de plato, los guantes y la bufanda que Marisa le recuerda que lleve cada día al marcharse de casa —. Y quizás necesite volver otro día para disculparme, pero hoy no.

Le pide que no lo acompañe a la salida y el párroco se queda a solas en su despacho, encendiendo una tercera lámpara, para que la oscuridad no devore la pequeña estancia. Y tampoco a él.

* * *

El doctor Casals levanta la vista ante la irrupción de Tasio en su despacho:

—¿Ya se marcha a casa? Parece usted cansado. ¿Duerme bien

últimamente?

—Lo intento. Pero todo esto... me sobrepasa un poco.

—Es normal —lo tranquiliza—. Lo contrario sería preocupante. Aprenderá a soportarlo, no tenga prisa. Y descanse.

—Lo intentaré. —El joven carraspea y vuelve a lo que le traía al despacho de su jefe—. En realidad, ya me iba, pero ha venido alguien a verle, doctor. Es un *mosso*.

—¿No es el comisario Narváez ni viene de su parte?

—No. Es el otro, sargento Capo, creo que se llama.

Sin disimular su sorpresa, le pide que le haga pasar y se marche.

—Yo cerraré. No se preocupe.

Mientras espera, el doctor se quita las gafas y se frota los ojos cansados. La jornada ha sido larga. Él mismo debería haberse marchado hace rato, pero no ceja en su búsqueda desesperada de alguna pista, y además, ¿cómo irse a casa tan tranquilo, con Pàmies y Quiroga en peligro? Por si eso fuera poco, el inventario que debe entregar a fin de mes a más tardar está resultando desconcertante. Tasio y él llevan siglos con él sin lograr que cuadre el *stock* de material.

—Buenas tardes, doctor.

—¡Sargento Capo! —No puede evitar un sobresalto—. ¿Qué le trae por aquí? ¿No debería estar haciendo guardia en el hospital?

—No, el comisario me ha otorgado un breve permiso. Voy a ver a mi novia, pero antes quería hablar con usted. Espero no molestar.

—Claro que no. —Lo invita a sentarse y se dispone a escuchar. Puede adivinar en la mirada del joven que algo le preocupa—. ¿De qué se trata? ¿Es por su padre? ¿Hay novedades?

—Todo sigue igual. —Jordi carraspea decidiendo por dónde y cómo empezar—. Usted atendió a los heridos del incendio del circo, ¿verdad?

—Bueno..., yo no diría tanto. Soy forense, no podía hacer gran cosa, pero es cierto que fui a echar una mano porque los médicos no daban abasto.

—¿Vio a un niño pequeño, doctor? ¿Repleto de quemaduras?

—De hecho —Casals entrecierra los ojos y lo mira con curiosidad—, se lo comenté hace poco al comisario. Era apenas un bebé pero, aun así, tuvieron que inyectarle morfina porque el dolor era insoportable. Pobrecillo. Hace mucho de aquello, pero cómo olvidarlo.

—¿Qué es lo que tenía quemado?

—Pues... todo el cuerpo. Y parte del cuello, creo. Solo se salvó la cara. —Jordi respira hondo y asiente en silencio—. ¿Por qué quiere saberlo?

—Oh, es por algo que me ha venido a la cabeza, una tontería. ¿Sabe usted quién era o qué fue de él?

—Lo cierto es que no.

—¿Y tampoco si era gitano?

—No lo sé, lo siento.

—¿Recuerda qué médico se ocupaba en esa época de los quemados?

Me gustaría salir de dudas.

—Bueno, estarán todos jubilados o casi. Llevaron a los heridos al hospital de Palamós. Tal vez podríamos preguntar allí o mirar en sus archivos, pero no entiendo...

—¿En Palamós? —Jordi se maldice por ser tan estúpido. Ha tenido esa información en sus narices todo este tiempo. En el puñetero hospital en el que lleva sitiado un siglo—. Gracias. —Se levanta e intenta despedirse de forma afectuosa. Le gusta el doctor de los muertos, pero ¿qué importan ahora los afectos?—. Debo marcharme. Lo siento.

—No, joven, espere...

Pero Jordi desaparece tan rápido como ha llegado, dejando a Casals invadido por una absoluta aflicción. Recoge los papeles de su mesa ordenándolos en un montón perfecto que le esperará sin duda hasta mañana, cierra su maletín y ya está a punto de apagar la luz cuando le parece oír el mismo ruido sordo que lleva unos días repitiéndose. Tendrá que llamar al fontanero para que revise las tuberías. Se están haciendo viejas, como él. Sonríe llamándose tonto y, maletín en mano, cierra la puerta con llave y camina por el eterno pasillo del Anatómico. Él no suele tener miedo. Los muertos son inofensivos. El peligro siempre acecha más allá de estos muros, entre los vivos. Pero todavía recuerda las palabras agoreras de la vieja gitana.

Intentando sacudirse la desagradable sensación que le ha dejado la visita del sargento, sale a la calle y, antes de emprender el camino a casa, saca el móvil del maletín y llama por teléfono.

* * *

Jordi Capo oye sus propios pasos mientras regresa a la calle en la que le espera su coche. Debe regresar al hospital antes de que alguien note su ausencia. La niebla convierte la luz de las farolas en pequeñas luminarias doradas, y mientras las observa, cae en la cuenta de que su novia vive ahí mismo, a dos pasos escasos. Levanta la vista hacia su ventana y adivina su sombra moviéndose más allá de la cortina. Podría hacerle una visita. Tendría que ser breve, pero ella le ofrecería algo bueno para cenar y le contaría algún chismorreo banal que, al menos, lo distraería. Con suerte, si no hubiera nadie más en el piso, incluso podrían hacer el amor. Anda escaso de sexo estos últimos tiempos. De caricias, en realidad. Él no es un tipo demasiado cariñoso, pero a quién no le gusta que lo quieran, y los breves encuentros con Miren habían significado más un ansia de notoriedad por ambas partes que algún tipo de tensión sexual. Está buena, sí. Pero es demasiado para él: demasiado carácter, demasiado pecho, demasiado culo y demasiada seguridad. Una mujer mucho más cabal de lo que pretende aparentar, dispuesta a cumplir con su profesión, convencida del derecho a la libertad de prensa y a la información. Lo dicho, demasiado para él. Su chica, al menos, es

tranquila, no demasiado lista y no necesita más de lo que tiene. Una vida fácil. Eso le espera a su lado. Y nada le parece mejor plan para el futuro: el mejor policía y la chica más buena del pueblo. El tándem perfecto.

Sin embargo, pasa por debajo de su ventana y acelera el paso. Se ha hecho tarde. Y sabe, por experiencia, que durante las guardias nunca pasa nada hasta que uno se atreve a ausentarse y entonces, justo entonces, sucede. Es la ley de Murphy, algo inevitable. Además, en el hospital le esperan los archivos, la primera buena noticia en meses. Se las ingeniará para entrar en esa sala y, si todo sale como espera, será él quien identifique al asesino y Narváez no tendrá más remedio que reconocerle el mérito y devolverle el respeto que merece. A pesar de su padre.

—¿Dónde he dejado el maldito coche? Tiene que estar por aquí —le dice en voz alta a la niebla rotunda, intentando matar el silencio de la noche y dándole al botón de la alarma del mando.

Oye el pitido de los seguros al abrirse y ve relucir los pilotos rojos un poco más allá. Se sube las solapas del abrigo del uniforme, no tanto para combatir el frío sino para protegerse de la niebla, que parece empeñada en colarse muy dentro.

—Puto invierno y puto clima. —Ya ha llegado. Abre la portezuela del copiloto y duda si quitarse el gabán o no, pero le esperan al menos veinte minutos de trayecto y va a poner la calefacción a todo trapo. Empieza a desabrocharse los botones y entonces sucede.

Un brazo fuerte e inesperado lo agarra por el cuello robándole la respiración. Intenta gritar, pero es inútil. Patalea y golpea varias veces las espinillas del extraño y le oye gemir de dolor. Huele ese olor. Ese olor terrible. Y lo entiende. Al fin lo entiende. Pero la mala suerte ha decidido hacer de él su pasto y sabe, de algún modo sabe, que esto acaba aquí. Ahora. Sus planes, su futuro, sus aspiraciones, todo termina aquí. Siente un terror cerval y la orina mojándole los pantalones. Y llora. Llora porque lo encontrarán con el uniforme meado y creerán que murió acobardado. Y tendrán razón. Debería haber subido al piso de su novia. Debería haber hecho el amor con ella. Tanto rato como fuera posible. Para que la sombra no lo encontrara y para que, si lo hacía, él se fuera a la oscuridad con un buen sabor de boca, con su piel oliendo todavía a otra piel. Haciendo un esfuerzo del que jamás se hubiera creído capaz, abre la boca y clava los dientes en ese brazo fuerte y mortal, justo en la muñeca, cree, o tal vez en la mano. Oye otro aullido de dolor. Bien. Bien. Que se joda. Nota el sabor de sus propias lágrimas entrándole en la boca al mismo tiempo que siente el acero en su cuello. Lo nota separarse, romperse, y el corte hacerse más y más grande. La sangre sale por la fina ranura que la hoja del cuchillo ha dibujado. Dicen que mucha gente piensa en su madre en su último momento. Mamá. Mamá. Pero él no va a hacerlo. ¿Lamentará ella su muerte o se sentirá liberada, como

quien se deshace de un fardo? Oye unos gritos. Alguien muy cerca pregunta qué pasa. Es una voz de mujer gritando al asesino que pare. A su asesino. Y la cuestión es que le resulta familiar. Qué tontería. Es tarde. Demasiado tarde. Esos gritos que él no puede gritar no van a servir de nada. Piensa en Andreu Mateu y en lo irónico que resulta que compartan esta experiencia. Los cuellos separados por una raja cada vez más ancha, las gargantas abiertas. Y en el hecho, más irónico todavía, de que el granjero gordo y cabrón haya sobrevivido y él no vaya a hacerlo. Porque va a morir. Ahora. Ahora mismo. Ya. Oye los pasos de su asesino huyendo y otros que llegan a socorrerlo. Oye su nombre por última vez. ¿Quién lo llama? Se dobla como un muñeco, su mano inerte suelta el mando, cae al suelo duro y húmedo, y mientras oye el eco de la sombra ya lejos, piensa en lo cálida que es su sangre e intenta tocarla, para no sentir tanto frío.

Llafranc, 20.20

Acuestan a Simón y muy pronto, despacio y desganados, cenan unos bikinis pensando en ir a dormir pronto y reparar la falta de sueño. Huelen muy bien y están buenísimos, pero sumergido cada uno en la bruma de sus propios pensamientos, apenas reparan en ello. Estela enciende las velas aromáticas de forma automática, solo porque es lo que hace siempre, y Nico aviva del mismo modo la chimenea.

—Faltan doce días —musita Cas desde una esquina del sofá que parece haberse adjudicado en casa Ros y sin soltar el libro de Pàmies, como si su lectura pudiera obrar el milagro.

—¿En serio crees que no los contamos?

—¡Nico!

—Vale, vale, lo siento. —Descuelga el abrigo—. Necesito que me dé el aire.

—¿Me avisas si Simón se despierta, Cas? —pide Estela—. Voy con él.

—Sé cuidar de un bebé. Pero no le cambio el pañal ni loca. Anda, largaos.

Salen a la calle y saltan a la playa desde el paseo. La niebla se los traga de inmediato.

—No veo nada. —Estela la atraviesa con las manos—. ¡Qué raro!, no suele durar tanto.

—Todo es raro estos días.

Se detienen cerca de la orilla. El reflejo de la luna intenta atravesar la masa de nubes bajas, pero hasta ellos apenas llega una tenue luz. El murmullo del mar suena lejano, aunque la marea rompe casi a sus pies.

—Ven aquí. —Nico la aleja del agua, la envuelve en un abrazo y busca sus labios. Ella lo rodea por la cintura. Se besan y a tientas, hechos un ovillo, dan unos pasos hasta que se topan con una barca que reposa boca abajo—. Qué ganas tenía de pasar un rato a solas contigo.

—Pobre Cas. No digas eso.

—¿Acaso tú no? —Nico sigue besándola por todas partes. Con ansia. Casi con fuerza.

—Vamos a helarnos —jadea Estela.

—¿Desde cuándo nos importa a nosotros el frío? —le dice al oído.

Se desnudan con prisas de cintura para abajo, Nico se sienta en la barca y la atrae hacia sí presionando en la parte baja de su espalda.

—¿Qué estamos haciendo, Nico?

—Sobrevivir.

Estela se funde en él y ahogan sus palabras soltándolas dentro de la boca del otro y, durante un rato, solo están ellos, la luna, el mar, la noche triste, una vieja barca, la arena húmeda a sus pies, la niebla que los arropa y el latido vital de sus cuerpos que pelean por sentirse vivos, por volar lejos de allí, hasta ese lugar en el que nada, absolutamente nada, importa.

* * *

—¿Héctor? ¡No fastidies! ¿Por qué me haces un Facetime?

—¿Y por qué no?

—Pensaba que no sabías.

—¿Crees que soy Matusalén?

—¿Quién?

—Déjalo. Oye, Nico, ¿se puede saber por qué te mueves tanto? No te veo la cara.

—Mejor. —Una risa involuntaria.

—¿Por qué? ¿Dónde andas?

—En la playa.

—¿Con este frío y esta niebla? ¡Estás loco! A ver si te vas a poner enfermo, lo que faltaba.

—Hola, tío Héctor.

—¿Estela? No puedo verte.

—Mejor.

—¿Estáis de cachondeo o qué? Pues mira, me alegro, debéis de ser los únicos.

—Perdona, tío. Nos has pillado en un momento... delicado.

—¿En un momento...? No quiero saberlo, soy tu tío, por Dios.

—Yo os dejo. Te quiero, tío. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño. No dejes que ese abusón te haga hacer cosas feas. Tú eres una buena chica.

—A veces, tío, a veces. —La cara de Estela le sonríe desdibujada desde la pantalla del móvil.

Ahora puede ver a Nico. Muy despeinado.

—¿Héctor? Vale. Ya estoy aquí. Dime.

—Animal. Mira que sacarla de casa a estas horas...

—Héctor...
—Ya. ¿Me atiendes?
—Claro. Soy todo tuyo.
—No digas marranadas. Escucha. Es importante. He visitado a Mossèn Pau.
La cara de Nico se acerca a la pantalla. Hay interferencias y la imagen baila, pero Héctor detecta que ha cambiado el tono y su interés. Le explica al detalle la conversación mantenida con el párroco. Le habla de Rom A. Vargas.
—¿Y esa A?
—No lo había pensado. Mañana pediré información al Registro Civil. Alguien debió inscribir al bebé.
—Bien. Cas sigue con lo de la sociedad dueña del terreno del circo. No tardará en saberlo. ¡Joder!
—¿Qué pasa?
—Nada. Me he pellizcado.
—Te está bien empleado. Por cochino.
—Culpable. Y dime, ¿qué tal el *mossèn*?
—Silencioso en lo importante.
—Lo imaginaba. Suerte que esta vez has ido tú. Debes de haber tolerado mejor sus... leyes.
—No creas. Me estás contagiando cierta rebeldía. He tenido que marcharme.
—Bien por ti.
—Como presente una queja...
—¿A quién? ¿Al bello durmiente?
—¡Nico!, un respeto.
—Solo con quien lo merece, Héctor. Ya lo sabes.
—Me ha dicho algo muy raro sobre que algunos no son quienes parecen. Y lo que duele callarlo.
—Más de lo mismo, entonces. Nos pone el caramelito en la boca y luego nos lo quita. —Pero Nico sabe, igual que Héctor, que esas palabras son importantes.
—Anda, vete para casa, que debes estar helado. Así que a dormir. Es una orden.
—Buenas noches, Héctor.
—Buenas noches, pervertido.

* * *

Quería decírselo, pedirle que se uniese a él en el hospital, pedirle que lo acompañara a ver a Jordi Capo, a preguntarle qué hacía en el Anatómico, por qué había desobedecido la orden de no moverse de esa silla desde la que custodia la habitación de su padre. Pero no lo ha hecho. Ver la cara de Estela en la pantalla, cierto destello de alegría en

su semblante en medio de la pesadilla, le ha hecho cambiar de opinión y decidir que no era justo robarles otra noche. Y, en realidad, será más adecuado pedirle cuentas al sargento sin testigos. Todavía no puede creer lo que ha hecho. Niñato consentido.

Llama a casa con el manos libres y le dice a su mujer que no le espere para cenar.

—Pero no tardaré, cariño. Si me dejas la comida en una bandeja, te estaré eternamente agradecido. Tengo un hambre de lobo.

Le promete que verán juntos una serie que a ella le encanta. Él se quedará medio dormido, como siempre. Pero qué más da.

Envuelto en la niebla, conduce por la solitaria autovía y coge la salida que lleva directamente al hospital de Palamós. Diez minutos después aparca en la plaza otorgada por el Ayuntamiento a los coches oficiales y sube rápido las escaleras hasta la tercera planta. El cartel de «Cuidados intensivos» lo saluda por enésima vez esta fea temporada, abre la puerta batiente, le hace un gesto a la enfermera con la mano y sigue por el pasillo. Jordi Capo no está en su silla. Y su madre, la antipática Elvira Salas, tampoco.

Furioso, recorre el mismo pasillo en sentido contrario hasta la habitación de Andreu Mateu, al que le queda muy poco en la zona de críticos, porque su estado ya no es grave y van a trasladarlo a planta en cuanto quede libre una cama. El cabo de guardia se cuadra y Héctor le pide que descanse.

—¿Ha visto usted al sargento Capo?

—No desde hace rato, señor. La última vez coincidimos en la máquina de café, ahí mismo. —La señala y añade—: Me dijo que volvía a su sitio.

—¿Qué hora era?

—Las seis y cuarto o y media —duda.

—Gracias, cabo. ¿Sabe si el señor Mateu está mejor? Me refiero a si ya puede hablar.

—Me parece que sigue igual, pero a mí los médicos no me cuentan nada. Ayer estuvo el doctor Casals. Intentó por enésima vez que escribiese algo, pero no lo hizo. ¿Cree usted que no puede hablar o que no quiere, señor?

—Temo que no quiere ayudar. Que no le importan las personas que están en peligro y que aquí se siente cuidado, protegido y a salvo.

—Da rabia, ¿verdad, señor? Ángel Buendía está muerto, el subinspector Quiroga desaparecido, el inspector Pàmies... —Baja la cabeza preguntándose seguramente si está hablando de más—. No entiendo por qué no dice lo que sabe ni por qué tenemos que protegerlo.

—Sí que lo entiende, cabo. No todas las víctimas son buena gente y nosotros no elegimos, no actuamos por simpatías ni por lo contrario. Tratamos a todos por igual, sin preguntarnos si lo merecen. O a pesar de preguntárnoslo. Y eso es lo que nos diferencia de los criminales. —El cabo mantiene la cabeza gacha. Héctor le da unos golpecitos suaves en

el brazo—. ¿Ha cenado usted?

—Todavía no. Estoy esperando el cambio de turno de las doce. Pero estoy bien, señor.

—Baje a la cafetería y cómprese un bocadillo y una bebida. Yo le sustituyo mientras tanto.

—Pero, comisario...

—Vaya, hombre, vaya.

Su hombre se aleja más animado y Héctor le ve doblar la esquina. Muy despacio, baja la manecilla de la puerta y entra procurando que Andreu Mateu no lo oiga, pero sus ojos se encuentran en la penumbra. La habitación está solo iluminada por el reflejo del televisor que cuelga en la pared, con el volumen muy bajo. En la pantalla dos vaqueros desenfundan sus armas. Héctor se acerca a la cama y el paciente se relaja al reconocerlo.

—Buenas noches, señor Mateu. —Por su parte, el granjero devuelve el saludo pronunciando un extraño ruido—. Me dicen que no quiere usted colaborar y yo les he asegurado que debía tratarse de un error. —Se acerca más a él, para que pueda verlo bien. Endurece la voz. Y el rictus. Y sus siguientes palabras podrían ser las de un desalmado—: Por eso he venido. Para advertirle que su vida me importa muy poco si no ayuda, que no debe usted jugar conmigo, ni con la vida de mis hombres. Uno de ellos ha pagado demasiado caro sus estupideces. —Andreu Mateu respira de forma agitada. Héctor desenfunda su arma y se asegura de que pueda verla—. Suelo ser un hombre pacífico y acabo de decirle al cabo que guarda su puerta que nosotros somos los buenos. Pero no sé... —Chasquea la lengua y hace como si buscara las palabras—. Creo que me estoy cansando de aguantar a tipos como usted. —El nerviosismo del granjero va en aumento—. Ahora me iré a mi casa, donde me esperan mi mujer y una buena cena. Pero quiero que cuando el doctor Casals vuelva a visitarle, tenga usted la gentileza de colaborar y escribir algo que nos ayude. ¿Me ha entendido? Incluso hablar si ya puede hacerlo, por más que haga ver que no. Quiero saber el porqué de esas cartas y quién las envía. —Blande su arma, sonríe y la guarda—. De lo contrario..., no se asuste, hombre, no pienso pegarle un tiro, me bastará con retirar la vigilancia. Ya sabe, dejarle a merced del asesino, para que pueda entrar como he hecho yo y rematar la faena. —Retrocede un par de pasos—. No creería que iba a permitir que ellos muriesen y usted siguiera con vida, ¿verdad? —Héctor sale de la habitación. El cabo regresa con un bocadillo envuelto en una servilleta de papel y un botellín de agua mineral.

—Gracias, comisario Narváez. Estaba hambriento.

—Buenas noches y buena guardia, cabo.

Suena su teléfono móvil al mismo tiempo que la radio que lleva en el bolsillo. El cabo lo mira. También la suya lo reclama. Los *mossos* están enviando un aviso. Una mujer asegura que hay un agente muerto en una

calle de Palafrugell. Varios dispositivos han salido hacia allí.

El cabo se apoya contra la pared, tan pálido como ella. La botella se escapa de su mano y el agua se desparrama por el suelo demasiado limpio.

Palafrugell, 21.05

—Tengo que salir —ha dicho con un hilo de voz.

Pero Cas ha adivinado algo en su mirada. Su miedo, tal vez. Y se ha puesto el abrigo mientras Estela se presiona el pecho con las manos sabiendo que algo horrible ha ocurrido.

Nico ha puesto en el navegador la dirección que Héctor le ha indicado, con esa voz temblorosa y esas palabras horribles:

—Es un hombre de uniforme, Nico.

—¿Marcos?

Pero no lo sabía. Los neumáticos resbalan cada vez que toma las curvas como lo haría un demente, pero Cas, atrapando con fuerza el agarradero y el corazón a punto de salirse por la boca a ratos y otros amenazando con detenerse, solo dice:

—Más rápido, Nico. Más rápido.

La niebla parece confabulada con el demonio y lo envuelve todo. Por todas partes. La advertencia de la vieja Sol retumba en su cabeza. Los hombres de uniforme. Los hombres de uniforme. ¿Cuántos más han de morir? Casi por un milagro, llegan enteros, y Nico prácticamente abandona el coche en medio de la calzada sin siquiera encender los intermitentes de peligro.

—¡Corre, Cas, corre! —le grita mientras él hace lo mismo, acercándose a la escena del crimen, atravesando la masa fantasmal que no quiere dejarles ver, intuyendo los focos que ya están desplegados en medio de la calle, las luces de colores que se le antojan espantosas, las vallas colocadas para impedir el paso y a los agentes que han llegado primero.

Alguien ordena a los curiosos que despejen la calzada y regresen a sus casas. ¿Para qué han venido? ¿Acaso no comprenden que ha ocurrido la peor de las tragedias? Estúpidos.

Ve a la jueza de instrucción quieta, paralizada, sosteniendo una libreta en una mano y su bolso en la otra. Y ve también el cuerpo en el suelo. Boca abajo. Y el uniforme. Y la niebla que, otra vez, pretende impedir que distinga de quién se trata. ¿Y si está intentando salvarlo de lo peor? Oye gritar a Cas el nombre de su primo. Ese nombre. Aparta de un manotazo a dos hombres que intentan detenerlo, traspasa la masa de nubes blancas que se come el escenario y, al fin, consigue llegar al cuerpo que yace en el asfalto y cae de rodillas junto a él. Pero solo ve una espalda y unas piernas. Quiere darle la vuelta, pero sabe que no debe moverlo. Cas llora detrás de él, de ese modo que ya conoce. Podría

distinguir su llanto entre un millón, esa agonía triste. «No llores, Cas —quiere decirle—. Joder, no llores, que no puede ser él».

—No lo toque —le pide un agente.

—Señor Ros... —El doctor Casals se arrodilla junto a él. Qué ridículo está con este mono blanco, por Dios. Deberían decírselo—. No lo haga.

Nico lo mira y ve sus ojos arrasados por las lágrimas más allá de los cristales de culo de botella de sus gafas. Oh, no. Está llorando. Tiene que ser Marcos.

—Señor Ros —repite suave—, no es el subinspector Quiroga.

Nico lo mira incrédulo. Joder. Joder. Que lo diga otra vez. Y lo hace. O dice algo que significa lo mismo:

—Es el sargento Jordi Capo. Está muerto.

Consigue poco a poco que el aire entre de nuevo en sus pulmones y que su corazón vuelva a latir a un ritmo adecuado y, con cuidado, se desprende del abrazo de Cas y le pide un segundo. Se aleja unos metros.

—¿Estela? No es Marcos. No es Marcos. —La oye llorar y él mismo tiene que vencer un amago de llanto. Le dice de quién se trata y entonces la oye enmudecer, porque algunos silencios son terriblemente sonoros.

—Dios mío, Nico. Qué horror.

—Lo sé, lo sé. Es un asco preferir que sea él, ¿verdad? Pero es que...

—No te hagas eso. Gracias por llamarme. Te quiero. —Estela cuelga.

Se apoya en una farola y mira a través de la niebla, distinguiendo el escenario principal a muy poca distancia y una ambulancia a su derecha, con el portón trasero abierto y un par de personas hablando en susurros. ¿Qué hace todavía aquí? No hay heridos. Solo un muerto. Ya debería haberse marchado. Se acerca despacio. Le suena una de las voces.

—¿Miren? —No da crédito.

Ella está sentada en el borde, en una pequeña plataforma metálica de acero, cubierta por una manta gris. Un paramédico le toma el pulso.

—Estoy bien. —Pero nada en su rostro lo confirma. La muerta parece ella.

—¡Miren! —repite—. ¿Qué haces tú aquí?

—Es quien lo ha encontrado y dado el aviso —dice el hombre—, y está sufriendo un ataque de ansiedad. Vamos a llevarla al hospital.

—Ni hablar. —Miren se desembaraza de la mano en su muñeca—. Ya he aceptado el valium. Me quedo aquí.

—¿Qué significa que lo has encontrado?

Ella se levanta muy despacio. El suelo se mueve bajo sus pies. Cas ha llegado y también la mira alucinada.

—Llevaba unos días siguiéndolo —confiesa—. No me cogía el teléfono, sospechaba que investigaba por su cuenta, y bueno... —Pero no puede seguir hablando. Un temblor involuntario se apodera de su cuerpo, rompe a llorar histérica y vuelve a sentarse, sujetándose las

piernas para que se queden quietas—. Le acaricié la frente. Pero creo que no se dio cuenta.

Cas mira al paramédico, le pide permiso con un gesto y se sienta a su lado.

—¿Lo has visto? ¿Has visto cómo lo mataba?

Miren mueve varias veces la cabeza sin dejar de hipar. Cas duda unos segundos hasta que coge su mano y la aprieta fuerte.

—Tiene que haber sido horrible. Y debes haber pasado mucho miedo.

—Descansa un poco —añade Nico—. Cuando estés preparada para hablar, díselo a Cas.

Sabiendo que la deja en buenas manos, regresa junto al doctor Casals y se pone en cuclillas igual que él.

—¿Qué cuchillo ha usado? ¿Del mismo tipo que con Andreu Mateu? ¿Es nuestro asesino?

El forense dibuja el recorrido de la herida con su índice enguantado sin siquiera rozarlo.

—Mismo corte. Un arma idéntica —confirma, todavía con la voz tomada—. Pero distinto *modus operandi.*

—Desde luego. —Nico no puede retirar los ojos del feo agujero en el cuello de ese cuerpo que apenas una hora antes se llamaba Jordi—. Yo diría que esta vez tuvo que actuar rápido.

—¿Por qué lo ha hecho? Esto no parece formar parte del ritual.

—Por miedo, doctor. Jordi Capo sabía algo y tuvo que silenciarlo.

Tasio les avisa de la llegada del coche del comisario Narváez.

—Héctor tendrá que visitar a otra madre —musita el doctor.

Nico piensa en el profundo sueño de Nil Capo. Su hijo ha abandonado la vida y él ni siquiera se ha enterado.

40

Palafrugell, 9 de marzo, 5.30

Sol Heredia se despierta temblando y con la frente perlada de un desagradable sudor frío. Se incorpora en la cama, se arrebuja en su vieja manta de lana suave y trata de recordar lo que ha soñado.

—No turbéis mi memoria ahora, ángeles del sueño, dejadme recordar. Necesito recordar.

Y lo hace. Regresan las figuras que han paseado por su noche, las palabras, el mensaje. Limpia con la palma de la mano la escarcha del cristal de la ventana, pega la cara para atisbar la noche pero solo ve la inmensa niebla, nueva ama y señora del circo, y la colada, que alguien ha tendido muy cerca, moviéndose al aire cual fantasma.

—¿Qué haces? ¿Nos confundes o nos proteges? ¿A qué has venido?

Por toda respuesta, la espesa nube que más bien parece humo se pega más al cristal y Sol se echa para atrás y se cubre con la manta hasta los ojos. Casi a tientas, da con el quinqué que hay en la mesilla de noche, lo enciende y busca entre algunas cosas en la estantería lateral de su cama. Extiende la baraja sobre la colcha de retales y con sus viejos anteojos sobre el puente de la nariz, busca algunas en concreto y les pide su ayuda:

—Vamos, preciosas. Os necesito.

* * *

—¡Tshilana! —llama con voz queda—. Ábreme, por favor. Tengo que hablar contigo. —No hay respuesta y vuelve a intentarlo—. ¡Tshilana!

La puerta se abre y la matriarca la mira de una forma extraña.

—Sabía que vendrías.

—¿Por qué no has ayudado?

—Porque no puedo.

—Mi sobrino es un buen hombre. Y está desesperado. Hay vidas en juego.

—Y lo lamento.

—Pensaba que éramos amigas.

—Algunas cosas están por encima de ti y de mí. Y de todos los demás.

—¿Sabes quién está haciendo esto?

—Sé por qué —asegura dejándola pasar.

—He soñado con esos hombres. Veía sus sombras. Difusas. Pero eran

ellos. Caminaban por el circo y era de noche. He oído música, he sentido la alegría de la gente y después... el fuego. —Se deja caer en un sofá oyendo sus huesos y Tshilana le ofrece una manta, enciende una lamparilla y pone sobre el fogón una tetera de hierro—. Háblame de lo que os hicieron.

—Tomaremos un té —propone—, porque estoy segura de que ya no volveremos a dormir.

A los pocos minutos, un aroma dulzón inunda el ambiente y ambas mujeres beben en silencio. Tshilana deja su taza vacía en la mesa y habla, dejando que sus ojos casi quemados, nublados por un humo y unas llamas que estuvieron demasiado cerca y que la marcaron para que jamás pudiera olvidar, vaguen por el interior del carromato:

—Siempre fue por Lorelai. Nació demasiado hermosa, demasiado mayor. Y demasiado perversa.

—¿Qué quieres decir? Nadie es malo al nacer.

—Sabes que sí. A veces pasa. La maldad se pega a un alma y ya no hay nada que hacer.

—Pero tú la querías.

—Más que a mi vida. Y ese fue mi pecado. Porque destrozó a mi familia, mis padres envejecieron de forma prematura y se convirtieron en sombras mustias, en fantasmas. Wesh estaba demasiado perdido y yo... yo la dejé llegar demasiado lejos.

—Los hermanos nos hacemos faenas algunas veces.

—No entiendes nada, Sol. Lorelai estropeaba todo lo que tocaba. Pervertía a la gente, adivinaba sus debilidades y la manipulaba a su antojo. Su ambición era absoluta, lo quería todo, incluso si sus deseos la hacían renegar de su origen. Y mientras esos hombres, que la deseaban más que a cualquier otra cosa, creían aprovecharse de ella, sucedía todo lo contrario. Wesh era incapaz de dar un paso si ella no lo ordenaba y también de dar los equivocados si ella así lo quería. —Tshilana se levanta y se sirve más té—. Jamás debería haber conocido a esos chicos. Todos hubiéramos tenido otras vidas de no ser por ese maldito encuentro cuando eran unos críos. Las cosas no se hubieran torcido. Pero supongo que estaba escrito. Y también supongo que Dios quiso castigarme por mis pecados.

—¿Qué pecados? Tú eres buena gente —asegura doña Sol, aturdida por la tristeza que empaña el discurso de su amiga.

—Los abortos —confiesa al fin—. Creí que ayudaba a las mujeres a seguir adelante sin cargas demasiado pesadas. Pero olvidé que yo no era quién para decidir sobre los nonatos.

—Pero tú no decidías.

—Eso da igual. Los practicaba.

—¿Cuándo empezaste?

—Hace demasiado tiempo, cuando una mujer no podía todavía decidir libremente si deseaba ser madre. Soy enfermera, ¿sabes? A pesar

de la reticencia de mis padres, conseguí convencerles de que me dejasen estudiar. Les dije lo bueno que sería para el circo que alguien tuviera conocimientos de medicina y aceptaron. Al principio me limitaba a cuidar a los nuestros de gripes, resfriados y pequeños accidentes, pero un día una mujer me dijo que esperaba su sexto hijo. Que no podía más. Lloraba. Me suplicó que la ayudase a poner fin a su reciente embarazo. Y acepté. Esa fue la primera vez, pero la siguieron otras muchas.

—¿Eran mujeres del circo?

—Al principio sí. Excepto una. —Tshilana baja la voz para que sus palabras no puedan ir más allá de su casa ambulante—. La trajo Lorelai diciendo que eran amigas y que ella jamás me delataría, por la cuenta que le traía. Era una chica del pueblo, jovencísima, de apenas dieciséis años. Se había quedado encinta de su novio y no se atrevían a enfrentarse a sus familias diciéndoles la verdad. No es el momento, no es el momento, repetía llorando una y otra vez. Y lo hice. Pero no salió bien.

—¿Qué quieres decir?

—Se marchó de aquí tranquila y por su propio pie, pero después tuvo una grave infección. Venía a escondidas a verme para que le diera remedios de los nuestros, pero no funcionaron y se puso peor. Me asusté porque la fiebre era muy alta, pero su novio era hijo de un farmacéutico del pueblo y le consiguió antibióticos.

—¿Se recuperó?

—Eso creímos. La infección remitió y todo parecía ir bien, hasta que supe, mucho tiempo después, que no podría tener hijos. Algo salió mal durante el aborto, toqué lo que no debía y quedó estéril. Cuando se dio cuenta, ya estaba casada con su novio. Fue él quien vino a verme una noche. No podía amenazarme con una denuncia, porque todo el mundo se hubiera enterado de lo que hicimos, de que la envió a verme para que abortase y ni siquiera tuvo el valor de acompañarla. Pero juró que lo pagaría muy caro, que se vengaría de mí.

—Tomás Juliá —dice doña Sol en la penumbra.

—El mismo. Y créeme que lo hizo.

—¿Cómo?

—De todas las formas posibles.

—¿Incendió el circo?

—Si solo hubiera sido eso...

—¿Lo hizo solo?

—¿Solo? —Una risa amarga escapa de la vieja garganta—. Esos chicos eran tan soberbios como cobardes. Crearon una hermandad maligna. Y se pusieron en marcha. Todos a una.

—¿Ninguno intentó disuadir a los otros? —Le cuesta creerlo.

—Al contrario. Cada uno encontró una razón para sumarse: odio, celos, secretos, sexo, ira, vergüenza... Si se buscan motivos que justifiquen una acción, siempre se encuentran.

—No te entiendo, Tshilana. ¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que ocurrió?

—Se desató la tormenta perfecta. Y cuando eso sucede, el resultado siempre es devastador.

—Entonces, ¿ellos incendiaron el circo y alguien se está vengando por eso? ¿Más de treinta años después? No tiene sentido.

—Claro que sí, Sol. Lo que pasa es que todavía no ves el puzle completo.

Algo estalla contra la ventana. Salen presurosas a la niebla y buscan en el suelo. Hay un cuervo negro inmóvil a sus pies. Tiene el cráneo reventado.

—No es el primero que viene a morir aquí, y sabes qué significa —musita doña Sol—. La muerte ya ha llegado al circo.

—Te equivocas, amiga mía. —Le parece distinguir una lágrima entre los surcos del semblante de la matriarca—. Llegó hace ya mucho tiempo. Demasiado, en realidad. —Tshilana se lleva las manos al estómago, su tez se torna pálida y ahoga una mueca de dolor.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—Tienes mal aspecto.

—Escucha. —Su mano temblorosa agarra fuerte la de la Bruja de las Marismas—. Tu sobrino quiere interrogarme. ¿Irás conmigo?

—Claro. No estás sola.

La matriarca la mira con sus ojos velados y doña Sol puede ver su interior y la tristeza y el mal que lo arrasan.

—Pero sí que lo estoy, amiga mía. Por supuesto que lo estoy.

41

Palafrugell, 10 de marzo, 10.00

Desafiando al asesino, o precisamente porque acaba de matar y nadie quiere estar solo, todo el pueblo se ha congregado para despedir al sargento Jordi Capo. Su madre Elvira y su novia, que no abandona el pañuelo que lleva agarrado como si fuera una continuación de su mano, presiden el funeral sentadas en el primer banco de la izquierda de la iglesia de Sant Martí. A la derecha, Héctor, entre otros mandos del cuerpo, mantiene la espalda erguida durante toda la ceremonia. También han venido a despedir a Jordi algunos amigos, pero no demasiados. Hay poca gente joven, y Nico repara, mientras oye de lejos las palabras del párroco, en que no sabía nada de su vida. Nada, salvo lo mal que le caía. No es fácil decirle adiós a alguien que no te gustaba.

La novia de Jordi intenta leer un escrito entre balbuceos, pero no lo consigue. Un hombre, seguramente su padre, acude al rescate y la aleja del micrófono. Héctor le dedica unas palabras al fallecido agradeciéndole su labor en el cuerpo y lamentando su temprana marcha. Debería decir *asesinato*. Alto y claro. Porque Jordi Capo no se ha marchado. Alguien le ha cortado el cuello hasta dar con su yugular y lo ha dejado tirado en la calle como a un perro, solo entre la niebla. Eso es asesinato. No tan sofisticado como los otros, pero qué más da. Saben que ha sido víctima de la sombra negra, por más que muchos, incluso la propia Elvira, estén empeñados en atribuir la tragedia a un atraco que salió mal o a un ajuste de cuentas por su labor como policía. ¿Atraco? Llevaba su cartera. Su móvil. Y su reloj. Las llaves del coche estaban tiradas a su lado. No faltaba nada. ¿Ajuste de cuentas? Jordi Capo no era tan importante, y tampoco lo eran sus investigaciones, como para que alguien lo odiase hasta ese punto.

—Nico —susurra Cas a su lado—, se ha terminado. Ya salen.

El comisario Narváez y otros *mossos* uniformados se cuadran ante el féretro, lo cargan a hombros y enfilan el pasillo de la iglesia hacia la salida, desde la que se cuelan tímidos rayos de sol de un amarillo apagado. Mossèn Pau encabeza el cortejo fúnebre, seguido por la madre de Jordi, su novia y una mulata que arrastra la silla de ruedas de un hombre más viejo que mayor.

—El abuelo —vuelve a susurrar Cas.

—Supongo.

El excomisario Jordi Capo tiene la cabeza echada hacia delante y su

mirada perdida indica que no se está enterando de nada. Pero quién sabe lo que ocurre en el interior de una cabeza que parece tener el interruptor apagado. Luce también su uniforme y un sinfín de galones que ya no le sirven de nada. Su familia se acaba aquí, con su único nieto asesinado y su hijo debatiéndose entre la vida y la muerte. Punto y final.

—Si yo fuera Nil Capo, preferiría morir —dice Cas.

—Todavía le queda su mujer.

—Por eso mismo.

El cortejo se aleja. Oyen el jaleo que monta la prensa en el exterior y las súplicas de respeto por parte de algunos asistentes.

—He dicho una barbaridad —se disculpa Cas—. Es que...

—Es que tú también sentiste un enorme alivio al saber que no era Marcos. Y te sientes una mierda por eso.

—Capo me caía de pena y ya ves, aquí estoy, lamentando su muerte, recordando las patadas que le arreé en la Gola y preguntándome qué me hubiera costado ser un poco más amable.

—El mundo no funciona así, Cas.

—¿Y cómo lo hace?

—A su puta bola. Y nosotros hacemos lo que podemos.

Se quedan sentados un rato en la soledad de la iglesia. Todavía suena el *Ave María* de Gounod.

* * *

Al regresar del entierro, Héctor ha confirmado sus temores: la entrada de la comisaría estaba repleta de cámaras y periodistas y, como si la luz del día le robara el miedo a la gente, o sencillamente se hubiesen cansado de vivir escondidos, bastantes vecinos se habían apelotonado también allí. Después de ordenar sin contemplaciones que desalojaran el lugar, ha enviado mensajes a Nico y compañía citándolos en casa de los Quiroga otra vez y ha subido las escaleras hasta su despacho, seguro de que los mandos superiores no tardarían en llegar para exigirle respuestas a semejante despropósito. Héctor y su forma de hacer, profesional, sencilla y sin aspavientos, enerva a cuantos solo esperan del cuerpo resultados rápidos, peloteo y conversaciones en los pasillos. Y no. Él no encaja en ese perfil: si bien va a reconocer con humildad y sensatez el fracaso de la investigación hasta el momento, no está dispuesto a dejarse pisar ni cuestionar más de la cuenta. Si quieren salir en la foto, que posen. Pero que le molesten lo mínimo, porque hay cosas mucho más importantes que hacer que atender a sus egos y defender su buen nombre.

—Si no es usted capaz de poner orden, Narváez —le advierten al llegar poco después, en la misma línea que lo hubiera hecho el propio Nil Capo—, tendremos que pensar en otras opciones para encabezar la investigación.

Los dispositivos se han multiplicado y baten la zona con más coches y más hombres, pero el resultado sigue siendo nulo y él se lo recuerda e intenta desembarazarse de ellos con la franqueza que le caracteriza:

—Podemos hablar de ello más tarde. Cuando mis hombres estén a salvo y el culpable entre rejas. El tiempo es oro y la mejor forma de pasarlo no es pidiendo cuentas. No ahora. Si llegado el momento creen honradamente que yo podría haber hecho algo más, enfrentaré sus acusaciones y me atendré a las consecuencias.

Después le llega el turno a Miren Marlaska, la intensa periodista que, sorprendentemente, fue testigo del asesinato. La ha mandado llamar y se ha personado acompañada de su jefe, Santos Vila, que, en clara actitud paternalista, no se aparta de su lado. Y parece lógico, porque la chica todavía tiembla al explicarse y su aspecto dista mucho del de la foto que acompaña sus reportajes. La angustia y su huella inevitable, asume Héctor de inmediato.

—¿Por qué estaba siguiendo usted al sargento Jordi Capo? —le pregunta educado pero firme, harto de que la gente vaya por libre.

Y ella responde que porque era su trabajo, necesitaba información para escribir un reportaje, esta vez cuando nadie estuviera en peligro, y porque había hecho buenas migas con Jordi antes del infarto sufrido por su padre.

—Creo que empezaba a conocerlo.

—¿A qué se refiere?

—Era ambicioso. Deseaba encontrar al culpable y ser reconocido por ese mérito. Se parecía un poco a mí. —Al menos, es sincera—. Se consideraba poco valorado y tenía un gran ego. No dudé que haría lo que fuera para salir airoso de este lío.

Miren explica que lo siguió desde el hospital hasta el Anatómico, donde aparcó su coche de alquiler y esperó a que Jordi saliese. Entonces echó a andar detrás de él, bastante decepcionada porque la noche no prometía nada interesante.

—No tenía ni idea de que estaba obligado a montar guardia, comisario, y verlo entrar en el Anatómico me pareció bastante normal siendo un *mosso*, aunque reconozco que me extrañó la hora.

Y termina asegurando que no vio al asesino más que de espaldas y a unos metros, que solo distinguió una figura enfundada en negro.

—Apareció de la nada, se abalanzó sobre él, yo empecé a gritar mientras me acercaba y se largó corriendo. Estaba oscuro y, con la niebla, no pude ver nada más.

—Pero él no lo sabe, señorita Marlaska.

—¿Qué quiere decir? —Santos Vila se queda lívido.

—Que su empleada corre peligro. Obviamente.

—¿Le pondrá vigilancia?

—¿Usted qué cree?

Se marchan cabizbajos y arrastrando los pies, con Santos rodeándola

por los hombros y prometiéndole sin convicción que todo iría bien.

Pero incluso durante estos dos encuentros, Héctor no logra quitarse de la cabeza ni un solo segundo la imagen del cadáver de Jordi Capo, que se empeña, con éxito rotundo, en superponerse a cada pensamiento, a cada imagen y a cada palabra. Omnipresente, el sargento muerto se ha pegado a él y convertido en su sombra.

Han encontrado en su casa una foto de Lorelai casi idéntica a la publicada por los periódicos, y cuesta poco suponer que fuera otra de las cosas que Nil había ocultado y que su hijo, en lugar de revelar su existencia, decidió investigar por su cuenta hasta que le costó la vida.

También llevaba al fantasma de Jordi a cuestas el día anterior, cuando acudió al domicilio de Elvira Salas para comunicarle la definitiva tragedia. Ella ni siquiera pidió sentarse, ni necesitó ser atendida o consolada. Tiesa como un palo, se agarró al picaporte de la puerta y, sin permitirle el paso, repitió solo las cuatro últimas palabras de Héctor muy despacio:

—Jordi ha muerto asesinado.

Después respondió a sus preguntas de forma parca: hacía horas que no lo veía y le suponía haciendo guardia junto a su padre, ya que su comisario lo había apartado de la investigación y humillado relegándolo a una labor absurda. Mientras le decía esto, Elvira taladraba a Héctor con sus ojos enormes. Y por supuesto, desconocía cualquier tejemaneje que su marido se pudiera llevar entre manos con las víctimas, ya le habían preguntado por eso: ¿un móvil no rastreable?, ¿cartas del zodiaco?, pues como no se tratara de algo referido a una investigación de Nil... A su hijo no volvió a mencionarlo.

—No quiero molestarla más, señora Capo. Pero es posible que la cite en la comisaría para hacerle más preguntas.

—Después del entierro.

—Por supuesto. —Héctor empezaba a odiar esos ojos y, por más que sabía que era un momento para la compasión más profunda, podía sentirla por Jordi Capo, pero no lograba hacerlo por su madre—. En cuanto terminen con la autopsia, la avisaremos.

Elvira no pestañeó ni una sola vez ante la mención de que alguien iba a cortar el cuerpo de su vástago de arriba abajo. Quizás albergaba tal rencor en su interior que no había sitio para la pena. Pero Héctor vio temblar la mano que sujetaba el picaporte.

—Se me está enfriando la cena, comisario.

Y él, que ni siquiera había llegado a entrar, abandonó la casa de los Capo sin dejar de preguntarse si esa mujer odiosa había querido a su hijo, si iba a romperse cuando se quedase sola, si era capaz de sentir como los humanos o si en su interior solo cabían su enfado con el mundo y, por supuesto, con él.

Llega a casa de los Quiroga conduciendo su propio vehículo. Llevan un rato esperándole, pero no se quejan. Todos se hacen cargo de la

presión a la que está sometido y también de la necesidad de alejarlos de nuevo de los lugares oficiales. Nico y Cas no pueden campar a sus anchas por la comisaría y, por razones obvias, tampoco puede hacerlo Mateo.

Es la primera vez que el doctor Casals está en la casa de las paredes encaladas en blanco, que se parece más a un pequeño cortijo andaluz que a la típica casa de campo catalana.

—Creo que mi madre añoró su tierra nada más dejarla —le ha dicho Mateo al comprender su curiosidad.

Sentado en un sofá, con las piernas muy juntas, las manos sobre los muslos y todavía con el loden puesto, el doctor no ha querido soltar palabra hasta que Héctor hiciera acto de presencia. Cas, para romper el incómodo silencio, ofrece agua, café o infusiones, y saca unas pastas algo secas de la despensa, sabedora de que apenas han tenido tiempo de desayunar esta mañana y de que a Mateo ni siquiera se le iba a ocurrir esa cortesía.

Nico rechaza comer algo, pero la ayuda con la cafetera y le está sirviendo a Mateo cuando Héctor llama a la puerta y se suma a la ronda de café:

—Descafeinado para mí, por favor. Debo de tener la tensión por las nubes.

El doctor lo mira preocupado y él, sin hacer caso de esos ojillos inquisidores, lo invita a empezar.

—Bien. —Casals deja su infusión en la mesa y se limpia despacio con la servilleta. A veces, se dice Nico, querría estrangularlo por esos gestos exquisitos y lentos que le exasperan—. El examen del corte confirma que el sujeto es diestro y que lo hizo con un cuchillo de hoja fina y perfectamente afilada, idéntico al que hirió al señor Mateu y al que cortó el pulgar de Tono. Por desgracia, con el sargento Capo consiguió completar su trabajo y degollarlo, pero los cortes en las palmas de las manos, en los antebrazos y en el mentón nos dicen que se defendió. Además, consiguió morder a su agresor. —No suele delatar sus emociones cuando habla de trabajo, pero esta vez sus ojos brillan esperanzados—. He encontrado en sus dientes y en su lengua restos de carne y piel. Piel quemada.

—¡Bien por Capo! —exclama Cas arrepintiéndose de inmediato de su inadecuado gesto de júbilo.

Pero todos comprenden el porqué de su euforia. Al fin, restos biológicos del maldito demonio.

—No se avergüence, señorita Quiroga. Lo que hizo el sargento fue valiente y útil y debemos reconocérselo. Extraje las muestras tan rápido como fui capaz sin saltarme el protocolo, para que pudieran llevarle el cuerpo a su madre. Estamos analizándolas y, al igual que sucedió con la sangre que encontramos en este mismo jardín, pueden ser una prueba identificativa cuando lo atrapemos.

A Nico le alivia que Casals se sume al hecho deseado por todos. La esperanza es importante y que alguien la mantenga, ayuda.

—Y también nos dice —concluye el forense— que el sujeto sufrió el efecto de las llamas en algún momento de su vida. La piel lleva mucho tiempo cicatrizada, pero esas quemaduras fueron profundas y graves, y apuntan a que el fuego tuvo tiempo de actuar.

Digieren la información durante unos minutos. Héctor acaba su descafeinado, Mateo continúa sumido en sus pensamientos y Nico es el primero en hablar:

—¿Cómo sabía el asesino que Capo le andaba a la zaga?

—Eso digo yo. —Héctor hace una mueca de incertidumbre y, como tampoco los demás son capaces de responder a la pregunta, les resume el interrogatorio a Miren, su afán por seguir a Jordi, convencida de que en algún momento volvería a ir por libre, como lo hizo al visitar al granjero, y también el miedo con el que la chica ha abandonado la comisaría, con su jefe de guardaespaldas, al saberse posible blanco del asesino—. Creo que ni siquiera lo habían pensado —dice como si le pareciera inaudito, y le pide al doctor que explique la breve y extraña visita del sargento al Anatómico poco antes de su asesinato.

—Yo ya estaba recogiendo. Me disponía a cerrar y marcharme a casa —recuerda Casals—. Me preguntó acerca del bebé y mostró interés en el archivo del hospital de Palamós.

—Pero él no estaba cuando mantuvimos esa conversación —recuerda Nico—. Solo nosotros tres.

—Así fue. —Tampoco a Héctor se le ha pasado el detalle por alto—. Por lo tanto, alguien le habló del pequeño quemado. Y no fuimos nosotros.

En el Registro Civil no existía ningún Rom A. Vargas. Nadie nacido con ese nombre, al menos en un hospital, y, si lo hizo en algún otro sitio, la nueva vida no se notificó de forma oficial. No había cuentas ni propiedades a su nombre, ni fue escolarizado, enterrado o atendido en la Seguridad Social para consultas médicas ni vacunación obligatoria. Tampoco había rastro de él en la zona y, por más que habían preguntado en todas partes, nadie lo conocía.

—Sin embargo —sigue Héctor—, hemos accedido a los archivos antiguos del hospital de Palamós y, en efecto, la madrugada del 18 de mayo de 1991 ingresó, junto a otra veintena de pacientes, un bebé de seis meses llamado Rom A. Vargas. Recibió el alta médica mucho tiempo después y no volvió por allí. De modo que o bien murió más tarde sin que se notificara su fallecimiento, o bien se cambió el nombre.

—Desaparecer parece ser el pasatiempo favorito en la familia Vargas. —Cas alucina—. ¿Tres personas en paradero desconocido? No es normal. Y tampoco lo es no inscribir oficialmente a un hijo.

—¿Qué ha averiguado usted del terreno del recinto ferial, Casilda?

—Puede verlo usted mismo, señor. —Le entrega su móvil—. Acaba de

llegarme. Ahora resulta lógico que el circo Vargas pase tanto tiempo allí.

—Pero ¿qué...? —Héctor no disimula su sorpresa. Vuelve a leer el documento—. Escuchad con atención: la propietaria del terreno es la sociedad Anasvar y sus únicas socias, al cincuenta por ciento, las hermanas Tshilana y Lorelai Vargas. Por lo que parece, Wesh quedó fuera de esto. Quizás también pagó así su homosexualidad. En fin, según datos anteriores del Registro de la Propiedad, la familia materna era oriunda de Palafrugell y los tenía desde tiempos..., ufff, muy antiguos. Eran tierra rústica, y al igual que hacen ahora, los usaban para acampar; aunque en los setenta, una época en la que los terrenos cambiaban de calificación de forma sorprendente según los intereses de algunos, fue recalificado como urbano no ejecutado y pasó a valer una fortuna. Los Vargas han continuado viviendo del circo y de sus mejores o peores beneficios. Por si esto fuera poco —blande el móvil de Cas en el aire—, la propiedad de las hermanas Vargas linda con una de la familia Capo, todavía más grande.

Más casualidades increíbles. Más hallazgos inútiles. Más callejones sin salida. Más preguntas abocadas al vacío y más de todo lo que no sirve de nada.

—Estamos en una mierda de espiral eterna —suelta Mateo rompiendo el silencio al que se ha sometido en un rincón—. A este paso, recogeremos los pedazos de mi hermano en cualquier escenario de mierda y seguiremos sin tener ni idea de dónde cojones se esconde el pirado este.

Casals lo mira aturdido por la salida de tono. Cas y Nico no dicen nada, porque van conociéndolo y saben que la falta de acción lo está matando. Héctor le habla sin miramientos:

—Ahora no está usted infiltrado en los bajos fondos, inspector. Si no sabe comportarse como su rango exige, me veré obligado a apartarle de la investigación.

Mateo se levanta y sale dando un portazo. Cas se dispone a seguirlo, se levanta por impulso pero lo piensa mejor, se vuelve a sentar y se queda muy quieta.

—Déjele un rato, Casilda. Que le dé el aire. Comprendo su estado, pero no debo tolerar su actitud.

—Así que las Vargas son ricas. —Nico cambia de tema—. Es rarísimo que no aprovecharan la recalificación. Muchos matarían por urbanizar allí. La parcela es grande, está en las afueras del pueblo y a escasos kilómetros de las playas, un lujazo. Ya entonces se lo hubieran pagado muy bien, pero ahora... —silba y agita la mano—: hablaríamos de una fortuna.

—No todo el mundo quiere cambiar de vida, Nico. Y no todos necesitan más de lo que tienen —reflexiona Héctor—; de hecho, tú mismo encajas en esa definición.

—Puede parecerlo —reconoce él—, pero no me atribuyas demasiada

autenticidad, porque yo he podido elegir. Nunca me ha faltado nada, gano dinero y me gusta vivir bien. —Cas lo mira asombrada. Todavía le sorprenden los contrastes que hay en Nico, con su aspecto atractivo, su elegancia natural, sus modales perfectos y esa otra cara tan salvaje como la naturaleza que adora, rebelde y rotundamente sincera—. Lo que pasa es que el ruido y la gente terminan cansándome. No es lo mismo.

—Lo cierto —insiste el comisario— es que a la mayoría de ellos les gusta su vida, ¿entiendes? Sus costumbres, sus carromatos, sus guitarras y sus horas junto al fuego. Y, sin duda, Tshilana Vargas es lo bastante lista para saber que explotar los terrenos lo cambiaría todo.

—O no ha podido hacerlo, Héctor, porque Lorelai desapareció y digo yo que tendría que manifestar su consentimiento para cualquier transacción de la empresa.

—En eso tienes razón. Pero Tshilana podría haber intentado declararla muerta, y tampoco se ha molestado en hacerlo.

—De estarlo, ¿quién heredaría sus bienes? ¿Su propia hermana o ese hijo al que nadie ha visto? —pregunta sin esperar respuesta, porque sabe que, una vez más, no la hay.

La reunión adquiere a partir de entonces un aspecto práctico. Basta de elucubraciones y de irse por las ramas. Hay que retomar el trabajo de campo hasta que se topen con alguna pista o algún interrogatorio de fruto. Mateo sigue en el jardín.

—Nico, vete con él para indagar más a fondo sobre el circo. A por todas. Ya me entiendes. Usted, Casilda, vaya al hospital, busque en los famosos archivos, pregunte por los médicos de esa época, aunque muchos estarán jubilados. En fin, haga cuanto pueda al respecto. Yo me ocuparé de interrogar a Tshilana y a la señora Juliá, que tiene mucho que contar. Y, cuando haya pasado el tiempo adecuado, también a la señora Capo. Usted, doctor, podría echar una mano a la chica y, por supuesto, seguir intentándolo con el señor Mateu.

—Héctor. —Nico se levanta de un salto—. ¿Me estás dando permiso para...?

—Soy un comisario. No me hagas decir cosas que no debo. Pero hazlas.

—Lo estoy deseando.

Mira a través de la ventana. Mateo está fumando dando vueltas en círculo. La niebla sigue haciendo de las suyas, convirtiéndolo a sus ojos en una aparición errante. Y, por supuesto, piensa en Marcos y en cómo se está acortando su tiempo. Pero, por más que quieran correr, ¿hacia dónde hacerlo?

—¡Coño!

—¿Qué te pasa ahora, Nico?

—Estos treinta y dos años que han pasado...

—¿Qué?

—Son por ese crío.

—¿El bebé quemado?

—Exacto. Ha necesitado tiempo para crecer. Ahora ya es adulto y puede llevar a cabo su venganza.

Satisfecho, los deja con esa idea a cuestas, lee en su móvil los mensajes del mes pasado y encuentra los que buscaba, cuando Jamal le ofreció su ayuda y él pasó de contestar.

«¿Eres tú?», escribe.

Apenas transcurre un minuto:

«Hola, detective».

«Tenemos que vernos. Con Petrus».

«Eso está hecho».

Le fastidia, pero debe reconocer que en este momento, ahora y solo por ahora, confía más en Jamal que en cualquier otra persona. Es para encontrar a Marcos, se repite. Nada más que para encontrarlo, antes de que el hombre que ardió en el fuego de niño y su alma podrida acaben con él.

Se despide saludando como lo haría un soldado y sale al jardín dispuesto a hacer entrar en razón a Mateo y llevárselo al encuentro con el árabe y un feriante con muy mala leche pero con mucho que contar.

Llafranc, 12.05

—¿Tía Sol? —Estela abre con Simón en brazos y no da crédito a la visita inesperada.

Envuelta en la niebla, la Bruja de las Marismas parece más estrafalaria que de costumbre.

—¿Vas a dejarme entrar, niña?

—¡Perdona! Adelante. —La ayuda a quitarse el grueso abrigo—. Pero ¿cómo has venido?

—Andando, ¿cómo si no?

—¿Tres kilómetros? Tía...

—Cállate, niña, que estas —se señala las piernas escondidas bajo la larga falda— todavía tienen que dar mucha guerra. Que me veáis vieja no significa que me sienta vieja. —Se acerca al bebé y Estela deja que lo coja en brazos—. Hola, precioso de piel morena y ojos de Nico Ros. —Sonríe besándolo por todas partes y Estela le sirve un vaso de agua.

—¿Quieres algo más, tía? ¿Tienes hambre?

—Qué va, allí me sobrealimentan, vivimos a base de cocidos, carne y sopas contundentes. ¿Dónde está tu madre?

—En La Marina. ¿Quieres verla?

—Necesito que venga. Es urgente.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Yo sí. Pero esos policías no. Las cartas me han hablado y necesito un círculo de mujeres. Creo que con tres bastará.

Estela ha comprendido. No será la primera vez que participe en un

ritual de magia blanca y seguro que no será la última.

—Voy a buscarla, tía. Quédate con Simón.

Cruza la niebla hasta el restaurante y entra sin llamar:

—¡Mamá!

Mercedes baja rápido las escaleras:

—¿Qué pasa? ¿El niño está bien?

—Sí. Es la tía Sol. Nos necesita. Quiere hacer uno de sus rituales.

Los ojos de Mercedes Narváez se iluminan. Nada le gusta más. Besa a su marido en la mejilla y le advierte que volverá tarde.

—¿Dónde vais con tanta prisa?

—Cosas de brujas, papá.

* * *

Nico oye un ruido extraño justo antes de abrir la puerta. Atisba el interior de su casa a través del cristal y ve las paredes blancas repletas de los reflejos de las muchas velas encendidas por doquier. Estela, su suegra y, por más que le cuesta creerlo, la tía Sol se dan las manos y canturrean algo alrededor de la mesa de centro del salón.

Algo le dice que no será bienvenido, y un poco mosqueado, porque llegaba con ganas de un breve descanso y también de dar mimos y recibirlos, se da media vuelta y se dirige al restaurante.

Manuel lo recibe con su eterna sonrisa, esa que luce incluso cuando está preocupado, cuando pintan bastos. Esa que no dice que no comprenda la gravedad de las cosas, sino que no va a sucumbir antes de hora y que amargarse solo quita fuerza.

—¿Te han echado de casa?

—Ni siquiera me he atrevido a entrar.

—Has hecho bien —ríe divertido ante la expresión estupefacta de Nico—. No les gusta que las interrumpan.

—Eso... ¿era lo que parecía?

—Sin duda. Un ritual. A veces, Sol necesita ayuda. Otras energías además de la suya, ya sabes.

—Claro. —Pero no, no sabe nada.

—No te asustes. Si te sigues portando bien, no tienes nada que temer. —Ahora ríe más a gusto todavía y lo invita a seguirlo a la cocina.

—Ea, siéntate y admírame.

Acerca una silla, Nico huele los macarrones que su suegro remueve en el cazo, intenta coger uno con los dedos, Manuel le da un cachete con un «Todavía no» risueño y se sienta dispuesto a esperar.

—Falta poco. Mezclar bien el sofrito y después gratinar. Llevan carne de primera. Y pedacitos de chorizo de Jabugo. Si pones la mesa, estás invitado a compartirlos.

No se lo hace repetir. Extiende el mantel sobre una de las mesas más cercanas a la cocina y pone un par de platos llanos, un salvamanteles

para que la fuente no lo queme, vasos y cubiertos.

—Corta unas rebanadas de pan —le pide su suegro metiendo los macarrones en el horno— y pela esos nísperos. Son los primeros de la temporada, ¿sabes? Nos dábamos codazos en el mercado para hacernos con ellos.

Nico obedece en silencio mientras le oye canturrear algo mucho más normal y alegre a los murmullos que escapaban de su casa.

—Ale, ya está la ensalada. —Deja en la mesa una bandeja con rodajas de tomate raf y berros bañados solo con aceite de oliva virgen y sal y, con una manopla protegiéndole una mano y un trapo en la otra, lleva el plato principal—. Venga, yerno favorito, a comer. —Le observa olerlos satisfecho y dar los primeros bocados—. Eso es. Disfrútalos.

—Lo hago, lo hago. —Nico llena su plato por segunda vez, se sirve después ensalada y cuando ya no puede más, se limpia con la servilleta, bebe agua y se apoya en el respaldo de la silla—. Cocinas como los ángeles.

—Lo sé. Pero no se lo digas a Mercedes, que cree que no la supera nadie —pero lo dice con cariño.

A pesar de la negativa inicial de Nico, lo obliga a comer nísperos y después prepara el café exactamente como le gusta.

—Aquí tienes. Muy corto. Muy denso. Pocos al día y jamás descafeinado.

—Exacto. Ya sabes que es mi único vicio, así que ha de ser perfecto.

—Tanto como el único...

Nico se ruboriza. Empiezan a recoger y Manuel se interesa por las novedades. Con él da gusto hablar, porque es un hombre discreto y sus preguntas nunca se deben al cotilleo sino al sincero deseo de que la investigación avance y todo salga bien, pero no se adentra en terrenos delicados ni pregunta por nada que pueda comprometerlo. O entristecerle. Para qué.

—Esa chica, la periodista... estuvo aquí, ¿sabes?

—Eso me dijo Estela.

—Me dio lástima. La culpa es mala amiga. Y también inútil.

—Lo sé. —Por supuesto que lo sabe. Probablemente, mejor que nadie.

—¿Tienes trabajo? A casa no vas a poder volver todavía...

—Eso me temo —dice mirando su reloj, que marca las tres menos diez —. Espero una llamada de Héctor, pero todavía es pronto. Y mi parte no puedo hacerla hasta bien entrada la noche. Es desesperante.

—Entonces —Manuel le lanza un impermeable—, salgamos a pescar. Como cuando eras un crío y nos acompañabas a Jan y a mí. Y a Marina.

—Me dijo Estela que estos días no ibas por la niebla...

—Pero ya estoy harto. Este corpachón —se toca la tripa satisfecho— me pide un garbeo en el mar, y no parece que esta niebla tonta vaya a abandonarnos por ahora, ¿verdad?

—No. No lo parece —reconoce Nico observando la fea capa que se ha

posado contra la puerta y parece empeñada en entrar en el reducto de paz.

—Tiene mal aspecto, Nico. —Manuel abre con el chubasquero puesto y una bufanda al cuello y se deja empapar por ella—. Pero solo es eso. Mala apariencia.

Cierra con llave, evitan pasar por delante de la casa de las brujas y saltan a la playa hasta llegar a la Mercedes.

—Vamos, Nico. Ellas a lo suyo y nosotros a lo nuestro.

Escasos minutos después surcan la bahía. Ambos son hombres de mar. Le pertenecen. Y lo saben. Y les gusta que sea así.

Palafrugell, 18.30

—Señora Juliá, debe usted ayudarme.

—No veo cómo, comisario. Ni siquiera entiendo qué hago aquí. Se supone que yo soy la viuda de una víctima, pero... usted me manda a buscar a casa y de malas maneras...

—Basta.

La mujer abre mucho los ojos. La cara del comisario ha cambiado por completo. Ha endurecido la mirada y tensado la mandíbula.

—¿Cómo dice? Ese tono no me...

—He dicho basta. —Héctor apoya los codos en la mesa, entrecruza los dedos y sigue observándola sin pestañear. Está cansado de ella, de su actuación, tan falsa y parecida a la de Elvira Salas—. Puede llamar a un abogado si lo prefiere. Pero entonces, en lugar de una charla informal, consideraré esto un interrogatorio en toda regla. Usted decide.

—Bien. No veo cómo, pero intentaré colaborar.

Las palabras de Héctor han logrado el efecto esperado. Ella se arregla unos mechones que seguramente las prisas le han impedido retocar antes de salir de casa y simula tranquilidad. Pero su pecho subiendo y bajando agitado delata lo contrario.

—Dígame usted su nombre completo. Edad. Lugar de nacimiento.

—Me llamo Ángela Ribas. Cincuenta y seis años. Nací aquí, en Palafrugell. Soy ama de casa, y viuda reciente —añade con retintín.

—Gracias, señora Ribas.

—Juliá, por favor. No entierre también su apellido.

—Hábleme usted de su visita al circo en el año 1983 —le pide Héctor, sin perder la calma por sus desaires—. De noche. A escondidas. Con el que después fue su marido.

La cara de la viuda se demuda. Los labios se tuercen, los ojos se disponen a saltar fuera de sus cuencas y todo se afea. Es por el miedo.

—¿Señora Juliá? Estoy esperando. Y no voy precisamente sobrado de tiempo.

—Quiero un abogado.

—Creí que preferiría la discreción.

—Existe el secreto profesional, comisario. Pensaba que usted estaba al tanto de esas cosas.

—Por supuesto. Pero no siempre se cumple, ¿verdad? Ya sabe, secretos sabrosos. Esto es un pueblo. Los cotilleos se esparcen fácilmente. Incluso a mí se me podría escapar sin querer algo de lo que ahora sé. A veces puedo ser un poco... torpe. —Se recuesta en el respaldo y espera.

—No se atrevería.

—No me ponga a prueba.

—¿Es una amenaza?

—Oh, no, señora. Es una promesa. Su amigo el comisario Capo no puede ampararla en estos momentos y yo no estoy dispuesto a dejar morir a dos hombres que aprecio. Todavía no sé qué ocurrió, pero sí que todo empezó con secretos. Y usted me va a contar los suyos.

—Así que la vieja gitana ha hablado —supone, rezumando odio.

—Aquí el que interroga soy yo.

—Lo pagará caro —asegura ella.

—Ya lo estamos haciendo todos, ¿no le parece? Incluso los que ni siquiera conocemos el pecado.

Le recuerda que tiene prisa y continúa hablando rápido para no darle tregua, que no pueda ni pensar:

—Usted quedó estéril después de ese aborto. De hecho, podría denunciarla por solicitar ese servicio, penado por la ley en esa época. —Qué sabrá ella si eso ha prescrito o no. Ventajas de ser policía. Nunca le ha gustado usar tretas, jugar sucio, pero si alguna ocasión lo ha merecido es esta—. Cuando se dieron cuenta de lo que ese aborto había provocado, su marido amenazó a la mujer que se lo practicó y juró vengarse. Se tomó su tiempo, por supuesto. Y no lo hizo solo. Pero lo hizo. Quizás usted estaba al tanto de sus planes. Quizás incluso lo incitó, llena de rabia. Y de pena, supongo.

Ella escucha en silencio, con una apariencia tranquila. Pero Héctor intuye que la calma es solo un disfraz, como la ropa clásica que viste, como sus pendientes de perlas, que le dan ese halo de mujer respetable. Y sabe que lo está retando. Y entonces decide, harto de su silencio, atestar el golpe de gracia:

—Señora Juliá, tiene usted dos hijos, que, por cierto, no se le parecen en nada y tampoco a su marido, que en paz descanse. Su adopción no figura en ningún registro oficial.

Ella pierde todo el color de la piel. Mueve los labios intentando decir algo, pero no lo consigue. Mueve también los brazos y las manos para dirigir el oxígeno del despacho hacia ella, hacia sus fosas nasales y su boca abierta. Héctor espera. Inmóvil. La socorrerá si el cuadro se complica. Pero aún no.

Señala el vaso de plástico repleto de agua que hay sobre la mesa.

—Beba. Se sentirá mejor.

—Comisario Narváez. —Se levanta en pleno ataque de ansiedad o de rabia indigesta, se apoya con las manos en la mesa e intenta amedrentarlo con la mirada. Con los gestos. Y con su voz rotunda—: Si me amenaza usted con algo que tenga que ver con mis hijos, lo mataré.

—¡Siéntese! —grita Héctor dando un golpe en la mesa.

Pero ella ha perdido el juicio y trata de encaramarse a la mesa para pegarle. Él se levanta rápido, abre la puerta y ordena a los dos hombres que esperan fuera que entren, la reduzcan y se la lleven a otro despacho hasta que se calme.

—Si no lo hace, tendremos que bajarla a un calabozo y acusarla de intento de agresión a mi persona. Entonces llamaremos a un abogado, pero también a sus hijos.

Y Ángela Ribas, la viuda del honorable farmacéutico Tomás Juliá, es arrastrada por el pasillo por cuatro brazos fuertes y decididos, y su voz histérica se pierde en las dependencias de la comisaría. Héctor cierra la puerta y saca su móvil de un cajón que ha permanecido medio abierto durante la conversación.

—¿Lo habéis oído?

—Alto y claro —responde Nico moviéndose en la pantalla—. ¿Qué opinas?

—Arriará velas. Dentro de un rato suplicará hablar conmigo y cantará *La Traviata.*

—¿Cómo lo sabe, comisario? Parecía tan... —La imagen de Mateo se mueve en el otro recuadro.

—Lo hará por los hijos, inspector Quiroga. No creo que sepan que son adoptados. Y ella tiene terror a que conozcan su secreto.

—Pero ¿por qué no reconocer una adopción? Ni que fuera horrible...

—Porque es mucho más que eso —suspira Héctor—. Temo que los hermanos Juliá fueron el pago por un pecado. —Guarda un breve silencio para recuperarse del violento e inesperado estallido de la mujer y continúa—: Mientras yo me ocupo de ella, averiguad más detalles con Petrus.

Llafranc, 19.50

Nico está en la bañera con Simón. Estruja la esponja sobre la cabeza de su hijo para que el agua calentita le caiga por el pelo incipiente y por la cara. El niño se ríe. Estela los oye desde la habitación y asoma la cabeza:

—¡Míralos, en plena juerga!

Cuando ella se lleva a Simón envuelto en una toalla, Nico se sumerge, se enjabona y después cierra los ojos con la cabeza apoyada en la cerámica y trata de ordenar las ideas. Ha sido un día loco y agotador. Otro más. Y todavía falta lo más importante: la noche. Jamal. Y Petrus.

Se aclara con la ducha y no tarda en secarse, vestirse y bajar al salón. Su hijo huele a gloria y vuelve a cogerlo en brazos.

La cámara de Estela está fuera de su funda y le pregunta si ha salido a hacer fotos.

—Un rato. Lo que sea con tal de no pensar. Y me gusta el aspecto fantasmal del pueblo estos días. He intentado captar..., no sé. Ese halo mágico.

Le asegura que podrá verlas pronto y él dice que lo está deseando.

El pequeño ronronea y Estela, que no deja de trajinar por el salón y la cocina, pasa un paño húmedo por la mesa.

—¿Eso eran restos de cera? —Nico levanta las cejas—. Del aquelarre, supongo.

—No seas así, que nosotras somos de las buenas.

—Eso espero. Porque después de lo que he visto hoy, no sé si me atrevo a dormir contigo.

—No mientas, Nico, que tener una mujer un poco bruja te pone bastante. Reconócelo.

—Hablando de brujas, ¿vas a contarme qué habéis descubierto en vuestra... —carraspea buscando la palabra adecuada— sesión?

—Puede parecerte raro, Nico, y créeme que lo entiendo, pero la tía Sol soñó con esos hombres. Paseaban por el circo en la oscuridad y vertían algo en el suelo. Después Tshilana le aseguró que se vengaron todos a una. Yo no sé de qué y tampoco por qué odiaban a los gitanos, pero lo hacían. Tanto que quemaron el lugar que era su vida, su sustento y la única casa que tenían.

—Cuéntamelo todo.

Pero Simón empieza a llorar reclamando su cena. Nico intenta calmarlo mientras Estela calienta la papilla y él se la intenta dar despacio, pero el niño tiene tanta hambre que no deja de tragar y abrir la boca para que le dé otra cucharada.

—Es un comilón. —Mira a su hijo satisfecho porque se la ha acabado toda y le limpia la boca con cuidado—. Voy a acostarlo y me explicas.

Cuando desaparecen de su vista, Estela coge una baraja y coloca varias cartas sobre la mesa. Cas entra por la puerta.

—No se ve ni torta. He tardado más de media hora desde Palamós hasta aquí.

—Nico está arriba. Acércate al fuego, que pareces helada.

—Es esta puñetera humedad. —Cas se quita la gorra de lana verde y su pelo rojo le cae en cascada hasta la mitad del cuello y parte de su frente desaparece bajo el flequillo.

—¿Has averiguado algo?

—Tristemente, sí. Vuelvo sabiendo que hay madres estúpidas, que no quieren a sus hijos si no son perfectos.

Estela se está adaptando a los modos bruscos de Cas, tan distintos a los suyos. Al principio, le parecía que hacía demasiado ruido y que su casa no era lo suficientemente grande para alguien cuya energía y talante ocupaba tanto espacio. Pero ahora... ahora sabe que la añorará

cuando se marche a la pequeña, blanca y coqueta casa andaluza. Cuando vuelva con Marcos.

—¿Tienes hambre? He preparado un *trinxat*. ¿Sabes lo que es? —Por la cara de Cas, supone que no—. Pues hoy lo pruebas. Está bueno. Y por la noche entra bien.

Pero Cas no la está escuchando. Está mirando las cartas. Las de los hombres muertos. O secuestrados. O amenazados. Y también la cantidad de velas blancas de todos los tamaños que siguen junto a la chimenea, algunas casi del todo consumidas, y que no se parecen en nada a las que su anfitriona suele encender para crear ambiente.

—¿Qué coñ... es esto?

—Ha venido la tía Sol, Cas. Hemos hecho un poco de... brujería.

—No fastidies, Estela. Vosotras de juerga y yo toda la maldita tarde en el archivo de un hospital. Ya te vale.

—Lo siento, Cas. Si yo pudiera hacer algo más...

—¿Qué dices? Ya lo haces todo. Mírame, invadiendo tu casa. Desquiciada casi todo el tiempo, igual que tu marido. Y aquí estás tú, disimulando y dándonos apoyo y cariño. No se me ocurre nada más importante. —Se le humedecen los ojos.

Estela se da media vuelta para que no vea cómo los suyos también la traicionan.

—¡Está bueno! —reconoce Cas cuando ya están cenando el *trinxat*, hecho a base de patatas, col y tocino laminado, que Estela ha cortado en pedacitos diminutos—. Pero ahora, por favor, háblanos de lo que dicen esas cartas.

—¿Sabes lo que es una lectura?

—Soy andaluza. En mi tierra hay mucho de lo antiguo y de lo oculto. Yo soy más bien terrenal, es cierto, pero tengo mi punto místico.

Nico la mira mientras come. No hay quien se aburra con Cas. Claro que tampoco hay quien descanse.

—Vale. —Estela se pone seria y trata de explicar el conocimiento ancestral de forma sencilla—. En primer lugar, debéis entender que en la Antigüedad la gente solía ser analfabeta y dibujar era la mejor forma de representar lo que se pretendía transmitir. Por eso, el ocultismo y la magia usaron cartas con dibujos para explicar con símbolos algunas de las características y pasiones humanas y para hablar del destino, del libre albedrío y del mapa que cada uno de nosotros trae consigo al nacer. Tarotistas y astrólogos tiran las cartas desde entonces a quienes desean conocer futuro y fortuna, e interpretan las que se muestran de forma individual, pero también en su conjunto.

»Estas en concreto —dice señalando la baraja sobre la mesa— suman a cada signo zodiacal una figura del tarot, otra antigua disciplina que, también a base de símbolos, nos habla de rasgos personales y de los momentos que atravesamos, pero bajo otra perspectiva. Recordad que las cartas siempre nos están contando algo. Cuando salen boca abajo, se

las llama *invertidas* y muestran la cara más fea de su significado, y en el caso de los signos del zodiaco, cuando discurren por tránsitos complejos y zonas oscuras, se dice que están *mal aspectados.* Como en la vida, los signos y los símbolos son duales, están poblados de grises; los blancos y los negros escasean.

Se toma un respiro, mira a Nico y él intenta no darse por aludido.

—La tía Sol cree que el asesino es un ser enfermo que utiliza las cartas para señalar los peores defectos de sus víctimas, y también para acusarlas de algo concreto, y si no las ha repartido según sus fechas de nacimiento, es porque ese dato le resulta indiferente. Por ejemplo, aunque es cierto que Sagitario le iba al rumano que ni pintado, por lo fácil que era relacionarlo con el Centauro, el Arquero y su negocio, y que en el caso de Uri el Sordo le resultó perfecto usar una cabra de la granja para representar a Capricornio, si trascendemos lo visible, comprenderemos que su obra va mucho más allá de unas meras puestas en escena, por llamativas que estas sean.

»A Miha, adjudicándole Sagitario y su arcano, lo define como un ser irresponsable, egocéntrico y sin disciplina. Decíais que consumía drogas, pagaba por estar con mujeres y maltrataba a la suya, ¿verdad? Pues ahí lo tenéis.

»A Oriol no le atribuye mejores cualidades, en su opinión era pesimista y melancólico. Un hombre débil, lleno de deseos y fantasías salvajes reprimidas. Tomás Juliá era poco dado a los afectos, alguien frío, impredecible, derrochador e infiel. Andreu Mateu, por su parte, está dominado por su sombra, temeroso de sus propias pasiones ocultas y es propenso al enojo rápido. Paco Quiroga siempre quería solucionarlo todo a su manera, no toleraba fracasar y era muy agresivo, como saben bien su mujer y sus hijos. Al padre Molina, su carta lo tilda de caprichoso, fanático y falto de moral. A Nil Capo, de adorar la ostentación, lo material, y de elegir a socios y amistades por su posición social y económica. En fin, un interesado. Sin embargo, hay que destacar de su carta la dualidad masculino-femenina. El amor entre el hombre y la mujer. Quizás esa es su parte tierna o algo que ha utilizado para hacer el mal, quién sabe.

Se acerca a una estantería, saca un folio de una carpeta y se lo da.

—He preparado un breve resumen para que podáis entenderlo:

> Oriol Mateu. Capricornio. El Diablo. Deseos. Fantasías salvajes. Ambición. Manipulación.
>
> Miha Radu. Sagitario. La Templanza. Discordia. Falta de autocontrol. Ignorancia. Egocentrismo.
>
> Tomás Juliá. Acuario. La Estrella. Falta de afecto. Derroche. Infidelidad. Frialdad. Evolución.
>
> Andreu Mateu. Piscis. La Luna. La sombra. Miedo. Pasiones ocultas.
>
> Paco Quiroga. Aries. El Emperador. Autoridad. Astucia. Poder. Liderazgo. Materialismo. Egocentrismo.

Padre Molina. Tauro. El Papa. Fanatismo. Moralismo. Falta de ética y de ortodoxia.

Nil Capo. Géminis. Los Enamorados. Dualidad. Amor. Elecciones. Adán y Eva. Lujuria.

Cáncer. El Carro. Fuerza. Tiranía. Control. La familia. Conflictos.

Nico lee y relee:

—Lo siento, Estela. Me he hecho un lío. A mí, lo difuso...

—¡Hombres! —Cas coge la hoja y va asintiendo según sus ojos recorren las líneas—. Está clarísimo. —Se vuelve hacia Estela victoriosa—. Creo que lo pillo. Estas cartas son parecidas a un test de personalidad, y el monstruo al que buscamos las ha usado resaltando los aspectos negativos de esos hombres, a los que queda claro que acusa de lo peor. Con la astrología y el tarot, vincula su venganza a Lorelai, que dominaba ambas disciplinas.

—Yo no lo habría explicado mejor. —Estela aplaude—. Nada de esto es concluyente o científico, ni serviría como prueba, pero conozco a la tía Sol y os aseguro que no se equivoca. Escucha, Nico, te pongo un ejemplo: piensa en Andreu Mateu, un Piscis mal aspectado, un hombre que oculta deseos y fantasías salvajes, alguien que se enoja si no logra lo que quiere. La luna, su arcano, nos habla además de emociones desordenadas, de sombras, miedo y rigidez. ¿Lo ves más claro ahora?

Sí. Sí. Nico va comprendiendo que, en su delirio, el sicópata se comunica como puede, como sabe. Que probablemente se pasó años buscando cómo definir a los que iban a ser sus víctimas, cómo etiquetarlos y qué aspecto otorgarles a sus muertes para que se fueran al infierno mostrándose tal como eran, lejos de su falsa imagen mundana y de su hipócrita apariencia. Fueron esos bajos instintos los que debieron moverlos a actuar como lo hicieron, y está empeñado en dejar claro que llevaban puesta una careta. Hacerles sufrir lo indecible antes de matarlos y dejarlos desnudos era el precio que pagar por su pecado. Y cortarles los miembros, trasladarlos al siguiente escenario y coserlos al cadáver de otro lo ayudaba a vincularlos de un modo definitivo. Como si entre todos formaran una sola persona maligna.

—¿Sigues pensando que es él? —pregunta Cas refiriéndose al niño misterioso.

—Ya no sé qué pensar, pero, si lo es, tiene el carácter endemoniado de su madre.

—Todavía no lo sabes todo, Nico. Traigo novedades del hospital. —Come una cucharada de yogur y arranca a hablar—: A Rom lo abandonó su madre porque se había quemado por todas partes, porque su cuerpo era una llaga, porque le dijeron que nunca sería un chico normal y porque a ella no debían de gustarle las personas estropeadas.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Después de horas en los archivos, hemos hablado con

uno de los doctores que lo trató. Bendito Casals, que conoce al gremio entero. Ya sabíamos de su ingreso en el hospital, de su estado grave, larga estancia y todo eso, pero hoy nos han contado que fue un auténtico milagro que sobreviviese. Una mujer se sentaba incansable a su lado, oía sus lamentos y lloraba por su dolor. No quería irse a descansar, ni a distraerse, ni levantarse de esa silla. Le cantaba canciones, le decía cosas bonitas, lo mimaba. Todas las víctimas del incendio fueron dadas de alta a los pocos días, pero el niño no. Le dijeron a la mujer que su vida ya no corría peligro, pero que su cuerpo jamás se recuperaría de las heridas y que sufriría infecciones y problemas con las terminaciones nerviosas de por vida, porque las quemaduras eran demasiado profundas. Ella escuchó el pronóstico con atención, acarició al niño en la cabeza, única zona que se salvó de las llamas, y pidió que le enseñaran a hacer las curas para cuando regresaran a casa. Todos creían que era su madre porque, además, compartían apellido. Ningún padre había aparecido por allá e imaginaron que era soltera y lo criaba sola. Pero era su tía, Tshilana Vargas. Lorelai jamás apareció por allí.

—Claro, acababa de esfumarse.

—Así es. Pero la actual jefa de enfermería, que en 1991 realizaba sus prácticas, estaba muy impresionada con el caso del bebé y solía acercarse al ala de Quemados para interesarse por él. Un día le preguntó a Tshilana por la madre de Rom. Ella solía estar callada, era discreta y pretendía pasar desapercibida, pero la debió pillar con la guardia baja y le contestó que la madre era su hermana menor, una chica muy joven y alocada, que al ver a su hijo comido por las llamas, su piel en carne viva y el aspecto de ese cuerpo llagado y rojo, se lo había entregado diciéndole que cuidase de él, que ya no era perfecto y que no iba a poder quererlo.

La mirada de Estela brilla. Y Nico piensa en su propio hijo, en el olor de Simón, en la forma que tiene de agarrar su dedo y en su pequeño cuerpo. Sabe que los reconoce, que los necesita. Y se pregunta cómo es posible que una madre, por más defectuoso que su bebé pueda parecer, sea capaz de abandonarlo a su suerte y no regresar jamás a por él.

—De modo que es posible que Lorelai se marchara lejos para desentenderse de Rom. Nada tan misterioso, al fin y al cabo. Un acto egoísta y triste y, por desgracia, poco original. —Nico mira a través del cristal. Casi puede ver el mar desde su silla. Oírlo. Incluso olerlo.

Suena la alarma de su móvil.

—Es la hora. Jamal me espera.

42

Palafrugell, 11 de marzo, 00.30

—Vamos, entra.

Mateo sube al asiento del copiloto. Las luces antiniebla hacen su trabajo, y despacio, se dirigen hacia su destino.

—Un poco más rápido, ¿no?

—Créeme, me gusta la velocidad. Pero esta es una noche para pasar desapercibidos y hacer las cosas bien.

—Como quieras. ¿Sabes que Narváez ha detenido a la viuda del farmacéutico? Esta noche dormirá en el calabozo. No ha querido soltar prenda ni hablar con su abogado.

—¿Y sus hijos? —pregunta Nico—. ¿No han puesto el grito en el cielo?

—Ni idea. A saber qué les ha dicho esa loca. —El mondadientes baila en sus labios—. ¿Te imaginas? Plantarte en la treintena y enterarte de que no eres quien piensas.

—¿Tú crees que solo somos los hijos de nuestros padres, Mateo?

—Espero que no.

Por supuesto. Cómo no lo ha pensado.

El estrecho camino por el que la vez anterior accedió con Fátima al encuentro de Jamal está ya muy cerca. Todavía en la carretera, se cruza por enésima vez en estos días con un coche de los *mossos* en sentido contrario. Cuando cree que va a pasar de largo, le indican que se detenga.

—No me jodas. Los muy... —El mal humor de Mateo se está convirtiendo en un estado permanente.

—Deja que hable yo.

Nico se retira al arcén, pone los intermitentes de peligro y baja la ventanilla. Dos agentes se acercan linternas en mano. Uno muestra sin disimulo el arma reglamentaria en el cinto.

—Eso no va a hacerles falta. Soy...

—¡Señor Ros! Lo siento. Estamos de ronda.

—Lo sé. No se disculpe. Solo faltaría.

—¿Podemos ayudarle? Es tarde..., estos días, ya sabe, nadie circula a estas horas...

—Nosotros sí, cabo. —Mateo asoma la cabeza como el imprudente que es—. Tenemos trabajo.

—¡Inspector! —Los hombres se cuadran de inmediato—. Hacía mucho

que no le veíamos. Sentimos...

—Gracias. Lo imagino. Ahora déjennos irnos.

—Sí, señor.

—Buena ronda, agentes. Gracias por su interés. —Nico intenta compensar los malos modos de su extraño compañero y, conforme se alejan, mira por el retrovisor—. Eres un borde. Están trabajando para ti. Y para Marcos.

—Igual que yo.

Giran a la izquierda y toman el camino que debe llevarlos a su cita. Las ruedas traquetean salvando los baches y sorteando algunas piedras.

—Pero ¿dónde has quedado?

—Cerca.

—Pensaba que Jamal tenía una guarida. Ya sabes, su sitio especial.

—Quizás la tenga —masculla Nico, que no va a decirle lo que sabe desde hace tiempo—. Pero seguro que no quiere que la conozcas.

—Tú también eres un borde, Nico.

—Lo sé. Pero yo solo a veces.

Tal como han acordado, al llegar al paraje conocido como El Cap de Gall, Nico hace ráfagas con las largas. Tres veces. Después apaga el contacto y espera. Dos figuras oscuras surgen de una arboleda y caminan hacia el coche iluminando sus pasos con las linternas de los móviles. Pero no son Jamal ni Petrus, sino dos tipos bastante corpulentos que se acercan a grandes zancadas, rodean el coche y suben al asiento trasero.

—Conduzca hasta ese bosque, señor Ros. Ya le indicaré.

Sorprendido por el saludo, Nico vuelve a mirar por el retrovisor. Joder. Es Farid, el padre de Bashira. No puede creerlo. Decide callar, arranca, recorre unos metros y se adentra entre los árboles. Mateo, consciente del papel que representa, guarda un silencio sepulcral con la vista clavada al frente. Menos mal.

—Siga un poco más.

Conduce en zigzag sorteando los troncos hasta que distingue otro coche al fondo. Aunque está oscuro, ve que no se trata del flamante cuatro por cuatro de Jamal.

—Deténgase. Hemos llegado —ordena Farid—. Nunca le di las gracias por lo de mi hija. Pero quiero que sepa que ayudo en lo del subinspector por usted.

Ambos hombres desaparecen en un abrir y cerrar de ojos.

—Caray, tío, cuántos amigos en el lado oscuro.

—Mejor así.

Jamal y Petrus surgen de la oscuridad y entran en el coche.

—Detective. Madero. Buenas noches.

—Menos guasa.

—Era por saludar.

—Bien. —Nico se vuelve hacia ellos—. ¿Qué sabemos?

—Aquí mi amigo Petrus va a poneros al día de varios asuntos.

El gitano carraspea. Huele a cerveza igual que Mateo, y a Nico el ambiente le parece asfixiante. Le hace un gesto a Jamal indicando que va a bajar un poco la ventanilla.

—Adelante. —Un pedazo de niebla espesa se cuela en el interior—. Habla, Petrus.

Y Petrus, cansado de ser mandado por una mujer dominante en su opinión, harto de guardar silencio o quizás deseoso de vengarse y largarlo todo, se explaya a gusto. Nico sabe que no es por ayudar, ni siquiera es por Jamal, ni por el miedo que le inspira o para poder seguir vendiendo drogas. Es por rabia. Por una rabia intensa y profunda que lleva mucho, demasiado tiempo, habitando en su interior.

Todo empezó el día en que esos chicos del pueblo se presentaron en el circo por primera vez. No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que los mellizos Vargas ya los conocían, y tampoco para saber que no esperaban encontrar a una Lorelai tan crecida y hermosa. Ya no eran unos críos, pero tampoco hombres. Estaban en esa edad en la que se creían invencibles, poderosos y estúpidamente seguros de sí mismos, y ella, que nunca tenía suficiente con nada y se aburría con facilidad, disfrutó desde el primer minuto de la atención que le prestaban.

En realidad, la había recibido toda su vida: muchos, por no decir todos los hombres del circo, bebían desde siempre los vientos por ella. Pero no tenía suficiente: un día tras otro, el mismo trabajo, las mismas caras y la misma vida sencilla, carente de lujos y de opciones. Estaba harta.

—Daba la sensación —sigue Petrus— de que había nacido entre nosotros por error. Que estaba destinada a algo mejor y que, desde luego, pensaba alcanzarlo. Sus padres no eran especialmente agraciados y la belleza de Lorelai les llenaba de orgullo pero, al mismo tiempo, los sobrepasaba.

—¿Y Wesh? También debía ser guapo.

—Lorelai era más que eso, hombre. Era... sensual. Distante. Parecía que la habías conquistado y de pronto te miraba como si estuvieras loco, como si jamás fuera a perder un minuto de su vida contigo o todo hubieran sido imaginaciones tuyas. Pero no llegaba a ofenderte. Lo hacía..., no sé. Con delicadeza. Eso es. Era cruelmente delicada.

—Wesh —repite Nico.

—Sí, claro. Lo mismo. Pero era un tío, ¿entiende? Y su belleza asustaba a sus padres porque no era varonil, apenas tenía vello en el cuerpo y su barba nunca apareció. Creo que estaban desconcertados y no sabían qué hacer con él.

—¿Cuándo supieron que era gay?

—Mucho más tarde. O eso es lo que nos hicieron creer. Pero déjeme explicarlo a mi manera, o me callo y se joden.

—Vale, vale.

Jamal mira al tipo advirtiéndole que no se venga arriba, Mateo sigue con los ojos clavados en la noche y Nico nota el quejido de sus cervicales, hartas de la incómoda postura.

—Esos niñatos soberbios paseaban por el circo mirándonos por encima del hombro, como si ser gitano y pobre fuera una tara, mientras que ellos, que no valían mucho más, se creían la leche con sus coches trucados, sus motos y su piel blanquita. Qué estúpidos. —Enciende un cigarro, Mateo aprovecha para hacer lo mismo y Nico, aunque está a punto de decirles que ni hablar, baja más la ventanilla, enciende el contacto y sube la calefacción—. Cada año regresábamos por primavera y ellos hacían lo mismo. La excusa era la más tonta que se podía imaginar —recuerda entrecerrando los ojos—: entraban en la caseta de Lorelai pidiendo que les dijera la buenaventura y pronosticase el futuro con el horóscopo y el tarot. Pagaban por esos servicios, y todos satisfechos.

—¿La dejaban estar a solas con esos tipos? No parece...

—Sola no. Su hermano rondaba por allí, en plan vigilante silencioso, y si alguno pedía una lectura privada, solía hacerlas él para que el buen nombre de su hermana no quedara por los suelos.

Jamal se mueve en el asiento. Está harto. Llevan demasiado rato ahí metidos y de momento la información es menos que interesante.

—Aligera, Petrus, que no tengo toda la noche y esto parece una telenovela —advierte con ese tono duro que los cuadra a todos.

—El grupo se mantenía intacto: uno que iba para cura, pero que no les quitaba el ojo de encima a las tías; dos granjeros, uno de ellos sordo; un andaluz de buen ver, y dos niños bien. A los Vargas les inquietaba esa amistad, pero al mismo tiempo cerraban la boca porque esos chicos llevaban a más gente joven a ver las funciones y después consumían en las casetas, así que se limitaron a vigilar.

»Lorelai supo enseguida quiénes eran los ricos: Nil Capo y Tomás Juliá. El segundo tenía novia, una chica joven y simpática que de vez en cuando lo acompañaba y que hizo buenas migas con ella, así que eligió a Nil. No era el más guapo ni el más listo, pero era el perfecto candidato para el futuro. Sin embargo, había otro, un morenazo andaluz que también iba para policía, un hombre duro y salvaje que la volvió loca. Por primera vez, Lorelai Vargas se enamoró. Se llamaba Paco Quiroga y, como ella, era tan malo como el demonio. —Nico oye romperse el mondadientes de Mateo. Jamal carraspea incómodo—. Yo solía espiarlos a todos y créanme que se lo pasaban bien. Follaban como si no hubiera un mañana y acaban despeinados, sudorosos y felices. Después salían como si nada.

—¿Lo sabía Nil? —pregunta Nico.

—Qué va. Estaba tan pagado de sí mismo y convencido de su superioridad que ni se le ocurrió pensar que alguien se beneficiaba a su chica. Además, Paco sabía hacerle la pelota y era bueno disimulando.

Del arte de Lorelai para mentir, ni hablemos.

—Bien. Continúa.

—Tomás y su novia también aprovechaban la caseta para tener relaciones, lejos del control de sus familias mojigatas. Cuando ella se quedó embarazada, estaba tan angustiada que Lorelai le pidió a su hermana que la ayudase. Tshilana se negó al principio, pero a esa mujer no se le podía dar un no por respuesta y, supongo que bajo amenaza de delatarla, acabó consintiendo.

»Pasaron los años. Los chicos se acercaban a la treintena y Lorelai tenía veinte. Estaba hermosa como la fruta madura y convencida de que Nil le pediría matrimonio en cualquier momento, pero ese día no llegaba nunca. Sin embargo, Paco Quiroga, que lo había hecho más de una vez, solo recibía negativas. Una tras otra. La ira se reflejaba en su rostro cuando Nil llegaba cargado de regalos para su chica, regalos que él no podía pagar. Nil le compró a Lorelai una Polaroid, una cadena de oro y mil cosas más, pero ya sabía que una gitana no entraba en los planes de su familia y no encontraba la manera de convencer a sus padres ni de decírselo a ella sin perderla para siempre. Sin embargo —añade arrugando la nariz como si acabara de recordar algo—, fueron unas criollas de oro que Paco Quiroga le regaló las que nunca se sacó de encima. Las lucía orgullosa y seguramente divertida, porque solo ellos sabían lo que significaban: su amor secreto.

Nico recuerda las fotos hechas con una cámara Polaroid. Y en la cabeza inclinada de la hermosa gitana, luciendo esas criollas con orgullo.

—El beato se ordenó sacerdote. —Petrus continúa con su retahíla, cada vez más aburrido de oírse—. Los hermanos Mateu seguían con su granja, Tomás y su novia se casaron, y Paco, harto de que Lorelai le diera largas, se marchó una temporada al sur y regresó también casado con una buena chica obediente. Supongo que fue una venganza en toda regla, pero él la pagó más caro que nadie.

—¿A qué se refiere? —pregunta Mateo sin mirarlo.

—Ya sabe, amigo. Lo de tener que conformarte con una hamburguesa cuando te has acostumbrado a un filete.

Nico y Jamal temen que empiece la bronca. Qué menos. Enterarte de que tu padre era todavía peor de lo que creías. Saber que tu madre era menos querida de lo que ya imaginabas, descubrir otro punto oscuro del hombre que sembró el terror en tu familia. Pero, el imprevisible Mateo enciende otro pitillo y sigue con el interrogatorio:

—¿Se acabaron entonces los juegos con la gitana? —pregunta con tono impersonal.

—¿Qué dice? Ella enloqueció al enterarse. Temió que el andaluz se hubiera convertido en un tío legal y que no volviera a visitarla. Pero era demasiado hembra y demasiado salvaje como para que Paco pudiera olvidarla. A los pocos meses ese bestia regresó y durante toda la noche

hicieron el amor como posesos, recuperando el tiempo perdido. Desde entonces la visitaba tanto como cuando estaba soltero, pero siempre al anochecer para no ser visto. Nil seguía sin enterarse.

—Un momento. —Nico necesita ordenarlo todo, no ir tan deprisa y, sobre todo, retirar los ojos de las manos de Mateo, que se han convertido en dos puños apretados que apenas dejan paso a la circulación de la sangre. El cigarro cuelga de sus labios y el humo se dirige hacia Nico, que ya no sabe si inhala niebla o alquitrán—. Usted ha dicho que el que entraba en la caseta era Wesh. Que a ella no la dejaban estar con esos hombres a solas.

—Todos creían que era Wesh —Petrus se ríe, satisfecho, como si tuviera algún mérito en lo que va a decir—, pero era ella. Vestida como un chico, andando como su hermano, incluso hablando como él. Siempre fue Lorelai, vestida de Wesh.

—Joder. —Jamal silba—. Ese par sí sabía mentir. A su lado, soy un aficionado.

—Y aún hay más —sonríe Petrus, malicioso—. Mientras sus padres creían que salvaba a su hermana de la indecencia y el escándalo, el mariquita de Wesh Vargas se tiraba al hombre que le inició en los placeres de la sodomía. Uno del grupo, con tal pinta de macho que les va a ser difícil adivinar de quién se trataba.

Pero Nico lo sabe. Claro que lo sabe. Y ahora comprende muchas cosas.

—Andreu Mateu. El granjero —adivina sin temor alguno a equivocarse.

—Premio para el detective. —Aplaude Petrus, de esa forma antipática que tiene de hacerlo todo, y continúa con su historia, esta vez más satisfecho por la atención que le prestan—: Pero entonces... fue Lorelai la que se quedó embarazada, y lejos de acudir a su hermana y acabar con el problema, decidió tener a su bebé.

—¿Por qué?

—Para cazar al rico, por qué iba a ser. Pronto nos resultó evidente a todos que le habían encasquetado un bombo. Nil estaba convencido de que era el padre, se paseaba ufano ante nuestras narices y se apresuró en insistir a su familia que le dejasen de una vez casarse con ella. Mientras, a Paco le carcomían los celos y se rompía la cabeza preguntándose si era suyo.

—¿Y?

—Y nada, hombre. Ni siquiera Lorelai podía saberlo. Es lo que tiene acostarse con más de uno. Pero a ella tanto le daba, porque perseguía un fin.

Nico siente su cabeza tan espesa como la niebla que los acompaña. Aunque continúa oyendo a Petrus, que parece disfrutar con cada revelación inesperada, no puede dejar de pensar en Mateo, en lo que ha tenido que oír, en ese padre violento y aterrador que, además de la mala

vida que les daba, había escatimado el poco cariño del que parecía ser capaz, para entregárselo a una mujer que no era su madre.

Son las dos y media de la madrugada, Petrus se está alargando con detalles demasiado íntimos y Mateo salta del coche por no arrearle un guantazo y les grita que vuelve a su casa andando. Los hombres que vigilan se disponen a impedírselo, pero Jamal les hace una señal para que le dejen marcharse. Nico ni siquiera ha intentado retenerlo. Él mismo no hubiera aguantado tanto rato. Con todo lo que ha dicho Petrus, ya pueden hacerse una idea más completa del rompecabezas.

Nico sale del coche y Jamal lo imita, ordenando a Farid y al otro secuaz que custodien a Petrus hasta el suyo y le esperen.

—Hoy has cambiado de coche —apunta Nico, por decir algo.

—No hay que tentar a la suerte y hay demasiadas patrullas en la carretera. He venido conduciendo por caminos. En fin —le dice fumando un cigarrillo a la escasa luz de la luna—, al menos ahora sabemos más cosas.

—Desde luego. Más de las que Mateo necesitaba y menos de las necesarias. Pero tu camello se ha callado algunas.

—¿Crees que está protegiendo a alguna persona?

—Claro. Incluso los gilipollas quieren a alguien.

Si Jamal ha pillado la intención del comentario, no dice nada. Aplasta la colilla con la suela de su deportiva último modelo y se despide de Nico:

—Suerte, detective. Búscame si me necesitas.

—Lo haré. Ya lo sabes. Marcos es más importante que cualquier reparo.

—Estoy de acuerdo en eso. Y creo que si algún día alguien tuviera que sacarme de un apuro o encontrarme, querría que fueses tú.

La negrura insondable de los ojos de Jamal y el azul grisáceo de los de Nico se encuentran sin pestañear. El árabe y su vestuario oscuro se confunden con la noche. Sumergidos ambos en la niebla, parecen dos fantasmas a punto de ser devorados.

—Me fastidia pero, si se diera el caso —confiesa Nico—, también querría que fueras tú.

Llafranc, 2.45

Jamal ha puesto rumbo a su paradero desconocido y Nico ha conducido hacia casa. Después de aparcar en el puerto, todavía impregnado del olor a tabaco y de la asquerosa satisfacción que el feriante ha mostrado cada vez que soltaba una de sus bombas, decide airearse con un paseo por el rompeolas. Este ritual, tan habitual en él durante sus casos como el de nadar atravesando la bahía de un extremo al otro, le permite limpiarse de la porquería y dejarla fuera de las paredes de su hogar.

Apenas hay farolas encendidas. Se planta en el espigón y mira el mar

negro y el protector haz de luz del faro de San Sebastián recorriéndolo despacio, atravesando la niebla con cuidado y asegurándose de que cualquier barco que esté navegando por aguas cercanas pueda advertir que debe mantenerse a una distancia prudencial de la costa o, al contrario, suspirar al saber que hay un puerto muy cerca donde encontrar cobijo. «Esperanza —piensa Nico sin dejar de mirar la luz—. No la pierdas. No lo hagas».

Oye pasos inesperados detrás. Cada vez más rápidos. Joder. Van hacia él. Se vuelve alarmado. La niebla le impide ver quién es. Busca su arma en el abrigo y se pelea con el forro del bolsillo para sacarla. Mierda. Mierda. Se ha enganchado. No se le había siquiera ocurrido pensar que el asesino pudiera ir a por él. Bien, ya la tiene. Le quita rápido el seguro. Sujeta firme la pistola y apoya el dedo en el gatillo.

—¡Alto o disparo!

—¿Te has vuelto loco?

—¡Joder, Cas! —Su corazón va a dejar de latir. Ahora. Y caerá fulminado de miedo—. ¿Eres estúpida?

Ella se planta frente a él con los brazos en jarras.

—Pero ¿qué haces, so bestia?

—¡Joder! Pensaba que venías a matarme.

—Ay, perdón, perdón. —Junta las manos en gesto de súplica—. He oído el motor de un coche, y a semejantes horas, solo podías ser tú. No podía dormir esperando novedades.

Nico se sienta en una gran roca e intenta aplacar su corazón.

—Qué pena que acertaras, Nico. Los tres grandes motivos: sexo, celos y dinero.

—Eso parece —reconoce reafirmándose en su idea de que los males del mundo están siempre vinculados a esas palabras y que, lejos de aprender, la raza entera tropieza una y otra vez con las mismas piedras, desde el principio de los tiempos y, sin duda, hasta el final—. Sin embargo, creo que lo verdaderamente significativo está relacionado con estos motivos, pero es diferente al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres?

—A la falta de amor, Cas. Es la falta de amor lo que hay detrás de esta tragedia.

—O el exceso, ¿no crees? Por lo que me has contado..., fíjate en mi tío y en Nil Capo, tan locos por la gitana guapa.

—Quizás sea lo mismo. Amar de esa forma obsesiva... Si te obsesionas, la obsesión te domina. Y si te domina, no amas.

—No digas estas cosas a las cuatro de la madrugada, Nico. No soy persona y no las registro. Y mira que te ha quedado bonito.

* * *

Con el pulso todavía, Nico se mete en cama y, como suele hacer si Estela

ya está dormida, acerca la cabeza a su pelo, cierra los ojos y hunde la nariz en él. Esta es otra de las cosas que le hacen olvidar el mal que ve y oye durante sus investigaciones. El olor que lleva muy dentro, que lo acompaña a todas partes y que le permite atravesar las tinieblas y encontrar siempre el camino de regreso a casa.

Pero no consigue dormir. Da vueltas y más vueltas, baja a la cocina, calienta leche, la bebe y lo vuelve a intentar. Pero el malicioso Petrus y su sonrisa torcida pasean por su noche. Y Lorelai y sus amores. Y Lorelai vestida de Wesh. Y Wesh acostándose con Andreu Mateu, el hombre hosco y descreído que, como todos los humanos, también había amado y guardado secretos. Y la rabia de su hermano Oriol, sordo por culpa de ese joven gay, al que nunca había perdonado. Y la cólera que se adueñó de él cuando supo que Andreu no solo era homosexual, sino que había elegido para descubrirse a un niñato con apariencia de niña que muchos años atrás había golpeado sus oídos con unas piedras hasta dejarlos inservibles. Y el cura, descubriendo en el circo un mundo de color que desconocía que existiera, mirándolo todo sin atreverse a tocar nada, registrando los pecados de los otros. Y Nil Capo, diciéndole a su padre que iba a casarse con la gitana. Y Paco Quiroga, tan furioso por si el bebé era suyo como por si no lo era. Y su odio a Nil, que planeaba poseer el futuro de su amante, de la mujer a la que él quería. O quizás solo deseaba. Y el odio con el que castigaba a Caridad, tan sosa, tan anodina y poco fogosa. Y las borracheras. Y las palizas para saciar su ira. Y Petrus, haciendo fotos a los encuentros sexuales con la Polaroid de Lorelai. Con su permiso, por supuesto. Porque siempre había que tener un as en la manga. Y ella embarazada. Y ella dando a luz. Y ella madre, posando descarada, mostrando el inicio de esos pechos que amamantaban a un bebé de piel tan morena como la suya. Y como la de Paco Quiroga. Y Nil, el tonto, ingenuo y soberbio Nil, creyendo que se parecía a su madre y que esa piel tostada no solo era normal, sino que era preciosa. Y Lorelai, la puta gitana malparida, visitando al flamante comisario jefe y enseñándole las fotografías en las que follaba con su hijo, amenazando con publicarlas o enseñarlas por ahí para su insuperable vergüenza, si no daba su consentimiento al matrimonio. Y las imágenes del hijo del prohombre, desnudo en el suelo, con una gitana montándolo a horcajadas, en la postura perfecta para que la cámara captara lo necesario. Y el viejo Jordi intentando convencer a la matriarca de que le vendiera sus tierras. Y la matriarca jurando que jamás lo haría. Que nunca podrían contar con ellas para su estúpido plan parcial. Y el comisario gritándole que con las suyas no era suficiente. Que vendiera, joder. Y prometiéndole cifras astronómicas. Pero ella erre que erre que no. Y él, que jamás había admitido ni encajado una negativa, llamando a Paco Quiroga a su despacho y haciéndole un encargo. El encargo. Ese encargo tan especial. Y Paco buscando al más corrupto del circo para que lo ayudase. El rumano

resentido, claro, quién si no. Un hombre que no encajaba en ninguno de los dos mundos, un hombre al que habían abandonado en un triste orfanato y que había crecido amargado, convencido de que cualquier persona merecía ser explotada y que había vivido sembrando el mal por el mero placer de hacerlo. Y ambos repartiéndose esa indecente cantidad de dinero y preparándolo todo. Y Andreu Mateu confesando su homosexualidad a su amigo el cura. Y Uri el Sordo confesándole su deseo de venganza y su asco. Y Tomás Juliá queriendo hijos. Y Ángela pidiéndolos a gritos. Y ambos jurándole a Tshilana que pagaría caro haberla dejado estéril. Y dos niños entregados a unos padres no padres, que nunca nadie reclamó. Y Miha Radu gastándolo todo en putas y en cocaína. Y pidiendo más. Siempre más. Y Wesh vestido de Lorelai. Y Lorelai vestida de Wesh. Y el bebé naciendo. Y Lorelai regresando al trapecio vestida de lentejuelas, tan hermosa. Tan deseada. Tan odiada. Y el fuego comiéndose al circo. Y al niño. Y Lorelai evaporándose. Y Wesh despidiéndose. Y...

—Nico —susurra Estela tocándole la frente—, me parece que tienes fiebre. Nico...

Se despierta sudando. Le duele cada músculo y cada hueso. Son las siete y media y le parece que no ha dormido ni un minuto, pero lo ha hecho. Sus sueños lo han llevado al circo, a personas que se apreciaron hasta que, devorados por deseos insatisfechos o incapaces de saciar los que sí les satisfacían, habían dejado que el odio les carcomiera las entrañas y podrido el corazón, y planeado una venganza que, a su vez, había provocado otra. Porque el mal siempre siembra más mal.

—Me va a estallar la cabeza.

—Es que estás ardiendo. Quédate aquí. —Estela salta de la cama, busca en el botiquín y regresa con unas pastillas y un vaso de agua—. Duerme un poco más. Tienes que descansar.

Nico se estira y cierra los ojos rogando que su sueño sea una pantalla en negro.

Palafrugell, 13.45

—¿Y bien, señoras?

Lo miran tranquilas. Demasiado tranquilas. Ha estado observándolas un rato a través del falso espejo, al otro lado de la sala de interrogatorios. Las ha visto charlar como dos amigas, incluso sonreír. Algo que podría parecer normal de no ser porque una acaba de enviudar y el marido de la otra sigue ingresado en el hospital.

Ángela Ribas tiene el mal aspecto de alguien que ha pasado la noche y muchas más horas en un calabozo, pero no ha llamado a su abogado. Y tampoco ha pedido ayuda a sus hijos, así que el comisario supone que esa llamada a la que tenía derecho la ha usado para darles alguna excusa por su ausencia y quitárselos de encima mientras valora qué

hacer. Elvira Salas también ha llegado sola y, justo cuando él hace su aparición, está retocando los labios de su amiga con una barra de color melocotón.

—Es que estás horrible, Ángela. ¿Cómo te has dejado tratar así? —Ve al comisario y continúa con toda la intención—: Pero no te preocupes. Cuando Nil despierte... —Le pasa el pintalabios por última vez y vaporiza unas gotas de un perfume suave sobre el pelo enmarañado de su amiga. Lo guarda todo en el bolso y solo entonces se dirige a él—: ¿Para qué me ha mandado llamar? Y ¿cómo se atreve a retener a Ángela? Nosotras somos las víctimas, pero usted parece no comprenderlo. —Igual que su amiga horas antes, Elvira opta por el ataque y la presión educada. Mostrarse sorprendida. Dolida.

Haciendo gala de la profesionalidad que exige su cargo, con urgencia porque debe visitar a Tshilana y su tía insiste en que no se demore demasiado, y prescindiendo de mostrar lo cansina que le parece esta actitud, Héctor comienza el interrogatorio.

—Me advierten que no desean ustedes la presencia de sus abogados, señoras. Debo recomendarles que...

—¡Comisario Narváez! ¡Llevo siglos casada con su superior! Sé cómo funcionan estas cosas. ¿Por qué debería haberlo llamado si no he hecho nada? Imagino que esta es una mera entrevista, porque no hay motivos que...

—Señora Capo. —Héctor ni siquiera pestañea—. A usted la he hecho venir para que haga entrar en razón a su amiga, precisamente por ser esposa del comisario jefe. Sé que sus dos hijos son adoptados. ¿Qué digo, adoptados? No hay registro ni rastro alguno en los canales oficiales. Esos niños fueron robados. Y al menos ella no saldrá de aquí hasta que explique con claridad cómo lo hicieron. —Vuelve a recurrir a la amenaza que aterrorizó a Ángela—: Salvo que quiera que yo mismo les cuente a esos chicos que sus padres los consiguieron de una forma horrible.

Elvira mira a Ángela, que se retuerce las manos y tiene la mirada gacha, y enseguida comprende que no va a ser capaz de hacerlo bien. La muy tonta se ha dejado intimidar. Pero ella no va a hacerlo. Ella es mucho más fuerte.

—Los compró —suelta, sin más—, y yo la ayudé a hacerlo. Puede detenerme si quiere.

—Repita eso, señora, pero siendo consciente de que se está declarando cómplice de un delito.

—¿Delito? ¿Cuántos años deben pasar para que algo así prescriba? —sonríe maliciosa—. Mire, comisario —siempre que utiliza ese tratamiento lo hace con su antipático retintín, como si Héctor lo hubiera ganado en una feria—, a estas alturas usted ya debe de saber que una gitana estúpida desgració a Ángela para siempre. Una pena. Un horror. Las mujeres deseamos tanto tener hijos... —Saca un pañuelo del bolso y

se seca el extremo del ojo, como si alguna lágrima por su hijo Jordi amenazara con revelarse y pudiera convertirla en una sentimental—. Mi marido y Tomás no podían soportar verla tan triste, tan abatida. Ángela sufrió una depresión aguda y pensaron que debían ayudarla.

—¿Cómo?

—Digamos que, en su juventud, cometieron algunos errores de juicio. Uno de ellos fue juntarse con quien no debían, y otro, más grave quizás, pedirle un favor a alguien que no merecía su confianza.

—Explíquese con claridad, señora.

—Los asesinatos del horóscopo..., el de mi hijo Jordi..., ya sabe que están vinculados con esa época. Esa gente horrible cree que fueron ellos quienes incendiaron su asqueroso circo y se están vengando.

—Los hijos, señora Capo.

—Precisamente. No me interrumpa, porque sé bien de qué hablo. Yo no conocía a Nil todavía, pero él confió en mí desde el principio y me habló de esos días locos y de sus consecuencias. De sus amoríos con una gitana ramera, de cómo ella intentó cazarlo endosándole la paternidad falsa de un hijo, y de los celos y tonterías de algunos mal llamados amigos, que hicieron que esa gente tan rara los señalara con el dedo.

Ángela sigue destrozando su pañuelo y Elvira pide que traigan agua. Héctor consiente y, al poco, la viuda bebe para calmarse y ella continúa, tranquila, serena, tal vez incluso disfrutando de su atención:

—Entre esos hombres, había uno muy malo, pero entonces ellos no lo sabían. Se llamaba Miha Radu, usted está investigando su asesinato entre otros, y el error del que le hablaba fue precisamente confiar en él.

—¿En qué sentido?

—Se ofreció para conseguirles un hijo a los Juliá. —Aprieta la mano de Ángela—. Ellos, ¿verdad, querida?, habrían sido capaces de cualquier cosa y consintieron. Ese fue su pecado. Su único pecado. El malvado Miha les entregó a dos hermanos. Un niño y una niña, apenas unos bebés. Mis amigos no hicieron preguntas, pagaron y durante un tiempo fueron felices.

—¿Hasta cuándo?

—Duró poco, esa es la verdad. Miha no tuvo suficiente con la indecente cantidad que ya le habían entregado y se pasó la vida pidiendo más. Y más. Y más.

Héctor piensa en esos pagos que le permitieron al rumano largarse del circo, hacerse con la nave del tiro al arco y seguir con sus consumos y visitas a La Luna Azul. Ahora la viuda Juliá, lejos de la altivez de su primer encuentro, intenta ahogar unos sollozos. Su amiga vuelve a apretarle la mano y la calma con palabras de consuelo.

—¿Y pagaron?

—Oh, sí. Durante mucho tiempo. Lo hicieron ellos y, por desgracia, también tuvimos que hacerlo nosotros, porque Nil, que siempre ha ayudado a sus amigos, se ocupó de..., en fin, de organizar el tema de los

papeles. Ese fue su pecado. —Lo mira satisfecha y acaba—. No sé más y nunca quise saberlo. Siempre he confiado en mi marido y sé que es un buen hombre que, sencillamente, no soportaba verlos sufrir.

—Ha dicho durante mucho tiempo. ¿Acaso dejaron de pagar?

—Es usted muy perspicaz, comisario. —Elvira sonríe—. Así fue. Las tropelías de Miha en el prostíbulo ese de las afueras y sus andanzas con la droga lo convirtieron en carne de cárcel. Nil lo sacó de más de un apuro para que ni siquiera fuera fichado y llegaron a un acuerdo. No más pagos y todos en paz.

—¿En paz? Lo que me ha contado es muy grave, señora.

—No soy yo quien debe decidirlo. Cuando mi marido despierte, haga usted lo que tenga que hacer. A Ángela no puede acusarla de otra cosa que de ser cómplice de una adopción oscura, o de ser una esposa ingenua y demasiado deseosa de ser madre.

—Alguien se quedó sin sus hijos, señora.

—Oh, no, no. ¡Qué barbaridad! ¿Cómo se le ha ocurrido pensar algo semejante? Miha viajó a Rumanía, pagó por los chicos en un orfanato y se los trajo. No fue legal, ni algo bonito, por supuesto. Se saltaron el orden de preferencia y los canales oficiales, y los trajo escondidos en una furgoneta, pero... nada más. No hay padres llorando por ahí ni somos gente malvada, ya se lo he dicho. Lo que pasa, comisario, es que usted no consigue dar con el culpable y está tan desesperado que nos ha convertido en el blanco de su ira. Pero se equivoca. El mal está en el circo. Es esa gente sucia, miserable y tramposa la que lo lleva a cuestas.

No le queda más remedio que dejarlas marchar. Les pide que esperen para firmar sus declaraciones mientras les recuerda que abrirá una investigación. Las acompaña hasta la puerta, presuroso por perderlas de vista.

De regreso, echa un vistazo a las declaraciones que están sobre el mostrador, esperando a ser guardadas en una carpeta hasta el próximo paso. Firma en ambas y sube a su despacho, deseoso de abrir la ventana para que el olor del perfume de Elvira Salas vuele muy lejos.

* * *

Jenica coge sus abrigos y los cuelga en el armario del vestíbulo. Ángela Ribas ni siquiera se molesta en saludarla y corre al aseo de cortesía.

—Comeremos ahora mismo. ¿Está todo a punto?

—Sí, señora.

Cuando regresa cargando con la sopera, ellas ya están sentadas y el pelo de Ángela ya no parece de estropajo.

—¿Lo ves, querida? —le está diciendo Elvira—. No era para tanto. Es que te achantas enseguida, dejas que te asusten...

—¿Por qué has dicho que dejamos de pagar?

—¿Qué importa? No tiene forma de demostrar lo contrario. —Repara

en su asistenta como si su presencia le hubiera pasado inadvertida y con la tranquilidad de quien opina que el servicio forma parte del mobiliario de la casa—. Yo serviré, Jenica. Trae pan y la botella de Taittinger que hay en la nevera. La señora Juliá y yo queremos brindar.

—¿Taitti...?

—La botella de champán, mujer —aclara impaciente, como si no acabara de enterrar a un hijo.

Y Jenica obedece. Porque es lo que hace siempre. Someterse. Vivir con miedo. Pedir lo suyo sin resultado. Una y otra vez. Dejar pasar unos días y volver a intentarlo. Y aguantar su desdén. Y su soberbia. Y odiarlas. Y también maldecirse por no ser más valiente. Por no parecerse más a Miha, aunque solo fuera en eso.

—Puedes retirarte hasta que te llame —le dice Elvira mientras pelea divertida con el corcho de la botella.

Las deja solas y regresa a su mundo, la cocina. Esas cuatro paredes de azulejos delicados, fogones modernos y nevera último modelo. Se sienta cerca del horno para controlar los últimos minutos de cocción del pollo de corral y suspira conteniendo la tristeza y la angustia, cansada de todo, pero sobre todo de sí misma. ¿Cómo van a sobrevivir ella y Sorin? La nave era de alquiler, no tendría ni idea de cómo llevar semejante negocio. El abogado le dijo que Miha no tenía propiedades, su cuenta del banco está bajo mínimos y, además, mencionó deudas que ella desconocía.

«¿Y el piso?».

«Hipotecado y con varias cuotas pendientes. Debería usted renunciar a la herencia en nombre de su hijo. No podrán pagar lo que su marido debía; o bien consigue dinero pronto, o será mejor declararse vulnerable y acudir a los Servicios Sociales».

«No puedo hacer eso. Me cuestionarán como madre, me quitarán a mi hijo».

«No, mujer, van a ayudarla».

Pero él no sabía que había sido puta. Ni que cuando llegó al país fue detenida más de una vez por prostitución callejera. Y que cualquiera de esas personas que se erigen en jueces de los derechos de una madre pensarán que eso la convierte en una mala influencia para Sorin y querrán buscarle un hogar adecuado. Lejos de ella.

Saca el pollo del horno y ve el aceite burbujear. Huele bien. Uno de estos días lo cocinará para su hijo. No será pollo campero, pero estará muy bueno. Y si no consigue pronto el dinero, volverá al prostíbulo. Pero Sorin no pasará hambre y nadie va a arrebatárselo.

Se acerca al comedor con pasos quedos. La señora no la ha llamado, pero ya hace un rato que ha servido la sopa y deben de haber terminado. Como le da miedo interrumpir, asomará la cabeza para ver cómo van. Ajena a su voluntad, que quiere dejar de pensar, se pregunta qué tienen esas mujeres altivas que la acobarda tanto. A ella, que ha

sobrevivido a alguien como Miha. Al bestia de Miha, que le encontró este trabajo horrible para esta mujer horrible y le advirtió que fuera buena y estuviese calladita. Que le interesaba quedar bien. Que pagaban cada mes. ¿Un sueldo? Más que eso, idiota. Al principio, ella no lo había entendido, pero como él bebía y se drogaba demasiado, solía ser imprudente y hablar más de la cuenta aunque luego lo olvidaba:

«Tienen mucho que esconder esos ricachones y yo me aprovecho. Cada mes, mi dinero. Y así será siempre. ¿Lo ves? Tres mil euros mensuales. Todos míos. Si los tocas, te mato».

Jenica lamentó que ni uno de esos billetes fueran destinados al bienestar de su hijo, porque para ella ya no pretendía nada. Suponiendo que esa cantidad indecente iba directa a La Luna Azul cada noche, lo odió más que de costumbre, y también a sí misma, por haber confiado en ese monstruo, por haberse dejado engañar y, después, haber vivido sometida a su brutalidad, por haber consentido que su cuerpo asqueroso la poseyera siempre que así lo quería y por no haber sido capaz de pedir ayuda.

«Más te vale estar calladita, zorra —le advertía Miha—. Nadie cree a las putas».

Y entonces le hicieron el favor de matarlo. De cortarle las piernas, subirlo a un caballo, atarlo y dejarlo morir desangrado. Y esas torturas inhumanas la alegraron y se preguntó si ahora ella también era un monstruo, porque al fin volvía a respirar. Y un día se armó de valor y se atrevió a decirle a la señora que quería el dinero del mes. Ella debió entender que se refería a su sueldo miserable y, sorprendida, le recordó que aún no era final de mes.

«Me refiero a lo de Miha, señora. Los tres mil euros».

«¿Cómo te atreves?».

«Démelo, señora. El acuerdo sigue en pie».

Y le pagó esa vez, pero al mes siguiente tuvo que reclamárselo y oír por respuesta que no tenía de dónde sacarlo, que su marido y Tomás se ocupaban de eso y que ellas no tenían ni idea de cómo lo conseguían. Jenica no creyó una palabra y el dinero recibido llegaba a su fin. Después Jordi murió asesinado y no se atrevió a obviar el luto. Pero, por Dios, ¡están descorchando champán! Las ha oído reír, hablar de banalidades y estupideces. Va a reclamarlo hoy. Ahora mismo.

Se detiene en el marco de la puerta para escuchar. Para preguntarles si lleva ya el pollo y soltar después su exigencia. Lo dirá alto y claro. Como haría Miha. Y, si fuera necesario, las amenazará con contar ese secreto vergonzoso que nunca ha sabido. Y ellas lo harán a su vez, hablándole de Sorin. Y el desespero regresa. No hay salida. No la hay. La gente como ella nunca encuentra soluciones.

—Claro que es él, querida. Has tardado mucho en darte cuenta.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Desde el principio. Ya me conoces. Me gusta saber qué terreno piso.

—¿Por qué no has dicho nada? Tomás está muerto...

—¡Ángela! No seas hipócrita. Vivirás mucho mejor sin él. Sin sus órdenes, sin sus putas y sin sus ínfulas. Y no me harás creer que lamentas la muerte de los otros.

—Eso no, pero tu pobre hijo...

—Basta. No quiero hablar de él.

—¿Cómo se hace llamar ese monstruo? ¿Qué ha sido de él todo este tiempo?

Y entonces Elvira dice el nombre. Y lo que sabe de él. Y Jenica lo oye. Y nota cómo el suelo da vueltas bajo sus pies. Se apoya en la pared y se mete el delantal en la boca para sofocar su respiración descontrolada. Regresa a la cocina a por el segundo plato, lo sirve intentando que los nervios y el miedo no la delaten, por poco echa parte del aceite hirviendo encima del mantel, pero logra controlarse. Se lleva las sobras del primero y, ya en la cocina, abre el grifo y, cuando el agua sale con fuerza del caño, sin soltar el delantal que ya está pegado a su lengua, suelta el gemido que ha estado reprimiendo.

—¿Qué pasa? —La ha oído. No se le escapa nada.

—Me he quemado, señora —dice asomándose al pasillo.

—Mira que eres torpe.

Maldita alimaña. Jenica se promete sacar tajada de lo que han ocultado: el nombre del asesino.

* * *

Héctor viste de paisano. Por si acaso. Atraviesa el circo asumiendo que lo han reconocido de todos modos y está siendo pasto de las miradas reprobadoras de los feriantes; pasa por delante de varias casetas y llega a la caravana de su tía. La Bruja de las Marismas lo recibe a los pies de su hogar y sonríe levemente agradeciendo el detalle de la indumentaria.

—Ya han muerto dos hombres vestidos de uniforme —le dice él—. No creo que sea momento de jugársela, y a ratos puedo prescindir de él.

—Lamento que seas testigo de tanto sufrimiento, querido.

—Es mi trabajo, tía. Y no soy yo quien me preocupa.

Andan hacia el carromato de Tshilana. Ella le advierte de su estado delicado.

—Pero ¿es grave?

—Asegura que no. Pero yo sé que se apaga.

—Puedo pedir una ambulancia, tía.

—No la querrá.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ya lo he intentado. Y porque tampoco la querría yo. Si no podemos elegir cómo morir, al menos que podamos decidir dónde.

Ándor les abre la puerta. Tiene los ojos llorosos y su traje de maestro de ceremonias parece una broma en un momento como este.

—Falta poco para abrir y hay que seguir ensayando. Así lo quiere ella.

—Eres un buen hombre, Ándor —asegura doña Sol.

Tshilana está en su cama, recostada sobre almohadones de colores. Sus ojos parecen más ciegos que nunca, y la cicatriz que nace donde acaba uno de ellos, más grande que de costumbre. La pequeñísima estancia huele a hierbas y de un brasero surge una nube de humo blanco.

—Eucalipto —dice con voz queda.

—Señora, yo...

—Viene usted a hacer su trabajo. Lo sé.

—Entonces, ¿hoy está dispuesta a hablar? Porque la última vez...

Tshilana se mueve hasta encontrar una postura que no la haga parecer tan postrada.

—Ayer era ayer y hoy es hoy. Mi tiempo se acaba. Algo feo está devorando mis entrañas, como debe ser.

—No la entiendo.

—Invadí las de muchas mujeres, comisario. Es el precio que debo pagar.

«Tantos precios», piensa Héctor mirando a través del ventanuco y viendo a los feriantes ataviados con sus trajes de tul y lentejuelas de un lado a otro, apareciendo de entre la niebla, como si en el infierno pudiera haber colores.

—Qué bonita estampa, ¿verdad? —susurra Tshilana siguiendo su mirada—. Son mis saltimbanquis. Mi gente especial, feriantes currantes durante el día y estrellas magníficas cuando brillan en cada función nocturna.

—Comprendo. —Héctor carraspea y se aclara la voz. Sí. Puede entender perfectamente el sentimiento de orgullo que invade a la matriarca: su gente. Su clan. Su familia. Se quita guantes y abrigo, se acomoda en un taburete y se centra en el interrogatorio—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Es demasiado tarde para ayudarme a mí —asegura ella—, pero soy enfermera y sé manejarme. Sus hombres son inocentes, no merecen pagar por algo que no hicieron, y quizás mis palabras pongan algo de luz en este... asunto.

—Entonces —Héctor se inclina hacia delante—, soy todo oídos.

Y Tshilana habla claro y transparente, entre breves quejidos y gestos de dolor:

—Yo me enteraba de todo, comisario. Esa es la verdad y ese mi pecado. Fui testigo de cómo el ambiente se enrarecía, de cómo se desbocaban las pasiones y no fui capaz de pararlo. Los mellizos eran casi mis hijos. Mi madre los tuvo pasados los cuarenta y ya no estaba para educar. Pero yo, que no había tenido hijos..., no sé. Su nacimiento fue una bendición para mí. O eso pensé, hasta que entendí que era todo lo contrario.

Durante un rato narra lo mismo que le ha contado Nico, todo cuanto dijo Petrus la otra noche. Sin demostrar que ya está al tanto de mucho de lo que cuenta, Héctor la escucha con atención, por si el camello ha obviado algo que pudiera ser importante. Pero no. Los relatos cuadran y ya tiene una idea clara de lo que significó la llegada de esos chicos al circo y cómo lo cambiaron todo. Para mal.

—Así que un par de hombres, Paco y Miha, decidieron ayudar al gran jefe a acabar con todo eso. ¿Fue por dinero?

—Lo parecía —musita Tshilana—, pero fue por odio. Y debe saber que también fue el motivo por el que Tomás Juliá se sumó a la venganza, porque no necesitaba dinero, pero quería devolverme el daño que yo le había hecho. Era un tipo violento, aunque su aspecto y sus modales dijeran lo contrario. Le gustaba cazar, matar animales. Sentía un enorme placer al hacerlo y en Miha encontró un buen compañero de matanzas.

—Comprendo. Hábleme ahora de Paco Quiroga y del rumano.

—Paco era ambicioso, quería ganarse la confianza del comisario, ser rico y poseer a Lorelai, tres motivos de peso. Miha era un resentido y odiaba a todo y a todos. Llevaba la amargura en su corazón, supongo que dolido por el abandono de sus padres y trastornado por la droga que no paraba de consumir. Aborrecía a esos chicos, especialmente a los de familia bien, y como todos los demás, también hubiese deseado que Lorelai fuera suya. Pero ella ni siquiera lo miraba, salvo para pedirle favores relacionados con el montaje del trapecio o las luces de su número. Siempre hablaba de montar un negocio y vivir como un rey, y solo faltaba que se presentara la ocasión.

—¿Cómo se hizo amigo de esos hombres?

—Fácil. Era un putero y conocía bien La Luna Azul y a sus chicas. Adivinó sus más bajos instintos y solía llevarlos por allí, a algunos los inició en las drogas y el placer, y ya sabe, comisario, que las alianzas entre hombres pueden crearse de muchas maneras. Algunas sanas y otras malévolas.

—¿Todos eran usuarios de mujeres de pago?

Tshilana estira la colcha hasta que le cubre el pecho. Cómo saberlo. Cómo adivinar lo que pasa en esas tristes habitaciones de los prostíbulos.

—A eso no le puedo responder —reconoce—, pero sí sabía que Petrus hacía fotos de los encuentros de Lorelai y Wesh con ellos, y también que era ella quien le había hecho el encargo. Petrus se las entregaba a los interesados a cambio de dinero, y ellos, los muy ingenuos, que no podían sospechar que era ella quien movía los hilos, creían que se salvaban del escándalo y que, a su vez, protegían a los mellizos. Nil pagó, Andreu pagó, Tomás pagó y Paco también tuvo que hacerlo. Odiaban a Petrus y se juraron que las cosas no quedarían así. Wesh no tenía ni idea de lo que sucedía, siempre confió en Lorelai a ciegas. Aunque usaban fotos fuertes, guardaban las más escandalosas para el

momento adecuado. Oriol Mateu encontró en su casa las que su hermano había tenido que comprar y fue así como se enteró de que era homosexual y se entendía con Wesh. Pero Lorelai no tuvo suficiente con eso. Su avaricia y su imprudencia se desbocaron y no se dio cuenta de que se estaba midiendo con alguien más peligroso que ella. Y los inocentes pagaron su pecado.

—¿Se refiere al incendio? Debió de cambiarlo todo.

—¿Cambiarlo? —repite Tshilana—. Arrasó con el circo y con nuestras vidas. El odio siempre acaba encontrando su camino.

—Me hablaste de una tormenta perfecta —recuerda doña Sol.

—Así es, comadre. Cuando todas las circunstancias convergieron, estalló en forma de llamas.

Cierra los ojos y relata lo que recuerda de aquellos días. Cómo primero le suplicó a Lorelai que no coqueteara también con los jóvenes del pueblo. Que fuera prudente. Cómo ella no hizo ni caso e involucró también a Wesh, haciéndole pasar por ella cuando le interesaba, o haciéndolo ella en su lugar cuando era el joven quien tenía una cita.

—Hacían eso desde niños, ¿sabe? Le encantaba desconcertarlo. Tanto que al final mi hermano ya no sabía quién era. Si Wesh se maquillaba y se ponía la ropa de su hermana y una peluca, era exactamente igual que ella. En fin, era el truco perfecto, porque mientras todos creíamos estar viendo a alguno de ellos, era ese mismo quien estaba en la caseta haciendo..., ya me entiende.

Continúa hablando del enamoramiento infantil de Nil Capo y del hambriento deseo de Paco Quiroga. De los encuentros de Andreu Mateu con Wesh, que solo era un crío. Del odio que adivinaba en los ojos de Uri, que, por supuesto, no había olvidado quién era el causante de su sordera, del aprovechamiento de Petrus y de la propia Lorelai con el chantaje, y de la mirada astuta de Miha disfrutando con el daño que se hacían unos a otros y esperando pacientemente su oportunidad.

—«Por si acaso», me decía Lorelai cuando descubrí lo que hacía, «esas fotos son solo por si acaso, hermana. Nunca las usaré». Pero ya lo estaba haciendo. Por supuesto que lo hacía. Entonces se quedó embarazada y enseguida fue consciente de que el padre de Nil no iba a permitir esa boda. Pero ella, decidida e imprudente como era, se enfrentó a él enseñándole solo una pequeña muestra de lo que hacía con su hijo, esas fotos que había reservado para alguna ocasión especial. Lo amenazó con airearlas, con acudir a los periódicos locales y mostrarles al hijo del gran comisario retozando con una gitana. Él se puso furioso. Si conocieron a Jordi Capo, sabrán que no se andaba con chiquitas. Como desconocía que Paco y mi hermana eran amantes, no se le ocurrió mejor candidato para solucionar el problema de cuajo. Le ofreció dinero y promoción y le ordenó lo que debía hacer: separar a Lorelai de su hijo Nil y escarmentarme de tal manera que me viera obligada a vender las tierras o cediera a urbanizarlas con él.

—¿Paco Quiroga aceptó el encargo?

—Claro que lo hizo. No soportaba la idea de que su chica se acostara con otro, envidiaba a Nil, su vida fácil y el poder de su padre, odiaba a los homosexuales porque él era un machote y, en fin, no le iba nada mal que el comisario de entonces le debiera un enorme favor.

Héctor piensa entonces en Caridad. En la sospecha al ver a su marido borracho en el lavadero esa madrugada, con la ropa hecha jirones, ensangrentada. Y en ese extraño e inusual olor a quemado. Y comprende entonces qué manos mágicas hicieron desaparecer la denuncia, quién delató el valiente acto de la mujer provocándole una nueva paliza, e imagina los muchos favores que Paco Quiroga se debió de cobrar del abuelo Capo. Malditos sean los dos.

—¿Por qué no quiso usted urbanizar ni vender?

—Porque significaba renunciar a nuestra vida, a nuestro espíritu y a nuestro origen. Nosotros tenemos una forma de vivir y no sabemos adaptarnos a otra, ¿verdad, Sol? El dinero pudre el alma, comisario. Y yo bastante tenía con combatir la oscuridad de mi hermana. Esa noche —continúa, sin disimular el agotamiento que la invade—, la del regreso de Lorelai al trapecio, las gradas estaban abarrotadas. Habíamos batido el récord de venta de entradas y todos estábamos motivados y satisfechos pensando en las mejoras que podríamos acometer. Esos hombres aplaudían a rabiar y jaleaban a mis hermanos. Fue tan mágico que por un momento pensé que podía volver a ser bonito, que quizás Lorelai aceptaría criar a su pequeño entre nosotros y que sus supuestos amigos se cansarían de sus caprichos, se dedicarían a vivir las vidas a las que estaban destinados y pronto nos olvidarían. Pero —mira a Héctor segura de que podrá entenderla— el mal ya había hecho su trabajo.

»Cuando acabó la función, le recordé a Lorelai que el crío tenía que comer. Me gritó delante de muchos, me dijo que si tanto me gustaban los niños debería haber tenido hijos propios, que estaba harta de no poder disfrutar de la vida por culpa del maldito renacuajo y que nos iba a dejar a todos plantados. Luego se calmó, me aseguró que se ocuparía de él y yo me dediqué a despedir al público y a recoger con los demás. Mi hermana estaba desesperada. Paco Quiroga se había casado y aunque seguía disfrutando de sus encuentros furtivos, estaba celosa de todas las horas que compartía con su mujer. Ya había comprendido que no la dejaría nunca. Era demasiado cobarde y clásico para eso.

—Pero él le había propuesto antes matrimonio y ella se había negado.

—Claro. Cambiar esta vida por otra pobre no entraba en sus planes, pero de ahí a tolerar que él viviera con otra... Además, Nil no acababa de plantarle cara a su padre, y aunque le prometía que se los iba a llevar a ella y a su hijo, parecía que el momento no llegaba nunca y el comisario Jordi Capo, a pesar de lo clara que había sido con sus amenazas, no daba su brazo a torcer. Lorelai no se dio cuenta de que había desatado su ira y aún no sabía que la gente poderosa siempre se

cobra el precio de un desaire.

—¿Temía usted que se fuera con Nil y se llevara al niño?

—Sí —reconocen sus ojos transparentes—, porque sabía que esos payos le harían la vida imposible y que tratarían al pequeño Rom como a un paria.

—¿De ahí ese nombre?

—Es usted un hombre perspicaz, comisario. Así es. Como madrina, tenía el derecho a elegirlo y pensé que, pasara lo que pasase, su nombre le recordaría quién era. A él y a todos los demás. El nuestro es un pueblo digno y orgulloso, señor. Me negaba a aceptar que, si un día Nil cumplía su promesa, lo criase como a un payo y Rom no recordara su origen.

—¿Ella quería a su hijo?

—Se quería a sí misma y el niño le aseguraba un futuro prometedor. O eso pensaba. La cuestión es que conseguí que Rom fuera bautizado y estuviera en paz con Dios. El padre Molina aceptó hacerlo en privado. —Héctor sabe que su expresión lo ha delatado, por las palabras que la enferma dice después—: Sé lo que piensa. Tan devota y practicando abortos. —Suspira exhalando la tristeza que ocupa su cuerpo—. Lo cierto es que, cuando empecé, veía las penurias de esas mujeres, los malos tratos a los que sus maridos las sometían, el hambre y la suciedad, y pensé que Dios hubiera estado de acuerdo conmigo. Cuando me convertí en la jefa del clan, me prometí que las cosas iban a cambiar. Ningún hombre se atrevió a levantarles la mano a las mujeres de mi circo, los niños estaban bien alimentados, y la higiene y los anticonceptivos, presentes en sus vidas.

—No estoy aquí para juzgarla, señora. He venido para...

—Lo sé. Lo sé. El incendio —recuerda entrando de nuevo en materia—. Paco se alió con Miha, que le contó que Lorelai andaba detrás del chantaje. Se lo hicieron saber también a Oriol y a Tomás, que, furiosos con ella, decidieron que lo pagaría caro.

—¿Y Andreu?

—Oh, también sufrió el chantaje, pero se rio de ellos cuando le hablaron de quemar el circo. Les dijo que había otras formas de hacérselo pagar a mi hermana y a Petrus, y que los demás no tenían la culpa. Creo que se lo tomó a broma y no pensó que fueran a ser capaces de hacerlo. Pero por supuesto que lo eran. Empaparon el suelo durante los primeros minutos de la función y cuando todos salimos de la carpa, con la gente tomando algodón de azúcar, churros, bocadillos, salchichas y cerveza, no reparamos en el olor.

»Lorelai había amamantado al fin al pequeño y corrido a los brazos de Paco, que se había ocupado de no rociar la zona de la caseta turquesa. Él había descubierto al fin la parte oscura de mi hermana, pero a pesar de que la odiaba, la deseaba más que nunca. Quizás porque su propia alma era negra como el carbón, o porque ella conseguía eso, ¿sabe? No se la podía querer, pero no se la podía dejar. Su maldad tenía algo...

mágico. Adictivo.

»En fin, Andreu era el único ajeno a lo que estaba a punto de pasar, y Nil, a quien su padre había advertido que se mantuviera ajeno a las andanzas de Paco y compañía, llevaba un anillo para mi hermana y gritaba feliz anunciando que al fin iba a casarse con la chica más bonita del mundo, que había convencido a su padre. Cómo no —se lamenta Tshilana—, si el muy demonio iba a acabar con todos nosotros. Lorelai, que no podía imaginar la sorpresa, solo pensaba en retozar con Paco y se había sacado a Nil de encima diciéndole que todavía debía trabajar un rato y darle el pecho al bebé. Él estaba tranquilo porque la veía correr de aquí para allá, ayudando a recogerlo todo antes de cerrar, y supuso que más tarde podría declararse oficialmente.

—Pero acaba de decir que ella estaba con su amante.

—Porque lo estaba, comisario. La Lorelai a la que Nil y los demás veíamos moverse por el recinto era Wesh, haciéndole de nuevo un favor, vestido como ella, con el pelo suelto y ondulado y una larga falda. La gente ya se marchaba, bajamos el volumen de la música y fuimos pidiendo a los rezagados que regresaran a casa. Y entonces alguien gritó «Fuego» y empezó la estampida. Yo corrí hacia el carromato de Lorelai, de donde surgían las llamas. Rom estaba allí.

El rostro de la enferma suda de miedo. Sus manos agarran la colcha y tiembla al recordar.

—Grité pidiendo ayuda y la vi lanzarse a una loca carrera para salvar a su hijo. Me costaba seguir su ritmo. A mi alrededor, todos llenaban cubos con agua intentando apagar sus hogares. Otros peleaban con las llamas de la carpa. La gente estaba histérica, el fuego se expandía y la ayuda no llegaba. Entonces vi a Andreu Mateu perseguir a Lorelai. La odiaba tanto o más que los otros. Ya le he dicho que conocía su liderazgo en el chantaje, estaba harto de pagar un dinero que no tenía, de verla manipular a Wesh, consciente de que mi hermano jamás se libraría de su influencia, y no podía más con sus burlas. A un hombretón grande y fuerte como él, ella lo llamaba *mujercita* delante de todos. Creo que el cielo se abrió para él cuando la vio correr hacia el carromato. Él no tenía por qué saber que el bebé estaba dentro, así que esperó a que entrase, cerró con el pasador desde fuera y presionó con su cuerpo enorme la puerta para que no pudiera salir. Yo llegué sin aliento y me encaré con él, pero me derribó de un puñetazo. Mientras me levantaba suplicándole que dejase la salida libre, podíamos oír a Lorelai golpeando la puerta con los puños y gritar, y también el llanto de Rom. Y entonces lo supe. Supe que esa voz no era su voz. Era la de Wesh. Comprendí que ella jamás hubiera corrido de esa forma para salvar a su hijo. Pero Wesh, sí. Wesh era débil, pero era bueno, y quería más al niño que su propia madre. Andreu también reconoció la voz y oyó llorar al niño, pero ya era demasiado tarde cuando fue consciente de que estaba matando al amor de su vida. Yo le pegué, le di patadas, le llamé

estúpido, le grité que era Wesh. Que era Wesh, que me dejara entrar.

De los ojos de Tshilana caen lágrimas suaves, tranquilas. Tan calmadas y lentas que Héctor supone que son medicina.

—Él fue incapaz de reaccionar, había bebido, cayó al suelo anonadado y colapsó la puerta con su enorme peso. Yo solo podía gritar socorro, pero todos iban a lo suyo y nadie me prestaba atención. Hasta que llegó Petrus, cogió al enorme Andreu por los sobacos y lo apartó. Derribamos la puerta, sentimos el fuego en la cara, en los ojos —al decir esto se señala los propios y recorre sus cicatrices con suavidad—, y mi pobre hermano, ardiendo en llamas, nos entregó a Rom, envuelto en una manta que también era pasto del fuego.

Se estremece. Héctor le propone hacer una pausa, pero Tshilana se niega.

—Ahora o nunca, comisario. No me interrumpa, porque no creo que las fuerzas me den para más.

Doña Sol le acerca un vaso de agua y ella bebe a pequeños sorbos.

—Entonces Wesh, o lo que quedaba de él, su cuerpo sin piel, su cráneo sin pelo y su falda chamuscada, cayeron al suelo a nuestros pies. Estaba muerto.

Tshilana acerca la nariz al hornillo y aspira el aroma del eucaliptus. Tose un par de veces y su piel agrietada recupera algo de color.

—Lorelai llegó y se detuvo junto al cuerpo. Petrus no daba crédito. Conocía sus trucos y engaños, pero aquello..., aquello nadie podría haberlo imaginado. Paco apareció poco después arreglándose la ropa. Me bastó ver su mirada para comprenderlo. Supe que había sido cosa suya, que habría preferido que el niño hubiese muerto porque la idea de que pudiera ser de Nil y este le hiciera de padre le resultaba tan insoportable como que fuera suyo y tuviera que acabar responsabilizándose de alguna manera. Además, el gran comisario desconocía esa relación y ese hijo lo podía delatar. De lo único que se había preocupado era de que Lorelai estuviera lejos del fuego. Lo que nos pasara a los demás le daba absolutamente igual. La idea era aniquilar nuestro circo, matarme u obligarme a vender, y que Lorelai se negara a formar parte de esa familia que había acabado con el pan del clan Vargas. Pero eso fue porque no la conocía tan bien como yo.

—¿Qué hizo al ver que su hermano había muerto?

—Gritaba como si le hubieran arrancado la vida a ella. Creo que Wesh era la única persona a la que quiso de verdad: su mellizo, sangre de su sangre, cuerpo de su cuerpo, una extensión de ella misma. Su otra mitad. Lorelai estaba ida, en trance. Miraba el cuerpo de Wesh y a su hijo quemado como si no comprendiera muy bien qué había ocurrido. Al rato, pareció salir del trance y me pidió que lo llevara yo al hospital. Que me lo quedara. Que me lo regalaba. Que Nil jamás podría querer a un hijo deforme, a un engendro, y que ella tampoco se veía capaz. «Si vive, ya no será guapo. Ya no será mi niño precioso», sollozaba sin

apartar la vista de Wesh. Paco Quiroga la miraba estupefacto y creo que fue entonces cuando comprendió que esa muerte iba a cambiarlo todo y que ella jamás volvería a ser la misma.

»Yo tenía al niño en brazos y me dispuse a salir hacia la ambulancia cuando ella me detuvo un segundo. Me abrazó por primera y última vez en su vida. Se estaba despidiendo de mí, pero yo no lo sabía. Corrí sosteniendo ese cuerpecillo humeante y recuerdo haber deseado que todos ardieran en el infierno. Supongo que me los encontraré allí en breve.

Doña Sol se santigua y Héctor se estremece.

—¿Por qué la ayudó Petrus? Se jugó la vida. Eso no cuadra con el carácter del hombre sin escrúpulos que parece ser. Casi llegué a considerarlo sospechoso.

—Espero que no sea usted uno de esos que juzgan por la apariencia, comisario. Las personas no tenemos una sola cara. Incluso las que se pasan la vida confundidas tienen corazón. Y él me quería. Siempre me quiso, y me temo que aún lo hace.

Héctor esconde la cara entre las manos tratando de imaginar aquel momento. El fuego devorándolo todo a su paso, la gente aterrorizada, poniéndose en peligro con tal de salvar sus carromatos, su modo de vida, a sus seres queridos. Wesh arriesgándolo todo para salvar a su sobrino. Las llamas comiéndole la piel. Sus gritos inútiles de socorro, sus puños desesperados y su muerte, vestido de mujer, sin ser quien era en realidad, y salvando una vida que debería haber salvado su hermana. Y piensa también en Rom A. Vargas. Un recién nacido que tuvo que luchar para sobrevivir cuando apenas tenía unos meses. Y se pregunta qué fue de él, si su corazón encontró la paz lejos de allí o si, como dice Nico, el dolor fue tal que una vez más se convirtió en odio y esta venganza es el reflejo de su corazón negro.

—No se encontró ningún cadáver cuando se apagó el incendio, señora Vargas. ¿Qué hicieron con Wesh?

Tshilana señala el terreno mucho más allá del ventanuco. En concreto, una enorme higuera que se alza por encima de la capa de nubes bajas grises y feas y que debe llevar allí desde el principio de los tiempos.

—Esa es su tumba. Allí descansa mi querido hermano. El hombre más dulce del mundo.

—¿Quién lo sabe?

—Petrus y Lorelai, porque lo enterraron. Y yo misma, porque les dije dónde hacerlo.

—¿Por qué allí?

—Porque está en casa y es un lugar bonito para dormir eternamente, ¿no le parece, comisario? Y porque quise asegurarme de que, cuando yo faltase, si alguien removía estas tierras, tendrían que dar muchas explicaciones cuando encontraran su cuerpo.

—¿Cuándo supieron quién había sido?

—Soy gitana, señor. Puedo leer en las miradas lo que las bocas callan. Lo supe. Y Lorelai también. Y Petrus acabó contándome cosas. Esos hombres no regresaron jamás al circo. De ser inocentes, ¿no habría sido lógico que lo hicieran, al menos, para ayudar? Menuda soberbia, ni siquiera se molestaron en disimular. El padre Molina sí vino muchas veces. Porque él no había hecho nada malo, pero seguramente tuvo que escuchar y callar ese pecado y la culpa de otros lo carcomía como si fuera propia. Tenía conciencia.

—¿Por qué no denunciaron a los culpables del incendio y el homicidio?

—¿Una gitana acusando a unos granjeros locales? ¿A un *mosso* que era capaz de todo? ¿A un rumano peligroso? ¿A un comisario? ¿Cree que iba a permitir que se aireasen las fotos de mis hermanos? ¿Cree que hubiera sido fácil explicar por qué Wesh había muerto vestido de mujer? ¿Su homosexualidad? ¿Los escarceos de Lorelai? ¿Sus amoríos? ¿Sus chantajes? Mis presentimientos no eran más que eso. No tenía pruebas. Muchas familias dependían de mí, mi hermano ya estaba muerto, sabía que mis padres no remontarían después de eso y si la Policía —lo mira casi disculpándose— venía a investigar, tal vez habrían dado con los culpables, pero toda la porquería habría salido a la luz y no le habría devuelto la vida a mi hermano ni dado de comer a mi gente. Mi raza es cuestionada cada día. Imagínese poniendo en jaque a gente destacada de una comunidad.

—¿Qué pasó entonces?

—Lorelai y Petrus esperaron a que los bomberos, el personal sanitario y la Policía se fueran y llevaron lo que quedaba de Wesh a la higuera. Cavaron una fosa y lo enterraron allí. Mientras en el hospital yo no me separaba de la cama de mi sobrino, ella cogió algunas cosas y el dinero del chantaje y huyó de madrugada.

—¿Qué pensó la gente?

—Comisario..., todos la habían oído jurar después del espectáculo que se iba a largar. Sabían que estaba harta de esta vida. Supusieron que el circo en ruinas había sido la gota que colmó el vaso y la olvidaron rápido, porque sin ella se vivía en blanco y negro, pero se vivía en paz, y había demasiado trabajo como para estar pendiente de una mujer veleta y caprichosa.

—¿Qué me dice de nosotros, la Policía? Sabían que el incendio había sido provocado. No es tan fácil esconder un rastro de gasolina y supongo que los expertos lo detectaron —pregunta, sintiéndose culpable por no haber siquiera imaginado lo que significaron esas llamas.

—Ay, comisario Narváez..., temo que aún no ha calibrado bien el poder de la familia Capo. Se acabó sospechando de nosotros, nos acusaron de pretender cobrar una buena suma del seguro.

—¿Y cobraron?

—¿Ha oído usted hablar de esas pólizas que no protegen de incendios,

actos vandálicos, etcétera? —La mujer lo mira como si alguien de su edad y experiencia no pudiese ignorar algo semejante.

—¿Y Wesh? Dicen que se despidió un par de días después, que hizo las maletas..., pero ya estaba muerto.

Tshilana vuelve a aspirar el vaho, como si ese aroma limpio y puro pudiera insuflarle la vida que se le escapa.

—Esa fue la última representación de Lorelai. Regresó como una furtiva, se disfrazó, actuó como él. Se convirtió en su hermano por un rato, paseó por el circo, se dejó ver, y así fue como Wesh Vargas se despidió de su gente y se marchó con sus pocas pertenencias y sus recuerdos a un lugar mejor. O eso creen todos desde entonces.

—¿Y qué fue de su hermana?

—No lo sé, comisario. Intenté denunciar su desaparición sin éxito. Puse un anuncio con su foto en algún periódico. Quería que volviera y cuidara de su hijo. Era lo... humano, ¿verdad? Pero me envió unas postales y dejé de buscarla.

—¿Reconoce usted esta carta? —Le enseña la de Capricornio. Con una es suficiente.

—Era la baraja de mi bisabuelo, la favorita de Lorelai.

—Estaban en ese baúl. —Héctor lo señala intentando no distraerse ante la evidencia de que estuvieron revisándolo sin una orden—. ¿No se dio cuenta de que faltaban algunas en la caja?

—No —contesta con rotundidad—. Hacía años que no miraba las cosas de mi hermana.

—¿Podría haber entrado alguien en su carromato y llevárselas?

—Si ustedes lo hicieron —su voz es acusadora—, no veo por qué no pudo hacerlo alguien más. —Lo invita a llevarse la baraja—. Temo que esté endemoniada. No quiero tener nada que ver con ella.

—Hábleme del niño.

Tshilana recuerda los largos meses de hospital. Los gritos, los llantos y las curas eternas. El alta médica y el regreso al circo. La penuria había hecho mella en las arcas del negocio y también en el ánimo del clan. Rom crecía siendo diferente y todos se burlaban de él. Ni siquiera servía para trabajar por culpa de los terribles dolores e infecciones que sufría, requería una serie de cuidados que la vida en un circo no le podía dar. Ahora el llanto de Tshilana es igual de silencioso pero más espeso, y no se molesta en cortarlo o disimularlo.

—Tuve que entregarlo. Una familia que no podía tener hijos se ofreció a cuidar de él y entendí que serían capaces de darle amor. Está con ellos desde entonces y yo lo he visitado siempre que he podido.

El corazón de Héctor da un vuelco. El niño. El niño está vivo.

—¿De quién se trata?

—Déjenlos tranquilos, comisario. Son buena gente.

—¿De quién se trata? —repite, impaciente.

—Fue el padre Molina quien me lo aconsejó. Venía a menudo a ver a

Rom y comprendía la carga que era para nosotros y nosotros para él. Me habló de ella. De su tristeza. Del tipo de gente que eran. Buenas personas. Y supe que lo querrían como merecía.

—¿Quién? —insiste procurando no alzar la voz.

—Paquita. Se lo entregué a Paquita.

* * *

Héctor llama por radio a sus unidades, ordenando que busquen la dirección de la mujer y que dos coches patrulla se acerquen a su casa y le esperen allí. Alguien canta el nombre y el número de la calle.

—¿Nico? ¿Me oyes?

—¿Qué pasa?

—Acabo de dar un aviso por radio. Paquita se quedó con el hijo de Lorelai.

—Jod... ¡¡Joder!! ¿Paquita? ¿Está detrás de esto? ¿Sabe que vas a buscarla?

—Yo qué sé, Nico, yo qué sé. Anota la dirección y no avises a Mateo, que es capaz de aparecer. ¿Dónde está Casilda?

—Ha ido a asegurarse de que Miren está bien. ¿Puedes creerlo? Perro ladrador...

—Mejor. Ve solo. Te quiero allí en quince minutos. No perdamos más el tiempo.

—Nunca lo hago. —Héctor le oye arrancar su Vespa—. Ya estoy de camino.

—Cuidado con la niebla.

Palamós, 17.10

—Señor Mateu, despierte. Señor Mateu. —El doctor Casals escucha con atención la respiración del paciente. Normal, detecta con alivio. Solo duerme—. ¿Me oye? Necesito hablar con usted.

El granjero abre los ojos. Lo mira. Refunfuña y finalmente se incorpora un poco. Ve que el médico lleva una pequeña pizarra y un taco de tiza. Andreu se incorpora más todavía. Su garganta emite algún quejido, o quizás sea sorpresa.

—El sargento Jordi Capo ha sido asesinado.

Pero no parece sorprendido. Señala la televisión con la barbilla y el doctor comprende que esa cajita aparentemente inofensiva lleva las novedades de un lado a otro a la velocidad del rayo.

—Las cámaras lo filmaron entrando en esta habitación un poco antes. Sospecho que vino a verle.

De nuevo esa cara de sorpresa. O de enfado. O de todo a la vez.

—Sabemos lo que sucedió en el circo —añade cumpliendo con la petición de Héctor de decirle exactamente estas palabras, en forma de

advertencia.

Andreu gruñe.

—¿Qué le dijo al sargento?

De malas maneras, la mano regordeta de Andreu empuja al pequeño doctor y sujeta la pizarra y la tiza. Casals aguanta la respiración.

«Le hablé del chico y del demonio de su madre».

—¿Qué significa eso?

«Es el hijo de Lorelai».

—Pero ¿quién es?

«El hombre quemado».

—¿Dónde está?

«Entre los muertos, doctor. Está entre los muertos».

—Como quiera. Hoy van a trasladarle. Usted ya puede estar en planta y esta habitación se necesita para pacientes graves.

El granjero mueve las piernas como lo haría un crío pataleando y hace un amago de coger otra vez la tiza, pero la paciencia del doctor, que es casi infinita, se ha agotado por hoy.

—Lo siento —asegura, cansado—, así son las cosas. Tal vez si hubiera colaborado como debía, tal vez..., en fin.

Asoma la cabeza y pide que entren el *mosso* que suele montar guardia frente a la puerta, y que ahora reparte su vigilancia entre este testigo testarudo y la habitación del comisario, y una enfermera. El forense se está despidiendo cuando llega su ayudante.

—Ah, Tasio, al fin aparece.

Pero el granjero se mueve tanto que la vía que todavía agujerea el dorso de su mano amenaza con escapar del esparadrapo que la sujeta. Tasio los ayuda porque no consiguen que se quede quieto ni ponerlo en la silla y recibe un manotazo. La enfermera, una patada involuntaria, y hasta Casals tiene que colaborar para reducirlo.

—¡Señor Mateu! —le riñe la enfermera—, ¡no son maneras, lo hacemos por su bien!

—Lo llevan a la planta tres, ¿verdad? —confirma Casals—. No se preocupe, hombre, allí seguirán vigilando su puerta, no va a pasarle nada. Nada en absoluto. ¿Nos vamos, Tasio?

La radio del *mosso* suena a todo trapo. Avergonzado, baja el volumen, pero ya han oído la voz de Héctor:

—¿Qué pasa, cabo? ¿Lo he entendido bien?

—Algunos efectivos van a casa de una tal Paquita Alonso. Parece urgente.

—La conozco —dice—, es la mujer que cuidaba del padre Molina y su parroquia. Qué extraño. Pero qué no lo es estos días. Escribe un mensaje a Héctor diciéndole que Andreu insiste en que el joven está muerto. ¿Vamos, Tasio?

—He pasado por el laboratorio al llegar. Todavía no tienen las muestras que pedimos. Podría esperar hasta que estén listas, ¿no le

parece, doctor?

—Sí, sí, por supuesto. Pero no olvide lo que hemos hablado. Nos vemos luego.

Andreu sigue farfullando y el forense sale moviendo la cabeza, su máxima expresión de disgusto, reconociendo para sí que este hombre egoísta le enerva. Mientras se abrocha los botones del loden, les oye todavía intentar calmarlo.

En ese mismo momento, Elvira Salas pasa por delante de él. Se detiene con los ojos muy abiertos y lo mira fijamente.

—Señora Capo... —Pero ella no contesta. Inmóvil, pálida, sigue mirándolo hasta incomodarlo y obligarlo a carraspear—. ¿Señora? ¿Está usted bien? ¿Puedo ayudarla?

Elvira se da media vuelta y, balanceando su bolso de piel de cocodrilo, regresa sobre sus pasos, en dirección, supone el doctor, a la zona en la que se encuentra su marido. Nil Capo ha despertado al fin de su largo sueño y, aunque el equipo médico asegura que es demasiado pronto para comunicarle la terrible pérdida, no tardará en enterarse. Casals se estremece imaginando con tristeza el infierno que le espera.

—Nil —dice Elvira, sentada a la izquierda de la cama—. Nil, ¿puedes oírme? No esperaba que despertaras.

Él mira a su alrededor sorprendido.

—Estás en el hospital. ¿Recuerdas la rueda de prensa, el infarto?

Ahora la mira a ella. Elvira lleva el pelo recogido en un moño. El maquillaje perfecto, sutil y suave, y una fina raya delineadora en el párpado, para resaltar un poco más sus espesas pestañas. Nil huele su perfume y sonríe un poco. Ella es la única persona que cuenta en su vida. Solo ella y siempre ella. Su trabajo y su ambición han sido el vehículo para proporcionarles la vida que ambos merecen, el estatus y el reconocimiento social del que tanto disfrutan. Siempre ha bendecido el día que Elvira se cruzó en su camino.

—Jordi ha muerto asesinado —le dice ella, sin más.

Nil la sigue mirando. Solo un leve parpadeo incontrolado delata que ha comprendido lo que acaba de oír.

—Se puso a investigar por su cuenta —explica acariciándole la mano— y fue a por él.

Nil vuelve a parpadear y, con la voz ronca de alguien que ha pasado mucho tiempo intubado y cuya garganta no sabe todavía cómo hablar, pregunta:

—¿Fue por mi culpa?

—Claro, querido. Tú lo enviaste a resolver tus problemas. Y era torpe. Deberías haber recordado eso. —De los ojos de Nil caen unas lágrimas silenciosas y Elvira supone que son de vergüenza—. No te preocupes. Todavía me tienes a mí.

—¿Por qué no lo quisiste nunca?

Elvira se acerca a la ventana y corre los visillos hasta los extremos del

raíl. La niebla envuelve los tejados de los edificios de Palamós hasta casi hacerlos desaparecer. Mira a su marido.

—¿Tú crees, Nil, que también hará desaparecer mi pecado?

—¿Qué pecado?

—Este.

La puerta se abre.

Palafrugell, 18.10

Nico aparca la Vespa y distingue a Héctor hablando en la acera con algunos de sus hombres. Se acerca a paso ligero y le toca el hombro por detrás.

—¡Por Dios, qué manera de aparecer! ¿Quieres que me dé un infarto?

—Culpa a la niebla, Héctor, es cosa suya.

—Cierto. Todos parecemos fantasmas estos días. —Lo observa con más atención—. Qué mala cara traes, Nico, ¿estás enfermo?

—Gripe. Estela, el niño y yo.

—A ver si vas a contagiarme.

—Puede ser. Y que eso sea lo peor que pase hoy.

Nico levanta la vista hacia la casa en la que estuvo hace poco, precisamente, preguntando por Paquita. Tiene dos pisos, está pintada de un color claro, la madera de las contraventanas cuidada y, a primera vista, todo indica que allí vive una familia normal.

—¿Saben que estamos aquí?

—Espero que no. —Héctor indica a sus hombres que tomen posiciones y estén preparados para cualquier imprevisto o señal suya, y ordena que si alguien intenta salir de la casa, lo apresen—. Vamos, Nico.

Llaman a la puerta usando una aldaba y durante casi un minuto, nadie abre. Cuando Héctor está a punto de volver a llamar, oyen unos pasos.

—¿Quién anda ahí?

—Soy el comisario Narváez. Abra la puerta, por favor.

Un hombre de baja estatura y cuerpo orondo aparece en el umbral y, sin preguntarles el motivo de la visita, les pide que pasen. Parece cansado, porque arrastra los pies como si unos pasos le supusieran un esfuerzo enorme o algo le pesara mucho.

—Soy Roque, el marido de Paquita.

—¿Nos esperaba usted?

—Ojalá no —responde sin dejar de arrastrar las zapatillas.

Héctor silencia el móvil, Nico lo imita y llegan a una salita pequeña, con un sofá, un par de butacas, un televisor, una mesa de centro y unas estanterías repletas de libros. La sala está limpia y, en el centro de la mesa, hay un jarrón con lirios blancos. Su aroma dulzón y denso le llega a Nico como una bofetada.

—El que lee es mi hijo —dice señalándolos—, yo no tengo tiempo.

Se sienta y los invita a hacer lo mismo. Nico mira sorprendido una

mancha que tiene en el puño de la camisa y al hombre no se le escapa.

—Es sangre, en efecto. —Él también la mira, pero más bien avergonzado—. Trabajo en un matadero y, a pesar de la bata, el delantal y las botas, a veces me mancho. Paquita me dice que soy un poco torpe. Pero nunca se enfada.

—Señor... —Héctor carraspea, dispuesto a iniciar la conversación que intenta evitar.

—Llámeme Roque, comisario.

—Roque, no parece extrañado de vernos.

—No lo estoy —asegura hundiéndose más en el sofá—. Hace tiempo que les espero. —Nico reconoce en su habla, sus gestos y su mirada a un hombre derrotado—. No somos mala gente, ¿saben? Al contrario. Paquita es la mejor persona que conozco. Es solo que... un hijo es un hijo. Cuando nos dimos cuenta de que era él..., mi mujer se volvió un poco... —Mueve el índice en un lado de la frente—. Ya me entienden. Al principio no quería creerlo y, cuando lo hizo, no pudo delatarlo. Toda una vida llevándolo al trabajo en la ermita, intentando empaparlo del bien, haciéndole leer la Biblia hasta sabérsela casi de memoria..., no ha servido de nada.

—¿Y qué hay de usted?

—Yo no soy nadie sin ella.

No ha hablado de amor a ese hijo, sino a su mujer. Parece evidente que está solo en casa y quizás sea mejor así.

—¿Quiere usted a su hijo?

—Tuve uno al que sí quise. Murió de muerte súbita. Ya saben, ese horror que nadie ha sabido aclarar. Cuando Paquita trajo al pequeño gitano..., me conformé, por ella. Siempre supe que ese chico no era normal y que pagaríamos un precio por criarlo. Pero a ella le daba igual.

—¿A qué se refiere, Roque? ¿Cómo es su... hijo? ¿Violento, agresivo?

—Entonces no sería tan duro. —El hombre se pasa azorado la mano por el pelo y la frente y después por los labios—. Pero todo lo contrario: ha sido un buen hijo. Es silencioso. Callado. Siempre lee. Apenas sale. Solo trabaja. Y eso sí que lo hace bien, ¿saben? Mientras estudiaba, lo llevaba a veces conmigo al matadero y le pagaban unas perras. Ahí fue la primera vez que me asusté.

—¿Por qué?

—Porque se le dio muy bien. Y parecía feliz cortando a diestro y siniestro. La mayoría vomitamos al principio. Pero él no. Él aprendió enseguida. Miraba a los terneros a los ojos y, zas, los mataba sin pestañear. Convertía los cuerpos en trozos como si nada. Experimentaba con ellos. Los cosía unos a otros. Entonces empecé a cerrar la puerta de nuestro dormitorio por las noches. Pero sigue acompañándome a veces. Nos montamos en mi vieja *pickup* y mientras conducimos hasta allí, adivino en su rostro el ansia por llegar. Como si...

—Como si siempre necesitara más —acaba Nico por él, volviendo a

mirar a Héctor por la mención de la *pickup* y recordando ambos que Casals les dijo que no se trataba necesariamente de un médico. Que podía ser un sanitario, un veterinario o alguien que trabajase matando animales.

—¿Dónde esconden la furgoneta? Buscamos, pero no está matriculada.

—La di de baja hace poco —reconoce Roque—. Me jubilo este mes. No más matadero. Pero nuestro hijo..., creo que siguió usándola. Está ahí detrás, en un viejo cobertizo.

—¿Le comentó a Paquita que le daba miedo?

—Claro. Ella y yo no tenemos secretos. Pero me pidió que jamás le hiciera elegir a uno de los dos. Y me callé.

Los mira de frente mientras les habla. Está siendo sincero. Lo notan. Pero también se está debatiendo entre el amor a su mujer o delatar a ese hijo-no hijo que lleva demasiado tiempo haciéndole sufrir.

—No debió ser fácil cuidar de él, con tantos gastos médicos, revisiones constantes, injertos, los calmantes...

—Ha sido un infierno agotador, sobre todo para él —reconoce—. Es mentira que los hijos llegan con un pan bajo el brazo, pero este sí lo hizo. Cada mes, desde que nos lo quedamos, llegaba un sobre a esta casa, suficiente para cubrir cuanto necesitaba: tratamiento médico, estudios e incluso algún capricho, pero no se los daba y tampoco ha tenido amigos ni ha salido con chicas. ¿Cómo podría? Deberían ustedes ver su cuerpo. Tuvimos que dispensarle de asistir a gimnasia en el colegio para que no se burlaran de él. Además, entre el olor del matadero y... en fin, que según cómo, no se le puede culpar.

—¿No se le puede culpar de qué, Roque?

—De ser un monstruo. Un asesino —dice bastante tranquilo—. Creo que ni siquiera el amor de mi mujer lo ayudó a olvidar lo que le pasó.

—¿Se refiere a quemarse casi entero?

—No, comisario. Eso puede superarse. Lo que no puede superarse es que te dejen de querer porque te quemes. No es lo mismo.

Nico observa al falso padre con mayor interés y adivina en todas y cada una de sus palabras la aplastante sabiduría popular: la de la gente que dice poco pero observa mucho, la que practica el amor sin apenas hablar de él, la que con pocas frases te lo dice todo.

—Creo, Roque —dice espontáneo y sintiendo una enorme simpatía por el hombre al que acaba de conocer—, que lo quiere usted mucho.

—Es posible —dice él frenando a tiempo una lágrima—, es posible, sí.

Héctor le da unos minutos para que se recomponga. Nico adivina en su expresión la misma pena infinita que siente él. Cuántas vidas difíciles, cuánto dolor sin sentido. Demasiada gente buena sufriendo por vete a saber qué injustos motivos.

—No tienen fotos suyas —dice entonces Héctor observando un par del matrimonio apoyadas sobre unos tomos de enciclopedias que ya nadie

lee.

—No le gustan. Y eso que, de cara, es guapo. Aunque está muy blanco porque, en su estado, el sol no le conviene. Ni siquiera parece gitano.

—¿Dónde está Paquita?

—Se ha marchado. Ha oído los coches. Lleva meses al tanto, temiendo que ustedes aparecieran en cualquier momento. Yo le he dicho que les esperaría. Alguien tiene que decir la verdad.

—Se lo agradecemos. ¿Cree que le ha avisado?

—Sin duda. ¿No lo harían ustedes?

—¿Su mujer va a huir?

—Oh, no. Creo que ha salido en busca de consuelo. Nada más.

—¿Y él?

—Él concluirá su obra o morirá en el intento.

Héctor saca la funda de la baraja de cartas de los Vargas de un bolsillo, coge algunas y las deja sobre la mesa.

—¿Las reconoce? ¿Ha visto usted cartas como estas?

—Paquita las encontró bajo su colchón. Así supimos lo que pasaba. Y también un viejo móvil apagado que no podía ser suyo.

—¿Por qué cree que lo ha hecho ahora? Ha pasado mucho tiempo.

—Tal vez para usted y para mí —contesta Roque—, pero no para él. Su vida ha sido una espera impaciente. Podía ser ahora o un poco más tarde, ¿entiende? Él buscó las circunstancias adecuadas. Trazó un plan. Lo preparó todo. Creo que su venganza era el motor que lo empujaba a seguir viviendo y, si ha esperado, ha sido por nosotros.

—¿Qué quiere decir?

—Que sabía que todo acabaría. Que no nos volveríamos a ver. Y en cierto modo, lo lamentaba. Además..., la gitana vino de visita y, aunque nunca supimos qué le dijo, todo se puso en marcha.

—¿Su tía Tshilana?

—No, eso era algo habitual. Me refiero a la otra.

—¿La otra?

—Sí. Más joven. Más guapa. Paquita me dijo que no preguntara más y no lo hice.

Se miran atónitos: la otra. ¿Qué otra? ¿Lorelai? ¿Dónde está? Héctor se acerca mucho a él y le toca con suavidad la rodilla.

—Por favor, Roque, díganos quién es su hijo.

—No puedo, comisario. No puedo hacerlo. —De nuevo contiene deprisa las lágrimas.

—Por favor...

—No me haga esto. No les resultará difícil saberlo, ¿verdad? Unos minutos, a lo sumo. No me pida que sea yo quien lo delate.

—Héctor. —Nico está lívido. Ha cogido la funda de la baraja y sus ojos la están observando con detenimiento. Se la acerca más todavía, con una expresión de incredulidad.

—¿Qué haces?

—Aquí. —Señala una esquina—. Lee.

Y Héctor lo hace en voz alta:

—Anastasio Vargas.

—¿Lo comprendes?

—No sé si...

Roque contiene la respiración. Su rostro también se demuda. Nico lo mira y sabe que ha acertado.

—Anastasio Vargas, Héctor. El bisabuelo. El primer dueño de los terrenos. De la sociedad Anasvar.

—¿Y? —Se está poniendo nervioso.

—Rom A. Vargas —dice Nico muy despacio—. Rom Anastasio Vargas. Tasio. Es él, Héctor. Es Tasio.

Roque se ha hundido tanto en el sofá que casi ha desaparecido.

* * *

—Caramba, señor Quiroga. Ha vuelto usted muy pronto de visita. Tanto tiempo sin saber de usted y de repente...

—¿Dónde está mi madre?

—En la sala, con sus amigas. Puede pas...

Pero Mateo no suele esperar a que le den permiso. Con pasos presurosos recorre el camino que ya conoce y entra en el confortable salón. Un pequeño grupo juega al parchís, un hombre lee en una esquina y Caridad está haciendo ganchillo, sentada en un balancín muy cerca de la chimenea. A pesar de llevar las gafas puestas, está arrugando los ojos, y se pregunta si no le hará falta que le revisen las dioptrías. Pero seguro que Marcos está pendiente. Marcos.

—Hola, mamá.

La boca de Caridad se abre en una sonrisa enorme ante la visita inesperada. Él la abraza, rechaza la silla que le ofrecen y se sienta a sus pies. Ella le acaricia el pelo.

—¿Te has quedado por aquí, hijo? Qué alegría saberlo, no me gusta que andes lejos.

—A mí tampoco. Me quedo, sí.

—¿Y por qué no viene Marcos? ¿Está enfermo? ¿Lo llamo?

—No podrá hablar contigo, mamá. El comisario lo tiene trabajando a todas horas, pero te manda besos y dice que, en nada, vendrá a visitarte.

—¿Has visto esa niebla? Parece que quiera comernos.

«Y lo está haciendo, mamá. Lo está haciendo». Pero en lugar de decir algo semejante, fuerza a sus labios a arquearse hacia arriba, como hace la gente que está contenta, para que ella crea que él también lo está. La mira un rato sin decir nada. Lo único que quería, desde que el camello de mierda le habló de los amoríos de su padre con esa gitana buscona y egoísta y de la posibilidad de que el monstruo asesino sea su hermano, era volver a verla y agradecerle sin palabras todo lo que había hecho

por ellos. Decirle, en silencio y solo a sus ojos, que lo entendía todo. Que podía imaginar cuántas veces ese animal que lo había engendrado se había vengado en su cuerpo, porque no podía conseguir lo que deseaba. Cuántas noches había pasado sola, triste por estarlo y aliviada al mismo tiempo. Y cuántas habría oído en el lecho un nombre que no era el suyo. Y sigue diciéndole, sin decir nada, mirándola con la ternura que merece, que ya ha vivido el tiempo suficiente para comprender que querer no es siempre poder, que a veces no se encuentra la fuerza para huir, porque existe el miedo y el más feroz de todos es el que te provocan aquellos que deberían quererte. Que no fue culpa suya. Que hizo todo lo que podía. Que su rabia nunca fue contra ella, sino contra ese bestia y, quizás, contra él mismo porque no la supo defender. Hasta ese día. Sí. Hasta que llegó ese día y el hombre salvaje se subió borracho al tractor.

—¿Qué pasa, cariño? Estás pálido. ¿Ya comes bien?

Le debe más que matarse a cervezas. Debería empezar a pensar en hacer caso a Cas y mejorar sus hábitos. Beber agua. Y leche. Comer verduras. Y pescado, y fruta. Hacer como el detective pijo: nadar. Como Marcos: ir al gimnasio. Sudar. Y se promete hacerlo cuando lo encuentren. Eso es. Cuando su hermano esté a salvo, se esforzará por mejorar, porque es posible que entonces piense que vale la pena hacerlo. «Lo prometo, mamá, lo prometo», vuelve a decirle sin palabras.

—¿Dónde está el viejo Capo?

—Pues no sé. Hace rato que no lo veo. ¡Isabel! —La chica se acerca solícita—. ¿Y el antipático?

—Recuerde que ese mote no le gusta. Y a la directora tampoco. Pero la verdad es que no lo sé..., en su habitación, supongo.

—No —una de las amigas de Caridad interviene abandonando momentáneamente la partida de parchís—: está ahí fuera.

—¿Dónde?

—En el patio, mujer.

—¿Qué hace ahí? ¿Cómo ha ido? Él no puede...

La anciana se levanta y, apoyándose en un bastón, pero aun así caminando más tiesa que un palo, se acerca a ellos.

—Ha sido en el cambio de turno. Empezábamos a comer. Tu compañera se ha ido, tú debías de estar a punto de llegar y ese hombre ha venido a verlo y han salido al patio.

—¿Qué hombre?

—Yo qué sé. No me he fijado. Los que tienen menos de ochenta no me interesan.

—Pero ¿quién era? Con lo que está pasando... —La chica parece realmente preocupada—. ¿Un familiar?

—Ni idea. Era un tipo de aspecto..., no sé. Muy normal.

—¿Le puso al menos el abrigo?

Mateo también se ha levantado. Caridad se ha angustiado, ha regresado al ganchillo y les ha dado permiso a sus labios para tararear

una de sus canciones favoritas. De Marifé, por supuesto, *Te he de querer mientras viva.*

—¡Deje de preguntar tonterías y salgamos al patio! —grita Mateo echando a correr hacia el pasillo.

—Pero ¿qué hace? ¡Espéreme! —La chica lo sigue aturdida.

El acceso al patio está al fondo de la entrada principal. Mateo intenta abrir peleándose con el picaporte, pero se resiste. Isabel le suplica que no lo rompa, que tiene las llaves. Cada vez más nerviosa, murmurando que si el viejo enferma la directora la despedirá, consigue encajar una llave pequeña en la cerradura y, al fin, abre.

El silencio es sepulcral. La niebla se ha apoderado del bonito patio interior y apenas puede ver los limoneros que su madre le había mostrado orgullosa a través de la ventana de su habitación.

—¿Ya ha anochecido? —Isabel habla demasiado bajo.

—No, aún es pronto. Es por la niebla. —Ve algo redondo en el centro, un poco más adelante—. ¿Qué es eso?

—Un pozo. Pero está inutilizado. Ni siquiera es profundo.

Mateo sigue acercándose mientras desenfunda y la chica lanza un grito.

—Soy *mosso d'esquadra,* no es de mí de quien debe asustarse.

Ella se agarra a su abrigo y lo sigue prácticamente pegada a su espalda. Mateo casi puede oír su corazón. O tal vez es el suyo. Avanza despacio y choca contra algo. Ese algo chirría, se queja y se desplaza como movido por un fantasma.

—Es la silla de ruedas del comisario Capo. Pero está vacía —susurra ella.

Así que el cabrón aún se hace llamar así. «Puto soberbio», piensa mientras con la mano libre tantea en el aire hasta que da con el pozo.

—Acérquese y encienda la linterna del móvil —le pide y él hace lo mismo. Agarra a la chica por la muñeca y ordena—: Enfoque hacia abajo. Como yo.

Asoman las cabezas. En efecto, el pozo es poco profundo y apenas hay en él treinta o cuarenta centímetros de agua. El torso del excomisario Jordi Capo está apoyado en la pared. La cabeza torcida, cayéndole sobre un hombro. Las piernas, dentro del agua y separadas. Los brazos colgando a ambos lados del cuerpo.

—¡No tiene manos! —grita la pobre Isabel. Y lo hace aún más fuerte porque ha visto unos bichos, un montón de bichos, moviéndose, reptando por ese cuerpo mutilado ya no solo por la vida.

Mateo le tapa la boca y le habla al oído:

—Tranquila. Va a asustar a los residentes. Son cangrejos. Solo son unos malditos cangrejos.

Cáncer, joder. El viejo Capo era Cáncer.

—¿Dónde están sus manos? —oye preguntar a Isabel.

* * *

Enfundado en la bata hecha a medida que se pone nada más llegar al Anatómico, el doctor Casals enciende la lámpara de su mesa de trabajo y se sienta inquieto en la butaca de piel beis. No cuadran. Nada cuadra. Ni los ansiolíticos, ni las jeringuillas, ni siquiera el desinfectante o el esparadrapo. Y ahora, ni siquiera los carretes de nailon. Falta material. Él es meticuloso y siempre, absolutamente siempre, anota en el inventario cuanto se usa. Tasio también lo hace. Cuando lo contrató, hizo hincapié en la prioridad del orden y la exactitud. Todo lo utilizado debía constar. Y el joven había cumplido con lo que su currículum y sus palabras prometían. Pero últimamente...

—¿Tasio?

Lo llama por teléfono. Se hace tarde y lleva un rato esperándole. Pero salta el buzón de voz. Mira el móvil, dudando si dejarle un mensaje o esperar pacientemente, y decide colgar. No pasa nada si hoy termina un poco más tarde. Es la noche que su mujer juega al bridge con las amigas, la pequeña frivolidad, según ella, que se permite una vez por semana. Como cada martes, le habrá dejado preparado un sándwich y un yogur fuera de la nevera. Está bien. Lo tomará cuando llegue y se irá de inmediato a la cama.

Se quita las gafas y se frota los ojos. Le ha dicho por la mañana a Tasio que quería tener una conversación con él antes de acabar la jornada. Por supuesto, primero pensaba insistir en el inventario. Sabe que su ayudante conoce al vigilante nocturno, y espera que pueda decirle si este es capaz de robar material para venderlo. O el hombre que limpia tres veces por semana. O el chófer del furgón. O..., no le gusta sospechar de la gente en general, y menos de los que trabajan para él en particular. La mayoría lleva años haciéndolo y nunca había pasado algo así ni faltado nada. Pero quién sabe, alguien podría estar pasando por un mal momento económico o consumiendo drogas o no llegar a fin de mes..., en fin.

El propio Tasio, que nunca ha sido la alegría de la huerta, cosa que no solo no le preocupa sino que agradece, está más distraído estos últimos tiempos. Taciturno. Algo hosco, incluso. Y siempre parece cansado.

«¿Qué le pasa, hombre? —le ha preguntado en un par de ocasiones, temiendo hacerse pesado—. Su rendimiento no es el mismo. Me parece que algo le preocupa, le noto torpe y distraído...».

«Perdóneme. —El joven se había ruborizado—. Las cosas en casa no van muy bien...».

«¿Puedo ayudar?».

«Gracias, pero no es necesario. Usted ya se porta muy bien conmigo y fue muy bueno al contratarme. No tenía apenas experiencia...».

«Sus recomendaciones eran excelentes y no me ha defraudado. Es un fantástico auxiliar y ha aprendido muchísimo. De veras. Pero...».

«No volverá a pasar. Procuraré dormir más y mejor y estaré atento».

Pero sigue sin estarlo. Su rostro se ha convertido en una mueca permanente, se mueve con más torpeza y, aunque no quería creerlo, Casals empieza a sospechar que sea precisamente él quien esté consumiendo drogas.

Vuelve a llamarlo. Pero de nuevo no hay respuesta. Prueba entonces en el hospital de Palamós, pide que le pasen con el laboratorio y, cuando le responden desde esa extensión, pregunta por él.

—Hace mucho rato que no lo vemos por aquí, doctor.

—Muchas gracias. Buenas tardes.

Un presentimiento que no sentía desde hacía mucho, muchísimo tiempo, una corriente que le nace al principio de la espina dorsal hasta morir en las cervicales lo sacude como una descarga eléctrica. «Algo no va bien. Algo no va bien», se repite. Y como si una influencia maléfica se estuviera apoderando del Instituto Anatómico Forense, donde suele sentirse tan en casa como en la propia, vuelve a oír en ese mismo instante los ruidos que llevan días diciéndole que algo pasa en las cañerías. No es agua corriendo por las tuberías. Tampoco se trata del desagüe, porque nadie está utilizando ningún grifo o cisterna, ni es un escape o el agua hubiese encontrado una forma de salir. Son golpes sordos y continuos, separados por unos segundos, pequeños intervalos entre uno y otro. Le ha pedido repetidas veces a Tasio que llamara al fontanero, pero este todavía no ha aparecido. ¿Y si se ha olvidado? Tendrá que ocuparse en persona. El ruido se repite. Una vez. Otra. Y otra.

Más inquieto y haciendo acopio de un valor que no posee, guarda el móvil en el bolsillo de la bata y sale del despacho en dirección a la planta inferior, donde están el depósito, el almacén, un baño antiguo que nadie usa y el cuarto de calderas. Se decide por las escaleras en lugar del ascensor y las baja despacio, encendiendo las luces a su paso y agarrándose a la barandilla. El ruido suena más cerca. Clonc. Clonc. Clonc.

—Vamos, Bartolomé, llevas toda tu vida entre los muertos. No irán a acobardarte ahora unas tuberías viejas.

Sus manos se agarran más fuerte y su cuerpo se paraliza al repetirse esas palabras que se acaba de decir: «De entre los muertos. De entre los muertos». Baja más rápido y abre una puerta tras otra revisando las distintas habitaciones. En el almacén, los armarios de material siguen cerrados con llave, las garrafas de agua bien alineadas, las batas colgadas de las perchas perfectamente ordenadas y las taquillas también cerradas. Él prefiere dejar su ropa en el armario de su propio despacho, pero Tasio tiene una que él mismo se asignó, con su permiso, por supuesto. La intenta abrir, pero también está cerrada con llave. «Es lógico —piensa—. La privacidad es importante». Pero algo le dice que debería romper la cerradura. Mirar dentro. Sí. Debería saltarse sus

principios y hacerlo. Su corazón palpita rápido. «¿Qué haces sospechando del pobre chico? Siempre se ha portado bien contigo, es puntual, trabajador, solo pasa por una mala racha, solo...», su mente empieza a trabajar hacia atrás, intentando rebobinar los últimos días. Tasio y la colilla. Tasio y la gripe que le impidió acudir a la granja cuando atacaron a Andreu Mateu. Tasio y esa forma extraña y torpe de moverse los últimos días. Tasio y sus silencios y su forma de mirar. Tasio y sus perennes cuellos cisne. Tasio y sus guantes eternos. Tasio y su forma de coser un cuerpo...

Continúa barriendo la estancia con los gruesos cristales de sus gafas y entonces se fija en el dispensador de agua. No está la garrafa. No está. Sintiendo la traición de sus nervios, recordando la cabeza del farmacéutico sumergida en una transparente, se dirige rápido al aseo, corre la cortina de la ducha y mira en el plato. Hay algún pequeño rastro de sangre, pero es normal dado su trabajo y muy posible que su ayudante se duche ahí. Se dirige entonces al cuarto de calderas, donde todo parece en orden, hasta que ve la puerta de hierro cuadrada que da paso al crematorio que se instaló en el Anatómico cuando se inauguró, con objeto de deshacerse rápido de prendas infectadas, gasas y sábanas con riesgo de acarrear infecciones. Años más tarde adquirieron uno más moderno y este quedó en desuso.

Temblando, abre la puerta muy despacio y mete la cabeza, pero está demasiado oscuro. Estira el brazo y agarra con la mano un objeto inesperado, a medio quemar, lleno de ceniza que tampoco debería estar ahí. Es el resto de una prenda de ropa o lo que queda de ella. Es parte de un jersey de lana. Un cuello cisne. Tiene un orificio redondo en la parte alta del brazo izquierdo y sangre alrededor. Casals siente su pulso disparado y la respiración entrecortada. Recuerda la granja Mateu, los agentes disparando contra la sombra que huía, los cristales rotos en el suelo. La sangre en el jardín de los Quiroga. Saca el móvil del bolsillo con tal ansia que se le escapa de las manos y cae al suelo. Se agacha demasiado y ahora son sus gafas las que caen, deslizándose hasta el fondo de un armario.

—Dios mío. Dios mío. Ayúdame.

Recupera el móvil y, sin ser apenas capaz de ver, sus dedos teclean histéricos intentando dar con el número de Héctor. Siente su piel y su ropa empaparse de un sudor terriblemente frío. Él no es un hombre valiente. Nunca lo ha sido. Es solo un hombre tranquilo.

—Héctor, Héctor... —Salta el antipático buzón de voz—. Héctor —susurra—, está vivo. Me dijo entre los muertos, ¿entiendes? Entre los muertos, no muerto. Es Tasio. Y temo que venga a por mí.

—Doctor Casals. —Es su voz. Suena a su espalda. Y no quiere volverse. No quiere que llegue lo que le espera. Lo inevitable. Ese horror —. Doctor Casals, levántese y míreme.

Se pone en pie muy despacio. Se da la vuelta. Y ahí está él, con el

torso desnudo, mostrándose como un trofeo.

—Mis gafas —susurra Casals—, no puedo ver sin ellas.

—Pero puede tocar. —Un Tasio desconocido, un hombre que se le antoja mucho más grande y fuerte al que suponía bajo sus habituales ropas anodinas y sus cuellos altos de color beis, le coge la mano y lo obliga a tocar algunas partes de su cuerpo—. ¿Nota el agujero? Me dispararon en el hombro, pero la bala siguió su trayectoria —explica con una voz que no parece su voz, obligando al forense a clavar el dedo en el orificio—. Tuve que curarme, la gripe parecía una excusa perfecta.

Continúa deslizándole la mano, obligándolo a recorrer su cuerpo: torso, cintura, brazos. La palma de Casals reconoce la piel de un quemado, palpa las cicatrices, las llagas, los agujeros que el fuego grabó para siempre.

—No hay nada en mí que el fuego no quisiera. —Ríe Tasio de forma triste—. Pero haciéndome un cruel favor, me perdonó la cara y las manos, para que pudiera caminar entre los vivos aunque, como usted, me siento mejor entre los muertos. —Por último, pone la mano del doctor sobre la propia—. Este mordisco fue el último acto de Jordi Capo, haciendo, por única vez en su vida, honor a su apellido. Se llevó un trozo de mi carne y me dejó este agujero como recuerdo.

Por eso los últimos días no se quitaba nunca los guantes de látex. Por eso, si se veía obligado a hacerlo, se cubría las manos con unos de piel. O se las metía en los bolsillos.

—Está usted muy caliente —balbucea Casals—. La herida del hombro no está curada del todo, su mano parece muy hinchada y la herida supura. Está infectada. Podría provocarle una sepsis...

—Lo sé. Mordió con ganas.

—Yo puedo curarle, Tasio. Esto no pinta...

—¿Bien? Nada pinta bien, doctor. Y no me importa. Mi vida ha tenido un único sentido y, cuando complete mi obra, no me quedará nada por hacer. ¿Qué más da desaparecer de una u otra forma? El mundo me parece un lugar horrible y el dolor de mi cuerpo me ha agotado. Cualquier muerte me parecerá un bálsamo.

—Tasio, por favor, acabe con esto.

—Demasiado tarde, ¿no le parece? Sé que mis fuerzas flaquean y que mi cuerpo roto no se sobrepondrá a la infección. Me han avisado de que su amigo el comisario está ya sobre mi pista. He tenido que cambiar mis planes y algunos han sido castigados antes de hora. Pero al fin está hecho. Del mismo modo que mi linaje desaparecerá conmigo, lo hará el de los Capo. Empecé con el más joven, el entrometido. Le oí hablar con usted, ¿sabe? Esa fue su sentencia. Ellos se llevaron a mi madre y me dejaron atrás.

Con la misma voz impersonal, ajena a toda emoción, continúa:

—También he intentado acabar con el estúpido granjero, pero estaba bien vigilado. Aunque me alegra saber que no volverá a hablar. Mató a

mi tío, ¿sabe? Yo no lo recuerdo, pero sé que mientras otros deseaban mi muerte, él intentó salvarme.

Casals escucha la extraña confesión presa del horror.

—Lo lamento tanto. —Y sus palabras son tan sinceras como todas las que dice—. Pero el inspector Pàmies y el subinspector Quiroga no tienen culpa ninguna...

—Su amigo Tono metió las narices donde no debía, ¿comprende? Pensé que hacerlo desaparecer les nublaría el juicio y que, en un momento dado, podría ser una buena moneda de cambio. Y el otro... está pagando el pecado de su padre. O del mío, quién sabe.

—¿Viven? —pregunta Casals, confuso por las extrañas palabras.

—De momento. Pero su tiempo se acaba. Tictac, tictac. —Ahora sí parece un pobre demente.

—Están en el viejo hospital siquiátrico, ¿verdad? En esas habitaciones oscuras y tristes del subsuelo. Deberíamos haberlas derribado.

—Pero nadie se preocupó de hacerlo —sonríe Tasio—. Me ha bastado cerrar cada vez esa enorme puerta de hierro con la que relegaron el siquiátrico al olvido.

—Por favor, se lo suplico. No les haga pagar por algo que no han hecho.

Tasio levanta los hombros y baja la cabeza para mostrarle su mirada.

—¿No lo hacemos todos? Míreme. Soy el resultado de lo que hicieron otros.

Casals rompe a llorar desconsolado. No le hace falta ver bien el cuerpo que tiene ante él para comprender esa rabia, ese dolor y el deseo imperioso de venganza. A sus dedos, tan acostumbrados a recorrer los recovecos de la muerte, les ha bastado con palpar esa piel que ni siquiera es piel para hacerse una idea de hasta qué punto los días de Tasio han sido un infierno.

—¿Por qué llora? ¿Tiene miedo de mí?

—No es solo eso, Tasio. Lloro por usted. Lamento la vida que ha tenido.

—No he tenido una vida, doctor. He sufrido una. No es lo mismo.

Se acerca todavía más a él, sujeta su brazo apretando los dientes para no quejarse del dolor que le produce el agujero infectado por el mordisco y, antes de que Casals pueda verlo venir o reaccionar, le tapa la boca con un trapo empapado en cloroformo.

—Duérmase, buen doctor. A usted le dejaré marcharse sin sufrir. No soy un monstruo. Y por cierto —dice mientras aún puede oírlo—, mi nombre es Rom. Rom Anastasio Vargas.

El pequeño forense cierra los ojos despacio. Imagina el sándwich que quedará sin ser comido. A su mujer regresando a casa, sorprendiéndose al ver las luces apagadas. Después llamando a Héctor, preocupada. Y a él, buscándolo. Y luego dándole la noticia. Esa noticia. Y por último, lamenta no haber tenido tiempo de rezar un padrenuestro. Por él. Y

también por Tasio. Pobre Tasio. Pobre Rom.

Llafranc, 18.31

—¿Casilda? ¿Eres tú? —Cas oye esas palabras en el móvil, harta de que algunos usen su nombre completo para llamarla. Qué manía—. ¡Casilda!

—¿Jenica? ¿Qué pasa? —Se pone en pie y da pasos sin ton ni son. Esta llamada no le gusta. No podría decir por qué, pero no le gusta nada —. ¿Está bien Sorin?

Santos Vila y Miren la miran desde el sofá. Han tomado un té y charlado un rato. A Miren todavía le cuesta creer que haya ido a visitarla, que se haya mostrado amable y tranquilizadora y haya decidido merendar algo con ellos en el bar del hotel. Y Cas todavía se pregunta si no se ha equivocado al bajar la guardia y si la periodista es alguien de fiar. Pero, al menos, han podido hablar de Marcos, de su destino incierto. Necesita hacerlo y no quiere abrumar con ello a Estela ni a Nico, que bastante mal están sin necesidad de que ella vomite su angustia.

No se han consolado exactamente, pero han compartido su temor. Y eso es menos que nada. Durante ese rato, Santos no ha dejado de sentirse excluido, sabido que sobraba y que estaba siendo un mero espectador de las extrañas relaciones entre mujeres. De cómo pueden pasar del odio al respeto y establecer alianzas mucho más fuertes que las que cualquier hombre sea capaz de comprender.

Cas sigue al teléfono. Sus mejillas se han sonrojado y su pelo rojo se mueve al son de sus gestos inquietos.

—¿Es por Sorin? —repite—. Es que no te oigo muy bien. —Le pide al camarero que baje la música. Los acordes de Police agonizan—. Ahora, dime.

—No es por él. Es por algo que he oído. La verdad es que pensaba cobrarme el silencio, pero... no puedo. Tú mereces saberlo.

—Perdona, no te entiendo.

—Sé quién es.

—¿Quién es quién? —Joder. Cas se está poniendo de los nervios. ¿Por qué la gente no va directa al grano?

—El que está matando.

Se sienta en el brazo del sofá y se agarra al hombro de Miren de forma involuntaria.

—¿¡¿Qué dices?!

—El asesino. Sé quién es el asesino. Esas mujeres horribles lo han descubierto. —¿Mujeres? ¿Qué mujeres? ¿De qué habla?—. Las oí hablando de él.

—¡Dime su nombre! —grita clavando las uñas en la periodista.

Y Jenica lo dice. Y Cas mira a sus compañeros de merienda y balbucea, con una voz entrecortada y poseída por el miedo:

—Necesito que me llevéis al Anatómico. —La miran sin comprender—. Por favor, por favor. Ahora. Es Tasio, el ayudante de Casals. Tasio es el asesino.

Santos Vila tira de Miren, que se ha quedado inmóvil al oír la palabra «Anatómico». Ese sitio al que solo van los muertos y quienes tienen que identificarlos.

—Yo..., yo... —tartamudea la periodista—, lo vi abandonar el Anatómico esa tarde, mientras espiaba y esperaba que Jordi volviese a salir.

Cas la mira. Podría decirle algo. Ensañarse. Gritarle que ya podría haber sospechado. Que debería habérselo comentado a alguien. Pero no sería justo.

—Vamos —exclama sin recriminar nada—. Rápido.

Lugar desconocido, 18.40

—¡Cuidado, Pàmies! ¡Oigo la puerta!

Pàmies deja de golpear la tubería con las cadenas que lo apresan y regresa, con los pasos torpes y lentos que le permiten las que lleva agarradas a los tobillos, a la que se supone es su posición habitual: sentado sobre el colchón desigual y maloliente, la espalda apoyada en la pared y la vista al frente, retando al sicópata que suele asomarse para espiarlo.

—Qué extraño. Creo que es la tercera vez hoy, si mis cálculos no fallan. No suele hacer eso.

Pàmies intenta sacudir de su cuerpo agotado el sopor que lo invade. Cada vez se encuentra peor y, aunque se esfuerza para que ni la sombra ni Marcos sospechen de su débil estado, cada hora que pasa le cuesta más esfuerzo disimular y parecer lo entero que se puede estar en un sitio como este. Con el chico es más fácil, porque no puede verlo. Su comunicación se limita a dejar volar las palabras en el aire de una celda a otra. Él pregunta y Quiroga responde. Si es Quiroga quien pregunta, es él quien responde. A veces, cuando llevan un rato en silencio, aguza el oído y oye su respiración suavizarse. Entonces se alegra, porque sabe que se ha dormido. Cuantas menos horas pase despierto, mejor. Cuanto menos tiempo tenga para pensar en lo que le espera, mejor. Ha intentado engañarlo, claro que sí, asegurarle que los van a encontrar, que no se rinda, que esto no acaba aquí. Pero no lo cree. En absoluto. Ya no.

—No oigo los anclajes. Ni a él.

—No se confíe, Quiroga. El monstruito puede estar espiándonos.

—Me da igual. Que escuche lo que quiera. Qué más da.

Los pasos del secuestrador siguen sin oírse. Pàmies se mosquea. ¿Qué coño está tramando el puto demente? Cuando cree que conoce al dedillo su rutina, le sorprende rompiéndola y desmorona sus teorías. Suele

aparecer un par de veces al día, si es que están siendo capaces de contarlos bien, de lo cual no está en absoluto seguro. Pero según sus cálculos, lo hace a primera hora y a última. Eso, como ya pensó al principio de su encierro, indica por un lado que tiene obligaciones y, por otro, que o bien no tiene familia o que la que tiene le permite salir de casa a horas poco habituales. Y hacerlo solo. La visita a la que le han adjudicado el número uno, la que suponen matinal, es la más larga: entra en las celdas, deja un poco de pan, queso y agua, y recoge lo del día anterior. Inspecciona los pequeños lavabos y suele quejarse de cómo huele todo. El muy tiquismiquis.

Al principio los mantenía atados con cadenas tan cortas que debían esperarle para ir al cuarto de baño. Le daba igual si se orinaban encima y no había vuelto a ducharlos ni a asearlos. Luego las cambió por unas un poco más largas, con el margen suficiente para llegar hasta el lavabo y el váter. Solo eso. El agua que sale del caño era insuficiente y la de la cisterna, más todavía. Un asco. Pero hasta a eso se había acostumbrado Pàmies. Y también a su boca seca y pastosa. A su lengua de trapo. Y no quiere ni pensar, sin ser un hombre especialmente pulido, en su aspecto y menos aún en su olor. Y tampoco en cómo debe llevar la falta de higiene alguien tan pulcro como Quiroga. Y eso que debe reconocer que ha descubierto en él a otro superviviente, aunque por motivos muy diferentes a los suyos. Él quiere sobrevivir para matar al cabrón de mierda, mientras, supone, el joven subinspector desea hacerlo para volver a ver a alguien. A su madre, tal vez. A ese hermano rebelde, testarudo e insoportable que tiene. A Héctor. Y seguramente, al detective pijo.

Sabe que mantenerlos separados es una estrategia, su garantía absoluta de que no podrán ayudarse ni liberarse de ninguna manera. Tenerlos mal alimentados les resta fuerza. Y ganas. Y el aislamiento y el miedo, por supuesto, tampoco ayudan.

—¿Cree que es hoy? —La voz de Marcos le llega débil, pero Pàmies comprende que, más que una pregunta, es una súplica desesperada.

—Claro que no. Falta tiempo todavía.

Pero entonces oye las ruedas. El ruido horrible de la camilla en la que murió el farmacéutico. Siente sus ojos húmedos, se da un cachete en la mejilla para parar esa emoción estúpida que no va a dejarle pensar y carraspea para superar el momento.

—¿Qué es ese ruido?

—No se preocupe, Quiroga. Alguna estupidez de nuestro amigo.

—¿Seguro que no es el día?

Esta vez la sombra aparece al otro lado de los barrotes de Pàmies.

—¿Listo, inspector?

—¿Para qué? —consigue preguntar.

—Para ver morir a otro hombre.

Siente derrumbarse su último gramo de esperanza y, al oír el gemido

de Marcos, sabe que también lo ha comprendido. Y suplica a la nada que el techo caiga ahora mismo sobre sus cabezas, que mueran de una vez, que todo acabe y se cierna sobre ellos dos y sobre el demonio vestido de negro un telón final.

Palafrugell, 18.43

La higuera se alza majestuosa a lo lejos y acoge a la noche, que se impone suavemente sobre el campamento circense. La vieja Sol mira desde la ventana el balanceo de las hojas, la luna y la niebla que amenaza o protege, quién sabe. Al pequeño grupo que guarda silencio en la caravana: Petrus, Ándor, ella misma y una Tshilana con el rostro de color ceniza. Guardan silencio en la caravana.

Sabe lo que ha hecho. Lo ha comprendido al notar cómo cambiaba el ritmo de su respiración y cómo su hablar se tornaba más lento y torpe. Y lo comprende, porque ella hubiera hecho exactamente igual: acoger a la muerte cuando ya fuera inevitable, mecerse en sus brazos, acortar el sufrimiento inútil.

Sus ojos se cruzan.

—No me riñas, comadre. Tú hubieras hecho lo mismo.

—Así es.

—¿Entonces?

—Es solo que voy a añorarte.

—Visita a mi gente, Sol. —Señala el póster de la pared—. Vela por ellos. Por mis saltimbanquis. Y no me olvides.

—Vivirás en mi corazón mientras lata.

—Gracias, amiga.

Tshilana le entrega un sobre a Ándor diciéndole que son sus últimas voluntades y le pide a Petrus que se deshaga de cualquier rastro que pudiera delatar la decisión que ha tomado. Doña Sol espía las manos rápidas del hombre tan oscuro como leal mientras guarda varios botes de pastillas, unas ampollas y una jeringuilla en una bolsa. Ella está tan cerca que las etiquetas casi se han delatado solas: Instituto Anatómico Forense de Palafrugell. Abrumada por el descubrimiento y con una excusa tan tonta como la necesidad de ir al lavabo, le conceden los cinco minutos que necesita. Pero Héctor no responde y tiene que dejar un mensaje en el antipático buzón de voz. Como no tiene el número de Nico, llama a Estela.

—¿Tía? ¿Estás bien?

—Yo sí, cariño. Pero hay quien no. Encuentra a tu marido ahora. Ya. Y adviértele. Debe ir al Anatómico de Palafrugell. Allí está la clave. Y el doctor corre peligro.

Lamentando dejarla con esa carga, regresa de inmediato junto a la matriarca.

—¿Me peinas, Sol?

Y ella cepilla la espesa mata de pelo rubio ceniza que pocas veces muestra suelta y libre del moño con el que suele apresarla. Para dar una impresión seria y poderosa, le decía cuando ella le preguntaba por qué ocultaba su hermoso pelo. Después la ayuda a lavarse y vestirse, y le maquilla esos ojos de un azul desvaído que, a pesar del engaño de su apariencia, han visto demasiadas cosas. Y doña Sol observa, consciente del privilegio, los que sabe que son los últimos gestos de su amiga, que, frente al espejo, se perfuma con un coqueto vaporizador, lista para el viaje final.

Los hombres fieles, después de que Tshilana mire el interior de su caravana por última vez, sujetándola fuerte y con cariño por los codos, cargan con ella y la llevan en volandas hacia el bonito lugar en el que Wesh Vargas descansa para toda la eternidad.

Tshilana bendice y agradece a Petrus y a Ándor su apoyo incondicional a lo largo de los años. Al segundo, que no oculta su llanto, le otorga el que hasta ahora ha sido su papel en el clan y al primero, que mantiene el rictus tenso y callado, le pide que sea su consejero, protector y amigo:

—Como lo has sido conmigo, Petrus.

La ayudan a agacharse y la ven pasar la mano por la tierra que cubre desde hace tantísimos años los restos de su hermano querido. Sus labios murmuran un padrenuestro y los tres gitanos que la acompañan se suman a la oración.

Mientras el murmullo se mece con la suave brisa que acompaña a la noche, un grupo enorme de personas camina hacia ellos portando velas encendidas. No hay ni un solo miembro del clan que no quiera despedir a la dura y capaz mujer que los ha sostenido, a ellos y al circo Vargas, en los últimos largos tiempos.

Llegan junto a su señora y se arrodillan. La oración colectiva se eleva suave sobre la niebla y asciende mucho más allá. La Bruja de las Marismas se estremece por lo triste y hermoso del momento.

—Quemad este cuerpo viejo y cansado y enterrad mis cenizas junto a él —pide sin volver la vista—, y cuando llegue el momento, traed aquí las de Rom, mi ahijado querido y el último de los Vargas. Él también tiene derecho a descansar en casa.

La cabeza de la gitana cae hacia delante en un gesto suave, pacífico. Todos saben que ha muerto. Pero no hay prisa. Los cánticos siguen llenando la noche durante mucho mucho rato, regalándole a Tshilana la emocionada despedida que merece y acompañándola en el inicio de su viaje.

* * *

Cuando finalmente quitan el modo silencio de los móviles, suenan sin parar alarmas advirtiendo de mensajes y audios acumulados. El chófer

conduce ágil a pesar de la escasa visibilidad, Héctor va a su lado y Nico en el asiento trasero.

—Joder —exclama asustado—, escucha esto, Héctor.

Las voces de Cas y Estela los urgen a acudir al Anatómico: «Es él. Rom es Tasio. No está muerto. Ha llamado la tía Sol. Debéis ir de inmediato, Casals corre peligro. Rápido, Nico. No hay tiempo que perder. Ten cuidado, Nico».

Un Héctor descompuesto escucha primero y después revela lo que esconde su propio teléfono: la voz de Casals. «Entre los muertos. No muerto. Entre los muertos. Eso dijo, ¿entiendes? Hablaba del Anatómico». Y la de la tía Sol pidiéndole que corra a averiguar qué pasa en el Anatómico: «Las etiquetas de los medicamentos de Tshilana son de allí. Son de allí. El doctor de los muertos está en peligro. Lo presiento. Corred. Corred». Y por si el miedo y la angustia ya no les estuvieran carcomiendo las entrañas, Mateo grita desde otro audio algo acerca de Cáncer. Del geriátrico donde vive su madre. El comisario Jordi Capo está muerto en un pozo. Y no tiene manos. Y como colofón diabólico, alguien ha llamado desde el hospital de Palamós. Es una voz que no logra mantener la compostura, que lloriquea al otro lado de las ondas de los misteriosos artilugios:

—Comisario Narváez —chilla—, deben venir de inmediato. —El pensamiento de ambos vuela al granjero, al antipático Andreu Mateu. Pero no es eso. No es eso—. Han entrado en la habitación del comisario Nil Capo. Le han cortado las manos y cosido otras en su lugar. —Un silencio. Seguramente una arcada. Y después, un intento de respirar—. Le han arrancado el pene y pintado el cuerpo con corazones rojos. Estaba vivo mientras lo sometían a esa tortura. Pero su corazón ha dicho basta.

La radio también habla. El agente que montaba guardia, y que había ayudado a trasladar a Andreu Mateu desde Cuidados Intensivos a planta, se deja oír:

—¿Señor? ¿Me oye, señor?

—Alto y claro. Adelante.

—Se trata del comisario Capo...

—Lo sé. Lo sé. ¿Qué ha ocurrido?

—Estábamos llevando al señor Mateu a su nueva habitación. El doctor ya se había marchado y la señora Capo también, porque la vi coger el ascensor. Todo parecía estar en calma. He permanecido sin moverme frente a la puerta pero, cuando la enfermera ha entrado, él..., él...

—Precinten la habitación del comisario. Y péguese a la cama del señor Mateu hasta que yo se lo diga. Pase lo que pase, no lo deje solo. Todavía tardaremos un rato en ir.

—A la orden, señor.

El chófer también lo ha oído todo. Y lo conoce bien. Mira la niebla, después a su jefe y, sin dudarlo, pisa el acelerador.

—Que Dios los proteja —susurra Héctor.

Nico recuerda las palabras del dependiente fumado de la tienda de animales. Cuando dijo que el cliente era un tipo anodino. Normal. Vulgar. Y cuando habló de un cierto olor. Tasio. El enfermero de los muertos. El hombre del matadero. Tasio y su cuerpo lleno de llagas escondidas. Seguramente de pomadas, linimentos y curas mil necesarias para sobrevivir. Tasio y su voz demasiado baja. Tasio y su casi invisibilidad. Tasio, que podría ser un Quiroga. Qué estúpidos han sido. ¡Pero qué estúpidos! Aprieta los puños, porque no se le ocurre qué otra cosa hacer.

* * *

Marcos está estirado en la camilla, con las muñecas y los tobillos sujetos a unas recias correas de cuero con grilletes que, a su vez, están anclados a las barras de hierro. La sombra le ha puesto una inyección nada más entrar en su celda. Ha sucedido tan rápido que, hasta que no ha sentido la aguja clavándose en su brazo, no se ha dado cuenta de lo que pasaba. Está aturdido, pero conserva la conciencia.

—¿Por qué huele a gasolina? —pregunta intentando ver con una claridad que no consigue al hombre que va a matarlo—. ¿Por qué? ¿Vas a quemarme?

—Querido subinspector..., no todo el mundo merece arder en las llamas.

—¿Qué vas a hacerme?

—Ten un poco de paciencia y verás. —Tasio abandona la minúscula habitación, Marcos le oye arrastrar algo por el pasillo y cuando regresa, deja una horrible cabeza de carnero sobre una silla, al lado de la camilla —. Aquí tienes tu respuesta. Te cortaré el cuello —sisea cual serpiente —, morirás mientras lo hago, gritarás tanto que el inspector Pàmies deseará no haber nacido, y tú también, y después, muy despacio, sin prisa y de forma perfecta, te coseré la cabeza de esta bestia, para que todos sepan quién eres.

—Tú no me conoces.

—Eso no importa. Tú, como yo, arrastras los pecados de tu padre. Debes pagar por él, por lo que hizo.

—Yo también lo sufrí. —Marcos cree que va a estallarle la cabeza. Los golpes que recibió la noche del secuestro todavía la martillean de tanto en cuanto hasta el punto que se pregunta si tiene alguna lesión craneal y suplica para sus adentros que su cerebro se haga añicos y le ahorre lo que está a punto de llegar—. No fue un buen padre, ¿sabes? Solo nos causó dolor.

—Sé que era tan malvado como un diablo —sonríe la sombra—. ¿Nunca te has preguntado si nosotros también llevamos esa oscuridad? Ya sabes, los genes suelen hacer su trabajo sin permiso.

—No sé qué dices. —El sopor se agudiza—. No te entiendo.

—No importa, hermanito. No importa.

Lo deja solo, abre la puerta de la celda de Pàmies, desata las cadenas de la tubería y lo obliga a salir.

—Te has bañado en gasolina. —Pàmies tuerce la boca—. ¿Tanto añoras el fuego, puto bastardo? —Los ojos de la sombra lo miran furiosos, pero él continúa—: ¿Papi y mami no te hicieron caso y por eso te has dedicado a sembrar el terror? Niñato de mierda.

El hombre de negro le asesta un puñetazo en el estómago. Pàmies siente que se le nubla la vista, pero se endereza después de un traspié causado por el dolor y le sonríe mirándolo de frente:

—Te veo —le dice con el tono más despectivo del que es capaz—, te veo.

La sombra tira de él y le da patadas para conducirlo a la celda de Marcos. Al llegar a su lado, lo obliga a sentarse en la única silla que queda libre y se convierte en vecino del carnero. Mira esa cabeza y, de algún modo, consigue disimular su horror y las arcadas que le provocan el hedor de la bestia, sus ojos saltones, la lengua lila, la piel tiesa y muerta.

—Yo no debo oler mucho mejor —asegura sonriendo.

—Inspector —Marcos ha girado la cabeza hacia él—, no se preocupe. No voy a suplicar. No voy a hacerlo.

—No pasa nada por tener miedo.

—Ya no puedo sentirlo. He pasado demasiado estos días, esta espera ha sido...

—Tranquilo, Quiroga. Tranquilo.

Le oyen afilar un enorme cuchillo. Ven cómo brilla en la oscuridad y que la sombra lo admira desde la profundidad de su máscara.

—Míreme a mí, Quiroga. Aquí, a mí. —Pàmies chasquea los dedos para llamar su atención.

—¿Puede llamarme Marcos? —le pide.

—Claro. Cuénteme algo de usted, Marcos. Un recuerdo bonito. Lo que sea.

Las lágrimas le caen a Marcos mejillas abajo. Los labios le tiemblan, pero su voz suena suave:

—Mis mejores recuerdos son con Mateo. En el Cau. Es la cala más bonita de la Costa Brava y nuestro refugio desde siempre. Nos escapábamos de casa y corríamos dos kilómetros hasta allí. —Se sorbe las lágrimas y continúa—: Al llegar al camino, ya éramos libres. Bajábamos corriendo sin parar, riendo, saltando y..., y en la playa nos descalzábamos, desvestíamos y, saltando sobre las piedras blancas, volábamos hacia el mar. Las gaviotas...

El cuchillo brilla en el aire. La sombra lo sostiene a una altura considerable. La fuerza del corte será terrible.

—¡No lo mires, Marcos, mírame a mí! —grita Pàmies.

Marcos obedece a punto del desmayo por el pavor más rotundo y clava sus ojos en los del valiente inspector. La hoja se balancea. Empieza a bajar.

—¡Ahora! —se grita Pàmies a sí mismo.

Y con las pocas fuerzas que aún no le han abandonado, con el cuerpo doblado y su propia cabeza como arma, se levanta y se lanza contra el hombre y lo embiste golpeándole en el estómago, una y otra vez. Y otra. Y una cuarta. La sombra grita de dolor. Parecen los alaridos de una bestia agonizando. Pàmies tropieza con la camilla pero recupera su precario equilibrio y vuelve a atacarle, esta vez pisándole el hombro derecho con fuerza. La bestia cae al suelo. El enorme cuchillo también y se desliza sin apenas ruido hasta una esquina. Pàmies, en su aturdimiento, busca la mano del asesino y de nuevo pisa con furia. Y la vuelve a pisar. Y otra vez. Y siente bajo la suela de su zapato reventarse algo feo y sus oídos se llenan de unos gritos que se le asemejan inhumanos.

—Hijo de puta. —Sigue pisando—. Hijo de puta. Hijo de... —Se ha mordido los labios con sus propios dientes. Su sangre cae sobre el hombre abatido. Se agacha y con movimientos torpes, agarra un extremo de la máscara y tira de ella hasta que el rostro queda al descubierto—. Estúpido Tasio —farfulla—, nunca me gustó este tío. Ni sus modales remilgados. Ni sus putos cuellos altos de nenaza, joder.

Se acerca a Marcos y trajina con los anclajes de las cadenas.

—Inspector...

—Chsss, Quiroga. Guarde las fuerzas que le quedan. Todavía tenemos que escapar de aquí. —Recoge el cuchillo del suelo y después sostiene al aturdido Marcos pasándole un brazo por debajo de las axilas—. Así, procure agarrarse.

—¿Estoy muerto?

—No. Pero también apesta.

Salen de la celda y a pasos diminutos, porque los tobillos de ambos apenas pueden separarse por culpa de las correas, se afanan por acercarse a donde sea que esté la puerta por la que la sombra aparecía y desaparecía. Están a punto de resbalar por culpa de un líquido esparcido por el suelo. Es gasolina, joder.

—Rápido, Quiroga, rápido.

—Marcos, por favor —balbucea.

Siguen. Y siguen. Y siguen. Y Pàmies siente un escalofrío inesperado y huele algo extraño. Y nota un calor que no debería notar.

—¡Inspector Pàmies! —grita el hombre de negro, que se ha puesto en pie—. ¡Míreme!

Y no le queda más remedio que hacerlo. Sin dejar de cargar con Marcos, se da la vuelta demasiado despacio y observa la escena dantesca que Tasio ha preparado para el final: las llamas están subiendo desde sus pies a toda prisa. Avanzan. Le han llegado a las rodillas. Pero no se

queja. Sus manos sostienen el arma de Pàmies y apuntan con firmeza hacia ellos.

—¡No dispare! ¡No dispare! —suplica Pàmies, casi derrotado.

Pero sabe que va a hacerlo y, en un gesto generoso del que ni siquiera se creía capaz, intenta cubrir a Marcos con su propio cuerpo, dispuesto a recibir el balazo. «No pasa nada —se dice—. Has vivido mucho. Y estás cansado, Tono. Muy cansado». Entonces, empujado por una fuerza inesperada, cae al suelo y al mismo tiempo que oye el disparo, siente el cuerpo de Marcos desplomarse sobre el suyo.

—¿Por qué lo ha hecho, Quiroga? —Llora—. ¿Por qué lo ha hecho? No valgo tanto la pena.

La antorcha humana sigue prendida, intentando acercarse a ellos, mientras el fuego se empeña en aniquilar cualquier rastro del que ha sido un cruel asesino en serie: Tasio, el ayudante del forense. Tasio, el hijo de Paquita y Roque. Y Rom A. Vargas, hijo de Lorelai, sobrino de Tshilana y de Wesh. Heredero del clan.

El calor llega hasta ellos de forma peligrosa y Pàmies adivina que no va a ser fácil sobrevivir al hambre de las llamas. Nota la sangre en su pelo, en sus mejillas, en todas partes. Y sabe que no es suya. Es del cuerpo de Marcos, que estirado cuan largo es sobre el suyo, está inmóvil. Inerte. Y no respira. Y Pàmies dice lo que se supone que debe decir. Lo único que puede decir:

—Socorro. Socorro. Que alguien nos ayude.

* * *

Un dispositivo como Nico ha visto pocas veces ha cortado la calle por los dos extremos y en el centro, justo frente a la puerta del reino del doctor Casals, hay tres coches con agentes en cuclillas detrás de las portezuelas abiertas, preparados para disparar a la orden del comisario Narváez, y dos ambulancias a la espera. Alguien le ha dado a Nico un chaleco antibalas y observa a Héctor ponérselo mientras él mismo lo hace. Por culpa del bombeo de su corazón, oye las sirenas como si estuvieran lejos y ve a los hombres de Héctor, que se sitúan de forma estratégica, como si se movieran a cámara lenta. Oye también la disculpa del *mosso* que guardaba la puerta por si alguien peligroso intentaba invadir el reino del forense.

—Solo he visto entrar a Tasio, señor. Yo no podía saber...

—Ni usted ni nadie, hombre. Ojalá.

Alguien grita su nombre y se acerca corriendo hasta atravesar la niebla. ¿Cas? ¿Cómo se le ha ocurrido venir? Se acerca a él y puede ver la determinación en sus ojos muy azules de chica inglesa.

—¿Esos son Miren y Santos? —señala extrañado.

—No tenía coche. Quiero un chaleco.

Un *mosso* mira a Héctor indeciso.

—Está bien, dele uno.

Cas se embute en él y endereza la espalda dispuesta a lo que sea.

—Vosotros detrás. Que no lleváis arma.

—Claro que llevo —replica Nico—. A pelo iba a ir yo.

La puerta está cerrada a cal y canto y dos agentes del GEI balancean un ariete y la golpean con fuerza varias veces hasta que cede y se abre unos centímetros.

—A la de tres —grita Héctor—: uno, dos y... ¡tres!

Entran cual pelotón, decididos pero en orden. Las únicas luces que los reciben son las de emergencia y Héctor ordena a alguien que se ocupe de solucionar eso. Avanzan en una fila perfecta. No hay nadie en la recepción. Tasio ha pasado de ser el hombre multitarea al ser más odiado. La planta principal está despejada.

—Ustedes, sigan en este piso. Los demás, abajo conmigo.

El descenso por las escaleras también es prudente. Las respiraciones se oyen entrecortadas. Todos están preparados para un momento como este y, al mismo tiempo, ninguno lo está.

Entran en el despacho de Casals. Su silla está vacía. La foto desde la que él y su mujer les sonríen ataviados con unos enormes sombreros de playa parece una broma macabra. Sobre la mesa, hay una carpeta con el título «Inventario» de la que asoman las esquinas de unos folios. El loden del doctor cuelga del perchero y su maletín está sobre el escritorio.

—Sigamos.

Recorren un tramo más de pasillo en una armonía perfecta. Abren puertas, entran y vuelven a salir. Nada. Nadie.

—¿Qué falta?

—La morgue —dice Nico.

—Bajemos, pues.

Una planta más abajo. Cada vez más cerca del infierno. Nico se centra en las pisadas de las botas Oakley Assault de los GEI, que encabezan el grupo. En sus pasos rítmicos y seguros. De nuevo, baten las diferentes estancias: cuarto de baño, cuarto de calderas, almacén..., algo cruje bajo una suela. El agente levanta la pierna sorprendido.

—Las gafas del doctor —musita Cas.

—No ve nada sin ellas. —Héctor traga saliva para no soltar una exclamación.

Con el ánimo más bajo pero la determinación más firme, siguen avanzando.

—¡Un momento! —Un agente del GEI estira el brazo advirtiéndoles que se detengan—. ¿Oyen eso?

Sí. Lo oyen. Son gritos. Gritos desesperados. Gritos diferentes unos de otros. Pero es difícil saber de dónde provienen. Nico se agacha obedeciendo a un impulso y pega la oreja al suelo frío.

—¡Abajo! —exclama—. ¡Están abajo!

—No hay más plantas, Nico. Solo cimientos.

—Te digo que los gritos vienen del subsuelo. —La voz del pequeño forense llega a él en forma de recuerdo: «A veces me parece oír los lamentos de los pobres enfermos recluidos en el sótano, y también la de la Bruja de las Marismas, asegurando que no eran los muertos ni los locos los que la preocupaban»—. Hay que encontrar la entrada —insiste—. Los tiene en el sótano. Y créeme que existe uno, Héctor.

—Bien. Demos con él.

Las manos palpan las paredes, regresan a las habitaciones que ya han batido y se desesperan una y otra vez, porque la misteriosa entrada al infierno no aparece.

Cas se apoya en la pared y respira hondo. Lo encontrarán. Pero muerto. Marcos estará muerto por culpa de su incapacidad de dar con el acceso. Inclina la cabeza, el pelo le cubre la cara y se frota los ojos para hidratarlos. «Vamos, Cas, vamos, tonta, no te rindas ahora». Y oye un golpe. Una llamada ahogada. Intenta evadirse de todo lo demás, de los otros volviendo sobre sus pasos y registrando otra vez y otra esas estancias asépticas y tristes en las que no hay nada de nada. Vuelve a oírlo, levanta la vista y lee un cartel con una palabra definitiva: «Morgue».

Sale de ahí. Gira a la derecha y se topa con una puerta metálica con un recuadro de cristal en la parte superior. Asoma rápido la cabeza, temiendo ser sorprendida por detrás, y su exhalación lo llena de vaho. Dos enormes hileras de acero, compartimentadas en cajones que supone largos, ocupan las paredes principales de la sala. En el centro, hay una mesa de autopsias impoluta. Y fría. Y fea. Mueve el pomo para entrar, pero está cerrado con llave. Mierda. Oye de nuevo el murmullo. La queja. Alguien está en peligro. Sin pensarlo dos veces, regresa al pasillo, coge el martillo que cuelga de una pequeña cadena y revienta el cristal que protege el extintor de urgencias. Se hace con él, regresa a la puerta de la morgue y golpea el picaporte una vez. Y otra. La puerta cede y entra corriendo mientras oye las voces de Héctor y Nico preguntándole qué pasa.

—¿Quién anda aquí? ¿Hola? ¿Hay alguien?

—Mmmmm. Mmmmm.

Un quejido. Nada más.

Abre los cajones con reparo y dos muertos la sorprenden de forma inesperada, se santigua y los cierra de golpe para no ver esos rostros vacíos de vida. Ellos entran detrás y les pide por gestos que se queden callados. Entonces también oyen lo que la ha llevado hasta allí.

—Mmmmm.

Cas agarra el tirador y extrae el tercer cajón con fuerza, mientras Nico apunta con su pistola por si acaso. Héctor aguarda expectante.

Aparece la cabeza del doctor Casals primero, y el resto de su cuerpo después. Está pálido y helado al tacto. Cas le da suaves golpecitos en las mejillas y él deja de suplicar socorro a su manera, como le ha permitido

la mordaza que posee su boca.

—Tranquilo, tranquilo. Ya se la quito. Está a salvo, está a salvo —le dice Cas, emocionada.

—¿Es usted, señorita Casilda? —Abre mucho los ojos y luego los entrecierra—. No puedo ver sin mis gafas. Pero reconozco su voz.

—¡Aquí! —grita alguien—. ¡Aquí, vengan rápido!

—Es el siquiátrico. El antiguo hospital —dice el doctor con voz torpe—. Tasio los esconde allí. La entrada estaba tapiada. Debió encontrarla.

—Pero ¿dónde está?

—Hay una enorme puerta de hierro detrás de las taquillas.

Bartolomé Casals ha hecho todo lo que ha podido. Mira a Cas y, agotado, se permite desmayarse.

* * *

Tasio arde en silencio, la pistola de Pàmies todavía humeante en su mano. Pero el dolor debe ser muy superior a su decisión, y al fin, la suelta y grita. Grita tanto como debieron hacerlo sus víctimas. Grita desgañitándose, como cuando era un bebé y conoció por primera vez el horror de abrasarse. Con la mejilla pegada al suelo y el peso de Marcos aplastándole los riñones, Pàmies intenta desplazarse y alejarse del fuego, que se acerca peligrosamente. Debe apartar a Quiroga del peligro. Pero el suelo ha prendido, las llamas corren inevitablemente hacia ellos y ya no ve motivo para seguir luchando. Lo ha intentado. Lo ha intentado hasta el último segundo. No puede más. Va a devorarlos de todos modos. Oye unos ruidos inesperados al fondo del pasillo y, de pronto, un alarido acercarse por detrás. Oh, no. Él otra vez no. Mira por el rabillo del ojo y ve lo que queda de Tasio avanzando hacia ellos.

Sus piernas y la mitad de su cuerpo han sucumbido a las llamas. Incluso su voz se está apagando. Casi no existe. La malla negra que le ha mantenido escondido estos meses ya no lo protege, y viendo su boca abierta y la mueca que es su cara, Pàmies piensa en lo mucho que debe dolerle. Tasio salta de forma inesperada, lo ve volar y sabe que su intención es caer sobre ellos, abrasarlos y llevárselos a la muerte con él. Se riñe por su deseo de cerrar los ojos y los mantiene abiertos como platos. Que así sea. Pero con valentía, joder. Suena un disparo a lo lejos. La antorcha humana cae a pocos centímetros de donde están. El aire quema. El fuego se acerca. Lo siente prendiéndole los calcetines. Quiere gritar de dolor, pero no puede. Alguien usa un extintor. No para de toser. Se va a ahogar. No logra respirar. Una mano amiga se posa en su cabeza. La voz de la mano le habla:

—Tono... Tono.

Siente sus lágrimas. Pero ya no le dan vergüenza.

—Sabía que vendrías —solloza—, pero creo que Quiroga..., que Marcos ha muerto.

Alguien le pone una mascarilla y el mundo desaparece.

43

Llafranc, 12 de marzo, 4.10

La lamparilla de su mesilla de noche está encendida. Estela le ha dejado un blíster con paracetamol y un vaso de agua. Nico se desnuda y se mete en la cama con cuidado de no aplastar a Simón. Su cuerpo arde de fiebre, le duele todo y solo desea dormir. Dormir muchas noches y muchos días seguidos, en esta cama. Con ellos. A su lado. Recuerda las palabras que ha usado el todavía aturdido doctor Casals al despedirse de él, cuando ya se lo llevaba la ambulancia, pese a sus quejas porque ya se encontraba mejor y porque, seguramente, volver a llevar unas gafas que le permitían ver el mundo le han devuelto la confianza que Tasio casi le había arrebatado:

«Este es, a pesar de tanta muerte, un buen momento para dar las gracias. ¿No le parece, señor Ros?».

Nico miraba las luces que se llevaban a Marcos y al inspector Pàmies a un lugar en el que unos desconocidos pelearían por salvarlos. Volviendo a ser consciente de la fiebre y de lo mal que se encontraba, las únicas palabras que acudieron a su boca sonaron seguramente muy distintas a las que el pequeño gran doctor esperaba:

«Mi oración de hoy será apreciar mi vida, a mi gente, volver a casa, besar a mi mujer y a mi hijo, y no separarme ni un segundo de ellos. Y después esperaré las noticias del hospital diciendo que Marcos va a vivir y me sentaré junto a su cama hasta que pueda dejarla. Pero, si usted es tan amable de rezar un padrenuestro para que eso suceda, le estaré eternamente agradecido».

Estela se despierta.

—¿Cómo está? —pregunta con miedo.

—Vivo, Estela. Marcos está vivo —sonríe en la penumbra.

—¿La operación ha ido bien?

—Sí. Está estable. En un coma inducido, de momento. La bala se coló hasta el abdomen y afectó a la aorta y ha perdido mucha sangre. Casi muere desangrado. Pero la han extraído y ahora descansa.

—¿Volverá a ser el mismo?

—Marcos es fuerte. Peleará.

—No me refiero a eso.

—Lo sé. Marcos es fuerte. Peleará —repite sabiendo exactamente lo que dice—. Y además, nos tiene a nosotros.

—¿Y Tono Pàmies?

—Agotado. Desnutrido. Envejecido. Con los tobillos quemados. Pero vivo.

—Es un héroe, ¿verdad, Nico? Lo ha salvado.

—Sí. Sin duda lo es. Quién lo hubiera dicho.

Piensa en lo equivocado de las primeras impresiones. En los juicios fáciles, rápidos y soberbios que las personas solemos emitir. En las suposiciones sobre las que tan a menudo asentamos opiniones precipitadas. Y en la maravilla que significa descubrir a alguien cuando nos damos tiempo y permiso para hacerlo, y en las sorpresas que nos deparan las personas cuando las dejamos ser como son. Y piensa también en lo mucho que le gusta la imperfección.

—Qué ganas tenía de veros.

—Pues no me mires mucho, que estoy horrorosa. Me duele la cabeza, el cuerpo...

—Menudo trío.

Nico le acaricia las manos y besa a su hijo en la frente. El pobre respira más fuerte de lo normal por culpa de la nariz tapada. Se fija en los muchos pañuelos de papel que hay sobre la colcha, el vapor de eucalipto que sale del humidificador, los botes de jarabe para la tos y los ojos brillantes y ardientes de fiebre de su mujer, y se dice que hay muchos tipos de fuego. Los que matan. Y los que están muy vivos. Y sonríe.

44

Barcelona, 13 de marzo, 9.20

Crónica
MUERTE Y PAZ EN LA COSTA BRAVA

> Parece que la calma y el sosiego han regresado a la comarca del Baix Empordà después de que durante meses un violento asesino en serie sembrara los pueblos de la zona, especialmente el municipio de Palafrugell, de horror y de muerte.
>
> Seis personas perdieron la vida a manos del cruel asesino y otra optó por acabar con la suya, incapaz de soportar el arrepentimiento por el secreto que se veía obligado a guardar por imperativo de su fe.
>
> Todo empezó la madrugada del 22 de diciembre, en pleno solsticio de invierno: el cadáver del granjero de Esclanyà, Oriol Mateu, apareció desnudo, torturado y mutilado, y con una cabeza de cabra ocupando el lugar donde antes estaba la suya. Los Mossos d'Esquadra de la comisaría de Palafrugell, con el comisario Héctor Narváez a su mando, batieron la zona sospechando de alguna secta satánica, una noche de drogas con un trágico final o alguna otra locura; por terrible que fuera la representación de ese primer crimen en el granero, nadie podía imaginar lo que se avecinaba.
>
> Pocos días más tarde el cadáver del rumano Miha Radu, dueño de un negocio de tiro al arco situado en los alrededores de Palafrugell...

Santos Vila acaba de leer el reportaje, sonríe satisfecho, tira con los pulgares de sus tirantes, que hoy son de un fucsia rabioso, y mira a su empleada:

—Eres grande, Miren. Y este es solo el principio. Buen trabajo.

La chica rubia recoge sus cosas y se pone en pie.

—¿De qué quieres que me ocupe ahora?

—De ti —responde Santos mirando con deseo el puro que descansa en el cenicero esperando a ser encendido a una hora razonable—. Quiero que vuelvas a ese pueblecito de la Costa Brava. Quiero que te tomes unas vacaciones cortas y descanses. Y quiero que vayas a ver a ese chico que te tiene loca y te disculpes las veces que sean necesarias hasta que te perdone.

—Pero yo...

—Pero nada. —Santos se vuelve hacia el enorme ventanal desde el que observa Barcelona desde las alturas—. ¿Por qué crees que llevo estos tirantes de colores?

—¿Porque tienes muy mal gusto? ¿Porque alguno de nuestros reportajes ha triunfado?

—No, hija, no. Los llevo porque, después de treinta años casado, todavía hago el amor con mi mujer. Porque ella me da un beso cada mañana al despedirme y por eso, y solo por eso, llego a esta redacción todos los días, contento y dispuesto a trabajar. Mis tirantes, Miren, son un grito de amor. —La mira desvelando el cariño que siente por la ambiciosa joven—. Así que vuelve a hacer la maleta y conquista al subinspector Quiroga antes de que lo haga otra, ahora que, de momento, nadie tiene ganas de matarte.

—Está en coma. —Se le escapa una sonrisa.

—Mejor para ti. Así no podrá sacarte de la habitación. —Mira el puro, lo coge y lo enciende satisfecho. El momento lo merece.

Fitor, iglesia de Santa Coloma, 14 de marzo, 10.30

Nico no ha querido estar en la ceremonia y ha optado por pasear por los alrededores esperando a que acabase. Ha regresado a la sombra del árbol bajo el que se tendían con Marina y recordado las risas de aquellos adolescentes que fueron él, ella y sus amigos. Si se concentra, casi puede oír las risas, las bromas, las tonterías inocentes, y saborear aquellos primeros besos que tanto prometían.

Apoyado en el tronco, repicando con la punta del zapato en la hierba y oliendo una rama de menta de esas que casi no quedan y que antes sembraban los bordes de cualquier sendero, imagina la homilía de Mossèn Pau, su adiós general y sentido a todos esos hombres que, por diferentes o comunes motivos y por la ira de un demente que no había logrado hacer las paces con sus difíciles circunstancias, han abandonado el mundo de cuajo, la mayoría de una forma iracunda y uno por voluntad propia, seguramente cansado de esconder pecados y confesiones que no podía contar y no conseguía olvidar. Entre ellos, tres miembros de una misma familia han partido donde sea que se viaja al morir. Tres hombres que vestían un uniforme que, en lugar de comprometerlos con los demás, había servido para su propio beneficio. Excepto, quizás, el más joven, que aun equivocado en sus decisiones y formas, al menos intentó hacer algo y, sin duda, pagó por la ambición de su padre y de su abuelo. No era justo.

Recuperado de su gripe, Nico asistió con Héctor a algunos interrogatorios y entrevistas con sospechosos y testigos y, poco a poco, el enigmático rompecabezas fue revelando sus piezas y tomando forma el porqué del castigo común.

Ángela Ribas estaba pendiente de juicio por una adopción fuera de la

norma. A regañadientes reconoció haber encontrado la carta del tarot enviada a su marido y el pequeño teléfono móvil en la caja fuerte. No había dicho nada al respecto porque imaginaba que era algo que no dejaba en buen lugar a Tomás.

—Usted mismo me lo dijo hace poco, comisario. En los pueblos, la gente habla demasiado, así que decidí proteger a mis hijos de cualquier cosa que pudiera haber hecho su padre.

Héctor revisó la declaración firmada por ella unos días atrás y reconoció su letra. Apremiada por él, había confesado también ser la autora del envío de las postales en nombre de Lorelai, aprovechando un viaje de placer con su marido por Europa. La hermosa gitana le enseñó su caligrafía, e imitarla después le resultó muy fácil. Pero el trazo original de una letra es como una huella dactilar y los expertos habían detectado la trampa.

—A las amigas se les hacen favores sin preguntar, comisario.

—¿Dónde está?

—Ya lo sabe. Se marchó muy lejos. Estaba harta de tantos hombres babeando a su alrededor y de su vida en el circo. Lorelai no encajaba en ningún sitio, le gustaba gustar, pero no soportaba que nadie la mandase o dijera lo que tenía que hacer. Era un espíritu libre, ¿entiende? Y yo no necesité retenerla.

A Elvira Salas también la interrogaron. Ante la pregunta de cómo supo quién era el despiadado asesino, sonrió de esa forma tan desagradable y respondió con desdén que lo extraño era que ellos no hubieran caído en la cuenta. Cualquiera que conociese el incendio de 1991 y fuera capaz de tirar de hemeroteca o indagar un poco, podría haber llegado a esa conclusión. Además, Nil guardaba recortes de periódico, notas de Lorelai hablando de su embarazo y de su ilusión de casarse con él.

—Pobre estúpida. —Otra vez ese desprecio en la voz—. Pensar que mi suegro iba a permitirlo. Menuda ingenuidad.

Del aspecto del cuerpo de su marido, de que tuviera cosidas a las muñecas las manos de su propio padre, que le hubieran pintado enormes corazones con barra de labios de un rojo rabioso y de la amputación de su pene, no dijo ni palabra. Si el que había muerto de semejante manera era el amor de su vida o un mero títere para vivir de la forma acomodada e influyente que deseaba, solo ella lo sabía. Y tampoco opinó respecto al hallazgo de su suegro muerto en un pozo oscuro. Tan solo un breve comentario, que decía mucho pero no decía nada:

—Algunas personas jamás tienen suficiente y hacen lo necesario para salirse con la suya. Así era Jordi, mi suegro. Nadie era bueno para él. Ni siquiera su propio hijo. Y tal vez Nil se parecía más a su padre de lo que yo quise ver.

Héctor pensó que, en su caso, se repetía el defecto, pues guardaba en la retina la forma fea que ella tenía de mirar al suyo propio, a quien no había vuelto a mencionar.

A Paquita la encontraron en la casa parroquial, advertidos por una llamada de Mossèn Pau. Ella empezó sospechando lo que ocurría, y después llegó la certeza. Por eso se llevó el móvil del padre Molina al encontrarlo muerto, para proteger a su hijo. Del pasado. De quien había sido. Y también del monstruo en el que se había convertido. Y cada vez que su alma necesitaba vaciar su miedo y su culpa, esa que la carcomía por callar que era Tasio el que estaba causando terror y muerte en el pueblo y más allá, solicitaba confesión al viejo párroco. Y este no pudo negarse, y mientras ella eligió el silencio, él se vio obligado a mantenerlo. La mujer tendría que aclarar las cosas con la Justicia y el pago de su culpa estaba todavía en el aire.

—No había vuelto a ver a la gitana —aseguró Paquita al declarar—. Pero un día estaba ahí, ante mi puerta, con su bonita ropa de colores. Quería verlo. Intenté convencerla de que lo dejase tranquilo después de tantos años, pero ella me amenazó con arrebatármelo. Con llevárselo. ¿Puede creerlo? Roque y yo le habíamos dedicado nuestra vida entera. Lo queríamos.

Enormes lagrimones revelaban su tristeza, y Nico calculó lo difícil que le iba a resultar soportar esa ausencia. Aunque fuera la de un asesino.

Mossèn Pau la consoló y después pidió estar un momento a solas con ellos.

—El padre Molina lo sabía todo. Escuchó las confesiones, no sé si sentidas o un mero descargo de culpa, de esos amigos turbios. Sabía quiénes estaban involucrados en el incendio, también que Andreu no dejó salir a Wesh por error. Acompañó durante horas a Tshilana Vargas cuando esta velaba por el bebé en el hospital y la intentó convencer de que acudiese a la Policía para hablar de la muerte de su hermano. Ella se negó y le recordó a qué lo obligaba su sotana. Él regresó al circo para ayudar después del incendio y sus oídos oían cosas, sus ojos las veían y acudía a mí a desahogarse en el confesionario. Antes bautizó al bebé de Lorelai, porque Tshilana deseaba ser su madrina y que el pequeño recibiera un nombre que representase al clan. Le pidió hacerlo a escondidas, porque temía que los Capo quisieran arrebatárselo. Por eso ni siquiera lo habían inscrito, lo lógico era pensar que su supuesto padre lo reclamaría. Pero no lo hizo. Después se quemó..., su madre se fue..., en fin, ustedes ya saben todo eso. Y en cuanto a mí..., me hubiera gustado hablar, señor Ros. Debe creerme. Pero aunque mi corazón sufre y siente culpa, mi alma está en paz con Dios.

De la boca de Nico no salió ni una palabra porque, quizás por vivir con Estela, algunas veces, muy pocas, conseguía morderse la lengua y no decir lo que pensaba. No hacía falta. El párroco leyó en sus ojos grises y en la severidad de la línea de sus labios.

La brigada antidroga había llegado a un pacto con el nuevo patriarca del circo. Kavi y Petrus deberían responder por el tráfico de sustancias ilegales, pero todo podía hacerse de forma discreta.

Andreu Mateu, único superviviente del grupo, continuaba ingresado y si lamentaba la muerte de los demás, seguía siendo un misterio. Escribió con hastío y desdén que el único motivo de sus encuentros era la necesidad de controlarse los unos a los otros. Ese miedo a que alguien hablase rompiendo su pacto. Los continuos chantajes de Miha. La extraña muerte de Paco. La desesperación del cura. Dejaron de hacerlo porque el rumano cada vez estaba más enganchado a las drogas y podía perder los papeles en cualquier momento. El farmacéutico tenía aspiraciones políticas y Nil Capo ascendió de rango. Un prostíbulo no era lugar donde ser vistos y, según qué amistades, no sumaban. Intentaron correr un tupido velo sobre el recuerdo de los monaguillos que fueron y los hombres en los que se convirtieron. Aceptaron sus distintas clases sociales y ocultaron el pecado cometido bajo un manto de silencio. De vez en cuando, se cansaba de escribir y dejaba que sus ojos vagasen por las paredes de su habitación, o se detenían en la televisión, que lo acompañaba día y noche, como lo haría una droga. Poco a poco, parecía acostumbrarse a su mudez igual que su hermano había tenido que aceptar su sordera. Pero a Nico no le cabía duda de que habría preferido desaparecer como los demás: cuando recibiera el alta, iba a regresar a una vida-no vida. Sería interrogado por haber mantenido esa maldita puerta cerrada, por haber pretendido que Lorelai acabara devorada por las llamas, por, en clara omisión de socorro, permitido que muriese un joven y un bebé quedase tan marcado en su piel y en su corazón que se vio abocado al abismo más oscuro.

«No he olvidado a Wesh. —Escribió en la pizarra del paciente doctor—. Está pegado a mí. Lo llevo conmigo cada día. Y me persigue cada noche».

—¿Y Lorelai?

«Quién sabe. En el infierno, espero».

Y así, poco a poco, colocando todas y cada una de las piezas, se había ido cerrando el caso y cada interrogante había hallado su respuesta.

* * *

Estela sale la primera de la ermita. También ve a doña Sol, a Cas, a Héctor y al doctor. Por supuesto, ni Mateo ni Pàmies han asistido. Ninguno de los dos lamenta esas muertes, ninguno es un hipócrita, y adivina que a Mateo le sigue repugnando la mera idea de que Tasio pudiera ser su hermano.

Coge a su mujer por la cintura y observa la sotana de Mossèn Pau, que, mecida por la brisa y mezclada con la niebla, ofrece una apariencia fantasmal.

—Vamos, Nico. No seas tan duro —le pide ella.

Se acerca a la pequeña comitiva. El párroco le tiende la mano, y muy despacio, Nico la encaja entre la suya.

—¿Amigos, señor Ros?

Nico puede ver el peso que el silencio ha significado para el hombre enjuto, mayor y, muy probablemente, bueno.

—No tanto, *mossèn.* Pero estamos en paz.

Pero Nico está mirando por encima de la cabeza del sacerdote, observando a Ángela Ribas y Elvira Salas, que salen charlando de la ermita luciendo sus caros abrigos hechos con la piel de algún animal desgraciado. El sacerdote se da la vuelta para despedir a esas feligresas y al resto, pero lo piensa mejor y le dice algo al oído.

—¿Qué te pasa, chico? —Doña Sol le sonríe mostrándole el eterno agujero en su encía superior.

—Estaba pensando en el odio desparramado por el mundo. Temo que a vuestro Dios se le fue la mano.

—Pero mírate, muchacho. Mira el sol que asoma decidido por encima de la niebla. Mira a tu esposa. A tus amigos. A esta gente que ha venido a despedir a unas almas perdidas. Y alégrate, porque el amor es tan inmenso que el odio, a su lado, se queda siempre muy corto.

Y en los ojos grises de Nico se adivina esperanza.

45

Palafrugell, 16 de marzo, 19.00

Ándor les hace un gesto desde lejos para que le esperen. Está levantando la lona de la entrada de la carpa. Los feriantes andan a toda prisa, ataviados con sus trajes de gala, abriendo las casetas y preparándose para el espectáculo que, al fin, tendrá lugar esta noche. Hay nervios y hay alegría. Los acordes de *Luna gitana* de Remedios Amaya acompañan la brisa mientras unas mujeres reparten agua y bocadillos y un grupo de hombres se asegura de que las casetas estén en buen estado y equipadas con todo lo necesario. En las taquillas, una larga fila de gente espera para adquirir sus entradas. Ni siquiera la niebla perpetua les ha robado la ilusión de vivir la magia del circo.

—Buenas tardes, Ándor. Me alegra ver que las cosas vuelven a su cauce.

—Eso parece, comisario. No sé si es por ganas de vernos o por morbo, pero cualquiera de las dos cosas nos vale.

—Sé que mi tía ha regresado a las marismas.

—Así es. Los chicos la dejaron bien instalada. Necesitaba volver a casa.

Héctor asiente. Claro que sí. A su casa en plena naturaleza. Lejos de todo y de todos.

—En fin —dice recuperando su tono más profesional—. Venimos a presentar nuestros respetos a Tshilana. Sé que enterraron sus cenizas junto a su hermano.

—Como ella lo quiso. Y pronto lo haremos con las de Rom. Porque una cosa no quita la otra. —Ándor no puede evitar un leve quiebro en su voz—. Espero estar a la altura.

—Tshilana no solía equivocarse —sonríe Héctor—. Ha llegado a mis oídos que están organizando una cooperativa. Que todos serán dueños de estos terrenos.

—Es lo justo. Porque el circo nos pertenece a todos sus saltimbanquis por igual.

Nico sigue callado. Está mirando la preciosa caseta de color turquesa, la favorita de Lorelai, cómplice de tantos amores y desamores, de tantas verdades y mentiras, de tanto odio y tanta pasión. La están desmontando tablón a tablón, y supone que, con ella, volará lejos el recuerdo de aquellas premoniciones del horóscopo, lecturas del tarot y muchas otras cosas que jamás sabrán. El nuevo jefe del clan adivina la pregunta que le

ronda.

—Hay que dejar el pasado en el pasado, ¿no le parece, señor Ros? Algunos tiempos son ya lejanos y debemos pasar página.

—Así debe ser.

Dos payasos pasan junto a ellos y saludan al jefe. Uno viste colores llamativos, tiene una enorme sonrisa dibujada alrededor de la boca, mofletes rojos, ojos alegres y un bombín gracioso. El otro viste de blanco y su tez está maquillada del mismo tono salvo por unas lágrimas negras dibujadas en las mejillas. La boca está pintada hacia abajo, en una sonrisa triste. Y Nico piensa en la vida. La vida misma.

Ándor se disculpa diciendo que la función empieza a las ocho y queda mucho que hacer, les ofrece asistir como invitados y, embutido en el traje blanco y rojo que cada vez le queda más prieto, regresa a la carpa. El cielo se tiñe de las luces de colores del atardecer y los farolillos y las bombillas se encienden para dar la bienvenida a la noche.

—Ya huelo la primavera, Nico —asegura Héctor aspirando los aromas variopintos que flotan en el aire, llenándolo todo.

Caminan despacio hacia la higuera procurando no hacer ruido con sus pasos y guardando un silencio absoluto. Conforme se alejan del circo y sus luces, la noche se hace más profunda y la visibilidad, más escasa.

La higuera ya está cerca. Se apartan del camino recto, desviándose un poco hacia la derecha. Sus pasos quedos continúan hasta que Nico le indica unos arbustos. Se ocultan tras ellos y esperan.

—¿Estás seguro, Nico? —susurra Héctor.

—Del todo —asegura recordando la frase que Mossèn Pau le susurró al oído: «Recuerde, señor Ros, que una madre puede abandonar a su hijo, pero jamás olvidarlo», y también las palabras que el *mossèn* le había dicho a Héctor durante su visita: «Saber que algunas personas no son quienes dicen ser y tener el deber de callar duele».

Oyen unos pasos sigilosos. Alguien se acerca. Contienen la respiración para no ser descubiertos y observan, en la medida que el anochecer incipiente permite. La luna llena intenta mostrarse, y su luz pelea por traspasar la barrera de espesas nubes que sigue cubriendo ese pedazo de mundo. Pero apenas lo consigue.

La mujer sabe exactamente dónde va. Llega frente al recio, anciano y enorme tronco y lo toca con mimo, como se haría con un ser querido. Procurando que sus pies no pisen el montículo en el que yace Wesh y las cenizas de Tshilana, se yergue con la cabeza alta y la espalda recta y sus labios se abren en un murmullo que les resulta inteligible.

Se acercan poco a poco. Casi a cámara lenta. La mujer sigue de espaldas, diciéndole sus palabras a la nada. Ambos desenfundan, pero mantienen las armas con los cañones mirando al suelo. Héctor le da permiso a Nico con un gesto y este avanza un par de pasos. Casi puede oler su perfume. Ese perfume.

—Lorelai —dice.

La mujer se vuelve. Su rostro ni siquiera denota sorpresa. Lleva el pelo suelto y la brisa mueve unas bonitas criollas de oro que cuelgan de los lóbulos de sus orejas. Así parece menos ella, pero también más ella que nunca. Así recuerda a la mujer de las fotos. Han pasado los años, pero su hermosura sigue siendo indiscutible. Y su raza también.

Sonríe cuando les muestra un ramillete de flores silvestres.

—A Tshilana le encantaban —asegura dejándolas despacio sobre la tumba sin nombres—. ¿Me conceden unos segundos, caballeros?

Ellos permanecen en silencio. Ella reza una oración. Después los mira directamente a los ojos con los suyos, tan profundos, tan hermosos. Se estremece, tal vez por el frío, y con las palmas de las manos hacia arriba, les ofrece sus muñecas.

—Elvira Salas siempre me ha parecido un nombre horrible —confiesa—. ¿Quién querría llamarse de forma tan vulgar cuando fue bautizada con el hermoso nombre de Lorelai?

Héctor aprieta las esposas. Ella mira la higuera por última vez. Lejos de su abrigo de pieles y ropas caras, lleva un bonito vestido largo y está descalza.

—Creí que vivir lejos de aquí me haría feliz. Bastaron unos retoques estéticos, unas clases de dicción y mis dotes de comediante para renegar de mi raza y de mi gente. Los hombres que sabían quién era yo callaron a cambio de mi silencio. Enterré a mi hermano, abandoné al único hijo al que quise porque pensé que sería una carga y me casé con Nil, mi cómplice. Mi suegro no tuvo más remedio que aceptarme, aunque no hemos dejado de aborrecernos ni un solo día. —Por primera vez, su hermoso semblante aparece demudado. Es más bonita así, un poco humana—. He gozado de amor, de dinero y posición, pero acabé odiándolos a todos. El día que supimos que Tshilana iba a morir, Nil empezó a maquinar con Tomás respecto a nuestros terrenos, a cómo forzarían las cosas cuando él fuera alcalde, y me di cuenta de que creía que podría hacer lo que quisiera con lo que era mío. De mi hermana. De mi clan. Entonces decidí visitar a mi hijo, para que supiera que todavía le quedaría alguien en el mundo y que yo seguiría pagando siempre. Su rostro era hermoso, se parecía a Paco, pero pude reconocer el infierno en el que vivía —reconoce sonriendo con cierta melancolía—. Le hablé de una preciada baraja familiar. Le conté lo poco que aún no sabía y alimenté su odio. Le propuse compartir nuestra venganza. Supe que había asesinado a Jordi, lo invité a entrar en la habitación de Nil sabiendo que también iba a matarlo. Incluso le di mi pintalabios. Le dije dónde estaba el viejo, para que hiciera lo mismo. Supongo que no es lo que haría una madre normal, pero serlo no está en mi naturaleza.

—¿No se le ocurrió que Tasio..., Rom —Héctor rectifica, al sentir esos ojos atravesándolo— podía acabar muerto, abatido?

—Por supuesto. Pero no se me ocurre forma más gloriosa de morir que la que él eligió.

—O usted provocó —suelta Nico.

—Como quieran. Pero su cuerpo ya no sufre, su alma descansa y cuantos le hicieron daño han sido aniquilados.

—Salvo usted. Su propia madre. —Nico piensa que falta ella. La gran responsable, la que abandonó a su bebé porque se había estropeado.

Pero ella es gitana, y sabe leer en su mirada, y quizás más allá.

—Y este, señor Ros, es el pecado que me hará arder en el infierno. —Lorelai sonríe a la noche—. Con el que he vivido todos y cada uno de mis días. Y así seguirá siendo, hasta el último.

—¿Por qué tanto odio? —pregunta Héctor, triste.

—Porque Nil me obligó a elegir entre él y mi hijo. Porque Jordi me lo recordaba a todas horas. Porque mataron a Wesh, mi otra mitad. Y porque todos merecían pagar y ya era hora —dice, tranquila.

—Ha dejado que pase toda una vida.

—A veces, solo el tiempo nos devuelve al lugar al que pertenecemos, comisario. La Lorelai que habita en mí se hacía cada vez más grande. ¿Comprende? No podemos matar a quienes somos. —Mira el montículo con toda la nostalgia del mundo en sus ojos—. Algún día yo también descansaré bajo esta sombra agradable. Con mis hermanos. Y con mi hijo Rom. Los últimos Vargas.

En la carpa suenan los acordes de *Entre dos aguas* de la guitarra del gran Paco de Lucía. Algunos dan palmas.

46

Palamós, 22 de marzo, 18.15

La enfermera se ha quejado porque había demasiada gente en la habitación y no eran horas. Cas se ha hecho la dormida, Tono Pàmies la ha mirado asqueado y Nico le ha pedido disculpas y asegurado que no tardarían en marcharse.

—Un familiar llegará en breve a hacerle compañía. Le prometo que nos iremos entonces.

Efectivamente, Mateo pasa las noches allí, llega con la oscuridad y se marcha al alba, lejos de las horas de luz. Pronto debería regresar a su misión y esperaba poder despedirse antes de él. Pero Marcos seguía en coma.

La mujer ha salido, renegando algo acerca de los familiares pesados, de la tranquilidad que necesitan los pacientes y de que el hospital no es un local de fiestas.

Pàmies lleva días apareciendo por allí. Parco en palabras, suele coger una silla y acercarla al lecho en el que Marcos duerme mientras sana.

Durante los días anteriores usaba monosílabos para rechazar las felicitaciones a su valor por haber resistido y salvado la vida al subinspector y respondía de forma breve cuando le preguntaban cómo se le ocurrió embestir a la bestia, cómo supo el mal que la aquejaba.

—Soy inspector —se limitaba a contestar cada vez—. Un día le vi la muñeca. Estaba quemada. Fui atando cabos y Quiroga me acercó a la verdad. Supuse quién era y supuse también que ya no era esa persona. Sabía que llevaba algodones en los carrillos para disimular su voz y pensé que, si lo hacía, era porque debíamos conocerlo. Pero estaba demasiado débil y aturdido para hacer nada. El último día, cuando vino a por mí, me sorprendió al sujetarme con la mano izquierda. Me dio un puñetazo, me arrastró y luego alzó el cuchillo con la misma mano. Y era raro, porque yo sabía que era diestro. Por eso parecía cada vez más torpe y supe que estaba herido en el lado derecho, que algo ahí no andaba bien y que, si su cuerpo estaba tan maltrecho como yo suponía, no soportaría mi embestida. Ni los golpes en el hombro. Ni los pisotones en la mano. Y los descargué con la furia que merecía.

Al cabo de los días ya no dejó que le preguntaran más sobre ello, empezó a burlarse de Héctor porque salía constantemente en la tele y había vuelto a llamar *doctorcito* a Casals. Su aspecto había mejorado notablemente, había engordado y recuperado el equilibrio al andar a

pesar de las vendas que envolvían sus tobillos, pero habían regresado las bolsas bajo los ojos, esas que Nico vio por primera vez una tarde invernal en el hotel Llafranc, algunos meses atrás. Volvía a oler a tabaco y también a alcohol, y resultaba obvio que había retomado sus viejas costumbres.

—Me gustaría que fuera diferente —le confesó Héctor a Nico—, pero entonces él no sería él, ¿comprendes? A las personas, como a las lentejas, o las tomas o las dejas.

Nico había sonreído ante semejante muestra de sabiduría popular. Héctor rebosaba felicidad porque su amigo estaba vivo y se paseaba mostrando orgulloso su pequeño muñón de guerra.

—El muy idiota no sabía que soy zurdo —recalcó Pàmies con satisfacción evidente, luciendo su alianza en el pulgar que le quedaba.

Y Héctor no había podido evitar reírse hasta las lágrimas.

Marcos estaba, al fin y de un modo que parecía definitivo, fuera de peligro. Sus lesiones requerirían esfuerzo y rehabilitación, pero ninguna de sus funciones parecía afectada hasta el punto de obligarlo a cambiar de vida.

—Tiempo, cariño y paciencia —había pedido el cirujano.

Los dos primeros no le iban a faltar y la tercera dependería de él. Pero si alguien era capaz de hacer ese esfuerzo, era sin duda Marcos Quiroga.

En la habitación, sin embargo, Pàmies se quedaba en un respetuoso silencio la mayor parte del tiempo, respetando el coma, como si fuera un vigilante con la misión de velar por él, de asegurarse de que su compañero de infortunio evolucionaba como debía.

Esta tarde ha entrado tan cauto como siempre y Nico le ha ofrecido su silla al lado de la cabecera, porque sabe que le gusta estar cerca de Marcos.

—Oye, chico de ciudad. —Nico mira a Pàmies divertido por el apodo que le ha adjudicado—. Me han contado cosas sobre ti pero, como desconfío de los cotilleos y estoy aburrido, me preguntaba si..., si me hablarías de ese misterioso pasado tuyo..., me acuerdo de Marina, ¿sabes? En otra vida, yo era cliente habitual del restaurante. Siento curiosidad. Y debes entenderlo como un honor, porque la verdad es que me interesa muy poca gente.

—Le hablaré de mí si usted hace lo mismo, inspector. Yo también tengo oídos y su fama le precede. ¿Qué tal si me cuenta esos secretos que tan celosamente guarda? La única forma justa que se me ocurre es exponer los dos nuestras tristes historias.

Tono Pàmies sonríe con la boca ladeada. Tose. Carraspea. Mueve la cabeza a izquierda y derecha.

—El problema que tienen los secretos que guardamos, detective Ros, es que no siempre nos pertenecen.

Excluida de la conversación masculina, Cas se ha acercado a la ventana. Pega la cara al cristal y exclama, incrédula:

—¡Ha desaparecido la niebla! —y repite, radiante—: ¿Lo estáis viendo? La niebla se ha esfumado. —Corre la cortina y les muestra triunfante el cielo al fin azul, como si hubiera sido cosa de ella.

Se vuelve para comprobar la satisfacción en sus caras y un grito de júbilo escapa de su garganta.

Marcos ha despertado.

Epílogo

Prisión La Frontera, 28 de mayo, 3.33

Siente la fuerza de su torrente sanguíneo, la sangre circulando rápida, fresca, rabiosa y viva. Muy viva. Y lo invade una profunda satisfacción. La de saber que está, al fin, renaciendo.

Ha dedicado estos largos años a reflexionar, algo útil, al menos, lejos de los lamentos y quejas que tanto desprecia y que no deja de oír a todas horas. Ha sobrevivido estando callado, siendo discreto, pareciendo casi muerto. Cuantos lo veían o pasaban por su lado lo miraban como si no existiera, como se mira a los fantasmas, a los seres anodinos y vulgares. Mientras, él se regocijaba de su engaño. ¿Cómo podían no darse cuenta de que su verdadero yo era muy diferente y estaba escondido, agazapado en un lugar muy profundo, durmiendo el largo y obligado letargo, dejando que el tiempo pasara hasta que llegase el momento? ¿Acaso son todos tontos?

Al principio intentaron que se sintiera culpable. ¿Por qué?, ¿de qué?, les preguntó él, divertido. Lo miraron como se mira a los monstruos. Pero él permaneció impasible y tranquilo. La opinión de otros respecto a su persona y a lo que había hecho le importaba poco o nada, y que nadie compartiera su forma de ver el mundo, lejos de preocuparle, le satisfacía porque confirmaba que era alguien único. ¿Por qué debía seguir las normas, la moral de otros, probablemente mucho menos dotados que él? ¿Dónde estaba escrito que la razón estuviera del lado de la mayoría? Bastaba remitirse a la historia para confirmar cuántos y qué grandes errores habían sido cometidos en nombre de las masas. Pobres estúpidos.

Tan solo hizo lo que debía, y saberlo era suficiente. Algunos deberes son obligados y la posibilidad de que vayan a causar daño no tiene importancia alguna. El dolor es sagrado y está a la altura de las supuestas grandes virtudes de las que algunos fanfarronean. Él no habla. Él hace. Eso es. Es un hacedor solitario. Un ser con reglas y mundo propio.

Este último año, sin embargo, ha sido diferente. Los días se han sucedido de forma veloz, le ha habitado una cierta y callada alegría, y las paredes de hormigón no le han parecido tan gruesas, ni tan grises. Porque ha estado entretenido. Al fin ha encontrado, gracias a las andanzas de sus viejos amigos y a la extraña investigación que han llevado a cabo, una distracción inesperada en las páginas de los

periódicos, en las palabras que la chica rubia y sexi escribía en el *Crónica*, en las voces de los informativos de la caja tonta y en largos reportajes que requerían tiempo para ser leídos, donde los supuestos especialistas se empeñaban en dar su opinión. Y él, que tiene todo el del mundo, ha devorado esa información, registrado cada detalle, memorizado frases y palabras. Pero, sobre todo, los ha observado a ellos. Se excitaba al leer u oír sus nombres. Esa es la verdad. Se sentía decaer al reconocer en sus rostros el inevitable paso de los años, los estragos del tiempo. Ya no eran los mismos, pero ¿quién sí?

Ha pasado horas, días, incluso meses, muy preocupado por el destino del inspector Tono Pàmies. Rezando a sus dioses para que no le dieran muerte todavía. Sus plegarias han sido escuchadas y se ha ilusionado de nuevo maquinando su plan, pensando en lo que les hará muy pronto. A veces cierra los ojos y recuerda el tacto suave de los largos cabellos de esas mujeres tan preciosas. Sus dedos tocándolos con cariño. Y sueña con volver a hacerlo. Y con que ellos lo sufran.

Veintitrés años han sido suficientes para imaginarlo primero y prepararlo después. Todas las piezas del dominó están listas, colocadas de forma perfecta, en un equilibrio total, esperando el pequeño soplido, el toque de gracia que las hará caer hasta que no quede ni una en pie. Hasta que él arrase con todo y con todos. Otra vez.

¿Cómo? Muy fácil. Ya ha elegido a una familia. A esa familia. Los fantasmas del pasado, esos que nunca murieron, están despertando. Y aquellos que ocultaron la verdad y vivido en el engaño, como si este no pasara siempre su factura, como si pudieran irse de rositas, lo van a pagar muy caro.

—¿Qué te pasa, Dante? Estás distraído.

Pero él sigue con la mirada clavada en el mural repleto de recortes y fotos pegadas en la pared de cemento. Su compañero insiste, por si no le ha oído, y entonces Dante lo mira de tal modo que retrocede hasta que su espalda choca con los barrotes.

—¿Por qué me miras así?

Sonriendo divertido, Dante avanza hacia él con un pequeño objeto encerrado en su mano. No dice nada. El rostro de su eterno compañero de celda se demuda.

—No es nada personal —le dice con suavidad, casi cariñoso—. Pero necesito tu sangre.

Con un gesto inesperado y veloz, levanta el brazo izquierdo, lo baja de golpe y el cuchillo brilla mientras su hoja raja el cuello de su víctima necesaria, mientras se clava en su ojo y se ensarta en sus tripas. Lástima, porque era un tipo poco molesto. Pero hay que hacer lo que hay que hacer.

La sangre escapa a borbotones. Los ojos moribundos lo miran sin comprender.

—Has hecho algo importante, amigo mío. Eres una pieza de una obra

maestra, el primer paso de la justicia que se acerca. —Le tapa la boca, harto de ver esa sangre tan deseosa de huir y le habla al oído—: Consuélate sabiendo que me has sido útil.

Le oye exhalar, pasa las palmas de sus manos por los agujeros que ha creado en ese cuerpo y se empapa del líquido rojo, espeso y precioso. Se planta frente a la pared y, en la única zona que queda libre, escribe con sus propios dedos la segunda ficha de su plan:

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, nuestro agradecimiento de corazón a nuestra editora Lola Gulias, buenísima profesional y buena amiga donde las haya. A todo el equipo de Editorial Planeta que, a plena luz o en las sombras, ha vuelto a convertir nuestra aventura en un logro posible y palpable. Trabajar con quienes aman su trabajo es un privilegio que no siempre se da y que en ningún caso debe pasar inadvertido.

Gracias a la propia editorial, sin cuya apuesta y decisión, *Padrenuestro* no llegaría a todos vosotros, que es por y para quienes escribimos.

Gracias a nuestras familias, parejas, hijos, abuelos, suegros, hermanos, primos, tíos, cuñados, sobrinos y nietos... sois la sal de nuestras vidas y el ánimo y empuje diario. Así no hay quien se rinda.

Gracias a Llafranc y a su gente, sin ellos estas historias no serían posibles. Formáis parte del universo de Nico Ros pero, sobre todo, también de nuestros corazones.

Y, por último, pero no por ello mengua el agradecimiento, gracias a todas esas personas que os convertís, bien por vuestro trabajo o bien por vuestra pasión por la lectura y por el mágico mundo de los libros, en el mejor altavoz que alguien podría soñar. Sois valiosos.

Si queréis contactar con nosotros, o con el detective Nico Ros, nos encontraréis en: nicorosdetective@gmail.com.

Notas

Capítulo 1

1. ¿Lo de siempre, Tono?
2. Que sea doble.
3. Hoy pareces contento.
4. Se acerca temporal de levante, lo puedo oler.
5. ¿Qué, chicos?

Capítulo 4

1. Se acerca tramontana.
2. Tranquilo, bonito.

Capítulo 8

1. Tortel.

Capítulo 10

1. No puedo entenderlo, no puedo.
2. Dios mío, pobre padre Molina.

Capítulo 12

1. Qué final más triste, pobrecito.
2. Padre.

Capítulo 17

1. Eso está mejor.
2. Muchas gracias.

Capítulo 22

1. Cielo rojizo, lluvia o viento.

Capítulo 23

1. Laúd.
2. Diga.
3. ¿Eres tú? ¿Dónde andas? ¿Ya en casa?
4. ¿Quién cojones eres? ¿Por qué tienes este teléfono?
5. No pienso hablar contigo. ¿Oyes? No vuelvas a llamarme si no quieres que hable con Narváez. Quiero que me llame él. Tú no me sirves para una mierda.
6. ¿Por qué has venido?
7. Hijo de puta.

Capítulo 24

1. Esta juventud está bien loca.

Capítulo 30

1. ¡Maldita sea!

Capítulo 34

1. Buenos días.
2. Parece que la lluvia se ha cansado de nosotros.